PABLO CANCA
9 VIDAS

Nueve vidas

Una historia de gatos, magia y misterio

Pablo Canca

Para el travieso Pulga, que sus ocho vidas restantes sean tan felices como la que vivió a mi lado.

Índice

Agradecimientos
Introducción
1. CATFLUENCER
Capítulo 2
3. EL CALLEJÓN DE LOS MAULLIDOS
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
8. EL PRIMER PURGADOR
Capítulo 9
Capítulo 10
11. CATFLUENCER II
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
15. EL CISMA DE LOS NUEVE
Capítulo 16
Capítulo 17
18. SACRIFICIO ANTE LA LUNA Y EL SOL
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
23. NEKO NIGHTS
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
30. EN OCASIONES, VEO GATOS
Capítulo 31
Capítulo 32
33. LA MANSIÓN ENTRE DOS MUNDOS
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Otras obras del autor
Contacto

Agradecimientos

Esta fantasía felina y su autor deben mucho a:

Mis madrinas Ángela y Estefanía, primeras lectoras de cada palabra

Alex Koslowsky, oráculo y artista tras la portada

Denakari, aprendiz de bruja y sagaz correctora

Introducción

Hola, querido lector. Hablemos de gatos, esos tiranos que llenan de pelos nuestro sillón favorito. Ellos son los auténticos amos del hogar y, desde hace tiempo, también de internet.

¿Es su dominio fruto del azar o de un plan oculto que ignoramos? ¿Por qué entran y salen de todas partes? ¿En qué piensan cuando nos miran con los ojos entornados?

Imagino que a menudo te has hecho esas preguntas. Esta es la historia de quienes descubrieron las respuestas…

CATFLUENCER

Refrescar página.
Refrescar página.
Refrescar página.
…

Alice Letissier había perdido la cuenta de las veces que pulsó la tecla de refresco en la última hora. Presa de los nervios, hizo ademán de darle al portátil un buen meneo, pero finalmente se contuvo. En su lugar, respiró hondo y caminó despacio por el dormitorio del pequeño piso para estudiantes.

En su primer año de universidad había andado por la cuerda floja de sus finanzas como una equilibrista. El menor gasto imprevisto la haría caer. Comprar un ordenador nuevo no era una opción.

La causa de su estrés era el retraso en la publicación de la nota del último examen de Medicina. Justo la de su asignatura más odiada: Nanomedicina. Ella quería ser doctora para tratar con personas, no máquinas.

Lamentablemente, la Universidad Tecnológica de Alto Paraíso fue la única de Estados Unidos que le concedió una beca. Si suspendía una, le cerrarían el grifo.

El teléfono vibró. Llamada perdida de su madre. Le respondió con un mensaje.

«Aún nada. En cuanto sepa os digo»
«Perdona. Tu padre y yo no paramos quietos»
«Pues yo estoy de relax»
«Jeje, seguro que no. Estamos orgullosos de ti. ¡La primera doctora de la familia!»
«Gracias, mamá. Tengo que dejarte, me llama Norma. XOXO»

Su mejor amiga estaba casi tan histérica como ella. Apartó la oreja sabiendo que oiría un chillido del otro lado, tanto si eran buenas noticias como malas.

—¡TIAAAAAAAAAAAAAAAAA!

Eran buenas.

—¡¡¡FELICIDADES!!! Me alegro un montón. La perra de Nano nos

ha hecho sufrir.

—¡¿Aún no han salido las tuyas?!

—No, acabo de actualizar. El servidor del campus virtual está sobrecargado o no sé qué. Como dé más vueltas por la habitación acabaré haciendo un boquete en el suelo.

—Esta noche salimos de fiesta a saco, tía. ¡Lo de "solo un par de copas" no aplica a esta noche, me oyes! Voy llamando a la gente. Y tienes que entrarle a Caleb de una vez. Que le den a la guarra de Amanda…

—Por favor, vamos a calmarnos —dijo Alice, que recorría el cuarto de pared a pared, pulsando en cada viaje la tecla de refrescar el correo.

—¡¡¡Notición!!! Caleb ha entrado al grupo, se apunta a lo de casa de Ralph. ¡Amanda no viene, es tu oportunidad!

—Mensaje nuevo —murmuró Alice, ignorando la incesante verborrea de su amiga.

El corazón le martilleaba con fuerza suficiente para salirle por el pecho como el monstruo de una película de terror. Ahí estaba el correo, marcado en negrita en su buzón.

A un click.

Posó la yema del índice sobre el ratón y accedió al mensaje. Leyó la calificación final y la escueta nota del Departamento de Becas que la acompañaba.

—¿Qué dices? ¡Habla más alto! —gritó Norma.

—He suspendido.

Su primera reacción tras cortar la llamada fue darle una patada a la cama. El dolor del pie lo notaría cuando se le pasara el frenesí.

Un 4,8. La habían suspendido con un puto 4,8.

La nota informativa del departamento de becas era un mensaje autogenerado que le comunicaba la denegación del crédito para el siguiente curso. Aunque tenía dos semanas para reclamar, no iba a esperar ni un día para hacerlo.

Consultó la hora. Las 11:40. Era viernes y a la una no quedaría nadie en la facultad. Tenía una hora para plantarse en el despacho de la zorra profesora Maples.

Se vistió con ropa sobria y salió del piso de estudiantes hacia la parada de autobuses. El que iba en dirección al campus pasó justo por delante de ella.

Alice corrió como si la persiguiera un loco con una motosierra. El bus cerraba las puertas cuando ella se plantó enfrente con los brazos abiertos. El conductor hizo una mueca y la dejó entrar.

Se tiró en el asiento y escribió a su madre. «Aún no tengo la nota. Un problema informático». Odiaba mentirle, pero en esos momentos

todos sus recursos mentales estaban puestos en alcanzar a la tirana que le había suspendido antes de que abandonara el despacho.

Media hora más tarde, corría enfervorecida a través del campus. Por supuesto, la facultad de Medicina era la más lejana de la parada. Entró en el edificio y voló hacia la primera planta.

Parada frente a la puerta del despacho de la doctora Maples, tuvo que controlarse para pegar suavemente con los nudillos en vez de aporrearla. Se alisó la ropa y se retocó el pelo desordenado. Pegó de nuevo. Como no le abrían, acabó por girar el pomo y entrar en el despacho.

La profesora dejó de teclear y la miró con el rostro ceñudo. Extremadamente delgada, de pómulos sobresalientes y un moño severo, era de ese tipo de personas que automáticamente te caen tan mal como tú a ellas.

—Doctora Maples, soy Alice Letissier, alumna de primer año. Es por…

—La nota de Nanomedicina. Has suspendido por unas décimas y te crees con derecho a enmendar mi calificación, así como a irrumpir en mi despacho sin cita previa. Y no puedes esperar al lunes porque tienes excitantes planes de fin de semana que yo te he estropeado.

—La prisa no es por eso, doctora. Mi beca depende de esa nota y tengo dos semanas para apelar. No me habría presentado de este modo si no fuera importante.

—Importante *para ti*. No es ni más ni menos importante que los otros que han venido antes que tú, cada uno con sus motivos. Te diré lo mismo que a ellos: el lunes que viene os atenderé a partir de las once. Cierra la puerta al salir.

Alice agachó la cabeza y se tragó el sapo. No era aconsejable discutir con la persona de quien dependía su carrera.

Sentada en la escalinata de la facultad, escribió en el grupo de clase. A su madre no tuvo valor de contarle la verdad. El “problema informático” duraría hasta el lunes. No quería darles un disgusto antes de tiempo y que esperaran angustiados al día de la revisión.

Sus amigos la convencieron de acompañarles al plan de barbacoa y fiesta. Pasar el fin de semana encerrada no la ayudaría para la revisión. Por una vez haría caso a Norma, necesitaba liberar el estrés de las últimas semanas.

Mientras esperaba a que la recogieran en coche, se entretuvo en mirar a los estudiantes pasar. La mayoría parecían contentos por acabar los exámenes, cualquiera que fuesen los resultados. Oyó a uno bromear sobre haberlo suspendido todo. Total, sus padres pagaban la cuenta. Sintió ganas de levantarse y darle un puñetazo.

La familia de Alice era de un pueblo muy humilde. Ningún Letissier de su linaje había pisado jamás la Universidad. Cuando fue

aceptada por sus buenas notas en la escuela, ellos le dieron el escaso dinero de sus ahorros. Incluso algunos vecinos contribuyeron. Le hicieron una gran fiesta de despedida el día que se marchó del pueblo.

No le quedaban fondos más que para subsistir. Ni siquiera tenía para pagarse una nueva convocatoria. Se había mantenido con trabajos temporales de camarera o cuidando niños, pero los estudios le dejaban muy poco tiempo.

Se moriría de la vergüenza si la obligaban a volver al pueblo. Y peor que la vergüenza sería decepcionar a su gente. Aunque su madre sutilmente le había dicho que volviera a casa si no se adaptaba en la gran ciudad, Alice sabía que ellos sufrirían por su fracaso. No iba a permitirlo.

—*Meow*.

Alice levantó la cabeza. A unos metros la observaba una gata de la raza esfinge. La primera vez que veía uno en persona. Su piel era por completo gris a excepción de la parte inferior de las patas, de color rosa, y una mancha del mismo tono en su cara como un antifaz. Además, tenía un ojo de cada color, uno celeste y el otro dorado. Remataba su llamativa apariencia un collar de piel con una pequeña piedra de ónice engarzada.

La gente pasaba alrededor de la gata como si no estuviera allí. Le extrañó que nadie le echara un vistazo. El animal tampoco reaccionaba a la presencia de los demás, sus ojos clavados en Alice.

En el pueblo donde se crió ella solo tuvo perros; le hubiera gustado adoptar un gato, pero en su piso de estudiantes no permitían mascotas, y tampoco iba sobrada de dinero.

Chasqueó los dedos un par de veces. La gata ni se inmutó. Algunos que pasaron por su lado miraron a Alice con cara extrañada.

La bocina del descapotable la sacó de su trance. Norma y los otros la llamaban desde la rotonda. Antes de dirigirse al coche echó un último vistazo a la gata esfinge. Debió haberse escabullido entre el gentío, porque no había rastro de ella.

La barbacoa se celebró en la inmensa propiedad de un compañero de clase al que conocía de vista. Alice no figuraba entre las más populares, ni tampoco entre las marginadas. Ocupaba esa tierra de nadie en la que caían los que no participaban en la dinámica social del campus.

Norma la sermoneaba con que se arreglara más y que le sacara partido a su brillante melena caoba y el pequeño lunar sobre los labios. No podría seguir el ritmo de su amiga aunque quisiera; poseía el dinero justo incluso si la beca financiaba parte de sus estudios.

Pertenecer a una hermandad nunca la atrajo. Su verdadera pasión era el patinaje sobre hielo. Le hubiera gustado disponer de más tiempo para entrenar y formar parte del equipo de la universidad, que exigía

un nivel y dedicación mayor del que podía ofrecer ella.

De haber podido, además de obtener una beca deportiva, hubiera pasado más tiempo con el único chico que de verdad le hacía suspirar, Caleb Reynolds. De ascendencia extranjera, poseía una sonrisa tan cálida como su carácter y profunda voz de barítono.

A veces coincidían en la pista de hielo y le veía entrenar. A él y a Amanda, su odiosa novia. Por desgracia, hacían buena pareja de baile.

Caleb se acercó a ella con dos latas de cerveza.

Alice cogió una y le dio un largo buche.

—Gracias. Voy a necesitar unas cuantas más.

—Norma me ha contado lo del examen. Menuda cabrona. Yo aprobé de milagro el año pasado. No te preocupes, la repesca es después del verano.

No le gustaba hablar de sus miserias con nadie y por eso se calló que ella había agotado sus ahorros para la carrera. Que los pijos de su facultad se burlaran de ella le resbalaba; no quería que la compadeciesen. Mucho menos Caleb, que acabaría compartiéndolo con Amanda. Ella se encargaría de difundirlo. No entendía que estuviesen saliendo juntos, aunque pareciesen la típica pareja ideal.

—Estoy citada el lunes. Quizá haya suerte. No creo que me quiten la beca por dos décimas. ¿Por qué no ha venido Amanda?

A Caleb se le torció el gesto. Aunque Norma le había aconsejado una y otra vez que no la mencionara, *«no le recuerdes a un tío que tiene novia»,* a ella le parecía raro no verla en la fiesta.

—Hemos tenido una pequeña discusión —chasqueó la lengua.

Oh-oh.

Si Alice hubiera sido gata en lugar de humana, sus orejas se habrían puesto tiesas. El asunto de la carrera fue empujado al fondo de su cabeza.

—No habréis cortado, *espero.*

—*Nah*, nos suele pasar. Ella está nerviosa por la exhibición del cuatro de julio. Se han agotado las entradas. Yo también estoy un poco cagado.

—*¿Tú?* Patinas muy bien con ella. Y solo, también.

—Gracias. Tú tampoco lo haces mal. Te he visto alguna vez en la pista. Deberíamos practicar.

—Me encantaría —asintió ella, apurando su cerveza.

Oyó jaleo procedente de la piscina. Los primeros borrachos ya habían caído al agua. Tomó nota de no beber mucho más, o acabaría la noche empapada.

De madrugada llamó a un taxi, porque nadie estaba en condiciones de llevarla de vuelta a casa. Guardó su ropa chorreando en una bolsa, después de que la tiraran a la piscina. El anfitrión fue muy majo al prestarle ropa seca.

Le dio la dirección al conductor y se tiró en el asiento trasero. La cabeza le pesaba una tonelada. Se había divertido en la fiesta, aparcando sus preocupaciones por unas cuantas horas. Cerró los ojos.

Un bache en la carretera le hizo incorporarse. Su vista se ajustó a la tenue iluminación de aquella noche brumosa...

Espera un momento.

Pegó la cara a la ventanilla. No reconocía esas calles. Las farolas eran vintage, con formas retorcidas. Tampoco había coches a la vista, fuera circulando o aparcados.

Empezó a transpirar. Había descansado los ojos un minuto y ahora estaba… ¿dónde exactamente? Pegó en el cristal de protección del conductor, que la ignoró por completo.

Cogió el móvil para llamar a Norma y decirle que la estaban secuestrando. Sin cobertura. ¿Habría un inhibidor de señales en el taxi? Intentó gritar, pero su voz salía amortiguada, como si hablara con una gasa en la boca.

El conductor se giró. Lo que vio fue tan extraño que su cerebro fallaba en procesarlo correctamente. Delante no tenía un ser humano sino una criatura de rasgos grotescos, una máscara con pómulos exageradamente redondeados, dientes largos y orejas picudas. Ojos felinos; uno era dorado, y brillaba.

Alice despertó. El coche se había detenido.

—Hemos llegado. Son trece cincuenta —dijo el taxista con rostro feo pero definitivamente humano.

—¿C-cómo? —Sentía la boca seca propia de despertar de un largo sueño.

—Has echado una cabezada. Por un momento temí que me vomitaras dentro. No te dejes la bolsa.

—Sí, sí… —Aún confundida, pagó con el cambio que tenía en el bolsillo y salió del vehículo.

El día siguiente transcurrió entre vomitonas y lavados de estómago a base de infusiones. Por enésima vez se dijo «nunca más», determinación que solía durarle justo el periodo de resaca.

Al vibrar el móvil saltó de la cama con el miedo de que fuera lunes. No, aún era domingo. Norma la llamaba para ir a patinar.

El palacio de hielo se encontraba a un par de paradas de metro de casa. Le apetecía deslizarse, dejarse llevar, vaciar la cabeza de porquería. Por la noche pensaría en los argumentos para convencer a la profesora Maples.

Entró en el gran centro de ocio que contenía la mejor pista de patinaje, además de bolera, cines, billares, y sus lugares de comida rápida favoritos. Para ella, ese lugar tenía la magia de un parque de atracciones. En su pueblo natal no había nada que se pareciese.

Se detuvo frente a la tienda de animales. Le gustaría tener una

mascota, como el conejito que correteaba de un lado a otro de su caja o la pareja de Pomeranias que levantaron la vista hacia ella y ladraron para atraer su atención. Al saludarles ellos movieron la cola frenéticamente.

Iba a dar media vuelta cuando en su visión periférica apareció un animal que antes no estaba allí: la gata esfinge que vio a la entrada de la facultad. No había duda que era la misma, con el collar del ónice engarzado.

Miró a su alrededor en busca del dueño. Aparte de ella, las únicas personas en el establecimiento eran el dependiente y una pareja interesada en un perro.

La gata la observaba fijamente. Ally llamó al chico de la tienda.

—Perdona, ¿sabes de quién es esa gata? Parece perdida.

—¿Qué gata? —respondió él con expresión confusa.

—Pues cuál va a ser, *esa de ahí* —señaló con énfasis.

El dependiente frunció el ceño, negó con la cabeza y volvió con la pareja que no acababa de decidirse qué perrito llevarse.

Se quedó pasmada. El tío la había ignorado por completo. Por el contrario, la gata seguía mirándola fijamente. Ni se inmutó al agacharse a su lado. Estiraba la mano para tocarla cuando zumbó el teléfono.

Norma había llegado a la pista. Le mandó una foto en la que aparecía ella con Caleb y otros chicos del equipo de patinaje. Alice salió a paso ligero de la tienda.

No habría caminado más de un par de minutos que sintió a alguien pasarle los dedos por la espalda. Giró bruscamente, tropezando con una mujer que venía justo tras ella con las bolsas de la compra, que cayeron al suelo.

—¡Chica, mira por dónde vas! —protestó, indignada.

—Disculpe, pero usted se me ha echado encima. Deje que la ayude. —Se agachó para recoger una lata de conserva fugada de la bolsa.

A unos veinte metros se encontraba la gata de antes en su digna pose, rodeada por la gente como a una roca en el camino. Todo se había ralentizado, incluso la música del centro, que salía deformada por los altavoces.

La mujer bufó, exigiendo que le devolviera su lata de guisantes. Tras dársela, se marchó de muy malas pulgas.

La gata había desaparecido. Con su ausencia la realidad recuperó su ritmo normal y la música sonó tan horrible como de costumbre. El mes de exámenes cargado de ansiedad, falta de sueño y pastillas debía estar pasándole factura.

Al llegar a la pista distinguió a Norma con varios chicos del equipo de patinaje. Su amiga había tenido el buen gesto de dejarle libre a Caleb, mientras ella le tiraba la caña al segundo capitán.

Ninguna de las dos tenía muchas posibilidades. Aunque no les faltara encanto, pertenecían a una casta inferior a los alumnos más populares. No formaban parte de ninguna hermandad ni comités organizadores de eventos. Los chicos del equipo eran majos, especialmente Caleb, pero sabían qué líneas no debían cruzar para mantener su estatus en la jerarquía social del campus.

—Hey, Alice. Qué bueno pillarte en patines. ¿Una carrera? —la desafió Caleb.

Ally arrancó a toda velocidad, obteniendo una clara ventaja. Iba a cantar victoria, cuando Caleb la adelantó como un avión. No contento con arrebatarle la gloria, dio vueltas a su alrededor. Con una sonrisa le ofreció la mano para patinar juntos.

Alice alargó la suya, a escasos centímetros de sus dedos…

De repente, él fue tirado hacia atrás por Amanda, que entró en escena de modo fulgurante. La rubia platino estrella del equipo de patinaje era un cliché de serie juvenil. Caleb y ella orbitaron el uno sobre el otro en perfecta armonía, con él haciéndola volar entre sus brazos.

—Si quieres puedo cogerte igual. Estás muy canija —se burló Norma—. Cierra los ojos y piensa que soy él.

—Payasa.

—Os vi hablando en la fiesta. ¿No le dijiste nada?

—Para hablar tuvimos que decirnos cosas.

—Quiero decir *otras* cosas. En plan salir los dos.

—¿En serio me ves opciones?

—Me da que a él le van las chicas con un rollo alternativo. Amanda es todo apariencia, pero está muerta por dentro. Seguro que se aburre con ella.

—Sí, *segurísimo* —respondió Alice poniendo los ojos en blanco.

Amanda la fulminó con la mirada. Se soltó de la mano de su pareja y cogió carrerilla hasta el otro extremo de la pista. Tras un acelerón, se lanzó por los aires en un espectacular salto con giro cayendo sobre una pierna y estirando la otra hacia Caleb, que la agarró para acabar el paso juntos. Eso provocó una ronda de aplausos y silbidos. Al pasar cerca de ella le hizo una mueca.

Picada, Alice se lanzó hacia el centro de la pista. Anteriormente había practicado piruetas en solitario, pero siempre acababa con el culo en el hielo. Se había presentado la oportunidad perfecta para superarse y demostrar a esa chula que sus trucos tampoco eran nada del otro mundo.

Con un gran impulso se propulsó en el aire girando sobre sí misma. Al aterrizar sobre un pie, el tobillo se le dobló, y se deslizó despatarrada por el hielo hasta frenarse contra la pared. Oyó gritos ahogados y algunas risas.

El dolor agudo en la cabeza y el tobillo pasaron a un segundo plano cuando Caleb la ayudó a levantarse. El tacto de sus manos sanaba como el mejor curandero. Ella quiso parecer *cool* delante de él, pese al chichón que se le estaba formando en la frente. Sin hacer caso a las protestas poco disimuladas de su novia, él la acompañó a la enfermería del centro. Esguince leve. Sobreviviría.

Norma pasó un rato con ella en su guarida, compartiendo una pizza con extra de calorías en compensación por la dosis de deporte de la tarde. Ally le pidió que hiciera de profesora Maples mientras ella le exponía sus argumentos para la revisión. Tras varios ensayos se marchó. Pasaría a recogerla por la mañana, no fuera a llegar a tarde por tener la pierna vendada.

Alice asomó la cabeza por la ventana para verla entrar en su coche aparcado en la calle de enfrente. Se había levantado una melancólica bruma que dificultaba la visibilidad.

La gata esfinge apareció junto a la farola. Silbó a Norma y apuntó a la gata. Su amiga giró la cabeza hacia la farola y luego a ella. Se encogió de hombros.

Iba a señalarle de nuevo, cuando la realidad la golpeó con fuerza. Su amiga no veía a la gata, como tampoco el dependiente de la tienda, ni nadie más.

Eso es porque no hay ninguna gata. En el mejor de los casos, es cosa del estrés; en el peor, estás cucú.

Recordó el episodio del taxi. El combo de estrés, borrachera y golpe al caerse había desconectado algún cable dentro de su cabeza y lo había puesto donde no era.

Cogió el móvil para hacerle una foto. Sin batería. *Mierda.*

La gata no se había ido a ninguna parte. Permanecía clavada bajo la luz de la farola, observándola. Incluso de lejos se distinguía el atrapante brillo del ojo dorado.

¿Cómo te llamas?, pensó.

Una mezcla entre palabra y gruñido resonó dentro de su cabeza.

]–]–`

¿Qué diablos…?

En vez de ofrecer una explicación, la gata se marchó con parsimonia en dirección al parque del otro lado de la carretera. A cazar ratones para la cena, probablemente.

Alice cerró la ventana y se metió en la cama.

Vestida con la ropa más presentable de su armario, esperaba el turno para ser atendida por la doctora Maples. Era la última de una cola que se extendía por todo el pasillo. Por suerte avanzaba rápido. O no tanta

suerte, a juzgar por las caras de los alumnos que salían del despacho.

Cuarenta minutos después, quedaban solo tres en la cola. Le dieron ganas de mear en el peor momento. Entre su madre y el grupo de clase su móvil echaba humo. Le sudaban las manos. Debía mostrarse confiada sin ser soberbia, segura de merecer el aprobado.

El último antes de ella salió con la cabeza gacha. Poco después la llamaron. Empujó con suavidad la puerta entornada del despacho. La doctora Maples leía su expediente con la cara pegada al monitor.

—Siéntate —le ordenó sin dignarse a mirarla.

La silla para visitas incomodaría a un faquir; claramente diseñada para que los suplicantes fueran al grano.

—Gracias —dijo Alice al sentarse, cuidándose de eliminar cualquier traza de ironía en su voz.

—Alice Letissier, de alguna parte de Alberta, Canadá. Tienes una beca parcial para el primer año académico, renovación bajo la condición de pasar limpia a segundo.

—Así es, doctora.

—En tu correo tienes el examen corregido. Entiendo que lo has repasado y has visto que no hay error en mi valoración.

—Eso es correcto.

—Y aun así te presentas aquí. Te has quedado dos décimas por debajo de la nota de corte. ¿Lo que pretendes es que yo te regale lo que te falta hasta el aprobado?

Esperaba esa pregunta. En efecto, no había error al que agarrarse para subir la nota. Dar pena tampoco le funcionaría. Por eso había preparado algo diferente.

—Lo que pretendo es que la facultad haga honor a sus principios y me dé la oportunidad de continuar.

—¿De qué hablas, jovencita? —preguntó, al fin volviéndose hacia ella. No esperaba esa respuesta, como tampoco su tono firme.

—Recuerdo su primera clase. Usted nos habló del esfuerzo. Esfuerzo y sacrificio por encima del talento. El talento o la inteligencia no son nada sin voluntad. He dejado mi familia en otro país porque deseo ser doctora. He hecho un gran esfuerzo para ser aceptada y lo seguiré haciendo en el futuro. Dos décimas no deberían echar por tierra ese mensaje.

—Hmm… Así que no estuviste dormida o jugueteando con el móvil durante la presentación. Eso es sorprendente. —Tamborileó sus dedos de uñas cortas sobre el escritorio—. Es cierto: lo dije. Y lo mantengo. Muchos de tus compañeros ni son conscientes de que son unos privilegiados. Por el contrario, tú has luchado por tu plaza.

—Mucho, doctora.

El tono de la profesora había cambiado ligeramente. Aunque aún serio, la severidad había sido sustituida por apreciación. Había

esperanza.

—Lo respeto. Pero no es suficiente. —Sus palabras sonaron a portazo.

Alice esperó a que ella añadiera algo más, pero la reunión había terminado.

—¿Puedo preguntar por qué? —su voz sonó mucho más débil de lo deseable. No le llegaba el aire para hablar más alto.

—Supongo que mereces una respuesta. Si hubieras elegido una de esas carreras inútiles de humanidades te subiría al aprobado y hasta te ofrecería pastitas de limón. Pero estás en Medicina y la vida de alguien podría depender de ti en el futuro. Si ese día fracasas, a tu paciente no le consolará lo mucho que te esforzaste para conseguir un papel colgado de la pared. Prefiero que tú sufras ahora a que en el futuro lo haga alguien en la sala de operaciones.

—Sin beca no podré continuar mis estudios.

—Si tu voluntad es verdadera, encontrarás el modo. Caso contrario, volverás al frío norte. No hay más.

Alice salió del despacho sobre piernas que apenas la sostenían. De algún modo se apañó para volver a la habitación sin llorar por el camino. Fue al apagar el móvil sin responder a ningún mensaje que dejó manar el agobio acumulado hasta vaciarse. Necesitaba espacio libre para la angustia de las semanas que tenía por delante.

No pudo decir la verdad a sus padres. Habían depositado en ella demasiadas ilusiones —y dinero— como para fallarles. Suspender costaba caro. Tenía la repetición del examen antes del nuevo curso, pero su cuenta estaba pelada. Necesitaba un trabajo que le proporcionara dinero y tiempo para estudiar.

Los días pasaban demasiado deprisa. Las entrevistas de trabajo acumularon frustración tras frustración. La pequeña ciudad universitaria se vaciaba en verano y las oportunidades eran escasas. Las únicas ofertas disponibles para una joven sin experiencia eran tareas domésticas o como temporal en alguna tienda.

Ni combinando todos los trabajos le alcanzaba para pagarse los derechos de examen y el cuatrimestre. No iba a mendigar a sus padres ni a sus amigos. Si no era capaz de sobrevivir por su cuenta, mejor volver a casa.

Norma le mencionó de modo muy poco sutil que mucha gente ganaba dinero en internet con páginas de fans vistiéndose con ropa divertida o… con nada en absoluto. Aunque pretendía no sugerirlo en serio, su tono dejaba abierta la posibilidad.

Le espantaba la idea de exhibirse online. Ella siempre fue celosa de su intimidad y lo más personal que mostró en redes sociales fue su conjunto de bata y zapatillas de renos. A decir verdad, ni queriendo se ganaría la vida así, porque sus publicaciones rara vez pasaban de unos

pocos comentarios de pervertidos o gente que ni siquiera eran sus seguidores. La actividad de Alice era la mínima para no ser tachada de antisocial.

Volvía cabizbaja de una decepcionante entrevista para un puesto de secretaria —ocupado justo antes de presentarse ella—, cuando al pasar por el parque cerca de su piso un ruido invadió su mente.

<0II`

Dio media vuelta y entró en el parque. Raro que no hubiera nadie, porque por el día los columpios siempre se llenaban de niños.

No, no era la única. La gata esfinge estaba allí, subida a la rama de un árbol.

—*Meow*.

—¿No puedes bajar? Espera, voy a buscar algo…

Alice le habló con dulzura mientras buscaba una rama o un palo lo bastante largo para que se enganchara a él. ¿Dónde había una buena escalera de mano cuando se la necesitaba?

Claro, eso es. Los bomberos. ¿Cómo no había pensado antes en eso? Marcó el número de teléfono y colgó de inmediato. Los bomberos cobraban una pasta por el servicio. Ella no tenía ese dinero.

Alternó la mirada entre el pobre animal asustado y la pantalla del móvil. Mensajeó a Norma y un par de amigos. Una no contestaba, los otros no estaban en la ciudad.

—*Meow, meow. Meow… ¡meow!*

—Estoy pensando, ¿vale? ¡No me estreses!

Qué tonta. La solución estaba en su mano. Haría un vídeo de la gata y lo subiría a su perfil. Aunque no tuviera muchos seguidores —manera suave de decirlo— algún alma caritativa de los alrededores traería una escalera para bajarla.

Lo mejor sería hacer un vídeo corto. Se alejó del árbol para conseguir un mejor ángulo del antifaz de la cara. Como si adivinara sus intenciones, la gata desfiló con elegancia sobre la rama mientras Alice la grababa. De pronto, el animal cogió impulso y saltó al vacío. Capturó el momento en que aterrizaba en el césped con una pirueta.

Quiso observarla de cerca por si se había lastimado. La gata despejó sus dudas marchándose a la carrera. Una preocupación menos.

De vuelta en casa, dedicó un par de horas a leer ofertas de trabajo. Echó un ojo al vídeo que había subido, curiosa por las reacciones de la gente.

No había reacciones, porque tampoco había vídeo. Extrañada, chequeó entre el contenido de su perfil. Lo que había grabado en el parque no aparecía por ninguna parte. Al haber retransmitido en directo, el vídeo no se guardó en la galería del teléfono. Perdido para

siempre.

En la sección «Ajustes» de su perfil había una notificación. Al pinchar en ella, un mensaje apareció en pantalla.

¡BIENVENIDA A *SMART SOCIAL*!

PARA INCREMENTAR LA POPULARIDAD DEL PERFIL
NUESTRA IA GESTIONARÁ TU CONTENIDO.

SE HA DETECTADO VÍDEO CON ETIQUETA: #**GATO**.

HAZ CLICK EN OK PARA AUTORIZAR GESTIÓN DE
CONTENIDO RELACIONADO CON #**GATO**.

OK

Eso respondía a qué había ocurrido con el vídeo que grabó por la tarde. Autorizó a la app y apagó la luz. Al borde de la inconsciencia, oyó una parrafada similar al extraño sonido en el parque, a medias entre palabras y gruñidos.

^]–]–`
^]:(–]— I`]—]:-—— II`--0(I>)`
--^ (`0`

La despertó el ruido de notificaciones en el móvil. Era la primera vez que veía un +99 en la app. Al entrar su confusión se hizo más grande.

El vídeo del parque no había subido a su perfil, sino a una cuenta llamada BabacatOMG. La foto de perfil era un simpático avatar de la cara de la gata. Su bio decía:

“Soy Baba, la gata que te volará la cabeza y robará el corazón. Sigue mis pasos por este extraño mundo de humanos y comparte mis vídeos. ¡Eso me ayudará mucho! ;)”

El perfil tenía 320 seguidores —más que el de Alice— y el vídeo, dos mil reproducciones y varios cientos de *likes*.

En los ajustes vio que la cuenta estaba vinculada a la suya. Cuando autorizó a la inteligencia artificial que le gestionara el perfil nunca imaginó algo así. Por una vez la palabra *smart* reflejaba la realidad.

El botón de donaciones debajo del vídeo brillaba. Alguien había donado cinco dólares. Incrédula, entró en la app de su banco, donde

había aparecido un ingreso por esa misma cantidad. Refrescó un par de veces esperando que desapareciera por tratarse de un error, pero era real.

Seas quien seas, querido donante, te doy las gracias. La próxima vez añade tres ceros, porfa.

Si en el perfil de BabacatOMG aparecían cosas indeseables, lo borraría y solucionado. Por el momento lo dejaría estar.

Norma y sus otros amigos se habían marchado de ruta por la costa oeste. Con dolor rechazó la invitación, porque necesitaba ahorrar hasta el último centavo. Tampoco se iba a aburrir, entre la búsqueda de trabajo y estudiar para el maldito examen de recuperación.

Las únicas interrupciones en su rutina eran las notificaciones de la app. El perfil de Baba había sumado otros cien seguidores. A cada poco miraba por la ventana, por si volvía a rondar por el barrio.

Harta de empollar y por completo recuperada de la lesión, se fue al palacio de hielo a patinar un rato. Allí se encontró la pista vacía. Incluso en temporada baja no recordaba haber ido un día en que no hubiera nadie. Al entrar notó la atmósfera extraña, como en una habitación con el aire viciado.

Con toda la pista para ella y sin testigos, no le daría vergüenza caerse probando trucos más arriesgados. Recordó las piruetas de Amanda y cómo Caleb la sostenía entre sus brazos. Para medirse a ella debía mejorar mucho.

Empezó despacio con vueltas alrededor del anillo. Al poco descubrió que la gata también estaba en la pista, deslizándose tras ella. Alice se enganchó el móvil a la cintura para grabar un directo improvisado.

Baba aceleró de súbito y saltó a la altura de una persona. Al aterrizar se sostuvo sobre las patas traseras y saludó con un maullido.

Sin ser una autoridad en comportamiento gatuno, aquello le pareció alucinante. Por surrealista que fuese la idea, creyó entender que la gata la había desafiado a imitarla. Era el tipo de lógica absurda que aplica en los sueños y que se acepta sin cuestionarse.

Alice imitó la pirueta de Baba. Al apoyarse sobre una sola pierna se balanceó de más y de nuevo dio un culazo contra el hielo. Al menos esta vez no había testigos.

Una voz familiar la contradijo.

—¡Alice! ¿Estás bien? —Caleb se agachó junto a ella, preocupado.

—No es nada. Perfeccionaba mi técnica de caer con estilo.

—Yo me iba, y de pronto apareciste tirada sobre la pista. Saliste de la nada, me has dado un buen susto. —Le ayudó a levantarse con delicadeza.

—Llevo un rato aquí. Patinaba con la gata.

—La gata… —Caleb frunció el ceño.

—Sí. Una gata callejera que me sigue por el barrio. Justo se ha ido. Quería repetir el salto de Amanda. Me temo que nunca seré capaz de hacerlo.

Idiota, deja de mencionarle a esa chica, le regañó Norma dentro de su cabeza.

—Ella necesitó años. Primero hay que trabajar el equilibrio. ¿Qué tal una pequeña lección antes de irnos? —Él le ofreció la mano.

Se deslizaron por la pista cogidos de la mano, coordinando sus zancadas. Él le hizo correcciones en la postura hasta que sus movimientos fueron naturales y únicamente tuvo que preocuparse de no separarse de él.

Hubieran pasado más tiempo patinando, si no fuera la hora del cierre. A la salida él le propuso ir a cenar a un sitio de comida rápida y después llevarla en coche a casa. Norma diría que eso era una cita. Improvisada, pero una cita.

Aunque las hamburguesas no fueran parte de su dieta habitual, esta la engulló con voracidad, disfrutando el queso fundido que le caía por la barbilla.

—¿Pasas aquí todo el verano? Pensé que viajarías a alguna parte —preguntó Alice.

—No. Ayudo a mi padre en el negocio. El tratamiento de mi hermano es caro. Amanda quería viajar a París, pero me necesitan en casa. Ella no se lo ha tomado muy bien —suspiró—. En mi familia somos muy apegados, cuidamos los unos de los otros. Eso a veces interfiere en nuestra relación.

—Nadie debería obligarte a elegir entre las personas que quieres.

—Me alivia oírlo. Empezaba a pensar que yo era el raro. ¿Y tú, qué? No sales mucho por ahí. Algunos se sorprendieron de que vinieras a la fiesta de Ralph.

—Ha sido un año de mucho estrés. Conque tus amigos hablan de mí…

—Tienes aura de chica misteriosa. Inaccesible. Eso tiene bastante atractivo.

Alice se echó a reír. Tuvo que morderse la lengua para no preguntar si para él también.

—Es la primera vez que me dicen algo así. Soy una tía normal. Y un desastre de patinadora.

—Te equivocas. Se te da bien. Con un poco de práctica entrarías en el equipo.

Una chica que iba hacia el mostrador se detuvo para saludar a Caleb y lanzar a Alice una mirada de soslayo.

Tras la cena él la dejó en el portal de su piso. Si ella empujara solo un poquito, la noche acabaría perfecta. Se le erizaron los vellos de pensarlo.

No. Aunque Amanda le caía fatal, ella no iba a participar en triángulos amorosos.

Se despidieron y desde el portal esperó a que su coche se perdiera de vista. Al girar la llave en la cerradura vio el reflejo de Baba en el cristal de la puerta.

En lo que tardó en agarrar el móvil para tirarle una foto, la gata se había esfumado, como si nunca hubiera estado allí.

Capítulo Dos

Se levantó con el teléfono lleno de notificaciones. Juraría que las había desactivado. Los vídeos de la gata subieron automáticamente a la cuenta de BabacatOMG, cuya popularidad creció exponencialmente.

5587 seguidores; el vídeo de patinaje sobre hielo, compartido 612 veces.

La inteligencia artificial del canal respondía a los comentarios con *smileys*, gifs o frases en inglés que parecían escritas por un traductor online.

La sección de donaciones también traía novedades: cuatrocientos dólares más en su cuenta. ¡Cuatrocientos dólares! De no ser por sus apuros económicos, irá a su restaurante favorito a comer como una estrella.

Estudió hasta la noche, con dificultades para concentrarse. A cada poco echaba un ojo al móvil. A pesar de silenciarlo, el contador de notificaciones hacía que la campana sonara dentro de su cabeza.

Para despejarse se enfundó en ropa deportiva y fue al parque a correr, a la zona de juegos donde grabó a la gata la primera vez. Allí la encontró, subida a un columpio.

Alice sacó el móvil y empezó a grabar.

Baba la acompañó al piso y pasó a ser una inquilina más. Una semana después, Alice dejó de buscar trabajo. Y en un mes reunió el dinero para presentarse al examen de recuperación.

Una de las cosas más alucinantes de sus interacciones con la gata era que la app respondía peticiones por parte de los seguidores, desde hacer acrobacias a posar disfrazada como personajes de películas o videojuegos. Como hacer *cosplay* implicaba pagar por un disfraz, la app rogaba más donaciones para mantener el canal.

Preparó un calendario para grabar a Baba en diferentes horas y lugares: casa, centro de la ciudad, parque, pista de hielo. Subía fotos y vídeos a diario. Aunque se planteó dejarse libres uno o dos días por semana, el goteo de donaciones supuso una presión inesperada, pues temía que un día sin contenido nuevo la privaría de nuevos patrocinadores.

Para mantener los pies en la tierra se repetía constantemente que esa situación duraría poco, pero en su cabeza ya hacía cálculos para

mudarse a una casa para las dos.

Se compró un coche de segunda mano. No solo por su comodidad, sino para llevarla de excursión y grabarla en otros escenarios.

Alice nunca aparecía en el contenido del canal BabacatOMG, el perfil pertenecía en exclusiva a la gata. No contó a nadie sobre sus actividades, ni siquiera a Norma.

La idea de cobrar un salario semanal gracias a un gato sería incomprensible para sus padres. A ella misma le costaba creerlo.

La inteligencia artificial que gestionaba la cuenta respondía al instante cada comentario, salvo en los directos, para dar la sensación de que era la misma Baba quien escribía a sus seguidores.

Si el funcionamiento de la app era asombroso, mucho más lo era Baba, que no encajaba con los patrones de comportamiento de los gatos. Rechazaba la comida de animales o usar el arenero. Como mucho, aceptaba las sobras del plato de Alice.

Al poco de comprar el coche quiso llevarla al veterinario, pero fue imposible. Al ver la jaula, la gata gritaba como una fiera salvaje y desaparecía de su vista en un parpadeo.

La fama de ariscos sí encajaba con Baba. Rara vez permitía que se la tocase, y jamás cogerla. Tampoco buscaba el contacto. Alice quiso inspeccionar el ónice de su collar, pero resultó imposible. Solo le permitía disfrazarla para sus actuaciones.

Más raro si cabe, Baba jamás dormía, como si no quisiera mostrarse indefensa en su presencia. La relación entre ambas era lo más parecido a un matrimonio de conveniencia.

Alice quería ganarse su afecto. En verano su piso era un horno. Quizá un cambio mejoraría su humor.

—Si apruebo el examen de Nanomedicina lo celebraremos mudándonos a una casa más grande. ¿Te parece bien? —La gata ladeó la cabeza, con el ojo dorado guiñándole—. Vamos a curiosear.

Abrió el portátil y entró en el catálogo de inmobiliarias locales. Guardó en favoritos un puñado de sitios prometedores. Baba saltó al escritorio y pegó la cabeza a la pantalla, ojeando la galería de imágenes de cada propiedad. Puso la pata sobre una bonita casa independiente con jardín, piscina y columpios para niños.

—*Meow* —afirmó Baba, convencida.

—¿Te gusta esta? Jaja, y a mí. Es cara. Vas a tener que currártelo mucho. Además, necesito aprobar el examen la semana que viene. Estoy… un poquito cagada.

—*¿Meow?* —preguntó Baba.

—Con lo del canal apenas he tocado los libros. Estoy empezando a agobiarme. Como no haga un examen perfecto, me suspende fijo. La tía esa es super dura.

Baba gruñó. En eso estaba de acuerdo con ella.

Alice durmió poco esa semana. Volver a los libros le hizo darse cuenta de que la situación era más dramática de lo que imaginaba. En el tiempo que anduvo liada con el perfil social de Baba, su mente se había encargado de borrar casi todo lo que aprendió antes del examen anterior, liberando espacio para asuntos gatunos.

En el día fatídico se encontró sentada en un aula con otros veinte alumnos tan nerviosos como ella. Al repartirse los exámenes se encogió en la silla. Algunas preguntas ni le sonaban. En las pasadas semanas había acariciado la idea de de sacar sobresaliente para resarcirse, pero ahora se conformaba con el aprobado más raspado de la historia.

Apuró hasta el último minuto del tiempo para entregar el examen, cabreada consigo misma. Le esperaban unos pocos días de incertidumbre hasta que se publicaran las notas.

Al menos tenía a BabacatOMG para distraerse. Las peticiones de los fans se habían vuelto más creativas. Uno ofrecía cien dólares por ver a la gata saltando entre tejados disfrazada de superhéroe. Había gente a la que le sobraba el dinero.

Miró de nuevo en el portátil las imágenes de la casa que le había gustado. La gata se subió a la mesa y dio con la pata en la del jardín.

—Lo siento, Baba. Creo que la he vuelto a cagar. Esa mujer va a suspenderme otra vez.

En un inesperado gesto de empatía, la gata apoyó su cabeza contra la suya y se frotó con su cuerpo. Sintió algo parecido a una corriente de electricidad estática, y se le erizaron los cabellos. Baba ronroneó.

Esa noche descansó mejor que en mucho tiempo. La preocupación por el examen había desaparecido de su mente. Lo que tuviera que pasar, pasaría.

Una semana después recibió dos emails del departamento de Nanomedicina. El primero era una nota informativa general. Necesitó leerla varias veces para convencerse de que no era una broma de mal gusto.

Definitivamente no, porque el grupo de la facultad era un hervidero de comentarios por la noticia.

La escueta nota informaba que la doctora Abigail Maples, catedrática de Nanomedicina, había fallecido. Se celebraría un acto oficial en su nombre al comienzo del nuevo año académico.

El segundo correo provenía de un tal doctor Garret Greenfield, nuevo cabeza del departamento de Nanomedicina. Quería reunirse con todos los alumnos pendientes de aprobar el examen y preguntaba si a las cuatro de la tarde le vendría bien hablar en su despacho.

Alice confirmó la cita.

Le costó reconocer el antiguo despacho de Miss Maples con tanto

cambio en la decoración: macetas con plantas enanas, el escritorio en otro sitio, fotos del profesor con su madre e incluso un par de sillas cómodas para visitantes.

El nuevo catedrático, un regordete pelirrojo de rostro infantil la recibió con amabilidad. Tras las típicas palabras sobre los logros de su predecesora, fue al asunto.

—Algunos estáis rozando el aprobado. Me gustaría implantar una metodología diferente. Viendo tu expediente pareces una chica trabajadora, dedicada. No quiero estrenarme en el cargo suspendiendo a quienes se han esforzado. Te propongo esto: yo te apruebo y el curso que viene me ayudas en un pequeño proyecto de investigación. Seré tu tutor. ¿Qué opinas?

—Me suena excelente, doctor Greenfield.

—Llámame Garret —respondió con una sonrisa que le hacía cerrar los ojos como las figuras de los gatos de buena suerte.

Salió brincando del despacho. Lamentó no haber dicho la verdad a sus padres, porque le apetecía celebrarlo con ellos. Al contarlo en el grupo de clase las chicas le organizaron rápidamente una fiesta en los billares.

El móvil le mandó una notificación recordándole que esa noche tenía un directo. No recordaba haber programado uno para ese día. Canceló la retransmisión. La app le sugirió varias excusas para los fans. Eligió: «Baba no se encuentra bien. Nada grave. Os miaugradece vuestras atenciones».

La fiesta fue cojonuda. Copas gratis, billar, y el número de teléfono de unos chicos a los que conocieron en el local. Por primera vez desde que dejó el pueblo, comenzaba a sentirse realizada.

Norma y Laurie le pusieron los dientes largos con sus aventuras de verano en la costa. Apenas habían coincidido juntas.

—Al próximo que hagamos te apuntas sí o sí —dijo Laurie.

—Has estado muy perdida, tía. He oído por ahí que te vieron con Caleb. Los dos *solos* —le pinchó Norma—. ¿Cuándo pensabas contárnoslo?

—Nada que declarar. Cenamos en un sitio barato después de patinar.

—¡¿Estuvisteis patinando juntos?! *Oooh*….

—Mierda. Olvida que he dicho eso. He salido muy poco. Conseguí un trabajillo online para verano. Entre eso y el examen se me ha ido el tiempo. Estoy pensando en mudarme, ahora que he ahorrado algo de dinero. Lo siento por la doctora Maples, pero la verdad que el nuevo profesor parece majo.

—¡*Buah*, hablando de esa bruja! ¿Has oído lo último? —Norma bajó la voz en tono confidencial.

—Murió de un ataque al corazón. Una cabronada, no era tan vieja.

—No, eso no. Quiero decir lo último-último.

—A ver qué te inventas…

—Tengo un amigo en la poli. Dice que la causa de la muerte no está tan clara. Un vecino les avisó al oír jaleo en casa. Gritos y golpes. La encontraron en un rincón del salón. Había muebles volcados.

—Tropezaría con ellos al darle el ataque.

—Eso no explica que en la mano tuviera un cuchillo. Uno de los grandes, de asesino en serie. Mi amigo cree que alguien entró en la casa.

—Si fuera así, nos habrían interrogado: «¿conocía a alguien que quisiera hacerle daño?», a lo que yo hubiera contestado: «Nadie aparte de todos sus alumnos, detective».

—Hablo en serio, mamona. No han encontrado huellas ni signos de robo. Tampoco forzaron la puerta ni vieron a ninguna persona extraña a esa hora. Si anuncian que fue un asesinato sin tener pruebas, harán el ridículo. Pero la escena no les cuadra.

Unos chicos interrumpieron su juego del Cluedo para desafiarlas al último billar de la noche.

Llegó a casa con ganas de dormir un día entero. Al tirarse sobre la cama saltó como un resorte, asqueada. Las sábanas estaban mojadas y olían a demonios. Aún peor: a meado de gato.

Gritó el nombre de Baba, que se había quitado de en medio. Era la primera vez que cometía una gamberrada así, porque sus necesidades las hacía fuera de casa. Una idea extravagante se abrió paso dentro de su cabeza: Baba se estaba vengando por haber cancelado su streaming.

Echó las sábanas a la lavadora y frotó con esponja y jabón perfumado la mancha oscura en el centro del colchón. Echó colonia y le dio la vuelta. Ni de coña iba a dormir por ese lado. Después de poner ropa de cama limpia, se acostó.

Baba estuvo un día entero sin asomar los bigotes. Casualmente, la IA de su perfil no publicó ninguna actualización ni respuesta a los muchos comentarios preocupándose por su estado de salud.

Aprovechó para visitar la casa con jardín, su favorita entre las que vio en el catálogo. Se imaginó haciendo vida diaria allí. Si los ingresos del canal se mantenían durante el siguiente curso, podría permitírselo. A mamá le encantaría, una vez que la acondicionara a su gusto. Cayó en la cuenta de que sus fantasías dependían de un díscolo animal que le había meado la cama por los *loles*.

Cuando volvió al piso, Baba estaba encima de la cama, supervisando el lado limpio. La miró con ojos entornados. Para esa tirana el asuntillo había quedado en el olvido. Hora de volver al trabajo, decía.

Al día siguiente se presentó con decisión en la inmobiliaria. La casa

era suya.

Sus padres la visitaron en la apertura del año académico y quedaron encantados con su nueva vivienda. Alice les dijo que era propiedad de la familia de una compañera de clase y que pagaba un alquiler simbólico. Que se la permitía gracias a las donaciones que un montón de extraños hacían a una gata de internet no sería creíble para ellos.

Durante la semana les paseó por la comarca y les presentó a sus amigos más cercanos. A la pregunta de si tenía novio le dolió reconocer que el chico que le gustaba estaba pillado. Había tenido unas cuantas citas, pero ninguna digna de mención.

Respecto a sus compañeros de clase, mentirles sobre el origen del coche o la casa no fue necesario. La mayoría eran de padres con dinero y vivían en su propia burbuja.

El tiempo que estuvo acompañada en casa, Baba no se presentó. Con lo social que era en la red, evitaba cualquier contacto con gente en el mundo real. Qué animal tan raro. En su perfil había anunciado una semana de vacaciones. Hasta los gatos necesitan un par al año.

Al volver de dejar a sus padres en el aeropuerto no le sorprendió que Baba estuviera tumbada sobre su cama cuan larga era. Se acabaron las vacaciones.

Necesitó todo su talento organizador para no enloquecer durante el cuatrimestre, entre estudios, agenda social y mantenimiento del perfil de Baba, que se acercaba al millón de suscriptores.

Recurrió a reducir horas de sueño. Se decía así misma que debía aflojar el ritmo, pero se había vuelto prisionera de su propio tren de vida. Un tren que no conducía ella, sino la aplicación que le imponía horarios absurdos para optimizar sus ingresos.

Dos sucesos se interpusieron en el camino de ese tren.

El primero, el correo de una desconocida. Lo hubiera enviado a la bandeja de *spam* de no ser por el asunto: «Gata Baba». Abrió el mensaje.

Querida Alice,
Sé que has entrado en contacto con una gata llamada Baba. Necesito hablar contigo en persona. Si te viene bien, nos vemos mañana a las 16:00 en la tetería Hoja Roja. Es muy urgente.

Sonia Richardson
Doctora en Historia Antigua y Egiptología, Universidad de Nueva York

La dueña había encontrado a su gata. Se extrañó de no haber visto anuncios de animal perdido durante esos meses, pero era cuestión de tiempo la persona que le puso el collar de la piedra negra acabaría

reconociéndola convertida una celebridad.

La mujer quería recuperarla. Se preguntó si le permitiría seguir grabando vídeos de ella. Aunque sonara codiciosa, no era el dinero lo que más le importaba. Se había acostumbrado a su presencia. El vínculo entre ellas dos era real.

Del mensaje le llamó la atención la elección de palabras: *«sé que has entrado en contacto»*, como también que usara el título de doctora para un asunto informal sobre una mascota, como si necesitara probar sus credenciales.

Cómo la había encontrado era otra cuestión. Hasta ese momento, nadie sabía que el canal de Baba era suyo. Respondió al email con un escueto *«OK, mañana a las 16:00»*.

El otro suceso que volteó su rutina fue también un mensaje, uno que le hizo ilusión: Caleb le proponía salir a cenar. Quería comentarle algo en persona.

Alice estaba al tanto de los rumores de que Amanda y él habían cortado. De hecho, Amanda había dejado de seguirle en las redes sociales. No le prestó más atención al ser habitual en ella cada vez que se cabreaba. ¿Sería esta la definitiva?

Respondió que le gustaría ir mañana a un vegetariano nuevo en la ciudad. Si la cita con la dueña de Baba le dejaba mal sabor de boca, cenar con Caleb le endulzaría la velada.

Sonia Richardson no era en absoluto como la esperaba: de unos treinta años y poco más de metro y medio, su pelo corto naranja era visible a la legua. Vestía ropa de exploradora fuera de lugar en ese ambiente urbano.

Pidieron un té.

—Señora Richardson, le aseguro que he cuidado bien de su gata. Intenté llevarla al veterinario…

Ella levantó la mano con las mejillas encendidas.

—¡Nonononono! Señora, no. ¡Solo tengo veintiocho y estoy soltera! Llámame Soni.

—Está bien, Soni a secas.

Ella sonrió, para luego ponerse seria. Sus bruscos cambios de expresión y atuendo le daban la apariencia de un personaje de dibujos animados.

—Vaaale. Aclarado este punto, centrémonos en lo importante: Baba no es mi gata.

—¿Entonces de quién es? ¿Por qué me has escrito?

—Baba no tiene dueña. Su maestra es la maga Thymora Smyrnova, uno de los nueve.

—*¿Perdón?*

Creía haber oído correctamente sus palabras, pero estas no tenían

ningún sentido dentro de su cabeza. Lo que dijo a continuación fue aún más extravagante.

—Vale, eso no importa. Lo que importa es que tienes que alejarte de Baba, cerrar su canal y no grabarla más; olvidar que una vez la viste. Con un poco de suerte, se desvanecerá al ser ignorada por todos.

—Disculpa, Soni, esto es muy raro. Creo que mejor me marcho. —Hizo ademán de levantarse.

—La muerte de tu profesora no fue natural. Baba la provocó.

—*¡¿Estás de coña?!*

—Si me das un minuto te explicaré. Por favor, he venido desde Nueva York solo para verte. Soy investigadora, colecciono artefactos antiguos y extraños. Baba es de interés para mí.

—Es un viaje muy largo por un gato. Dime qué pasó con mi profesora.

—Antes déjame que adivine: ella era muy dura contigo, te suspendió o algo así.

—Sí. Me hizo estudiar todo el verano.

—Y eso te robó tiempo para Baba. Supongo que nadie sabe que la gata está contigo. Te lo has callado. Es vuestro pequeño secreto.

—A mis amigos no les gustan mucho los gatos. No surgió el tema.

—¿Estás segura de eso? Piensa un poquito.

Iba a poner fin a esa absurda conversación, cuando de pronto recordó. Había mencionado la gata a Caleb, al chico de la tienda de animales y a Norma. Ninguno había reaccionado. Como tampoco la gente de la calle, pasando por su lado. Hacía años que casi nadie se extrañaba de ver a una persona grabando con el móvil en un sitio público. Pero algunos sí la miraron confusos. A ella, no a la gata. Porque no la veían. *Nadie la veía.*

—Venga ya… —Agarró el borde de la mesa para anclarse a la realidad antes de que su cabeza flotara como un globo.

—La historia de los nueve es muy larga, se remonta al antiguo Egipto. Baba es uno de ellos, un ser fugado de otro tiempo, de otro lugar. Otra dimensión, si quieres. Los gatos son puertas de entrada a nuestro mundo. La mayoría de viajeros ocupan su mente y no hacen nada malo. Baba no está en ese grupo.

—Espera, maldita sea. *¿Viajeros?* —Se tapó la boca para no troncharse.

—Baba no es la única que ha venido, pero sí una de las más peligrosas. A tu profesora le dio un susto de muerte. Literal, porque la dejó tiesa. Se haría visible por unos segundos y le causó un infarto.

—En cuanto me termine el té, me piro. La historia, además de una chorrada, tampoco tiene sentido. No explica por qué nadie nota su presencia.

—La piedrecita negra del collar. Es lo que llaman un censor.

Debilita la existencia de Baba en este mundo, hasta convertirla en un mero eco de quien fue. Los sentidos humanos no pueden percibirla…

—A no ser que la miren por una cámara… —Se agarró con más fuerza a la mesa. La sensación de flotar era intensa—. ¿Por qué yo sí la veo?

Soni se encogió de hombros.

—Aún estoy investigando por qué hay personas que puede comunicarse con estos "gatos especiales". Sé lo que Baba quiere. Ella se hace fuerte cuanta más energía recibe de la gente. Es decir, popularidad. Los que pasan horas observándola a través de una pantalla la volverán tangible en nuestro mundo. Con el tiempo, el collar se romperá y ella será libre. Debes cortar su acceso a la red. *Ya.*

Alice apuró el resto del té, que se había enfriado.

—Mira, Soni… sin ofender, creo que deberías salir más. Pasas demasiado tiempo con leyendas, ocultismo y cosas raras. Lamento que hayas perdido tu tiempo al venir aquí.

Soni suspiró.

—Al menos me has escuchado, pareces maja. Ojalá estuviéramos aquí tomando algo en plan amigas, no porque estés en peligro. Por cierto, estás en peligro. Toma mi tarjeta. Espero que cuando llames a este teléfono no sea demasiado tarde. —Le pasó una tarjeta color arena.

Érase una vez
Antigüedades y objetos extraños
1681 Broadway, New York, NY 10036
+1 212-453-9904

Tras despedirse con un suave apretón de manos, Soni se marchó.

Durante la vuelta Alice reprodujo en su cabeza la delirante conversación, maravillada de que cualquier lunático pudiera ganarse un doctorado.

BabacatOMG había ganado tres mil nuevos suscriptores. La cuenta del banco engordó con doscientos dólares más. Necesitaba mejores razones para renunciar a su fuente de ingresos que una superstición.

Recibió un mensaje de Caleb para confirmar lo de la cena. Ella respondió con un guiño.

Dos horas más tarde pillaban mesa en un balconcito con vistas del primer piso del restaurante. El vino y la comida estaban deliciosos, fue su mejor cena desde que se marchó de casa.

Hablaron de cómo iba el curso para ambos, de las nuevas amistades, de patinaje… tenían más cosas en común de las que ella creía. Se preguntaba por los motivos reales de Caleb por haberse citado, cuando él soltó la bomba.

—Amanda y yo hemos cortado. Hace tres semanas. Esta es la definitiva.

Oh…

—Vaya, lo siento —intentó que sonara lo menos falso posible.

—Con Amanda no me sentía yo mismo. La obligación de competir no se reducía a la pista de hielo. Fuera de ella tenía que estar a la altura, acudir a fiestas que no me interesaban. No sé… mi vida parecía escrita en un guión. No me gustaba donde estaba yendo.

—¿Y qué es lo que te gustaría?

—Sentirme cómodo. Cenar relajado en un buen sitio sin mirar el maldito teléfono, sin estar pendiente de si hemos perdido seguidores o si ir a comer a tal sitio atraerá más gente o menos. Quiero solo preocuparme por vivir el momento. Como ahora. Contigo.

Oh…

—Yo también me siento muy a gusto contigo, Caleb. Y no me da vergüenza que veas cómo me caigo patinando. Bueno, un poco sí.

—Brindemos por eso entonces. —Él les sirvió un par de copas de vino.

—Antes hay un pequeño asunto del que tengo que ocuparme.

—¿Hay alguien en tu vida? —preguntó él. Su desilusión fue enternecedora.

—No, no es eso. Es del trabajo. Me absorbe mucho tiempo. Como tu relación, me está llevando por un lugar del que no estoy segura. Igual la solución es aparcarlo.

—Espero que yo no tenga nada que ver.

—Tranquilo, es algo que iba a ocurrir tarde o temprano.

Se levantó y le dio un suave beso en los labios.

Entró en casa bailando. A la mañana siguiente haría cuentas del dinero disponible para mantener la vivienda todo el año. Disponía de unos meses para encontrar un trabajo real antes de mudarse.

En cualquier caso, el destino de BabacatOMG no era otro que la papelera de reciclaje. La pequeña anticuaria se saldría con la suya, aunque no porque hubiera creído su cuento de fantasía. Analizándolo fríamente, su vida había entrado en un bucle en el que ella no era la dueña de sus actos. Cuidaría de la gata; la real, no la celebridad de internet.

Entró en el cuarto sin encender las luces y se echó sobre la cama. Decidida por un beso y media botella de vino, entró en los ajustes de la app y pulsó eliminar cuenta. En la pantalla apareció el mensaje:

«No tiene permisos de dueño sobre BabacatOMG»

—Conque esas tenemos. Está bien. A grandes males… —Entró en

su perfil personal, que estaba vinculado al de la gata. Pulsó el botón.

«Imposible eliminar un perfil vinculado a BabacatOMG»

Los ojos dorados brillaron en la oscuridad. Sobre la pared iluminada por la luz exterior se recortó una silueta más grande que la de un gato. Mucho más. La sombra se puso a dos patas, alta como el techo.

Al retroceder, Alice tiró el móvil y pegó la cabeza contra el respaldo de la cama.

La lengua incomprensible que oyó en el parque, entre palabras y gruñidos, inundó su mente. Esta vez sí entendió su mensaje.

—Dulce Alice, es hora de que tú y yo hablemos seriamente de nuestra relación.

Continuará…

EL CALLEJÓN DE LOS MAULLIDOS

Estaba tras el bloque de pisos en el Hell's Kitchen de Nueva York donde trabajaba y vivía el detective privado Henry Hunter.

Su apartamento era viejo pero espacioso, permitiéndole separar la vivienda personal del despacho. Aunque necesitara múltiples reformas, cuando la inmobiliaria le mostró el lugar a la luz del día no podía explicarse por qué era tan barato.

Se imaginó en la típica situación de las películas de terror en que, tras firmar los papeles del alquiler, un personaje misterioso le avisaría de que el anterior inquilino había asesinado a toda su familia y que sobre el lugar pesaba una maldición.

Sin ser así de siniestra, la razón para ese bajo precio se reveló al caer la noche. Los tejados y callejones del barrio habían sido colonizados por una comunidad de gatos que montaba escándalos propios de una fiesta de fin de curso.

Menos el ejército, todas las autoridades habían intentado espantar a los astutos animales, que al menos acercamiento humano se escabullían para después volver a las andadas.

Los residentes de larga duración se habían resignado a que ese jaleo formara parte del entorno, sumándose al paisaje sonoro formado por el claxon de los coches, peleas de borrachos y algún que otro disparo.

Eran las seis de la tarde. Tirado en el sofá, Henry dudaba entre las dos opciones de ocio que se presentaban ante él: ir al gimnasio o ver el partido en compañía de su cerveza favorita. Para un hombre que aún no había llegado a los treinta, darse a la bebida solo en casa era una bandera roja.

El teléfono le libró de la tentación. Era la señora Stevens, quien le había mandado un email por la mañana pidiéndole total discreción para la cita esa noche en su casa.

Una rápida búsqueda sobre Patricia Stevens le contó todo lo que necesitaba sobre su cliente: dueña de una joyería y casada con un millonario, era evidente que el marido se la pegaba y necesitaba pruebas para desplumarlo con la demanda de divorcio.

No lo adivinó porque fuera un prodigio de la deducción. La mitad de sus casos eran del mismo palo.

Después de entregar su placa de policía, el sueño de resolver casos

emocionantes en el sector privado se evaporó al poco de empezar, igual que lo de ganar dinero de verdad. Y podía dar gracias de que las apps de citas aseguraran un flujo constante de clientes, especialmente los que tenían acuerdos prematrimoniales.

Se puso su ropa de noche habitual: camisa negra, corbata con serpentinas de colores que hipnotizarían a una cobra y un abrigo largo de cuero en el que esconder su arma.

Antes de salir del piso dejó la ventana entreabierta y varios cuencos de agua, pienso y comida que sobró del almuerzo.

Henry tenía dos secretos: el primero, que él daba de comer regularmente a un puñado de esos cabroncetes peludos; el segundo, que podía comunicarse con ellos. No como la gente normal. Él percibía sus pensamientos y sensaciones al pasar la mano por su lomo o pegar sus cabezas.

Ese don, exclusivo de su hermano cuando eran niños, lo adquirió él en la adolescencia. Desde entonces había aprendido a reconocer qué gatos eran "especiales" y entendían sus palabras como un ser humano.

Para un detective privado no había mejores informantes. Se ganó el favor de los gatos del callejón cuando salvó la vida de uno llevándolo a tiempo al hospital de animales, después de que un malnacido les pusiera comida envenenada.

Aunque oficialmente no tuviera mascota, algunos felinos entraban en casa con asiduidad; especialmente en los meses fríos, en los que dormían junto al radiador. Por lo menos tenían la educación de hacer sus necesidades fuera y no arañarle su sillón favorito.

Condujo su preciado Mustang hasta el lujoso ático de Manhattan donde le habían citado. Aparte de la terraza con espectaculares vistas de la ciudad, nada en él le gustó; ni los pretenciosos muebles minimalistas, ni mucho menos su cliente, una mujer con la piel tan estirada que era incapaz de sonreír.

Apostaría a que al natural ella tampoco curvaba mucho los labios, salvo para muecas de desprecio. En su expresión había disgusto y vergüenza. Odiaba verse en esa situación y odiaba verle a él, como si también participara en las travesuras de su marido.

Ella se sirvió una copa —sin ofrecerle— y puso un grueso sobre en la alargada mesa de cristal.

—Un adelanto de sus honorarios. Mil quinientos. La otra mitad cuando tenga las fotos de él y de la fulana con la que se ve. Le daré otros mil dólares si averigua quién es ella.

Él se guardó el sobre en un bolsillo interior del abrigo.

—Ejem… necesito una cosa más.

—*¿Más?* ¿No es suficiente?

—No es dinero. Esto le sonará extraño, pero necesito ropa de su marido. Mejor si no está lavada.

—¿Me está tomando el pelo?

—Para nada. Considérelo parte del procedimiento detectivesco. Le aseguro que funciona. ¿No ha leído mis valoraciones de internet? «Un detective diferente». Pensé que me contrató por eso.

—Le contraté porque era el único disponible. Si lo de diferente va por su horrible corbata, es cierto. Espere aquí —dijo la arpía, cortante.

Se ausentó un momento, airada por su extravagante petición. Regresó en un minuto con una bolsa que contenía una camisa y un par de calzones. Henry arrugó la nariz. Olían a tigre mojado.

—Debería valer.

—No me interesa qué piensa hacer con eso. Mi marido dice que pasará la noche fuera por trabajo, pero estoy segura de que está con su furcia. No me llame hasta que reúna las pruebas para aplastarle en los tribunales. Adiós.

Qué bonito es el amor, pensó Henry, conduciendo camino a casa. Ni que él fuera el más propio para hablar, con relaciones que le duraban entre una noche y un mes.

Había disfrutado con su desconcierto al pedirle la ropa del esposo. Él no era un detective como los demás. Odiaba las interminables vigilancias, tuvo más que suficientes en sus años como poli. Por eso, dejaría que fueran sus colegas peludos quienes lo hicieran, y así reforzaba el vínculo entre ellos.

Aparcó el coche en el callejón de casa y llamó a Ollie, uno de sus favoritos. De color arena y una marca cristalina en el ojo, era tan buen rastreador como un perro. Le había acompañado antes en un par de casos e incluso impidió que unos ladrones le desvalijaran el piso, al armar escándalo cuando iban a asaltarlo.

Henry le vaciló un poco ofreciéndole unas chucherías para gatos que él ni se molestó en olisquear. Se las tiró de un manotazo con las uñas escondidas y gruñó. Accediendo a sus deseos, sacó del bolsillo sus tiras favoritas de jamón, que el animal zampó alegremente. Tras acabarlas se frotó con su pierna.

—Tengo un trabajo para ti. —Abrió la bolsa con la ropa sucia—. Me han encargado que le fastidie la fiesta a un ricachón. ¿Te apuntas?

—*Meeew* —no parecía muy convencido de rastrear esa pestilencia.

—Sé que no tienes un plan mejor esta noche. La siamesa que te gusta pasa de ti. No vengas a llorarme cuando te deje tuerto.

Henry volvió al coche. Había aprendido que a los animales era mejor no presionarles. Con el vehículo parado, piso el acelerador para que rugiera el motor. Un vecino se asomó a la ventana para insultarle y otro hizo aspavientos con una maceta en la mano.

—*¡Miau!*

Ollie salió del callejón.

—No dije nada de ir a pata. Sube. —Le abrió la puerta del

acompañante. El gato saltó al asiento—. Está sin cubrir, así que compórtate.

Condujo despacio en la noche neoyorquina. Ollie disfrutaba el ronroneo del motor y el recorrido por áreas de la ciudad lejos de su callejón habitual. Sacaba la cabeza por la ventanilla captando con su agudo olfato los matices del ambiente.

Con cortos maullidos le indicaba la dirección, a veces forzándole a dar un rodeo para no meterse en dirección prohibida. El GPS gatuno no tenía en cuenta las normas de tráfico de los humanos.

Hubo un tiempo en que Henry disfrutaba las patrullas nocturnas por la ciudad, apreciando cada una de sus imperfecciones: el olor de la comida grasienta en los puestos callejeros, el humo del tráfico o los edificios que tapaban el cielo. Soñaba con ese gran caso que le hiciera amar su profesión y que diera un rumbo fijo a una vida de traumáticos volantazos.

No sabría decir en qué momento abrió los ojos, que ahora la ciudad se le presentaba en su peor versión, con contenedores de basura infestados de ratas, taxistas psicópatas y una lista interminable de esposas y maridos celosos a los que tenía que ayudar a destruirse mutuamente. Los inviernos eran helados y los veranos infernales.

Solo en Navidad Nueva York sacaba la varita mágica y recordaba a la gente que la vida puede ser maravillosa…

—*¡MIAU!*

Ollie le pegaba en la pierna con insistencia. Había dejado de prestarle atención, perdido en sus ensoñaciones. El gato señaló un alto bloque de apartamentos. La viabilidad de su plan dependía de que el edificio tuviera cornisa o no.

Sacó los prismáticos de visión nocturna de la mochila. Bingo. Una estrecha cornisa recorría la fachada, incluida la última planta.

Hacía tiempo que dejó de cuestionarse cómo su socio era capaz de seguir el rastro de una persona a kilómetros; debía poseer un sentido que iba más allá del mero olfato.

Tanto los talentos de Ollie como los suyos constituían un misterio insondable. Y así iba a continuar, porque una parte del enigma se relacionaba con un pasado que él no quería remover. Dando un portazo a sus recuerdos, se enfocó en el trabajo entre manos.

Acceder al edificio fue sencillo. Con Ollie en brazos, dijo al enorme portero que era el veterinario del gato de la señora Matthews —nombre que había visto en la entrada—. El animalito había sufrido un ataque de ansiedad y no podía ir en una jaula. Debía entregarlo en persona.

En su experiencia, cuanto más bizarra fuera una historia menos probabilidad había de que la comprobaran.

Subió a la azotea. Las vistas eran impresionantes. Justo debajo

quedaba el enorme loft del capullo al que iba a arruinarle la vida. Ese idiota ni se había molestado en cambiar su nombre en el buzón.

Se quitó el abrigo, del que desenganchó el equipo que iba a utilizar: cuerda, cámara, una pequeña mochila con arnés. Por aventurero que fuese Ollie, temía que el menor error le convirtiese en puré sobre la calle.

Después de ceñirle el arnés al gato, Henry lo enganchó también a su cintura. En el bolsillo metió una cámara con la lente apuntando en la dirección que mirase Ollie. Lentamente liberó cuerda hasta posarle sobre la cornisa unos metros más abajo. Usar un dron hubiera sido más seguro que esa tontería de Misión Imposible, pero su socio amaba el riesgo.

Con Ollie firme sobre la cornisa, Henry caminó por la azotea siguiendo sus pasos, para que la cuerda alrededor de la cintura nunca se tensara demasiado.

Por el móvil vio lo mismo que el gato. Le había tocado el premio gordo: el señor Stevens y su amante estaban en plena faena y habían dejado un hueco en la puerta corredera.

Ollie entró sigilosamente y se colocó en una posición desde la que grabar planos perfectos. Aunque a Henry no le gustara hacer de mirón, no tenía más remedio que echar un ojo para asegurarse de haber cumplido el encargo.

Movió el ángulo de la cámara para enfocar toda la habitación. Sobre una mesita había varios montoncitos de polvo blanco que harían las delicias del abogado de la señora Stevens.

Una vez que la pareja acabó lo suyo, la mujer se levantó de la cama y fue a la mesita. Entonces miró de frente a la cámara y abrió mucho la boca, antes de gritar.

Mierda.

Ollie huyó fuera de la habitación, apretando la cuerda alrededor de la cintura de Henry, que hincó una rodilla en el suelo para no perder el equilibrio. Asomado a la terraza, tiró de la cuerda para subirlo.

Contaba con que el marido travieso estaría en ese momento avisando al bicharraco del portal. Puso a Ollie en el suelo y entraron al ascensor. En cuanto llegaran a la planta baja tendrían que moverse muy deprisa.

Nada más abrirse las puertas el portero intentó placarle. Ollie le mordió el tobillo, ayudando a Henry a zafarse de él y escapar al coche aparcado al otro lado de la calle.

Con el pulso aún desbocado, llamó a Patricia Stevens para informarle que le llevaría las fotos esa misma noche, si ella tenía listo su dinero. Quería dar carpetazo cuanto antes.

Pese al éxito, fue recibido con el mismo entusiasmo que la vez anterior.

—¿Qué hace este bicho en mi propiedad? —Ni la presencia del peludo enternecía el duro corazón de la señora.

—No es un bicho, es mi socio. He traído el material: fotos y vídeo. Mañana haré pesquisas acerca de la identidad de la mujer con la que estaba su marido.

Le entregó la tarjeta de memoria, que ella insertó en un portátil sobre la mesa del salón. Descargó las imágenes, que ojeó rápidamente con los puños apretados.

—Te pillé, maldito cerdo... —murmuró—. Borraré la tarjeta. No quiero que usted conserve nada. A partir de ahora esto es material para mis abogad… *¡Baje de ahí a ese animal!*

Por un instante su indignación pasó del marido al bueno de Ollie, que se había quedado dormido en el sofá. El grito le hizo dar un brinco y escabullirse con un bufido de protesta.

—Si no me deja ninguna imagen, ¿cómo voy a averiguar la identidad de la amante?

—No es necesario, la he reconocido. Esa perra cocainómana es amiga mía. *Era*. La empapelaré también, por daños morales; la humillaré públicamente…

—Entonces hemos acabado —dijo Henry, deseoso de perderla de vista.

—Así es. Su dinero está en el recibidor. Cójalo y salga de aquí. Sabe, su trabajo me parece despreciable.

—Lo sé. Pero en la NASA me pagaban una mierda. Que se divierta en el juicio.

Guardó el dinero en el abrigo y salió con Ollie a su lado. Esperando al ascensor oyó un alarido procedente del piso.

—No le habrás meado el sofá.

—Meow… —Ollie le miró con sus más dulces ojos culpables.

—*Tché*. Por tu culpa voy a llevarme una valoración negativa.

Los días siguientes los pasó con reparaciones en el piso, descartando casos poco prometedores y saliendo con una chica del gimnasio con la que dudaba que llegara al mes de relación.

Su existencia transcurría en un rutinario caos, cuando una mañana se le presentó ese caso especial que voltea la vida de un detective.

Al sonar el timbre, bajó los pies de lo alto de la mesa y se alisó la camisa. Entró un hombre de unos cincuenta años con traje y zapatos de los que él no podía permitirse. Junto a él, dos gigantes de pelo rubio, ojos glaciares y mandíbula cuadrada. Solo les faltaban gafas de sol para completar el *look* de escolta cabronazo. Hubiera preferido que las llevaran, porque sus miradas sin pestañear le incomodaban.

El cliente se sentó en la silla y con un gesto de la mano los esbirros salieron del despacho. Habló con un fuerte acento.

—Buenos días. —En lugar de su mano, le ofreció una tarjeta de visita negra con letras doradas.

Al leerla, Henry silbó. Si por la puerta hubiera entrado Dios, no estaría tan impresionado.

—Hans Patrick Schneider, CEO de Proteus Technologies. ¿La Proteus que está por todas partes? ¿Usted es el jefe? Es difícil de creer.

—Pues créalo, el de la tarjeta soy yo. No puedo decir lo mismo del propietario de esta. —El alemán sostuvo una de las tarjetas de Henry.

—Cuando me desperté esta mañana ese aún era yo.

—Detective Henry Hunter, nombre real: Milo McDonnell.

Aunque se agitó por dentro, Henry mantuvo la cara de póker.

—Me lo cambié. Un detective de mi categoría no debe sonar a marca de comida rápida. —Aunque el chiste era malo, esperaba al menos arrancarle una leve sonrisa de complicidad. No fue el caso.

—Se lo cambió porque su padre, el candidato a la alcaldía Howard McDonnell, asesinó a su madre clavándole una daga en el pecho. Usted y su hermano gemelo tenían once años. Fueron enviados al orfanato Hogar de Sueños. Cuatro años más tarde su hermano Cosmo murió en un incendio que provocó él mismo, arrasando una planta entera. A los diecinueve usted ingresó en el cuerpo de policía de Nueva York. Su prometedora carrera se truncó a los veintisiete, al acusar de corrupción a un capitán condecorado. Desde entonces se gana la vida como detective de poca monta.

No sabía qué le molestaba más: su tono neutro o que hubiera desenterrado un pasado que él creía olvidado. Si esa conversación hubiera tenido lugar en la calle o en un bar, le rompería la cara a ese tocapelotas, con independencia de que sus gorilas luego le machacaran a él.

En su despacho debía contenerse, aunque no esperase nada bueno de ese hombre. Se crujió los nudillos y le dedicó una sonrisa forzada.

—Mi padre era un loco que mató a mi madre porque creía que era un demonio. Pasará el resto de su vida en un sanatorio mental. Aquí acaba su visita.

—¿No quiere saber para qué he venido?

—Apostaría a que usted tiene investigadores de mil dólares la hora, así que no se me ocurre ninguna razón por la que yo debería escucharle.

—A mí se me ocurren diez millones.

—Explíquese.

—Estoy buscando algo de gran valor para mí. Si lo encuentra, recibirá diez millones de dólares.

Henry tosió.

—Perdone, debo haber oído mal. ¿Qué es eso tan valioso?

—No puedo revelárselo sin que haya firmado esto. —Sacó de su

carpeta un contrato de confidencialidad. En él se mencionaba la recompensa de diez millones, anulable si él revelaba a terceros el objeto del contrato—. No se verá involucrado en nada sórdido. Léalo detenidamente y piénselo—. El alemán se levantó y dejó su tarjeta sobre la mesa, junto al contrato con su firma estampada.

—¿Por qué cree que yo soy el hombre para este trabajo? Usted tiene buenos perros de presa. La información sobre mi pasado no la encontró en internet.

—Hemos investigado su historia a fondo. Lo sé todo sobre usted, incluidas cosas que ni usted mismo conoce.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué?

—Su padre no mató a su madre por ser un demonio. Dijo que ella era un gato.

Capítulo Cuatro

Al entrar en casa los hermanos se encontraron el pasillo iluminado por velas en el suelo. Su padre vino hacia ellos con la camisa rasgada y manchas de sangre.

—¡Milo, Cosmo, entrad en vuestra habitación!

—¡He oído un grito! ¡¿Le ocurre algo a mamá?! —exclamó Cosmo.

—¿Por qué llevas ese cuchillo tan raro? —Milo señaló la daga que goteaba por el pasillo.

—Por favor, id a vuestro cuarto y echad el pestillo. No abráis a nadie, pase lo que pase. La policía llegará pronto.

Del dormitorio principal se oyó un fortísimo golpe, como si la cama hubiera caído al suelo desde muy alto.

—Papá… —Milo estaba a punto de echarse a llorar.

—Hijos míos, no importa lo que os cuenten de esta noche. Os quiero mucho. Y vuestra madre, también. —Les dio un beso en la frente y cerró la puerta de la habitación.

Habría pasado menos de un minuto cuando las paredes retumbaron y un alarido hizo vibrar los cristales.

Después, silencio.

Más tarde, la policía derribó la puerta del dormitorio. Les echaron una manta por encima y los sacaron de la casa. Por el rabillo del ojo Milo vio cómo metían a su padre en un coche patrulla.

Les pusieron en manos de los servicios sociales, e ingresaron juntos en el orfanato.

Aunque las autoridades les aislaron del ruido mediático que provocó el asesinato cometido por un personaje público, los otros niños se encargaron de torturarles con la locura de su padre, que había declarado que su mujer estaba poseída por un demonio y envenenó su cuerpo con una daga mística para expulsarlo. Su abogado consiguió que lo internaran en un manicomio, incomunicado de sus hijos.

Lo único que les quedó del hogar fue un par de colgantes que su madre les regaló de niños, una delgada cadena de plata de la que colgaba una lágrima de diamante. Ella decía que las lágrimas eran minerales exóticos de la buena suerte. Por eso debían llevarlos siempre puestos, en el cuello o como pulsera.

Aunque los hermanos lo consideraran una superstición, era el

único recuerdo de su madre y no los dejarían por nada.

La estrecha relación entre ellos despertó la envidia de los otros chicos, y pronto se convirtió en un problema.

Para Milo hubiera sido un infierno de no ser por Cosmo, que se erigió en su protector, peleando con los otros muchachos sin importar si eran mayores o si atacaban varios a la vez. Ellos recibían arañazos, mordiscos o incluso algún hueso roto. Cosmo se revolvía como una fiera salvaje.

Los pocos amigos que hicieron en el orfanato fueron adoptados. Su hermano le decía que teniéndose el uno al otro no necesitaban a nadie más.

Sus amigos más incondicionales resultaron dos gatos callejeros que les visitaban a diario: una siamesa blanca y gris, aún muy joven, y un macho viejo y magullado al que le faltaba media oreja.

Solían ponerle comida al pie del muro y bajaban cuando no había otros niños cerca. El viejo era más cauteloso que la siamesa, que se dejaba coger en brazos y ronroneaba feliz. Cosmo sentía especial cariño por ella y era habitual que pegaran sus cabezas al estilo que él hacía con Milo cuando se ponía solemne.

Solo en una ocasión los niños lanzaron piedras a los gatos en su presencia. Cosmo reaccionó con tal agresividad que los gamberros acabaron con huesos rotos. Su hermano fue duramente castigado por los responsables del orfanato. Los días que pasó aislado en el cuarto de castigo los gatos callejeros le hicieron compañía desde fuera de la ventana y Milo desde el otro lado de la puerta.

—Me gustaría saber lo que piensan —dijo Milo.

—Saben que esto es una cárcel. Les gustaría vernos libres como ellos. Tenemos que huir de este horrible lugar. Nos están matando el espíritu. Puedo sentirlo.

—¿A qué te refieres? —Desde la muerte de mamá, Cosmo le sorprendía con pensamientos extravagantes.

—La señora Christensen. Cada noche oigo sus horribles rezos en una lengua extraña. Sus palabras se me clavan dentro de la cabeza.

—Yo no oigo nada.

A veces Cosmo percibía cosas que a él le pasaban inadvertidas: olores, ruidos, incluso si alguien mentía o estaba enfermo de gravedad. Milo le admiraba como a un superhéroe. La adoración que sintió por su padre, ahora repudiado, la volcó sobre su hermano.

En los cuatro años de orfanato habían evitado que los otros descubrieran los colgantes de su madre. Eso cambió la mañana en que Milo, aún medio dormido, olvidó quitarse el suyo para la ducha. Los chicos se lo intentaron robar. Sin Cosmo cerca para protegerle, pataleó como un animal arrinconado y mordió el brazo de uno hasta manar sangre, lo que provocó las iras de los de su pandilla, que amenazaron

con matarle.

Durante el almuerzo en la cantina alguien puso una nota en su bandeja advirtiéndoles que algo muy malo les pasaría esa noche. A Milo se lo comían los nervios.

—L-lo siento, Cosmo. Es por mi culpa. Olvidé quitarme el colgante…

—¡Ni se te ocurra culparte! Esos macarras no necesitan ninguna excusa para pegarnos.

—En todas partes hay matones. El mundo es así.

—Pues es una mierda. Un día cambiaremos muchas cosas en este mundo.

—Piensa en *ahora*. Si creen que nuestras joyas son valiosas, estamos perdidos.

Cosmo le agarró por los hombros y pegó su cabeza contra la suya, con ardor en los ojos.

—Nosotros somos más fuertes que ellos. Nos temen y por eso nos odian. Nunca lo olvides, hermano.

La tensión se respiraba en el ambiente, desde las duchas hasta el patio de recreo. Los internos cuchicheaban ante la expectación de una gran pelea. Quizá se derramaría sangre. Milo pasó la mayor parte del tiempo en su dormitorio. Cosmo salió al patio para saludar a los gatos en su ronda diaria. Como si los animales percibieran que esa noche su destino cambiaría para siempre, apoyaron sus cabezas contra la de su hermano.

Durante la cena en la cantina Cosmo se mostró extrañamente tranquilo, dadas las circunstancias. Se burló abiertamente de los otros chicos, que les evitaban como si portaran una enfermedad infecciosa.

Antes de la medianoche le sobrevino un sopor que le durmió al instante en la cama. Los otros del dormitorio habían caído igual de dormidos.

El olor del humo le despertó de madrugada. Fueron desalojados por los guardias en medio de un gran griterío. La planta de los chicos que les amenazaron ardía como si se hubieran abierto las puertas del infierno.

De lo poco que se rescató, aparte de cadáveres, fue el encendedor de oro que Cosmo había ganado en una partida de cartas. La virulencia del fuego había sido provocada con material inflamable. De su hermano quedaron restos identificados por el análisis de ADN. Los exámenes médicos revelaron que les habían drogado en la cena. Nunca se supo cómo lo hizo.

Milo lloró su pérdida y se sintió culpable por no haberle escuchado las muchas veces que él le propuso escapar. Su hermano pudo haber escalado los muros, pero no quiso dejarle atrás. Por él aguantó ese

calvario, hasta que tomó la decisión de cortar el problema de raíz.

En adelante, Milo no se dejaría intimidar. Se lo debía a Cosmo y a sí mismo. En una historia de superhéroes se hubiera hecho un traje ceñido para luchar contra las injusticias, pero en el mundo real el único uniforme disponible era el azul de la policía. Su prometedora carrera en el cuerpo llegó a un abrupto final al acusar sin pruebas a un jefe que había matado a un correo de los narcos e incautado la mercancía.

Detener a un teniente corrupto le habría catapultado. Supo de su implicación gracias a un gato testigo del crimen. En el instante en que pegaron sus cabezas vio cómo su superior disparaba al camello y robaba la droga.

Otros agentes sospecharon de él. Milo creyó que le apoyarían, pero en el momento de la verdad le dejaron solo y fue obligado a renunciar a una profesión en la que contribuía a cambiar un poquito las cosas, como le había dicho Cosmo.

A partir de ahí su vida entró en una espiral descendente, aunque en apariencia las cosas marcharan relativamente bien. Salía con muchas chicas de las apps de citas, tenía un trabajo que sonaba emocionante y suficiente dinero para no pasar penurias.

Sin embargo, caía. Una caída lenta, casi imperceptible. Había empezado a beber entre semana, era incapaz de mantener una relación duradera y sus clientes daban asco.

Echaba de menos a Cosmo, tantos años después de aquel incendio. La visita le hizo comprender que los fantasmas del pasado aún dormían bajo su cama.

Por encima de cualquier cosa fue la mención a su padre lo que le vapuleó el cerebro. El alemán lo sabía bien. Aunque odiaba que le manipularan, la llamada del pasado era demasiado fuerte.

Tras no haberse movido de la silla del despacho durante una hora, agarró el teléfono y confirmó a Schneider que aceptaba el caso.

Se citaron en una cafetería muy popular entre urbanitas que van de naturistas. Su cliente ocupaba un asiento junto a la ventana, con los brutos del día anterior a un par de mesas de distancia.

—Señor Hunter, me alegra que se decidiera. Siéntese. Llega a tiempo para la merienda.

Uno de sus guardaespaldas puso sobre la mesa dos vasos de zumo de naranja y una tarta de zanahoria. Llevaba mucho sin tomar la merienda favorita de los viernes a la salida del colegio, cuando su madre les llevaba a un restaurante de esa misma cadena. Se llevó un trozo de tarta a la boca. El mismo sabor de antaño.

Por la sonrisa de Schneider dedujo que la elección del lugar no había sido casual. Algún hácker tuvo que haber buceado en su diario online de cuando era pequeño, que no llegó a eliminar. Pasó años sin

ver fotos de niñez de su madre y su hermano. El día que quiso entrar de nuevo había olvidado la clave de acceso. Al final cayó en el mismo olvido que otras tantas cosas de su pasado.

—Es usted un entrometido con muchos recursos —dijo Henry.

—Curiosas palabras viniendo de alguien que se gana la vida espiando a otros.

—Muy bien, entiendo que sabe mucho sobre mí. Cuando propuso reunirnos pensé que lo haríamos en otro sitio.

—Aparte de su valor nostálgico, aquí gozaremos de intimidad.

—Debería revisarse los ojos. Esto está lleno de gente que retransmite en directo lo que come.

Schneider paseó la mirada por la clientela del local y sonrió.

—¿Sabe? Si me saliera un ovni de la cabeza, estos chicos lo compartirían, se haría viral, y en menos de una semana el vídeo de algún baile estúpido lo relegaría al olvido. Lo que hablemos nosotros no levantará una ceja. La gente ha perdido la capacidad de sorprenderse ante lo extraordinario. Usted es el mejor ejemplo de ello.

—¿Yo?

—Cuando usted era niño, una tragedia sobrenatural ocurrió en su casa. El trauma la borró de su memoria. En el orfanato, su hermano se enfrentaba a chicos más grandes, sin haber aprendido nunca a pelear. He leído informes médicos de las lesiones que les provocó.

—La muerte de mamá le volvió agresivo y temerario. No tenía miedo a nada. Y eso al final le mató.

—Hablemos del presente. De cómo usted usa a ciertos animalitos como ayudantes en sus casos. Tal como lo veo, hay dos opciones: o es un mentalista, o uno de ellos.

—Uno de… ¿ellos?

—Sí. *Ellos*. Como su madre. Como…

«Nosotros somos diferentes a los demás. Nunca lo olvides, hermano».

—Como mi hermano Cosmo. ¿De qué coño va esto, Herr Schneider?

—Hace mucho tiempo, nueve viajeros de un lugar muy lejano llegaron a nuestro mundo. La puerta de entrada fue la mente de un gato, el animal que camina entre dimensiones; el que en un mismo tiempo existe y no existe.

—Corte el rollo místico y dígame lo que quiere.

—Los gatos desde siempre han sido asociados a la magia. Hay mucha verdad en esas leyendas. Para viajar entre dimensiones, los nueve alteraron el tejido de nuestra realidad, poseen dones extraordinarios, que en las manos correctas…

—Creo que sé por dónde va. Está buscando a esos nueve para algún loco plan de dominación mundial. Cuando se aburren, los ricos siempre piensan en lo mismo. Debo admitir que al menos su historia

es original.

—Mis metas no son tan ambiciosas. El gato que busco contiene la conciencia de Melchior, cuyo don es atraer la buena suerte. Por medio de un anciano anticuario sé que está en Estados Unidos. En Nueva York, para ser precisos.

—Si le tiene a él, no me necesita.

—El anticuario ha desaparecido. En su último mensaje decía estar tras la pista de Melchior.

—Así que ha perdido a un viejo y a un gato mágico.

—Me interesa solo Melchior. Pero si encuentra a ese hombre seguro que su familia le estará muy agradecida.

—Supongo. ¿Y cómo lo ha hecho él? ¿Con un radar gatuno? Perdone la coña, pero es que… en fin.

—Desconozco sus métodos. —El alemán desvió la mirada—. Investigue aquí. Es posible que halle respuestas. —Le cedió una tarjeta del anticuario: Liú Wang. Su local estaba en pleno Broadway.

—¿Por qué no se encargan sus muchachos?

—El establecimiento está cerrado a cal y canto desde que desapareció el propietario. Irrumpir allí sería…

—Ilegal. Y me quiere para el trabajo sucio. Si me atrapan, no me relacionarán con usted. El CEO de una conocida multinacional no se pringa en este tipo de cosas.

—El pago de diez millones no está exento de riesgos. Estoy seguro de que ha hecho cosas peores.

—Nada en su cuento me ha aclarado qué tiene que ver mi familia en todo esto ni por qué mi padre creía que mamá estaba poseída por un gato.

—Por lo que sé, los talentos de los nueve son transmisibles, si el vínculo entre gato y persona es lo bastante fuerte. También se traspasa por línea hereditaria. A la pregunta de qué vio su padre aquella noche, no tengo respuestas para usted, señor Hunter. Eso debería preguntárselo directamente a él.

Nunca intentó ponerse en contacto con su padre. Cosmo y él habían acordado cortar cualquier lazo con el hombre que les dejó huérfanos. La visita del alemán cambiaba las cosas.

Se sorprendió de lo poco que había pensado en el dinero. El asunto era tan personal que todo lo demás pasaba a un segundo plano. Aun así, era un profesional.

—Quiero una prueba de que me pagará lo acordado.

—Por supuesto. —Herr Schneider le enseñó el móvil. En la pantalla había un número de cuenta con diez millones de dólares. Como titular figuraba Milo McDonnell. Daba vértigo ver su nombre al lado de tantos ceros—. Aparte, recibirá diez mil dólares por gastos de gestión. ¿Tenemos un acuerdo?

—Sí. —Milo estampó su firma en el documento.

Schneider pulsó un botón del móvil y mágicamente en su cuenta apareció el dinero. De estar trabajando en cualquier otro caso, semejante anticipo habría justificado un fin de semana de fiesta. No estaba de humor para eso. Ningún dinero aliviaba la ansiedad de enfrentarse a su pasado.

El plan era simple: esperar hasta la noche y colarse en la tienda, que había permanecido cerrada desde que el dueño se esfumó.

El tiempo pasaba muy despacio y no conseguía concentrarse en los casos menores pendientes de resolver. Acabó buscando noticias sobre el asesinato de su madre. Su padre fue un conocido político, candidato a la alcaldía de Nueva York. Recordaba haberlo visto en televisión, razón por la que todos en el orfanato conocían su historia.

Se sentó en el sofá y cerró los ojos.

Soñaba con aquella noche. La puerta del cuarto de sus padres estaba entornada. Aunque les habían dicho que se quedaran dentro, la curiosidad de Cosmo se impuso. Milo se escondía detrás de su espalda.

Bufidos y gritos inhumanos salían de la habitación y retumbaban por el pasillo. Vio a su madre por la rendija de la puerta. El camisón rasgado y la mirada enloquecida.

Ese monstruo no era la mujer amorosa que le arropaba al acostarse y le ayudaba a hacer los deberes. A cuatro patas y con la espalda arqueada, había perdido toda traza de humanidad. Al abalanzarse sobre su padre, la puerta se cerró de golpe.

Se despertó del sobresalto. Echó un vistazo al reloj de pared. Las dos de la madrugada, buena hora para un allanamiento. Se enfundó en ropa deportiva, gorra y sudadera con capucha.

Aparcó el coche a un par de calles de la tienda de antigüedades y anduvo por las zonas menos iluminadas. Nadie en los alrededores. Una rápida comprobación de la puerta frontal le convenció de que por ahí era imposible. La protegía una persiana metálica de las que usan las joyerías. Dio la vuelta al edificio. En un bajo de la fachada trasera había una ventana que daba al almacén del piso inferior.

Agachado, aplicó presión sobre el cristal hasta empujarlo hacia dentro. Se arrastró a través de él como un gusano. Aunque distinguía formas en la oscuridad, encendió una linterna de bolsillo. Estaba a dos pisos de altura, más de lo que había calculado a priori. Se dejó caer por la pared y saltó desde unos cuatro metros a una zona libre de obstáculos.

El almacén estaba repleto de muebles vetustos y artefactos de propósito desconocido. Al fondo había estanterías con libros recubiertos de plástico protector. Según su contratante, el anticuario poseía un dispositivo para detectar a los nueve, como si llevaran un

chip bajo la piel. La idea de un radar de “gatos especiales” era bizarra, pero no desentonaba con lo extravagante de esa historia.

Pasó un rato revolviendo cosas inútilmente. Puesto que no sabía qué buscar, tampoco sabría que lo había encontrado. Subió las escaleras al nivel de la calle. Sus ganzúas obraron maravillas en la cerradura. Por fortuna, las medidas de seguridad se limitaban al exterior.

En el centro de la sala distinguió un planisferio de bronce que quiso ver de cerca. Al entrar en el pasillo captó un movimiento por el rabillo del ojo. Tuvo tiempo para girarse y percibir el desplazamiento de aire culminado por un tremendo golpe en la cabeza.

El que se dio contra el suelo no lo sintió, porque ya estaba inconsciente.

Capítulo Cinco

—Despierta. ¡Deja de fingir y despierta de una vez, antes de que llame a la policía!

—Mmmmfff…

La cabeza le daba vueltas. Escuchaba la voz amortiguada, como si tuviera algodones en los oídos. Hablaba una joven de acento gracioso que le había atado sobre la alfombra del despacho del anticuario.

La lámpara del escritorio le permitió ver a la muchacha. Veintitantos, oriental, muy guapa; vestida sencilla, pero con gusto. Sostenía un bate de béisbol. Por cómo lo agarraba, ella parecía más nerviosa que él.

—¿Dónde está? ¿Qué has hecho con Liú Wang? ¡Contesta!

—Creo que ha habido un malentendido. Si me desatas, te explicaré…

—Atado puedes explicarlo perfectamente —replicó ella entre dientes.

—Al menos ponme derecho.

—¡Como intentes algo, te doy otra vez! —la chica agitó el bate con las dos manos de manera bastante torpe. Antes tuvo que haberle acertado de pura suerte.

—Así que me has pegado con eso. Creí que fue una patada de kung-fú. Eres china, ¿no?

—*Taiwanesa.* Y no, en mi país no nacemos sabiendo Kung-fú. Soy decoradora.

Agarrándole por los hombres, le recostó contra la pared. Ella se sentó en el sillón de enfrente.

—Perdone la confusión, señorita. Me llamo Henry Hunter, detective privado. Te enseñaría mi licencia, pero la he dejado en casa. Tú debes ser la hija de Liú Wang. Creí que él era el único al cargo de la tienda.

—¿¡Hija!? ¿Qué edad me echas, idiota? Soy Mei Wang, su nieta. Llegué hace tres semanas, tras recibir un mensaje suyo. Y ahora, contesta: ¿Dónde está mi abuelo?

—Eso me gustaría saber a mí también. Mi cliente estaba en contacto con él por un negocio juntos, y un día dejó de comunicarse. Pensé que aquí encontraría algo que me pusiera tras la pista.

—¿Qué tipo de negocio? —Ella le miró con recelo.

Mejor no decirle nada sobre gatos. Introducir elementos sobrenaturales en un caso de familiar desaparecido no era la mejor manera de ganarse la confianza de alguien con un bate de béisbol.

—Es confidencial. ¿Cómo supiste que había entrado en la tienda?

—La alarma me avisó al móvil. Te he visto por las cámaras. Al principio pensé que eras un ladrón. No fuiste a por los objetos de más valor, así que buscas otra cosa.

—Investigo el paradero de tu abuelo. Te propongo una cosa: me sueltas y nos vamos a casa. Mañana quedamos para comer y ponemos toda nuestra información sobre la mesa. Así le encontraremos. Trabajo en equipo y todo eso.

Ella daba vueltas por la habitación, pensativa. Tras un momento de vacilación, le aflojó las cuerdas. Se mantuvo en alerta, preparada para batear.

—Dame tu número. Yo te llamaré si decido verte mañana.

—Busca Henry Hunter, encontrarás información sobre mí. Tengo muy buenas valoraciones —le dedicó su mejor sonrisa, con poco éxito —. Vale, me marcho. *Sayonara*.

—Eso es japonés. Adiós.

Faltaba poco para el amanecer cuando llegó al piso. Se puso hielo sobre la cabeza y se tiró en la cama. Dio vueltas en el colchón, probando la mejor postura para dormir. Sintió un peso cerca de sus piernas. Por un instante conjuró la fantasía de que la señorita Wang le había seguido hasta casa y se abalanzaba sobre él en la cama. Estiró el pie, que tocó algo blando.

—*Meow*. —un bajo quejido.

—¿Tú tampoco has triunfado esta noche, socio? Ven aquí.

Ollie se pegó a su costado. En la calle hacía frío y a él le gustaba dormir sin calefacción. Su presencia era bienvenida. Al poco, el animal empezó a ronronear y él sincronizó su ritmo cardiaco al de su compañero.

En el sueño, muchos curiosos se habían detenido a observar el incendio desde el otro lado de la calle, mientras los bomberos y la policía establecían un cordón de seguridad y atendían a los heridos. Una planta entera del orfanato había sido envuelta por las lenguas de fuego. El personal de seguridad vigilaba a los muchachos desalojados para que no se escapasen.

Milo lloró desolado al presenciar el infierno que consumió a su hermano. A la pena acompañaba la culpa por cargarle con la responsabilidad de protegerles, lo que condujo a ese final.

El gato de la oreja cortada apareció a su lado. Sin su compañera siamesa a él también se le veía incompleto.

Milo cerró el puño sobre la pequeña piedra diamantina del

colgante de su madre. Nadie se lo arrebataría.

Le despertó el teléfono. Cinco llamadas perdidas, todas del mismo número desconocido. En la última había un mensaje amenazando con avisar a la policía de su intrusión la noche anterior. Sin duda era la bateadora taiwanesa. Le mandó un mensaje diciéndole que pasaría a recogerla.

Ella escribió un rato largo para al final acabar con un escueto "OK".

Ollie continuaba hecho un ovillo, ni levantó la cabeza cuando él saltó de la cama y se echó encima camisa, vaqueros denim y una de sus corbatas favoritas. Quería causarle buena impresión tras su accidentado primer encuentro.

A la luz del día Mei le pareció aún más encantadora. Detuvo el coche y abrió la puerta para que entrase. Tras un breve titubeo, ella se acomodó en el asiento del acompañante y se puso el cinturón, un poco menos tensa que cuando se conocieron.

—Te llevaré donde ponen las mejores pizzas de la ciudad. Hasta las de piña están buenas.

—Prefiero ensalada.

—¿Tu primera vez en NYC?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—No he venido de turismo. Antes de desaparecer, mi abuelo me llamó porque había descubierto algo muy importante en Nueva York. Fue lo último que supe de él. Alquilé una habitación cerca de la tienda. He estado muy ocupada investigando en qué estaba metido.

Cayeron en un incómodo silencio. Por debajo del discreto maquillaje su rostro evidenciaba fatiga y preocupación.

—Mei, le encontraremos. Apostaría a que no has comido mucho últimamente. Primero, almuerzo; después, plan de acción.

Ella asintió con una sonrisa forzada.

El salón del pequeño restaurante de Pietro era acogedor, con una gran chimenea y paredes ocupadas por antiguas fotos en blanco y negro de la familia del propietario y el pueblo en que nació. Aunque Mei ordenó ensalada, cuando les trajeron una humeante pizza barbacoa ella engulló la mitad sin pestañear.

La tensión se suavizó bastante durante los cafés.

—Antes de nada, debo asegurarme de que eres de fiar. En el último mensaje que recibí de él me pidió que no confiara en nadie. He leído sobre ti y no pareces un hombre peligroso. Sin embargo, no sé para quién trabajas y qué pretende hacer con mi abuelo.

—No puedo desvelar el nombre de mi cliente, un empresario europeo. Liú Wang no le interesa. Ellos estaban discutiendo sobre cierto… *artefacto*. Entré en la tienda para encontrar pistas que me

pongan en la dirección correcta.

—Tu cliente miente. Si es lo que creo, mi abuelo jamás se lo revelaría.

Henry dio un sorbo al café, pensando. Había firmado un acuerdo para no mencionar al gato Melchior bajo ninguna circunstancia. Perdería los diez millones, además de exponerse a una demanda. Aunque fuera improbable, tenía la corazonada de que Mei estaba al tanto de los delirios sobre gatos mágicos.

Si no hubiera sido policía quizá el acuerdo con el cliente hubiera sido lo más importante. Sin embargo, él una vez juró proteger y servir. No podría hacerlo si se apartaba de la verdad.

—Mi cliente busca un gato. Un gato… *especial*.

Ella sonrió con una mueca irónica.

—Creo que lo que quieres decir es *gato mágico*. Puedes hablar claro, estoy enterada de todo eso. Mucho más que tú.

—Muy bien. Mi cliente se puso en contacto con Liú Wang para que le ayudara a localizarlo. Descubrió que está en Nueva York. No hay información de cómo él ha rastreado a ese animal. Registraba vuestra tienda de antigüedades por si aparecía alguna especie de brújula o radio que sintonizara con el chip que debe tener el gato.

Mei suspiró y negó con la cabeza.

—No es una brújula, ni un scanner. Lo que usa es un libro que trata sobre los nueve. El Catmorio, escrito por la maestra Thymora Smyrnova.

—Espera, ¿también hay un libro mágico? La hostia…

—Eso era lo que buscabas en la tienda, aunque no lo supieras. De todos modos, no está allí. He registrado cada palmo y cada estantería.

—¿Crees que se lo ha llevado?

—Nunca lo sacaría de su escondite. Es demasiado valioso. Por eso es imposible que estuviera colaborando con tu cliente, ni con nadie. Yo era la única persona a la que le contaba sobre los dichosos gatos.

—Registraremos su vivienda, si aún no lo has hecho.

Mei puso los ojos en blanco.

—Menudo genio de detective eres. La tienda es su único domicilio registrado. No me dejó ninguna pista de dónde vive realmente. Así de desconfiado se volvió.

—¿Y tus padres tampoco lo saben?

Ella suspiró. Abrió la boca para decir algo, pero se calló.

—Para seguir hablando de esto, voy a necesitar una copa. ¿Tienes alcohol en casa?

—Suficiente para sobrevivir al Apocalipsis.

Le ofreció un breve *tour* por su guarida. Ella no se mostró muy impresionada, aunque sí preguntó por los platos de comida y agua que

él dejaba para los gatos del callejón. A la tercera vez que rellenó su copa de vino, comenzó a soltar prenda.

—Mi padre retiró la palabra a mi abuelo después de que la abuela fuera atropellada por un coche al que se le rompieron los frenos. Muerte instantánea.

—Mierda, lo siento mucho. ¿Cuál fue el motivo de la discusión?

—Mi abuelo insistía en que el accidente fue causado por uno de los nueve, un gato llamado Mirrael. —Ella vació su vaso y se sirvió otro —. En el entierro contó a mi padre que durante años había seguido el rastro de mala suerte que dejaba a su paso. Su teoría es que los nueve se habían enterado de sus actividades y querían callarle.

—Esto… creo que necesitamos otra copa. —Llenó el vaso de los dos otra vez—. Tengo un montón de preguntas. ¿Cómo se fijaron en él?

—Mis abuelos se habían separado. Él conoció a una inglesa que le metió esas ideas en la cabeza. Después se mudó a Estados Unidos y tuvo relación con esta mujer. Mi padre le ordenó que se mantuviera lejos de la familia. Liú Wang me escribía a escondidas para compartir conmigo sus descubrimientos.

—Comprendo que tu padre le llamara paranoico.

—La familia le tacha de loco. Conmigo siempre fue muy bueno; mantuvimos el contacto en secreto. En su último email me pedía que le visitara en Nueva York. Estoy de año sabático y tengo ahorros. Pude haber hecho la maleta ese mismo día, pero dudé. Estuve dándole vueltas, hasta que él dejó de responder mis mensajes. Me entró muchísimo miedo. Temí llegar demasiado tarde, como así ha sido.

—Eso todavía no lo sabes. ¿Te dio alguna pista sobre qué había descubierto?

—Uno de los nueve está en Nueva York, y se comunica con él. Iba a mostrarle algo que probaría que no está loco. Quería enseñármelo. —Mei se echó a reír—. Cielos, debo sonar ridícula. No te contaría esto si no estuviera un poco borracha. ¿Por eso no te burlas de mí?

—Nunca me burlaría de quien cruza medio mundo por un ser querido.

El alcohol también se abría paso en su torrente sanguíneo, y le hizo hablar con una solemnidad propia de un caballero de la Mesa Redonda. Lejos de molestarle, su tono reconfortó a Mei, que sonrió abiertamente por primera vez desde que se habían conocido.

—¿Por qué tengo la sensación de que tú crees incluso más que yo en las teorías de mi abuelo, detective Hunter?

—Llámame Henry. No sé cuánto hay de verdad en esas leyendas, pero yo mismo he tenido experiencias con gatos que no sabría explicar de modo racional. Algo raro pasa con mi familia desde que nací. El hecho de que nos hayamos conocido… es una coincidencia increíble.

Tiene que haber una conexión entre nosotros.

—Uuuuh… me suena a que intentas ligar conmigo —Mei se echó a reír, vertiendo parte de su bebida sobre el sillón. Su risa era tan bonita como ella.

—Mañana te enseñaré algo que he mantenido en secreto. Sabrás por qué no llamé a los loqueros cuando me propusieron este caso. Te prepararé el cuarto. Cámbiate mientras.

Le prestó un pijama de invierno mientras él ponía sábanas limpias y echaba al cesto de la ropa sucia toda prenda con aspecto sospechoso. Cuando regresó al salón, Mei estaba dormida en el sofá. La cogió en brazos y la posó con delicadeza sobre la cama. Tras arroparla, sacó varias mantas para dormir él en el salón.

Se sirvió la última copa de la noche y miró por la ventana. Había roto por completo el contrato de confidencialidad y no le importaba una mierda. Tenía que haber algo más, aparte de que la china —*taiwanesa, no te olvides*— fuera un encanto. ¿Sería que echaba de menos sus años de policía, en que actuaba de caballero blanco para proteger a los necesitados? Sin ser un cínico, él tampoco era un idealista.

Aunque le gustaría ligar con ella, no flirteaba cuando le dijo que su encuentro no era casual. La probabilidad de que dos personas conocedoras de una trama sobrenatural se conocieran por azar era mínima. Sus años de investigador le habían enseñado a no creer en las casualidades improbables.

Él solía tener golpes de intuición, como el que le llevó a sospechar de su superior y acabó con su salida de la policía. Esta vez el instinto le susurraba que existía una conexión entre todos ellos, el alemán, el anticuario, los gatos y él.

La vista se le nublaba. Fuera lo que fuese, esa noche no iba a deshacer el nudo dentro de su cabeza.

Dormido bajo dos mantas en el sofá, un rinconcito de su cerebro que permanece inactivo en la mayoría de personas lanzó una llamada al bueno de Ollie, que corría tras su querida siamesa. Tenía un trabajo para él.

Capítulo Seis

—Buenos días, el desayuno está en la mesa —anunció Henry.

—No me cabe nada. He vomitado dos veces esta mañana —contestó Mei con una mueca.

—Huevos, bacon y zumo te dejarán como nueva. Reserva la lechuga para la cena.

—¿Y este quién es? —Ella señaló al gato que les observaba desde una de las sillas como un comensal más.

—Te presento a Ollie, un veterano del callejón. Puedes tocarlo, no te arañará. ¿O te dan miedo los gatos?

—Me cuesta acercarme a ellos desde que supe que no son lo que parecen.

Henry le puso un trozo de bacon en el plato que Ollie devoró en un instante.

—Te dije que te mostraría algo asombroso. Este que tenemos aquí —le rascó la cabeza— es el mejor sabueso de la ciudad. Va a ayudarnos a encontrar a Liú Wang. ¿A que sí, colega?

—*Miau* —confirmó él.

Ollie viajó sobre el regazo de Mei, que lo sostenía como a un jarrón de porcelana. Aunque ella se mostró incrédula con que el animal pudiera serles de ayuda, intentarlo tampoco haría daño. Pararon en la tienda de antigüedades. La idea era que Ollie diera una vuelta por allí para captar el rastro.

El gato olisqueó las reliquias de las estanterías, por poco causando un ataque a Mei al empujar algunas cerca del borde.

En el despacho, ella colocó sobre el escritorio la pluma con la que él escribía y el cuaderno de cuentas. El gato bufó con el ceño fruncido y dio varias veces con la pata, como si intentara atrapar algo invisible a los ojos de los demás.

—¿Qué hace? —preguntó Mei.

Henry pegó la cabeza con Ollie. Se le apareció la imagen de un hilo de luz que se desvanecía al poner la pata sobre él. Acarició al gato, tan desconcertado como él.

—Qué raro. Ve el rastro, pero no puede agarrarlo.

Mei maldijo en chino.

Iban a salir de la habitación, pero Ollie no había terminado allí.

Pegaba con las patas en el escritorio, intentando abrir el penúltimo cajón.

En él no encontraron nada, pero Ollie aporreaba en el fondo del cajón. Henry lo sacó del mueble y lo puso bajo la luz de la lámpara. Había una línea de separación en la madera. Con un abrecartas levantó la pestaña, bajo la cual encontró una llave.

—Debe ser la llave de su casa —dijo él, que la cedió a Mei.

—Parece. Pero seguimos sin saber dónde está.

—*¡Meeow!*

Ollie pasó varias veces entre sus piernas. Mei le acercó la llave. Tras olisquearla, correteó hacia el coche.

Como en su última misión, asomaba la cabeza por la ventanilla mientras seguían sus indicaciones a través de la ciudad. El rastro les trajo a Queens, frente a un bajo edificio de cuatro plantas. En los buzones no aparecía el nombre de Liú Wang. Nada extraño si quería mantener el anonimato. Como no tenía llave del portal, espero a que un vecino saliera del edificio para colarse ellos.

—Como no sabemos qué piso es, habrá que probar cada puerta. Pega el oído y si no escuchas nada, mete la llave con mucho cuidado.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo? Tú eres el detective —dijo Mei, nerviosa.

—Quien te abra la puerta no se asustará por encontrarse a una adorable muchacha que se ha equivocado de piso. Si me ve a mí llamará a la policía o me pegará un tiro, si tiene escopeta en casa.

Mei se acercó a la puerta mientras él esperaba en el rellano de la escalera. Ollie les llamó desde arriba de las escaleras. Subieron con él hasta la cuarta planta. El gato no se detuvo ahí, sino que ascendió por el último tramo de escaleras, que daba acceso a la azotea.

Sin embargo, no fue la azotea lo que encontraron, sino un quinto piso que no era visible desde fuera del edificio.

Él y Mei se miraron con idéntica expresión de desconcierto. Ollie esperaba paciente frente a la única puerta al extremo del pasillo. Lo extraordinario no acababa ahí. Mei le mostró la llave. Esta había cambiado de forma, más larga y con una dentada distinta.

Henry la deslizó con suavidad en la cerradura, dándoles paso a una habitación a oscuras. La ventana debía estar tapiada. Al pulsar el interruptor de la luz junto a la puerta descubrieron más cosas inexplicables.

El estudio era pequeño, con una cama, estanterías, ropero y un escritorio bajo la ventana. Esta no estaba tapiada, sino cubierta por cortinas negras. Al apartarlas Henry casi cae al suelo de la impresión.

Fuera era de noche. Aunque la niebla lo cubría todo, distinguía el contorno retorcido de farolas que proyectaban su luz melancólica. El paisaje le recordó a las antiguas películas de vampiros victorianos.

Mei palpó la ventana, buscando la manera de abrirla. Él le retiró las manos con delicadeza.

—Esa es una muy mala idea.

—¡P-pero él podría estar…!

—Mei. Lo de ahí fuera *no es Nueva York*. La ventana no se abre hasta que sepamos qué demonios está pasando. ¿Estás conmigo?

Ella asintió.

—Perdona, me he dejado llevar.

Su entereza le pareció admirable. Bajo la ropa Henry tenía los vellos de punta. Desde la noche en que su padre cometió el peor crimen imaginable, su cerebro había mantenido a raya el goteo de sucesos sobrenaturales en torno a él, asimilándolos como parte de su realidad. Nunca se hizo preguntas, porque hacerlo implicaría revivir aquellos tiempos.

Se obligó a apartar los ojos de las hipnóticas luces del exterior. Algo más captó su atención. Un grueso libro de tapas de cuero sobresaliendo de la repisa. En la portada decía con grandes letras doradas, *Catmorio: el camino de los nueve*, por Thymora Smyrnova. El borde de las páginas tenía la misma pátina dorada; olían a antiguo y crujían al pasarlas.

Él nunca había sentido gran apego por los libros, pero este le fascinó desde la primera página. En el prólogo, la autora narraba que ella y ocho discípulos habían expandido su conciencia desde otro mundo y entrado cada uno en el cuerpo de un gato. Por mucho tiempo fueron amigos, hasta que las ambiciones de Bastet provocaron un cisma.

Mei le observaba pasar las páginas con expresión confusa.

—¿En serio entiendes lo que pone ahí o te lo estás inventando?

—Lo que cuenta es fácil de entender. Los nueve gatos poseídos por los viajeros, sus descendientes, los humanos colaboradores… menuda historia.

—Detective, el libro no está en ningún idioma. Son símbolos raros.

Él alejó la vista del libro. Desenfocó la mirada y parpadeó un par de veces. En efecto, estaba escrito en una especie de morse con trazos similares a las lenguas orientales. Su cerebro lo había traducido de manera automática. ¿Cómo lo entendía él? Otro misterio a la lista.

—Tienes razón. Estamos de suerte con que yo pueda leerlos. Echemos un vistazo. Traduciré lo importante.

Los tres, Ollie incluido, se sentaron en la cama en torno al libro abierto. Pareciera que fueran a ejecutar una especie de ritual. Su cliente había mencionado el nombre del gato que buscaba: Melchior.

Pasó las páginas que trataban sobre los nueve. Bajo el nombre de cada uno había un mapa dibujado a mano. Thymora y Yaga, San Petersburgo; Mirrael, en Tokio; Bastet, Marrakech; Shura en Ciudad de

México; el siguiente era el suyo: Melchior, Nueva York.

La ciudad era demasiado grande. Cogió el libro y lo acercó a la ventana. El dibujo de la página brilló y una estela luminosa salió de ella, atravesando el cristal y perdiéndose en la oscuridad, apuntando en la dirección de Melchior. Ollie brincó encima del escritorio, excitado.

—¡Mira! ¿Lo ves? —preguntó a Mei.

Ella negó con la cabeza.

Aparte de las localizaciones actualizadas de los nueve —los mapas cambiaban con los desplazamientos de los gatos—, había listas de colaboradores humanos, lo que quiera que fuese aquello en lo que colaborasen. Habría no menos de varios cientos de nombres, y al lado de ellos, el glifo del gato maestro que les influía. Los descendientes de estos eran llamados demicats.

Volvió a la página de Melchior y el mapa de Nueva York. Al poner la mano sobre él, los trazos cambiaron. En la parte del lago de Central Park se dibujó una mansión. Había pisadas de gato a su alrededor. *Un libro mágico interactivo*.

Eso sí que lo vio Mei, que jadeó de asombro.

—¿Crees que mi abuelo está allí también?

—Por ahora es lo único a lo que agarrarnos. Dentro de lo raro que es todo esto, tendría sentido. —Echó un último vistazo por la ventana antes de devolver el libro a su estantería.

—¿No nos lo llevamos?

—Aquí está en lugar seguro.

Salieron del estudio y bajaron al piso inferior. Pidió a Mei que le esperase asomada por la escalera. Él subió de nuevo a la quinta planta. La puerta del estudio había desaparecido. Llamó a Ollie, que se había quedado abajo con ella. Cuando el gato entró en el pasillo, Henry sintió un cosquilleo en el estómago. Veía las escaleras de abajo, pero no a Mei. Al girarse, no le sorprendió en absoluto que la puerta estuviera de nuevo allí.

—¿Esto lo haces tú, colega? —preguntó a Ollie—. Qué calladito te lo tenías.

Ollie entornó los ojos, aburrido de lo impresionables que eran los humanos.

En la calle el sol les deslumbró como si hubieran salido de una sala de cine. A la luz del día lo experimentado dentro del edificio se sentía irreal como una alucinación compartida.

Condujo hasta Central Park, un oasis en mitad del desierto de asfalto que no se cansaba de visitar, especialmente en invierno. En días melancólicos echaba de menos las navidades en que su madre les llevaba a él y a Cosmo a patinar.

El aire gélido hizo que Mei caminara encogida. Le compró un gorro

y una bufanda en un puesto callejero, y le pasó el brazo por los hombros. Ella levantó una ceja, pero no se resistió.

Ollie correteaba alegre como un niño, revolcándose por las hojas caídas del suelo y hablándole a las palomas, que volaron en desbandada.

Distinguió el lago un poco más adelante. Los árboles de hojas otoñales y los rascacielos se reflejaban en él como un espejo. En el medio había una solitaria barca empujada por el viento. La escena le trajo una memoria de su niñez, del último año en que vivieron juntos. El último año de felicidad.

Madre y gemelos se turnaban en remar por el lago. Cosmo soltó su remo y se levantó excitado.

—¡Mamá, hay una casa bajo el agua! —exclamó Cosmo.

—Es el reflejo de los edificios, tonto —se burló Milo.

—¡Que no! ¡Es una casa antigua, como en las pelis de miedo!

—Mmmm… a ver, a ver… —Su madre agachó la cabeza en la dirección que apuntaba su hermano. Sonrió de oreja a oreja y dio un beso en la frente de Cosmo, revolviéndole el pelo.

Milo no comprendía su reacción. Forzó la vista, mas no vio nada fuera de lo normal.

—Mamá, porfa, no mientas. No hay nada —dijo él, enfurruñado.

—Voy a contaros un secretito. Hay una casa en el fondo del lago. Os he traído por si vosotros podíais verla. Si no fuera por Cosmo, me habría pasado desapercibida.

—¡Bieeeeennnn! ¡Me he ganado unos crepes, mamá! —celebró Cosmo.

—Haré para los dos. Con chocolate, nata y fresas.

—¿Por qué yo no la veo? —protestó Milo.

—Sois niños muy especiales, no imagináis cuánto. Vosotros veréis lo que está oculto para los demás. Tu hermano ha desarrollado antes ese talento. A ti también te llegará. Si os mantenéis unidos, lograréis grandes cosas.

—¿Quién vive en esa casa, mamá? —preguntó Milo.

—Nadie vive ahí. Solo los peces —cortó Cosmo.

—Esa mansión perteneció a una bruja muy mala.

—Las brujas no existen.

—Esta sí. Y esconde maravillas en su mansión. Llevo mucho tiempo deseando descubrir sus secretos —dijo ella.

—¿Y por qué no buceas, mamá? Tú eres deportista.

—Es verdad, Milo. El problema es que esa bruja puso en la mansión un hechizo que no me permite entrar. Sin embargo, vuestro corazón es inocente y sus puertas un día se os abrirán…

De vuelta al presente, se enjugó los ojos. El recuerdo había sido

increíblemente vívido, abrumador. Desde que Schneider entrara en su despacho para encargarle la búsqueda de un gato, todo lo ocurrido de algún modo le hacía revivir su pasado. Porque nada era casual.

Ollie se adelantó al lago, donde estaban amarradas las barcas. La luz del sol se atenuó, como si se hubiera nublado. Al acercarse descubrieron que lo que habían tomado por una barca en realidad era una puerta flotando en el agua. El gato brincó sobre ella y les maulló.

Tras intercambiar una mirada con Mei, Henry tomó su mano y juntos apoyaron un pie sobre la puerta, que aguantó el peso. Al poner el otro pie encima se produjo un parpadeo en su visión y todo a su alrededor cambió.

Se encontraban en el elegante recibidor de una mansión victoriana con moquetas, candelabros de oro y cuadros de paisajes desconocidos.

En el centro de la estancia una peana sostenía el retrato de cuerpo entero de la dueña de la mansión. Su madre tenía razón: debía ser una bruja, porque llevaba el atuendo de fantasía que se espera de una.

De unos treinta años, vestía túnica violeta y una capa oscura que ondeaba con exuberancia, exhibiendo su forro de lunas y estrellas; sobre la cabeza, un enorme sombrero con el pico caído. Morena de melena desordenada; sin ser una belleza, su rostro era llamativo, con pómulos redondos, nariz respingona y ojos plateados, cuyo exotismo era acentuado por unas estilizadas gafas de ojos de gato. Sus labios pequeños se curvaban en una sonrisa traviesa.

Por un pasillo lateral apareció un gato blanco con manchas anaranjadas. Saludó amistosamente a Ollie, frotándose contra él. Luego, se paró frente a Henry. En su cabeza sonó un galimatías que en seguida se tradujo en un mensaje coherente.

«Soy Melchior. Aunque portas su marca, estás limpio»

—Encantado. —Mei le miró con los ojos muy abiertos—. No pongas esa cara. Hablar con un gato no es lo más raro que nos ha pasado hoy.

—¡Mei Wang! —llamó un hombre que acababa de entrar en el recibidor.

—*¡Yéyé!*

Mei corrió a abrazar al que no podía ser otro que su abuelo, al que le veía joven, no le echaría más de sesenta.

Hechas las presentaciones —él como Henry, pues ya no usaba el nombre de Milo—, se sentaron en una sala de estar donde Liú Wang ojeaba varios libros que había sacado de la biblioteca. A diferencia del Catmorio, escrito en una lengua de símbolos, el idioma de esos libros tenía los mismos caracteres que el alfabeto latino. Algunas palabras resultaban familiares. Parecía una mezcla de varias lenguas tipo Esperanto. El anticuario les contó atropelladamente su experiencia en la mansión.

—Es fascinante. El tiempo que llevo aquí no me he aburrido. La planta de arriba es inaccesible, pero con la biblioteca tengo para un año. Estoy muy contento de verte, Mei. Y lamento haberte preocupado. Aquí no hay cobertura, como puedes imaginar. No te hubiera llamado de haber sabido el lío en el que iba a meterme.

—¿Tienes problemas, *yéyé*?

—Sí. Y me temo que tu amigo —dijo, señalando a Henry— es parte de ellos. Aunque él no lo sospeche.

—Empecé a sospechar cuando su nieta me contó las circunstancias de su desaparición. Por eso me sinceré con ella. Déjeme adivinar: se ha escondido aquí porque está huyendo de mi cliente. Lo que él busca es el libro que esconde en su casa. Y la autora es la bruja del retrato.

—Ha acertado en todo, salvo en que su cliente también quiere atrapar a Melchior. En realidad, es otro quien lo ha ordenado. Alguien que de verdad sabe cómo aprovechar sus dones.

—El alemán es un pez gordo, no parece lacayo de nadie.

—Siempre hay un pez más gordo. Cuando sus hombres intentaron atraparme tuve que cerrar la tienda y refugiarme en mi piso. Es un buen escondite, como habéis comprobado. Tras despistarles, Melchior me guió a esta mansión.

—*Yéyé*, ¿qué ocurre en tu piso? ¿Eres una especie de… mago? —Para Mei, que hasta hacía poco había tenido a su abuelo por un hombre entrañable y extravagante, los dos últimos días habían puesto sus creencias patas arriba.

Liú Wang acarició la mejilla de su nieta.

—Existen *brechas* en nuestro mundo, puertas que llevan a otros lugares. De uno de esos lugares vinieron los nueve. Los gatos perciben estas grietas en la realidad. Los que poseen algún vínculo con los nueve son capaces de encontrarlas de modo consciente. Es así como él —señaló a Ollie— os trajo aquí, y a mi piso. Como hizo Melchior conmigo. Solo, yo no sería capaz. Soy un vulgar anticuario.

—No, no lo es —dijo Henry—. Si es capaz de comunicarse con Melchior o con otros gatos, usted no es una persona cualquiera. ¿Cuál es su conexión con ellos?

—Mis antepasados fueron bendecidos por Lishou, uno de los nueve. En mi linaje hay registros de dones especiales que se han diluido a lo largo de los siglos.

—Lishou, diosa china que protege los hogares y la fertilidad de las tierras. Empezaba a preguntarme por lo bien que se conserva para su edad. No es por la dieta o el Tai Chi, ¿verdad?

—Supongo que no. Tenemos una labor por delante y necesito mantenerme en plenas facultades, aunque mi familia me crea un demente.

—¿Qué hay de esa mujer? Tu compañera… —A Mei le costaba

digerir que su abuelo se hubiera mudado a Estados Unidos por ella.

—Está de viaje en la costa oeste para un asunto importante. Me gustaría presentártela cuando esto se arregle. Sé que la familia no me perdona mi relación con ella, pero es buena mujer.

Mei le cogió la mano.

—*Yéyé*, te prometo que la conoceré. Ahora tenemos que ir a la policía. Denunciaremos a esos hombres.

—Tienes razón, cariño. Me fascina este lugar, pero tras dos semanas necesito tomar el aire.

Melchior y Ollie encabezaron la marcha hacia la puerta principal de la mansión. Al cruzar el umbral regresaron al parque, donde estaban encendidas las luces nocturnas.

—Esto ha sido una flipada —dijo Henry.

—Lo mismo opino, detective.

Quien habló fue el alemán de los diez millones de dólares. A juzgar por las pistolas que les apuntaban, Henry dedujo que su contratante tenía en mente otro medio de pago.

Capítulo Siete

—El cliente que acaba siendo el villano traidor es un cliché bastante aburrido, ¿no le parece? Y si encima añadimos acento alemán, trajes caros y Mercedes negros con las lunas tintadas…

—Ahórreselo. Usted me traicionó primero. Debió leerse la letra pequeña.

—Dudo que dijera nada sobre matarme.

—Aún no lo he decidido. Vais a agarrar a esos animales tan interesantes y nos acompañaréis a la furgoneta. Andando.

Henry agarró a Ollie y Liú Wang a Melchior. Mei se encontraba tan en shock que ni le salía lo de llorar. Había una alta probabilidad de que ninguno sobreviviera a esa noche.

Les metieron en un furgón. Ellos tres y los gatos ocupan una fila de asientos; enfrente, dos matones que no dejaban de apuntarles. Conducía otro guardaespaldas, y el jefe en el asiento de acompañante.

—¿Dónde vamos? —preguntó Henry.

—Donde haya guardado el libro de los gatos.

—No creo que sea su tipo de literatura.

—Un hombre me ha ofrecido cien millones por él.

—Conque es cierto, usted no es más que otro lacayo. Patético.

—Dígame el lugar y cállese.

—Está en mi despacho.

—*Danke.* A Hell's Kitchen —ordenó al conductor.

Guardaron silencio durante el trayecto. A Mei se le había escapado una mirada de reojo cuando él le mintió al alemán. Dudaba que los tipos de las pistolas se hubieran dado cuenta de su reacción, y en cualquier caso les daría igual. Los malos iban armados; los buenos, no. No había nada que pudieran hacer para escapar.

La reacción que le importaba era la del gato en sus brazos. Ollie levantó la vista hacia él. Ronroneaba. El otro, Melchior, le miraba con expresión indescifrable. Entrecerró los ojos un segundo. ¿Era eso una confirmación de que entendía sus intenciones? Esperaba que sí.

El recorrido se hizo demasiado corto. Quizá estuviera viviendo sus minutos finales. En las obras de ficción los investigadores privados conocen a *femmes fatales* y escapan a tiros de la mafia. Él se había lamentado de que su carrera de detective le hubiera convertido más en un mirón que en hombre de acción. Ahora se arrepentía de sus

deseos.

La furgoneta apagó las luces y entró en el callejón tras su casa. Apagado el motor, reinó un silencio ominoso en el interior del vehículo. Era su última oportunidad de hacerle entrar en razón.

—Todavía no comprendo por qué nos quiere muertos.

—Usted no es el problema, señor McDonnell. El anticuario y sus amigos, sin embargo… han metido las narices en asuntos que no le conciernen. Han hecho daño a gente poderosa.

—¡Mi abuelo nunca le ha hecho daño a nadie, basura! ¡Coja al maldito libro y déjenos en paz!

—*Nein, Fräulein*. El comprador tiene una cuenta pendiente con ellos. Diría que la venganza es tan importante como el libro. Bajad del coche.

Bajaron los tres, todavía con los gatos en brazos.

—¿Puedo soltar al gato ya? —preguntó Henry.

—Ese no me interesa. Agarra al otro. —Henry soltó a Ollie, que se perdió rápidamente en el callejón—. Vamos a quedarnos aquí mientras uno de mis hombres registra tu despacho. Dale las llaves.

Pasaron diez minutos de tensión. Nieta y abuelo se abrazaban mientras Henry sostenía a Melchior en sus brazos. Los dos esbirros no bajaban sus pistolas. En la quietud del callejón el tono del móvil del alemán sonó muy alto.

«Mis hombres ya bajan con el libro. Tengo al viejo y al animal. Y como bonus, a su nieta. ¿Qué hacemos con ella?»

«…»

«Comprendido. ¿Y el detective? No parece de los que cierren la boca. Es un testigo»

«…»

«Lo que dices no es racional. Lo mejor sería…»

«¡¡¡…!!!»

«De acuerdo. Así será»

Colgó el teléfono con una mueca. Le lanzó una mirada a Henry con los ojos entornados.

—Tienes suerte de que los super ricos sean caprichosos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es posible que escapes de una pieza. No lo hubiera creído hace una semana.

En ese momento regresó su esbirro, con las manos vacías y una expresión estúpida en la cara.

—En el piso no hay nada.

El rostro encendido del jefe fue impagable.

—Detective, ¿qué está pasando aquí? Mentirnos no es bueno para su salud. Aunque enfade a mi contratante, me temo que voy a tener que hacerle daño. ¿Por qué estos jueguecitos?

Hora de comprobar si su mano tenía cartas ganadoras o nada más que un farol. Henry aceró su voz.

—Necesitaba tiempo. El que este idiota me ha dado.

—Tiempo para qué. La caballería no va a venir a rescatarle.

—La gente del barrio llama a este lugar el callejón de los maullidos, por el jaleo que arman los gatos. Pero oiga: ninguno.

—Una lástima que sus gritos vayan a perturbar una noche tranquila.

—No, Herr Schneider. De tranquila, nada.

Un coro de gruñidos les envolvió desde todas direcciones. Los tejados por encima de sus cabezas se llenaron de gatos. Docenas de ellos.

Comprendiendo el peligro inminente, Schneider fue el primero en reaccionar corriendo hacia el coche. En ese instante los felinos se lanzaron como paracaidistas contra sus hombres, enganchándose de sus cabellos, espalda y brazos; arañando y mordiendo; clavando sus uñas, que atravesaron el tejido de las chaquetas y la carne bajo ellas.

Abrumados por su número y agresividad, los esbirros no daban abasto en quitárselos de encima a ciegas, pues sangraban por sus caras acuchilladas por las garras.

Mei, Liú Wang y Melchior huyeron para ponerse a salvo. Henry agarró la tapa de un cubo de basura y echó a correr hacia el coche de Schneider, que maniobraba fuera del callejón.

Al situarse frente a la puerta delantera estrelló el disco de metal contra la ventanilla, que se hizo pedazos sobre el conductor. Iba a agarrarle cuando Schneider sacó una pistola de la guantera. En el suspiro que tardó el cañón en disparar, Henry levantó la tapa como un escudo y frenó el impacto de la bala, que le tiró de espaldas sobre la calle.

Schneider sacó el brazo por la ventanilla rota para apuntar mejor. Antes de que lo acribillara, una gata siamesa cayó sobre su mano y de un mordisco le hizo soltar el arma, que fue a parar cerca de Henry.

Sabiéndose derrotado, Schneider pisó a fondo y se alejó quemando rueda.

Acabada la pelea, los Wang se acercaron para comprobar si estaba herido. Henry escapó ileso, a diferencia de los matones inertes sobre el pavimento.

Ninguna baja que lamentar entre el batallón felino, que rápidamente se dispersó entre las sombras del callejón. Quedaron Ollie, Melchior y la siamesa que le había salvado in extremis.

Al verla sintió un cosquilleo en el cerebro, una conexión. Conocía a esa gata amor platónico de Ollie.

—Eres la que nos visitaba en el orfanato. ¿Has sido mi gata de la guarda todos estos años?

Se concentró para enlazar telepáticamente y saludarla en caso de que no entendiera sus palabras. De pronto, el enlace fue cortado de golpe por las sirenas de policía. En unos minutos la calle estaría acordonada.

La siamesa se despidió con un maullido. Henry se volvió a los Wang.

—Escuchad: necesitamos contar una historia que no nos ponga en una camisa de fuerza. Se me ocurre esto…

Después de que la policía les tomara declaración, tomaron una copa en casa para relajarse.

—¿Qué yo soy tu prometida? ¿No podías inventar nada mejor? —protestó Mei.

—A mí me sonó bien —respondió Henry—. Lo importante es que se han creído que pasábamos por allí y nos encontramos a esos hombres tirados en el callejón. Concluirán que ha sido una pelea de bandas y el caso quedará sin resolver. Si no nos metemos en más líos, todo irá bien.

—Fuiste tú quien atrajo a esos tipos.

—Mei, por favor. Estamos en deuda con el señor Hunter.

—Tengo preguntas, y el miedo de que hacerles me meta en algo que no comprendo, y que siempre he evitado. Mi madre conocía la existencia de esa casa bajo el lago, pero resultaba invisible a sus ojos. ¿Por qué?

Liú Wang meneó la cabeza.

—A eso no te puedo contestar, joven. En uno de los libros leí que hay una habitación con muchas puertas que conducen a otros tiempos y lugares. Los gatos detectan la energía de estos portales, por eso entran y salen continuamente de todas partes, está en su instinto.

—Eso es muy impresionante, pero ¿de qué sirve a quien me contrató?

—Algunos tienen poderes excepcionales. Melchior es capaz de atraer la buena suerte, como provocar que tú detengas una bala con la tapa del cubo de basura. ¿O piensas que fueron tus reflejos?

—Emm… ¿entonces no fui yo?

—Me temo que recibiste ayuda. Sin embargo, la buena suerte que invocó para salvarte te rebotará en forma de mala suerte hasta restablecer el equilibrio.

—Eso suena maravilloso. ¿Me caerá una maceta en la cabeza o será una cáscara de plátano la que me mate?

—Melchior diluirá tu infortunio. Otros se alimentan del sufrimiento y atraen a colaboradores humanos para su causa. Cuanto más uso hacen de sus talentos, más poderosos se vuelven. Les hemos seguido la pista muchos años.

—¿Esa mujer y tú estáis en esto, *yéyé*? —preguntó Mei.

—Formamos parte de un grupo dedicado a combatir el influjo de Bastet. Por desgracia, a ellos tampoco les faltan colaboradores y disponen de muchos recursos.

—Y mi padre creyéndote un loco tras la muerte de la abu… lo siento muchísimo —murmuró Mei.

Él dio un beso a su nieta en la cabeza. Era tarde y los tres tenían mucho que procesar. El cansancio empezaba a pegar fuerte tras un día de tanta tensión.

Henry aún tenía una pregunta muy importante por hacer. Pero no esa noche. Su mente no daba para más.

Después de que los Wang se hubieran ido, se dio una larga ducha caliente. De regreso al dormitorio se encontró a Ollie encima de la manta. Y a Mei bajo ella. La expresión de su rostro fue lo bastante divertida para hacerla reír.

—Acompañé a *Yéyé* hasta el taxi. Su apartamento es de una cama y es tarde para volver a mi habitación. El tuyo era la mejor opción. Además… has dicho a la poli que vivimos juntos. Creo que deberíamos fingir un tiempo, por si acaso…

—Tienes razón. Y pienso poner todo mi empeño.

Se apartó el albornoz de un manotazo y entró en la cama. Ollie se marchó al sofá del salón, porque en el cuarto esa noche sería imposible pegar ojo.

En la semana que siguió ambos descubrieron que se les daba muy bien fingir lo de ser pareja, en la cama y fuera de ella. Henry descubrió al tipo de chica que había perdido la esperanza de conocer en las apps de citas. Su gracia e inteligencia era algo propio de novelas románticas en que el autor describe a su amor ideal.

La mala suerte que le pronosticó Liú Wang la recibió en pequeñas dosis: un resbalón por las escaleras, un incendio en la cocina que por poco se propaga por toda la casa y lo peor: un taxista loco que le rayó el Mustang.

En diciembre llegaron las nieves, y la ciudad se engalanó para recibir la Navidad.

Mei había regresado a casa, pero volvería para el fin de año. Con ella se llevó al abuelo, con la intención de cerrar las heridas abiertas entre él y su familia. Después se mudaría a Nueva York para ayudar en la tienda de antigüedades, además de rastrear la pista de los seguidores de Bastet.

Uno de ellos ocupó los titulares en la mañana de la víspera de Navidad. Henry leyó la noticia en un descanso mientras instalaba un nuevo sistema de seguridad en la tienda de antigüedades que vigilaba en ausencia de los Wang.

NAVIDAD SANGRIENTA
Conocido empresario muere asesinado

En la mañana del 23 de diciembre, Hans Patrick Schneider, CEO del grupo Proteus, fue hallado muerto en su domicilio por su esposa recién llegada de Frankfurt. La señora Schneider permanece ingresada con un cuadro de ansiedad. Aunque se desconocen los detalles del crimen, testigos presenciales han dado a conocer a este medio su naturaleza salvaje…

El periódico daba a entender que había sido un asesinato ritual con abundancia de gore. Que la víctima fuera un hombre importante daba esperanzas a la policía de que el responsable no fuera un asesino en serie.

Henry se mensajeó con Snikt, el hácker principal del grupo de resistencia contra Bastet del que él y Mei eran sus últimos integrantes.

«Snikt, ¿has visto las noticias?»

«Sí, lo de ese capullo alemán»

«¿Tienes más info?»

«Las imágenes llevan rato rulando. Al tío lo han dejado listo para servir en la cena de Navidad. Juzga por ti mismo»

Snikt le pasó un puñado de fotos. El asesino se había recreado. Un milagro que a la esposa no le diera un infarto al encontrarse tal carnicería. El salón parecía la obra de un pintor vanguardista, con salpicones de sangre por doquier. El cadáver estaba tirado en el suelo con los brazos en cruz.

Lo que no había trascendido a la prensa y tenía agitada a la policía era el símbolo pintado con sangre al lado del cuerpo.

Un asesinato ritual con firma de gamberrada adolescente. Para Henry no era ninguna broma. El jefe del alemán no estaba satisfecho, ni era de los que perdonaban los errores.

Cuanto más averiguaba sobre los seguidores de Bastet más sentía que su vida había sido una representación de teatro cuyo escenario empezó a agrietarse el día en que su padre clavó una daga en el pecho de su madre.

La tienda de antigüedades era más que una cámara de reliquias. Liú Wang la usaba como tapadera para buscar por todo el mundo objetos mágicos usados por Bastet y sus descendientes, algo que también pudiera usarse para combatirlos.

Snikt y sus hackers filtraban un mar de terabytes de mitos, teorías conspiranoicas y leyendas urbanas hasta encontrar gotas de información útiles para la causa.

Henry se había prometido no cotillear entre las pertenencias del señor Wang. Sin embargo, no pudo evitar fijarse en la hoja manuscrita sobre la mesa del despacho. Tras un par de intentos por ignorarla, se sentó en la silla y leyó. Se trataba de un listado de artefactos buscados por sus propiedades mágicas.

Piedras censoras: pequeñas piedras de ónix que anulan la presencia de los nueve en nuestra dimensión. Debilitan su influjo. Pueden engarzarse en collares o prendas de vestir.

Eso le sonó a kryptonita para gatos. Se echó a reír. La risa murió en sus labios con el siguiente ítem de la lista.

Dagas de Yegael: imbuidas de antimagia. Sirven para "desposeer" a una persona o gato de la presencia maligna en su interior.

Henry se quedó mirando al vacío. Aunque ninguna imagen acompañara al documento, él conocía el aspecto de esas dagas. Había visto una en la mano de su padre, aquella noche.

Fue el siguiente objeto el que le hizo saltar de la silla.

Lágrima de Ankh: Atrapaalmas. Mito de la resurrección. Se dice que si alguien muere en posesión de una su espíritu se refugiará en ella hasta encontrar a un nuevo anfitrión.

Henry corrió al servicio y vomitó todo el desayuno. Se desenganchó del cuello el colgante regalo de su madre y lo sostuvo en su mano. Una lágrima de Ankh.

Tras acabar la instalación en la tienda se marchó a hacer la compra para la cena de Navidad, deseando felices fiestas a todo el que se cruzaba en su camino. Esa noche iba a ser la primera que celebrara desde que perdió su hogar y su familia. La ocasión merecía tirar la casa por la ventana: cien latas de la mejor comida de gato y una pizza congelada.

A las cinco de la tarde colocó un montón de platos de plástico en el callejón para que sus salvadores peludos cenaran de gourmet. Ollie le acompañó al apartamento y comieron juntos en la mesa del comedor. Al otro lado de la mesa, la tablet mostraba a una achispada Mei, que pese a la diferencia horaria había querido estar en la mesa con ellos. Con él.

—¿Cómo ha ido con tus padres y el *yéyé*?

—*Hen hao*… Bieeeeennn…. —hipó—. Hemos arreglado… mi padre gusta que yo con él.

—Borracha estás muy graciosa.

—Calla, idiota. No dormido nada.

—Tengo ganas de verte. Y Ollie también.

—*Meow* —confirmó el gato.

—El treinta nos vemos, guapo —le tiró un beso que él correspondió pegando los labios a la pantalla. Un poco de ñoñería no hacía daño. Además, ella no se acordaría de nada con el pedo que llevaba.

Durmió hasta tarde en el día de Navidad. Ollie se resistía a quitarse de encima suya en la cama. Tras un almuerzo ligero, se obligó a abrigarse y salir a la calle. Los platos del callejón estaban vacíos, los recogería a la vuelta. Le apetecía impregnarse del ambiente de la gran ciudad teñida de blanco.

Puso el cerebro en piloto automático y dejó que sus pies trazaran el rumbo, fundiéndose en la marea humana. Siguió la estela de un grupo de chavales que presumían de sus regalos. Cincuenta minutos después, su mente le avisó que había llegado a su destino: Central Park.

Desde que murió su madre no lo había visitado. Ese año era diferente. No se sentía solo, no estaba solo.

La pista de hielo de Wollman Rink había sido su atracción de invierno favorita y hasta los doce años fue destino obligado del día de Navidad, después de abrir los regalos. No se volvió a calzar los patines desde entonces. Había poca gente, por lo que tendría espacio para practicar sin chocarse con nadie.

Tras unos vacilantes primeros pasos, sus pies comenzaron a deslizarse rítmicamente, recordando una cadencia por años olvidada. A la quinta vuelta del anillo, aceleró hasta adelantar a los demás, como hacía de pequeño. Le encantaba lucirse delante de su madre, que se movía sobre patines con una elegancia imposible de replicar. Intentó una de sus piruetas con salto favoritas, acabando con su culo en el hielo. Tendría que impresionar a Mei con otros trucos.

Un joven que patinaba con maestría se detuvo frente a él.

—¿Te has hecho daño? —preguntó ayudándole a levantarse.

—Estoy bien, solo un poco oxidado. Hacía tiempo que no practicaba.

—Diecisiete años son muchos, Milo.

El mundo se tambaleó bajo sus pies. Aunque no reconociera ese rostro, conocía bien la mueca de sabiondo. Intentó decir algo, pero todo lo que salió de su boca fue un sonido ahogado. El extraño le dio un abrazo y pegó su cabeza con la suya.

—Cosmo… —murmuró.

—Tuve el presentimiento de que te encontraría aquí. Tú también, ¿verdad? Apuesto a que viste mi mensaje.

Iba a preguntar a qué se refería, pero la respuesta afloró con naturalidad dentro de su cabeza.

—El dibujo con sangre. Tú mataste a mi cliente. Pero el encargo de capturar el gato y el libro no vino de ti. Tú eres a quien manda Bastet para castigar a los que le fallan.

—Ese es mi hermano —aplaudió Cosmo, orgulloso—. Habrías sido un poli increíble de no ser por esos cabrones corruptos. Ven, te invito a un café.

Sentados en la mesa de la cafetería, Milo calentó sus manos asiendo la taza humeante. Aunque quemara, necesitaba sentir su cuerpo para convencerse de que no estaba dentro de un sueño especialmente vívido.

Cosmo llevó el peso de la conversación. Se palpaba que había anticipado el reencuentro.

—Me decepciona que no me preguntes cómo sobreviví al incendio.

—Ayer te lo hubiera preguntado. Esta mañana he aprendido cómo lo hiciste. —Señaló el colgante con la lágrima atrapaalmas—. Mamá lo sabía. Por eso decía que no nos lo quitáramos nunca. ¿Cómo funciona? ¿Como un truco de vidas infinitas?

—Infinitas, no. Nueve.

—Nueve vidas. Claro, tonto de mí. Así que alguien recuperó tu colgante de entre las cenizas y después… ¿qué? ¿A qué desgraciado le robaste el cuerpo?

—La persona a quien pertenecía este cuerpo estuvo en muerte cerebral. Entonces ocurrió el milagro de la resurrección. Durante mucho tiempo quise presentarme ante ti, contártelo todo. Te dejé al margen por tu seguridad.

—¿De qué va todo esto, Cosmo?

—Venga, Sherlock. A estas alturas debería ser obvio. “Los gatos dominarán el mundo”. Si hasta se ha convertido en un meme. *Cat Supremacy*.

—¿Sois como vampiros infiltrados entre nosotros para hacer un mundo a vuestro gusto?

—*Entre nosotros*… hermanito, TÚ eres uno de nosotros. Ven conmigo, Milo. Mamá nos decía que juntos conseguiríamos grandes cosas.

—Alguien que os conoce bien piensa que vuestro propósito es esclavizarnos.

—No te hagas el misterioso, sé que hablas del anticuario. Muy mona la nieta, por cierto. Tengo que buscarme una china como esa.

—Es de Taiwan.

—Milo, el mundo se va a la mierda. Si aún no te has enterado, te bastarán cinco minutos de redes sociales para convencerte. Bastet quiere traer el orden a este gallinero.

—Lo siento, mis ambiciones para el próximo año son seguir una dieta sana y mantener una relación sentimental que dure más de tres meses.

Cosmo suspiró.

—Te he echado de menos, hermano. Tú a mí también. Y a mamá. Esto es lo que ella quería, que estuviésemos en lo más alto de la cadena alimenticia.

Descubrir que él estaba vivo de aquella manera resultaba desgarrador. Su estómago giraba sobre sí mismo, apretándole. Cogió aire.

—No puedo —dijo con firmeza.

—Supuse que no sería fácil. Siempre fuiste duro de mollera. Escúchame: Bastet aplastará a cualquier resistencia que se le oponga. Te ruego que no te mezcles con ellos.

—¿O me pasará algo malo?

—Yo jamás te haría daño, ni lo permitiría.

—Pues vuestro jefe casi me liquida.

—Schneider era un traidor. Bastet me ordenó capturarle con vida, pero él te disparó. Se lo hice pagar, igual que a los cabrones del orfanato. —miró al vacío, evocando—. Antes de que me olvide, toma.

Cosmo le dio la tarjeta de contacto de Albedo Smith, Director de Marketing de Proteus Technologies.

—¿Este eres tú? *¿Marketing?*

—En la tuya pone detective Henry Hunter. Al menos yo tengo la excusa de que no pude elegir. Me gustaría que volviéramos a ser Milo y Cosmo.

—Dudo que eso sea posible.

—Llámame cuando cambies de opinión.

—*Si* cambio de opinión.

—*Cuando* cambies de opinión.

Cosmo se marchó, desapareciendo de su vista en un suspiro.

Por muchos años Milo había deambulado sin rumbo por la vida, yendo de un lado para otro como el gato que no para quieto en un mismo sitio. En el día de Navidad, Milo recibió el regalo de un propósito: Recuperar de las garras de Bastet a su hermano perdido.

EL PRIMER PURGADOR

Keitaro no mordió el anzuelo. El mejor cazador de personas de Japón no iba a dejarse engañar por los rumores de que los jefes de las dos bandas rivales de su contratante se reunirían esa semana en un rascacielos del distrito de Shinjuku.

Echó un último vistazo a las fotos de sus objetivos antes de borrarlas del móvil.

Hirohito Machida: 32 años, sector bancario; inteligente, ambicioso, *snob*; sin familia. Delitos financieros y espionaje industrial.

Daichi Otomo: 46 años, mafioso salido de las peores cloacas de Tokio; divorciado, hijos adolescentes futuros criminales como él; tráfico de drogas.

El sofisticado banquero querría impresionar al otro con una reunión en el último piso de su rascacielos con una vista panorámica de la noche de neón de Shinjuku, desde el que contemplar su imperio.

En cambio, Otomo era un simplonato apegado al barrio de su niñez. Él elegiría un ambiente más cercano para la reunión, algo más personal.

Ambos eran escoria. Habían cometido el error de diversificar sus líneas de negocio al juego y a la prostitución, lo que les ponía en rumbo de colisión con su contratante, el jefe Miura. Para ahondar en la ofensa, organizaron una reunión para repartirse los principales distritos sin contar con él, una falta de respeto que debía ser castigada.

Por culpa de su difunto padre, que echó a perder un negocio de la yakuza, el clan Kato contrajo una deuda con el jefe Miura. Para satisfacerla, Keitaro debía liquidar a sus rivales en los negocios, siempre que merecieran morir. Él disponía de la libertad para negarse si el objetivo no era lo bastante corrupto.

Su tío Isamu fue un hombre de honor del que aprendió mejores cosas que matar a inocentes. Deseó haber sido hijo suyo. Quizá hubiera tenido mejor destino que el de un asesino de élite. Cerca de los treinta, Keitaro no veía cómo salir de la sangrienta espiral en la que le introdujo su padre.

Amaba Tokio. Era un apasionado de sus calles palpitantes de vida, su mezcla de tradición y modernidad, y los muchos rincones aún por descubrir. Sentía cada calle como terminaciones nerviosas de su cuerpo. El cruce de Shibuya era la que más estimulaba sus sentidos,

conectándole con la ciudad y todos sus habitantes. Se plantó en mitad de la gran intersección con los brazos entreabiertos, rozándose con la gente a su paso.

De pequeño descubrió que era capaz de percibir *flashes* de las mentes de algunas personas. Su tío explicó a Keitaro que su percepción alcanzaba a dueños de gatos. Él siempre tuvo una extraña obsesión con esos animales, ligando la historia del clan Kato a un supuesto conflicto entre deidades felinas.

Keitaro no se hacía preguntas sobre ese talento. Lo aceptaba como parte de su naturaleza y lo explotaba en su beneficio.

Parado en mitad del cruce extendió su red mental hasta que tocó premio: un empleado de los baños públicos de Oshiage Daikokuyu, molesto por trabajar en su día libre por culpa de "dos invitados muy importantes" que exigieron abrirles el local para la noche del martes.

Anduvo tras él, camuflado en la marea humana. En su camino de vuelta a casa el joven paró en una tienda de comestibles, donde compró noodles para él y latas de atún para gatos. Punto para la teoría de tío Isamu.

El objetivo entró en un bajo edificio de viviendas. Keitaro memorizó la ubicación y se marchó a cenar a un restaurante cercano.

Tres horas más tarde observaba el bloque desde un callejón. Las luces estaban apagadas. Cruzó a paso ligero y subió las escaleras. Con una tarjeta abrió silenciosamente la puerta. Anduvo en la oscuridad sorteando los obstáculos esparcidos por cada superficie de la habitación. Su inquilino dormía con el gato enroscado a sus pies.

Encendió un cigarrillo y lo puso sobre el pequeño pupitre junto a la ventana. Aunque no fumara, la experiencia le había enseñado que esa era la mejor manera de despertar a una persona sin que gritase.

Veinte segundos más tarde, el joven se revolvió en el futón y encendió una lamparita.

—No levantes la voz. Voy a hacerte unas preguntas. Tengo una pistola en la chaqueta, pero tú no quieres verla. ¿Estamos de acuerdo? —informó Keitaro con tono profesional.

—S-sí. Quiero decir, no, no quiero verla —negó el otro con mucho énfasis.

—Mañana dos peces gordos van a los baños. ¿Con qué nombre se han registrado?

—Sin nombres, señor. Mi jefe dijo que son VIPs.

—¿Quién acudirá del personal?

—Solo yo.

—¿Cuántos serán ellos? —Contaba con que hubiera matones en los alrededores.

—Tengo que preparar una mesa con sake y cubiteras con hielo y champán para las chicas, esas que visten de conejita…

—Sí, ya sé cuáles. ¿Se presentarán ellas a la misma hora?

—No. Sobre la diez o así. Ellos, de seis a siete.

—Eso quería escuchar. ¿Cuánto te pagará tu jefe de extra?

—¿Pagar? —se rio—. Una patada en el culo me dará si no me presento, o si me dirijo a los invitados. Debo dejarlo todo preparado y ellos entrarán por la puerta trasera. Ni siquiera podré saludar a las *bunnies*… —Su decepción delataba que las únicas chicas que él veía en su vida cotidiana eran las de las revistas *hentai* sobre la repisa.

—Yo soy más generoso que tu jefe. Esta es mi propuesta: te pagaré cien mil yenes si mañana te quedas enfermo en casa y en tu lugar va el amigo que acabas de conocer.

Keitaro puso diez billetes de los grandes sobre la mesa, dejando al otro con la boca abierta.

—S-señor, no sé… no quiero meterme en líos.

—Te pagaré en papel o en plomo. ¿Qué eliges?

A las cinco y media de la tarde del martes salía de la estación de Oshiage en Sumida City. En el cuarto de hora que tardó en llegar a pie a los baños se mantuvo en alerta ante la presencia de gente fuera de lugar en ese barrio tranquilo. En la acera de enfrente detectó a dos hombres corpulentos que fumaban apoyados contra la fachada. Trajes oscuros, pelados, perillas idénticas. A la luz del día los tatuajes de sus manos serían visibles. Parecían salidos de una cadena de montaje de matones de la Yakuza.

Él llevaba puesta la gruesa bata del uniforme de la empresa, que no le caía perfecta al ser más bajo que su dueño —medía 1’73 contra el más de metro ochenta del otro—. Su complexión más fuerte le ayudaba a suplir la diferencia de altura. Por si le registraban, no portaba más armas que las garras metálicas escondidas en su peluca.

Entró por la puerta principal del establecimiento y rápidamente dispuso un par de carritos con alcohol en la sala de baño principal, que constaba de tres bañeras, servicios, bancos para sentarse y una decoración del monte Fuji en la pared. Repartió velas por el suelo y perfumó la estancia para crear una atmósfera relajante. Instaló un par de micrófonos.

Cuando todo estuvo preparado, abrió la puerta trasera y él se marchó a ocupar su sitio en recepción.

Al rato se presentaron los dos líderes yakuza. Les oyó discutir sobre el reparto del negocio del juego y la prostitución creativa, lo que quiera que significase eso. El joven banquero era audaz y proclamaba que con sus conexiones políticas lograrían sacar de la partida al jefe Miura, al que tachaban de «acabado».

Tras brindar por su futura sociedad, telefonearon a las chicas para celebrarlo juntos.

Keitaro se quitó la melena postiza, de la que desenganchó las cuchillas en forma de garras. Se las ajustó en los dedos y anduvo sigiloso por el pasillo hasta los baños.

Pilló meando al jefe Otomo, que abrió la boca como un besugo antes de que él lanzara el canto de la mano contra su cuello, donde las garras abrieron una vía de sangre que regó la pared.

El banquero hizo ademán de huir. Keitaro saltó en el aire, volando su pie contra el lateral de su cabeza, que se quebró por el impacto.

Muertos los dos, surcó sus espaldas con las garras desde los hombros a la cintura. Su firma personal, la marca de Keitaro Kato.

Antes de irse cogió el teléfono del jefe Otomo y pulsó en el número de la última llamada. Respondió una mujer con voz nasal.

«Bunny Babes»

«Solicito la cancelación del servicio a nombre de Otomo. Por favor, transmita mis disculpas a las señoritas»

«Comprendido, señor. Lamentablemente la mitad del pago no es reembolsable»

«No se preocupe. Completaré el pago y una propina adicional por las molestias»

«¡Gracias, señor! Es usted muy amable. Esperamos servirle pronto»

«Buenas noches»

Estuvo tentado de regalar una noche inolvidable al trabajador de los baños, pero eso hubiera sido estúpido. En su profesión había que cortar cualquier hilo que pudiera ayudar a otros a seguirle el rastro.

De hecho, el jefe Miura le regañaría por haberse dejado ver por el recepcionista. No le importaba. Pagaría la deuda de su padre con sangre sucia, no con la de inocentes, aunque fuera un riesgo para él.

Salió del establecimiento con un par de bolsas de basura y al torcer por el callejón echó a correr por la parte trasera de los edificios contiguos. Para cuando los perros de presa notaran su ausencia, él estaría lejos.

Un taxi le dejó en Minato, la lujosa área residencial donde tenía su apartamento en la planta dieciséis. Tras una larga ducha caliente se sirvió una copa y admiró las vistas a la Torre de Tokio, que Iluminada le parecía más atractiva que la Torre Eiffel.

En un doble soporte sobre la mesa del salón reposaban las katanas gemelas del clan Kato, los Dedos de Luna. Con mangos de piel de raya blanca y vainas plateadas, lo extraordinario en ellas eran sus hojas, azules como el cielo nocturno y con un brillante filo de plata.

Según tío Isamu, estaban hechas de un material exótico procedente de un meteorito. Con ellas sus antepasados lucharon contra los *bakenekos*, demonios-gato de la mitología japonesa.

Su padre despreciaba las leyendas y tradiciones. Él prefería armas de fuego como las que finalmente acabaron con su vida.

Los Dedos de Luna permanecieron con su tío, que le enseñó a usarlas. Echaba de menos los días en que pasaba por su hacienda y entrenaban en el tatami hasta que los brazos le ardían del esfuerzo.

Tras la muerte de Isamu buscó las espadas por toda la vivienda, pero habían desaparecido. Debieron robarlas los ladrones que le mataron en su propio hogar. Por eso se sorprendió cuando una semana después recibió un mensaje para recogerlas de una caja de seguridad a su nombre.

Como miembro del clan Kato las katanas le pertenecían. Sería el último en blandirlas, porque por la cabeza no le pasaba continuar su linaje. Las peleas entre bandas le arrebataron a su familia. No quería traer un niño a ese mundo de violencia sin escapatoria.

Poseía instinto de cazador, por eso era tan bueno. No conocía otro modo de satisfacerlo que derramando sangre de criminales, aunque fuera en nombre de otro mafioso. Al menos el jefe Miura tenía un código, a diferencia de los hombres que despachó esa noche.

Hubiera preferido nacer en la era de Miyamoto Musashi y batirse en duelo con las mejores espadas de Japón. Su camino habría sido sangriento, pero más honorable.

Se quitó la bata y agarró las katanas. Ejecutó poses de combate ante el ventanal del salón, desplazándose con la fluidez de un bailarín de ballet. Su cuerpo surcado de cicatrices estaba tan afilado como la espada. Había matado con rodillas y codos, con pies y manos. Nunca con los Dedos de Luna, por prohibición de tío Isamu. Sus hojas fueron forjadas para destruir *yokais*, no hombres.

Acabada la rutina de ejercicios, devolvió las espadas a sus soportes y durmió bajo mantas de terciopelo.

El jefe Miura intentó embocar la bola en el hoyo, pero esta se empeñaba en desviarse a la izquierda. Soltó un par de sonoras maldiciones y arrojó el palo al suelo. Sayaka metió el pie por debajo y lo levantó hacia su mano, para guardarlo en la bolsa junto a los otros.

—Este estúpido juego no es para mí —protestó Miura—. Bebamos.

Sayaka y él se sirvieron un par de vasos de licor en el porche del inmenso jardín de la mansión estilo pagoda. Ella le pasó un vaso a él, que lo rechazó.

—¿También has dejado la bebida? ¿Eres budista del todo? —se burló ella. Su sarcasmo escondía un ligero reproche.

Tras el inocente rostro enmarcado por una melena castaña con felpa había una asesina letal. Sayaka y él salieron durante tres años, antes de que reconocieran que su oficio no era compatible con relaciones estables.

En el fondo Keitaro deseaba hacer vida de pareja normal, sentimiento compartido por ella, que le consideraba algo más que un

buen compañero de cama.

Puesto que ninguno de los dos tenía a la vista un trabajo de oficina, Keitaro cortó el simulacro de relación. Pese a la palpable tensión sexual, acordaron quedar como amigos.

Esa tarde ella estaba particularmente guapa. Sintió el impulso de besarla allí mismo.

—Buen trabajo el otro día, Kato-sama —dijo Miura—. Perfecto, salvo por el testigo.

—No dirá palabra. Él no formaba parte del trato. Mato a quien es correcto matar.

—Siempre y cuando sean los malos —apuntó Sayaka imitando su voz—. Como si hubiera buenos en este negocio. Corres riesgos innecesarios.

—Tu amiga tiene razón —dijo Miura señalándola—. Ha aceptado trabajar con nosotros una temporada, y ver cómo salen las cosas. ¿Has pensado en mi oferta? Juntos formaríais un gran equipo.

De pronto, el jefe Miura agarró un plato y lo arrojó lejos. Sayaka saltó de la silla con su revólver en la mano. Al estruendo del arma siguió un estallido de cerámica. Ella sopló el cañón y levantó una ceja.

—Estoy bien como estoy. Acepto los trabajos que me interesan —respondió Keitaro.

—Precisamente de eso quería hablaros. Mirad esto.

Sobre la mesa puso una tablet y reprodujo un vídeo mostrado por las cámaras de seguridad de un casino. Un occidental alto y vestido elegante —pajarita, traje a medida— jugaba a la ruleta. Tras perder la primera tirada, ganó las tres siguientes.

La perspectiva cambió a la mesa de póker. El mismo hombre saludaba a los otros jugadores, que creyeron en él a un pardillo al que desplumar. Para su sorpresa, fueron ellos quienes abandonaron la mesa esquilmados uno tras otro. El jugador se fue con una bolsa llena de fichas y una mujer despampanante colgada del brazo. Sonreía como si se le hubiera aparecido Jesucristo.

—Nunca creería que ese pringado es un maestro del juego —dijo Sayaka.

—No es ningún maestro —respondió Keitaro—. Ni siquiera sabe jugar. Ha tenido una suerte increíble.

—Bien visto —dijo Miura—. Sí, suerte del principiante. Una vez puede pasar. El problema es…

Miura pinchó en otro vídeo. El mismo hombre, en una casa de apuestas de caballos, en Londres. Primer premio; otra, en Bangkok. *Jackpot*; otra…

Sayaka silbó, impresionada. Él estaba igualmente confundido.

—Así que tiene un método para ganar a las cartas y en juegos de azar. ¿Un friki matemático? —preguntó ella.

—Este pájaro ha volado bajo nuestro radar porque diversifica mucho su juego, desde casas de apuestas a casinos y juego online. Viaja por todo el mundo con identidades falsas. Hemos rehecho sus pasos en los últimos cinco años. Se mueve de modo imprevisible, aleatorio.

—No —intervino Keitaro—. Siempre hay un patrón. Coincido en que tiene un método.

—Lo que me importa es que en estos momentos está en Japón y me está jodiendo.

—¿Ha dado el golpe en uno de tus casinos? —preguntó Sayaka, con retintín.

Miura pegó con el puño en la mesa, derramando el contenido de su bebida.

—¡En más de uno! Mis hombres le hicieron una advertencia. ¡Se echo a reír! ¡Esa rata francesa se echó a reír en medio de la sala! Es una falta de respeto que no debe quedar impune. Cuando fueron a visitarle al hotel, se había marchado.

—Quieres liquidarlo —dijo Keitaro. No era una pregunta.

—¡Pues claro! Si se corre la voz de que un timador extranjero me está puteando, las otras bandas me perderán el respeto. Y en este negocio, el respeto es sagrado.

—¿Has dicho francés?

—Habla con uno de esos acentos afeminados que dan ganas de pegarle dos tiros en la cara. Seguro que chilla como una rata mientras le torturan. Quiero que sufra antes de morir.

—Tienes a un puñado de sádicos en nómina. No nos necesitas.

Miura desvió la mirada y gruñó. Se estaba callando algo. Por suerte, a Sayaka no le preocupaba herir sensibilidades.

—¿Los inútiles que trabajan para ti no han conseguido atraparle?

—Mandé a mis muchachos. Le perdieron en el hotel. Más tarde casi le agarran en un cruce. Un camión salió de la nada y los arrolló a los dos. Destrozados, como por una aplanadora.

Sayaka reprimió una carcajada. Le lanzó una mirada de soslayo, como en los viejos tiempos. Miura estaba demasiado furioso para captar su comunicación no verbal.

—¿Enviaste a alguien más? —preguntó Keitaro. De nuevo tenía esa sensación de que el jefe no quería contarles algo.

—Ino.

—¿Ino Bala de Oro está en Tokio?

—Andaba por la costa, pescando. Le hice venir.

—¿Y?

—Está muerto.

—¿¡Cómo!? —exclamaron Sayaka y Keitaro a la vez.

Después de ellos, Ino era el más peligroso asesino de Miura. No

recurría a él más a menudo porque resultaba impredecible en sus encargos, al aumentar gratuitamente el número de víctimas.

—La pistola le estalló en la mano. Trozos de metal se le incrustaron en el cerebro.

—Eso es imposible. Ino era cuidadoso con su equipo.

—Había testigos, ocurrió a la luz del día.

—¿Tienes alguna teoría? —preguntó Keitaro.

—Ninguna, salvo que no es un accidente. Cómo es eso que dicen… una vez es casualidad, dos es coincidencia, tres me toca los huevos —acompañó la afirmación con otro puñetazo en la mesa. Transpiraba—. Le quiero muerto. Pagaré bien.

—No es mi tipo de trabajo. Lo siento —dijo Keitaro.

—¿Cuánta pasta? —preguntó Sayaka.

—Dos millones.

—Trato.

—Bien. Como siempre, la mitad ahora y la otra, después.

Tras aceptar ella el encargo, el jefe se relajó visiblemente. Bebieron unas copas más. Keitaro permaneció en silencio la mayor parte. Ni cuando salían juntos se atrevía a cuestionarle los encargos a Sayaka. Mucho menos en el estado actual de las cosas entre los dos.

Abandonaron tarde la propiedad de Miura. Sayaka se colgó de su brazo con el ánimo burbujeante por la bebida y la perspectiva de dinero fácil.

—Estás muy serio, *senpai*.

—Y tú demasiado alegre.

—Me gusta fastidiarte un poco.

—¿Por qué has aceptado el trabajo?

—Mmmm… no sé, Kei. ¿Por la pasta?

—No necesitas el dinero.

—Para no quedarme fuera del mercado, supongo. Ino era infalible. Eliminar a su objetivo subirá mi caché. Además, viste la cara de ese tío. Le haré un favor al mundo si lo mato antes de que se reproduzca.

—Está bien. Aquí nos separamos. —Intentó zafarse, pero ella le apretó el brazo.

—No me apetece conducir esta noche. Llévame a tu casa. Echo de menos las vistas. Entre otras cosas.

—Mi apartamento no es un hotel.

—Lo sé. No pienso pagarte.

—La respuesta es no.

—Je.

Abrió los ojos.

Acababa de tener una pesadilla, algo sobre un monstruo, una bestia de pelaje moteado, ojos amarillos y cola gigantesca. De pequeño

era frecuente que soñara con el bakeneko. Con las katanas de la familia luchaba contra el gato-monstruo del tamaño de una pantera. Siempre acababa devorado por él. Tenía la convicción de que a raíz de esas pesadillas esculpió cuerpo y mente hasta convertirse en una máquina de matar.

Alargó la mano al otro lado de la cama para posarla sobre la espalda desnuda de Sayaka. Incluso a oscuras era capaz de dibujar con las yemas de los dedos el contorno del tatuaje de la rosa sangrienta que le cubría desde la nuca hasta la cintura.

En el pasado pensaron hacerse uno juntos. Él no tenía ninguno, algo poco habitual en el gremio. Los únicos dibujos que adornaban su piel eran sus cicatrices.

Ella dormía profundamente, lo normal tras la agotadora sesión física. Posó sus labios sobre la rosa. Había disfrutado mucho de esa noche, un recordatorio de cuánto la echaba de menos.

Se levantó de la cama y fue al salón. Estuvo un rato en pie con la vista perdida en la ciudad y las luces que bailaban ante sus ojos. No comprendía el motivo de su inquietud, ni por qué persistía el sobresalto de la pesadilla. Algo en el encargo de liquidar a ese francés le ponía los vellos de punta.

Una mano le apretó el culo.

—La de antes no ha sido tu mejor actuación, pero tampoco es para suicidarse —dijo Sayaka, coqueta.

—Me desvelé.

—Vuelve a la cama. Te pulsaré en tus chakras y te quedarás dormido en seguida.

—Tú no crees en esas cosas.

—Para una vez que me pongo mística, me cortas el rollo. Entonces, lo otro. Agarrar este trasero tan duro me ha dado ganas.

Un rato después ambos dormían, y ni la peor pesadilla desharía su abrazo.

Se despertó con el olor de café recién hecho. Sayaka estaba a pleno rendimiento, vestida y con el portátil sobre la mesa. Había descargado los vídeos y fotos de su objetivo. Se sentaron en el sofá del salón a repasar el material mientras ella tomaba notas.

—Ha entrado en el país como Francois Moreau. Es su identidad más usada entre las varias que ha ido rotando en los últimos cinco años. ¿Y si es un espía americano? —dijo Sayaka.

—Usa nombre francés y tiene acento de allí, ¿por qué iba a ser americano?

—Sería más excitante cargarse a un agente de la CIA en una peligrosa trama internacional. Esto va a ser aburrido.

—¿Cómo lo harás? ¿De verdad vas a torturarle como quiere el señor Miura?

—No me ensuciaré las uñas con ese mierdecilla. Me haré pasar por el servicio de habitaciones. Tiro en la frente y *au revoir*.

—Comprendo.

—¿Sigues sin aprobarlo? ¿Qué es lo que te pasa? Como si no hubiéramos hecho cosas malas los dos.

—No sé… Hey, ¿qué es eso? —Keitaro señaló una de las fotos en la pantalla.

—¿Qué es qué?

Él amplió la imagen. Una forma oscura bajo la mesa, a los pies del francés mientras jugaba al póker. Cambió a otra imagen, en la que hablaba con una cazafortunas. Al fondo, tras una máquina tragaperras, el mismo bulto oscuro. Aparecía en más fotos. Una del garaje, en blanco y negro. La forma no lograba confundirse con las sombras.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿No lo ves?

—Una mancha oscura. Un defecto de imagen, puede ser.

—Yo veo un gato negro.

—Hay que echarle imaginación. —Ella acercó la cara a la pantalla.

—Relaja los ojos. Desenfoca.

—¿Me estás vacilando?

—No.

Ella acercó y alejó la cara de la pantalla. Se puso en pie y se volvió a sentar en el sofá, con la boca abierta.

—¡Mierda, es verdad! Es como esas imágenes trucadas donde ves distintas cosas según como mires. ¿Crees que es la mascota del francés? En el informe no dice nada de un gato.

—Eso me escama.

—Da igual. Si viene con él, lo adoptarán en algún café para gatos.

—Mi padre decía que lo que parece raro es porque es raro.

—Tu padre era un capullo. Palabras tuyas.

—Eso no me quita la sensación de que…

—Kei, a ver cómo te suena esto: me cargo al francés, suelto al gato, cobro la pasta y nos perdemos un par de semanas en donde tú desees. Cualquier destino.

—¿Un viaje romántico?

—Llámalo como quieras. Nunca hemos salido juntos fuera de Tokio. Me gustaría verte en otro entorno, lejos de nuestro ambiente habitual.

—No sé. Esto es… inesperado.

Sayaka se acercó y le dio un beso en los labios.

—También para mí. Quizá descubramos algo diferente de nosotros. Algo que merezca la pena. Anoche sentí que los dos queremos lo mismo.

—De acuerdo. Por qué no.

—Cuando haga el trabajo, estaré oculta unos días. Te llamaré la semana que viene. Mientras tanto, busca sitios donde ir. Sorpréndeme.

Sayaka abrió la puerta. Él estuvo a punto de decir algo, pero no llegó a pronunciar las palabras. Ella enarcó las cejas y sonrió. Salió del apartamento.

Pasaron tres días que se sintieron como tres semanas. La espera se le iba a hacer eterna. Miraba el teléfono a cada poco, a sabiendas de que era muy pronto para establecer contacto.

Mató el tiempo mirando destinos populares para parejas. Era la primera vez que realizaba ese tipo de búsqueda. Aunque había tenido muchas amantes, no conoció a ninguna con la que embarcarse en un viaje de descubrimiento de sí mismo. Como ella le dijo, quizá brotase una flor que no sangrase. Cuanto más pensaba en la idea, más atractiva le resultaba.

Hacía un par de años que hablaron de irse a Hawái. Tomar daikiris a la sombra de palmeras torcidas, como en las películas, casi podía sentir la sal del mar en su piel. Eso sí que la sorprendería. Buscó bungalows para los dos.

La espera de novedades fue más breve de lo previsto. En la tarde del tercer día la noticia ocupó la primera página de la edición online del Yomiuri, con una imagen pixelada advirtiendo de contenido explícito.

Al pinchar apareció un sitio en obras donde estaban construyendo un nuevo centro comercial. Una persona había sido empalada en las barras de acero de los cimientos.

Era Sayaka.

Capítulo Nueve

Jean-Pierre Lafontaine nunca fue un hombre con suerte.

Si hubiera sido creyente pensaría que al nacer uno de los becarios de Dios le puso el sello de “eterno sufridor” y con eso despachó su expediente. Nadie lo hubiera dicho, perteneciendo a una familia de clase media de Lyon y con unos padres que le querían.

De pequeño dejaba entrever la altura que alcanzaría al crecer. Su madre decía con orgullo a sus amigas: «mi niño será muy alto, de mayor tendrá que quitarse a las chicas de encima». En parte tuvo razón, porque a los quince superaba el metro noventa. Según los estudios de las revistas pseudo-científicas, había obtenido un billete ganador en la lotería genética y con un poco de esfuerzo de su parte, le esperaba una vida de éxitos.

La primera ducha de realidad se la dieron a los trece años, cuando en el juego del amigo invisible le tocó hacer un regalo a la niña más guapa de la clase, Marianne Dubois. Sintió alborozo ante lo que parecía un cambio de ritmo respecto a la mediocridad que le había caracterizado hasta entonces. Sus notas no eran gran cosa, ni tampoco era bueno en los deportes, donde su torpeza cancelaba la ventaja de su tamaño.

Preguntó a su madre qué podría regalar a una niña que le gustaba. Ella le dio un estuche con ositos y corazones para material escolar. Jean-Pierre no se juntaba con niñas y sus pocos amigos vivían en la misma burbuja de ingenuidad, así que cuando entregó el regalo a Marianne creyó que lo apreciaría.

El rostro de la muchacha se le grabó a fuego en la memoria. Veinte años más tarde aún soñaba con ella. La incredulidad en sus ojos, la boca torcida en una fea mueca y finalmente, la risa. Una risa escandalosa y burlona, saltándole las lágrimas.

Él también lloró aquel día. Su madre le consoló diciéndole que a esa edad los niños eran tontos. Con el tiempo cambiarían.

El tiempo pasó, mas nada cambió.

Jean-Pierre pasó por la escuela como un espectro, sin ninguna memoria que atesorar para las futuras reuniones de antiguos alumnos a las que él por supuesto no acudiría. Aunque trató de olvidarlos, sus muchos apodos quedaron pegados a él con el pegamento de la amargura. *Zapatones*, *espantapájaros*, *tucán*. Se impuso *Shaggy*, por su

parecido con el desgarbado personaje de Scooby Doo.

En la universidad perdió de vista a los abusones, vistiendo un manto de invisibilidad que le convirtió en una no-presencia durante los cuatros años que tardó en obtener la licenciatura de Estadística.

La vida le dio un respiro al encontrar trabajo en una gran aseguradora, la oportunidad de un nuevo comienzo. Trabajó duro y fue promocionado al departamento de Riesgos, donde conoció a Sophie, la mujer con la que acabaría casándose.

Ella había tenido «mala suerte» con anteriores relaciones y en Jean-Pierre encontró a un valor seguro. Tener niños no figuraba en los planes de futuro de ninguno de los dos.

Su matrimonio era la unión entre personas responsables y conscientes de que no iban a disponer de mejores opciones de rascar unas gotitas de felicidad.

Cuán equivocado estaba.

A sus treinta y dos años, la débil estabilidad que había alcanzado en su vida se tambaleaba bajo sus pies. Un año atrás había pillado a Sophie con otro hombre. Fueron a terapia de pareja, donde la psicóloga les convenció de que ese caso aislado «daría un nuevo impulso a su matrimonio».

Debieron entenderlo de modo diferente, porque un par de semanas después un amigo le dijo que había visto el perfil de ella en una app de citas. Que él tuviera constancia, se produjeron no menos de seis *casos aislados* más.

Había ensayado mil veces dentro de su cabeza la conversación que tendría con Sophie, en la que le daría un ultimátum. La ocasión para esa conversación surgió cuando fueron invitados a una convención internacional de seguros en Nevada, al otro lado del charco.

A última hora ella se quedó en el apartamento de alquiler en San Francisco tostándose en las playas californianas, mientras él asistía con sus colegas americanos a interminables sesiones de objetivos de venta anuales y charlas motivacionales.

Un rápido vistazo a la app le sirvió para comprobar que ella había actualizado sus fotos y localización, con el encabezado: *recién llegada de Francia, busco quien me enseñe la ciudad*.

Acabadas las jornadas de la convención, Jean-Pierre conducía el coche de alquiler por la Ruta 50, que conecta Nevada con California, conocida como «la carretera más solitaria de América», un nombre apropiado para cómo se sentía en ese punto de su vida.

A su madre se la llevó el cáncer y su padre estaba en las últimas; su matrimonio era una broma de mal gusto y un divorcio con una compañera de trabajo en una empresa tan conservadora podría acabar en despido. Había hecho toda su carrera allí. La idea de empezar de cero le horrorizaba.

Mientras cruzaba el desierto por una interminable línea recta sin otro coche a la vista, apretó el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Desnudó los dientes como una fiera salvaje. Se imaginó en el papel del psicópata de la carretera que acosa al coche de enfrente, en el que Sophie estaría al volante y él le empujaría el parachoques riendo como un maniaco. Cómo saborearía el miedo en su rostro.

Por más que fantaseara con montarle una escena a su mujer, tenía miedo de cortar la relación. El divorcio le dejaría sin casa y sin trabajo; sería reducido a la nada. Carecía del coraje para jugársela otra vez. Con su mala suerte, cualquiera apuesta que hiciera le saldría mal.

Pegó con fuerza el volante y vació los pulmones con un bramido. Mejor desinflar su ira dentro del coche que en casa. Un paso erróneo y sería arrojado a la picadora judicial. Deseó que ella hubiera sido más discreta, y no verse en esa encrucijada. Podría haber sido feliz en la ignorancia. Por ignominioso que resultase, la decisión más racional era mirar hacia otro…

Un bulto negro apareció en mitad de la carretera.

—¡¡¡PERO QUÉ COJONES!!!

El volantazo provocó que las ruedas del lado derecho rodaran por la grava del arcén. Se aferró con ambas manos al volante para no salirse por completo del carril. Tras estabilizar el coche, se detuvo a unos quinientos metros del lugar del incidente.

Puso en práctica la respiración aconsejada por la terapeuta para «equilibrar el karma» y miró por el retrovisor. Pese a tener plena visibilidad de la carretera, ahí atrás no vio ningún bulto oscuro.

Bulto, no. Juraría que era un gato.

Eso le había parecido en la décima de segundo en que esa cosa se interpuso en la trayectoria de su auto. Lo raro fue no percibir desplazamiento alguno. En un segundo no había nada, y al siguiente se había plantado ahí en medio. Probablemente una alucinación del desierto.

Listo para reanudar la marcha, por el rabillo del ojo percibió esa forma como un manchurrón en la realidad. Dio la vuelta y retrocedió hasta el tramo de carretera donde se produjo el avistamiento.

Llámalo contacto. Avistamiento suena a ovnis.

Barrió el lugar con la mirada. Al ser territorio llano la vista abarcaba lejos. Un gato negro resaltaría en ese paisaje. Rio por lo bajo. Eran síntomas de una crisis nerviosa, o peor. Si no se calmaba Sophie querría llevarle a un terapeuta de los que ponen inyecciones calmantes.

Apoyaba el pie sobre el embrague cuando la ilusión se materializó a unos metros por delante del coche: un feo gato negro con parches color pardo. Delgado y con fieros ojos verdes, el animal se veía sano.

Esa zona era un desierto sin nada para comer o beber. Su dueño debió haberlo abandonado hacía poco.

—Mala suerte, negrito. A ti tampoco te quieren. Confirmado que no eres una alucinación, reanudo mi camino.

Subió al coche y metió primera. Avanzó hacia adelante muy despacio. El gato no se movió. Pisó poco a poco. Si el animal era listo, se tumbaría para que el coche pasara por encima. Avanzó unos metros y miró hacia atrás. En la carretera no estaba. ¿Lo habría aplastado y estaba enganchado a los bajos? El pensamiento le causó repulsión. Frenó y salió del coche. Contó hasta tres y se agachó a mirar. No, no lo había atropellado. Decidido a pisar a fondo y poner tierra de por medio, volvió a su asiento.

El gato se repantingaba en el sillón del acompañante como un rey en su trono.

—Voy a abrirte la puerta para que salgas, ¿vale?

Al pasar la mano por encima, la bestezuela le propinó una cadena de golpes con la pata. Gritó al maldito bicho, que le miró con soberbia.

Salió del coche y dio la vuelta para abrirle por el otro lado. Hizo aspavientos para animarle a salir, pero el tirano se acomodó con todo su peso sobre el asiento, señal de que no barajaba la opción de moverse.

El uso de la fuerza estaba descartado. Solo faltaba que le sacase un ojo con sus uñas.

—Cambio de planes: te llevaré a un veterinario de la ciudad y diré que tienes la rabia. Allí te pondrán una dosis letal, peludo cabrón.

El gato entrecerró los ojos y asintió como si se burlara.

Quién le hubiera dicho que en esa recta infinita su vida daría el mayor de los giros. No habrían pasado dos horas de monótona conducción —no le gustaba oír música al volante, le distraía— que empezó a relatar en voz alta sus penas al gato, que ocasionalmente giraba la cabeza hacia él. En sus ojos astutos había comprensión. Por como asentía a sus palabras, le imaginó diciéndole:

«Sí, JP, tu vida apesta. ¿qué hay para cenar? Yo no me conformo con cualquier cosa»

—A no ser que una vieja loca te adopte, te espera un destino peor que el mío. Te darán un pinchazo y te irás al cielo de los gatos.

«Puedo decirte exactamente a quién están pinchando en estos momentos»

Jean-Pierre levantó el puño en un infantil arranque de rabia. Lo bajó un poco avergonzado. Inventar conversaciones hirientes con un animal era un paso peligroso hacia la locura.

Condujo con la vista fija en la carretera. Ni de reojo quiso echar un

vistazo a esa criatura cuya presencia le encendía aún más. Cómo diantres se le había colado en el coche y por qué era incapaz de echarle. Si no podía enfrentarse a un gato, cómo iba a hacerlo con su mujer.

A mediodía alcanzó la entrada a San Francisco. Hacía un calor de perros —el aire acondicionado del coche funcionaba a intervalos—, no había comido desde antes de salir y ante sí se presentaba un atasco que prometía retrasarle unas horas más. Se limpió el sudor de la frente con un kleenex.

«Hueles mal. Incluso para ser francés», dijo la voz imaginaria dentro de su cabeza, pillándole desprevenido.

—Tú sigue así, veremos quién ríe el último…

Sonó el móvil. Era Sophie.

—Hola, cielito. ¿Qué ocurre?

—¿Por dónde vas? Pensaba ir a la playa, pero no sabía si esperarte. He visto que hay retenciones.

—Sí, sí, justo estoy en un atasco. —*Cuánto interés por el estado del tráfico*, estuvo a punto de añadir.

—Qué mala suerte… ¿te importa que vaya yo entonces? Como es el último día aquí…

—No, claro que no. Quiero decir, sí, ve. Tampoco me apetece mucho. El viaje ha sido insufrible. Aún lo es.

—Bien, nos vemos a la noche. Besos. —Cortó la llamada antes de que él se despidiera.

Al atardecer entró en el centro urbano. Jean-Pierre pasó por delante de un par de veterinarios, ambos cerrados. Llamó a Sophie para decirle que había llegado. No disponible. Su última conexión era de hacía cuatro horas, después de hablar con él.

—Se habrá quedado sin batería —murmuró.

El gato asintió de nuevo con sorna.

Tras aplacar el hambre con un burrito en un puesto callejero, aparcó en el rent-a-car para devolver el coche. Sacó el equipaje del maletero y se dirigió a la oficina para devolver las llaves.

Le avergonzaba decirle al encargado que había un gato en el asiento y que no sabía cómo deshacerse de él. Como se hubiese meado, él tendría que pagar la limpieza o una tapicería nueva. Si no resolvía el asunto allí mismo, existía la posibilidad de que se quejaran a su empresa, y él quedaría fatal con su jefe. Se armó de valor.

—Disculpe, ¿podría venir un momento? Me gustaría mostrarle algo.

El encargado dejó el papeleo y le acompañó al coche. Estaba vacío.

—¿De qué se trata?

—El aire acondicionado. Me ha dado un viaje infernal.

—Disculpe por las molestias, señor. Si quiere poner una

reclamación…

—No es necesario. Solo quería informarle. Buenas noches.

Aliviado por perder de vista al pequeño monstruo, tiró de las dos maletas de viaje en dirección al apartahotel.

Eran las diez, y Sophie aún no había llegado. Tiró la ropa sucia en el suelo del baño y se dio una ducha relajante. Aparte de la porquería, el agua caliente le quitó cualquier ánimo de discutir con ella. De vuelta en Francia sacaría el tema. Quizá.

La puerta del baño se abrió.

—¡Ah, estás aquí! —dijo Sophie, con la piel bronceada y el pelo en desorden.

—Dónde iba a estar. Son casi las once de la noche.

—Estuve en la playa hasta tarde. Pena que no sacara fotos, me quedé sin batería. Cené en la calle, había un festival de no sé qué.

Esos son mis favoritos, iba a responder él con sarcasmo.

—¿Recogemos las cosas esta noche o mañana? —preguntó en su lugar.

—Por la mañana mejor. Me ducho y voy a la cama. Estoy agotadísima.

—Seguro —murmuró. Su mente conjuró la imagen del gato asintiendo con guasa. Se consoló pensando que probablemente su destino era morir atropellado en las calles de San Francisco.

Se acostaron dándose mutuamente la espalda. En el borde de la inconsciencia creyó oír el ruido de pisadas por la habitación.

Sophie hablaba nerviosa con la compañía de taxis. El despertador no había sonado, por lo que se apresuraron en amontonar las cosas en las maletas para facturar. Ella había tenido el detalle de prepararle el equipaje de mano.

Corrieron por la terminal hasta los mostradores de facturación, donde avisaban de la última llamada para los pasajeros del próximo vuelo de Air France con destino París. Sophie pasó con su bolso de cabina mientras él facturaba la maleta. Se buscó el pasaporte en los bolsillos de la chaqueta y el pantalón.

—Cariñito, ¿metiste mis documentos en la maleta de mano al levantarte?

—¡Qué dices, Pierre! ¡Yo no he tocado tus cosas!

—Entonces cómo…

Abrió la maleta de mano. La camisa sucia del día anterior estaba hecha un guiñapo. Al apartarla se encontró con dos ojos verdes mirándole fijamente. La impresión le hizo soltar la maleta, de la que brincó el maldito gato negro.

El polizón le lanzó una mirada desafiante antes de echar a correr. Por un momento él se quedó inmóvil, pasmado por lo surrealista de

todo aquello. Fue Sophie quien le bajó a tierra.

—¡Ha cogido tu pasaporte! ¡Persíguelo, idiota!

Pensó decirle a la gente del mostrador que le esperasen, pero no tenía tiempo que perder. El animal huía por la terminal, deteniéndose a cada poco para comprobar que él no perdía su estela.

Sophie le llamó por teléfono. Estaban embarcando. Mientras tanto, él acortaba la distancia con el felino, que zigzagueaba entre los pasajeros que esperaban en la cola para otros vuelos. Su mujer seguía al teléfono, advirtiéndole de que el capitán no esperaría mucho más. Le decía que era una vergüenza, y si no recuperaba su pasaporte habría terribles consecuencias.

Colgó el teléfono antes de gritarle como un energúmeno. Recibió un último mensaje de su mujer: el avión iba a despegar. Tenía que confirmar inmediatamente si había recuperado el pasaporte o no.

El gato se detuvo. Al agacharse para arrancarle la presa de la boca, sus ojos por completo negros le petrificaron. En cada uno se reflejó una imagen distinta.

En una aparecía él con aspecto desastrado, viviendo en un cuchitril cuidando de su padre senil y enfermo.

En el otro ojo, él conducía un Porsche descapotable, una de sus antiguas aspiraciones materiales de las que Sophie se burló hasta el infinito.

Los mensajes de su mujer y los anuncios de la inminente partida del avión con destino a París sucedían en una dimensión ajena a las realidades mostradas en los ojos del gato: él ahogado en la miseria o él conduciendo un cochazo. Dentro de su cabeza oyó una voz ronca que no parecía humana.

«ELIGE»

¿Elegir qué? No tenía la menor idea de qué iba a eso. O siquiera si estaba soñando y el despertador sonaría de un momento a otro. Al recuperar el pasaporte, el ojo que le mostraba conduciendo el Porsche se apagó, quedando solo visible la imagen del otro ojo, la de él al cuidado de su padre en un piso miserable.

De pronto comprendió cómo funcionaba ese absurdo juego. Devolvió el pasaporte al felino, que lo sostuvo en la boca. El ojo volvió a reflejarle en el asiento de su coche favorito. Soltó el pasaporte.

Salió del trance, volviendo a la realidad del aeropuerto y de su teléfono móvil, ahora en silencio. Tenía llamadas perdidas y mensajes de Sophie desde el avión. Había perdido el vuelo.

No se molestó en acudir a los mostradores para reservar pasaje en el siguiente. Abandonó la terminal y pidió un taxi. El gato entró con él.

Vagó sin rumbo por la ciudad. Compró una hamburguesa en un puesto callejero y una lata de atún para su acompañante. Comieron

con parsimonia en un parque. Jugueteó con el móvil para pasar el tiempo. El animal tomaba el sol cerca de él.

La habitación en la que se había hospedado durante la semana todavía estaba libre, así que pagó por una noche más. Necesitaba un anclaje, entender qué estaba sucediendo. Quizá tenía que dormirse para despertar de la realidad.

A las diez de la noche abrió los ojos. El gato continuaba en la habitación, tumbado sobre su mochila. Al encender el móvil encontró un aluvión de mensajes y llamadas perdidas. Extrañamente no eran de Sophie, que a esa hora debió haber aterrizado en París. El número desconocido llamó de nuevo.

—¿Diga?

—¿El señor Jean-Pierre Lafontaine? —preguntó en francés un hombre con tono serio y formal, del tipo que hace que te incorpores en el asiento y abras bien los oídos. Trabajando en seguros era un tono que usaba muy a menudo.

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Antoine Leroy, de Air France. Le llamo en relación al vuelo AF83 de San Francisco a París. ¿Dónde se encuentra en estos momentos?

—Estoy en mi habitación del hotel. Tuve un problema con el pasaporte. Está resuelto.

—Por favor, le ruego que se siente y preste mucha atención.

Escuchó durante veinte minutos. Contestó con monosílabos a las preguntas del hombre al otro lado de la línea.

Tras las formalidades de rigor en esos casos, colgó el teléfono. Un montón de pensamientos se atropellaron en el interior de su cabeza. No sabía ni por dónde empezar a pensar. El maullido le ayudó a aclararse.

—Gato negro, si no me he vuelto loco y esto es real, creo que me has salvado la vida.

Las investigaciones concluyeron que por motivos desconocidos el avión perdió la aerodinámica y se estrelló en picado contra el océano. No hubo supervivientes.

La historia del pasajero que se quedó en tierra gracias a un gato trascendió a los medios. Concedió entrevistas a los americanos en compañía de su salvador, el gato de la suerte. Por primera vez en su vida viajó en clase business, y gratis. Los dos juntos, porque la compañía aérea necesitaba anotarse un tanto tras el desastre y no daría buena imagen apartarle de su salvador.

Una nube de periodistas le cercó al aterrizar en Francia. Con muchísima paciencia respondió a las mismas preguntas repetidas hasta

la saciedad.

«Sí, voy a quedarme al gato. Desde que le encontré en el desierto de Nevada supe que seríamos inseparables»

«Su nombre es Alan»

A las dos semanas se fueron silenciando los ecos de su milagro, que la rabiosa actualidad empujó al fondo del barril. En la empresa fue muy bien recibido, porque no hay mejor imagen para una aseguradora que el superviviente de una tragedia.

Organizaron un emotivo acto de homenaje a Sophie. No pensó en ella una sola vez desde el accidente. El divorcio express había borrado cualquier resentimiento que albergara por ella a lo largo del último año, en que su relación se precipitó al vacío. Pidió una excedencia en el trabajo y puso a la venta su piso de Lyon. No tenía intención de volver.

Con dinero para un año sabático y repensar su vida, no tenía la menor pista de sus próximos pasos. Desde luego, no iba a malgastar sus ahorros en un Porsche, con las facturas de la residencia de su padre mortificándole.

La respuesta a su dilema se presentó una tarde al volver de la compra. Cerca de casa había una pequeña feria ambulante. Alan se detuvo ante el puesto de un trilero con un juego de la rueda de la fortuna claramente trucado. El premio gordo acumulaba más de mil euros.

Alan se posó encima de su pie.

—*Meooow.*

—¿Quieres apostar? —El gato asintió—. Está bien, veinte euros. No hay que malgastar dinero en estas cosas.

Como en el aeropuerto, en los ojos del gato se reflejaron dos imágenes. En uno, la rueda de la suerte detenida en el jackpot; En el otro, la imagen de una hermosa joven de piel morena y melena rizada que contaba dinero en su destartalado dormitorio, con un niño pequeño.

«ELIGE»

Puesto que no se planteaba ningún tipo de amorío en su situación actual —ni en ninguna, realmente—, optó por la tirada ganadora. Fue al trilero y puso veinte euros por una ronda.

La rueda giró y giró, hasta detenerse entre la casilla del premio gordo y la de la mala suerte; entre el todo y la nada. El público contuvo la respiración, a la espera de que la fortuna cayera de uno u otro lado.

El feriante se sabía ganador, porque la rueda estaba magnetizada para que el giro se detuviera en otra casilla. Sin embargo, él no contaba con un gato de la suerte. La rueda avanzó una casilla más y se detuvo en el jackpot. Los mil euros eran suyos.

Jean-Pierre recibió la ovación al triunfador de la noche. El dueño del puesto apenas contenía su rabia mientras amontonaba los billetes sobre el mostrador, toda la ganancia del día perdida en una tirada. Anunció que esa noche no habría más juegos.

Con los bolsillos llenos, era hora de irse a casa. Sin embargo, Alan no se movió del sitio frente al puesto mientras el tendero echaba el cierre.

Iba a llamarle cuando apareció una joven de piel morena y abundantes rizos con un vestido vaporoso. En persona era mucho más hermosa que su reflejo en el ojo del gato. Sus rasgos indicaban que era pariente del otro hombre.

Comenzó una fea discusión entre ambos. Algunos curiosos se pararon a observar el espectáculo. No faltaron los idiotas que grabaron la bronca para compartirla en redes sociales.

Sin entender el idioma en que se gritaban, juraría que la mitad eran insultos. Ella le empujó por la espalda, haciéndole tropezar. El hombre se giró velozmente y le propinó un puñetazo en la cara que la mandó al suelo. Por fin se deshizo la pasividad de algunos, que agarraron al tendero por los brazos, obligándole a calmarse. Otro levantó a la mujer, que sangraba por la nariz.

Aunque Jean-Pierre nunca se consideró un caballero ejemplar, sintió vergüenza por no intervenir. Él era en parte responsable de ese incidente.

Tuvo entonces una revelación, al confirmarse lo que realmente sucedió en el aeropuerto. Alan le había dado a elegir entre diferentes destinos posibles. En uno, él ganaba un premio; en el otro, los feriantes contaban felices la recaudación.

La elección tenía consecuencias. Buenas para él, malas para ellos.

De vuelta en casa, trató de encontrarle una explicación racional al incidente. Colocó el dinero sobre la mesa. Un dinero manchado con la sangre de la feriante.

—Mañana lo devolveré. Esto no está bien —murmuró.

Alan se acercó con el sinuoso caminar de una pantera. Sus ojos eran penetrantes. Jean-Pierre oyó una desagradable cacofonía dentro de su cabeza, en la que poco a poco se distinguieron palabras, como al sintonizar una radio.

—No vas a hacer nada de eso. Elegiste tu destino.

—¿Alan? ¿Estás… hablando?

—Hablo. Y no me llames Alan. Soy Mirrael, uno de los nueve.

—Me estoy volviendo loco…

—Lo único loco es vivir como un perdedor. Imperdonable en alguien de tu linaje.

—¿Qué linaje?

—No importa. He tenido que agitar las ondas del destino para que

coincidiéramos en esa tierra de paletos.

—Fui yo quien te encontró en mitad de ninguna parte.

—Has estudiado Estadística. ¿Qué probabilidad había? Como el accidente de avión.

—Estás insinuando…

—Tú elegiste, yo lo hice posible; mala suerte para ellos, buena para ti. El plano del destino siempre se equilibra.

—No, no, no… —Se llevó las manos a la cabeza. Se estaba mareando.

—He esperado mucho a un humano capaz de crear un vínculo. Este es el trato: yo te doy aquello que siempre quisiste: dinero, mujeres, confianza en ti mismo. La fortuna te sonreirá. Otros pagarán la cuenta.

—Esto es demencial… ¡Eres un monstruo! —Se levantó de la mesa y dio una vuelta por la cocina. Se sirvió una copa.

—Lo dice quien le está gritando a un gato. Haré que tu existencia merezca la pena. Obtendrás todo lo que siempre te ha sido negado.

—Y qué ganas tú. No voy a creer que lo haces sin interés.

—Te necesito para viajar lejos. Tengo tareas pendientes en otros lugares.

—Me quieres de chófer.

—Yo dictaré tus pasos. Mientras yo me ocupo de mis asuntos, tú gozarás de una vida de playboy.

—¿Cuánto va a durar esto?

—No disfruto dependiendo de humanos. Cuanto más uses mis talentos, más poderoso me haré, hasta el día en que vuelva a ser más que un simple gato.

—Cuando eso ocurra, ¿me dejarás en paz?

—No mato salvo que sea necesario. No lo hagas necesario.

—Supongo que no tengo opción.

—No, realmente no. Ahora, repite estas palabras…

Mirrael le obligó a recitar algo que sonó a uno de esos *haikus* que le gustaba leer en libros de poesía oriental, y así sellaron su relación.

Por la mañana, mientras el gato dormía, metió el dinero en una bolsa y se dirigió al lugar de la feria. No quedaba rastro de ellos, habían abandonado temprano la ciudad.

Al volver con la compra a casa encontró a su compañero de piso sobre la mesa y el portátil encendido. La escena parecía sacada de un canal de animales divertidos.

—¿Qué haces?

—Intento manipular este aparato. ¿Dónde has ido?

—Por comida.

—¿Seguro que saliste por eso?

—A la vuelta pasé por donde estaba la feria ayer. Se han ido antes

de tiempo.

—Es posible que vieran algo que les asustó.

—Algo como…

—Lafontaine, ¿de verdad quieres tener esta conversación?

Tras pensarlo un momento, decidió que no.

—¿Qué buscabas en el portátil?

—¿Sabes jugar al póker?

Los chicos populares sabían jugar al póker. Él no era popular.

—No.

—Aprende. Esta noche irás a una partida.

—En unas pocas horas no aprenderé a ganar a nadie.

—*Yo* te haré ganar. Solo necesitas aparentar que sabes jugar.

Se presentó en un garaje donde se celebraban partidas ilegales, rodeado de maleantes. Nunca había pasado tanto miedo. Mirrael observaba desde fuera de la ventana. Cuatro horas más tarde volvía a casa con veinte mil euros en el bolsillo, la mitad del salario de un año.

Al día siguiente leyó en el periódico que un delincuente local había muerto apuñalado en una reyerta. Reconoció a uno de los hombres contra los que había jugado. Buena suerte para él, mala para los demás.

Mirrael planeó un itinerario de la ciudad donde poner a prueba la suerte. No obtuvo ganancias individuales tan grandes como las de la primera partida, pero su cuenta empezó a ingresar más de lo que podría justificar. Comenzó a esconder el dinero en maletines. Después de renovar su vestuario, tocaba un nuevo coche. Tenía una idea muy exacta de cuál.

Estrenó su precioso Porsche 911 Carrera gris plateado en una excursión de fin de semana a París. Planeaba dar un buen golpe en la capital. Tenía que diversificar los lugares a los que iba, porque su altura y buena suerte eran fáciles de recordar.

Llegó a la hora del almuerzo. El navegador del coche le ofreció una lista de locales gourmet que en su vida anterior hubiera sido incapaz de permitirse.

—¿Alguna preferencia? —preguntó con sorna a Mirrael, sentado en el asiento del acompañante. No esperaba que un gato le diera consejos sobre alta cocina, pero de nuevo logró subvertir sus expectativas al poner la pata sobre Le Cinq, restaurante del exclusivo hotel Four Seasons.

Recién aparcado frente al hotel, vio el reflejo de una mujer que giró la cabeza al pasar frente al coche. Vestía el uniforme de una boutique de lujo. Esbelta, melena de oro y ojos turquesa, muy guapa. Aunque parecía más joven, era de su misma edad. Conocía a esa mujer.

—¿Marianne? ¿Marianne Dubois?

Ella enarcó las cejas. Tras unos segundos de duda, reconoció al chico alto del estuche de ositos y corazones. Buscó el nombre perdido en su memoria. Jean-Pierre estaba seguro de que sí que recordaba los apodos que le ponían en clase.

—¡Lafontaine! Oh, cielos… cuánto tiempo. ¿Vives en París?

—No, he venido de fin de semana. Iba a almorzar. —Señaló el restaurante delante de ellos con un gesto casual.

El rostro de sorpresa de ella fue impagable.

—¿¡Ahí!? Es muy car… —Reparó entonces en que el coche también le pertenecía—. Oh… ejem, se come de maravilla. De los mejores restaurantes de la ciudad.

—¿Me recomiendas algo?

—Ojalá pudiera, nunca he estado.

—Entonces, hoy será la primera vez para los dos. Te invito a comer.

—¿En… en serio? —Le salió una risita tonta, incrédula.

En otra vida él no hubiera tenido el valor de cogerle de la mano y entrar juntos al hotel. El restaurante era de un lujo recargado, hortera para su gusto, ideal para impresionar a una mujer como Marianne. No llevaba anillo de compromiso y en la poca interacción que tuvo con ella pudo adivinar los sucesos principales de una vida de promesas rotas hasta el día presente.

No obstante, dejó que parloteara sin cesar mientras él disfrutaba de la excelente comida. Marianne había hecho pinitos como modelo en la capital y su anterior representante —un capullo— la dejó preñada, momento en que se desentendió de ella y de la niña. Aunque todavía era joven, su carrera de modelo era historia.

Por su parte, él le contó una versión muy resumida de su paso por la compañía de seguros. No mencionó el accidente del avión, ni mucho menos el gato. Ella no dio señales de recordarle de las noticias.

—Tuve suerte con un par de inversiones. Ellas pagan el coche y este almuerzo.

—¿Cuál es tu plan?

—Me han hablado bien de algunos casinos. Encontrarte aquí ha sido un golpe de suerte. Quiero comprobar si estoy en racha.

Ella hizo la pregunta que ambos tenían en la cabeza.

—¿Crees… que si yo fuera contigo te traería buena suerte?

—Acompáñame y lo averiguamos.

Tras arreglar que su hija de once años se quedara en casa de una amiga, Marianne se puso su mejor vestido, con el que lucía como una auténtica estrella de la pasarela.

Fueron dos días de ensueño. Ella estaba tan hipnotizada que no vio a Mirrael oculto bajo el abrigo en el asiento de atrás. Hacía mucho que no la trataban como a una princesa. Esos tiempos habían quedado

atrás.

Arrasaron en el casino. Póker, ruleta, máquinas tragaperras… nada se resistía al poder de la Suerte. No la de él, ni la de ella. Mirrael gateaba por los rincones inadvertido. Siempre cerca, ejerciendo el influjo sobre sus acciones.

Por un instante su conciencia le planteó a quién perjudicaría su frenesí ganador, aparte de a la banca del casino. Si lo que decía el gato era cierto, su buena fortuna "rebotaría" en forma de mala suerte contra otros. No iba a dejar que le estropeara la velada. Que los demás se buscaran su propia suerte.

Reservó una suite en el Four Seasons, donde hizo con Marianne todo lo que había fantaseado desde los años del colegio; en el tiempo que pasaron juntos comprendió cómo se sienten los humanos cuando tienen una vida plena y satisfactoria, en lugar de un trabajo para zombis y una relación putrefacta.

Como despedida le regaló un carísimo colgante, como el protagonista de una de sus películas más odiadas. Como toda persona que aprende a base de desengaños, Marianne ni se molestó en preguntar si se volverían a ver, o si ese fin de semana significaba algo más que un mágico paréntesis en su vulgar rutina. A diferencia de la película, en esta historia el príncipe no volvería en limusina a por ella.

Lo de París le convenció de no volver a su antigua realidad. Demasiados años pasó muerto en vida. Nunca más.

El método era importante. Un hombre alto que viaja con un gato y gana grandes sumas de dinero necesita cuidarse de revelar su identidad. Encargó pasaportes falsos para una gira propia de una estrella de rock.

Sao Paulo – Nueva York – Madrid – Montecarlo – Moscú – Londres.

Era un dandy, viajando por el mundo, gastando dinero en frivolidades, de fiesta con mujeres de ensueño. Era un agente secreto, usando identidades falsas en compañía de un misterioso ser cuyas intenciones le eran desconocidas.

Por más que se propusiera desligarse emocionalmente de las consecuencias de su buena suerte, examinaba las noticias de los lugares que visitaban buscando señales de infortunios.

Cinco años más tarde, Jean-Pierre era un hombre inmensamente rico. Y también un esclavo. Su fortuna era lo único que poseía. Su estilo de vida le apartaba de amistades, relaciones verdaderas o familia; nunca se acostumbró al *jet-lag* y algunos días se despertaba desorientado, sin idea de dónde estaba.

Uno de los pocos buenos usos que dio al dinero fue poner a su padre en una residencia de lujo, donde recibía la mejor atención. Su muerte le pilló en Sudamérica y Mirrael le impidió acudir al entierro.

El maldito gato no había terminado lo que quiera que estuviera haciendo.

Había bebido antes de acostarse. Con frecuencia acudía a su mente la pregunta de si el avión se habría estrellado de haber viajado él con Sophie.

En la oscuridad de la habitación del hotel oyó ruido de pisadas más fuertes de lo normal. Se incorporó en la cama. Dos grandes ojos amarillos se encendieron a un par de metros de él.

—¿Mirrael…? —jadeó. Apenas le salió un hilo de voz.

—Tu cabecita se hace demasiadas preguntas. Limítate a cumplir con tu parte. Pronto recuperaré mis antiguos poderes y no te necesitaré más.

—¿Puedes hacerte más grande? —Alargó la mano hacia el interruptor de la luz.

—Si deseas mantener la cordura, no lo hagas.

Bajó la mano. La cordura se impuso a la curiosidad.

Era la tercera vez que viajaba a Japón y su segunda en Tokio, una ciudad fascinante en la que le hubiera gustado vivir su juventud. Con suerte, el día que rompiera su vínculo con Mirrael se instalaría allí. A los cuarenta no sería demasiado viejo para volver a empezar.

La semana había transcurrido tranquila entre visitas turísticas y buena fortuna en las salas de juego. Su última noche de paz la pasó en un local de caballeros, bebiendo en compañía de una sofisticada mujer cuya sola presencia bastó para reconfortarle. Decía mucho de sus relaciones pasadas que una *hostess* le diera la charla más agradable que tuvo en años. Aunque le tocara dormir solo, esos pequeños momentos le recordaban que aún podía esperar buenas cosas del futuro.

El día después, su vida fue puesta patas arriba.

El gato le despertó temprano. Unos hombres le buscaban, y no para pedirle un autógrafo. No hacía falta que le dijeran que algún mafioso no se tomó a bien su excesiva suerte en el juego.

Para alguien poco acostumbrado al ejercicio, una persecución con la vida en juego era lo último en su lista de favoritos. Mirrael le guió a través de callejones y puertas de comercios que se abrían a tiempo para él cruzar y así perder de vista a sus perseguidores.

Cuando creyó haberles dado esquinazo, cometió la imprudencia de abandonar su escondite tras los cubos de basura, siendo avistado por los pistoleros desde la acera de enfrente. Esprintó al otro lado de la calle con la vaga esperanza de que disparasen con la misma mala puntería que en las películas.

Un estruendo le frenó en seco. Los asesinos habían cruzado sin mirar y un camión les arrolló como a muñecos.

Primera bola de partido salvada.

La segunda estuvo más cerca, con un asesino que le encañonó mientras el gato le conducía a un lugar seguro. La pistola le explotó en la mano y cayó al suelo con sangre manándole de la cabeza.

Oculto en un piso abandonado junto a una zona en obras, el agotamiento se impuso y dormitó unas cuantas horas. Apenas había comido en los días que no dejó de moverse de un lado para otro por la ciudad. Según Mirrael, las salidas de Tokio estaban vigiladas.

Había demasiadas variables que escapaban a su control como para arriesgarse. Esperarían ocultos a que bajara el nivel de alerta. Jean-Pierre tenía demasiado miedo y cansancio para discutir. Le confiaría su destino, como en la sala de juego.

En la segunda madrugada en el zulo, el gato le avisó de que les habían localizado. Tenían que moverse de nuevo. Al cruzar por la construcción de un nuevo centro comercial, una bala le rozó la sien. A unos cien metros les perseguía una mujer que reducía velozmente la distancia entre ellos. El único refugio era un parking en obras.

Mirrael ascendió por los escalones de piedra al primer piso de la construcción. Ahí acabarían arrinconados, pero la alternativa era una carrera a campo abierto contra una asesina mucho más ágil que él.

Otra bala impactó en el escalón justo delante. Huyó al otro extremo del primer piso usando las columnas de piedra como barricadas. En el borde del parking había desperdigadas herramientas de los obreros: martillos, sierras… y una pistola de clavos. La cogió y se parapetó tras la columna.

Estaba acorralado. Frente a él, una caída de al menos diez metros; a sus espaldas, una asesina profesional. No había disparado un arma en su vida. ¿Le ayudaría la suerte en esta tirada? Mirrael no estaba a la vista.

Ella le sorprendió al hablarle desde detrás de otra columna.

—¿Por qué no sales y acabamos con esto de una vez? —dijo la japonesa en inglés con acento divertido—. Sé exactamente dónde estás. Veo tu sombra.

—¿Por qué quieres matarme?

—Has jugado por encima de tus posibilidades, grandullón. A mi jefe no le gusta que le roben. Entre tú y yo, a mí me parece divertido. Si no fueras mi encargo, te invitaría a un trago para que me contaras tus trucos.

—Soy rico. Te doblo su oferta.

—Imposible. Tendría que abandonar el país, y estoy en proceso de reconciliarme con mi antiguo novio. Bueno, realmente no es mi novio; nos acostamos de vez en cuando. Yo quiero que funcione lo nuestro. Si te dejara vivir, mi jefe también iría a por él. Así que, en fin, tengo que matarte.

—Pues…

No continuó la frase. Contaba con que ella atendiera sus palabras y la sorprendiera con una acción inesperada. Jean-Pierre salió de la columna con la pistola de clavos en alto.

El disparo le atravesó limpiamente el hombro, haciéndole soltar el arma. Un segundo disparo la destruyó.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Soy una pro. Ese truco está muy visto. ¿Unas últimas palabras?

No se le ocurría nada con qué despedirse del mundo. Pese al frenesí de los últimos años, había pasado de puntillas por la vida, sin hacer nada digno de grabarse en una lápida.

De repente, sus ojos registraron algo tan imposible que la mandíbula se le quedó colgando.

Al ver su expresión, la asesina relampagueó hacia un lado y abrió fuego. Aunque era rápida, más lo fue el monstruo con disfraz de gato. Más grande que un tigre adulto, esquivó las balas y barrió las piernas de ella con un coletazo.

La japonesa rodó por el suelo antes de que el monstruo le cayera encima. Disparó de nuevo. Mirrael dio una voltereta hacia atrás y aterrizó cerca, bloqueando cualquier escapatoria. La tenía al borde del abismo.

Del pelaje erizado de Mirrael manaba una repulsiva miasma. Las garras extendidas y su sonrisa de tiburón, tan espantosas como la voz con que habló.

—Le huelo… su semilla dentro de ti. Al fin le encontré. Si no resistes… todo acabará rápido.

—¿Te refieres a Keitaro?

—Tomaré tu cuerpo… le mataré… fin del clan Kato… si relajas la mente no te dolerá mucho… quizá vivas.

Mirrael hizo un desagradable ruido gutural que, aunque iba dirigido a ella, también taladró el cráneo de Jean-Pierre. La mujer hincó una rodilla en el suelo. Tras un momento de vacilación, se puso en pie. De la nariz le manaba un reguero de sangre. Levantó la barbilla, desafiante.

—Será él quien te extermine a ti, escoria. Keitaro, lo siento. No debí aceptar el encargo —dijo para sí.

Sin más, se arrojó al vacío.

Mirrael y Jean-Pierre se asomaron al borde del piso. La mujer yacía ensartada por las barras de acero de un pilar en construcción.

El rugido de furia puso a Jean-Pierre los pelos de punta. Orinó los pantalones, también manchados de la sangre que fluía de la herida del hombro.

Estaba al borde de la inconsciencia. Si la suerte de verdad le acompañaba, moriría en ese instante. Sería mejor que cualquier cosa

que ese monstruo tuviera reservada para él.

Capítulo Diez

Keitaro rara vez abusaba del alcohol. Su profesión requería sentidos siempre en alerta. Con la noticia de la muerte de Sayaka rompió esa norma, bebiendo hasta perder el sentido.

La imagen de la mujer que amaba ensartada como una brocheta de Yakitori le puso en estado de enajenación. Antes de destruir el piso y arriesgarse a que el escándalo provocara una llamada a la policía, colocó en fila todas las botellas que tenía en casa y liberó a los yokai que habitaban en su interior.

Su conciencia iba y venía. Volvió a ser un niño de diez años, blandiendo a dos manos una de las katanas de la familia. Su tío le tiraba estocadas con la gemela de hoja oscura. Aunque tenía fuerza para sostenerla, sus delgados brazos temblaban por el impacto de los aceros.

Isamu le empujó fuera del área de combate, redoblando la potencia de sus golpes. Le rogó que parara, pero sus ojos y colmillos no eran los de un hombre. Con un tajo vertical le cortó ambas manos por las muñecas.

El bakeneko se desprendió del disfraz de persona y se alzó alto como un oso. Lo que él había creído una katana era una garra que se clavó en su cuello, manando de él un surtidor. Se produjo un sonido de desgarro y el mundo comenzó a dar vueltas. Comprendió lo que ocurría al ver derrumbarse su cuerpo decapitado.

En sus visiones se le apareció Sayaka, recuerdos de los tiempos en que pretendían llevar su relación al siguiente nivel. Ella insinuaba lo de hacer un viaje juntos. Conociendo que a él no le atraían las capitales como París o Nueva York, propuso Hawái, destino favorito de los japoneses. Se burlaba diciéndole que con tantos compatriotas allí se sentiría en casa.

Paseaban por una playa desierta, libres de preocupaciones; jugaban como niños haciendo figuras de arena y salpicándose en la orilla, y jugaban como adultos a cosas más placenteras. Encajaban bien el uno con el otro, en todos los sentidos. Por primera vez Keitaro pensó en tener una relación de verdad.

El sueño llegaba a su fin. Ella deseaba mostrarle una gran escultura de arena que había hecho mientras él dormía. La sonrisa se le heló en el rostro al presentarle su creación.

El bakeneko con pelos erizados, garras como cuchillas y boca llena de dientes. Frente a él, la figura de Keitaro apuntando al monstruo con las katanas gemelas.

Al girarse, Sayaka estaba cubierta de sangre.

«Mátalo, Kei. Acaba con el corruptor de la Suerte. Mata a mi asesino».

Despertó dos días más tarde. En algún momento se había caído del sofá. El suelo olía a vómito. Tras la limpieza del piso, le tocaba purificarse él. Se dio una ducha helada que tensó sus músculos. Cerró los puños, crujiendo los nudillos.

Sayaka estaba muerta. La posibilidad de que algún día compartieran un futuro juntos había desaparecido para siempre.

Gritó. Pegó un puñetazo contra la pared de mármol. Otro. Y otro, más fuerte.

Al salir de la ducha agarró el teléfono y marcó el número del jefe Miura.

—¡Kato-sama! —respondió el jefe, sorprendido—. No esperaba tu llamada. Siento mucho lo de Sayaka. Ella…

—Necesito reunirme con usted, jefe Miura —cortó Keitaro.

—A las cuatro en mi casa.

—Gracias.

Puesto que él nunca concertaba citas, el jefe Miura comprendió que la situación era excepcional, de ahí que no le diera largas. No hubo charla intrascendente ni recorrido de minigolf. Le atendió en su despacho con semblante serio. Antes de entrar, sus guardias le quitaron la pistola.

—Una formalidad, Kato-sama. Además de dolido, me consta que amabas a esa chica, estarás furioso conmigo por ofreceros el encargo. Hasta que conozca el motivo de tu visita debo tomar precauciones.

—Si quisiera matarle, usted y sus hombres ya estarían muertos. No necesito pistola para eso. Estoy aquí para hacer un trato.

El jefe Miura le ofreció asiento.

—Quieres al jugador que ha matado a tu amiga. He dado el contrato a Genko. La misma recompensa. Si él se entera de que vas por su hombre, intentará matarte.

—No me interesa el contrato.

—Este negocio tiene reglas, somos civilizados. Genko es duro y se lo toma en serio. No cobrará un trabajo que no ha ejecutado él.

—Me importa una mierda, él y el dinero. El hombre que mató a Sayaka es mío. Te ahorraré una fortuna.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Este será mi último trabajo. Después, me retiro.

El jefe Miura estalló en carcajadas, como si fuera un chiste muy

gracioso. Al cesar sus risas quedó en silencio, consciente de que hablaba en serio.

—Keitaro, borrar a personas indeseables del censo es lo que se te da bien. ¿A que te dedicarás? No te imagino cocinando gyozas o como mangaka.

—Es asunto mío. Con esto, la deuda de los Kato queda saldada. Me retiro. Y difundirás la palabra de que estoy fuera.

—Hay quien te tiene ganas. Si sales de mi protección…

—Dejarás claro que atentar contra mí significaría atentar contra ti. Eso te exijo.

—Hmmm… —tamborileó los dedos en la mesa, pensativo. Entre ellos flotaba el mensaje implícito de que, si algún socio del jefe Miura intentaba algo contra él, los mataría a ambos—. Está bien. Elimina al jugador y estaremos en paz.

Keitaro se despidió con una leve inclinación y salió de la oficina.

Pasó la tarde repasando el dossier sobre el francés. Nada en el perfil de ese hombre ofrecía pistas de cómo sobrevivió a intentos de asesinato de profesionales como Ino o Sayaka.

En el caso de ella, no se limitó a sobrevivir, sino que también la mató. Los forenses dictaminaron que fue empujada al vacío desde la planta en obras. Por las fotos de ese hombre larguirucho y desgarbado era impensable que sobreviviera un asalto contra Sayaka. La conclusión lógica era que alguien le protegía.

Luego estaba la cuestión del gato, una imagen borrosa en las cámaras capturada en tres lugares diferentes, siempre cerca de él. Eso demostraba que realmente existía, y que viajaban juntos. Pese a no creer en las ideas esotéricas y leyendas que le narraba su tío, su profesión le obligaba a no ignorar cualquier cosa que se saliera de lo normal. El gato era un elemento extraño más.

Dada su incompetencia tecnológica y que por sí mismo no encontraría información útil en la red, decidió tirar de último recurso. Como esperaba, él contestó la llamada y acordaron una cita para esa misma tarde.

Uno de sus pocos amigos fuera del gremio —amigo de verdad— era Hiroki, antiguo compañero de escuela, actualmente programador de videojuegos. Quedaban para tomar una copa un par de veces al año y hablaban de cualquier cosa menos del trabajo. Agradecía el aire limpio que le daba socializar con alguien fuera de su ambiente.

Hiroki era el *nerd* informático prototipo, salvo por el hecho de tener esposa y una hija pequeña. Cinco años atrás se metió en un lío al frecuentar sitios de la dark web que nunca debió visitar. Gente muy mala le amenazó, a él y a su familia. No dijo nada a su esposa, por temor a que le dejara. Desesperado, le contó su drama a Keitaro sin más pretensión que desahogarse.

Una semana más tarde, los cadáveres de tres maleantes de los bajos fondos aparecieron en un callejón. Nadie les relacionó con el crimen.

Se citaron en la zona comercial de Akihabara, donde con la excusa de regalar algo para su hija, su amigo llenaría un par de bolsas con figuras de coleccionismo para él. Las luces y el ruido de las tiendas que él había amado hasta hace poco se presentaban tristes y apagadas sabiendo que Sayaka nunca más pasearía por esas calles. Ordenaron fideos en un puesto de comida rápida.

—Necesito un favor. Encuentra algo para mí. Te sonará… fuera de lo normal.

—Lo que sea.

—El hombre que mató a Sayaka es un jugador profesional que viaja por el mundo bajo identidades falsas. Francés. Un tipo alto. Aún está en Tokio.

—Conoces mucho sobre él. ¿Qué pieza del puzzle te falta?

—Un gato.

—Repite eso.

—Le acompaña un gato. Este es. —Le mostró fotos en el móvil—. Ninguna cámara lo pilló de cerca.

—No me digas… —Hiroki frunció el ceño. Entonces se le iluminó el rostro—. ¡Claro, eso es! ¡El tío del avión!

—¿Qué tío del avión?

—Tú no ves mucho las noticias, ¿verdad? Espera. —Tras unos segundos de búsqueda, Hiroki le pasó el móvil. Se rio por su reacción al cogerle por sorpresa. Lo último que esperaba era que el francés fuera famoso. Sobrevivió a un accidente de avión gracias a un gato que le robó el pasaporte. No había duda que era el mismo hombre.

—Jean-Pierre Lafontaine… Sí, recuerdo algo. ¿Cómo te has acordado tú? Esto es de hace cinco años.

—Por mi grupo de asalto, los hackers con los que hacía travesuras en la red. No me mires así, no he vuelto a entrar en sitios chungos. Mantenemos el contacto por Line. Hay un americano obsesionado con los gatos. No con vídeos de gatitos, sino teorías de la conspiración y rollos místicos. Dan ganas de silenciarlo cuando se pone con el tema.

—¿Americano? ¿Cómo se llama?

—Snikt.

—*¿Snikt?*

—Es su apodo, por el sonido de las garras de Lobezno.

—Ni idea de qué estás hablando.

—Olvidé que la cultura pop no es lo tuyo. Lo que te interesa es que, según él, el gato provocó el accidente. Nos pidió mantener los ojos abiertos si el francés alguna vez visitaba Japón y ocurrían muertes o accidentes misteriosos.

—Qué estupidez. Por un momento me había hecho ilusiones de sacar algo útil.

—Es un flipado. Sostiene que existe una especie de conspiración mundial de gatos que esclavizan a las personas, o algo así. Y no te lo pierdas: él pertenece a un grupo secreto de resistencia contra ellos. Convenció a otro de unirse.

—Maldita sea… —Keitaro se pellizcó el puente de la nariz.

—Eso te pasa por preguntar cosas raras.

—Necesito comprender qué le pasó a Sayaka. Me he mantenido vivo en este trabajo porque no dejo margen para imprevistos.

—De ahí a investigar a ese gato hay un salto.

Recordó el sueño de la playa y las palabras de Sayaka. A su tío convertido en el bakeneko. El brillo de la espada al reconocer la monstruosidad felina.

—Es posible que el tal Jean-Pierre crea en esta fantasía. Necesito pensar desde su cabeza. Pregunta discretamente al americano, a ver qué cuenta.

—Hecho. —Le envió un mensaje al tal Snikt, que respondió al minuto—. Dice que más tarde me envía material.

—Gracias.

—Ten mucho cuidado.

—Esta será mi última vez. Después, estoy fuera.

—Más razones para tener cuidado, amigo.

Se despidieron tras un par de cervezas.

En casa, bebió una infusión y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Colocó sobre su regazo a las dos katanas gemelas; con suavidad las despojó de sus vainas, como el kimono de seda al deslizarse por la delicada piel de Sayaka.

Le picaban las palmas de las manos, ansiosas por blandirlas y atravesar la carne del francés. No le mataría con armas de fuego, miraría a sus ojos al arrebatarle la vida. Se arrepentiría de haber puesto el pie en su país.

El móvil le avisó de un nuevo correo. Abrió el portátil sobre la mesa. La prontitud con que el tal Snikt envió el dossier insinuaba que lo tenía preparado de antemano para compartir con otros. ¿El paquete básico para reclutar a más chiflados para su causa?

Accedió a un par de docenas de páginas relatando una historia sobre nueve viajeros transdimensionales que entraron en nuestro mundo a través de la mente de un gato. Según la leyenda, provenían de un lejano futuro donde la magia era algo tan cotidiano como la electricidad.

Brujos en un mundo sin magia, necesitaron adquirir nuevas habilidades para prosperar. En su interacción con los humanos se dieron cuenta del gran influjo que eran capaces de ejercer sobre ellos.

Y al crecer su influencia, así lo hicieron sus poderes.

Se produjo un cisma. Unos apoyaron a Bastet y otros a Thymora, antigua maestra del clan. Tras la separación se repartieron por la tierra y atrajeron nuevos discípulos, difundiendo la mayoría de mitos que se conocen hoy sobre gatos para permanecer en el imaginario colectivo.

La Edad Media fue un periodo de crisis para ellos. Su intento de influir en la Inquisición acabó en fracaso y los gatos fueron asociados a la brujería, provocando que se les cazara de manera indiscriminada. Sus colaboradores ardieron en la hoguera.

En los siglos siguientes, el pensamiento racional supuso otro golpe. Las religiones y la magia dejaron de ser los motores de la civilización. Para sobrevivir, los nueve tuvieron que hacer mayor uso de sus habilidades y en el caso de los de Bastet, usarlas para el mal: poseer a otros seres vivos, causar desgracias, esclavizar, asesinar. Solo así evitarían que sus poderes se desvanecieran y ellos acabaran reducidos a vulgares animales domésticos.

Keitaro gruñó. La lección de historia fantástica no le aportaba nada para el problema actual. Se saltó un montón de páginas con más revelaciones sobre las influencias de los gatos en grandes eventos de la humanidad.

En el flujo de datos que hizo posible Internet, Bastet encontró el medio rápido y fácil de reunir una nueva masa de seguidores y pasar desapercibida a la vista de todos.

En la siguiente página sí encontró algo interesante: Manipular la suerte era una de las principales talentos de estos seres, que podían causar accidentes, propiciar buenas cosechas o ganancias en el juego.

Sobre los bakenekos, esos monstruos del folklore japonés eran descendientes de los fieles a Bastet capaces de transformarse en bestias: Baba, Shura y Mirrael.

El nombre de Mirrael le encogió el estómago, a menudo lo oyó en boca de su tío. Él fue un hombre de tradiciones, opuesto a la decadente idea de progreso. No lo imaginaba sacando esa información de los oscuros rincones de la red. Murió acuchillado en su propia casa, pese a no inmiscuirse en las actividades criminales de su hermano, padre de Keitaro. Nunca atraparon a los asesinos.

Tiempo después Keitaro recogió de una caja de seguridad las dos espadas, junto a una carta dirigida a él. Tío Isamu le pedía conservarlas a toda costa. *«Los Dedos de Luna señalarán a los monstruos que se oculten bajo el disfraz de hombre»*. Él solía decir que las espadas brillaban en presencia de esos demonios.

Continuó pasando páginas, buscando pistas acerca de dónde encontrar al animal. Este conduciría al francés, que claramente lo usaba como amuleto de la buena suerte. Los colaboradores humanos

tenían lugares de reunión que marcaban con el glifo del gato que dominaba ese territorio.

Pegó la cara a la pantalla. Reconocía uno de los símbolos, unas esquemáticas líneas curvas que, con un poco de imaginación, formaban la cara de un gato. El glifo de Mirrael. Recordaba dónde lo había visto.

Se puso vaqueros, zapatos deportivos y una sudadera negra. Ropa cómoda y poco llamativa. Colocó las katanas cruzadas en un arnés que había fabricado para colgárselas a la espalda. Una vez ajustadas, se echó encima una amplia gabardina con capucha.

Bajó al garaje a por el discreto Honda Civic que usaba para circular por la ciudad. Usar el transporte público con armas samurái bajo el abrigo estaba descartado. Aparcaría a varias manzanas del lugar.

En el distrito rojo de Kabukicho los sonidos de la noche eran más nítidos que de costumbre. Podía separar las risas y conversaciones a ambos lados de la calle como si tocaran en canales diferentes dentro de su cabeza. Cuando su mente pasaba a *modo cazador* sus sentidos se aguzaban, dirigiéndole al local de karaoke por donde había pasado tantas veces sin entrar, registrando en su subconsciente el falso kanji junto a la puerta, grande y en luces de neón, el glifo de Mirrael.

Si el archivo que leyó sobre los gatos era correcto, ese local hacía de santuario o lugar de reunión para sus fieles.

Al entrar en el establecimiento, en seguida fue abordado por una joven de pelo azul en un sexy uniforme de marinero.

—¡Buenas notas! ¡Bienvenido a One Note Stand! Mi nombre es Nane. —saludó ella con una sonrisa tan exagerada que de estirarse un poco más le rasgaría los músculos del rostro— ¡No me suena su cara, señor! ¿Su primera vez aquí?

—¿Conoce a todos los clientes? —preguntó en un tono amistoso. Intentaría sonsacar información de la manera más cordial posible.

—A los que son tan atractivos como usted. —Dijo bajando la voz. Le guiñó un ojo.

—Ha acertado. Busco a una persona.

—¡Entonces ha venido al lugar correcto! Disponemos de salas para que dos desconocidos canten juntos en el acompasado ritmo del amor. El nuestro es el mejor local de cita a ciegas con música. Justo en estos momentos hay dos chicas que podrían encajarle…

—Realmente busco a un hombre.

—*Oh.* Y yo que esperaba cantar con usted… —ella hizo un mohín decepcionado.

—No para ese tipo de cita. Se trata de un amigo al que no veo desde hace tiempo. Suele venir por aquí. Quiero darle una sorpresa —añadió en tono confidencial.

—*Oooh*… comprendo. ¿Y cómo se llama su amigo?

—Lafontaine. Francés, alto. Pajarita en vez de corbata. Un tipo singular. Lleva un gato a todas partes.

—Jijiji, aquí no se admiten animales, señor. Pero… preguntaré a mi jefe. Un segundito. —La chica correteó al interior del local.

Un cuarto de hora más tarde, él aún esperaba en el pasillo de entrada con la espalda apoyada contra la pared. Nane volvió sonriente.

—¡No se lo va a creer, señor! Tiene razón: su amigo es un habitual. ¡Está en la sala VIP! Con sonido envolvente, champán heladito y las mejores chicas… aparte de mí. —Le guiñó otra vez.

—¿Dónde está esa sala?

—En el piso de abajo. La música se pone tan fuerte que el jefe la insonorizó. ¡Acompáñeme, verá que alucine! ¡Será muy chuli! ¡Purrfecto, claro que sí!

Bajó las escaleras tras Nane, sinuosa y grácil como una bailarina. Ella pegó con los nudillos en la puerta, que se abrió para darles paso a una habitación iluminada con luces de discoteca donde bailaban un puñado de hombres y mujeres.

De las muchas cosas que no cuadraban en la escena la más inmediata era la ausencia de música. Unas gruesas varas metálicas que salían del suelo distribuidas por la sala producían una baja vibración que le atravesaba el cuerpo, rechinándole los dientes. Los danzarines hacían un extraño ruido gutural.

Nane cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Dónde está Lafontaine? —Preguntó Keitaro sin volverse.

—Esta noche no viene —susurró Nane.

—Me voy. Este no es mi tipo de ambiente.

—Vas a quedarte. Aquí todos maullamos. Tú también maullarás.

—Sí… —suspiró él—. Algo así me estaba imaginando.

Desde que entró al local olió el peligro. Estaba en todas partes, y le ponía los pelos de punta. Por debajo del excesivo perfume de Nane distinguía un penetrante olor acre que abrumaba las fosas nasales. Lo primero que le vino a la cabeza fue la orina de un animal. Sin saber qué le esperaba en el sótano, todos sus sentidos le gritaban que era una trampa.

Por eso, se giró rápidamente y sin titubeos le lanzó una patada. Debió haberle doblado la pierna, pero Nane saltó por encima y desde el aire le tiró un puntapié que él detuvo con los brazos, haciéndole retroceder.

Ella aterrizó a cuatro patas con el cuerpo arqueado y pupilas brillantes. Se relamió. Los danzarines les observaban con el mismo reflejo en los ojos.

—Si esto es el rodaje de una película de terror, corten. No tiene gracia —dijo él, abriéndose la gabardina.

Nane y los otros diez formaron en abanico ante él, sonriendo con las bocas abiertas y los pelos erizados. Las puntas de sus dedos eran picudas.

—Esstate quieto. No resisstas. —La voz de Nane sonaba distorsionada, le costaba vocalizar en ese estado de exaltación animal.

—Tenéis tres segundos para decirme dónde está el hombre que busco.

—Yo de ti… —decía un joven que avanzó en línea recta hacia él.

—Tres.

Keitaro desenvainó las katanas y clavó una en el pecho del idiota que alargaba una mano retorcida para agarrarle. Al retirarla, se desplomó. De la herida no brotó sangre, sino un ruido siseante y un fuerte hedor, mientras se descomponía ante sus ojos.

Lo fulgurante de la ejecución hizo retroceder al grupo. Los Dedos de Luna brillaban con un tenue resplandor plateado, señalando a los yokai.

Keitaro lanzó contra ellos un torbellino de estocadas. Al ser cortados caían entre convulsiones, gritando como gatos a los que amputaran el rabo. El acero oscuro era devastador para el organismo de esas criaturas de sangre cuajada.

Aun desarmados, se movían a velocidad sobrehumana y sus dedos pinchaban como agujas. Una garra le rozó la cara, dibujando una línea roja en la mejilla. Keitaro le devolvió el golpe rajándole el cuello con un giro de la espada mientras con la otra mantenía al resto a raya.

La descomposición de sus compañeros muertos les aterrorizó; el pánico les impedía atacar coordinados, anulando su ventaja numérica.

Por contra, Keitaro sabía cómo amordazar la paralizante voz del miedo. Sus hojas relampaguearon en la penumbra, y en menos de un minuto los cadáveres momificados se esparcieron por doquier.

Nane era la única que faltaba. Seguía en la habitación, su olor era demasiado intenso. Le cayó del techo sobre la espalda, con los dedos puntiagudos apretando contra su garganta. Habiendo soltado las armas por el impacto, se la quitó de encima con una llave de judo. En el suelo la aturdió con un puñetazo en la cara, dándole el par de segundos que necesitaba para agarrar una de las espadas y apuntarla contra su pecho. Ella dejó de revolverse.

—Se acabaron las tonterías. ¿Por qué esta encerrona? —preguntó Keitaro.

—Mirrael quiere tus espadas. Su acero purificador es una amenaza. Pensé que si se las entregaba… me haría de nuevo humana. Odio vivir como un monstruo —gimoteó Nane.

—¿Qué sois vosotros?

—Marionetas. Mirrael convierte en *nekomatas* a los más valiosos. Hace tres años, mis padres me llevaban en coche a un concierto.

Ocurrió un accidente. Ellos murieron; yo fui ingresada, apenas consciente. Tenía muchísimo miedo. Entonces apareció un médico. Me habló de cómo burlar a la muerte. Acepté.

—¿Dónde está Lafontaine?

—En el santuario de Hie, vigilado por Mirrael. Él corrompe suelo sagrado.

—Iré a por él. —Suspiró, indeciso sobre qué pasaría a continuación. Realmente solo había una cosa que pudiera hacer y ambos lo sabían.

—¿Crees que existe algo… después de esta vida?

—El mundo es más complicado de lo que creía. Cualquier cosa es posible.

—Por favor, cógeme la mano.

Él la tomó, una mano no enteramente humana. Ella inspiró profundamente y levantó el torso hasta que la hoja se hundió por completo en su pecho. Le apretó con fuerza la mano antes de deshacerse en tejido muerto. Aunque habían intentado liquidarle, la agonía de esa criatura le inspiró lástima.

Salió del club con el único deseo de ajusticiar al responsable de tantas desdichas.

En pleno centro de Tokio, el santuario de Hie es un lugar de visita para locales y turistas. Lo conocía de haberlo frecuentado con su tío, que rezaba por la purificación de su familia y que su padre volviera al camino de la virtud. En él se pedían mayormente deseos amorosos, éxito en el matrimonio y fertilidad. Alguna vez Sayaka bromeó sobre ascender juntos por la escalinata de piedra y rezarle a la deidad por una relación estable y aburrida, como cualquier otra pareja.

Aparcó cerca de la gran puerta torii que marcaba la entrada al camino del santuario. Al cruzarla, la atmósfera del hermoso bosque tras él adquirió naturaleza ominosa. No se oía un ruido, ni siquiera el de sus pisadas. Percibía la realidad a través de un filtro siniestro.

Torció a la izquierda para tomar su ruta favorita al templo, una estrecha escalera de piedra dentro de un túnel compuesto de muchas puertas torii alineadas desde el primer al último escalón. Encima del *kasagi*, el travesaño superior, alguien había puesto velas que iluminaban el túnel lo justo para apreciar el rojo intenso de las puertas en contraste con la oscuridad reinante.

Quince minutos más tarde coronaba la cima. Farolillos colocados por todo el perímetro iluminaban el exterior del templo. La estatua de Masaru, el dios con forma de mono que alejaba a los malos espíritus, había sido reemplazada por la efigie de una diosa gatuna.

No estaba solo. Así se lo advertía el brillo de las katanas, que reaccionaba ante la presencia en las sombras.

—Keitaro Kato, último del clan Kato, bajo la bendición de Lishou. —El gato negro de pelo desordenado salió del templo y se plantó en el centro del patio—. He esperado mucho.

—Vas a desear no haberlo hecho, sucio yokai. Te mandaré directo al infierno. Por Sayaka.

—Necio, ella solo fue un golpe de fortuna. Eras el único que me quedaba por eliminar de tu clan. Tu tío y otros antes que él han sido un dolor de cabeza para los míos. Cuando te mate, esas espadas vendrán conmigo.

—Ven a por ellas, minino. —Keitaro adoptó una posición defensiva con las katanas cruzadas por delante.

El gato levantó la cabeza con la boca muy abierta. Su cuerpo se hinchó. Por la boca salió la cabeza de otro gato mucho más grande. Le recordó al vídeo de una anaconda tragándose una vaca, reproducido hacia atrás. El cuerpo de gato original quedó convertido en un pellejo después de expulsar de su interior al bakeneko. Sobre dos patas era más alto que él. Por aborrecible que fuera esa visión, Keitaro se obligó a no moverse un palmo de su sitio, afianzando los pies en el piso.

—Me sorprende no oler miedo en ti. Has aceptado tu muerte —dijo Mirrael.

—Tengo dos espadas. Tú, dientes y garras retorcidas. Un corte profundo y será tu fin.

La cola del bakeneko se alargó como una manguera peluda. Golpeó el suelo con fuerza un par de veces, antes de dispararse contra él. Sintió el desplazamiento de aire cerca de su cabeza al agacharse. El siguiente latigazo le encendió el hombro izquierdo. Dolorido, soltó la katana. La cola la agarró por el mango y la arrastró por el suelo hasta sus pies.

—Te queda una —rio Mirrael—. Jugaré un poco contigo antes de devorarte.

Se puso a cuatro patas y corrió por el patio alrededor de él. Cada poco, la cola barría el suelo para trabar sus pies. Saltar sin perder de vista al monstruo era muy difícil, y le impedía acercarse. Si no reducía la distancia, estaba perdido.

Amagó con huir. Con un poderoso salto, Mirrael aterrizó delante de él para bloquearle el paso a las escaleras. Keitaro se impulsó hacia delante con la punta buscando el corazón. Ese ataque también era un amago, al que Mirrael respondió con las uñas extendidas. Interpuso la katana, que las cortó limpiamente. Con un fulgurante tajo le hirió la pata por debajo de la articulación, de la que manó viscosa sangre negra. El monstruo se inclinó, poniendo la cabeza a su alcance. Levantó la katana para abrírsela como un melón.

De pronto sintió un fuerte apretón en las costillas. La cola del gato, más larga que antes, había rodeado su cuerpo como una serpiente,

ejerciendo una presión insoportable. Intentó zafarse, pero la espada cayó de su mano.

Las fauces del bakeneko se extendieron como las de un tiburón. Una horrible imagen con la que despedirse del mundo.

En lugar de cerrarse sobre su cabeza, la boca se quedó abierta por un instante antes de soltar un alarido estremecedor. Mirrael se agitó para sacarse la katana hundida en su costado. Las sacudidas liberaron a Keitaro, tan sorprendido como su enemigo por la aparición de un nuevo contendiente.

—*¡¡¡TÚ!!!* —aulló Mirrael al inesperado candidato a héroe.

—Sí, yo. Con esto acaba nuestra colaboración, *fils de pute* —replicó Lafontaine.

—Así sea. —Mirrael giró sobre sí mismo como una peonza y con las dos patas traseras pegó con fuerza en el torso de Lafontaine, que voló hacia atrás.

La otra katana estaba tirada cerca, Keitaro se arrastró hacia ella. En su hoja vio el reflejo del monstruo abalanzándose. Desde el suelo concentró todas sus fuerzas en el brazo sano y la arrojó como una lanza, clavándola en el torso del demonio justo cuando iba a saltar.

Envenenado por el acero purificador de las espadas, Mirrael se desangraba entre espasmos y rugidos. Keitaro llegó a entender algunas de sus últimas palabras.

—Aún... quedn vidas… ndía volré… vengaré…

Tras lo cual se disolvió en un charco de podredumbre.

Se palpó el costado. Como mínimo, una costilla rota. Le costaba mover el brazo, y le dolía todo el cuerpo. Se acercó a Lafontaine, que pugnaba por incorporarse. Tenía la camisa empapada. Tres surcos cruzaban su torso de lado a lado. Le debía la vida al hombre al que supuestamente iba a matar. Escupía sangre al hablar.

—Soy… Jean-Pierre. Lamento lo de tu amiga, aunque me disparara.

—No hables, llamaré a un médico.

Hizo ademán de sacar el móvil, pero el francés le agarró la muñeca. Meneó la cabeza.

—Mi suerte se acabó. Escucha… por favor. Coge esto. —Le entregó una nota. En ella había un número de cuenta con la clave de acceso. También había un nombre: Charlotte Dubois—. Esta niña tiene doce años. Quiero que le dones mi dinero cuando cumpla dieciocho. Si lo recibe ahora, el cabrón de su padre… la dejará sin nada.

—¿Quién es?

—Es la hija de una mujer que murió ayer en un accidente en París. Por mi culpa. Yo provoqué su mala suerte. Por ella te he ayudado. Por ella estás vivo. —Tuvo un acceso de tos. Vertió más sangre sobre la camisa.

—¿Por qué confías en mí?

—Tu amiga… prefirió sacrificarse antes que entregarte a ese monstruo. Nadie haría eso por mí. Debes ser mejor persona que yo.

—No soy buena persona. Pero tampoco me deshonraré ante la memoria de mis seres queridos. La chica estará bien.

—*Merci*… —Lafontaine sonrió—. Siempre quise vivir en este país… nunca hice nada memorable… ¡pero hoy he matado a un monstruo! —tosió—. No lo he soñado, ¿verdad? He… matado… un monstr…

Fueron sus últimas palabras.

—Has matado a un monstruo, Lafontaine-sama. Es más de lo que puede decir la mayoría de hombres. Te has ganado tu reposo. —Le saludó con una inclinación de cabeza y le cerró los ojos.

Con medio cuerpo vendado y en su mejor toga ceremonial, Keitaro Kato acogió las cenizas del extranjero en el panteón familiar. Al menos sus restos cumplirían con el deseo de residir en Japón. En cuanto a él, iba a pasar una larga temporada fuera.

Iría de vacaciones a Hawái y alquilaría una casita en la playa para él y para Sayaka, viva en sus memorias. Aunque existieran en planos diferentes de la realidad, juntos disfrutarían de su estancia en la isla como una pareja de enamorados más.

Antes de eso, tenía encargos pendientes. Por primera vez, nada que ver con el crimen organizado. Cuando se recuperó de sus heridas, compró un billete con destino París.

—¿Quién es usted? —preguntó con recelo la linda muchacha de cabellos dorados en la sala de visitas del orfanato.

—Soy amigo de tu madre.

—Mi madre no tenía ningún amigo chino.

—Soy japonés. Tienes razón, no conocía ella. He venido ayudarte. Es complicado explicar. Mi francés no bueno. ¿Qué más familia tú?

—Mi madre perdió contacto con los suyos, y mi padre ni me vio nacer. Usted es mi única visita.

Keitaro puso papel y bolígrafo sobre la mesa.

—Escribe colegio donde quieras ir. En cualquier lugar de Francia. Vivirás en sitio mejor que este.

Ella puso los ojos en blanco, claramente incrédula de la historia del benefactor salido de la nada. No podía culparla. En vez de escribir, sacó su móvil e hizo una búsqueda rápida. Le mostró fotos de la École des Roches, un exclusivo internado en Normandía con residencia de lujo, piscina y hasta clases de aviación. Las tarifas dejaban claro que allí el populacho no era bienvenido.

—¿Este vale? —preguntó Charlotte con tono de listilla.

—La semana que viene trasladarás allí.

Su confirmación la pilló descolocada. Le miró a los ojos, sondeándole por si mentían. Reconoció que decían la verdad.

—G-gracias, señor. Y no sé ni cómo te llamas.

—Keitaro.

—¿Puedo llamarte tío Kei?

—Sí.

—Pues *arigato*, tío Kei —Charlotte hizo una reverencia y le sonrió, ilusionada.

París no le gustaba. Ni su clima ni sus masificados lugares turísticos, tan artificiales que daban a la ciudad la apariencia de un gran parque temático. Deseaba abandonarla lo más pronto posible. Esa noche estaría ocupado, si la información era correcta.

De madrugada la calle estaba desierta. Su abrigo aleteaba por el vendaval que revolvía la basura de las papeleras. En el bolsillo vibró el teléfono. Mensaje.

«¿Estás en el sitio? Deberías haber llegado hace diez minutos»

«Llegué hace veinte, pero no hay un alma. Snikt-san, ¿es fiable tu fuente?»

«Por completo, y no preguntes cómo lo sé. Es un secreto de la organización»

«Qué organización, si ni siquiera tenéis un nombre»

«Mira, Naruto, estoy seguro, ¿vale? La señal es muy fuerte»

«¿Señal? ¿Tenéis manera de rastrearlos?»

«Borra lo que he escrito. Te lo revelaremos si decides ser uno de nosotros»

Devolvió el móvil al bolsillo y anduvo con los ojos bien abiertos hasta el final de calle. Iba a darse por vencido cuando reparó en el cartel del bar musical: La Féline. Pasó la mano sobre la superficie de la puerta cerrada. Reconoció el relieve del glifo de Mirrael. El bar era un punto de reunión para sus seguidores.

Se abrió el abrigo y desenvainó las katanas. Esa noche, Keitaro se unía a la caza.

Al día siguiente los medios se hicieron eco de un inexplicable suceso en el interior de un bar de rock de París, en el que aparecieron dos cadáveres momificados. La policía descartó el asesinato, porque al identificar los cuerpos descubrieron que llevaban muertos tres años.

Pronto el caso desaparecería de la actualidad y de la memoria colectiva. La gente vivía ignorante de la guerra que se libraba tras el escenario que ellos creían la realidad. Una guerra en la que había un nuevo combatiente: Keitaro Kato, el primer purgador.

CATFLUENCER II

Todo ha salido terriblemente mal.
Si estáis leyendo esto, significa que estoy muerta. No muerta en el sentido metafórico de la palabra, o que mi carrera esté muerta. Ni tampoco "casi muerta".

NO

Si estáis leyendo esto, estoy genuinamente muerta, al 100%. Os quiero demasiado para bromear sobre algo así. Cuando supe la dolorosa verdad a la que tenía que enfrentarme, sentí miedo como nunca en mi vida.
Pase lo que pase esta noche, quiero que sepáis que os quiero muchísimo.
Soy muy feliz de haberos tenido cerca de mí…

Pocas veces Alice se había sentido tan identificada con el personaje que daba nombre a una de las historias más famosas de la fantasía. Aunque el suyo era el país de las pesadillas.

Desde el día en que Baba manifestó su auténtica naturaleza, ella fue arrojada a un remolino sin escapatoria posible. Con cada día que pasaba giraba a mayor velocidad, internándose más profundamente en una madriguera donde lo que la esperaba no era precisamente un conejo blanco.

Se había convertido en una esclava. El segundo año de universidad pasó en un suspiro. Las clases; las prácticas en hospital; los exámenes y, sobre todas las cosas, el maldito canal BabacatOMG, le robaban todas las horas de vigilia disponibles. ¿Familia? ¿Amigos? ¿Su relación con Caleb? Buena suerte con eso, Alice.

Baba le había diseñado un calendario con el tiempo planificado al minuto. Al igual que en la cárcel, tenía un horario para las visitas de su novio en casa, así como de llamadas con su familia. Aunque el canal de vídeos se gestionara solo, Alice tenía que cumplir a rajatabla con las sesiones de grabación cinco días a la semana. Disponía de un escaso margen para ella, que le era concedido únicamente para no levantar las sospechas de la gente de su entorno.

Para los amigos de la facultad se inventó la excusa de un trabajo

online de atención al cliente, mientras que a sus padres les decía que la casa pertenecía a la familia de una compañera y se la alquilaban a precio de ganga. Tuvo suerte de que nadie se molestara en escarbar en mentiras tan endebles.

Se sentía culpable por los mensajes de su madre pidiéndole que no se esforzara tanto, que ellos estarían igual de orgullosos.

Peor lo llevaba Caleb, con quien la relación, incluido el sexo, se había convertido en rutinaria por imposiciones del guión. Se le acababan las excusas para darle largas. No tenía tiempo de patinar con él, rompiendo la promesa de participar juntos en la exhibición de año nuevo. Para colmo, Amanda no había dicho su última palabra y pretendía recuperarle.

Alice intentó rebelarse. La noche en que la alargada sombra del monstruo casi le provoca un infarto, comprendió que Baba la necesitaba para sus fines. Trató de borrar su perfil online, pero había perdido los permisos de administrador. La IA de la gata tenía el control. Tampoco tuvo éxito en eliminar la app de su móvil. Como un virus informático, la presencia felina había entrado en el sistema y deshabilitado muchas de sus funciones.

Baba fue muy clara sobre cómo iban a ser las cosas a partir de entonces.

—Si te pasas de lista, te intervendré el teléfono y el portátil. Ofenderé a tu familia y amigos hasta que te abandonen; mandaré fotos de ti desnuda a todos tus contactos. Y no solo fotos. Caleb es lo bastante estúpido para usar el wifi de casa y dejar el móvil en el dormitorio mientras lo hacéis. Y tú, doblemente estúpida por no haberlo previsto.

Alice sintió el mundo caer a sus pies. Además de asustada, estaba furiosa.

—Me das asco.

—No me place observaros, sois muy aburridos. Si vuestras intimidades cayeran en manos de la ex de Caleb seríais los más conocidos del campus. Si crees que tu vida no puede ir a peor, te equivocas por mucho.

—No eres más que un espectro y dependes de mí. Encontraré el modo de borrarte de este mundo. Ni yo te recordaré.

—Sabes lo que hice con tu profesora. El siguiente podría ser Caleb, Norma, o tus padres. Disfruté lo de esa maestra tuya. Por un instante ella me presenció en toda mi gloria. Cada día me vuelvo más real, Alice. Regocíjate, pues cuando recupere mi auténtica forma serás libre. O podrás servirme voluntariamente, como tus antepasados.

—Jamás. No veo el día en que desaparezcas de mi vida.

—No falta mucho. Echa un ojo al canal.

Alice chequeó BabacatOMG. Cinco millones y medio de

suscriptores. El crecimiento de las últimas semanas había sido exponencial, igual que sus ingresos. Entre visitas y donaciones, hacía un mes que superó holgadamente la barrera del millón de dólares. Un año atrás hubiera dado saltos hasta la luna si un día se despertara y encontrara un saldo de siete cifras en su cuenta. En el presente solo le causaba indiferencia. Quien dijera que el dinero daba la felicidad nunca había topado con una gata psicópata.

—Eres una celebridad.

—He estado calculando… estimo que cuando alcance los seis millones, el ónice del collar que restringe mi poder se romperá por completo. Quizá ocurra en un par de meses. Debo ir preparando las cosas para la ceremonia.

—No pienso ir a tu bautismo o lo que diablos sea.

—Será un acto para mis fieles. Lo mejor para ambas sería que tú te contaras entre ellos. Hasta entonces, pórtate bien.

"Portarse bien" implicaba no contar nada a nadie, mantener un nivel de vida de perfil bajo —no era fácil para una estudiante justificar tanto dinero— y obedecer todas sus órdenes.

Comenzó a ver símbolos de huellas de gato dibujadas con graffiti en distintas partes de la ciudad; en el parque, el metro o el campus universitario. El glifo de Baba, logo de su canal. Su influencia se había extendido hasta la pequeña comunidad de Alto Paraíso. Incluso gente no aficionada a los gatos hacía menciones a su canal.

Como espectro, Baba la vigilaba a cualquier hora del día. Ni a mear podía ir tranquila, algo que según ella cualquier dueño de gato tenía que soportar religiosamente.

La acompañaba a clase y se tumbaba en el pupitre cuan larga era. Le chivaba respuestas en los exámenes para que no suspendiera ninguna asignatura. Las buenas notas eran una coartada para su escasa vida social. Cuando Alice quedaba con sus compañeros en la cafetería de la facultad, Baba atendía a sus conversaciones. Al principio fue difícil no mirarla de reojo.

Un día al salir de clase logró dejar una nota escrita en el bolso de Norma. Le pedía hablar en persona a medianoche fuera de casa.

Alice había descubierto que mientras dormía, Baba aprovechaba para responder los mensajes en su canal, retirando la vigilancia sobre ella. Aunque fuera un ser etéreo, no podía estar en dos sitios al mismo tiempo.

Cuando se presentó Norma casi se le saltan las lágrimas. Aunque no creyera la historia del gato diabólico, le aliviaría compartir las penas con su mejor amiga.

Contuvo el grito al ver al monstruo Baba detrás de Norma con las garras extendidas hacia su cara, advertencia de que los gatos eran tema tabú. Norma en ningún momento fue consciente del peligro.

Estando su cabeza ocupada en un 97% por chicos, creyó la mentira de que quería hablarle sobre Caleb, y se quedó a dormir en casa.

La calidad de sus relaciones íntimas había caído en picado. Caleb era dulce y comprensivo; incluso se culpaba por no hacerla feliz. ¿Cómo decirle que era imposible excitarse con un mirón permanente? No compartir su angustia con nadie la estaba matando por dentro.

Su mente se convirtió en su único refugio. No permitiría que Baba destruyera el pequeño rincón donde aún era libre.

Alice despertó en un dormitorio que no era el suyo, con muebles *vintage* que debieron pasar de moda en la época de su bisabuela. Una relajante música de cuerda salía del gramófono en un rincón.

—¡UNO! He vuelto a ganar, jijiji.

Sentada en una butaca a su izquierda, una mujer en torno a los treinta con vestido y capa violetas y un sombrero de bruja. En la mano tenía un móvil con el que jugaba a un juego de cartas.

—Cuando acabes la partida, *por favor*, ¿me explicas dónde estoy y qué estoy haciendo aquí? —preguntó Alice con retintín.

Al levantarse de la cama el pijama de gatitos se transformó en elegantes ropas de corte medieval, por si no quedaba claro que eso era un sueño.

—Tantos juegos… ojalá hubiera esto en mi época… —murmuraba la anfitriona para sí misma. Alice carraspeó—. Sí, sí, perdona. ¿Puedes repetir la pregunta?

—He preguntado…

—Dónde estás, sí. Estás en una de las réplicas de mi mansión. Una versión onírica, para ser precisos. Yo soy la gran maga Thymora. —Recalcó sus palabras con una pose dramática.

—Vale. Y qué más —respondió Alice, no muy impresionada.

La maga resopló y bajó los brazos con un mohín. En el dormitorio entró una gata persa con una medialuna plateada en el ojo. Saltó a los brazos de su ama.

—Alice, te presento a Yaga, mi mejor pupila.

—¿Yaga? Ese nombre… —En su cabeza se encendió una bombilla.

—Sí, has adivinado bien. Yaga es algo así como la hermana de Baba. Su mitad buena. Es complicadillo de explicar y no quiero hacer la historia muy liosa. Este lugar es un punto de conexión entre diferentes tiempos y lugares. Por una de sus puertas escapamos mis ocho aprendices y yo, para acabar en vuestra realidad.

—Los famosos nueve. Has dicho aprendices. Por tanto, Baba es uno de ellos. La trajiste a mi mundo. Gracias a ti, mi vida es un infierno.

—Técnicamente…

—*¿¡Tienes idea de lo que has hecho!?* —gritó Alice, fuera de sí.

—Sí, tengo idea —dijo ella, de pronto muy seria—. Llevo tiempo

intentando arreglarlo. La traición de Bastet dividió a nuestro grupo. Ojalá nunca conozcas el dolor de enfrentarte a quienes antes fueron tus amigos. Yo solo quería tener buenos amigos… —Su voz se quebró. Se bajó las gafas para enjugarse los ojos. Yaga pegó la cabeza con la de ella y le lamió la nariz, haciéndola sonreír.

—Perdona que insista…

—Te he traído para discutir cómo librarnos de Baba. Conseguí ponerle el collar que la convierte en espectro, pero el censor está a punto de romperse. Nos queda poco tiempo.

—Es imposible borrar su canal. Me tiene bien pillada. Si me niego a obedecer hará daño a la gente que quiero.

—Hay que destruirla físicamente. Su cuerpo de verdad, no el disfraz de adorable gatito.

Alice comprendió que se refería a la bestia. Necesitaría armamento pesado.

—Nunca he disparado un arma de fuego.

—Ni falta. Con las dagas de Yegael desintegrarás el cuerpo y espíritu de Baba.

—Así que la gran idea es clavarle un cuchillo.

—Sí.

—Esas dagas no las venden online, supongo.

—Están en un museo.

—Y hay que robarlas. Genial. ¿Qué museo?

—El Cairo.

Alice necesitó unos segundos para procesar la información.

—¡¿En Egipto?!

—¿Conoces otro El Cairo?

—No puedo ir al baño a solas, ¿cómo pretendes que vuele al otro lado del mundo? Es imposible. Dime el plan B.

Thymora se encogió de hombros.

—Ojalá pudiera prestarte mi capa mágica, o mi sombrero.

—En vez de un sombrero podrías darme un látigo y una pistola. En serio, la idea es una locura. Ir a Egipto, robar en un museo y luchar contra un monstruo. ¿Algo más para mí, maestra de gatos?

Thymora le hizo un gesto para que la acompañara fuera de la habitación. La puerta por la que salieron dio paso a una estancia diáfana por completo a oscuras, a excepción de una cadena de anillos luminosos en el suelo que al expandirse entraban en contacto los unos con los otros. Algunos anillos se extinguían, mientras que otros cambiaban de color y generaban nuevos anillos, como ondas en el agua. La visión resultaba hipnótica.

—Esta es la Sala del Destino. Aquí vislumbro los efectos de nuestras acciones sobre vuestro mundo y el nuestro. Bastet persigue algo que, de conseguirlo, sería fatal para todos. Ella piensa que es para

mejor, pero se equivoca. Si Baba no es destruida, las consecuencias serán catastróficas.

—¿En estos anillos lees el futuro?

—Pasado, presente y futuro forman parte de un tapiz del que solo alcanzo a entrever una pequeña parte. Si Baba se libera, un futuro presidente de EEUU provocará una guerra global.

—¡Tonterías! ¿Cómo va a influir un gato en el presidente?

—Igual que ha influido sobre ti. Aquel anillo —señaló un círculo rojo separado del resto— representa ese futuro. Hay en juego mucho más que tu vida.

—Oh, Dios… —le temblaban las piernas.

—Alice, confío en ti. Que Baba te eligiera significa que eres especial. Algún antepasado tuyo debió tener vínculos con ella.

—Recuerdo que mencionó algo de mi familia. ¿No hay manera de averiguarlo? Suena importante.

—Investiga la historia de tu linaje. Mi Catmorio rastrea a los descendientes de los nueve y a los humanos convertidos en demicats. Tú no estás entre ellos.

—Tengo muchas dudas. No estoy segura de esto, Thymora.

Esperaba que la bruja tratara de convencerla con un discurso sobre el destino y que ella era *la elegida*. En vez de eso, se echó a reír. Yaga apareció a su lado y le maulló algo que le hizo más gracia todavía.

—El juego es mi pasión. De donde procedo me conocen como la Señora de la Suerte, por manipularla a mi favor. Sin embargo, nada me excita más que jugar a los dados. Me he apostado con Yaga a que aceptarás el desafío de enfrentarte a su mitad maligna.

—Ahora mismo perderías esa apuesta.

—Es posible. Nadie puede predecir tu decisión final. Por eso es emocionante. Aguardo con ansia ese día. —Ante ellos apareció un reloj de arena al que le quedaban unos pocos granos—. Se nos acabó el tiempo. Debo cortar el hilo antes de que Bastet tire de él.

—¿Nos veremos de nuevo? —Aunque debía odiar a la mujer que había ocasionado ese desastre, era también su única ayuda para salir del embrollo.

—De ti depende. —Thymora le tiró un beso y todo se volvió blanco.

Como cada mañana desde que Baba le programó su rutina, lo primero que hizo Alice al levantarse fue entrar en la app para comprobar el número de suscriptores de BabacatOMG: 5,85 millones.

Pronto cruzaría la barrera de los seis millones que la gata se había marcado como límite para recuperar su corporeidad. Si sus cálculos eran correctos, tenía unas pocas semanas para viajar a Egipto y robar las dagas del museo. La decisión debía tomarse en los próximos días, o

se quedaría sin margen para actuar.

El plan era demencial. Incluso si no la pillaban en el museo, ¿cómo iba a sacar las dagas del país? Por el aeropuerto no, desde luego. Tendría que enviarlas como efectos personales desde otro país de África donde aduanas hiciera la vista gorda. Un lío.

Más importante: ni en sueños iba a enfrentarse al monstruogato. Si su forma etérea daba terror, no quería imaginar cómo sería la auténtica Baba.

Eran las once y Norma aún roncaba en la habitación de invitados. Dormir era su pasión, fuera sola o acompañada.

Preparó café y desayuno francés para dos en su cocina perfectamente equipada. Baba esperaba impaciente su ración sentada a la mesa. Le dirigió una mirada hostil.

—¿Por qué se ha quedado a dormir en casa?

—Es mi mejor amiga. Últimamente no pasamos tiempo juntas fuera de la uni.

—Me da igual. Estoy muy cerca de la meta, no permitiré que tu imprudencia lo ponga en peligro. El anonimato es más importante que nunca.

—Si tanto te preocupa que te vean en persona, deja de seguirme a todas partes.

—Es por tu propia seguridad. No quiero que caigas en la tentación de hablar sobre mí.

—A quién le voy a hablar sobre gatos mágicos. Me tomarían por loca. Caleb correría de vuelta a los brazos de su ex. Estoy a punto de perderle incluso sin involucrarle en esta pesadilla. Maldita seas. Deseo que te pires de una vez.

Baba se contoneó sobre la mesa y se irguió a dos patas.

—¿No sientes curiosidad por qué haré después?

—Ninguna. Si me olvido de ti, mucho mejor.

—Bien. Preferiría que me sirvieras, pero así también me vale. La curiosidad no solo mata a los gatos.

En ese instante entró Norma peinándose la mata de rizos encrespados con un cepillo.

—¡Qué bien huele a café! Oye, con quién estás hablan… ¡Ahí va! ¡¡¡Es el gato de los vídeos!!!! —El dedo de Norma apuntó a Baba, cuyos ojos eran dos pozos de oscuridad.

Alice trató de explicarse, pero las palabras la habían abandonado. Carraspeó un par de veces mientras los hombrecillos dentro de su cerebro ordenaban frenéticamente las palabras correctas para justificar la presencia de Baba en su cocina. Tenía unos pocos segundos antes de que allí ocurriera algo muy malo.

El cerebro de Norma había despertado de golpe, reinterpretando las continuas ausencias de Alice y por qué estaba siempre tan

ocupada.

—¡Qué fuerte, tía! Así es como te permites este casoplón y la uni. ¡Debes estar ganando una pasta!

—Por favor, vamos a calmarnos.

Su amiga no escuchaba, emocionada por destapar el gran secreto de Alice.

—Ally, ¡eres una influencer! No, no, ¡lo que eres es catfluencer!

—Norma, este gato no…

—¿Puedo tocarlo? *Michi, michi, michi*… —Norma se acercó a Baba y le rascó detrás de las orejas.

«DETÉN ESTO AHORA MISMO O LO HARÉ YO»

La voz de Baba, la auténtica Baba, sonó a través de un altavoz dentro de su cabeza.

—Porfa, deja a la gata y te explico por qué no os he contado nada…

—Es muy buena, no como el gato de mi calle. Voy a hacerme un *selfie* con ella. —Norma levantó el móvil para enfocar a las dos.

«MUY BIEN. LO HAGO YO»

Alice volcó su taza de café con un grito ahogado en el pecho. Por un instante Norma no supo qué la había asustado. Entonces levantó la mirada y una enorme boca se tragó su cabeza.

Capítulo Doce

El suelo bajo sus pies daba vueltas, obligándola a sentarse. Se mordió el puño compulsivamente, rogando despertarse de la pesadilla que tenía lugar en la cocina. De un momento a otro iba a sufrir una crisis nerviosa.

Norma estaba de pie como un maniquí con los brazos laxos, sostenida por la atroz mandíbula de Baba que se había tragado su cabeza entera. Las gigantescas fauces salían de la boca original del gato, como las de un xenomorfo. Los dientes apresaban el cuello de su amiga sin atravesar la piel.

Pasó un minuto sin que ninguna de las tres se moviera.

La punta de la cola de Baba se abrió en una nueva boca que explicó a Alice la situación.

—Ahora pueden pasar dos cosas. Respira hondo y confirma que me escuchas.

—T-te escucho —respondió Alice sin aliento.

—La primera es que mis dientes aprieten hasta separar la cabeza del cuerpo de tu amiga, dejándote un cadáver y la cocina pintada de rojo.

Alice comenzó a sollozar.

—Necesito toda tu atención para la segunda alternativa. Confirma que me escuchas.

—Te escucho… —murmuró Alice.

—*MÁS ALTO.*

—*¡Sí, te escucho, maldita bestia!*

—Pondré mi marca sobre tu amiga. Ella estará bajo mi dominio. Borraré sus memorias recientes y le impediré percibirme, enterrando mi presencia en las profundidades de su mente.

—Júrame que no le harás daño.

—No estás en posición de exigir. Te estoy dando a elegir entre una amiga con cabeza o sin ella. Decide.

—Por favor, déjala, por favor… esto es entre tú y yo.

—Así será. En lo que nos queda juntas, espero que no olvides cuál es tu lugar.

Baba liberó la presa de su amiga y su boca se plegó reduciéndose al tamaño normal de un gato. Norma caminó como una sonámbula con la mirada perdida de regreso al dormitorio. Alice se mantuvo cerca sin

dirigirse a ella, por miedo a que romper el encantamiento provocara malas consecuencias.

Limpió el café derramado y preparó un par de tazas más. Poco después, Norma entró en la cocina arreglándose el pelo con un cepillo. La saludó con rostro cansado y aplaudió el desayuno recién hecho. En ningún momento reconoció la presencia de Baba sentada en su silla.

—¡Qué bien huele el café! Y los croissants tienen pintaza. Me muero de hambre. —Alice le dio un abrazo más fuerte de lo que pretendía. Norma se quedó mirándola algo confusa—. Oh, *wow*. ¿Has estado llorando? Tienes los ojos rojos.

—No, no… gracias por quedarte. Necesitaba compañía. He estado pensando en lo mío con Caleb. La relación no está funcionando, tengo muchas cosas en la cabeza y me he agobiado, tía.

—Oh… lo siento. Si necesitas espacio para ti, habladlo. Él lo entenderá. Siempre que mantengas a raya a Amanda. Esa guarra otra vez le sigue y le da *like* a todo. He oído que está intentando convencerle para presentarse como pareja al patinaje de Año Nuevo.

Alice dejó de masticar el croissant. Las malas noticias se amontonaban.

—¿En serio? Él no me ha dicho nada.

—Que tu chico no te cuente algo así es mala señal. Tenéis que hablar cuanto antes.

Antes de despedirse le prometió a Norma que iría con ella a la fiesta de fin de año para desconectar de todo. Luego escribió a Caleb preguntándole por sus planes para la exhibición de patinaje de Año Nuevo. Ese era un tema sensible entre ambos. En el tiempo que llevaban saliendo, Alice le prometió que entrenarían juntos para patinar en pareja en uno de los eventos más importantes de Alto Paraíso.

Baba no le permitió entrenar lo suficiente para estar al nivel. En los últimos meses ni lo habían mencionado. Estaban a comienzos de diciembre y entendía que se buscara otra pareja para la exhibición, pero que fuera Amanda le sentó como el culo.

Escribió y borró tres veces el mismo mensaje. No, mejor llamarle. Ensayó el tono; no quería que la notara triste o enfadada. Dio vueltas por la cocina con el dedo sobre el botón.

Sonó el teléfono, una llamada. Era él. Inspiró profundamente.

—¡Hola! Justo pensaba en ti.

—Estamos sincronizados, Ally.

—Sí. Ojalá fuera igual en la pista —lo intentó decir con tono ligero, pero le salió algo a medio camino entre lamento y reproche.

—Por eso te llamo. Megan tuvo una rotura y no se recuperará a tiempo. Así que…

—Patinarás con Amanda.

—Ella se ofreció. Quería saber si te parece bien. Mi hermano vendrá a verme, le hace mucha ilusión.

En el incómodo silencio que siguió dudó entre responder lo correcto o la verdad.

—Ok. Sí, qué voy a decir. Me gustaría ser yo la que estuviera contigo, pero tengo que estudiar por la maldita beca. Paso de pedir limosna a mis padres. Este año ha habido mala cosecha.

—Ally, tenemos que hablar. Hablar en serio sobre nosotros, quiero decir.

—Mis padres pasarán las navidades en casa. Cuando me deslíe un poco.

—¿Lo prometes?

—Prometido.

—Perfecto. Voy saliendo. Te quiero.

—Besos.

Baba observaba ceñuda, dándole a entender que ni de coña permitiría que ella hiciera vida de pareja mientras permanecieran juntas.

En un arranque de furia arrojó el móvil hacia la gata, que saltó a un lado y, alargando su cola como la de un mono, lo atrapó en el aire. Lo sostuvo durante unos segundos. Después, el teléfono atravesó la cola y cayó sobre la mesa.

—Al fin existo plenamente en esta dimensión. He dejado de ser imperceptible. Está muy cerca el día en que libere mi auténtica forma. Los efectos de alterar mi cuerpo perduran por un tiempo limitado. Pronto serán permanentes.

—Lo que significa que no me seguirás a todas partes. No te conviene que nos vean juntas. El foco de la gente pasaría de ti a mí. Con lo cerca que estás de convertirte en superestrella.

—No eres tan estúpida como pareces. Por eso no harás ninguna tontería en las horas que estemos separadas.

—Qué tipo de tontería.

—Cualquier cosa. Para estar segura, imagina que yo siempre estoy a tu lado, vigilándote.

Tras los exámenes, que aprobó con buena nota, vinieron días de relax. Las cosas con Caleb se enderezaron un poco, pese a la tensión de fondo por que Amanda le bombardeara a *likes*. Como cualquier hombre que es agasajado por una chica guapa, él no veía nada malo en su comportamiento.

Buscó el consejo de Norma en cómo tratar la situación. Se la encontró empujando un carrito en el supermercado. No respondió a su saludo, pese a estar dentro de su línea de visión. Tenía la mirada perdida y el rostro inexpresivo. Se plantó delante de ella.

—Hey, Normie, ¿qué estás comprando?

—Sus ojos negros… —murmuró con tono evocador.

—Malcolm tiene novia, olvídate de él. Oye, necesito consejos. ¿Estás conmigo? —chasqueó los dedos en su cara.

Norma enfocó la mirada en ella, al fin notando su presencia.

—Perdona, Ally. Estoy un poco ida. Últimamente duermo fatal.

—¿Piensas que Caleb se enfadará si le marco el territorio a Amanda?

—Yo le marcaría la cara con las uñas —dijo relamiéndose.

—El cuerpo me pide ponerme borde, y que no patinen juntos, pero con ella Caleb es favorito para ganar. Quiere dedicárselo a su hermano pequeño. Le dieron el alta hace un mes. Estuvo muy chungo.

—Si es por eso, dile que le apoyas. Así quedarás como una novia guay.

—Yo *soy* guay. ¿O no?

—Bueno… me has tenido muy ignorada. Siento que me ocultas algo. Cuando Caleb me escribió para preguntarme qué te pasaba, pensé que tendrías otro rollo y te daba palo contármelo.

—Por favor… —suspiró—. No, no es nada de eso. Eres mi mejor amiga. Perdona por haberme mantenido distante. Aparte de empollar y el trabajo online, hay algo más que me ha robado el tiempo durante el último año.

—Qué misteriosa te pones.

—Pronto te lo contaré. Con la condición de que no preguntes y me sigas considerando tu amiga.

—Hecho. —Unieron los dedos índices a modo de promesa.

—¿Y a ti qué te agobia? Te dan muchos lapsus.

Norma meneó la cabeza.

—Sueño cosas muy malrolleras. Después no me acuerdo, pero se me queda mal cuerpo. Espero que pase pronto, porque es un agobiazo. No pienses que estoy pirada.

—No estás pirada. No más de lo habitual.

—Idiota —rio agradeciendo el cambio a tono ligero—. Bueno, hablemos de la fiesta de Nochevieja…

Los padres de Alice llegaron de Canadá una semana más tarde. Acordó con Baba la excusa de que estaba participando en una campaña de acoger un gato por Navidad hasta que le encontraran un nuevo hogar después de fin de año. Ellos la felicitaron por participar en la iniciativa solidaria y ayudaron a decorar la casa con motivos felinos. Tuvieron el buen sentido de no acercarse a Baba «para no estresarla más», lo que facilitó la convivencia en casa ignorando al animal que dormía junto a la chimenea.

Para Alice fue un paréntesis de tensa calma. El conteo de suscriptores ascendía lentamente. Baba preparó un “especial de

Navidad" en el que ella en persona haría *unboxing* de los regalos de sus fans recibidos en la dirección postal que facilitó en la descripción del canal. Obligó a Alice a preparar el salón para abrir los paquetes, instalando micrófonos por los alrededores.

Casi cien cajas se amontonaban en el jardín a la espera del maratón navideño. Tras la cena, en que Caleb estuvo presente por videoconferencia, y con sus padres acostados en el piso de arriba, Alice se puso manos a la obra.

Fuera de cámara las introducía una a una en el salón para que Baba las abriera con sus garras. Los micrófonos recogían hasta el menor ruido de cartón al rasgarse y los ronroneos o bajos maullidos de la gata reaccionando complacida a sus regalos.

Pelotas, mantas, disfraces de Santa Claus para gatos… cualquier chorrada imaginable salía de los cartones que ella abría con parsimonia. En el canal había pedido a los fans que los regalos estuvieran sueltos dentro de las cajas para que ella pudiera sacarlos con facilidad. Con cada nuevo regalo enviaba una nota de agradecimiento a través del chat.

El evento fue un éxito y Alice quedó liberada de sus obligaciones en el día de Navidad, que pasó en gran parte durmiendo.

En la semana de fin de año, BabacatOMG superó los seis millones de suscriptores y la cuenta bancaria de Alice reflejaba un saldo de dos millones y medio. En cualquier día del próximo mes, ella sería libre. Libre y asquerosamente rica. A partir de ahí, lo que hiciera Baba no era cosa suya. Ella no era un superhéroe, ni iba a enfrentarse a un ser venido de otra dimensión. La situación la superaba por completo.

Con esa mentalidad celebró el cambio de año con Caleb y sus amigos, dándose una fiesta que necesitaba como el respirar. A las siete les echaron de la discoteca. Estaba muertísima, pero la noche había merecido la pena. Norma, que intentaba vomitar el mucho alcohol ingerido, dio una fuerte arcada y escupió algo de aspecto asqueroso.

Alice se acercó a ella. El color se había ido de su rostro moreno.

—¿Te ha tocado la ginebra mala? Se supone que no servían garrafón.

—Lo que sea. esta noche duermo sí o sí. Estoy super podrida —murmuró Norma.

Alice miró con asco el escupitajo. La saliva rodeaba lo que parecía una pequeña bola de pelo. Tras despedirse de todos, subió a Norma en el coche para llevarla a casa. Le tocó la frente. Décimas de fiebre.

—Estás un poco caliente. ¿Vamos a urgencias?

—Yo siempre estoy caliente —respondió con una débil sonrisa.

—En serio, Normie. Algo te ha sentado mal. Esa porquería que has echado antes…

—A casa. Iré a la cama del tirón. Dormiré y como nueva.

—Ok.

—Te he visto bien con Caleb.

—Sí. Hacía falta. ¿Vendrás conmigo a la exhibición?

—Por supuesto. Solo necesito descansar. Des-can-sar…

Al volver a casa, Alice tiró la ropa en la cesta de ropa sucia y se lanzó bajo la manta. No despertó hasta la hora de la cena, que su madre había preparado como despedida. Baba no se encontraba a la vista. Sus padres parecían más relajados que en días anteriores, no tan pendientes de no molestar al gato.

—Hemos ido al mercado esta mañana. Te he llenado la despensa, que la tenías en un estado lamentable —le regañó de broma su madre.

—¿Lo habéis pasado bien aquí? ¿Qué tal tú, papá? Podríamos ir de excursión a alguna parte.

—Sí, hija. Aunque, si te soy sincero, prefiero la tranquilidad del pueblo. Con haber visto un poco de América y París ya tengo suficiente mundo.

A Alice no le pasó desapercibida la mirada que su madre le lanzó, ni la patada bajo la mesa.

—¿París? ¿Cuándo habéis estado en París?

Su madre negó con la cabeza ante el desliz de su marido. Él bajó los ojos a la sopa como un niño al que han pillado en una travesura. Tras una mirada silenciosa entre ambos, ella asintió, dando su ok para que él hablara.

—Nuestra familia es original de Francia. Fue la tatarabuela Pauline quien emigró a Canadá. No conozco demasiado la historia de los Letissier, más que hubo un conflicto y una parte de la familia dejó de hablarse con la otra. Fue tan grave que ella abandonó Europa con apenas once años. Dejó todo atrás, incluso a sus padres.

—*¿Viajó sola?*

—Sí. Después de asentarse en Canadá, contó muy poco de sus orígenes a sus hijos y estos contaron aún menos a los suyos. Lo único claro es que los Letissier estaríamos mejor lejos de Francia.

—Sabiendo eso, ¿por qué fuisteis? —preguntó Alice, fascinada por la historia familiar que desconocía.

—Estando tu madre embarazada de seis meses, recibí una carta de un bufete de abogados de París. Nos comunicaba que el último Letissier había muerto sin hijos y en su testamento legaba la mansión Letissier a los familiares de Canadá. También había depositado más de treinta millones de euros en una caja de seguridad. La carta me apuntaba como heredero universal.

Alice boqueó como un pez.

—¡No me jod… vaciles, papá!

—*Chist*, Ally, deja hablar a tu padre —regañó la madre.

Él le dio un tierno beso en la mejilla y continuó su relato.

—Éramos jóvenes y con apuros económicos. Más que ahora. Mi amada esposa iba a dar a luz. Se quedó en casa de una amiga. Yo agarré mi poca ropa decente y volé a París. Me recibieron en un despacho de esos elegantes y me mostraron fotos de la mansión en las afueras. Algo salido de una película, con servidumbre y obras de arte. Solo había una condición: para aceptar la herencia teníamos que residir en esa casa. *«El témpano donde vivís en Canadá no es lugar para una niña. Esta casa es perfecta. Con una firma, la herencia es vuestra»*. Algo así me dijo el abogado, que se frotaba las manos. Cogí la pluma que me ofreció y la apoyé sobre el documento. En mi mente ya estaba comprando algo bonito para tu madre con ese dinero.

Su padre se sirvió una copa de vino.

—Papá, no te hagas de rogar. Continúa.

—Antes de firmar, pedí ver la mansión en persona. Había recordado algo que oí del abuelo. Al tipo se le torció la sonrisa. Su reacción me hizo insistir. Deseaba inspeccionar mi futuro hogar antes de decidir nada. No habían mentido: la casa de tres plantas era increíble, con jardines y estatuas. En perfecto estado, además. El sótano era amplio, con su propia bodega. La verdad es que deseaba enseñarle aquello a mamá.

Su padre sirvió vino para los tres.

»Casi me habían convencido. De pronto oí el maullido de un gato; muy bajo, como desde detrás de una pared. Di vueltas por el sótano en busca de un agujero por el que se hubiera colado. Lo recorrí de un lado a otro y… esto te sonará increíble: una de las paredes ya no estaba.

—¿Qué quieres decir con que *ya no estaba*?

—Pues que en su lugar había un pasadizo. Y por oscuro que estuviera el sótano, te aseguro que en ese hueco antes había una pared. Anduve a tientas unos cincuenta metros hasta salir a la sala más extraña que haya visto en mi vida. Muy grande y alta como una iglesia; al fondo había un pórtico de piedra rectangular con símbolos e inscripciones escarbadas en el marco. Y en el centro… —Volvió a llenarse el vaso y dio un sorbito—. La estatua de una mujer con cabeza de gato. Uno de sus ojos iluminaba la sala con una luz dorada. Colocada a los pies, una cuna de piedra.

Alice agarró el móvil de su padre e hizo una búsqueda rápida.

—¿Algo como esto? —Le enseñó la foto ampliada en la pantalla.

—¡Sí! Se parece. Fue hace años y no recuerdo bien, pero… podría ser. Ally, ¿de dónde lo sacaste?

—Egipto. Es una tumba antigua. Los de la casa debieron ser arqueólogos frikis o miembros de alguna secta.

—Una de las pocas cosas que me contaron del conflicto de los Letissier es que una rama de la familia eran adoradores del diablo. Al

ver esa estatua y el altar recordé las palabras de mi abuelo y salí de allí. Uno de los abogados me preguntó por mi cara de susto. Quise enseñarle el descubrimiento, pero…

—El túnel estaba cerrado. No dijiste nada para que no te tomase por loco.

Él asintió.

—Después de aquello fui incapaz de firmar. No podría vivir en esa casa. Regresé junto a tu madre y fui honesto con ella. A ti también te debo una disculpa, Alice. Renuncié a una vida cómoda para mi familia por una estúpida alucinación.

—Hiciste bien, papá. El dinero no lo es todo. Tampoco nos ha ido tan mal.

Por experiencia personal Alice sabía que la decisión fue correcta. Deseó poder revelarles por qué. Pese a faltarle piezas en ese rompecabezas, era evidente que Baba la contactó a ella específicamente, como le dijo Thymora. Era especial por algún motivo relacionado con el conflicto en su familia.

A media mañana del día siguiente se despidieron en el aeropuerto.

Aunque su decisión de no entrometerse se mantenía firme, el pasado de su linaje la intrigaba. Quería saber dónde encajaba ella. Aparte de Thymora, conocía otra persona capaz de arrojar luz sobre la relación de los Letissier con los nueve.

Desde que Baba hackeó su móvil no se atrevía a usarlo para buscar información sobre gatos sobrenaturales. Por eso, cambió un billete por monedas y se dirigió a un teléfono de pago.

Iba a colgar cuando una voz aflautada respondió.

—*Érase una vez antigüedades y objetos extraños*, habla Sonia Richardson.

—Hola, Soni. Soy Alice Letissier. No sé si me recuerdas.

—¡Dios mío, Alice, esperaba tu llamada! Ha empezado, ¿sí?

—¿Empezar qué?

—La presencia de Baba es manifiesta. He visto su canal. Está a punto de suceder algo gordo. He estado investigando cómo detenerla…

—Espera, espera. No llamo para eso.

—Para felicitar las navidades mejor una postal.

—Mis parientes de Francia tienen algún tipo de relación con esta historia de los gatos. Quizá eso te ayudaría a ti también.

—Hazme un resumen.

En unos minutos le puso al tanto de la historia de su padre además de la opresión a la que Baba la sometió durante el último año. Se calló el macabro episodio con Norma en su cocina, pues de recordarlo se le aflojaba la vejiga.

—Hay otra cosa. Por favor, no te rías si suena muy extraño.

—¿Más extraño que todo esto?

—Soñé con Thymora. Quiero decir, no parecía un sueño. Creo que la conocí de verdad. Telepatía o alguna mierda de esas. Me desperté en su mansión…

—*¡¿Has estado en la mansión de Thymora Smyrnova?!* —Soni casi le rompe el tímpano. Gritaba como una groupie en un concierto.

—Es un personajazo. Según ella, Baba es vulnerable a unas dagas especiales. Dagas de Yegael, creo que las llamó. Van a exponerlas en el Museo de El Cairo.

—¡Eso es maravilloso, Ally! ¡Vamos a por ellas!

—*¡¿Q-qué?!*

—Viajamos a Egipto, sacamos las dagas del museo, volvemos sin que nos pillen y matamos al monstruo en la ceremonia. —recitó Soni, excitada. Lo estaba visualizando.

—¿Es que soy yo la única cuerda en esta historia? ¿Qué tal si no nos entrometemos y evitamos que nos maten?

—¿Y permitir que Baba se salga con la suya?

—Tú no has visto lo que yo. Por muchos libros que hayas leído, *no has visto* a ese ser. Haz con esta información lo que quieras. Por mi parte, he acabado.

—¿No hay manera de convencerte de que me acompañes?

—No, lo siento.

—Vale. Tú te pierdes una gran aventura en tierras exóticas. De todos modos, llámame dentro de tres o cuatro días por si encuentro info sobre los Letissier.

—Gracias. Soni… —Le gustaría añadir algo más que le quitara la sensación de estar dejándola en la estacada, si realmente ella pretendía encomendarse a esa misión. No se le ocurrió nada—. Hablamos pronto.

Entró a casa con una pizca de ansiedad. Baba no había asomado el hocico desde el día de Navidad y eso no podía ser bueno. Sentía bajo la piel una sorpresa desagradable, estando las dos otra vez solas en casa. La llamó en voz alta como cualquier dueño de una mascota corriente. No vino a recibirla.

Nada en el salón, nada en el dormitorio. Encendió la luz de la cocina. Sobre la vitrocerámica halló la temida sorpresa. Y aunque la esperase, sí fue una sorpresa. Un mensaje escrito con azúcar, una de las pasiones de Baba.

ADIÓS, DULCE ALICE. HA SIDO DIVERTIDO. PÓRTATE BIEN

Estaba viendo visiones. ¿Se había ido? ¿De verdad era libre de ella para siempre? Entró en la app. En la sección Comunidad del perfil de

BabacatOMG había un críptico mensaje con un anuncio importante para la próxima semana. No daba más pistas.

Alice intentó eliminar el perfil. No, seguía sin permisos de administrador. Lo mismo aplicaba a su perfil personal o a la misma app, imborrable de su móvil. Solo Baba tenía la potestad. Tampoco es que le importara. Al fin era libre. Y rica.

—¡¡¡SOY LIBRE!!! —gritó a la casa vacía.

Para celebrarlo, corrió al armario y se cambió a ropa deportiva. Tenía un par de horas hasta la cena y qué mejor celebración que patinando, tras tanto tiempo sin practicar.

Descartado el polideportivo donde se celebraría la competición en la que Caleb y Amanda iban a darlo todo, Alice corrió a un pequeño lago cerca de casa, poco más que un charco grande que se helaba por completo en invierno. Bastaría para recuperar el hábito y quitarse el óxido de los músculos.

Tenía la pista de patinaje para ella sola. Antes de deslizarse sobre el hielo realizó un par de comprobaciones de que el grosor era suficiente para soportar su peso. No era plan de morirse recién salida de prisión.

Se atrevió con piruetas que en presencia de otros no habría intentado. Resbaló un par de veces, mas no cayó. Después de dos años tambaleándose, había encontrado el equilibrio, y su cuerpo respondía como una extensión de su espíritu. Qué ganas de ver las caras en *shock* de Caleb y Norma cuando les enseñara el saldo de su cuenta. Les invitaría a unas vacaciones en algún destino paradisiaco.

Con tales pensamientos durmió esa noche, confiada de haber superado la prueba más difícil de su vida.

Las gradas estaban repletas. De no ser por Caleb, Norma y ella se habrían quedado sin asientos. Las parejas de patinadores en trajes de fantasía dieron una exhibición de bailes que hizo las delicias de todos los asistentes. Alice aplaudió hasta picarle las manos. El espectáculo y la gran atmósfera en el estadio le ayudó a superar el ligero resquemor de que Caleb fuera a exhibirse con otra chica delante de todos.

—El año que viene yo estaré ahí abajo —le dijo a Norma—. Con entrenamiento seré mejor que la mayoría de los que compiten hoy.

—Sí… —respondió su amiga, sin prestar mucha atención.

—¿Qué hay allí que es tan interesante?

—¿Cómo?

—Llevas un rato mirando —señaló un punto del graderío a su izquierda—. No veo a ningún tío bueno.

—Las manchas se mueven y se mezclan… —murmuró Norma, enigmática.

—Normie, no te habrás pasado con las pastillas del insomnio. —Le

chequeó rápidamente las pupilas. Nada fuera de lo normal—. ¿Sigues sin dormir bien?

—Algo araña dentro de mi cabeza. Esa mujer tiene la cara rara. —Señaló una joven madre que traía palomitas para sus hijos.

—¿Rara cómo?

—Como una máscara. Una máscara de mujer. Debajo… —Empezó a respirar agitadamente. Debía ser el efecto rebote de las pastillas que tomaba para dormir.

—Norma, mírame. —Le puso las manos en las mejillas y pegó su cara a la suya—. Concéntrate en los patinadores. El resto no existe. Y esta noche duermes conmigo en casa.

Ella asintió y le dedicó una sonrisa forzada.

Giraron la cabeza hacia la pista, donde acababan de anunciar a la próxima pareja: Caleb Reynolds y Amanda Silverman. Sus uniformes sorprendieron a todos. Ella iba con un traje de plumas amarillo con alas bajo los brazos como Piolín y él con un uniforme que simulaba el patrón blanco y negro del gato Silvestre.

Comenzó a tocar una versión bailable del tono de los dibujos animados y la pareja se persiguió sobre el hielo moviendo las extremidades como los personajes que representaban. Cuando él iba a atrapar a la Piolina, Amanda agitaba las alas y volaba hacia el lado opuesto del anillo. Los gestos exagerados de ella junto a los falsamente torpes de él arrancaron risas y aplausos del público. A mitad de función no había un solo espectador que no les diera por ganadores.

La música acabó con ella alzando el vuelo y el gato atrapándola en el aire. Al aterrizar abrazados, Amanda le dio un beso en los labios, lo que provocó una ensordecedora ovación del público.

A Alice le ardieron las mejillas. Norma, con la vista perdida en el otro extremo del campo, no hizo comentario alguno.

Todos los participantes desfilaron para saludar al público. Por los altavoces se anunció a la pareja ganadora: Amanda y Caleb, que dieron la vuelta de honor cogidos de la mano.

De repente, los sonidos a su alrededor se deformaron como si los escuchara bajo el agua. En su cabeza irrumpió una voz profunda y gutural.

«QUÉ BIEN SE LES VE JUNTOS. Y QUÉ MIRADAS SE ECHAN. ESTA NOCHE TENDRÁ QUE SER NORMA QUIEN TE CALIENTE LA CAMA»

¿Baba?, respondió Alice con el pensamiento.

«QUIEN ME SIRVE CUMPLE SUS DESEOS. TE LO MOSTRARÉ»

¡Yo no deseo nada! ¡¿Qué vas a hacer?!

«CONSIDÉRALO UN REGALO DE DESPEDIDA»

Como broche final, Amanda y Caleb se situaron en extremos opuestos y corrieron el uno hacia el otro. El número acabaría con un abrazo entre ambos en el aire. Alice observaba con aprehensión, sin

saber qué esperar.

Norma empezó a gritar señalando al centro de la pista donde convergían los patinadores. Los espectadores de al lado intentaron calmarla. Alice tenía un ojo puesto en ella y otro en Caleb y Amanda.

Se produjo una conmoción en el público. Norma fue relegada a un segundo plano, porque todas las miradas se centraron en lo que ocurrió sobre el hielo. Días después sería repetido una y otra vez en las redes sociales.

Amanda había resbalado antes de iniciar su salto, tumbada ante Caleb en el momento que él se impulsaba hacia delante. La cuchilla de su patín derecho cortó la garganta de ella, disparando un chorro de sangre a través de la pista. Al arrollar el cuerpo de su compañera, Caleb voló hacia delante y aterrizó de cabeza, quedando tirado como un muñeco.

Alice se unió a los gritos de Norma y del resto del público.

Despertó en la cama de un hospital. Nada grave, un simple desvanecimiento, como otros tantos espectadores en ese trágico día. Aunque nadie del personal médico le contó lo sucedido, no tardó ni una hora en enterarse. No se hablaba de otra cosa en el pueblo.

Amanda murió desangrada.

Caleb en coma, pronóstico incierto.

Norma permanecía sedada y amordazada en una habitación individual. Fuera de sí, gritaba que un gato gigante había provocado el accidente. Tuvieron que reducirla con calmantes. Lo que quiera que había estado rebotando dentro de su cabeza en las dos últimas semanas la puso en estado de enajenación. Los resultados del TAC revelaban una actividad inusual en una parte del cerebro. Los médicos no se explicaban las causas.

Alice, sí.

Si ellos hubieran visto a Norma con la cabeza dentro de la boca de un monstruo, posiblemente consideraran el asunto desde otra perspectiva. La muerte de Amanda y el sufrimiento de Norma y Caleb tenían un mismo origen. Ella era la única que sabía la verdad.

Observó a su novio encamado a través de la rendija abierta de la puerta. Su familia le acompañaba. Si entraba a esa habitación, pasaría el día llorando con ellos, fingiendo que lo ocurrido había sido una macabra broma del destino.

Una lágrima le resbaló por la mejilla. Se la quitó con un fuerte guantazo que le enrojeció la mitad de la cara. La enfermera que pasaba por su lado saltó como si en el pasillo hubiera aparecido un tigre.

Alice sacó del abrigo el móvil nuevo que compró el día antes en el estadio, libre de la app con el perfil online de Baba. Marcó un número

de Nueva York.

—Soni, soy Alice. Vamos a por esas putas dagas.

Capítulo Trece

El frío de Nueva York caló a Alice hasta los huesos. Tiritaba, por muy acostumbrada que estuviera a climas extremos. Habiéndolo visto en un montón de películas, siempre quiso vivir unas navidades allí. Incluso en la pantalla sentía que ese lugar tenía magia.

Sin embargo, cuando aterrizó en el JFK las navidades se habían marchado, el encanto de las semanas previas sustituido por el frenético pulso que movía los engranajes de la megápolis.

Su primera idea fue hacer transbordo y conectar con el primer vuelo hacia El Cairo, pero Soni la convenció de pasar antes por su casa y preparar un plan de acción, porque iban a convertirse en delincuentes en un país extranjero. Una vez que abandonaran Estados Unidos no tendrían margen para el error.

Soni la recogió en el aeropuerto en una tartana de coche con la calefacción rota. Si salían vivas de esa aventura, le compraría uno de segunda mano en el que conducir no incluyera riesgo de hipotermia.

La vivienda de la anticuaria era un sexto piso sin ascensor, con un baño, mini-cocina y un dormitorio calentado por radiador. Para alguien que se presentaba con su propia tarjeta de visita, eso subvertía sus expectativas. La anfitriona leyó la decepción en su rostro.

—Si esperabas una mansión con todas las comodidades y tecnología punta, esto debe ser un chasco.

—Perdona, no soy nadie para juzgar. Hasta hace poco yo vivía en un zulo. El dinero que he ganado gracias a Baba está manchado de sangre.

—Si me quieres hacer una donación, no te cortes —bromeó Soni—. No soy tan miserable como aparento. Lo que pasa es que el almacén donde guardo las antigüedades me cuesta un dinero, aunque es de un amigo y me hace rebaja.

—¿Almacén? Pensé que tenías una tienda. Eso dice tu tarjeta.

—Bueeeno… está en proyecto. Es mi sueño. La tarjeta me acerca a él, tenerlo entre mis dedos. Sola no puedo permitírmelo, así que estoy intentando convencer a un amigo para montarla juntos. Ojalá se mudara a Nueva York conmigo… mmm...

—Hablemos del plan.

—Mañana un colega que trabaja en el zoo nos proporcionará documentos falsos. He averiguado que las dagas forman parte de una

colección que será mostrada a final de mes en el museo de El Cairo. Las guardan en un depósito. Nos presentaremos allí como expertas para verificar su autenticidad. El director del museo no se arriesgará a exhibir falsificaciones. Nos dejarán inspeccionarlas y les daremos el cambiazo por unas fabricadas con una impresora 3D.

—Cielo santo, Soni… —murmuró Alice.

—Lo sé, amiga. Soy una genia —proclamó ella, dándose golpecitos en la sien.

—¡Ese plan es una mierda! ¡Es *peor que una mierda*!

—¿Qué propones tú? ¿Que nos infiltremos como en las películas? ¿Seducir a los guardias? ¿Hacer acrobacias entre una red de lasers? Incluso si saliera bien, seríamos las principales sospechosas, unas extranjeras recién llegadas. En la frontera nos pararían. Lo que hagamos tiene que colar hasta que regresemos a casa. —se levantó de la cama y abrió la puerta del piso—. Cenaremos fuera. Te llevaré a un sitio delicioso. Con el estómago lleno pensarás diferente.

El local de comida casera en Chinatown era tan bueno como prometió Soni. La sopa de verduras y el arroz tres delicias le ayudaron a entrar en calor, mientras fuera caía una ligera nevada. Allí sentada, el problema de Baba parecía algo lejano, como si ocurriera a la Alice de una vida paralela.

Aunque pudo haberse alojado en un hotel, se quedó a dormir con Soni, apretándose las dos bajo un montón de mantas. Le caía bien, con su aspecto aniñado y espíritu aventurero, dispuesta a embarcarse en esa odisea a pesar de no haber sufrido las maldades de Baba.

Tumbadas en la cama veían una película en el portátil. Una de la saga La Momia, para ambientarse. Aunque Soni debía sabérsela de memoria, la absorbía sin pestañear. Al terminar, apagó la luz para dormir. La habitación se quedó a oscuras a excepción del piloto rojo del radiador, que se asemejaba al ojo de un cíclope maligno.

La maldita luz no la dejaba dormir. Le arrojó sus pantalones para taparla, pero falló. Imaginó al ojo reírse de ella. Fue Soni quien lo hizo.

—Acojona, eh —dijo en voz baja—. El ojo de HAL, la IA asesina.

—No da miedo. Molesta —mintió Alice.

—Pues a mí me asusta. Y por eso tengo que sostenerle la mirada.

—¿Mmm?

—El miedo no volverá a vencerme —susurró Soni—. Tenías razón en que no he visto a Baba. Lo que cuentas de ella es un cague. A quien sí conozco es a Shura, el peor de los nueve. Fue recién acabado el segundo año de universidad. Mis padres eran cazadores de tesoros y organizaron una expedición a la Pirámide del Sol en Teotihuacán. El patrón era un mecenas alemán, uno de esos ricos que creen en movidas esotéricas.

—¿Ibais tras la pista de los nueve?

—En aquella época ni mis padres ni yo sabíamos nada sobre gatos de fantasía. Las leyendas más extravagantes sobre la pirámide hablaban de personas desaparecidas y de la existencia de un portal que conecta la Pirámide del Sol y la de Keops, en Egipto.

—¿Cómo es eso?

—Están situadas en lados opuestos del planeta. Cuando el último rayo de sol pega en la cima de la pirámide azteca, el primero golpea en la cima de la de Keops. Según las leyendas, en ese momento se abriría una puerta interdimensional para viajar de una a otra. Incluso a otro mundo, a través de una brecha en la realidad. Nuestro encargo era investigar si bajo la pirámide se extendía una red de cuevas secretas aparte de las ya conocidas. Para mi padre era un trabajo inútil, pero pagaban cojonudamente. Además, sería mi primera expedición con ellos en Sudamérica. Ojalá hubiéramos hecho caso a mamá.

—¿Ella no quería ir?

—A mamá le daban miedo las armas. Aparte de equipo de alta tecnología, nos acompañaba un pelotón de alemanes armados como para conquistar un país. Pintas de mercenarios, de los que nunca sonríen. "Por nuestra seguridad" y todo eso. Seguridad, los cojones —añadió con amargura.

—Y allí pasó algo muy malo —susurró Alice.

—Las autoridades nos concedieron cuatro días de investigación, prohibiendo el paso a turistas. Instalamos el campamento y equipo para reconocer el terreno. Algunos aparatos eran tecnología punta y ni siquiera mi padre conocía su función. Ahí fue cuando empezó a sospechar que había algo más en esa expedición. A la tercera noche, la antena que habían puesto en la cima de la pirámide comenzó a pitar. Varios hombres subieron a comprobarla. De repente, el aire se cargó de electricidad. Allí arriba apareció una silueta que cambiaba de forma, un enorme gato montés con ojos brillantes. Su cola se alargó como una cadena y descoyuntó a varios hombres, que rodaron escaleras abajo.

—Me cago en todo…

—Huimos hacia los coches. Tuve suerte de encontrar uno abierto y con la llave puesta. En la guantera había un arma. A mis espaldas oí disparos y gritos. Mis padres corrían hacia mí con el monstruo muy cerca. Levanté la pistola. Soy muy buena tiradora, mi padre me enseñó a disparar de pequeña. Lo tenía en la mira.

Soni hizo una pausa para sorberse la nariz. Alice apoyó la mano en su hombro.

»No pude hacerlo, me tembló el brazo. Encendí el motor y abrí la puerta de atrás para que ellos saltaran dentro. Cuando estaban solo a

unos metros, la cola de Shura se disparó como una lanza y ensartó a los dos. Pisé a fondo. A partir de ahí, recuerdo solo fragmentos. Conté que nos atacaron, pero nadie me creyó.

—¿Cómo que no te creyeron? ¿Y los cuerpos?

—Desaparecieron. La policía únicamente encontró los vehículos. Ni equipo de alta tecnología ni cadáveres. Tampoco mis padres. No se celebró ningún entierro.

—Lo siento, Soni. Lo siento muchísimo.

—Desde aquel día he investigado el mito de los nueve. Cuando vi el canal de Baba me quedé a cuadros. ¿Comprendes por qué te propuse destruirla?

—Sí. Eres una mujer muy valiente. Baba no sabe a quién se enfrenta.

Durmió abrazada a la espalda de Soni, deseando impregnarse de su fuerza y determinación. Las iba a necesitar.

El día después visitaron el zoo de Central Park, cuyas dimensiones le impresionaron. Observó con melancolía su pista de hielo y se juró que saldría triunfante de su misión para volver a ese mismo lugar y patinar con las personas que le importaban.

Caleb continuaba en coma. En cuanto a Norma, la ingresaron en una residencia de salud mental. Ni médicos ni psiquiatras eran capaces de erradicar sus visiones enloquecedoras. Alice creía conocer la manera. Baba mencionó haber puesto sobre su amiga una marca que revolvía su mente. Aunque no fuera fan de las pelis de vampiros, cualquier persona que nace en este siglo sabe cómo se libera a las personas bajo su influjo.

Matando al amo. Una daga bien profunda en el corazón.

El contacto trabajaba como cuidador de pandas rojos en el zoo. Verlo interactuar con esos adorables animales la convenció de que ese hombre tenía el mejor trabajo del mundo. En el descanso para comer se citaron en una de las cafeterías dentro del parque. Él les entregó una carpeta con documentos de aspecto oficial.

—Juno Spencer, verificadora de Bureau Veritas, UK. Mi nombre es demasiado *cool*, fácil de recordar —dijo Soni.

—He dado lo mejor de mí, jefa, no te quejes —respondió el hombre.

Alice comprobó la suya con el ceño fruncido.

—¿Olga Mijailova? Delegada cultural, catedrática por la universidad de San Petersburgo. ¡Soy demasiado joven! ¡¿Y no podías haber hecho uno de alguien que hable inglés?!

—No hiperventiles, Ally —respondió Soni—. Esto es únicamente para entrar y salir del país con otra identidad. Yo me presentaré en el museo, mientras tú tomas el sol en la piscina del hotel. Si todo va bien, no tendrás que hacer de Olga.

—¿Cuándo tenéis el vuelo?

—Pasado mañana.

Él cogió las pequeñas manos de Soni entre las suyas.

—Lo que vas a hacer es increíble. Lo que vais a hacer —rectificó, dirigiéndose también a Alice.

—Felicítanos cuando regresemos a salvo.

Alice les miró sorprendida. Él *sabía* el motivo real de su viaje a Egipto, y para qué usarían las dagas.

—Tu amiga debe pensar que sois las únicas en esto —dijo él, divertido.

—Alice, Bob conoce la situación. Somos muchos en esta causa. Lo malo es que también son muchos en el bando contrario.

—Baba me ofreció ser una de lo suyos. ¿Alguna pista de dónde será su ceremonia y qué significa eso de alcanzar su verdadera forma? Lo de robar las dagas será inútil si no averiguamos dónde se convertirá. O si ya lo ha hecho.

—Nuestros colegas hackers, entre los cuales se encuentra Bob, están peinando la red por noticias sobre picos de energía fuera de lo normal, luces en el cielo, movidas así. Donde quiera que sea, se producirán fenómenos extraños a su alrededor.

A Alice eso le sonaba muy poco convincente, pero no valía la pena discutir. Destruirían a Baba, aunque tomara la forma de un dragón.

Dos días después, Juno Spencer y Olga Mijailova aterrizaban en El Cairo. El día antes se habían abastecido de ropa para la misión, incluyendo sendos trajes de chaqueta para reuniones formales. De compras por Nueva York gastando el dinero de BabacatOMG, hubieran pasado por dos amigas de rebajas de enero.

En el hotel se registraron en habitaciones individuales. Soni en ningún momento se quitó la peluca que tapaba su color zanahoria tan reconocible. Aunque le gustaría ir de turismo en el tiempo que la arqueóloga se reuniera con la gente del museo, cuanto menos se dejara ver por las calles hasta obtener las dagas, mejor.

Falda por las rodillas y chaqueta color camel a juego con su peluca; blusa blanca de cuello redondo; zapatos con dos tonos de beige. Soni ensayaba ante el espejo su mejor acento británico mientras se hacía ajustes en el atuendo.

—¿Qué tal estoy? —preguntó, un poco nerviosa.

—Elegante y profesional. Lo justo para que el director te tome en serio y además te invite a almorzar.

—Oh, eso seguro —sonrió Soni—. El plan es convencerle de que las dagas que les ha donado un cazafortunas inglés son falsas. Es un pirata viejo rival de mi padre, así que no descarto que realmente lo sean. El director me las mostrará. Les haré fotos para que mi amigo

Hakim las replique en su impresora 3D.

—¿Cuándo darás el cambiazo?

—Elegí citarnos el viernes para imprimir las cuatro dagas durante el fin de semana. El lunes regresaré al depósito con Hakim, que hará el papel de técnico. Tontearé un poco con el guardia mientras él saca las réplicas y guarda las originales entre su equipo. Me marcho. Deséame suerte.

Alice combatió la ansiedad nadando en la piscina del hotel y relajándose en el spa. La especiada comida egipcia era deliciosa. Se llevó una bandeja de dulces a la habitación para acompañar la lectura de los documentos que Soni había reunido sobre su familia.

En sus orígenes, los Letissier fueron una familia rica e influyente. Aunque muchos perdieron la cabeza en los tiempos de la Revolución Francesa, los supervivientes a la escabechina lograron recuperar su fortuna de manera milagrosa. Se les acusó de tratos con el diablo y de celebrar misas negras en los subterráneos de la mansión. Su buena suerte en los negocios no podía ser natural.

En una hoja aparte había una lista con los nombres de rivales en los negocios muertos en accidentes o bajo circunstancias sospechosas. También hizo anotaciones sobre la mansión Letissier al lado de su dibujo en carboncillo. La descripción de su padre encajaba perfectamente con lo plasmado en el papel.

Las hojas con fechas más recientes databan del siglo pasado. Los últimos vecinos que habitaron los alrededores de la mansión Letissier denunciaron alaridos inhumanos en mitad de la noche y la presencia de muchos gatos. Los coros de maullidos eran prueba de que en esa casa moraban simpatizantes del maligno.

Leyó en diagonal una parte especialmente escabrosa que describía rituales con sacrificios humanos. Una ex criada al servicio de los Letissier lo contó en el sanatorio mental donde fue ingresada, antes de arrojarse por una ventana.

Alice suspiró. Después de las experiencias de las últimas semanas ese tipo de lectura le estaba alterando. Si no reunía el coraje de leer sobre sus antepasados, cómo pretendía enfrentarse a Baba.

En la última hoja encontró el dibujo de una gran sala con hombres y mujeres postrados ante la estatua de una diosa felina con una cuna de piedra a sus pies. Una cuna, o la cama de un gato. La pared del fondo estaba cubierta por un pórtico con jeroglíficos. Debía ser el lugar del sótano de la mansión descrito por su padre. Una sala de ceremonias.

Golpes de nudillos en la puerta.

Caminó silenciosamente por la moqueta y pegó el ojo a la mirilla. No había nadie al otro lado. Contuvo la respiración y abrió una rendija. La puerta se abrió de golpe, empujándola atrás. Al levantar el

brazo para defenderse fue cegada por el flash de la cámara.

—¡Jajajajaja! ¡Mira qué carita! —Soni se retorcía de risa mientras sostenía el teléfono vuelto hacia ella.

—¡Maldita loca! Entra.

—¡Entro, me deshago del disfraz y salimos de fiesta! —exclamó Soni.

—¿Has triunfado?

—¡Sí! Ese tío se tragó hasta la caña. El lunes tendré acceso a las dagas y "las analizaré" con el equipo de mi ayudante. Se las cambiaremos en sus narices. Hay que celebrarlo. Ponte la ropa más corta que tengas.

Soni se quitó la peluca y se cambió el traje por un top y mini falda que le quitaban quince años de encima. A su lado parecía una hermana adolescente.

Aunque al principio opuso cierta resistencia a aparcar las preocupaciones, el carácter efervescente de Soni era contagioso y al rato descubrió que ella también necesitaba unas horas de tregua y fingir que Baba no existía, ni que sus dos mejores amigos se encontraban en estado muy grave.

De vuelta en la habitación del hotel, Soni cayó rendida al momento. Mientras contemplaba la durmiente El Cairo por la ventana, Alice comprendió que la anticuaria intentaba fortalecer el vínculo entre ellas dos. Fuera, en alguna parte, un monstruo pronto recuperaría su forma auténtica y para destruirlo necesitaban estar unidas.

—¡Nonononononono! ¡No me vengas con esas, Hakim! ¡Dime que me estás vacilando!

La voz de Soni picoteó en su cabeza como un pájaro carpintero. Era de día y su compañera se movía frenética por la habitación mientras intercalaba palabras en inglés y árabe. Al colgar hizo ademán de arrojar el teléfono contra la pared. Pensándolo mejor, en su lugar buscó algún otro objeto que agredir. Se decidió por la maleta, a la que dio un par de puntapiés.

—¿Tu amigo no puede ir el lunes contigo?

—¡Peor! ¡Se le ha roto la maldita impresora! ¡Le dije que comprara una nueva, que yo se la pagaría! No tenemos con qué fabricar las réplicas.

—Y cuál es el problema. El del museo se creyó tu historia de que se las ofreció un timador. Cuando verifiques que son falsas, las retirarán de la exhibición.

—Sí, pero se las devolverán al inglés para ahorrarse la vergüenza de un juicio público. No van a tirarlas a la basura, ni mucho menos me permitirán a mí cogerlas.

—En ese caso, lo tenemos crudo.

Soni le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos.

—Alice, debemos recurrir al plan O.

—¿Plan O? ¿No te has saltado unas cuantas letras?

—O de Olga. Tienes hasta el lunes para convertirte en rusa.

Peluca de pelo negro recto con flequillo; traje caro y tacones demasiado altos; maquillaje de Barbie; expresión de desprecio en el rostro.

Se plantó frente al espejo y ensayó los básicos: *¡Hui!* (¡cojones!), *¡Mudak!* (¡gilipollas!) *¡Suka!* (¡puta!) *¡Pizdets!* (algo parecido a ¡joder!) *¡Blyat!* (algo peor que ¡joder!)

Agarró el pequeño bolso de Chanel y sacó un paquete de esos cigarrillos delgados como fideos. Ella, que siempre había repudiado ese vicio, tuvo que fumar todo el fin de semana por el bien de la misión. Le echó el humo a su reflejo mientras le decía *Blyat*.

Se puso las gafas de sol, también de Chanel. Nadie diría que era menos rusa que las que se bronceaban en la piscina del hotel.

Once y media de la mañana. Soni ya tenía que haber soltado la bomba de que las dagas eran falsas. Llamó a un taxi desde la puerta del hotel.

Al llegar a la dirección, respiró hondo. Encendió un cigarrillo y entró en el almacén sin presentarse e ignorando la protesta del vigilante, pisando fuerte con los tacones para que los presentes en la sala advirtieran su presencia.

—¡¿Qué hacer vosotrros con dagas sagradas de Viktor Lazarovic?! *¡Blyat!*

Alrededor de la mesa de trabajo con las cuatro dagas se encontraban Soni y su "ayudante" Hakim, otro miembro de seguridad y el director del museo, un hombre maduro de piel oliva, bien trajeado.

—Lo siento, señor Mansoud. Intenté detenerla, pero… —dijo el vigilante de seguridad a sus espaldas. El director levantó la mano para silenciarlo.

—*¡Pizdets!* ¡¿Nadie escucha qué hablo?! ¡¿Todos sordos?!

—Señorita, ¿quién es usted? —preguntó el director, confuso.

—¡Cómo quién soy! ¿No recibido correo? *¡Hui!*

—No…

—Yo Olga Mijailova, delegada cultural. —Sacó del bolso su identificación y una carta del ministerio de Educación.

—*Ajam*… ¿Y qué puedo hacer por usted señorita Mijailova?

—Disfrrutaba de primeras vacaciones en trres años cuando llama señor Viktor Lazarovic, CEO de Rusgas y amigo personal de prresidente de la Duma. Él sorprendido que dagas de familia Lazarovic

en *hui* museo Egipto. Vosotros devolver ya. *¡Davai!*

Soni se interpuso. La diferencia de altura entre las dos era más aguda con los tacones de Alice.

—Aunque estas dagas no sean originalmente egipcias, no es posible determinar que pertenecen…

—¡¿Qué hace *suka* americana con dagas de Viktor Lazarovic?! *¡Blyat!* —Alice espetó al director.

Soni se puso delante de ella, más cerca.

—No soy americana, ni tampoco puta. Soy escocesa. Por cierto, fumar aquí dentro podría estropear…

—Hablas esta lengua de *mudaks*. Vosotras todas iguales. —Alice dio una calada y le sopló el humo a la cara. Dejó caer el cigarrillo a sus pies y lo pisó con fuerza. Soni no se dejó intimidar y avanzó un paso, invadiendo su espacio personal.

—Señoritas, por favor, aclaremos este asunto… —dijo apurado el director del museo.

—No me fío de esta mujer —dijo Soni con la barbilla en alto—. Hasta mi sobrino podría falsificar esa documentación.

—*¡Repite eso, suka!* —hubo un momento de tensión cuando Alice levantó la mano. La bajó para abrir su bolso y pasarle su teléfono al director del museo—. Llame Viktor. Él dirá quién soy. Hágalo. *Davai*. Vamos.

El director del museo llamó. Tras varios tonos le respondieron. Pronunció el nombre de Olga y dijo varias palabras en inglés y ruso. Del otro lado de la línea se oían gritos airados. Apartó el oído.

—Lo siento, hablo muy poco su idioma. —Le devolvió el teléfono a Alice.

—*¿Viktor? Eta Olga. Net. Blyat. Da, da. suka Amerikanska. Da. Horosho, Viktor. Poka.* —colgó el teléfono—. Viktor Lazarovic dice reclamar a Duma. Ellos hablar con su gobierno.

—*¿Gobierno?* No, espere… Seguro podemos arreglarlo de otra manera.

Intervino entonces Hakim, el dueño de la impresora 3D rota que interpretaba el papel de técnico verificador. Mientras ellos discutían, él había buscado información sobre el dueño de las dagas. Pidió a Soni y al director que miraran la pantalla del portátil. En las redes sociales rusas había fotos del oligarca en un yate gigantesco y con coches de lujo. En imágenes de un año atrás mostraba orgulloso las cuatro dagas en una urna de su salón.

—Debieron robárselas… —murmuró Hakim.

Soni gruñó, fingiendo disgusto por el descubrimiento. Entonces ella señaló otra imagen del perfil social del magnate. Al pinchar en ella apareció en pantalla Alice en la cubierta del yate tomando el sol en *topless*. Los dos hombres tardaron un segundo de más en apartar la

mirada.

—*¡BLYAT! ¡APAGAR ESO!* —gritó Alice, con el rostro encendido. No necesitó fingir indignación, al no esperar que Soni usara esa imagen de entre los cientos que había colocado en la red durante el fin de semana para crear perfiles falsos de Viktor y Olga que sostuvieran su historia. Los compañeros hackers habían trabajado a destajo.

—Creo que hemos visto suficiente —dijo el director, incómodo—. Acepte mis disculpas y las del museo, por favor. Le devolveré lo que es suyo.

Le entregó las dagas dentro de un precioso estuche de madera.

—Mi vuelo esta tarde. Espero no problemas en aduana con esto —dijo Alice con un tono ligeramente más conciliador.

—Tome esta carta —le pasó una hoja oficial del museo—. Con ella la dejarán pasar. Llámeme si tiene cualquier problema.

—*Spasibo*. Usted bien hombre, no como… —hizo un gesto despectivo hacia Soni.

—Le pido un favor… personal. El marchante que nos vendió las dagas ha avergonzado a este museo. Si van a emprender acciones legales contra él, rogaría que no nos mencionasen.

—No preocupar. —Alice sacó otro cigarrillo del bolso que el director le encendió—. Viktor Lazarovic sabe cómo tratar ratas como él… —Entrecerró los ojos, dando a entender que el vendedor haría bien en huir del planeta.

Se marchó del lugar caminando con grandes zancadas y sin despedirse.

De vuelta en la habitación, Alice se pegó una ducha y preparó la maleta a toda velocidad. Le hubiera encantado quedarse una semana allí para visitar las pirámides y hacerse las típicas fotos de turista, pero no iba a tentar a la suerte y que alguien descubriera las grietas de la colosal mentira que habían diseñado durante el fin de semana. Abandonarían el país esa misma noche.

Soni la esperaba en el asiento trasero del taxi fuera del hotel.

—¡Jajaja! Brillante actuación. Por momentos he tenido ganas de pegarte.

—Y yo a ti. ¿Tenías que usar mi foto en tetas? —susurró Alice, pues no sabía hasta donde entendía el taxista.

—No seas quisquillosa. El pobre hombre merecía alegrarse la vista, por el disgusto.

—La próxima vez te toca a ti.

—Reconócelo, ha sido divertido.

En eso tenía que darle la razón. Alice aún temblaba por el subidón.

Mientras cenaban rollos de carne de cordero en un restaurante del aeropuerto, repasaron los siguientes vuelos disponibles.

—Llámame paranoica, pero creo que deberíamos volar a la costa

oeste y regresar a Nueva York por carretera, para no dejar un rastro tan claro. —dijo Soni—. Si lo deseas, investigaremos juntas dónde se celebrará la ceremonia.

—No regresaremos a Estados Unidos.

—¿Y eso?

—Porque no es allí donde está Baba. Me está esperando en París, en la mansión Letissier.

Capítulo Catorce

Pase lo que pase esta noche, quiero que sepáis que os quiero muchísimo. Soy muy feliz de haberos tenido cerca de mí. Sola nunca lo hubiera conseguido.
¿Existe algo después de la muerte? Ojalá mañana os trajera la respuesta a esa pregunta…

Soni iba a decirle algo, pero Alice le mandó callar con el dedo en los labios. Su compañera se tiró sobre la mullida cama de la lujosa habitación doble del Four Seasons de París. Brincó sobre el colchón haciendo burlas como una niña chica. Parecía mentira que tuviera treinta años.

Su madre respondió la llamada.

—¡Ally! ¿Qué tal estás? Desde que te compraste el móvil nuevo llamas poco.

—Un poco depre, mamá. Lo de Caleb, Norma… todo se me ha venido encima. Necesitaba cambiar de aires unos días. Esto te sonará raro: estoy en París.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea.

—¿En París? ¿No tienes clases?

—Sí. Hablé con mi tutor, el profesor Greenfield. Comprendió mi situación personal y no puso ningún problema. Me ampliará el plazo para entregar un par de trabajos. Él no es como la anterior.

—La señora que murió, pobre. Y cuenta: ¿de dónde vino esa idea? ¿Viajas con alguien?

—Sola. Es mi primera vez en Europa, por qué no empezar por los orígenes de nuestra familia. Era una elección fácil.

—¿Vas a visitar esa casa?

—Nah, paso. Haré turismo por la ciudad. Cuando me canse igual tiro para Londres o Barcelona.

—Tómate el tiempo que desees. Siempre estaremos aquí para ti.

—Lo sé —murmuró ella. Tenía que despedirse antes de que se le quebrara la voz—. Adiós, os quiero.

Soni la abrazó por la espalda.

—Vamos a ganar. No te agobies. De todos modos, lo tuyo es una teoría. Igual nos estamos equivocando y hemos venido para nada.

Diluviaba en París. Ese clima le daba mucho sueño. Se sentía amodorrada tras la abundante cena en el suntuoso restaurante del hotel. Cada bocado a la jugosa ternera le supo a última cena.

Llevaban una semana en la ciudad. Antes de dar el paso decisivo, el plan había sido discutido al detalle. El día siguiente marcaría su vida, para un lado o para el otro.

—Estoy segura, fui una boba por no verlo antes. ¿Por qué Baba me eligió a mí? Una rama de la familia Letissier tiene la capacidad de abrir brechas entre dimensiones y comunicarse con los del otro lado. Mi padre descubrió la sala de ceremonias en el sótano donde Baba liberará su auténtica forma y romperá la restricción de poder en nuestro mundo. Necesita a un Letissier para abrirle el portal. Mi padre se negó. Yo soy la siguiente en la línea.

—Entonces tu antepasada Pauline huyó porque no quiso a ayudar a Baba. Dentro de la locura que es todo esto, tiene sentido. ¿Cómo habrá venido a París?

—Con alguien que aspire a obtener sus favores. Igual que los vampiros tienen colaboradores.

—Entonces las dagas serán nuestras estacas. Para los humanos tengo otro antídoto.

—¿la mochila que te ha dado tu amiga? —señaló la bolsa deportiva apoyada contra la pared.

Soni conocía gente en todas partes, y muchos compartían su cruzada. Antes del almuerzo una mujer en chándal había dejado su mochila en el banco de un parque que inmediatamente fue recogido por Soni. No cruzaron palabra durante el intercambio.

Su compañera se moría de ganas por abrirla.

—Cierra los ojos.

—Oh, por favor… —Alice chasqueó la lengua.

—No seas aguafiestas. Dame un par de minutos.

Pasado el tiempo, abrió los ojos. Segundos después, se agrandaron como los de un pez.

—¿Qué opinas? —preguntó Soni, orgullosa.

—Que estás chalada. ¿Piensas ir así por la ciudad?

Alrededor de sus muslos había atado sendas correas de cuero de las que colgaban dos pistolas, con las cartucheras también enganchadas a su cinturón por medio de otra tira.

—No, tonta. Usaré riñoneras bajo el abrigo. Pero me hacía ilusión ponérmelas así.

—¿Son pistolas de verdad?

—Claro. Baba te confirmó que habría seguidores suyos en la ceremonia. No permitirán que te acerques. ¿Cómo vamos a abrirnos paso? ¿Con palabrotas?

—¿Has disparado alguna vez a alguien? Pregunta seria. Si llevas

pistola, más vale saber usarla. Esto no es un juego.

Soni apartó la mirada. Otro recuerdo traumático asomaba por la superficie.

—A los nueve años disparé a un hombre en una expedición en África, un mercenario belga al que mi padre iba a denunciar por sus crímenes; ese bastardo intentó clavarle un cuchillo mientras dormía en el campamento. Lo vi y le disparé por la espalda. Le rozó el hombro, lo justo para que mi padre se despertase y le dejara fuera de combate. Sé lo que hay en juego mañana. No fallaré.

—Ninguna de nosotras fallará.

Alice apagó la luz. El ruido de la lluvia era el único sonido en esa ominosa oscuridad. Debió haber comprado pastillas para dormir en la farmacia. En los días que habían pasado juntas se había familiarizado con la respiración de Soni lo bastante bien para adivinar que ella tampoco dormía. Como si le hubiera leído el pensamiento, su compañera habló en voz baja.

—Hay una cosa que no cuadra.

—Ojalá fuera una solo.

—Me contaste que en el sueño Thymora era una mujer, no un gato.

—Gafas de ojos de gato y aire felino, pero era una mujer. Yaga sí era un gato. ¿Dónde está el problema?

—Me preguntaba por la *auténtica forma* que Baba pretende adoptar.

—He visto reflejos de ese monstruo. Se tragó la cabeza de Norma y le salió otra boca de la cola. Norma vio a un demonio en la pista de hielo. No quiero imaginar cuando esa cosa se haga plenamente física en esta dimensión.

—Eso es lo que me escama. Los nueve han permanecido en la sombra durante siglos. Si de la mansión sale un monstruo de película, se le echará encima la policía, el ejército, alguien.

—He leído que pueden viajar entre brechas. Eso explicaría cómo apareció y desapareció el que mató a tus padres. El collar que Thymora le puso a Baba le impide usar este modo de "viaje rápido". La única manera de acabar con ella es destruyendo cuerpo y espíritu con un arma especial. Y el momento será justo cuando se libere del collar y veamos a la auténtica Baba.

—Es muy poco margen.

—Para mí… y para ella. Consígueme ese instante junto a Baba y la mandaré al infierno del que procede.

Alice estiró la mano al espacio entre las dos camas. Como si sus mentes estuvieran conectadas, Soni se la cogió.

Estaban listas.

La sorpresa es un elemento clave. Y no hay mejor manera de

sorprender que jugar con cartas cuya existencia desconoce el rival.

Baba conocía a Alice. Primero trató de seducirla haciéndole ganar mucho dinero, una promesa de riquezas futuras si aceptaba ser su colaboradora. Al rechazarla, le hizo creer que la dejaría en paz, para acabar despidiéndose con una broma macabra que casi cuesta la vida a sus amigos.

Había dos modos de que Norma recuperase la cordura: matar a Baba o ponerse a su servicio. Con eso iba a chantajearla su enemiga. Por voluntad propia o forzada, Alice viajaría a París para abrirle la sala secreta de la mansión Letissier, donde se hallaba el portal que conectaba con el mundo de Baba. De allí obtendría un poder no conocido por los hombres.

Con todo ello contaba su adversaria, porque conocía bien a Alice. Pero no a Soni. La arqueóloga era la carta secreta en el mazo, la que le concedería ese resquicio por donde introducir la daga hasta el corazón.

La única parte del plan que Alice ejecutaría en solitario era sencilla: concertar una cita.

Se puso vaqueros, zapatos deportivos, sudadera y abrigo impermeable en cuyo bolsillo interior escondía un cuchillo de cazador. Bajo la sudadera, una correa de cuero sostenía las dagas enfundadas, dos en cada costado, disimuladas bajo la ropa.

De esa guisa y chorreando por el aguacero se presentó a las seis de la tarde en el bufete de abogados donde veinte años atrás intentaron convencer a su padre para aceptar una herencia. Durante la semana les había estado observando. A esa hora quedaría poca gente en las oficinas. Anduvo directa a recepción.

—Quiero ver al dueño de este antro.

—¿Tiene usted cita? —preguntó con sarcasmo la recepcionista, escrutándola de arriba abajo— El señor Guerin no atiende fuera de hora…

Alice puso la hoja del cuchillo de caza a un palmo de la cara de la mujer, que gimió como un perrito.

—El señor Guerin sí atiende. Dígale que Alice Letissier esta aquí. Seguro que ocurre un milagro y aparece un hueco en su agenda en aproximadamente… —consultó su reloj— tres minutos. *Allez!*

La mujer agarró nerviosa el teléfono y pulsó la extensión del director.

—S-señor Guerin, aquí hay u-una j-joven. Alice Leiter…

—*Letissier*.

—Letissier. D-dice… ¿Sí? ¿Seguro? ¿No quiere que…?

—*No, no quiere que llame a la policía* —Alice acercó el cuchillo a su cara—. Ni tú tampoco. Creo que tu jornada laboral ha terminado. —La mujer se escurrió fuera del despacho. Alice se asomó a la puerta tras

ella—. ¡Oiga, se deja el paraguas!

Tenía mérito haberse esfumado tan rápido con esos tacones. No disfrutó de su acto de intimidación, necesario para que el capullo que esperaba en el despacho se tomara en serio cada una de sus palabras. Y para que entendieran que recurriría a la violencia, si la empujaban a ello.

Fue recibida por un hombre de aspecto distinguido, piel bronceada de rayos uva y pelo canoso. Alice se acomodó en el asiento de cuero sin desprenderse del impermeable.

—Le ha dado un buen susto a Camille —dijo él, con tono tranquilo.

—Así aprenderá a poner mejor cara a los clientes. Sobre todo, a los que vienen a reclamar treinta millones de euros.

—¿Entiendo que cumplirá con los términos del difunto señor Letissier?

—Quiero que transfiera los fondos a esta cuenta —Alice puso sobre la mesa una cuartilla con el número de la cuenta que compartían sus padres—. Deme el documento y firmaré de inmediato. Llevan redactados veinte años, así que no se demore.

Él abrió un cajón con llave y extrajo una carpeta. Alice firmó todas las hojas, incluyendo la de la comisión de cinco millones para el bufete. Se la devolvió al abogado, que la metió de nuevo en el cajón.

—Listo. El ingreso tardará unos días en hacerse efectivo. —Aunque había ganado una fortuna, el director Guerin ni siquiera pestañeó. Era evidente que en esa transacción el dinero no era importante para ninguno de los dos. Sus siguientes palabras lo confirmaron—. En cuanto a la casa… ¿qué piensa hacer con ella?

—Llame al lacayo con quien esté Baba y dígale que a las ocho nos esperen a las puertas de la mansión Letissier. Ni se le ocurra fingir que no sabe de lo que hablo. Esto acaba esta noche.

—¿Que *nos* esperen?

—Usted viene conmigo. Le complacerá hacer de guía para una joven turista recién llegada a París. Arreando.

El abogado levantó el teléfono y pronunció «hoy a las ocho». Sí, la estaban esperando.

La calefacción dentro del Mercedes acompañada del repiqueteo de la lluvia incesante la indujeron en un sopor de lo más inoportuno. En breve se decidiría su futuro, el de Norma y el de más personas envueltas en esa locura. Sus sentidos debían estar tan afilados como los del cuchillo a escasos centímetros del asiento de conductor. El abogado la observaba por el espejo retrovisor.

En ningún momento consultó su teléfono para comprobar si Soni le había escrito, ni para confirmarle del éxito de esa parte de la misión. Lo daban por asumido, porque no tenían más opciones. Esta vez no

había un plan B, ni ninguna otra letra para salvarles en caso de fracasar.

¿Cómo reaccionarían sus padres al notificarles el banco que eran millonarios? ¿Y al no contestar ella sus llamadas? Se tendrían que enterar por otros de que nunca volverían a verla. Así lo había dispuesto, si ocurría lo peor. Se secó una lágrima que pretendía escapar de su ojo.

Enfócate, Alice. Baba es lo único que importa.

—No tiene por qué acabar mal —dijo el conductor, hasta entonces silencioso—. Cuando Baba se nos revele en toda su gloria, comprenderás que la resistencia es inútil.

—¿Qué te ha prometido? ¿Hacerte aún más rico? ¿No necesitar viagra?

El abogado rio.

—Vamos hacia un nuevo orden mundial y el de Bastet es el equipo ganador, Alice. Los demicats y sus herederos están en todas partes. Son una fuerza imparable. Has visto lo que ella es capaz de hacer. Imagina ese poder en tus manos. Ser los primeros magos en un mundo sin magia.

—Fracasaréis. —No se le ocurrió ninguna razón con la que adornar su sentencia. Su proclama sonó débil e ingenua.

El coche se detuvo al final de la estrecha carretera de tierra que desembocaba en la parcela de la mansión Letissier. La escalinata frontal estaba iluminada por velas colocadas en los extremos de cada escalón; igualmente con las ventanas y barandillas a lo largo de toda la fachada. Alguien había preparado la escena minuciosamente.

Al menos treinta figuras embozadas les recibieron haciendo un pasillo. Vestían túnicas oscuras con capuchas de orejas tiesas y máscaras de gato. Alice se hubiera reído de esos disfraces si la situación tuviera la mínima gracia. Los allí reunidos eran más de los que habían previsto.

Al salir del coche notó que la lluvia había cesado. Extraño, porque a su alrededor oía gotas sobre las copas de los árboles, resbalando por las hojas hasta el suelo. Anduvo varios pasos en la dirección de donde habían venido. Ahí fuera estaba lloviendo. Estiró la mano, que en seguida recibió una ducha. Al recogerla dejó de caerle agua encima. Por encima del miedo, comprender que la parcela entera estaba cubierta por una especie de burbuja invisible la dejó pasmada.

Guerin le habló con un tono paternalista que le dieron ganas de abofetearle.

—Increíble, ¿verdad? Esta mansión fue edificada sobre una brecha. Baba reveló el lugar a tus ancestros. Las leyes de la física son moldeables aquí. Imagina extender ese poder al resto del mundo. Imagina que pudieras detener la lluvia con el pensamiento.

—Lo imagino. Y es horrible.

—Con el tiempo lo aceptarás, dulce Alice —dijo una desagradable voz femenina entre humano y animal.

Baba era transportada en brazos de un hombre regordete con traje barato. No cabía duda de que él la había traído desde el otro lado del mar.

—Profesor Greenfield, *qué sorpresa* verle aquí —espetó Alice, ácida —. ¿Desde cuándo es usted marioneta de este monstruo?

—No puede oírte —respondió Baba. Mirándolo de cerca, su profesor tenía la mirada perdida y la boca entreabierta—. Permíteme que yo te conteste. Hace mucho prometí al señor Greenfield una cátedra en la universidad de Alto Paraíso. Él ha velado por ti. Ha sido un leal colaborador… casi hasta al final. Por desgracia, se tomó muy mal lo de tus amigos en el palacio de hielo y su fe en mí se resquebrajó.

—Vas a matarle.

—Daré propósito a una vida triste y gris. Hace años él quiso suicidarse. Esta noche me prestará un último servicio. Es la hora.

Baba acarició con la pata el rostro del profesor, que dio media vuelta y caminó hacia la mansión. Alice les siguió, acompañada por el cortejo de adoradores. Le hicieron el pasillo hasta la puerta principal, donde el abogado le cedió las llaves con un irónico gesto galante.

—Haga usted los honores, *mademoiselle* Letissier.

Al girar la llave en la cerradura y encender las luces, Alice fue transportada a otro tiempo. Aunque la casa había sido modernizada para acoger a nuevos inquilinos, sus sentidos recogían los rastros de antiguos residentes que dejaron su impronta vital entre esas paredes. Oyó voces de otras eras; risas, llantos, discusiones. Cánticos. Maullidos.

Descendió los escalones al sótano con Baba en brazos del profesor a modo de trono. Tras ellos, la procesión de invitados a la ceremonia.

Su olfato captó olores presentes y pasados. El vino de las barricas cuyos efluvios le provocaban la cabeza ligera; madera barnizada; incienso. Sangre. Su esencia metálica le inundó las fosas nasales. Con cada escalón el desagradable regusto se le pegaba más al paladar. Por un momento sus ojos le mostraron un canal carmesí bajando por las escaleras y al pisarlo ella dejaba sus huellas en el suelo de piedra.

El sótano era tal como contó su padre. Recordando su relato, estiró la mano hacia una de las paredes. La atmósfera a su alrededor se hizo más densa, cargada de energía. El muro perdió solidez hasta adelgazar como una telaraña. Al posar las dos manos le sobrevino una repentina náusea. Dentro de su cabeza se produjo un *reajuste*, como si le hubieran dado un buen meneo al cerebro. Frente a ella se abría un estrecho pasillo. Se giró hacia Baba.

—Al fondo está la sala de ceremonias. No me moveré de aquí hasta que liberes a Norma de tu control.

—De acuerdo. De todos modos, ella me aburre. Su único propósito era atraerte hasta aquí.

—Necesito pruebas de que cumples.

—Pega tu cabeza a la mía.

Al chocar sus frentes Alice vio la realidad a través de un filtro más oscuro. De la cabeza de Baba salían delgados hilos luminosos semejantes a los tentáculos de una medusa. Uno de ellos conectaba con la frente del profesor Greenfield. El resto se extendía hacía los congregados en la mansión y mucho más allá. Uno de los hilos brilló con mayor fuerza. Al acariciarlo con la yema del dedo Alice visualizó a Norma, agitada en la cama de su habitación del manicomio. Baba sacó sus uñas y delicadamente cortó el hilo. Su amiga dejó de removerse. Dormía apacible.

—Supongo que dices la verdad. Sígueme —dijo Alice.

Avanzaron en línea por el pasillo que conducía a la sala de ceremonias. Casi tan grande y alta como el interior de una iglesia, era imposible que esa estancia y el resto de la mansión coexistieran físicamente en una misma realidad. Al no haber asientos los seguidores se repartieron desordenadamente por la sala, dejando libre la zona con la estatua de la diosa felina con la cuna de piedra a sus pies.

El profesor Greenfield posó a Baba en el suelo. Esta se subió a la cuna y se dirigió a todos los reunidos, después de que entrara un último rezagado.

»Bienvenidos, mis fieles. Al fin me muestro ante vosotros tal como fui antes de cruzar el umbral a este mundo. En breve, Alice abrirá el portal detrás de mí y absorberé la energía del Flujo que me devolverá mis antiguos poderes —señaló el pórtico de piedra escarbado en la pared con jeroglíficos egipcios y otros símbolos en el marco—. Gracias a vosotros hoy me libro de este maldito censor. —El pequeño ónice del collar se partió, abriendo el anillo de metal alrededor del cuello de Baba.

Se oyeron murmullos entre el público. La gata empezó a crecer, estirando sus huesos y músculos como en un vídeo acelerado de las primeras semanas de un animal recién nacido. Se levantó a dos patas a la altura de un canguro con la cola como apoyo y de la cabeza brotó una melena leonina.

A su pesar, Alice tenía que reconocer que el espectáculo era impresionante, además de aterrador. Le sudaban las manos, nerviosa porque se acercaba el momento de actuar.

Baba continuó su discurso con voz más humanoide.

»Quiero dar las gracias a mis mejores colaboradores: el señor

Sebastian Guerin, cuyo bufete ha cuidado de esta mansión y las finanzas de los Letissier durante décadas. Además de traerme un regalo muy especial.

El aludido se postró ante ella y sacó del bolsillo un par de colgantes con una pequeña joya engarzada.

—Aquí tenéis, mi señora. Hemos invertido mucho tiempo y recursos para conseguirlos. Dos lágrimas de Ankh, instrumentos de resurrección para vos y vuestro futuro consorte en este mundo. —Puso un colgante en cada mano de la estatua de la diosa gatuna y volvió a su sitio dentro del grupo.

Baba asintió satisfecha.

»También quiero agradecer al profesor Garret Greenfield, quien me trajo desde los Estados Unidos y ha mantenido siempre un ojo vigilante sobre la última Letissier. Por favor, dadle un aplauso. Es lo que ha deseado toda su vida.

El público aplaudió al profesor, que en ese momento pareció recuperar un poco la consciencia. Sonreía con los ojos cerrados.

»Por último, la más importante, la estrella de esta función: Alice Letissier, sin la cual no estaríamos aquí reunidos. Acércate, dulce Alice.

Dentro de su cabeza lo había ensayado un millón de veces. Impulsándose hacia delante, sacó las dagas de debajo de la sudadera y clavó una en carne blanda, hasta el fondo. Su mano se empapó de sangre.

Iba a hundir la otra cuando la información recogida por sus ojos llegó al cerebro: el apuñalado era el profesor Greenfield, que se había interpuesto entre ella y Baba, deteniendo la daga con el pecho. Al sacarla, él se derrumbó como un fardo.

Alice saltó con las dagas por delante, directas al torso de Baba. Su enemiga la esquivó poniéndose a cuatro patas y con la cola endurecida le pegó con fuerza en los tobillos, lo que hizo que se tambaleara. Sin darle un respiro, la derribó con un cabezazo en la cadera. Aun despatarrada, tiró tajos a uno y otro lado que Baba evitó con facilidad.

La felina le rodeó el cuello con la cola en un apretón asfixiante. No la soltó hasta que estuvo al borde del desmayo. Tras arrebatarle las dagas hizo indicaciones a sus hombres para que se las llevaran del escenario.

Otro enmascarado la levantó bruscamente. Alice tosía y se llevaba las manos al cuello dolorido. Baba reanudó su discurso como si lo hubiera interrumpido para matar un mosquito.

»Como iba diciendo, agradezco a Alice Letissier por reunirnos aquí esta noche, y también por traerme las dagas de Yegael, una de las pocas armas a las que soy vulnerable.

—¿Lo sabías? —preguntó Alice con voz ronca.

—Hemos pasado tiempo juntas, mi dulce Alice. Adiviné que Thymora te hablaría de esas dagas. Es su estilo susurrar en sueños, introducir ideas estúpidas en las cabecitas de la gente. Te has endurecido. Quién lo hubiera dicho, con el miedo que me tenías. Aunque no estaba segura de que intentaras matarme, me guardé la carta de tu profesor. No he sobrevivido tantos siglos para ser sorprendida por una chiquilla.

Alice se apoyó contra el pórtico en la pared, aún con las piernas flojas.

—Tienes razón. Es difícil que una chica como yo te sorprenda. Pero… ¿y si son dos?

—¿Dos?

Una voz estridente les hizo girar la cabeza hacia un lado de la sala.

—¡Las manos arriba! ¡Y como algún jodido capullo se mueva, me cago en la leche, me pienso cargar hasta el último de vosotros!

Disfrazada como un cultista más, Soni se había separado del resto hasta situarse discretamente frente a la zona de ceremonias. Les apuntaba con las dos pistolas.

Baba se dirigió a la intrusa que se había colado sin permiso en el orden del día.

—¿Y a ti qué se te ha perdido por aquí?

—Siempre he deseado decir esa frase —respondió Soni con una risa nerviosa—. Sobre qué hago aquí, he venido a joderte la fiesta. Yo soy el plan B.

Baba rio.

—Parece correcto, si la B es de bufón. Con esos juguetes solo me harás cosquillas.

—Lo sé. No son para ti. —Las pistolas apuntaron hacia el pórtico de la pared al fondo. En el centro de la diana estaba Alice.

Baba miró alternativamente a una y otra, confusa. Su melena se erizó.

—¿Qué clase de broma es esta?

—Creo que lo sabes. Para discutir nuestro asunto más tranquilas, ordena a tus esclavos que no hagan ningún movimiento brusco o apretaré el gatillo.

Baba dibujó un semicírculo en el aire y sus adoradores se sentaron en el suelo con la cabeza gacha.

—Baja la pistola.

Soni bajó una. La otra seguía apuntando a Alice.

—Me alegra que hayas entendido la situación. Sin Alice no hay entrada a este lugar, ni tampoco salida. Si la mato, esta será nuestra tumba.

—¿Estás dispuesta a matarnos a todos? ¿Tú también, Alice? No te creía una suicida —preguntó Baba sin perder de vista el arma—. Si no

has disparado aún es porque quieres negociar.

Soni caminó entre los cultistas aletargados en el suelo. Se detuvo a unos metros de Baba y Alice sin bajar la pistola que sostenía firme con las dos manos.

—La alternativa es que te largues por ese portal. Si no he oído mal, Alice puede abrir una brecha por donde regresar a tu mundo.

—No tengo idea de en qué época apareceré o si mi cuerpo físico se habrá desintegrado. Yaga es quien domina el viaje entre brechas. Para mí, el riesgo es inaceptable. Además… le he cogido gusto a este mundo.

—En tal caso, está todo dicho. —Dio un par de pasos hacia Alice, con la diana en su corazón.

—¡No! —exclamó Alice—. Soni, p-por favor… ¿no podemos discutirlo? Debe haber otra manera… ¡No quiero morir!

—¡No es momento de rajarse, Alice! ¡Ella debe abandonar este mundo, de un modo u otro! —chilló Soni.

Durante el intercambio entre las dos chicas, Baba había flexionado sus patas discretamente, preparando un impulso más rápido que una bala. En el instante que Soni dejó de mirarla, se abalanzó.

La violenta acometida arrojó a Soni contra el suelo y la pistola salió despedida. Baba le arrebató la otra, aplastando el acero en una exhibición de fuerza. Le dirigió una sonrisa llena de dientes muy afilados.

—Error de cálculo, pequeñaja. Tu amiga no es tan decidida como pensabas, ni yo tan lenta.

—¿Conoces el truco del cambiazo, Baba? —preguntó Soni con una sonrisa dolorida.

—Cuéntamelo, y después te dibujaré otra estúpida sonrisa en la garganta.

—Mejor que te lo cuente Alice. Fue idea suya.

Baba se volvía justo cuando Alice le hundió dos dagas en el torso. El chillido provocó que sus adoradores se retorcieran en una horrible agonía, boqueando y con espasmos.

—El truco —aleccionó Alice con el índice en alto— consiste en hacerte creer que me quitaste las dagas auténticas en vez de unas réplicas. Soni y yo escondimos las de verdad hace una semana, tras ese portal. Nos subestimaste. Y por eso has perdido.

Baba se desintegraba. Su cuerpo se empequeñecía, mechones de piel esparciéndose por el piso en un repulsivo miasma.

Soni recuperó las dagas que Alice le había clavado, y las otras tras el dintel del portal. De pronto, se produjo una fuerte sacudida que agrietó las paredes y el suelo. Costaba mantener la verticalidad, como si anduvieran por la cubierta de un barco en medio de una tempestad.

Baba se arrastraba con un brillo dorado en los ojos.

—*¡ATRAPADLES!* —rugió a sus esclavos.

Soni no dudó en abrir fuego contra los primeros hombres que se acercaban. La habitación volvió a temblar, colapsando la estatua de la diosa felina.

Al apartarse de su trayectoria, Alice tropezó, yendo a parar dentro de la cuna de piedra. Algo le agarró el tobillo con fuerza. El monstruo gatuno en descomposición reptaba por su pierna, atrapándola con los muñones de sus patas delanteras, las únicas que le quedaban. Al intentar quitársela de encima, los dedos de Alice se hundieron en la carne. Gritó de puro asco. Con un impulso, Baba pegó su cabeza a la suya y abrió una boca sin dientes. Llamas doradas bailaron en el interior de su único ojo…

Se produjo un fundido en blanco y una breve falta de continuidad en su conciencia, durante la cual temió quedarse ciega. Cerca oía gritos, disparos y el estruendo de la tierra masticando la sala. Al aclararse su visión encontró la mitad del cráneo partido de Baba sobre su pecho. Sus tejidos disueltos se extendían por toda la cuna.

Soni la ayudó a ponerse en pie. Al cortarse el hilo mental con el que Baba controlaba a sus siervos, la mayoría dio vueltas por la habitación como autómatas con una programación defectuosa. En seguida llovieron chorros de tierra y cascotes. Salieron al pasillo justo antes de que la habitación se plegara sobre sí misma aplastando a todos en su interior.

El grito triunfal de las chicas murió en sus labios con la realización de que la *casa entera* se venía abajo. Soni tiró de las dos escaleras arriba. En el último escalón llegaron a tener los talones en el aire al colapsar el piso inferior.

Como velocistas traspasaron el umbral de la puerta de entrada. A sus espaldas la tierra eructó groseramente después de tragarse una casa de tres pisos. Soni la empujó dentro del Mercedes y pisó a fondo la marcha atrás para salir de la parcela de tierra engullida por la brecha súbitamente energizada por la destrucción de Baba.

Aunque estuvieran fuera de peligro, tenían unas pocas horas antes de que la noticia saltara a los medios y alguien las relacionara con ese desastre. El objetivo inmediato era limpiarse las heridas, recoger las cosas y salir en el primer vuelo disponible. Se marchaban a casa.

Exhaustas, durmieron la mayor parte del viaje de vuelta. En sueños Alice revivió los acontecimientos de esa noche con un final diferente, en el que caía por un oscuro pozo abierto en la tierra por la fractura, perseguida por los ecos de la risa de Baba.

Tuvo extrañas visiones en las que ella era una de los ocho magos discípulos de Thymora, quien les enseñó a romper las reglas que mantienen cohesionada la realidad. Ese afán de conocimiento provocó

que la Orden a la que pertenecían les expulsara y fueran proscritos.

La maestra recurrió a una técnica para que sus conciencias huyeran donde nadie les encontraría. ¿El inconveniente? En esa época, los únicos seres vivos compatibles como anfitriones eran los gatos. Pasarían muchos siglos antes de que eso cambiara.

No tenía una idea clara de qué día era, ni cómo llegó a esa casa. Su memoria reciente sufría lagunas.

Tirada en la cama con un hambre atroz, echó un rápido vistazo al calendario del móvil. Había dormido cuatro días. Tenía muchos mensajes y llamadas perdidas. No iba a contestar ninguno hasta que su mente se despejara.

En la cocina asaltó el frigorífico, devorando cualquier cosa lista para comer. Lamentó amargamente que hubiera tan poca carne. Remató el almuerzo con un terrón de azúcar que al fundirse en su boca le encendió todas las luces en el cerebro.

De mejor humor, entró al baño para darse una ducha muy caliente. Antes hizo una parada frente al espejo. Moderadamente satisfecha con su reflejo, se palpó el cuerpo con curiosidad. Las heridas de París habían cicatrizado. Quizá se hiciera un cambio de *look*. El peinado, seguro. Deseaba un cabello más largo y exuberante. Se sentía una mujer nueva. *Era* una mujer nueva.

Tras ducharse se puso la única ropa de casa que le pareció aceptable entre tantas baratijas. Tendría que renovar el armario por completo.

Consultó los mensajes. El más reciente era de Norma. Pronto iban a darle el alta. Se acabaron las pesadillas, había dejado de ver gatos monstruosos.

Caleb salió del coma, pero el camino de la recuperación sería arduo.

Muchos mensajes y llamadas de papá y mamá, confusos tras descubrir que eran millonarios. Les preocupaba no haber tenido noticias desde la última conversación en París.

Más de Soni, preguntando si estaba bien.

En lugar de responder, encendió el portátil y regresó al borrador que estaba escribiendo antes de lo ocurrido en la mansión Letissier.

Fue interrumpida por la vibración del teléfono. En la pantalla decía Soni. Tras pensarlo un momento, aceptó la llamada.

—Buenos días, Soni.

—¡Alice! Por fin te pillo. Dios mío, ¿cómo estás? Estuve por llevarte a un hospital en cuanto aterrizamos.

—Bien que no lo hicieras. No es más que cansancio. Demasiadas emociones fuertes. ¿En qué puedo ayudarte?

—*Uuuuh*, qué seria estás. Me recuerdas a Olga.

—¿Olga? —Apuntó el nombre en una hoja de papel. *Qué letra más fea tengo*, pensó.

—Aparte de preguntar cómo estás, quería contarte sobre lo que me pediste, la relación de tus ancestros con Baba.

—Sinceramente, no me interesa. Quiero pasar página. El pasado es pasado.

—Sí, te comprendo. Pero es muy importante. Tú escúchame, ¿vale?

—Escucho.

—La estatua de la diosa gata y la cuna en esa sala me ha tenido comiéndome la cabeza. Esa movida de la ceremonia no tenía sentido para mí. He descubierto que el dueño de la mansión murió más de treinta años antes de que el bufete llamara a tu padre.

—¿Y?

—Pues que esperaron a que tu madre se quedara embarazada *de una niña* para llamarle. Alice, tu padre no era quien les interesaba, sino tú. La primera niña Letissier nacida en cuatro generaciones desde tu tatarabuela Pauline.

—¿Y para qué me querrían a mí?

—Para lo mismo que querían a tu antepasada. Por eso sus padres la subieron a un barco a Canadá. Tú misma me dijiste que Thymora era humana, no una criatura de fantasía. Sus discípulos también debían serlo. Por tanto, la "auténtica forma" de Baba era la de una mujer. Y para convertirse, ella necesitaba a una persona genéticamente compatible para servirle de anfitriona. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Se quedó callada por un instante, pensando en las implicaciones de aquello.

—Tienes razón, esto es importante. Me gustaría que lo habláramos en persona.

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Claro. Vente una temporada a mi casa. Iremos a la playa donde jugamos al voleibol con esos tíos buenos.

—Sí. Será divertido.

—No traigas mucho equipaje. Me avisas y te recojo en el MIA.

—¿MIA?

—Aeropuerto Internacional de Miami. El mismo que la otra vez.

—Ah, sí. Por supuesto. Arreglo unas cuantas cosas por aquí y concretamos el día.

—M-me encantaría volver a verte. No sabes cuánto —añadió Soni, sorbiéndose la nariz.

—Soni, ¿ocurre algo? De pronto tu voz suena como ahogada. ¿Estás llorando?

—Me he emocionado un poco al oírte, nada más. *Alice*… tú eres una mujer fuerte. Y muy valiente. Por eso venciste a ese monstruo.

Nunca te rindas. Nunca dejes de luchar. *Por favor*.

—Gracias por tus palabras, Soni. Yo también deseo verte. Hasta pronto.

Tras colgar, se quedó pensativa. Intentó recordar algo de la semana anterior, mas fue en vano. Lo apuntó en su lista de tareas. La primera de ellas, acabar el borrador que empezó a escribir en París.

Con las manos sobre el teclado, puso en orden sus pensamientos. Se preguntó cómo reaccionarían cuando leyeran su mensaje.

Todo ha salido terriblemente mal.

Si estáis leyendo esto, significa que estoy muerta. No muerta en el sentido metafórico de la palabra, o que mi carrera esté muerta. Ni tampoco casi muerta.

NO

Si estáis leyendo esto, estoy genuinamente muerta, al 100%. Os quiero demasiado para bromear sobre algo así. Cuando supe la dolorosa verdad a la que tenía que enfrentarme, sentí miedo como nunca en mi vida.

Pase lo que pase esta noche, quiero que sepáis que os quiero muchísimo. Soy muy feliz de haberos tenido cerca de mí. Sola nunca lo hubiera conseguido.

¿Existe algo después de la muerte? Ojalá mañana os trajera la respuesta a esa pregunta. La veterinaria dice que mi enfermedad en el riñón es el final de esta vida y el comienzo de algo nuevo.

Ya se cierran mis ojos cansados. Ronroneo arropada por vosotros, mis dulces seguidores. Me despido con el último vídeo del canal: ***Una esfinge en París***

Muchas caricias y mordisquitos,
Baba

EL CISMA DE LOS NUEVE

Accio, costa de Grecia, año 31 a.C.

Pasado el medio siglo de vida, Marco Antonio no le tenía miedo a la muerte. Después de todo, un general del ejército romano con su historial en guerras civiles y extranjeras, leal servidor de Julio César y esposo de la mujer más extraordinaria del mundo conocido, podría morir ese mismo día con la seguridad de haber inscrito su nombre en la Historia. Se compondrían poemas y obras de teatro en su honor. Cualquier compatriota se hubiera cambiado por él.

Incluso Octavio, el hombre que estaba a punto de vencerle en la guerra por quién gobernaría el futuro imperio. La batalla de Accio estaba perdida y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. De las casi trescientas naves con las que compareció en el golfo de Ambracia, apenas sesenta escaparon a la masacre.

Tantos buenos hombres en el fondo del mar por su mala previsión. Sus buques eran fortalezas flotantes, mientras que la armada de Octavio contaba con embarcaciones más ligeras y maniobrables, que flanquearon a las suyas y les atacaron con armas arrojadizas, para después abordarlas y combatir cuerpo a cuerpo. No se habían preparado para esas tácticas de guerra.

Le quedaba el consuelo de que su amada Cleopatra logró huir de vuelta a Egipto. Él también había salido de aguas peligrosas, escoltado por el resto de su flota. Si los dioses les sonreían, quizá estuvieran a tiempo de reagruparse en tierra firme antes de que Octavio lanzara sus legiones contra Alejandría.

«Te estás engañando. No has perdido la batalla, sino la guerra. Es tu final»

La ominosa voz provenía de la bodega. Un vistazo a la tripulación le convenció de que nadie salvo él había oído al misterioso inquilino del camarote cerrado con llave, que debía desbloquear solo como último recurso, según la petición expresa de Cleopatra. No le dio más detalles acerca del animal dentro de la jaula cubierta por un manto de oro y terciopelo.

Ella era una mujer fascinante a cuyos pies quiso poner un imperio. No solo la admiraba por su belleza sin par; su inteligencia y

determinación eran igualmente singulares. Le intrigaban sus extrañas supersticiones, como la fijación con los gatos. A bordo de su nave introdujo uno que le traería buena fortuna, siempre que no fuera molestado.

El fracaso en combate debía estar provocándole alucinaciones. Se mentalizó para mantener la cabeza fría, por su mujer y sus hijos.

«Serán ejecutados por Octavio. Tú morirás antes. En cuanto a tu querida Cleopatra, imagina a los soldados cuando pongan sus manos sobre la mujer más deseada del mundo»

Marco Antonio abrió la boca para gritarle a esa presencia. Frenó su gesto al recibir algunas miradas recelosas de sus hombres, cuya moral zozobraba. Que le vieran con signos de demencia sería catastrófico.

Bajó al camarote y bloqueó la puerta. Se plantó ante la jaula, indeciso de retirar el manto. Cabreado por sus dudas, lo quitó de una vez. Un gran gato montés le atravesó con salvajes ojos amarillos.

—Tan solo eres una horrible bestia. Debo haber perdido la cordura imaginando cosas tales —murmuró el romano.

—El único producto de tu imaginación es que tu familia sobreviva a tu humillante derrota.

La terrible voz del animal le hizo estremecer. Apoyó la mano en la pared para no perder el equilibrio.

—Por los dioses... ¿acaso eres uno de los infames vástagos de Plutón?

—Mi deidad favorita es Marte. Como a él, la guerra me alimenta. Bajo la piel siento la agonía de los heridos, las naves devoradas por las llamas… La violencia me devuelve mis antiguos poderes. El Flujo corre en mi interior.

—¡Basta! No escucharé tus blasfemias. —Marco Antonio se tapó los oídos. Intentó abrir la puerta. Trabada.

—*Marco Antooonioooo…*

La voz gutural canturreó muy cerca. Había sacado su deforme cabeza de la jaula, alargando el cuello como una jirafa. Lo giró hasta poner los ojos en vertical.

—¡Atrás, bestia inmunda! ¡Regresa al infierno del que procedes!

—Hacia allá marchará tu querida Cleopatra si no eliges con sabiduría.

—¿Elegir qué cosa?

—El destino de tu familia. Tienes dos opciones: perder esta batalla y que ellos mueran, o vencer y ser recibido como un héroe en Alejandría.

—El devenir de esta contienda no depende de mí.

—Sácame de aquí y te otorgaré la victoria.

—Si ni siquiera eres capaz de romper una jaula, cómo vas a destruir la flota enemiga.

—No entraré en detalles acerca de mis capacidades. Decide rápido, general.

Poco después, Marco Antonio subió a cubierta y se encaminó a la popa del navío, donde encontró al timonel dando instrucciones.

—*Cibernetes*, cambio de rumbo.

—¿Hacia dónde, *Imperator*? —preguntó el segundo de a bordo, extrañado.

—A la guerra.

Muchos habían desertado de una batalla que la mayoría creyó perdida, una de las razones por las que se precipitó la huida de su flota. Por eso, cuando Marco Antonio dio la orden de regresar, el puñado de hombres que aún seguían a su lado se mantuvieron leales y no cuestionaron su maniobra suicida.

Diez naves enemigas circundaban uno de los muchos gigantes del mar abandonados por los de Cleopatra. A esas alturas, los que no se hubieran rendido estarían muertos. Por cómo viraban, entendió que habían avistado su aproximación.

Lucio, su hombre de más confianza entre los marinos, se situó junto a él en la proa.

—*Imperator*, ¿espera un augurio favorable de los dioses?

Marco Antonio meneó la cabeza sin saber qué responder. Una profunda voz respondió por él.

—Me espera a mí. —Aunque pudieran verlo, nadie salvo él escuchó al gato, que caminó por delante de ellos hasta el borde de la embarcación—. ¿Te son fieles estos hombres?

—Darían su vida sin pestañear.

—Bien. Agáchate y pega tu cabeza con la mía.

—¿Por qué?

—No preguntes. El enemigo pronto nos tendrá a tiro.

Ignorando los cuchicheos de sus hombres, Marco Antonio se postró para que sus frentes entraran en contacto. Tuvo la sensación de que le tiraran de los cabellos en todas direcciones. El dolor cesó tan pronto separaron sus cabezas.

El maullido del gato se propagó de proa a popa. Todos menos Marco Antonio agacharon la cabeza, inertes como estatuas vivientes.

—¿Qué prodigio es este?

—Tus hombres no recordarán nada de lo que está a punto de suceder. Únicamente tú serás testigo del poder de Shura.

El gato creció más grande que un caballo. Con unas pocas zancadas se plantó en la popa para coger impulso. Marco Antonio apenas atisbó su silueta relampaguear por el barco hasta la proa, antes de volar por los aires en dirección a una de las naves nodrizas capturadas por

Octavio.

Por el catalejo vio al titán engancharse a una vela y deslizarse por ella con las garras. Todo fue tan rápido que los asombrados enemigos no reaccionaron cuando Shura aterrizó entre ellos. Su cola, de la longitud de una soga, barrió la cubierta con un latigazo, derribando a todos a su alrededor en una bacanal de sangre y miembros descoyuntados.

El viento propagó los agónicos gritos de los que no murieron al primer impacto. Marco Antonio paseó la vista por los barcos enemigos, cuyos capitanes discutían confusos la causa del alboroto.

Shura se escondió en un punto ciego para preparar el siguiente acto. Erizó sus pelos, que se alargaron y endurecieron. Más que un felino, se asemejaba a un monstruoso erizo, con las púas apuntando en todas direcciones.

Con un atroz rugido las disparó hacia el cielo. Los soldados se precipitaron a por sus escudos. La lluvia de pinchos ensartó a no menos de un centenar de infortunados que no se parapetaron a tiempo. Shura corrió por la borda hasta posicionarse frente al navío más cercano y saltó sobre él, esquivando las muchas espadas con que fue recibido a bordo.

Marco Antonio admiró el valor de los hombres que se arrojaron de frente contra ese monstruo salido del Hades. En su zigzagueo Shura arañó tobillos y muñecas, incapacitándoles para la lucha. La cubierta se llenó de la sangre que manaba libre de las heridas de los caídos.

Pronto acudieron soldados de refuerzo de las otras naves y Shura, teñido de rojo, escapó de ellos corriendo en vertical por el mástil, desafiando las leyes de los dioses. Desde arriba agitó la cola de un lado a otro, esparciendo la sangre acumulada en su cuerpo en una llovizna sobre los romanos, que aullaron enloquecidos presos de espasmos.

Con las mandíbulas muy abiertas, Shura hizo el gesto de gritar. De su boca no salió sonido audible por ningún hombre, sino una instrucción que pegó como un martillo en sus cerebros.

Los soldados perdieron interés por el monstruo sobre el mástil. Uno empujó a otro por accidente y sin más palabra se liaron a puñetazos. La repentina pelea puso a los demás en estado de frenesí, y espontáneamente se golpearon mutuamente con cualquier cosa que tuvieran a mano: espadas, escudos o remos. La sangre rociada por la bestia llevaba algo que los enloquecía e incitaba a la violencia.

Los capitanes de los trirremes dieron orden de atacar, aun a costa de ensartar a sus propios soldados. Lanzas, flechas ardientes y arpones ensartaron cada palmo de la cubierta. Como un guerrero más, Shura se echó un par de escudos sobre el lomo y se hizo un ovillo.

Sin más proyectiles que arrojar, las naves de Octavio se

mantuvieron a una distancia segura, buscando desde las torres de vigía rastro del enemigo. La cubierta era una carnicería, con decenas de cadáveres amontonados en una alfombra sanguinolenta.

Increíblemente, Shura no había muerto. Se desprendió de su parapeto de escudos y desfiló por encima de los cuerpos con una lanza clavada en el costado. Observaron atónitos cómo se alzaba a dos patas y de un fuerte tirón se sacaba la hoja teñida con viscosa sangre negra.

Shura echó el brazo hacia atrás. La lanza brilló al rojo vivo. Con la potencia de una catapulta, el proyectil cruzó el aire echando chispas hasta impactar contra el costado del trirreme, que explotó en una rosa de fuego. Los fragmentos cayeron por doquier sobre un puñado de embarcaciones, prendiéndolas en llamas. Aunque fueran enemigos, la visión de compatriotas romanos siendo carbonizados turbó a Marco Antonio.

La bestia dobló su tamaño y agarró un puñado de lanzas a las que dotó del mismo brillo candente. Con la fuerza de un coloso, las arrojó contra los barcos cerca de la costa, ignorantes del ataque. En un instante, la bahía se llenó de explosiones.

Lo que quedaba de la flota de Marco Antonio regresó al campo de batalla en apoyo de su líder. Los enemigos retrocedían tierra adentro, en pánico ante la sobrenatural amenaza que les hostigaba.

Espoleados por el cambio de las tornas, los de Marco Antonio y Cleopatra comenzaron el contraataque.

Aquel día se ganó una batalla que la historia había escrito como perdida. Sin embargo, cuando las huestes de Marco Antonio entraron triunfantes en Alejandría, él no se sintió ganador, pues no era más que una pieza insignificante en el juego de los dioses.

Al saludar a su señora Cleopatra en el palacio real, intercambiaron una mirada de mutuo entendimiento, pues nadie salvo ellos conocía la verdad de lo ocurrido en Accio. Los cronistas de la época tendrían problemas en reconstruir los hechos con los escasos pedacitos de verdad disponibles, por lo que rellenarían los huecos con una argamasa de mentiras planeadas de antemano.

Conociéndola, no creía que fuera ella el cerebro tras el engaño. Junto al trono posaba su mascota predilecta, una pantera negra engalanada de joyas y adornos de oro siempre a juego con los de la reina, de modo que mujer y animal parecían hermanas. En sus ojos vigilantes reconoció al oráculo que susurraba al oído de Cleopatra: Bastet.

Capítulo Dieciséis

—Aaah… esto es una maravilla. ¿Cómo no se me ocurrió a mí algo así?

Bastet ronroneó con la cabeza sobre el bordillo del baño de leche de burra en una de las estancias secretas del palacio real reservada para los nueve. La limpieza y cuidados personales corrían a cargo de sirvientas mudas.

—Sería más disfrutable si no lo llenaras de pelos —protestó Baba en el otro extremo del baño escarbado en la piedra.

—Me envidias porque tú estás rapada como la cola de una rata.

—Tú y *tu ama* ponéis el baño perdido de pelos negros. Los veo flotar a mi alrededor. Es repugnante.

—Sé lo que te molesta. —Bastet se desplazó a la parte de Baba—. Envidias la suave piel canela y los ojos almendrados de Cleo. Querrías lucir sus joyas y yacer con esos hombres tan apuestos…

Baba le salpicó leche a la cara con un pataleo, señal de que había pinchado donde dolía.

—*Cleo*, dices. Tú eres su mascota, no al contrario. Mira en qué nos hemos convertido. De saberlo, no me hubiera fugado con vosotros.

—Sabes de sobra que no es así.

—¡Al menos allí poseía un cuerpo de mujer! —bufó Baba—. ¿Hasta cuándo soportaremos estos disfraces de mascotas?

—¿Otra crisis existencial, Baba? Estás insoportable desde que te extirparon de tu hermana. —dijo Mirrael, que había entrado en la estancia con su sigilo habitual.

—Piérdete, Mirra. Tú sí has ganado con el cambio. Convertirte en gato fue la única manera para que te acaricie una mujer. Si vieran lo feo que eras antes, te matarían a pedradas.

—Tú serás a quien lapiden si no tienes más cuidado con tus experimentos. Yo procuro hacer mis travesuras lejos de aquí.

—¿De qué está hablando Mirrael, Baba? —preguntó Bastet, incorporándose bruscamente.

Baba bufó enfurruñada. Mirrael respondió en su lugar, relamiéndose por la inminente bronca.

—Una linda muchacha se ha suicidado esta mañana estrellando su cabeza contra la pared de su casa. Antes gritó que veía gatos monstruosos.

—Seguramente vio tu rostro verdadero —replicó Baba, agria.

—O más bien tú intentaste poseerla —apuntilló Mirrael—. No es la primera vez.

—*Urgh*… —gruñó Bastet, sin ganas de discutir—. Muy inconveniente.

—Y tanto —dijo Mirrael—. Sobre todo, porque la muerta es Zaya, sobrina de la reina. Una de sus mimadas.

Los ojos de Bastet se volvieron tan negros como su pelaje. Con un suave maullido puso en trance a las sirvientas, tras lo cual propinó a Baba un violento golpe en la cara. Con las patas delanteras le hundió la cabeza en el baño mientras su cola la inmovilizaba. Contó un minuto antes de sacarla y abofetearla repetidas veces.

—*¡¿QUÉ CLASE DE IDIOTA ERES?! ¡¿No había nadie más para tus jueguecitos?!*

—¡Yo qué sabía! ¡No he estudiado el árbol genealógico de la gran diva!

—¡¡¡Pues deberías!!! Nuestros planes dependen de mi relación con Cleopatra. Que sus familiares enloquezcan con visiones de gatos no nos beneficia. Has de ser paciente.

—*¿Paciente?* Cuando la "maestra" nos propuso escapar a este lugar, no dijo que los únicos recipientes compatibles eran unos estúpidos animales.

—Algunas personas también lo son, pero debemos crear un vínculo con ellas. Lo mejor es hacerlo antes de nacer, cuando aún no han desarrollado personalidad. Invadir la mente de un adulto es arriesgado. Podrías acabar convertida en un eco dentro de la cabeza del anfitrión.

—¿Y cómo encontramos a los que son compatibles?

—Thymora posee un libro mágico, el Catmorio. —Baba y Mirrael fruncieron el ceño—. Sí, la maestra es mala para los nombres. Lo que importa es que en él hay ese conocimiento y se actualiza en tiempo real. Antes de que preguntes: lo guarda en una cámara secreta de una de las pirámides, pero no sé en cuál.

—¿Y cuándo dices que lo vamos a robar? —preguntó Baba entrecerrando los ojos.

—No me hagas castigarte otra vez…

—*¡¡¡Nyyyyyyyaaaaaaaaaaah!!!*

La gata siamesa irrumpió a la carrera y saltó al centro del baño salpicando leche en todas direcciones.

—Por la Diosa, Nut…

—*¡Nyah, nyah, nyah!* —Nut chapoteaba frenética, alternando entre molestar a Baba o Bastet. Mirrael se escabulló cuando con la pata lanzó un chorro contra él, riendo como una demente.

—Dale un golpe para que se esté quieta.

—No, Mirra. Nut solo está confusa —respondió Bastet.

—Lleva más de un siglo confusa. Suficiente para que se le pase la tontería.

—Thymora dice que su conciencia está varada entre dimensiones y que realmente se cree una gata.

—¿Y no piensa curarla, o lo que sea? —Baba se unió a la protesta por el estado de enajenación de la que una vez fue su compañera de clase en la Orden.

Nut salió del baño para lanzarse otra vez en plancha. Nadó al otro extremo, escaló a la superficie; dio uno cuantos saltitos como si el suelo quemara; corrió por la pared impulsándose con las patas traseras; pasó entre las piernas de las inmóviles sirvientas; se le erizó el pelo sin motivo aparente; caminó de puntillas y escapó de la habitación al grito de *¡Nyah!* dejando un reguero de leche de burra tras de sí.

Shura entró pesadamente en la habitación, contoneando su poderoso cuerpo de gato montés. Todavía tenía en el pelaje restos de sangre y una herida profunda en el costado donde le clavaron la lanza.

—Bueno, bueno, si está aquí el héroe de guerra. ¿No te han puesto un collar al valor? —se burló Mirrael.

Shura gruñó y levantó la pata en ademán amenazante. Prefirió perdonarle la vida y tumbarse en el borde del baño. Baba le bufó.

—Estás lleno de inmundicia. Si vas a meterte, espera a que yo salga.

—No me bañaré ahí mientras viva.

—Aquí o en ninguna parte. Eres igual de guarro como gato que como hombre. Tu hedor resulta asfixiante.

—Dejad de discutir —ordenó Bastet—. Cleopatra me ha narrado tu gran victoria, Shura. Acumulaste energía suficiente para combatir. Según Thymora, no muy lejos hay una brecha tan grande como la de la gran pirámide.

—No me acerqué lo suficiente para absorber el Flujo. Lo que me permitió luchar fue el ardor de la guerra, el espíritu de los combatientes. El estado mental de una multitud genera una corriente semejante a la del Flujo, que cuando se concentra puede ser utilizada.

Bastet salió del baño y se dejó masajear por la sirvienta, que la secó con una toalla.

—Lo sospechaba. El fanatismo de los seguidores da fuerzas a los que son adorados. Cleopatra es tratada como una diosa, y eso la hace superior a las demás mujeres. Me ha dado una idea.

—En Egipto la gente nos adora. Y tú eres oficialmente una divinidad. No nos ha servido para recuperar nuestros antiguos poderes.

—Hay que crear un culto. Los gatos serán amados en todas partes.

Tendremos siervos y colaboradores, influiremos sobre los hombres que dirigen el mundo. Por tanto, nosotros tendremos el control. La primera prueba ha sido un éxito. Influí sobre Cleopatra para subir a Shura a ese barco. Él hizo el resto.

—Purrrr… —ronroneó Baba—. Suena mejor que jugar con pelotas de lana. Aun así, sabes lo que yo deseo.

—Sí, Baba. Volverás a ser mujer. Encontrarás al recipiente adecuado.

—Tenemos que hallar el modo de prolongar aún más nuestras vidas, Bastet —objetó Mirrael.

—Lo sé. Estoy trabajando en ello.

—¿Qué opina Thymora de todo esto? —preguntó Baba con retintín.

Bastet apartó la mirada.

—Cuando regresen los demás os explicaré los detalles de mi visión.

Bastet cortó el enlace mental que mantenía a las siervas en la sala. Se marcharon para servir la cena para Baba, Nut y Mirrael. Shura se quedó rezagado.

—Has desistido de la idea de regresar a casa —susurró a Bastet.

—No volveré al lugar en el que estamos proscritos, Shura. El destino no nos ha traído a este mundo para ser mascotas de nadie.

—Thymora no estará de acuerdo.

—Veremos.

Después de un largo día de actos públicos y ceremonias a la mayor gloria de las legiones de su futuro imperio, Cleopatra supervisaba el estado de la campaña bélica en mapas desplegados sobre la enorme mesa del salón del Strategos. En esta ocasión no la acompañaba Marco Antonio ni sus otros consejeros para la guerra.

Bastet se presentó en sus mejores galas, con pendientes, colgantes y purpurina dorada alrededor de los ojos. El fuerte vínculo entre ellas posibilitaba la comunicación verbal. Para no intimidarla, la felina nunca se erguía en su presencia. Por eso, brincó con elegancia sobre la mesa de mármol para analizar el avance de las figuritas de los ejércitos.

—Gloriosos días, mi señora. Hay tumultos en Roma. Octavio no da crédito al relato de sus generales y en el foro se dice que el César ha perdido el favor de los dioses.

—Excelente, mi fiel consejera. Gracias a vosotros el futuro imperio nos sobrevivirá a mí y a mis hijos, y a los hijos de sus hijos. Las muertes de nuestros valientes no habrán sido en vano. Intuyo que esta visita no es mera cortesía. Decidme qué necesitáis de mí.

—Además de inteligente sois muy perceptiva, mi señora. La fe es un pilar del futuro imperio. Propongo que la reforcemos con la

construcción de una nueva pirámide y santuarios de Bastet con su propio símbolo, que represente mi eterna bendición sobre este imperio.

—¿Qué símbolo?

Bastet agarró con la boca papel de pergamino, que desenrolló sobre el suelo con la ayuda de Cleopatra. Después cogió un pincel que mojó en tinta negra y dibujó con trazos precisos. Podría haberlo hecho con sus patas, tan prensiles como una mano humana, pero no quería mostrarse de más ante ella. Cuando hubo terminado, la soberana mostró admiración.

—La vida eterna bajo la bendición de los gatos. Me gusta.

—Sería aconsejable tenerlos en nuestros pequeños santuarios donde los fieles acudan a rezar y pedir sus deseos. Para un futuro imperio unido, es importante que en Roma abracen por igual a los dioses egipcios.

—Hmm… antes de la intervención de Shura eso hubiera sido imposible. Mi amado Marco Antonio nunca fue devoto de los dioses. Es un hombre pragmático cuyas creencias no abarcan más allá de lo

que ve con sus ojos. Tras contemplar en persona lo acaecido en Accio se rendirá a la fe.

—Gracias, mi señora. Esta tierra no podría ser agraciada con una soberana más sabia.

—Aprovechando vuestra visita, quería mencionaros algo. He sufrido una dolorosa pérdida: mi dulce sobrina Zaya. Sus padres y hermanos fueron incapaces de evitar su muerte. Familia y vecinos afirman que su locura fue provocada por espantosas visiones de gatos que le impedían dormir. Sus seres queridos no se explican por qué la diosa querría tomar su vida.

A pesar de su semblante sereno, Cleopatra estaba muy triste. Y decepcionada. Bastet no permitiría que los gatos fueran asociados a tragedias. Había ideado la manera de darle la vuelta a la situación.

—La desgracia de vuestra sobrina fue causada por los demonios opositores de Bastet, celosos por el éxito de nuestra alianza. Ellos la torturaron para causaros sufrimiento. Todo el imperio ha de ser puesto bajo nuestra protección. Los santuarios de los que os hablé cumplirán ese propósito.

—Gracias por vuestro apoyo. —Cleopatra suspiró. Aunque compungida, el conocimiento de que su sobrina había atisbado un glorioso futuro que al no saber interpretar la enloqueció la consoló un poco.

—Un placer serviros. Me gustaría estar a vuestro lado en su acto de despedida.

En la ceremonia Bastet permaneció todo el tiempo al lado de Cleopatra, mientras que un coro de gatos de la ciudad se sumó a los que lloraban a la muerta. Baba había congregado a cuantos podía controlar con la mente e hicieron un círculo alrededor del altar donde reposaba la mortaja. El modo en que los animales presentaron sus respetos conmovió a los reunidos, y la palabra de ese prodigio se difundió con rapidez. En las semanas siguientes, el nuevo símbolo del Ankh se dejó ver por cada rincón de Alejandría y se erigieron pequeños altares con la efigie de Bastet.

Días más tarde, mientras el grupo dormía en un ala del palacio reservada para ellos, entraron en la habitación una gata tuxedo (Lishou), otro con manchas tricolores (Melchior), una persa gris (Yaga) y el último, de pelo gris azulado con un pequeño sombrero picudo sobre la cabeza, sujeto por dos hendiduras por las que sobresalían las orejas. Thymora no podía vivir sin su sombrero.

Bastet bostezó y rodó por el suelo en un perezoso gesto de saludo. Thymora gruñó al pasar por su lado.

—Tenemos que hablar —dijo la maestra, seria para variar.

—Mejor por la mañana…

—*Ahora*. Lishou me ha contado cosas muy inquietantes. *¡Todos, despertad!*

Los demás se estiraron somnolientos. Aunque Thymora había dejado de ser su maestra décadas atrás, el comando de su voz urgía a la obediencia. Incluso Bastet se sentó erecta ante ella. La traviesa Nut brincó unas cuantas veces al grito de «¡Nyah!», feliz por el regreso de quien una vez la instruyó en los misterios de la magia. Con un par de golpecitos en la cabeza Bastet la calmó.

—Deja de mirarnos así y di qué te eriza los pelos —dijo Baba, impertinente como de costumbre.

—Perdón por ausentarme tanto tiempo. Viajar al otro lado del mundo sin ayuda fue muy difícil. Yaga y yo hemos abierto brechas que usaremos como portales de viaje instantáneo. Además, visitamos el lugar donde todo empezó. Nadie lo habitará hasta dentro de quince siglos. Hay tiempo para reconstruir mi mansión y abrir la puerta que nos lleve de vuelta a casa.

Hizo una pausa para que todos asimilaran sus palabras.

—*¡Nyah!* —gritó Nut con entusiasmo. Fue la única reacción en el grupo.

—Ardía en deseos por contároslo. Y qué me encuentro a mi llegada. Altares a Bastet y glifos del Ankh con orejas de gato por todas partes. Rumores de que gracias a Shura se ganó la última batalla.

—Has estado fuera tres años. No pretenderás que nos limitemos a maullar y hacer la croqueta —respondió Baba.

—Recuerdo que antes de irme discutimos sobre influir en los asuntos humanos. No me enfada que nos consideren animales sagrados. Total, hay religiones que adoran a las ratas. Lo que no perdono es que hayáis participado en una guerra. Se supone que somos neutrales. La idea al huir aquí era estar el tiempo necesario para que en el otro lado se olviden de nosotros, y después regresar. Lo que habéis hecho es de locos.

—*Nya*… —murmuró Nut con la cabeza gacha.

Thymora dudaba que hubiera entendido una palabra de su regañina. Los auténticos perpetradores ni se inmutaron, síntoma de que no consideraban que hubieran hecho nada malo.

—*Maestra*… —A Thymora no le gustó un pelo el tonito de Bastet —. Tenemos instintos animales. Es la consecuencia de habitar un cuerpo animal. Crear un vínculo fuerte con los humanos es naturaleza. Cleopatra y yo estamos muy unidas. Esa batalla era decisiva para el imperio. Octavio habría saqueado Alejandría.

Thymora rio con sarcasmo.

—A ti no te importa ella ni el imperio. Tienes razón en lo de la batalla. Marco Antonio y Cleopatra hubieran muerto de no ser por vosotros. *Habéis reescrito la historia*, y eso tiene graves consecuencias.

No veis el cuadro completo.

—Lo veríamos si compartieras tus secretos con nosotros. Por ejemplo, ese libro que escribes a escondidas o la sala del destino de tu antigua mansión, donde ves los posibles futuros. Nosotros estamos a ciegas. Tus quejas son injustas. Nos pides que vivamos como animalitos tan lerdos como Nut.

—*¡Nyah!* —confirmó Nut.

—Muy bien. Estoy cansada del viaje. Quiero que penséis en dos opciones: Volver a casa o quedarnos aquí sin implicarnos en los asuntos humanos. —Thymora se tumbó en el colchón y al poco se puso a roncar.

Mientras todos dormían, Bastet planeó cada detalle del próximo día, quizá el más importante de su vida. El mundo que Thymora llamaba *hogar* les había rechazado. Y Bastet les rechazaba a ellos. No iba a dedicar un segundo a pensar en las opciones de su antigua maestra. Ella le plantearía algo más sencillo: aceptar el futuro reinado de Bastet o morir oponiéndose a él.

Capítulo Diecisiete

A Thymora le aburría decidir por votación. Como la jugadora compulsiva que era, prefería el capricho de los dados. Sin embargo, esa mañana discutían algo demasiado importante como para dejarlo a su fiel amiga la Suerte.

Durante su ausencia Bastet había trabajado por sus propios fines. Cometió el error de pensar que con nombrarla su segunda se daría por satisfecha. La ceguera con sus antiguos pupilos le llevó a ignorar las graves faltas que aún arrastraban de sus vidas anteriores. La vanidad de Baba, el rencor de Mirrael o el carácter violento de Shura no desaparecieron al adoptar forma de gato. Ni tampoco las ambiciones de Bastet, una amenaza para el objetivo de volver a casa.

Formaron un círculo con Bastet y Thymora sentadas en lados opuestos. La antigua maestra tomó la palabra.

—Yaga y yo exploramos las tierras al otro lado del mar, donde hay una brecha que conecta con nuestro lugar de origen. Ha pasado una eternidad desde que huimos. Ya nadie nos estará buscando.

—No inventes, Thymora. No tienes idea de a qué época volveríamos, o si nuestras conciencias quedarán varadas en el Flujo, como la de Nut.

—*¡Nyah!* —maulló Nut, como cada vez que alguien la mencionaba.

—Es arriesgado. Pero la alternativa es peor. Si habitamos cuerpos de animales por más tiempo, acabaremos convertidos en ellos.

—Hay una manera de evitarlo —dijo Baba—. Comportarnos como los seres superiores que somos. Con nuestros antiguos poderes conquistaríamos este mundo de débiles en unas pocas generaciones. No me miréis así, seguro que lo habéis pensado. Y montañas de atún para ti sola, Nut.

—*¡Nyah!*

—En este mundo no existe el Flujo que alimenta nuestra magia. Cuando los humanos se den cuenta de lo que pretendéis, nos cazarán como a ratas. Cuántos gatitos inocentes morirán por vuestra culpa —dijo Lishou, sin rastro de ironía. Le horrorizaba la pérdida inútil de cualquier vida, fuera una planta o el menor de los insectos.

—La voluntad de los humanos será nuestro alimento. No es el Flujo, pero se le acerca. En el mundo hay idiotas de sobra a los que absorber su energía vital. Y en el futuro habrá muchos más, Thymora.

No necesito tu Sala del Destino para visualizarlo. —dijo Bastet.

—Te llevará más de nueve vidas —respondió Thymora.

—Existen muchas lágrimas de resurrección por ahí enterradas. Las encontraremos gracias a ese libro mágico tuyo con el que rastreas las fuentes de energía. Si tanto deseas marcharte, hazlo. Cierra la brecha al salir.

Thymora ignoró la pulla.

—Muy bien, votemos. ¿Quiénes estáis de acuerdo con Bastet?

Baba, Mirrael y Shura levantaron la pata. Nut también.

—Somos mayoría —proclamó Bastet.

—¿En serio la apoyas en sus locos planes de conquista? —preguntó Lishou a Nut.

—*¡Nyah!*

—¿No preferirías volver a casa con nosotros?

—*¡Nyah!*

Thymora hizo un nuevo recuento.

—Melchior, Lishou, Yaga y yo votamos por regresar. Bastet, Baba, Shura y Mirrael, por hacer una tremenda estupidez. Nut elige donde haya cama y comida. Es un empate. Tenéis que saber que el portal podría abrirse solo una vez. Me entristece que nos separemos, con lo que hemos vivido juntos.

—Ahórrate las sensiblerías. Si no estáis con nosotros, sobráis —replicó Baba.

—Cometéis un gran error —dijo Thymora con pena.

Los cuatro se levantaron y caminaron cabizbajos hacia la salida de los aposentos. Nut se frotó con ellos. Aunque no comprendiera las causas, se sintió triste por despedirse de sus amigos. Bastet les frenó en el umbral.

—Antes de marcharos: ¿dónde está el libro?

—Nunca lo encontrarás. Por cierto, antes de irme arreglaré el pequeño desastre que has provocado.

—Explícate.

—Cleopatra y Marco Antonio debieron morir tras la batalla de Accio. Si dejo las cosas tal como están, la humanidad se extinguirá en cuatro siglos. Limpiar tu cagada es lo último que haré por ti.

—¿Vas a matarlos?

—Haré lo necesario para destruir un imperio que no debe existir.

—Gracias por reconocer tu traición. Es la prueba que necesitaba para que Cleopatra os detenga.

Oyeron el ruido de pasos a la carrera en el pasillo a la residencia de los gatos. Los de Thymora reaccionaron demasiado tarde. Al precipitarse por la salida fueron atrapados en una red y los guardias se los llevaron entre bufidos.

Les encerraron en un calabozo con el suelo recubierto de paja,

usado como sala de interrogatorios en las dependencias fuera de palacio. En un rincón había una bandeja con agua y tiras de carne.

El desaliento enmudeció a Thymora. Los otros se frotaron contra ella en un intento por animarla. Sin haber asimilado aún el golpe de la separación, se produjo uno mucho peor: estar a la espera de ser ejecutados públicamente.

No podía creer que de golpe la fortuna le hubiera abandonado. Aunque siempre supo que Bastet quería su puesto como líder de los nueve, jamás hubiera previsto una traición así. Por no mencionar sus planes de cambiar la historia. ¿Cómo se había vuelto tan loca?

Había subestimado el efecto de los instintos animales sobre la personalidad humana. Ella fue la que mejor soportó el impacto inicial de ser transportados a ese mundo sin magia y de tecnología rudimentaria en el cuerpo de un animal. Los demás maullaron histéricos durante días y experimentaron diferentes estados de ansiedad. Nut nunca fue la de antes, y perdió la capacidad de hablar.

El calor era infernal dentro de ese calabozo sin la menor privacidad. La puerta era de madera maciza, con una pequeña ventanilla con barrotes. Imposible escapar de ahí. Al cuarto día se presentó Bastet, que se encaramó al hueco para hablarles.

—¿Son cómodos vuestros aposentos, *maestra*? —se burló. Disfrutaba su sufrimiento.

—Maldita seas, Bastet —respondió Thymora con lengua de trapo. El agua se agotó el día anterior y no la habían repuesto—. ¿Tanto rencor me guardas? Por favor, permite que los otros se vayan.

—No es propio de ti este gesto heroico. ¿Es otra de tus dichosas apuestas, como meternos en las mentes de gatitos?

—Supongo que soy incorregible. Apuesto a que has venido a por el Catmorio. Te lo doy a cambio de las vidas de mis amigos. Ellos también eran tus amigos, zorra.

—Te equivocas de animal. Interesante ofrecimiento. Lástima que la pobre Cleo esté tan enfadada con los malvados gatos que atormentaron a su sobrina, además de las amenazas que vertiste sobre ella y Marco Antonio. Le hice escuchar tus palabras. No me miréis así, compañeros. Mi causa salvará a millones.

—¿De qué diantres hablas?

—Del fin del mundo. Dentro de dos mil años todo esto será cenizas. Detesto con pasión el mundo de farsa en el que nosotros naceremos después. Hemos cambiado el resultado de una guerra. Podremos cambiar lo que nos propongamos.

—Y colocarnos en la cima de la pirámide.

—Por supuesto. Olvidaos de vuestro antiguo hogar y volved conmigo. Pongamos esto patas arriba. Con una palabra os libraré del encierro.

—¿Y tu ama? ¿Se le pasarán las ganas de sacrificarnos?

—Aceptará mis designios. Vamos, Thymora. Di una palabra.

Thymora miró a Yaga, Melchior y Lishou. Los tres negaron con la cabeza.

—No.

Bastet bufó a través de los barrotes.

—TÚ eres quien les ha condenado. Yo intenté evitarlo. Mañana seréis ejecutados como traidores a la reina y a Bastet. Adiós.

Pasaron las horas hasta el anochecer sin que se movieran del sitio. Habían desaprovechado su última oportunidad para salir del embrollo. Ella no era heroína ni idealista. ¿Por qué se había negado? Tampoco estaba segura de que lo dicho por Bastet fuera cierto. Y si lo era, ¿qué importaba?

—No te fustigues, Thymora —susurró Lishou.

—¿Que no *qué*? No llevamos encima ninguna lágrima de Ankh. Si nos matan es el fin. Lo siento mucho, amigos. Lo siento mucho —murmuró, a punto de echarse a llorar. Lishou la abrazó—. Soy una vergüenza de maestra. Afrontáis la muerte con mucho valor —dijo a Yaga y Melchior.

—Realmente no, maestra —dijo Melchior—. Llevo dos días invocando la buena suerte a nuestro favor.

—¿Algún resultado?

—El carcelero del último turno se retrasa. Su esposa por fin le ha pillado con la amante que frecuenta. Gracias a la discusión, nadie vigilará la llave que cuelga fuera durante un rato. —La llave de hierro con arandela colgaba de un clavo en la pared frente a la puerta.

De pronto esperanzada, Thymora registró la habitación por algún instrumento con el que alcanzar la llave. Nada.

Melchior maulló una vez. Pausa. Otros dos maullidos.

Fuera de la habitación sonó un maullido diferente. Una cabeza pequeña asomó por la ventanilla.

—*¡Nyah!*

—¡Nut, qué alegría verte! ¡La llave, por favor!

La siamesa correteaba emocionada por el pasillo, pero no entendía sus instrucciones. Pataleó y arañó en la puerta mientras repetía incesante su monotema.

Yaga, muy atlética para un gato persa, cogió impulso hasta la ventanilla y escupió a la pared de enfrente, justo al lado de la llave. Nut lo observó resbalar pared abajo con ojos muy abiertos. Entonces, una brisa movió ligeramente la llave, haciéndola tintinear.

—*¡Nyah! ¡Nyah!* —le maulló a la llave, pidiéndole que por favor se descolgara del clavo. Como no hacía caso, la gata saltó con las patas extendidas. Se quedó a centímetros. Volvió a maullarle.

Se perdió fuera de vista. Yaga se encaramó a la ventanilla para

llamar a Nut, que vino lanzada desde el otro extremo del pasillo, saltó sobre la pared y dio tres pasos en vertical, golpeando la llave con la cabeza. Esta se desenganchó del clavo y cayó el suelo. Tras darle unos cuantos toques con la patita, la cogió en su boca y la dejó caer por la ventana de la puerta.

La cerradura estaba a mayor altura que ellos. Haciendo un castillo, Melchior y Lishou se situaron en la base, Thymora saltó encima y Yaga, la más ligera, subió a la cúspide para encajar la llave en la cerradura. Con una pirueta la hizo girar hasta hacer *clic*.

Los cuatro abandonaron jubilosos la habitación y se frotaron con Nut, que les esperaba dando saltitos.

—*Nya*… —El bajo maullido y sus ojitos les suplicaban.

—Venir con nosotros es peligroso, Nut —le dijo Lishou, la que mejor la entendía—. ¿Recuerdas las clases, mi querida amiga? «La magia procede de la voluntad más profunda». Mira en tu interior y dinos si quieres acompañarnos.

—*¡Nyaaah!*

—Aclarado. Larguémonos —les animó Thymora.

Tras comer y beber en un altar a Bastet donde los clérigos dejaban alimento para los gatos del barrio, los cinco salieron de Alejandría. Tenían que poner distancia antes de que advirtieran su ausencia. Aunque no poseyeran el Catmorio, el olfato de Shura les rastrearía a kilómetros.

Por la mañana descansaron a la sombra de un árbol. Nadie les perseguía.

—¿Alguna brecha cerca que nos acorte el camino al otro lado del mar? —preguntó Lishou.

—No vamos a regresar a casa. Al menos, no por un tiempo —respondió Thymora.

—*¿Oh…?*

—*¿Nyan?*

Los demás observaron a la maestra, expectantes.

—Sabéis que yo no soy una valiente. Por eso me hice erudita en vez de purgadora. Pero el de Bastet es un juego muy peligroso. No podemos quedarnos cruzados de patas. Debo recuperar el Catmorio. Y Cleopatra debe ser derrotada.

—Necesitaremos más que suerte —dijo Melchior—. Además de Shura, ellos tienen un ejército.

—Nosotros también —afirmó Lishou.

Desde la atroz derrota en Accio, Octavio no dormía en paz. Las malas lenguas hablaban de la intervención de una de las mascotas de Marte, el dios de la guerra, en favor de Cleopatra. Se produjeron numerosas deserciones entre sus filas. Una cosa era combatir a los hombres y otra

muy distinta batirse contra dioses.

La situación política interna era inestable. Había dispuesto una guardia pretoriana alrededor de su vivienda y nunca se despegaba de su espada gladius, que guardaba bajo la almohada, por si era sorprendido por asesinos en mitad de la noche.

Pese a todas las medidas de seguridad, ni él ni su familia estaban a salvo. Así lo demostraba la historia de Roma.

Pasada la medianoche, abrió los ojos. Oyó pasos por su habitación, rápidos y ligeros. Los asesinos se movían con sigilo. Agarró la espada y se puso en pie de un salto. La luz de luna que entraba por la ventana le permitió identificar a los intrusos. Eran tres. No hombres, sino gatos. Uno llevaba una especie de sombrero en la cabeza. ¿Estaría soñando?

—No, no es un sueño —dijo con voz femenina la del sombrero—. Tengo que hacer un gran esfuerzo para introducir mis palabras en tu cabeza. Presta atención, por favor. Te ayudaremos a ganar la guerra. Pero tenemos condiciones. Agarra una tablilla para escribir.

Tres meses más tarde, Octavio entraba victorioso en Alejandría sin encontrar apenas oposición entre las legiones enemigas. La rendición de la capital fue posible por la misteriosa desaparición de Cleopatra y Marco Antonio, junto a los hijos de la pareja. Puesto que los de Octavio no se hicieron responsables, los clérigos egipcios difundieron la noticia de que su soberana había sido convocada por los dioses y algún día regresaría para guiar al pueblo.

No se produjo derramamiento de sangre. Los invasores se comprometieron a una transición pacífica, respetando todos sus ídolos salvo los santuarios de Bastet, cuyos símbolos fueron retirados. El grupo de Bastet abandonó el palacio real y no se les volvió a ver. La ausencia de afán de lucha en el sorprendido pueblo egipcio negó a Shura la fuerza para combatir de nuevo como un semidiós.

Y así la historia volvió al curso del que Bastet la había apartado. Algunos afirmaron haber visto a los exiliados en Hispania, bajo la guisa de ricos comerciantes. Otros les situaban mucho más lejos, en tierras orientales más allá de los confines del imperio.

La mayoría de cronistas, sin embargo, les dio por muertos. Se habrían suicidado juntos y recibido un rito funerario secreto. En los siglos posteriores, muchos cazadores de tesoros buscarían en vano la tumba secreta de Cleopatra y Marco Antonio.

Ese fue el comienzo de la guerra en las sombras contra los de Bastet, un peligroso juego donde se apostaron el destino de la humanidad. Thymora desechó la idea de regresar a su mundo hasta que la partida hubiera terminado. Al fin y al cabo, el juego era su pasión.

SACRIFICIO ANTE LA LUNA Y EL SOL

—*Señora*, estos asientos están ocupados —dijo Kevin con tono poco diplomático.

Las cuatro plazas del tren reservadas para Kevin y sus compañeros del equipo de fútbol del instituto habían sido tomados por una viejecita con bolsas llenas de efectos personales. Encogida y arrugada como una pasa, aparentaba no menos de doscientos años. A juzgar por el olor y el estado de sus harapos, bien podría ser una momia salida de la pirámide que acababan de visitar.

La aludida ni se inmutó. A falta de unos minutos para abandonar la estación de Chichen Itzá, ella mantenía la nariz pegada a la ventanilla.

Otros alumnos de la clase con los que compartían vagón en su primer viaje fuera de Estados Unidos le susurraron a la mujer en *spanglish*, siendo igualmente ignorados.

En breve sería el turno de Héctor, por ser quien mejor hablaba el idioma.

—Olivera, tú eres de aquí, dile que se pire —le mandó Kevin, como si la presencia de esa mujer fuera culpa suya.

Hijo de inmigrante argentina, Héctor Olivera nació en Nueva York y hasta ese verano lo más al sur que había viajado era Texas. Saber español y su tez broncínea le convertía en nativo a ojos de pelotudos como Kevin. Que entre México y Argentina hubiera más de siete mil kilómetros era una idea difícil de asimilar para cerebros como el suyo.

Héctor se dirigió a la mujer con palabras suaves.

—Disculpe señora, estas plazas están reservadas. Si me enseña el ticket la ayudaré a encontrar la suya.

Por el altavoz se anunció que en breve abandonarían la estación. ¿Dónde estaba el revisor cuando se le necesitaba?

—¡La vieja pasa de ti! ¡Díselo *con cojones*! —presionó Kevin como hacía en los partidos.

—Señora…

La anciana se giró hacia ellos con ojos grises lúcidos, intensos. Murmuró una parrafada incomprensible en lo que sonaba a un dialecto indígena. La única palabra discernible en el pastiche de sonidos que salieron por su boca fue *Shura*, lo que quiera que eso significase.

Un revisor entró en el vagón y paseó su mirada por el grupo de

alumnos de instituto que había taponado el pasillo. Se detuvo frente a la mujer y le espetó con severidad.

—Qué onda, ¿otra vez usted aquí? Le tenemos dicho que sin billete tiene que apearse. ¡Apúrese!

Hubo risitas entre algunos de sus compañeros de clase. Héctor torció el gesto. No le divertía que trataran así a una pobre anciana con signos claros de demencia.

La cosa empeoró cuando al levantarse y agarrar sus bolsas, ella enganchó una en el respaldo del asiento y esparció el contenido por el pasillo: ropa, latas de comida, peines, zapatillas, un móvil antiguo. Las risas subieron de volumen al aterrizar sobre el pie del revisor unas grandes bragas amarillentas.

—Jamal, ayudémosla a recoger las cosas —le pidió Héctor a su mejor amigo de clase.

—Se me caerán las manos si toco esa porquería.

Héctor le dirigió una de sus miradas suplicantes. Jamal puso los ojos en blanco y a regañadientes metieron todo en las bolsas. El revisor acompañó a la intrusa fuera del vagón.

Cuando el tren cerraba las puertas, Héctor vio lo que parecía un móvil antiguo bajo el asiento de Kevin. Debió haberse escurrido de una de las bolsas. Corrió hacia él y se arrodilló con el brazo estirado. Por muy poco no alcanzaba.

—¡Olivera jura lealtad al rey! —proclamó Kevin, que sacó instantáneas de ello.

—Por favor, levántate, intento coger el teléfono de esa mujer.

—Ella me ha hecho esperar un rato de pie. Mi culo no se moverá de aquí. Si me suplicas, levantaré las piernas… —se pavoneó.

—*¡Basta de boludeces!* —gritó Héctor en español—. No tiene gracia, Kevin.

Levantó las piernas para que él se arrastrara hasta el móvil. Nada más atraparlo, el tren se puso en marcha. Héctor corrió al fondo del pasillo y miró por la ventanilla.

Con sus pertenencias en el suelo, ella observaba el tren alejarse. Por un instante sus agudos ojos grises se clavaron en los de él, que hizo ademán de enseñarle el teléfono en su mano. Cambió de parecer al ocurrírsele que el gesto podría ser interpretado como una burla. Maldijo para sus adentros.

Jamal le dio una palmada en el hombro.

—No te comas la cabeza. Después se lo das al revisor o lo mandas por correo a la estación. Apuesto a que es una de esas locas que siempre ronda por los mismos sitios. De todos modos, esta reliquia seguro que no funciona.

Héctor revisó el aparato. Más grande y ancho que un móvil moderno, tenía botones bajo la pantalla. El diseño era tosco, con un

tamaño y peso incómodo de llevar. En el reverso había grabadas las palabras: Proteus GmbH. La marca no le decía nada. Desde luego, no sonaba mexicana.

Dudó si encenderlo. Lo último que deseaba era cotillear en teléfonos ajenos. Jamal se adelantó a él pulsando repetidamente los botones, pero el aparato no se encendió.

—Ten cuidado, podrías romperlo —protestó Héctor.

—Relax, este cacharro está muerto. A saber de qué año es. Vamos a ver las fotos.

Les habían asignado asientos delante del insoportable grupo de Kevin y sus compañeros, que pedían al revisor que trajera desinfectante para limpiar donde esa mujer colocó sus cosas.

Pese al contratiempo, Héctor estaba disfrutando mucho la linda travesía por la ruta maya, cuyo destino final eran las playas de Cancún. Hubiera preferido explorar por su cuenta los restos de las antiguas civilizaciones precolombinas, pero el sueldo de su madre no daba para costear ese tipo de aventura. Para ello se propuso ganar unos dólares ese verano con algún trabajo temporal.

Le fascinó la reciente visita a la antigua ciudad de Chichen Itzá, tan bien conservada que al poner el pie en su territorio se sintió transportado siglos atrás. Como era de esperar, el bufón de Eddie casi provoca que les expulsen al intentar grabarse en la cima de la pirámide, cuyo acceso estaba prohibido a turistas.

Jamal y Héctor compartieron las fotos de los móviles. Sus favoritas fueron las de ellos dos en la base de la pirámide y las de las esculturas de la serpiente emplumada. El complejo arqueológico en medio de la naturaleza les impresionó.

Con un gusto por lo macabro, Jamal en esta ocasión tuvo el acierto de no preguntar a su guía turística si allí se hacían sacrificios humanos. Por supuesto, tenía que ser Eddie quien sacara el tema.

Los tres habían estudiado juntos desde primaria y fueron íntimos hasta que Eddie se volcó en su carrera como jugador de Warmonger, el nuevo *shooter* de moda. Aunque Jamal a veces participaba en sus partidas, él no quería ganarse la vida como *streamer*. Su pasión por las civilizaciones del pasado y el misterio le acercaron más a Héctor, y así se hicieron amigos del alma.

El viaje de fin de curso a México era la primera vez en un año de los tres juntos fuera de clase, así que Héctor tragó con Eddie y sus salidas de tono para llamar la atención.

—¡Jaja! Mirad tíos, Subí un vídeo corto en la pirámide; van más de mil *likes* —presumió Eddie.

Héctor gruñó.

—Si llegan a patearnos de allí por tu culpa, tu vídeo más popular sería el de la paliza que te doy. Me sorprendió que te apuntaras. Jamal

me contó que hay un evento online en estas fechas. Vas a perder subs.

—He preparado una historia para mis seguidores. No he venido a México a contar piedras, sino a imbuirme del espíritu de los antiguos indígenas. Me haré un *cosplay* de guerrero maya para el próximo vídeo. Tengo que meter novedades en el canal para subir de nivel.

Le gustaría poder decirle que se equivocaba y que su estúpida idea no atraería a nadie, pero los cientos de dólares que se embolsaba cada mes le daban la razón. Jamal también tenía su propio canal, pero hacía tiempo que desistió de hacer de ello su profesión.

—Yo este año lo dejo —dijo Jamal—. Me gustaría engancharme a algo diferente —con la cabeza hizo un gesto hacia una preciosa compañera de clase de piel morena, melena de miel y ojos turquesa.

Eddie hizo una mueca desagradable.

—Tío, ni te molestes. Rose le tira la caña a Kevin. Vas a hacer el ridículo.

—*¿Ella también?* No es justo que todas se cuelguen por ese capullo. ¿Qué es lo que le ven? Típico rubio cachas que va de sobrado —replicó Jamal.

—Asúmelo: tú no eres capitán del equipo de fútbol ni tampoco una futura celebridad *gamer* como yo. —sin permiso, cogió el móvil que Héctor tenía en el asiento—. ¿Esto pertenece a esa mujer? Más bien parece del ejército; un comunicador de algún tipo. ¿Habéis probado encenderlo?

—Suena muy creíble que una anciana tenga tecnología del ejército en una bolsa junto a su ropa interior y latas de comida. No funciona, devuélvemelo —dijo Héctor.

Eddie trasteó un poco más. Leyó la marca en el reverso.

—Proteus GmbH. Estas siglas son las que usan las empresas alemanas.

—Cosas nazis —concluyó Jamal.

Héctor le quitó el objeto de las manos y lo guardó en su mochila.

—Bueno, hablemos del plan en Cancún. Mi propuesta es simple: en cuanto lleguemos, entramos en la app y damos *like* a cualquier tía en cien millas a la redonda.

—Sin filtro, ¿eh? Has aceptado la dura realidad de los que no pueden elegir —se burló Eddie.

—Menos coña, tú también estás en el *#Team Desesperados.*

—¿Sabéis si vamos a parar en la pirámide del sol? —preguntó Jamal de pronto.

—Este tren recorre la ruta maya. La pirámide del sol es *azteca* y se encuentra en Teotihuacán, Ciudad de México. Vamos en dirección contraria —respondió Héctor.

—Repasa tus notas, listo. No es azteca. No se conoce quién construyó la ciudad del nombre raro. Es un misterio por resolver, por

eso están haciendo excavaciones y demás.

—Jamal, no todo lo antiguo es un misterio ¿Por qué te interesa?

—Dicen los del grupo de ocultismo que es como el triángulo de las Bermudas, que allí pasan cosas raras. Luces en el cielo. Desaparece gente y movidas chungas. —Jamal era un apasionado de lo oculto. La mayoría de los canales a los que estaba suscrito eran pseudocientíficos y conspiranoicos.

La idea de visitar un lugar prohibido sobre el que corrían rumores escabrosos estimuló a Eddie, que prometió a Jamal que, si su vídeo disfrazado de maya tenía éxito, grabaría una segunda parte en directo desde Teotihuacán.

Al llegar a Cancún un compañero de clase logró convencerles de soportar un corto viaje adicional en bus hacia Playa del Carmen, a setenta kilómetros. Además de los arrecifes de coral y palmeras torcidas, las ruinas mayas de Tulum eran sitio perfecto donde tirarse las últimas fotos del viaje fin de curso.

Llegaron a la hora de cenar, así que los veinte de la clase junto a su tutor comieron en un sitio a pie de playa con música en directo.

Prolongaron la noche en una disco cercana, donde conocieron a un grupo de brasileñas también de vacaciones. Aunque no pasaron de la fase de tonteo, quedaron en visitar juntos las ruinas al día siguiente. Las expectativas eran inmejorables.

Puesto que las habitaciones eran dobles, Jamal y él se libraron de dormir con Eddie. Después de escribir a casa confirmando que habían llegado bien, pusieron los móviles a cargar.

Antes de apagar la luz Héctor sacó de la mochila el aparato de la vieja y trasteó los botones. Sin batería. Extrañamente, el dispositivo no contaba con ningún puerto ni agujero donde enchufar nada. Era liso salvo por los botones y el nombre del fabricante. Pensó en lo que dijo Eddie de que GmbH eran las siglas de las empresas en Alemania. Cogió su móvil e hizo una búsqueda.

Jamal se quejó en la cama de al lado.

—Apaga, con esta luz no duermo.

—Un minuto… Sí, esta es. La he encontrado.

—¿Estás *stalkeando* a las samba-girls?

—No, escucha esto: Proteus, con sede en Frankfurt, una empresa tecnológica de las tochas. Desarrollo de energía experimental, bioingeniería, motores, telecomunicaciones, etc. Muy top en I+D. ¿Qué diablos hace una viejecita mexicana con uno de sus inventos?

—Te lo dije: cosas nazis. ¿Entonces no es un teléfono?

—Esta empresa no vende teléfonos.

—Mañana lo miramos… —bostezó Jamal antes de deslizarse en la inconsciencia.

En duermevela, Héctor oyó el zumbido del móvil, una cadencia

baja y relajante. Aterciopelada. Como un ronroneo. Una parte de su cerebro le señaló que la vibración no provenía de su teléfono, pero el mundo de los sueños le reclamaba.

De madrugada se produjo un corte de energía en el hotel. Duró apenas un minuto, tiempo en que el dispositivo de Proteus permaneció encendido. Tras configurarse, se apagó de nuevo.

La ceremonia en la cima de la gran pirámide del sol en Teotihuacán congregaba a miles de personas. Entre ellas, Héctor vestido con un atuendo de guerrero con sandalias, falda de largas plumas rojas a juego con las de su corona y el cuerpo entero pintado como el pelaje de un leopardo.

En la terraza del último piso oficiaba el chamán más anciano de la tribu en compañía de un grupo de bailarinas de todas las edades, desnudas salvo por las máscaras de gato que les cubrían el rostro.

Sobre un alargado altar de piedra habían atado a un hombre con los brazos y piernas extendidos. El brujo levantó los brazos al cielo y cantó en una retahíla sinsentido. En el ambiente se palpaba que iba a ocurrir algo extraordinario. Incluso el sacrificado, que apuraba sus últimos instantes en el mundo, parecía en éxtasis.

En el espacio por encima de la pirámide se dibujó una línea brillante que rasgó la realidad. Por la brecha entró un inmenso gato salvaje de pelaje moteado y fieros ojos amarillos. Fue entonces que el éxtasis del hombre en el altar se transformó en pánico. Un borrón de dientes y garras hizo pedazos al sacrificado, duchando en sangre al chamán y a las danzarinas.

El tiempo se congeló, quedando paralizados todos menos Héctor. La bestia giró la cabeza hacia él y bramó con la fuerza de un dios.

«TENGO HAMBRE. ALIMÉNTAME O ME ALIMENTARÉ DE TI»

La boca se extendió por toda su cabeza, momento en que Héctor gritó lo más alto que pudo.

—¡Tío, relax! —exclamó Jamal.

El cerebro de Héctor tardó un instante en descifrar dónde estaba. Por la luz que entraba por la ventana de la habitación del hotel, debían ser alrededor de las ocho. Suspiró aliviado.

—*La concha*… qué sueño más loco.

—¿Arañas? ¿Un tsunami? ¿La profesora de francés se te declaraba?

—Mujeres desnudas con máscara de gato chorreando la sangre de un indio al que sacrificaban.

—Salvo el gore, a mí me suena bien.

—Creo que soñé con la pirámide de la que me hablaste. Entre las sacerdotisas estaban las chicas de anoche.

—Hablando de ellas, mueve el culo. Hemos quedado para después del desayuno.

—Mándales un mensaje diciendo que en una hora nos vemos.

Jamal manipuló su móvil con gesto contrariado. Probó la conexión con la batería y negó con la cabeza.

—Escribe tú, mi teléfono no arranca. Debió irse la luz o algo.

Héctor desenchufó el suyo de la alimentación. Incluso antes de cogerlo tuvo la corazonada de que no iba a encenderse, como así fue.

—Corre a la habitación de Eddie y dile que les escriba mientras yo me visto —dijo a Jamal.

La pesadilla le había dejado mal cuerpo y quería estar un momento a solas. Mientras se daba una ducha rápida oyó el zumbido del móvil. Se secó precipitadamente y fue a cogerlo. Apagado. De nuevo el zumbido, no de su móvil. Se acercó muy despacio al dispositivo de Proteus sobre la mesita de noche. En la pantalla habían aparecido dos iconos: una cámara y la cara de un gato.

Pinchó en la cámara. Los comandos eran distintos a los de una cámara de móvil. El zoom ofrecía mejor resolución. Uno de los botones bajo la pantalla servía para cambiar el filtro de luz: visión normal, visión nocturna, infrarrojos, Flujo, etc. Probó a sacar una foto de la habitación. En la pantalla apareció el mensaje:

TIPO DE IMAGEN NO COMPATIBLE

Héctor frunció el ceño. En la galería encontró fotos de gente sin aparente relación entre sí. La mayoría mexicanos, otros extranjeros. Había *selfies*, visitas en lugares turísticos o escenas cotidianas en el hogar. Algunas fotos estaban marcadas con un aspa roja.

Una idea arañaba dentro de su cabeza, pero no llegó a definirse, porque en ese momento entraron en la habitación Jamal y Eddie.

—No vas a creerlo: ¡A nadie le funciona el móvil! —exclamó Jamal excitado.

—¿Y eso es bueno?

—¡Es un maldito misterio, hermano! Imagina que fuera PEM. Los de mi grupo de ocultismo van a flipar.

—¿Un qué?

—Pulso electromagnético —respondió Eddie—. Fríe los dispositivos electrónicos cuando explota una bomba atómica. Lo que pasó anoche es tan sencillo como una subida de tensión. Lo que importa es que si no contactamos con esas tías… —Eddie apuntó al dispositivo que Héctor tenía en la mano—. ¡Hey! ¿Al final funciona eso?

—Se encendió esta mañana. Es una especie de cámara. En la galería hay fotos de gente random, algunas tachadas. La mujer del

tren no aparece en ninguna. Imposible saber a quién pertenece —Jamal y Eddie se acercaron a revisarlas.

—Todas tomadas en México. Fijo que la vieja se lo robó a alguno de estos pringados. Por eso no se hizo fotos con esto —dijo Eddie.

—Como sea, voy a guardarla…

—¡Pero qué dices! De repente vas a ser el hombre más popular de la clase. Tu cámara es la única que funciona.

—¿Quieres aparecer en esta galería para que el dueño te vea?

—Sacamos las fotos, las compartimos y las borras antes de entregarla. Además, se me ha ocurrido una idea para vacilarle a esas tías. Luego me lo agradecerás.

—De acuerdo. Pero no voy a haceros de fotógrafo.

A pesar de sus palabras, pasó el día sacando fotos y vídeos de los de su clase, además de las chicas que conocieron la noche antes. Como había discutido con Kevin en el tren, fue su compañero de equipo Greg quien le pidió que les sacara fotos a ellos también. Héctor aceptó a regañadientes. Hubiera sido más cómodo que se fueran pasando la cámara de mano en mano para él disfrutar de una cita normal. Por alguna estúpida razón se resistía a cederla. Sacó cientos en las ruinas cerca del acantilado y en la playa hasta el atardecer.

Eddie contó a las chicas la trola de que Héctor era fotógrafo de celebridades, y que por eso tenía una cámara profesional que nadie más debía usar. Por una vez sus bufonadas sirvieron a un buen propósito.

A última hora los teléfonos volvieron a funcionar, y sus compañeros le pidieron compartir las fotos. A pesar de su aspecto antiguo, el dispositivo Proteus era un prodigio. Con acercar un móvil y seleccionar las imágenes, las transfería directamente desde la galería sin recurrir a ninguna app de mensajes. Tampoco daba señales de consumir batería. Cómo se cargaba ese aparato era otro misterio.

Bebieron y bailaron con el grupo de estudiantes de Brasil. Aunque no remataron la noche en la habitación de ellas, se fueron a la cama con el delicioso sabor de sus labios.

Echó un último vistazo a las fotos, tanto las de su móvil como las de Proteus. Con esta última no se hizo ningún *selfie*, así que fue el único en no aparecer en la galería. Se dispuso a borrarlas antes de entregar la cámara en objetos perdidos.

Algunas estaban marcadas con una gota roja en la esquina superior: las de Greg, Kevin, Rose, Eddie, el profesor Davis y las tres amigas brasileñas. Pulsó en esas y en las que no tenían marcas, sin poder borrarlas de la galería. La cámara no ofrecía esa opción.

Revisó las imágenes anteriores, las cruzadas por dos líneas en forma de aspa. Tampoco se borraron. Como en cualquier otro aparato electrónico, él asumió que el aspa era para eliminar. ¿En qué se

diferenciaban de las del punto rojo? Más misterios para Jamal.

Al salir al menú principal pulsó en el icono de la cara de gato. No sabía qué esperar, si un videojuego o vídeos de gatitos. Desde luego, no lo que apareció en pantalla: Un desierto de arena negra bajo el cielo plomizo. Al fondo se distinguía una pequeña mancha oscura. Intentó hacer zoom, pero la imagen estaba fija en la pantalla. Enfocando la mirada apreció que no era una mancha, sino la lejana silueta de una criatura a cuatro patas. La cabeza y el cuerpo eran un borrón; las patas, píxeles difuminados. Le dio muy mal rollo, así que guardó el aparato.

Los días restantes de vacaciones los exprimiría al máximo. Lana, la chica que más le gustó de las tres amigas, le había propuesto ir los dos solos a una calita cercana. Con el pensamiento de ella tomando el sol se quitó de la cabeza la de la siniestra figura en el desierto.

Los gritos les despertaron antes del amanecer. Jamal le zarandeaba en la cama.

—¡Mira por la ventana! ¡A Greg se le ha ido la olla!

Greg, el segundo capitán del equipo de fútbol tras Kevin, se había subido al borde del tejado del hotel en el cuarto piso.

—¡ESTÁ MUY CERCA! —Greg señalaba un punto lejano en el horizonte—. ¡¿No lo veis?! ¡Está viniendo! ¡ESTÁ VINIENDO! —rio histéricamente.

Kevin apareció en el tejado. Caminó despacio hacia él con la mano extendida.

—¡Gregory, deja de hacer el gilipollas! Cógete de mi mano. —Aunque quisiera transmitir tranquilidad, el temblor en la voz y el rostro crispado le traicionaban. Era la primera vez que veía a Kevin con tal angustia.

Greg negó con la cabeza.

—Pronto tú también lo verás, capitán. Me ha contado lo que va a hacer… y no, no me atrapará. Ya viene.

—Muy bien, colega, baja de ahí y lo hablamos tranquilamente. ¿Quién dices que viene?

—Shura —dijo Greg, antes de arrojarse de cabeza al vacío.

Y así, con el crujiente sonido de un cráneo fracturándose contra el suelo, acabaron las vacaciones en México para los alumnos de la Midwood High School de Nueva York.

Capítulo Diecinueve

La vuelta fue un velatorio. Aunque Greg no fuera el tipo más simpático del instituto, su violenta muerte les sobrecogió y por unanimidad decidieron volver a casa en el primer vuelo disponible. Acabados los trámites para la repatriación del cuerpo, abandonaron México esa misma tarde.

Héctor facturó la cámara Proteus en su equipaje. No hubo tiempo para dejarla en objetos perdidos, y tras la muerte de un compañero preocuparse por eso le pareció fuera de lugar. La mandaría directamente a la estación de Chichen Itzá desde Estados Unidos.

Su madre les recogió en el aeropuerto en su viejo Ford de segunda mano. Mientras ella conducía, Jamal y él le contaron las vivencias de la semana, incluyendo a las encantadoras chicas que conocieron, de las que su madre supo gracias a que ellas les etiquetaron en las fotos subidas a sus redes. Salvo por el trágico final, el viaje resultó una experiencia maravillosa.

—Ha sido bárbaro, mamá. Muchas gracias —le dio un beso en la cabeza—. Estoy pensando conseguir un *laburo* para el verano y así ahorrar un poco. Jamal quiere visitar una pirámide misteriosa donde desaparece mucha gente.

—No desaparecidos, sino transportados a otro mundo a través de un portal interdimensional —intervino Jamal, feliz de dar rienda suelta a sus locas teorías—. En los alrededores de las pirámides se han encontrado objetos personales de los visitantes. He leído que hace veinte años se tragó a una expedición de europeos que investigaba la zona.

—¿Y pretendes que te acompañe mi hijo? —preguntó su madre con el ceño fruncido.

—Mamá, por favor… Eso está en mitad de la selva. Antes había muchas bandas de ladrones que asaltaban a los turistas. La policía militar las liquidó y desde entonces la ciudad azteca está abierta para el público. De día es completamente seguro.

—Según las autoridades locales. Y esos siempre mienten, *bro*. Allí pasa algo raro.

Dejaron a Jamal cerca del piso que compartía con sus padres y hermanos en Bedford, perteneciente al distrito de Brooklyn, donde también vivía Héctor con su madre. Ella había elegido Bushwick por

ser un barrio de mayoría hispana, lo que la ayudó a integrarse sin conocer más que un puñado de palabras de inglés.

A Héctor le gustaba mucho vivir ahí, donde la gente era muy cercana y se asemejaba mucho a las cosas que mamá le contaba de su niñez en su Córdoba natal. Por no mencionar que se comía de maravilla en los barecitos de platos tradicionales.

Deshizo rápidamente la maleta y se tiró en la cama con el portátil para revisar ofertas de trabajo. Con su primer sueldo instalarían aire acondicionado en casa, pues muy pronto la pequeña vivienda se convertiría en un horno.

La cámara Proteus otra vez se había apagado. Pulsar los botones no sirvió de nada, por lo que la guardó en el cajón de la mesita de noche.

Su móvil vibró. Se le dibujó una sonrisa al ver quién era: Lana, la brasileña a la que besó. Con su marcha prematura no tuvo tiempo de despedirse como hubiera deseado. Ella le mandaba besitos y una foto en bikini que archivó en oculto. Definitivamente volvería a viajar, donde hiciera falta. Intercambiaron mensajes por más de una hora.

Después continuó la búsqueda de trabajo, con la cabeza distraída por las insinuaciones de ella de lo mucho que merecería la pena su próximo encuentro.

El verano pasó demasiado deprisa. Con diecisiete años y sin experiencia, consiguió trabajos de camarero y de arreglar chapuzas en casas ajenas, pues los desperfectos de su vivienda siempre los arreglaba él. Tenía un talento natural para reparar cosas, y por eso le frustraba no ser capaz de averiguar el funcionamiento de la misteriosa cámara Proteus.

Tenía un curso de margen para pensar qué haría después del instituto. ¿Podrían permitirse ir a un college? ¿Trabajaría a tiempo completo para ahorrar, a costa de perder un año de estudios? No se aclaraba. Jamal estaba en una situación similar. Sus hermanos tenían un taller de modificación y reparación de coches que querían ampliar, pero él no se veía trabajando en eso. Ni siquiera le interesaba conducir.

Tantas cosas en la cabeza le hicieron olvidarse de la cámara.

A Florencia su hijo le había contado el incidente del tren y el aparato que guardaba para devolverlo por correo. Un día, mientras cambiaba las sábanas de la cama de Héctor, oyó un zumbido del interior cajón. Aunque era respetuosa de la intimidad de su hijo, le pasó por la cabeza que podría ser el propietario quien llamaba.

El trasto estaba encendido. En la pantalla se mostraba la imagen de un desierto oscuro. A lo lejos, un enorme gato salvaje corriendo directamente hacia el espectador. La pose dinámica del animal con el pelaje levantado le dio escalofríos. Tocó repetidamente la pantalla

para salir al menú principal. Por un segundo sus ojos le hicieron creer que esa horrible bestia *venía a por ella*.

Sintiéndose estúpida por asustarse de algo tan absurdo, accedió a la cámara y se hizo unos cuantos *selfies* aplicando filtros que le rejuvenecieron sus treinta y cinco años. Repasó satisfecha las fotos antes de devolver la cámara al cajón.

* * *

El verano había sido una tortura para Kevin. Que hubiera ojeadores de la NFL en los dos últimos partidos amistosos que disputó no le emocionó en lo más mínimo. Sufría ataques de furia con mayor frecuencia de lo normal. Ni machacarse el cuerpo en el gimnasio aliviaba su agitación.

Que papá presumiera de sus éxitos deportivos en las barbacoas con los amigotes le sacaba de quicio. Solía remangarle la camisa y apretar los biceps mientras decía «mi hijo tiene el mejor brazo de la liga. ¡Una jodida arma de destrucción masiva!»

No menos enfurecedor resultaba cuando insistía en presentarle a la hija de algunos de esos borrachuzos. «Porque un hombre como tú debe salir con una muchacha a la altura. Hace mucho que no invitas a ninguna a casa, Kevin. Está feo que lo diga yo, pero tenéis ricos bombones entre vuestras animadoras. Alguna habrá que te guste. No querrás que la gente piense cosas raras».

A veces le obsequiaba con esas observaciones como pullas motivacionales, según sus propias palabras. Cuál sería su reacción si supiera que esas *cosas raras* reflejaban perfectamente la realidad de sus sentimientos, la realidad de que a él no podían atraerle menos las animadoras del equipo ni las hijas de sus amigos.

Cuando se marchara de casa y entrara en la universidad sería libre. Obtendría una beca y no dependería de sus padres. Viviría la vida a su manera. Amaría a quien quisiera.

Antes de conocer a Gregory pensó que no sería muy complicado mantener la fachada de mentiras que había construido durante años. Es lo bueno de los clichés: se han visto tantas veces que todos creen conocer a la persona tras el personaje. Atractivo, mediocre en los estudios y deportista estrella. Con ese título, la historia de Kevin se escribía sola. Y nadie más predispuesto a creerla que sus padres.

El día que Gregory se presentó al resto de la clase, el muro de Kevin se agrietó. Que se derrumbara era cuestión de tiempo. Cuánto aguantaría sin confesar sus auténticos sentimientos era la pregunta. Bastaron unas pocas sesiones en el terreno de juego y un cruce de miradas en el gimnasio para convencerle de que ambos compartían los mismos deseos. Aunque se dejara ver con algunas chicas, para él no

era más que un papel.

El viaje a México se presentaba como una buena oportunidad para confesarse. En caso de que se equivocara, Gregory no arriesgaría su posición dentro del equipo chivándose de él. Se decidió a contárselo durante la expedición al arrecife de coral.

Y entonces ocurrió aquello.

Kevin necesitó cubrir las brechas del muro para no desmoronarse con él. Aguantó el peso de la desolación hasta regresar a casa. Afortunadamente sus padres estaban de vacaciones en los Cayos de Florida y no ahondarían en su dolor.

El resto del verano no dejó de dar vueltas a las mismas preguntas. ¿Qué aterrorizó tanto a Gregory? Él no consumía drogas ni era un pirado. Kevin no reconocía a la persona que se lanzó del tejado del hotel. ¿Pudo haber hecho algo para evitarlo? Lo dudaba. Lo que quiera que atormentó a Gregory fue tan reciente como para volar bajo su radar.

Dos meses tardó en hallar la respuesta a esas preguntas. O mejor dicho, fue la respuesta la que le encontró a él.

Dormía solo en casa cuando un ruido chirriante le sacó del sueño. Venía de fuera del dormitorio. Uñas arañando contra el metal. Un *crrriii crrriii crrriii* que le causaba dentera. Taparse los oídos fue inútil, se le había metido dentro de la cabeza como si le rasparan el cerebro.

Saltó de la cama y encendió la luz. Permaneció atento, conteniendo la respiración. ¿Habría entrado un ladrón en casa?

«Kevin»

El que pronunció su nombre tenía una voz gutural, de monstruo de película de terror. Se repitieron los arañazos; provenían del cuarto de baño. Apoyó la mano en el pomo.

Crrriii Crrriii Crrriii.

En vez de entrar, fue al despacho de su padre al fondo del pasillo. Con cuidado de no hacer ruido cogió la escopeta de caza y comprobó que estuviera cargada.

Como antes de la jugada decisiva de un partido, mantuvo la cabeza fría y pulsaciones bajo control. Agarró con fuerzas las riendas de su corazón y le obligó a no bombear tan rápido.

Muy lentamente giró el pomo hasta oír el *clic*. Dio un paso atrás y levantó firme la escopeta. Pulsó el interruptor de la luz y abrió de una patada. Un barrido visual confirmó que estaba vacío. No había rincón donde esconderse salvo…

Crrriii Crrriii Crrriii.

¿El lavabo?

Se asomó con cautela. El sonido se oyó más distante, profundo desde el interior de la tubería. Por allí no cabía nada.

«Keeevin»

Canturreó la voz burlona tubería abajo. Pensó en llamar a la policía. El problema era que la situación no tenía maldito sentido. Alguien le estaba jodiendo la cabeza. Quizá habían descubierto que amaba a Gregory. O quizá estuviera loco.

«Keeeevin»

No, aquello sonó muy real. Corrió por las escaleras hacia el origen de la voz encendiendo todas las luces a su paso, pues solo un imbécil busca a un intruso a oscuras.

Irrumpió en la cocina. Las luces led barrieron las sombras de todos los rincones, dejando la alacena como único escondite posible. Se secó el sudor de la frente. De un tirón abrió la puerta. Nadie.

Crrriii Crrriii Crrriii.

El fregadero. ¿Habría una serpiente en el triturador de residuos? Una idea absurda, pero no menos que el episodio del que estaba siendo protagonista. La boca del triturador era un pozo de negrura al que daba vértigo asomarse. Del fondo vino un ruido distinto, apenas audible.

Miau

Un maullido, débil y distante.

Miau

¿Cómo había entrado una cría de gato allí? Puso la escopeta sobre la encimera, al alcance de su mano. Dio vueltas por la cocina, frenético. Si llamaba a los bomberos, ¿qué les diría? Difícilmente creerían su historia. Sonaría a broma de mal gusto o que estaba colocado. Tenía que hacer algo, no iba a pegar ojo esa noche pensando en el animal atrapado ahí dentro.

Tras cubrirse la mano derecha con un grueso guante de cocina desconectó el enchufe del triturador. Armándose de valor introdujo lentamente el brazo en el conducto, hasta el codo. Palpó un pequeño cuerpo suave en el fondo. Con la mano convertida en una pinza le costaba horrores apresarlo para tirar de él. Intentó sacarla, pero el guante se había enganchado.

Hilos de sudor le cayeron por la frente hasta la punta de la nariz. Se obligó a calmarse. Ceder a la desesperación no iba a ayudarle.

—Pareces en un aprieto.

Sobre la mesa de la cocina había aparecido un enorme gato montés. Debía estar loco, porque juraría que fue él quien habló.

—¿Qué cojones eres tú? —jadeó Kevin.

—Soy Shura, el más fuerte de los nueve.

—Gregory mencionó tu nombre. Eras tú de quien tenía miedo. Provocaste que se suicidara —Una parte de él se maravilló de que ante la situación más extraña de su vida su sentimiento predominante fuese rabia.

—El dolor y la violencia son mi alimento. Tu amigo fue el

aperitivo.

—*¡¡¡TE MATARE!!! ¡Voy a cortarte en pedazos!*

El repelente felino ronroneó complacido.

—Cuánto odio y sufrimiento. Antes, los hombres hacían sacrificios en mi nombre. Hoy tengo que procurármelos yo mismo. No podrías matarme por más que quisieras.

—Espera a que saque el brazo y verás.

—Hablas con una proyección de mí, soy pura energía. Caí en una trampa, como tú esta noche.

—¡Qué es lo que quieres, gato de mierda!

—Liberarme. Para ello necesito realizar varios sacrificios antes del Panquetzalitzli, cuando recuperaré mi forma carnal. Vamos a servirnos mutuamente. Yo te sacaré de tu aprieto y tú del mío.

—Estás loco si crees que moveré un dedo por ti.

—Moverás mucho más que un dedo. Descuida, no necesito tu colaboración, solo tu dolor. —La cola del gato se alargó hasta el suelo. Su punta adquirió la forma de un enchufe que entró en los agujeros de la pared que encendían el triturador de residuos.

Anticipando lo que estaba a punto de ocurrir, Kevin se meó encima y empezó a gritar.

Shura fue testigo del estimulante espectáculo. Después de dos milenios de matar por medio de la fuerza bruta, el uso de la astucia para sus sacrificios humanos suponía una novedad. Le hubiera gustado ser más que un espectro para chapotear en la sangre esparcida por doquier.

Unos sacrificios más y volvería a caminar por el mundo por sus propias patas.

Capítulo Veinte

Héctor esperaba nervioso su turno para entrar en la habitación del Hospital Monte Sinaí, donde ingresaron a Kevin. La noticia cayó como una bomba: el triturador de residuos que limpiaba se activó por accidente y le masticó la mitad del brazo. Una llamada a urgencias hecha por él mismo antes de desmayarse le salvó la vida.

Los paramédicos le encontraron moribundo en la entrada de la casa con un rastro de sangre que partía de la cocina. Pasó una semana con pie y medio en la tumba. Al octavo recuperó la consciencia, aunque lo que salía por su boca eran delirios sobre gatos demoniacos.

A poco de reanudar el curso en el instituto, no había peor augurio posible. El acto de homenaje a Greg previsto para la apertura se revisó para también homenajear a Kevin, que no empezaría las clases con el resto. Al daño físico se sumaba el masivo impacto psicológico.

Por muy mal que le cayeran los del equipo, lo ocurrido puso a Héctor de un humor sombrío. Un día sueñas con ser deportista de élite y al siguiente estás hundido en un pozo de mierda. Por sí solo ese era suficiente motivo para empatizar con Kevin.

Otro motivo eran los rumores. La versión oficial difundida por la familia no se sostenía. Claro que Héctor había oído alguna vez los cuchicheos de las chicas a las que Kevin daba plantón. Según ellas, el capitán miraba con mejores ojos a sus compañeros de equipo que a las animadoras. También se decía que Greg era su amor no declarado. Si aquello era cierto, el caso no tenía mucho misterio.

Por increíble que sonara que la mayor estrella de la escuela intentara suicidarse, y que el modo fuera el peor posible, llevar una doble vida pudo haberle provocado una crisis emocional, como antes con Greg.

—¿Entramos? —preguntó en voz baja Jamal.

Héctor asintió.

Kevin estaba consciente, con círculos negros bajo los ojos y el rostro demacrado. Pareció sorprendido por su visita.

—Menudo marrón, ¿eh? —dijo el enfermo con voz cansada y una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Lo sentimos mucho, Kevin. Ha sido una mala suerte increíble.

—De mala suerte nada, Olivera. Como no somos íntimos, vosotros no tendréis problema en contarme lo que realmente opinan los demás

sobre *mi accidente*.

Héctor dudó si contar la verdad, por temor a estresarle aún más. Jamal se adelantó.

—Dicen que intentaste suicidarte porque te afectó lo de Greg. Que para ti él era más que un amigo… —Hector hizo ademán de cortarle.

Kevin levantó el brazo sano.

—Está bien, Olivera. Estoy cansado de fingir. Nunca más volveré a jugar al fútbol, así que no importa. He tenido que perder mi arma de destrucción masiva, como dice *mi querido padre*, para darme cuenta de lo inútil que es vivir con miedo. Hablando de mis padres, ellos están más afectados por los rumores que por el fin de mi vida. Ha sido caerme del estrellato y salir toda la mierda que algunos me tenían guardada.

—Tu vida no ha terminado, Kevin. Hay prótesis tan buenas como un brazo de verdad, incluso más fuertes. Si tu familia no se lo puede permitir, abres un patreon. El canal de Eddie no es muy grande, pero podría moverlo por ahí. Él seguro que está de acuerdo.

—Vino esta mañana y me ofreció algo así. La verdad, no esperaba tantos regalos.

—Pues aquí tienes otro. —Héctor le entregó una bolsa—. No sé si te gustará, pero está muy chulo. Fue idea de Jamal.

De la bolsa Kevin sacó un cómic de tapa dura. Ojeó con curiosidad la portada.

—*Dios ama, el hombre mata* —leyó—. No soy muy fan de superhéroes, pero este parece interesante. Tiene un rollo muy oscuro.

—Es un clasicazo. Te va a molar —dijo Jamal.

—Gracias, tíos.

—¿Cuándo te dan el alta? —preguntó Héctor.

—Estoy pendiente de una prótesis experimental. Lo malo es que no volveré a clase hasta que me miren lo que tengo dentro de la cabeza. Conté cosas que tenía que haberme callado —chasqueó la lengua—. Ayer se presentó una psiquiatra. Pretendía internarme en un centro especial, una especie de balneario en San Francisco. La mandé a cagar. Está intentando convencer a mis padres.

—Normal que se preocupen. Temen que vuelvas a hacerlo.

—¡Yo no…! … yo no intenté suicidarme. Es ridículo.

—¿Qué pasó entonces?

Kevin les hizo un gesto para que se acercaran a la cama.

—Sé que suena a locura, pero me importa un carajo. Metí la mano en la trituradora porque pensé que había un animal dentro. La había desenchufado. De pronto apareció un gato enorme sobre el fregadero. Me dijo que mató a Gregory.

—*¡¿Te dijo?!*

—Tú escucha, Olivera: ese animal o lo que sea me dijo que

provocó su muerte. Después mencionó algo de sacrificar gente para liberarse de no sé dónde. Greg y yo estábamos en su lista negra. Encendió la trituradora y se quedó ahí mirando mientras yo gritaba como un cerdo acuchillado.

Héctor y Jamal intercambiaron una mirada.

—¿Qué se supone que tenemos que pensar de esto? —preguntó Héctor. Quería que Kevin llegara por sí mismo a la conclusión de que aquello era un disparate.

—Piensa lo que quieras. Ni yo ni Gregory somos suicidas. Antes de lanzarse por el tejado él pronunció el nombre de Shura, que es el mismo con el que se presentó esa cosa en mi casa. ¿Crees que me lo estoy inventando?

—La explicación más sencilla es que el suicidio de Greg te sugestionó y tu mente ha creado un monstruo para justificar lo que hiciste.

—Corta la psicología barata, por favor. Muy bien, no me creas. Tarde o temprano no te quedará remedio.

—¿Por qué?

—Porque ni de coña yo soy el último en su lista de sacrificios.

La escuela inauguró el nuevo curso con un acto de homenaje a Gregory De Luca y Kevin Winters, al que desearon una pronta recuperación.

En el tiempo transcurrido desde la conversación en el hospital, Héctor, Jamal y Eddie discutieron sobre el tema. Eddie aceptó darle publicidad a Kevin en el canal para recaudar dinero para la operación. Por su parte, Jamal compartió el nombre de Shura con su grupo de misterio y ocultismo. La búsqueda arrojó tantos resultados distintos que sería difícil separar cualquier información útil.

Héctor había oído el nombre de Shura en alguna parte, pero no conseguía recordar dónde. Tenía mayores preocupaciones, como pensar su siguiente paso tras la escuela, si iba a estudiar, trabajar o ambos. Además, una compañera de clase de las que le gustaban le había pedido que la acompañara a una fiesta.

Pese a que mantenía contacto ocasional con Lana, esa amistad a distancia parecía destinada a acabar con ambos siguiéndose mutuamente en redes sociales y poco más. Ella publicaba bailes chorra junto a las amigas que conocieron en Cancún. Tras mirar un par de vídeos que subieron su contador de vergüenza ajena a niveles insoportables, se desuscribió del canal.

Intentaba estudiar en su habitación, pero entre las pocas ganas y las notificaciones del móvil se lo estaban poniendo difícil. Tentado estuvo de silenciar el grupo que compartía con Jamal y Eddie.

Yo: no me hagáis leer todos los mensajes pendientes. ¿Qué pasa?

Jamal: un colega de mi grupo me pasó info sobre Shura.

Yo: dale.

Jamal: el mito más popular es el de un dios de la guerra que anda por el mundo desde los tiempos de los faraones. Existe un culto en torno a él, mogollón de peña lo adora. La violencia y devoción de sus seguidores le da energías.

Eddie: como a mí **:)**

Yo: ¿cómo sabes que es el Shura que buscamos?

Jamal: porque se le describe como un gato montés gigante. Al menos en su forma original.

Yo: cómo que su forma original.

Eddie: evoluciona como un pokemon. Cambia de forma cuando va a la guerra. Entre otras, ha combatido en la segunda guerra mundial, primero del lado de los nazis y finalmente con los aliados.

Yo: te cagas.

Jamal: sí, hermano. Muy loco todo.

Yo: ¿y cómo pasa de bestia de guerra a fantasma de peli cutre?

Eddie: lo han nerfeado.

Yo: qué significa eso.

Eddie: le han bajado de nivel. Le quitaron sus poderes o algo así. Por eso sacrifica gente, ¿no? Para ser de nuevo un cabronazo.

Yo: no entiendo qué tienen que ver Kevin y Greg con esto. No me parecen del tipo interesados en leyendas. Quiero decir, partiendo de que a los dos se les fue la olla y lo suyo es una alucinación compartida.

Jamal: bueno…

Yo: qué.

Eddie: Jamal cree que ese monstruo existe **XD**

Jamal: mantengo la mente abierta, tío.

Yo: la idea es convencer a Kevin de que ha imaginado esta historia para que no lo encierren en un manicomio. Habría que empezar por no creérnosla nosotros.

Eddie: hablando de otra cosa: ¿estaréis en el directo de Lana? Las Canarinhas van a montar un buen show esta noche en su canal.

Yo: paso. Si aguantas cinco minutos viendo eso, perderé el respeto por ti.

Eddie: Conque en el fondo sí me respetas **:P**

Yo: realmente no, pero perderás cualquier opción de que un día lo haga.

Cerró el chat y estudió un rato más. Le costaba centrarse en las ecuaciones de mates con el runrún dentro de su cabeza. Una parte de él se arrepentía de meterse en el fango con lo ocurrido a los de su clase. Solo eran compañeros y ni siquiera se caían bien. No tenían por qué involucrarse.

Sin embargo, visitar a Kevin en el hospital le hizo verlo de otra manera. Si vivir en una mentira era duro, la mutilación lo hacía mil veces peor. Sería inhumano no sentir compasión por él.

¿Compasión? No te engañes. No es por eso que has cambiado tu actitud con él. Jamal sospecha la verdad, pero no dice nada por no señalarte.

Apartó el pensamiento de un manotazo. No había nada más… ¿o sí? Giró la cabeza hacia el último cajón de su cómoda, el que llevaba tiempo sin abrir. Un pellizco de ansiedad le encogió el estómago.

Se obligó a concentrarse en los problemas de matemáticas.

Tres horas después cerró el libro y se estiró en la silla con la espalda dolorida. Se iba a la cama cuando vio en el móvil las notificaciones de audios y llamadas perdidas de Eddie. Habría no menos de cien mensajes nuevos en el grupo. Eddie y Jamal estaban en ebullición. En vez de contarle el motivo de su nerviosismo, le pasaron el enlace del directo de las chicas, que había sido cortado.

El fragmento duraba seis minutos y medio. Las Canarinhas Fernanda, Lana y Martina exhibían los pasos de su último baile sexy. En el descanso para responder comentarios de los fans, apareció un nuevo donante en el superchat. El icono era la cara de un gato y el nick, Shura. Destacó su mensaje para que fuera visible por todos.

El rostro de Martina se contrajo en una mueca de odio al leer las acusaciones escritas por el recién llegado. Acusaciones no contra ella, sino contra quien creía su amiga.

Ignorando las disculpas de Fernanda, la tumbó de un puñetazo en la nariz y, una vez en el suelo, le apretó el cuello con las dos manos. Lana miró con la boca abierta cómo Martina estrangulaba a Fernanda. Al fin reaccionando, agarró a Martina de los hombros. Esta se revolvió como una fiera salvaje y de un manotazo en el tobillo tiró a Lana al suelo.

En el superchat apareció un nuevo mensaje.

«Ella también se lo ha follado. Mátala. Mátala mátala mátala mátala mátala mátala»

Martina levantó la torre del ordenador por encima de la cabeza de Lana. El grito de Héctor hizo que su madre irrumpiera en la habitación. Apagó el móvil antes de que ella viera la pantalla.

—Héctor, ¿qué pasó?

—Perdona, mamá. Un problema de mates me tiene loco. Me desahogué de pura bronca.

Ella sonrió y le revolvió el pelo.

—Dale un descanso a esta cabecita.

—Sí… me acuesto en un momento.

—Por cierto, me olvidé preguntarte cómo se pasan fotos de la cámara esa rara a mi teléfono.

—¿Qué cámara, mamá?

—La que tenés en el cajón. Un día que te guardé la ropa me la encontré prendida y me saqué algunas fotos con ella. Como salieron lindas, quise pasarlas al mío, pero no supe cómo.

Héctor se quedó lívido. Creía que nada superaría el horror de ver una torre de ordenador cayendo como un martillo contra la cabeza de Lana en pleno directo.

Se equivocaba.

Revolvió el cajón hasta dar con el Proteus. Desde que lo trajo de México no consiguió encenderlo, y se olvidó de él. Para qué molestarse por un aparato roto.

Su madre tenía razón: estaba encendido, con los dos iconos del menú principal avisando de actualizaciones. Temía pulsarlos. Desde que Greg se suicidó, había cerrado la puerta a una explicación sobrenatural, pero una parte de su mente susurraba que existía una relación entre el aparato de la anciana y todo lo ocurrido después: el apagón, el suicidio, Kevin… y las amigas brasileñas cuya brutal muerte acababa de presenciar.

Al acceder a la galería comprendió de una vez el significado de las marcas rojas. Las fotos de Greg, Kevin y las tres brasileñas estaban tachadas con un aspa. Sacrificios consumados. Tenían un punto rojo sobre la esquina superior las de Rose, Eddie y el tutor que les acompañó al viaje. A todos ellos transfirió las fotos cuando los teléfonos móviles recuperaron la batería.

Él mismo les había apuntado en la lista de sacrificios de Shura. Las muertes eran culpa suya. El día que cogió esa cámara que no le pertenecía selló el destino de al menos cinco personas. Repasó los *selfies* de su madre. Estaban libres de marca. Si hubiera acercado su móvil al Proteus, las imágenes se habrían compartido en su teléfono, poniéndola en la lista.

Salió de la galería para entrar en el icono del gato. Habiendo aceptado lo imposible, no le sorprendió en absoluto que la silueta del animal en la distancia se hubiera agrandado hasta abarcar el centro de la imagen. Era un gato, un monstruoso gato con ojos locos y pelos de punta, que corría hacia el espectador con una sonrisa de dientes como cuchillos.

Esa abominación era Shura. Y como dijo Greg, estaba viniendo.

Capítulo Veintiuno

La muerte en directo de Las Canarinhas se hizo viral, convirtiéndose en la principal noticia de la red durante una semana. Después, la gente pasó a otra cosa.

Peor se lo tomó Héctor, moralmente hundido al entender que su buena acción en México se había saldado con tres cadáveres, un amputado y una chica en la cárcel de por vida. Y la cuenta no acababa ahí, porque había más personas en la lista de Shura.

Quedó con Jamal y Eddie a tomar un frappé al salir de clase. Les contó su teoría mientras les enseñaba la lista de sacrificios. Pese a estar nominado, Eddie no compartía sus temores.

—Me la pela, tío. En serio. No voy a perder la cabeza como los otros. Para empezar, porque no me creo nada de lo que nos has contado. Las cosas tienen una explicación racional.

—Después de todo lo que ha…

—No insistas, Jamal —le cortó Eddie—. A lo único que os agarráis es que en el chat entró alguien con el nombre de Shura. Sí, es una coincidencia, pero no para creer en monstruos, espíritus o lo que quiera que sea.

—¿Y qué opinas de esto? —Héctor le mostró la imagen de la bestia corriendo hacia la cámara con la boca abierta—. Con cada muerte se acerca más.

Eddie rio.

—Eso es fácil de programar. Voy a fingir que por un momento me lo trago. ¿Cuál es la gran idea? Necesitáis un plan para libraros de ese ser. ¿Por qué no destruir el aparato? Problema solucionado.

—El gato contó a Kevin que necesitaba sacrificar gente para liberarse. Es como un ritual de invocación. Mi teoría es que los de Proteus inventaron el dispositivo para encerrar a Shura en su interior. Si lo destruimos, escapará.

—Tío, la historia se pone más loca cada vez que hablas. Ahora resulta que una multinacional alemana fabrica tecnología secreta para cazar fantasmas. Si no se puede destruir, enterradlo o tiradlo al río. A los gatos no les gusta el agua.

—Alguien podría desenterrarlo. ¿Por qué estaba en la bolsa de la vieja del tren? ¿Fue una casualidad que acabara en mis manos? No sabemos si es capaz de influir en gente a su alrededor. En cuanto a

tirarlo al agua, lo he pensado. Él se desplaza por las ondas de alguna manera, como una señal eléctrica. Por eso estáis en su lista los que os pasasteis las fotos al móvil. Deberías alejarte de teléfonos, ordenadores, la consola…

—Prefiero suicidarme. —Eddie apuró el café helado y se levantó—. En nada celebramos un evento de Warmonger entre veinte *streamers*, todos de más de un millón de suscriptores. No desaprovecharé esa oportunidad por una alucinación colectiva.

Jamal y él discutieron sus opciones por un tiempo. Le frustraba no tomar la iniciativa. Se involucró con los amigos de Jamal amantes del misterio, repartiéndose las líneas de investigación como si se tratara de un proyecto de fin de curso.

Sería inútil advertir a los otros en la lista de Shura. Si Eddie no les creía, mucho menos lo harían ellos, ignorantes de historias de gatos, magia y misterio.

Aparte de ellos, el único con quien podrían discutir del tema era Kevin. El implante de su prótesis mecánica fue un éxito, pero le tenían confinado en el ala de salud mental. No se permitían visitas a excepción de las de sus padres una hora al día. La psiquiatra venida de San Francisco había dictaminado que ver a los compañeros de clase con los que viajó a México sería perjudicial para su recuperación.

Los días transcurrieron en una tensa calma. Eddie se codeó con los grandes del Warmonger y su carrera cobró un nuevo impulso, multiplicando sus ganancias. Los más jóvenes le pedían autógrafos en la escuela. Con Kevin de baja y fuera del equipo para siempre, él era la mayor celebridad en la escuela Midwood.

Jamal y Héctor siguieron con nerviosismo las tres horas que duró la partida de Warmonger. Habían acordado con Eddie quedarse en su casa en la habitación contigua a donde retransmitía. Caso de intentar algo extraño, entrarían a atarle con una soga. Antes se aseguraron de que no hubiera ningún cuchillo ni objeto que pudiera ser usado como arma, por si caía bajo el control mental de Shura.

El evento fue un éxito. Batieron el récord de audiencia del juego y recaudaron medio millón de dólares que donarían para la recuperación de Kevin Winters, promesa truncada de la NFL.

Al acabar, Eddie les invitó a un restaurante pijo de Park Avenue, «por los servicios de guardaespaldas y asustar al gato asesino». La excelente comida les relajó. Esa noche durmieron con la esperanza de que Shura hubiera salido de sus vidas para siempre.

* * *

Manejar la fama como adolescente es difícil, o eso dicen los expertos. Eddie se reía de todos ellos, ahora que por fin estaba viviendo el

sueño. Para él, lo realmente duro era ser un pringado. A los diecisiete o a cualquier edad. Tener la cuenta bancaria de un famoso y el móvil lleno de chats con chicas que antes no le dirigían la palabra era pasarse la vida en modo fácil.

Agradecía a sus colegas la preocupación por su seguridad, y eso que sus investigaciones no revelaron nada útil de cómo actuar contra el espíritu que habitaba el aparato. En la lista de sacrificios de la galería de imágenes figuraban él, Rose y el tutor de su clase, el profesor Davis. Eddie se lo tomaría en serio si a alguno de ellos le ocurría algo malo.

Mientras tanto, él tenía otras cosas en la cabeza. Por ejemplo, el evento sorpresa que preparaba para Halloween. Su *cosplay* de guerrero maya gustó a los fans. Para la siguiente se disfrazaría de monstruo y se grabaría con un fusil de asalto que había encargado en una tienda de réplicas de alta calidad.

En la noche del treinta de octubre Eddie daba vueltas por el piso, frustrado por no recibir aún el disfraz para su actuación. Eran las diez y estaba claro que el mensajero no se presentaría. Pensaba ponerles una buena reclamación, además de tirar su reputación por el fango.

El timbre de la puerta sonó una vez.

Detuvo la mano sobre el pomo antes de abrir. No conocía ninguna empresa que repartiera tan tarde. Pegó el ojo a la mirilla. Nadie al otro lado. En el suelo habían dejado dos paquetes: una caja alargada y una bolsa de papel.

Con un cutter desempaquetó la réplica de fusil de asalto. Ligero, con mira telescópica y suave al tacto, era una auténtica belleza. Lamentó tener que soltarlo, aunque fuera para abrir la otra bolsa.

El disfraz no era el traje de hombre-lobo que había encargado, sino algo aún más terrorífico, con un pelaje ultrarrealista que transmitía salvajismo. Olía a fiera. Se le ocurrió proponerle a alguna de sus chicas hacerlo con eso puesto.

Por separado venía una máscara peluda que cubría toda la cabeza. Al ponerla a la altura de la cara, los ojos amarillos de la máscara giraron para clavarse en los suyos.

—Hola, Eddie. Mañana vamos a hacer el mejor directo del año.

* * *

Con sus lecciones de historia, el profesor Davis tenía el poder de ralentizar el tiempo. Cada vez que Héctor consultaba su reloj este se resistía a avanzar, tan dormido como todos en el aula.

Eddie no había venido a clase ni respondido a sus mensajes. No conectado desde la noche anterior, algo inimaginable desde su salto en popularidad. La sensación de que algo malo había sucedido era casi

tangible.

Primero oyeron el grito. Después, un castañeteo muy reconocible. Detuvieron sus tareas para dirigir la atención al pasillo. Se repitió la misma cadencia de antes, y más gritos. Disparos.

El pánico se apoderó de la clase. El profesor Davis les ordenó permanecer agachados bajo los pupitres, pero los de las filas delanteras salieron en tromba.

El tirador no disparó a ninguno de ellos. Davis se asomó al pasillo. De inmediato oyeron el alto *trrrrrr* de la ráfaga del fusil acompañado del *chof* que haría una calabaza al reventar. El cuerpo del maestro se derrumbó en el umbral con la cara hecha pulpa. Un par de chicas junto a la puerta chillaban mientras se quitaban restos orgánicos del vestido.

El profesor Davis ha sido sacrificado, pensó Hector. Sacó el móvil del bolsillo y entró al canal de Eddie, que retransmitía en directo desde la escuela. Estaban participando a la fuerza en su especial de Halloween.

Buscó a Rose con la mirada. Junto a Eddie, ella era la última en la lista de sacrificios para Shura. Sollozaba detrás de su pupitre interpuesto a modo de barrera.

—Rose, el que está ahí fuera es Eddie. Va a por ti. Tienes que salir de la clase.

—¿E-Eddie? ¿P-por qué…?

—No hay tiempo para explicaciones. Míralo por ti misma. —Le mostró el vídeo del directo con una perspectiva en primera persona de Eddie disfrazado de furro caminando hacia el aula. Estaba a unos pocos metros—. Si te quedas aquí, morirás. Ven con nosotros.

Ella asintió nerviosa. Sin comprender la situación, se impuso el instinto de supervivencia. Cogida de la mano de Jamal, se quedó a espaldas de Héctor, que gracias a la retransmisión conocía la posición exacta de Eddie. La cámara enfocaba a la puerta del aula. Si Rose salía en ese instante sus sesos se unirían a los del profesor.

La cámara viró rápidamente. En escena había entrado un policía que le ordenó soltar el arma, dándoles la oportunidad para huir de clase. Jamal tiró de Rose, que tropezó con el cuerpo de Davis. Eddie se giró y abrió fuego. La bala pasó un palmo por encima de ella.

Exhibiendo una mala puntería increíble, el agente abrió fuego contra Eddie, al que ni siquiera rozó. Como premio a su error recibió una muerte instantánea por ráfaga de fusil.

Héctor, Jamal y Rose se precipitaron hacia el gimnasio. Descartada la puerta principal, su mejor baza era esconderse y esperar a los refuerzos. Un proyectil impactó en la pared detrás de ellos. Le tenían en los talones.

Mientras trababan las puertas del gimnasio otra bala rozó a Jamal en el hombro, apenas un rasguño.

—Escondeos detrás de la canasta —dijo Héctor.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Jamal.

—Entretenerlo, espero.

Una ráfaga de fusil arrancó la cerradura de la puerta, abriendo un agujero del tamaño de un puño. Con una patada, Eddie entró en el gimnasio. Héctor se interpuso en su campo de visión entre él y los otros dos, malamente escondidos al fondo de la sala.

—Tu amigo y la chica están ahí detrás. Entregádmela y acabaré rápido. —La voz a través de la boca de la máscara era profunda y ominosa, en absoluto la de Eddie.

—No.

—Tú también morirás. —Le apuntó con el fusil.

Héctor necesitó toda su fuerza de voluntad para que no le temblase la voz. Estaba apostando fuerte.

—No estoy en tu lista.

—Tampoco el poli que acribillé antes.

—He leído sobre el ritual. Únicamente los marcados para sacrificio te sirven para liberarte. Dispararme no te ayudará.

—Daños colaterales creo que lo llamáis. En breve este lugar va a llenarse de policías. Dos sacrificios más y seré libre. Jamal y tú no me importáis. Aparta.

—No. Tendrás que apretar el gatillo, Eddie.

Cuando el fusil le apuntó al pecho Héctor se supo muerto. Por hacerse el héroe la suya sería una muerte estúpida que rompería el corazón a su madre.

El cañón del arma tembló. Con un gran esfuerzo, Eddie levantó el brazo y agarró la careta del disfraz. La boca se cerró sobre su mano, de la que salió un chorro de sangre. Héctor, Jamal y Rose asistieron atónitos al espectáculo de Eddie luchando contra su propio disfraz de furro. Con un último tirón se arrancó la máscara, que cayó a sus pies. Respiraba con dificultad.

—L-lo siento mucho, tíos. Teníais razón. Voy a ser el gilipollas que muere por no hacer caso a sus amigos.

Fuera oyeron voces y pesado ruido de botas. La policía, por fin. Héctor habló en la voz más tranquilizante que fue capaz.

—Nadie más va a morir, Eddie. Suelta el arma y levanta las manos. Me pondré a tu lado para que ellos no disparen.

—Gracias, *amigo*. Tienes unos *cojones* de acero. Por desgracia este es mi último directo.

—¡No seas idiota! Contaremos algo para que te manden a un loquero. Tira el arma.

Eddie sonrió con tristeza.

—Esta cosa es más fuerte de lo que crees. Cuando los polis entren, me obligará a dispararles. La violencia le excita.

—¡Resiste, maldita sea!

—No puedo —murmuró Eddie.

En el momento en que un pelotón de agentes con equipo de asalto irrumpió en el gimnasio, Eddie se llevó el fusil al pecho y apretó el gatillo.

El circo que siguió al tiroteo en el instituto fue el previsible: interrogatorios de la policía a compañeros de clase y amigos; titulares sensacionalistas; declaraciones inútiles de políticos; reportajes en televisión sobre Eddie, con un panel de psicólogos que explicaron en su jerga incomprensible por qué los videojuegos difunden la violencia y convierten a jóvenes prometedores en psicópatas asesinos.

Payasos, todos ellos.

Héctor y Jamal rastrearon las huellas de Shura a través de la historia. Puesto que se alimentaba de violencia, enfocaron su búsqueda en guerras y conflictos sangrientos.

La lista de sacrificios estaba incompleta. Al salvar la vida a Rose habían impedido que se completara el ritual. Si no sacaba fotos de nadie más, estarían a salvo. Shura jamás abandonaría el desierto de arena negra en el que llevaba veinte años confinado.

Héctor siempre llevaba el dispositivo en su mochila. Cada noche lo metía con las cosas de clase del día siguiente. No iba a arriesgarse a dejarlo en casa al alcance de su madre, a quien no le contó nada del asunto para no matarla de la preocupación.

Por su parte, Kevin regresó a la escuela con una prótesis futurista. Junto a él se presentó Iris Shalquoir, una joven psicóloga que les dio una charla sobre experiencias traumáticas compartidas. Iris estudiaba una psicosis por la cual mucha gente ve gatos monstruosos. Puso como ejemplo a Eddie, que provocó una matanza disfrazado de gato.

Su exposición debió ser muy sugestiva, porque a Héctor le parecía que el lenguaje corporal de la doctora era sinuoso y elegante como el de una gata.

Les habló de Lilium, un balneario en la naturaleza donde trataba a pacientes con ese tipo de patología. Les dejó su contacto por si conocían casos similares. Algunos seguro que le escribirían solo porque era guapa.

A Héctor le convenció de no decir palabra. Solo faltaba que le tacharan de lunático y le ingresaran en ese balneario para locos.

Para Kevin la vida había empeorado más allá del brazo artificial. Los que él creía sus amigos ahora le evitaban. Ya no era el quaterback estrella, sino un suicida con alucinaciones.

Héctor y Jamal llenaron ese vacío. Los tres estaban unidos por un secreto. Kevin ocupó el lugar de Eddie en el chat y se sinceró con ellos. La pérdida de su prodigioso brazo fue a su manera una

liberación. Se acabó fingir que era el hijo-trofeo que papá deseaba.

Sin embargo, no perdió el espíritu competitivo, y en las pachangas de baloncesto que echaban en el parque ponía a prueba sus nuevos límites. A finales de noviembre los tres se habían acostumbrado a su nueva rutina.

Fue entonces cuando apareció el hombre que lo cambió todo.

Un elegante oriental de mediana edad les observaba desde fuera de la cancha. Después de que Jamal clavara otro triple, Héctor fue a beber agua y el desconocido le saludó con una inclinación de la cabeza.

—Jugáis bien.

—Ellos sí. Yo soy un paquete. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vosotros sois alumnos de la escuela Midwood. Os vi por televisión. Una desgracia lo del profesor y ese muchacho.

—Se lo agradezco —respondió Héctor, tenso. Tras el tiroteo, Jamal y él esquivaron a los periodistas. Ellos no habían salido en la tele. Detrás de su sonrisa amable y acento divertido, el chino estaba mintiendo.

Kevin tenía la oreja puesta en la conversación. Tras encestar, se unió a ellos con la pelota bajo el brazo.

—Me gustaría invitaros a un refresco, muchachos. El asunto del que quiero hablar con vosotros es un poco delicado.

—No se ofenda, señor. La policía nos ha interrogado de sobra. No queremos revivir una experiencia tan traumática —dijo Kevin.

—No es sobre la escuela, es sobre Shura.

Héctor mantuvo la cara de póker. No así Jamal y Kevin, que boquearon como peces. El chino les indicó una cafetería cercana.

—Antes de responder a ninguna pregunta, díganos quién es usted —dijo Héctor.

—Soy Liú Wang, anticuario. Durante años he vigilado a Shura y otros como él. Capté su señal en Nueva York. Fue muy débil y me hizo dudar. Cuando vi noticia de vuestra escuela, supe verdad. Siento mucho no avisar antes. —Sonaba sincero en su lamento.

—Más siento yo haber traído ese monstruo aquí. Eso fue un error —dijo Héctor.

—¿Qué es eso de captar su señal? —preguntó Jamal.

—Existe un libro que revela su localización y la de otros como él. Cuando uno muere o se desplaza a otro lugar, se escribe en su página.

Los amigos intercambiaron una mirada, preguntándose si habían oído lo mismo.

—¿Está diciendo que el libro se escribe solo? ¿Y rastrea estos bichos, como un GPS? —preguntó Jamal.

—Algo así, aunque un poco más complicado. Siento mal por no actuar antes.

—No lo sienta. Ese monstruo es muy peligroso. No sabemos cómo matarlo —dijo Kevin.

—Dagas de Yegael. Mata seres como Shura.

—El monstruo que apareció en mi cocina era como un fantasma. Pura energía, dijo él. Me lo demostró al encender la trituradora con la cola.

—Cuando Shura hace último sacrificio, rito se completa y él recupera su forma física. Mucho más poderoso, pero también vulnerable. Hay un altar en una pirámide de México. Si se derrama sangre en él invocaréis a Shura y le mataréis.

—Eso demostraría que no estoy loco. Le cortaré el cuello —dijo Kevin, decidido.

Héctor les interrumpió.

—Dejad de flipar. Esto nos queda demasiado grande. No somos superhéroes.

—Mató a nuestros amigos y me ha arruinado la vida. Si existe un modo de hacerlo, yo me apunto —dijo Kevin.

—Yo también voy. Cuenta con mi espada, bro.

—¡Jamal! ¿Qué cojones?

—Un amante del misterio no puede negarse a esta aventura. Además, somos responsables. Fuimos nosotros los que ayudamos a esa mujer en el tren y cogimos la cámara rara. Sin esa acción, Greg y el señor Davis estarían vivos. Y Kevin tendría brazo.

—No me seas mamón.

—No te estoy acusando. Nosotros somos los únicos que podemos parar esto.

—Si tú no te atreves, danos la cámara. Vamos allí, sacamos la última foto, lo invocamos y cuando asome los bigotes, lo mandamos al infierno —dijo Kevin.

—Os enseñaré la imagen de ese monstruo tras sacrificar a Eddie. Para que recapacitéis. —Héctor revolvió en el fondo de su mochila.

—Recuerdo bien lo feo que es. Lo tuve a un palmo de mí —respondió Kevin.

—Ha crecido. Es más grande que un tigre. Esperad que la encuentre... —En la mochila había muda de ropa para cambiarse tras la clase de educación física. El dispositivo de Proteus debía estar debajo, pero no estaba. Empezó a transpirar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jamal al verle la cara.

Héctor sacó el teléfono y marcó el número de casa. Su madre lo cogió en seguida.

—Hijo, adivina qué estoy preparando para la cena…

—Mamá, escucha: necesito que me digas si abriste anoche mi mochila.

—Tenía ropa sucia. Te la cambié por otra limpia. No querrás que

esa chica de tu clase piense…

—¡Vale, vale! ¿Y la cámara que había dentro?

—Casi la meto al lavarropas. La puse en mi cuarto. Tranquilo, no le ha pasado nada.

—Por favor, no la toques. Es muy delicada. La voy a devolver esta misma semana.

—Mejor. Esa cosa funciona cuando quiere, al final me pasó la foto que me hice a mi teléfono, ¿puedes creerlo? Bueno, no tardes.

Tras colgar, Héctor agachó la cabeza, su voz apenas audible.

—Mi madre ha entrado en la lista de sacrificios.

Capítulo Veintidós

Los días previos al viaje pasaron en un suspiro. Héctor apuró hasta el último momento posible con su madre. Fueron al cine, de compras, al zoo que no había visitado desde niño. El reloj corría demasiado deprisa.

La noche antes de la partida le golpeó la conciencia de que quizá fuera su último día juntos. Bien porque Shura la sacrificara mientras él estaba fuera de casa o porque tuvieran éxito en la invocación y fueran ellos quienes murieran por las garras de la bestia.

La primera reacción al enterarse de que su madre estaba nominada fue quedarse con ella todo el tiempo y de algún modo impedirlo cómo hicieron con Rose. Sin embargo, eso únicamente retrasaría el problema y era imposible estar a su lado 24/7.

Habían comprado un delicioso solomillo que él le pidió preparar juntos para la cena. Mientras ayudaba en la cocina su cabeza no cesaba de darle vueltas.

El mismo Shura había revelado a Kevin la fecha en que planeaba el ritual para regresar al plano físico. Para los aztecas la última veintena de noviembre era el Panquetzalitzli, mes en el que ofrecían sacrificios humanos a Huitzilopochtli, dios de la guerra. Puesto que Shura fue capturado en las inmediaciones de la Pirámide del Sol, allí tendría lugar el último sacrificio para liberarle de su confinamiento.

Por más que tratara de convencerse de que eran capaces de prever el siguiente paso de Shura, su decisión era una moneda al aire. Si salía cruz…

—Che, vas a soltarlo de una vez o no.

—¿Qué cosa, mamá?

—Eso me pregunto yo. Héctor, no soy tan tonta. Últimamente estás muy raro, demasiado cariñoso. Pensé que querías ponerme del mejor humor posible para invitar a alguna chica a casa.

—Te dije que no tengo novia.

—Cierto. No tiene mucho sentido, viste. Algo te preocupa. Me gustaría que confiases en mí.

Héctor contó en silencio hasta tres e inspiró profundamente. Apretó con suavidad las manos de su madre.

—Por supuesto que confío en vos. Tenés razón, hay algo. Necesito ausentarme unos días. Salgo mañana y regreso el treinta.

—¿Y las clases? ¿A dónde vas? ¿Y con quién?

—Si mi tutor llama a casa necesito que me cubras, mamá. Decile que estoy enfermo. Viajo con Jamal y Kevin.

—¿Kevin, el chico que se arrancó el brazo? Él no era tu amigo antes.

—Las cosas cambiaron desde la excursión a México.

—¿Hacés esto por él?

—En parte. Lo hago por todos nosotros. Mamá, prometí no contar nada hasta que volvamos. Confía en mí, por favor. Es importante.

Ella le dio un abrazo.

—Confío en vos. Cuidate.

Cenaron la mejor carne argentina disponible lejos de su tierra, de la que ella cortó raciones para un par de días más. Antes de acostarse rezó por primera vez en años, encomendándose al Señor como un cruzado antes de la batalla.

Los tres amigos y Liú Wang esperaban nerviosos en la plaza de parking. Héctor quería ponerse en marcha de una vez.

—Creíamos que usted vendría con nosotros, señor Wang.

—No. Una amiga os acompañará a México.

—¿Está al corriente? —preguntó Kevin.

—Ella fue quien me enseñó sobre los gatos. Gran mujer, muy sabia. Amiga buena. —añadió Wang en voz baja.

Ante ellos aparcó un viejo jeep lleno de arañazos. La mujer que salió de él era delgada y bajita. Al lado del vehículo parecía una niña. Hablaba inglés con acento europeo. Llevaba puesta una gorra de la que asomaba su coleta castaña, gafas de aviador y ropa de exploradora.

—¿Estos son los valientes?

—Sí —respondió Wang.

Ella les observó con los brazos en las caderas, pasando revista. Los tres jóvenes se cuadraron en posición marcial.

—Soy Juno Spencer. Y vosotros, Héctor, Kevin y Jamal. ¿Correcto?

—Sí, señora —respondió Héctor.

—¡Nonononononono! Nada de *señora*. Juno para vosotros. ¿Qué traéis ahí? —señaló unos sacos en el suelo.

—Mis hermanos nos han apañado cosas útiles del taller. Armaduras y equipo para defendernos. No poseemos armas de fuego —respondió Jamal.

—Voy a ser sincera: prefiero ir sola. Yo soy la única con armas que pueden matar a Shura. Dudo que sepáis utilizarlas.

Kevin levantó la mano.

—Su amigo nos habló de unas dagas. Ya sabe, eso que se agarra por el puño y se clava por la punta. Somos adolescentes, no idiotas. *Señora*.

Juno gruñó.

—*Brrrr*… conque vais a darme el viaje… —Se volvió hacia el anticuario—. Liwang, ¿por qué les dijiste que me acompañarían? El plan era conseguir la capturadora de Flujo, y que yo fuera a México *sola*.

—Sola no conseguirás. Estos jóvenes fuertes y valientes. Conocen peligro. Les necesitas. Y ellos a ti.

—Sabes por qué no quiero compañía. La última vez todo salió mal.

—Esa guerra aún no terminado. Para ganarla debes sobrevivir. Por ti. Y por tu amiga.

—En serio piensas que hay esperanza…

—Pienso que muerta no ayudarás a ella. Ni tampoco a mí. —Él cogió sus manos entre las suyas—. No quiero perderte. Eres mi amiga.

Ella pegó su rostro al suyo y le dio un suave beso en los labios. Los otros fingieron que no miraban.

—Hemos hecho cosas juntos, pero no todas las que hubiera deseado. A ninguno de los dos se nos da bien abrir el corazón. Me gustaría envejecer contigo.

—Entonces sobrevive. Ojalá yo voy en lugar de ellos.

—Yo nunca lo permitiría. Muy bien, me llevo a los pimpollos.

Él la abrazo y le dio otro beso.

—Mano firme, Soni.

Ella les mandó subir al Jeep. Kevin y Jamal atrás y Héctor delante a su lado. De un compartimento lateral sacó unas vendas que entregó a Kevin. Piso a fondo y tomó la carretera que salía de la ciudad.

—Abrid bien las orejas. En la bolsa roja encontraréis pasaportes falsos. Memorizad vuestras identidades. Kevin, usa la venda para taparte la mano por completo. Si alguien pregunta, te quemaste en un accidente doméstico.

—¿Dónde están los billetes de avión? —preguntó Jamal.

—¿Qué avión?

—Son treinta horas en coche hasta la frontera.

—Por eso conduciremos por turnos. Dormiremos en los descansos. Parada para comer y cagar.

—Yo no tengo carnet —dijo Héctor.

—Felicidades, has ganado uno. Está en la guantera.

—¿Lo de no ir en avión es por miedo a volar? —preguntó Kevin.

—Miedo a dejar rastro. He pasado los últimos años bajo otra identidad. No diré que no tiene su encanto, pero es incompatible con una vida normal.

—Tu foto no está en la lista de sacrificios. Si no es Shura, quién te amenaza —preguntó Héctor.

—Es una historia dolorosa. Sin ingentes cantidades de alcohol en la sangre no me pidáis detalles.

—Necesitamos saber a qué nos enfrentamos. Y queremos saber de ti. Estamos juntos en esto.

Juno condujo en silencio durante un rato largo. Atrás, Jamal cubrió la prótesis de Kevin con el vendaje y repasaron su documentación. Héctor miraba por la ventanilla. Por el rabillo del ojo captó que ella se quitaba una lágrima.

—Le fallé a una amiga. Creí que estábamos preparadas para enfrentarnos a un monstruo llamado Baba. Me equivoqué. Como resultado, mi amiga fue poseída y yo cambié de identidad. No quiero que ocurra a nadie más.

Kevin estiró la mano desde el asiento trasero y la puso sobre su hombro.

—Que hayas dedicado años a luchar contra esas *cosas* te convierte en un héroe. Nunca había conocido a uno.

Aquello le sacó una sonrisa.

—Y Soni es tu auténtico nombre —dijo Héctor.

—Sí. Echo de menos usarlo. Aunque Juno Spencer también es guay.

—No está mal… —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué insinúas, niño?

La tensión se aligeró cuando empezaron a tirarse pullas unos a otros. Aunque existía un salto generacional entre ellos —Héctor le echaba la edad de su madre— Soni se reveló como la hermana mayor que siempre hubiera querido tener. Ella era una arqueóloga hija de cazafortunas que habían viajado por todo el mundo. Sería divertido ir alguna vez de excursión juntos. Si salían vivos de esa.

Cenaron en un restaurante de comida rápida a un lado de la carretera. Kevin conduciría por la noche por un camino monótono y con poco tráfico, así que Jamal le mantendría despierto mientras ella descansaba en el asiento trasero.

Por la mañana ella se puso de nuevo al volante. Les contó que evitaba hoteles y aeropuertos, en especial los de la costa oeste. Sospechaba que su amiga poseída vivía con otro nombre en algún lugar de California.

—Perdí la pista a Alice en San Francisco. Allí está la sede de Proteus en Estados Unidos. Me apuesto un millón a que están relacionados.

—Buscamos info sobre esa empresa. Aparte de que se han expandido por un montón de países, no averiguamos cuál es su papel en esta historia —dijo Jamal.

—En mi segundo año de universidad acompañé a mis padres a una expedición en Teotihuacán, nuestro destino actual. La organizaba Proteus.

Jamal silbó con el rostro iluminado por la bombilla que se había encendido dentro de su cabeza.

—¡La expedición perdida! ¿¡Erais vosotros!?

—Sí. Fui la única superviviente. Proteus trajo un pequeño ejército para supervisar la exploración del terreno en los alrededores de las pirámides del sol y de la luna. Iban armados y con equipo de alta tecnología. Colocaron unas antenas en la cima de la pirámide y otros aparatos para medir no sé qué. Siempre tuve la sensación de que nos ocultaban el propósito real de la misión y que nosotros éramos la fachada de un trabajo arqueológico.

Jamal se agitó en el asiento al oír de sus labios la respuesta a uno de los misterios que tanto quiso desvelar.

—¿Has visto esto antes? —Héctor sacó el artefacto de la mochila. Soni lo miró como si fuera un animal venenoso.

—Pusieron algunos por la pirámide. Debe ser como una trampa para ratones, solo que no era un ratón lo que atrajeron ese día. Shura despedazó a un grupo de mercenarios fácilmente. Y a mis padres. Me salvé de milagro. Desde entonces me prometí destruir a ese demonio.

—Vamos a destruirlo —dijo Kevin, que estiró el brazo artificial entre los asientos. Chocaron los puños con él.

Entraron en México sin incidentes. Héctor había asumido que les alojaría en un pequeño piso franco sin aire acondicionado. En su lugar, Soni les sorprendió al conducirles a una lujosa villa de su propiedad. La casa era espectacular, con uno de los salones convertido en museo con esculturas y utensilios antiguos. Las otras reliquias las almacenaba en la tienda que compartía con Liú Wang, aunque esta figuraba solo a nombre de él.

Después de asearse, cenaron en el comedor principal una variedad de platos locales. En la seguridad de su casa la anfitriona se quitó la peluca. Su pelo natural era de un brillante naranja zanahoria, no el mejor para ir de incógnito.

Tomaron los postres mientras veían una película de miedo en la sala de proyecciones donde la anfitriona presumió de su colección de películas clásicas y actuales. Repantingados en los sillones de cuero nadie diría que ellos eran los protagonistas de una historia aún más terrorífica.

El ala de invitados tenía habitaciones individuales de sobra. Antes de dormir, Héctor comprobó por enésima vez que la foto de su madre no hubiera cambiado su estado a sacrificada. Faltaban tres días para el veintiocho de noviembre, la fecha límite para impedirlo.

Aunque contó a su madre que apagaría el teléfono durante el viaje, necesitaba oír su voz. Eran las diez y media de la noche en Ciudad de México, una hora más en Nueva York. Un poco tarde, pero ella se alegraría de que llamara. Marcó primero el número de casa, porque a

esa hora tendría silenciado el móvil.

Contó hasta diez tonos. Ella nunca lo dejaba sonar más de tres. El suelo comenzó a deslizarse bajo sus pies. Probó el móvil conteniendo la respiración.

—¿Héctor?

Soltó el aire.

—¡Mamá! Te llamé a casa. ¿Dónde estás?

—Hola. No estoy en casa.

—Sí, por eso pregunto dónde estás.

—Salí con Gabriella. Estoy en casa de Gabriella.

—Qué susto me diste, che. A veces olvido que mi vieja es una mina. Me alegro de que salieras a divertirte.

—Gracias, estoy cansada.

—Te dejo dormir. Besos.

—Nos vemos muy pronto.

Habiendo salido con su compañera de turno seguramente habría bebido de más y la pilló adormilada. Le tranquilizó saber que estaba en compañía. Gracias a eso y al cansancio acumulado por el viaje durmió profundamente.

Se despertaron al mediodía, a tiempo para engullir el almuerzo encargado por Soni. Repuestas sus energías, llegó el momento de prepararse. Pusieron su equipo sobre una mesa de trabajo. Kevin trajo protecciones de fútbol americano con cascos para los tres; en el garaje de los hermanos de Jamal les fabricaron brazaletes que cubrían el antebrazo, además de unas lanzas cortas, ligeras y manejables, extremadamente afiladas. La idea de ensartar con eso a un ser vivo le revolvía las tripas.

Kevin probó manejar su arma con la izquierda. Él era diestro. Sobre la prótesis se había colocado una especie de brazalete que le recorría desde el dorso de la mano hasta el codo.

—¡OMG! ¿eso es lo que creo que es? —exclamó Jamal con las manos en la cara—. ¿Las has probado?

—Funcionan. No quiero forzar el mecanismo. Son para una emergencia.

Soni puso sus pistolas sobre la mesa. Las cargó con maestría delante de ellos, que alucinaron bastante. Se las enfundó en las cartucheras de los muslos.

—Hermana, con la coleta y pantalones cortos eres clavadita a ella.

—¿A quién? —Aunque se hiciera la tonta, las palabras de Jamal la hicieron crecer un par de palmos. Soni puso cuatro dagas de un metal oscuro sobre la mesa.

—Una para cada uno.

—La prótesis no es lo bastante rápida —dijo Kevin, con fastidio—. Mejor agarro una lanza con las dos manos para embestir con fuerza.

—Las armas normales le hacen daño, pero solo las dagas causan heridas permanentes. Vale, yo llevaré dos. Sacaremos una foto de nosotros con la cámara de Proteus y haremos una ofrenda de sangre en la cima de la pirámide. Cuando Shura se manifieste, habrá un momento en el que pasa de energía a materia para reconstruir su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo?

—Minutos. La parte complicada es que tenemos que esperar a que se transforme para clavar las dagas. Para destruir cuerpo y espíritu ambos deben estar unidos. La buena noticia es que el proceso es muy doloroso y le drenará las fuerzas. Le apuñalaremos en su momento más vulnerable. No permitáis que tenga contacto físico con vosotros. Baba entró en Alice cuando estaba a punto de morir. Desconozco si Shura posee esa habilidad, o si nosotros somos anfitriones compatibles. Por si acaso, mucho cuidado.

Un silencio de reflexión cayó sobre los cuatro, cada uno visualizando el combate dentro de su cabeza. Kevin habló primero.

—No debería ser más difícil que matar a un recién nacido. El peor enemigo será nuestro propio miedo.

—Nada de confiarse. Preparaos para cualquier cosa. Chicos, me dais buena vibra. —Soni puso una botella de tequila sobre la mesa y llenó cuatro vasos pequeños—. Este es el trago de la victoria. —Kevin hizo ademán de coger uno, pero Soni lo tapó con la mano—. Nonononononono. Nunca antes de la batalla. Mañana cada uno beberá el suyo. ¿Prometido?

Los tres gritaron «SÍ».

Soni aparcó el Jeep a la entrada de Teotihuacán. No porque quisiera anunciar su presencia a los posibles seguidores de Shura al acecho. En esa noche silenciosa el motor del coche se oía a un kilómetro a la redonda, anulando el factor sorpresa.

La antigua ciudad monumental se componía de un gran espacio abierto en la naturaleza cruzado por amplias avenidas con templos escalonados y muros bajos en los márgenes. Desfilaron por la Calzada de los Muertos, la vía principal que conectaba las plazas de la Luna y del Sol, las dos principales zonas ceremoniales de la ciudad, cada una gobernada por una pirámide.

Su objetivo era la Pirámide del Sol, donde renacería Shura. Los chicos se habían cubierto con protecciones y cascos de fútbol americano. Portaban lanzas y una daga enganchada al cinturón. Soni vestía botas y pantalones cortos de exploradora, pistolas y la daga en una funda cruzada por el pecho.

En su ascenso por los más de doscientos escalones hasta la cima de la pirámide colocaron tubos de luz en cada piso. Los gatos ven en la

oscuridad, ellos no.

Minutos más tarde llegaron a la imponente terraza del octavo piso, con una vista panorámica de la antigua ciudad. Al colocar las luces se reveló un altar con el esqueleto de un gato muerto. Al lado había un pequeño cuenco de piedra. Héctor sacó el aparato de la mochila. Vibraba.

—Vamos allá. Sonreíd.

Entró en la función de cámara y tiró un *selfie* de los cuatro juntos. La foto apareció inmediatamente marcada de rojo. Soni sacó un cutter del bolsillo. Con él se cortó la palma de la mano y dejó que goteara dentro del cuenco. Los otros se pasaron la cuchilla y repitieron el proceso, vertiendo la sangre sobre el plato.

Cuando el fondo del recipiente se humedeció por completo, el dispositivo empezó a brillar, vibrando con fuerza. La imagen cambió a la del gato abalanzándose con la boca abierta hacia fuera, y la pantalla se combó como si la empujaran con fuerza desde dentro.

El Proteus estalló con un rugido, liberando la silueta luminosa de un monstruo con apariencia felina que se extendió sobre los restos del gato muerto y recompuso su estructura orgánica capa a capa; los huesos se alargaron y fortalecieron, cubiertos por músculos y ligamentos; las cuencas vacías del cráneo se encendieron.

Aún sin piel ni órganos vitales, la abominación se puso en pie. Con una horrible lengua que colgaba de su boca entreabierta absorbió la sangre del recipiente.

El crecimiento se aceleró, apareciendo órganos y sistema circulatorio. El cuerpo se cubrió de piel y se agrandó al tamaño de un tigre. Su cabeza sin ojos se giró hacia ellos. Tras un par de intentos, habló en una lengua entendible.

—Os huelo; os huelo, chicos del tren. Y huelo alguien más, una mujer. Un aroma conocido.

—Me alegra que me reconozcas. He esperado mucho, bestia inmunda. —Soni dio un paso con la daga en alto. Les hizo gestos para que rodearan al enemigo—. Chicos, a mi señal.

—¿Vais a hacerlo ahora? ¿Vais a matarme ahora?—preguntó Shura.

—Cuando estés completo y tu espíritu anclado al nuevo cuerpo. Entonces te destruiremos. He dedicado años a estudiarte, tus rituales y reencarnaciones. Se te acabaron las vidas.

De la piel brotaba un grueso pelaje. Las cuencas fueron ocupadas por ojos amarillos que les escrutaron uno a uno, salvo a Héctor, situado tras él. Shura hizo ademán de girarse, pero la movilidad de su organismo incompleto era muy limitada. Gimió.

—Disfrutáis con mi sufrimiento. Me gusta ese espíritu, seríais buenos colaboradores. Deberíais reconsiderar lo de ejecutarme.

Kevin se planto ante él.

—Suplicando por tu vida… nunca imaginaste que unos estudiantes de instituto te derrotarían, ¿eh? Mírame a los ojos, basura —se quitó el casco—. Te dije que te mataría.

—Tengo mucho que ofreceros.

—De ti solo nos interesa tu desaparición —espetó Soni.

—Te equivocas. El amante del misterio sueña con aprender todos mis secretos; al rubio tullido le gustaría un brazo de verdad, en vez de ese de juguete; en cuanto a ti, Sonia Richardson… podría ayudarte a deshacer el error que cometiste en París.

—¿De qué demonios hablas? —La daga en la mano de ella tembló ligeramente.

—¡No le escuches, Soni! —dijo Héctor.

—También tengo algo para ti, Héctor Olivera.

—Sacrificaste a nuestros amigos, y a muchos más. Ni mi madre me convencería de no matarte.

La risa de Shura sonó como la tos de un enfermo.

—Muy oportuno que la menciones. ¿Por qué no le preguntamos a ella?

—Héctor —dijo una voz femenina carente de emoción.

Se giraron hacia las dos mujeres que habían subido en silencio por el otro extremo de la terraza. Una era la vieja del tren, que en la mano sostenía un cuchillo con un puño de madera retorcido. Su alargada hoja apuntaba al cuello de la mujer que estaba con ella. Florencia, la madre de Héctor.

Shura se explicó, satisfecho consigo mismo.

—Os presento a Momo, también conocida como Mometzcopinqui; injustamente perseguida como bruja. Es mi más fiel compañera. Por desgracia, de ella solo ha quedado una carcasa a la que tratar con burlas y desprecio.

—*¡Mamá!* —Héctor hizo ademán de acercarse, pero la vieja pegó la hoja del cuchillo al cuello, del que escapó un hilo de sangre. Su madre estaba extrañamente tranquila, con la mirada perdida—. ¡Qué le habéis hecho, cabrones!

—Nada grave. Que siga siendo así dependerá de vosotros. Soltad todas vuestras armas: lanza, dagas, pistolas.

—¡Y una mierda! —gritó Kevin, que apuntó su lanza contra Shura. Héctor se plantó delante— ¡Olivera, aparta!

—¡No, tío! ¡Esa bruja tiene a mi madre!

—Los humanos realmente podéis ser estúpidos.

La aparición de las dos mujeres dio a Shura el tiempo para completar su desarrollo. Aunque muy dolorido y debilitado por el proceso, le sobraban fuerzas para aplastarlos a todos.

Con un golpe de cola barrió las piernas de Héctor, e

inmediatamente embistió a Kevin como un bisonte. La violencia del impacto le lanzó hacia atrás, estrellándose contra el altar.

Las balas de Soni perforaron el costado de Shura, que saltó de un lado a otro para esquivarlas. Aunque no fueran letales, sin su poder regenerador quedaría inmovilizado.

Jamal y Héctor arrojaron sus dagas contra él. Con reflejos sobrenaturales las evitó con un escorzo en el aire. Un nuevo disparo le voló una oreja.

Con daños en dos de las patas y los dientes aún en crecimiento, le quedaba la cola como arma. Al saltar por encima de Héctor y Jamal les pegó con ella en la cabeza, dejándoles aturdidos. La única en pie era la pequeña pistolera, que se escabullía como un ratoncito.

Al quedarse sin balas, sacó la daga. Shura le atrapó la muñeca con su cola y con un tirón se la quebró. Soni intentó darle una patada, pero fue el gato que la noqueó con otro coletazo.

Eso hacía cuatro de cuatro, ninguno herido de gravedad. La noche se presentaba gloriosa para Shura. A pesar de las heridas de bala se alzó cuan alto era en una pose de victoria. Habló para sus enemigos.

—Grandes guerreros han intentado matarme, en este mundo y en el que nací. Vosotros sois insignificantes. Si hubierais estudiado bien las leyendas, habríais descubierto la relación entre Momo y yo. Ella es más que una amiga. Va a convertirse en mi esposa, tras encontrar un nuevo cuerpo del que hacer uso.

Las palabras del monstruo sacaron a Héctor de su aturdimiento. Shura le puso la pata encima del pecho, arrancándole un grito.

—¡Mi madre rechazará a esa podrida! La vomitará fuera de su cabeza.

—*Purrrr*… Mírala, no entiende nuestras palabras. No yaceré con ella, si eso te preocupa. Mi consorte recuperará su belleza perdida gracias al ritual en la Pirámide de la Luna. Tu madre tendrá el honor de servirle de alimento.

—Sois un par de bestias inmundas.

—Soy alguien que haría cualquier sacrificio por su amada. Por ella me enfrenté a Bastet y fui después capturado. Aun con la mente destruida ella acudió a mi rescate. Pasaremos por encima de cuantos sean necesarios para estar juntos y cuidar de nuestro vástago.

La bruja colocó a su madre sobre el altar. Héctor se revolvió, pero la pata de Shura le aplastaba contra el suelo. Los otros estaban todavía fuera de combate. Kevin gimió, derrumbado junto al altar contra el que se golpeó la cabeza.

La vieja se encorvó sobre él y lo levantó del suelo con la garra que tenía por mano. Con una uña larguísima le rasgó la manga de la sudadera, revelando el brazo ortopédico. En su rostro se abrió el pozo de una boca sin dientes. Articuló una serie de graznidos

desagradables.

Shura habló con orgullo de su esposa.

—En el presente Momo sería considerada una mujer de ciencia. Ella es la primera genetista de este mundo, ha hecho transplantes entre humanos y animales. Siente curiosidad por tu brazo artificial. Serás un buen sujeto de experimentación, chico. Y lo mejor: estarás consciente durante todo el proceso.

—Por favor, no me mates —dijo Kevin —. Si quieres mi brazo, es tuyo —Kevin enderezó el brazo ortopédico con la mano frente a la cara de la bruja—. Tú apreciarás el arreglo que le hice—. Kevin señaló tres hendiduras de su brazalete, que Momo observó de cerca.

De pronto Héctor sintió una tensión en el ambiente. El pelaje de Shura se erizó de golpe al ver la sonrisa en el rostro de Kevin.

De la prótesis salieron tres largas cuchillas que penetraron en la garganta de la vieja, atravesándola de lado a lado. De ella brotó un manantial de sangre negruzca.

El rugido de Shura fue ensordecedor. Mientras atendía a su amada agonizante, Kevin, Héctor y Jamal corrieron a por las dagas. Anticipando sus intenciones, el monstruo saltó de uno a otro golpeándoles con la fuerza de un boxeador.

Kevin plantó cara con las cuchillas del brazo extendidas. Levantado a la altura de un hombre, Shura sacó las uñas, con las que desgajó las protecciones de la armadura de Kevin.

—Voy a despedazarte muy lentamente. No tienes ninguna oportunidad contra mí, chico.

—Lo sé.

Shura se giró justo cuando Soni se lanzaba contra él. Con un paso lateral esquivó la daga y atrapó a la mujer entre sus patas.

—No lo entendéis. He vencido a guerreros muy poderosos. Vosotros no sois ni principiantes. —Apretó a Soni con un abrazo del oso, asfixiándola.

—No soy una guerrera… pero he visto un montón de películas.

Soni dio una fuerte patada con la puntera de su bota en la pata de Shura, provocándole un tipo de dolor que nunca había experimentado. De la herida abierta manó sangre con residuos de tejidos muertos.

De la punta de la bota de Soni sobresalía la hoja oculta de la daga de Yegael. Shura rugió, no por dolor sino miedo. La sustancia con la que estaba imbuida la daga se expandía por su organismo, disolviendo todo a su paso.

Iba a desaparecer de la existencia. Sin lágrimas de Ankh la resurrección era imposible. Debía cruzar el portal de vuelta a casa. Tras más de dos mil años en este mundo, ahí no quedaba nada para él. Con patas delanteras que se desmoronaban ante sus ojos, hizo en el aire el gesto de un círculo, ensanchando la brecha por la que su

espectro había viajado tantas veces entre las pirámides del Sol y la de Keops. El viaje que iba a hacer sería mucho más largo.

El portal se abrió ante él. Quiso correr, pero sus patas se deshicieron bajo su propio peso. Se arrastró de modo lastimoso, dejando tras de sí un rastro de descomposición. Sentía la corriente vital del Flujo del otro lado. Unos pasos más…

Fue su último pensamiento antes de que la daga de Kevin atravesara su cráneo, apagando los impulsos eléctricos que formaban su conciencia.

Shura dejó de existir.

Seis horas más tarde, el Jeep aparcaba en la villa de Soni. Con vendajes por todo el cuerpo y hasta arriba de analgésicos, entraron en casa a duras penas sosteniéndose los unos a los otros.

La madre de Héctor dormía un profundo sueño. Después de tenderla sobre una de las camas para invitados, los demás se retiraron a sus alcobas, donde descansaron por un día entero.

Al despertar, Héctor encontró a su madre observándole desde el pie de la cama. Se incorporó para abrazarla, pero un intenso dolor le detuvo. Aunque no tuviera huesos rotos, Shura lo había vapuleado.

Ella habló en voz baja, temerosa.

—¿Dónde estamos? ¡Tuve un sueño muy raro y cuando abro los ojos, despierto en una casa que no conozco! Quería llamar a la policía, pero no me prende el móvil. ¿Quién te lastimó? —señaló las heridas de Héctor en la cara y el cuerpo.

—Chissst…. Estamos en casa de una amiga, a salvo.

—¿En qué parte de Nueva York? No reconozco este paisaje.

Oh, Señor…

—Mamá, esto es Ciudad de México.

—*¡¿QUÉ?!*

—Fuiste secuestrada por una secta. Te drogaron y te trajeron aquí. ¿Recuerdas haber hablado conmigo por teléfono hace dos noches?

—No.

—Compruébalo. Yo te noté extraña y me preocupé. Pedí a una amiga hácker que te localizara. Fuimos a rescatarte.

Los ojos de su madre se abrieron como un búho. No era para menos. Para ser una mentira improvisada sobre la marcha, Héctor no lo estaba haciendo nada mal.

—¡Tenemos que llamar a la policía!

Él le cogió la mano.

—No, eso no. Por favor, confía en mí. La secta no volverá a actuar. Mi amiga tiene amigos ex militares y… los corrieron a balazos —susurró él—. No debemos involucrar a la policía.

—Hijo… —ella parecía a punto de echarse a llorar—. No sé qué

pensar.

—Piensa que estamos bien. Pronto regresamos a casa.

Tocaron en la puerta. Soni se asomó brevemente para anunciar que el almuerzo estaba listo.

—¿Esa es tu amiga? ¿No es muy mayor para ti? ¡Debe tener mi edad!

—Es amiga a secas, mamá. El tema de la edad es controvertido, por favor no lo menciones en voz alta.

En la mesa fueron recibidos con un aplauso. Su madre saludó uno a uno, aún desconcertada. Frunció el ceño cuando antes de comer todos bebieron un trago de tequila por la victoria. Al menos tuvo la sensatez de no acusar a la anfitriona de corromper a menores.

La excelente comida mexicana y el buen ambiente terminaron por calmarla. Soni le dio un tour por la villa para que los chicos gozaran de intimidad. Al rato volvió con ellos.

—Tu mamá está de relax en la sauna. Es maja.

—No estoy seguro de que haya creído lo de la secta.

—Por supuesto que no. Lo acepta porque su mente necesita algo a lo que agarrarse.

—Mierda… lo del gato es una conversación que no quiero tener jamás.

—No la tendrás. Con el tiempo esta experiencia se borrará de su memoria.

—Es increíble lo cerca que hemos estado de morir. Dios, qué locura.

—Lo realmente loco es que hayamos sobrevivido —dijo Jamal.

—De eso quería hablar —dijo Soni—. Yo hace mucho que pasé el punto de no retorno en esta historia. Vosotros sois unos chicos maravillosos con un futuro por delante. Tenéis familia. Volved a casa, seguid con vuestras vidas. Y no le tengáis manía a los gatos. La mayoría son buenos.

—Va a ser difícil vivir con normalidad sabiendo que entre nosotros existen estos seres. Es la conspiración de todas las conspiraciones —dijo Jamal.

—Yo pasaré página —dijo Héctor—. La próxima vez que una vieja se intente colar en el tren, la tiro por la ventana.

—Muchas gracias por todo, chicos. Sola nunca lo hubiera conseguido. Os echaré de menos. Oh, mierda, no quiero llorar…

—Sirve otro trago, ahora que mi madre no mira.

Soni les puso chupitos y un billete de avión para Nueva York en clase business.

Kevin levantó el suyo con la mano sana. Con un giro de muñeca de la prótesis, las tres cuchillas lo agujerearon.

—¡Qué pasada es eso! ¡De jugador de fútbol al puto hijo de

Lobezno! —exclamó Jamal.

—Oye, guapo, el billete me ha costado una pasta —le regañó Soni de broma.

—Yo no volveré a Nueva York.

Los otros le miraron con sorpresa.

—Qué dices, tío. Si pierdes más clases te suspenderán.

—No me importa. Con lo de mi brazo, los que creía mis amigos se quitaron la máscara. Y mis padres quieren encerrarme en un loquero. No tengo motivos para volver. Pero sí para quedarme.

—¿En qué piensas? —preguntó Soni.

—Si te parece bien, quiero participar en esto. Ser uno de vosotros.

—Kevin, nos han machacado. Estuvimos cerca de no contarlo. Además, no somos un equipo ni nada por el estilo. No oficialmente, quiero decir.

—Dijiste que hay más gente involucrada.

—Sí. Intercambiamos info, sobre todo. No estamos organizados.

—Pues va siendo hora. Nunca dije esto a nadie, para que no me llamaran friki: soy muy bueno con los ordenadores.

—¿Cómo de bueno?

—Lo bastante para encontrar a tu antigua amiga.

—Te lo agradezco. Pero prefiero que tengas una vida de verdad.

—Mi vida en Nueva York era una mentira. Kevin Winters era una mentira. Aquí seré quien realmente deseo.

—Y ese sería…

—Vuestro hácker. Snikt.

NEKO NIGHTS

Wila entró de golpe en el camerino. Desde ese momento, cada segundo contaba.

Como cada día durante los últimos nueve meses, Wila cruzaba la puerta de Neko Nights a las siete y media para la función de las ocho.

En esta ocasión iba con la hora pegada al culo y eso la ponía de los nervios. Le había retrasado un accidente doméstico de su abuela, que tropezó con un plato en el suelo que olvidó retirar la anterior noche. No se rompió el tobillo de milagro. La espera del servicio de urgencias a casa y el asegurarse de que no tuviera que ser ingresada le dejó muy poco margen para ser puntual, y en su trabajo la impuntualidad no era una opción.

Ahí se encontró con Kichi, que acostumbraba a empolvarse la nariz antes de cada función.

—¡Wila-chan, date prisa! ¡El club está hoy a tope! ¡Vamos a miaaaaaaullar! —dijo Kichi, arreglada e hipermegamotivada por el chute.

—Tengo un día de mierda. No estoy para ronroneos.

—Alegra esa cara, *onesan*. Me sobra un poquito de polvos mágicos. Sírvete.

—Lo he dejado.

—¿Seguro? El otro día te picaba mucho la nariz, jijijiii… —Kichi brincaba a su alrededor como un animalito, ya metida en su papel. Le mordió dulcemente el hombro antes de marcharse al escenario.

Wila se desprendió de su ropa de mercadillo y se enfundó las mallas atigradas que se sentían como una segunda piel. Con las prisas se hizo una carrera en la media. Maldijo en tailandés, su lengua nativa. Deprisa, se maquilló y se puso las orejas de gato, del mismo tono que el tinte rubio oscuro de sus cabellos; se calzó unas bailarinas de pie de gato con colores de tigresa. Finalmente, unos pequeños colmillitos puntiagudos.

El alboroto del público del piso de arriba le indicó que las *neko-chan* muy pronto saldrían al escenario. Al abandonar el camerino se dio cuenta de que había olvidado ponerse el rabo que completaba su conjunto. Rápidamente revolvió la habitación en su busca. ¿Dónde diablos estaba? Iba a darle un ataque.

Por el rabillo del ojo captó el espejito de Kichi con el tentador

polvo blanco. El corazón se le aceleró, retumbaba en sus oídos. Apretó los puños hasta clavarse las uñas. Se obligó a contar hasta cinco. Entonces vio el maldito rabo. Deprisa, se lo encajó por encima del trasero y corrió escaleras arriba, donde tocaban una alegre tonadilla.

Se unió a las otras chicas justo cuando salían al escenario, para delirio de los espectadores que abarrotaban el salón. Ellas saludaron con una estúpida pose gatuna arqueando los brazos con los puños cerrados hacia abajo.

Wila paseó la mirada por la multitud, en su mayoría de traje y corbata. Los de color gris o negro eran ejecutivos; los de chaquetas chillonas, matones de la yakuza. La edad también era un criterio separador entre los asistentes. Al que tuviera menos de treinta años no debía acercarse, pues sería un mafioso de bajo rango, los más violentos e impredecibles cuando iban colocados.

Al atenuarse las luces, las chicas se contonearon en una sexy danza felina por un decorado de tejados de la ciudad. El público jaleó cuando ellas se enzarzaron en peleas por la atención de su amo, retorciéndose por el suelo con movimientos que se asemejaban a una versión lánguida del judo. Algunas peleas evolucionaron a escenas tórridas que provocaron un montón de silbidos.

En un enganchón de Wila con una compañera, la cola mal fijada por las prisas se le desprendió del traje. Kichi acudió al rescate y gateando la recogió con la boca y paseó por el escenario con ella como trofeo. Nadie pensaría que aquello no estaba ensayado, lo que libraría a Wila de ser despedida.

Acabada la función, las gatas pasearon por las mesas olisqueando a los clientes. A diferencia de otros clubes de caballeros, ellas decidían quiénes era sus amos. Aunque algunas preferían a los yakuza por las generosas propinas, Wila los evitaba a cualquier costa. En Tailandia había tenido criminales para nueve vidas.

Seleccionó a un cincuentón que solo por su aburrido aspecto de funcionario y mirada huidiza adivinaba sus temas de conversación. Tres copas de vino más tarde, Wila necesitó su mayor fuerza de voluntad para no dormirse sobre la mesa. Más de veinte años casado, trabajo estable, vida monótona… lo había oído muchas veces. Beber una copa con una chica como ella era un placer prohibido para hombrecillos como ese.

Neko Nights era el último grito en la noche de Shinjuku. Bajo la guisa de un club para caballeros en el que las chicas abrían con una *performance* y luego acompañaban a los clientes a beber en sus mesas se ocultaba un prostíbulo para pervertidos con gustos extravagantes.

Wila pertenecía al nivel de servicio básico, actuando como chica-gata sobre el escenario y fuera de él. Escuchaba a los clientes y participaba en sus conversaciones fingiendo ser un híbrido entre mujer

y animal. De la imaginación de cada una dependía interpretar bien el papel. El sexo no entraba en el menú, aunque algunas se dejaban rascar detrás de la oreja o acariciar el costado.

Para un club que presumía de elegancia exclusiva, el sueldo era muy mediocre, apenas daba para ir tirando. Las del servicio premium eran las que se comían el trozo grande de la tarta. Esas elitistas no se juntaban con las del servicio básico, ni les dirigían la palabra. El club les daba un trato especial y no cualquiera tenía acceso a subir de categoría. Se comportaban como auténticos seres híbridos, en cuya compañía el cliente vivía una experiencia única si estaba entre los afortunados elegidos.

Los contactos íntimos tenían lugar en unos apartamentos no muy lejos de allí. Bajo ningún concepto se permitía verse con ellas en ningún otro lugar.

Su compañera Kichi no ocultaba que le gustaría trabajar como premium, aunque para ello tuviera que abandonar sus adicciones. Estar limpia era condición obligatoria para promocionar.

Wila ni se lo planteaba, aunque el dinero fuera una angustia que le apretaba en la boca del estómago. Le prometió a su abuela que nunca más sería tratada como un pedazo de carne. No había escapado de un infierno para caer en otro, aunque estas llamas fueran menos ardientes.

Su turno acabó a las tres de la madrugada. Al devolver el uniforme, el mánager de espectáculos del club se le acercó de muy malas pulgas.

—¡Zorra extranjera! ¡Casi arruinas la función de la noche! —le gritó a la cara, duchándola en saliva.

—Nadie notó nada. Y aunque lo hicieran, ¿crees que les importa?

—¡*A mí* me importa! ¡Tenemos un estándar que cumplir!

—Mucho hago por la miseria que me pagáis.

—Una cagada más y volverás a patear las calles. Te cancelarán el permiso para trabajar en el país. Tu única salida será regresar a la cloaca a la que perteneces. Tu abuela morirá sola en una residencia con paredes llenas de moho.

Wila tuvo que contenerse para no arañarle la cara con los guantes puntiagudos que todavía llevaba puestos. Si era lo bastante rápida quizá pudiera saltarle un ojo. Cerró los puños. La impotencia hizo que se le escapara una lágrima.

Interpretando que la había doblegado, el mánager rio con desprecio y se marchó. Se odió a sí misma por ese gesto de debilidad.

Al salir del club se pegó un guantazo tan fuerte que le enrojeció la mejilla. Si su abuela no estuviera medio cegata, por la mañana le prepararía un remedio casero para aliviar las heridas, algo frecuente durante los últimos diez años. A los veinticuatro, Wila Saelim había

recibido tantos golpes como un boxeador.

A esa hora de la madrugada no pasaba ningún transporte público, así que le tocó recorrer el camino a pie. En febrero hacía un frío espantoso en Tokio y su ropa barata abrigaba fatal. Temblaba como un animalito, aunque el mayor frío provenía de dentro. Se sentía tan hueca como un zombie, vagando sin propósito por las calles.

Al sacar un cigarrillo del bolso echó un vistazo al amuleto de buena suerte que colgaba de él. Según su abuela, había sido bendecido con los rezos de un monje que le transmitió su energía a través del hilo *san sai*. Con la mala suerte que tenían, estaba claro que el monje no había rezado lo suficiente. Lo conservaba por ser el único regalo que recibió en su vida.

Rectangular y del color del jade, el amuleto tenía grabado el símbolo de un gato, porque el nombre Wila significa felino en tailandés. En el reverso estaban escritos los kanjis que representaban sus atributos. Al leerlos, sonrió con tristeza. Ni a propósito podrían describirla peor:

Exitosa (ella era pobre)
Amistosa (apenas tenía amigos)
Espiritual (no creía en nada)
Romántica (sus relaciones consistían en sexo con cretinos desechables)
Humanitaria (la humanidad le importaba una mierda)
Sacrificada

La última era la única virtud que se acercaba un poco a la realidad. Cuidar de su abuela enferma era lo mínimo que podía hacer por la única persona que la quería en ese mundo sin alma. Sin ella habría caído de cabeza por una espiral descendente de autodestrucción. Quien fabricó el amuleto estaría pensando en otra Wila.

Le pitaron un par de coches al pasar a todo trapo con música machacona. Con un poco de suerte se estamparían contra un muro antes de que atropellaran a alguien. El frío se hizo más intenso, y aún tenía por delante media hora de caminata.

Dio una última calada y tiró la colilla al suelo.

—¡Señorita, deténgase!

Alguien cruzaba la calle en su dirección. Un policía. Wila tembló, mas no de frío. Tener problemas con la ley era causa de despido fulminante en el club.

—¿Qué ocurre, agente?

—Es una falta arrojar basura en un espacio público.

Habiéndose criado en los callejones más oscuros de Pattaya, la ciudad del pecado, no comprendía a qué basura se refería él. ¿Y si fuera solo un pretexto para robarle o violarla? Tras un instante de

pánico en que casi echa a correr, el dedo índice del agente apuntó al cuerpo del delito: la colilla recién tirada, aún humeante.

Aliviada, ella se echó a reír. Su reacción no gustó al policía, que sacó una libretilla de notas y apuntó frenéticamente.

—Perdone, estoy un poco borracha y no me di cuenta. La recojo ahora mismo.

—Demasiado tarde. Tendrá que pagar una multa de treinta mil yenes.

—¡¿Cómo?! ¿Tanto por una jod… una colilla? ¡N-no llevo ese dinero encima!

—No es mi problema. Usted no parece ciudadana japonesa. Identifíquese, por favor.

Ser fichada por la policía, aunque fuera un asunto menor, la pondría en serios problemas con el club. Con menos de un año en el país, estaba a su merced. Iba a suplicarle de rodillas cuando sonó el alto claxon de un coche.

Un taxi negro se detuvo junto a la acera. Por la ventanilla del conductor asomó una preciosa joven occidental con el cabello pintado con reflejos de azul grisáceo. Se dirigió a Wila como si la conociera.

—¡Hey, prima! Lo siento por tardar, tuve un cliente de última hora. ¡Sube!

El policía se interpuso.

—Un momento, ¿quién es usted?

—Soy su prima. Había quedado en recogerla después de la fiesta.

—Ella ha cometido una infracción por tirar una colilla. Debe pagar la multa.

—¿Cuánto es?

—Treinta mil.

La taxista agarró el importe exacto de su caja y salió del coche. Era una chica esbelta con un elegante traje azul eléctrico que resaltaba su silueta, finos guantes de conductor con el tono plateado de sus cabellos y relucientes botas negras. Lo que llevaba puesto equivalía fácilmente a dos meses de su salario.

Tras mostrar su licencia de taxista, pagó la multa. Con todo el descaro, abrió el bolso de Wila y le sacó un cigarrillo que prendió con un encendedor que había aparecido mágicamente en su mano. Se despidió del policía con una inclinación y recogió la colilla del suelo, que metió en una bolsa de plástico para basura en el interior del coche.

—*Allez*, prima, vámonos a casa. —Le indicó el asiento del acompañante para que no cometiera el error de sentarse en el de atrás. No había ni cerrado la puerta que la conductora arrancó como en una carrera—. ¿A dónde?

—Aquí —Wila le mostró la localización de su casa en el móvil—.

Es la primera vez que intentan ligar conmigo de esta manera.

La desconocida le sonrió con una mirada apreciativa.

—Eres muy mona, pero de momento solo me van los tíos.

—Mejor. Me sabría mal rechazarte, después de hacerme el favor. Intento no relacionarme con delincuentes.

—¿Delincuente? *¿Moi?*

—Delitos que se me ocurran ahora mismo: mostrar identidad falsa a la policía, conducir sin permiso… y apuesto a que el coche es robado.

—Hmmm… ¿de dónde sacas eso?

—Para conducir un taxi en este país necesitas tener veintiuno. Tú ni siquiera eres mayor de edad. Así que, todo mentira.

—Muy lista. No serás una poli de incógnito y habéis preparado el numerito para atrapar a esta buena samaritana.

—Nop. Entonces, ¿qué?

—Acertaste dos de tres: el mes que viene cumpliré dieciocho y he dado un nombre falso. El coche sí es mío.

—Pregunto si me vas a llevar a casa. Este no es el camino —señaló el navegador, que ofrecía una ruta alternativa a la que habían tomado.

—Oh, cierto. He dado un pequeño rodeo para familiarizarme con esta zona. Aún tengo mucho por conocer de Tokio. Me gusta conducir mientras la ciudad duerme.

—A mí me gusta dormir tras una jornada asquerosa. Si no vas a secuestrarme, por favor, llévame a casa.

—A la orden. —La taxista cambió de sentido con una maniobra por completo prohibida—. Me apetecía un poco de charla. Todavía no tengo amigas por aquí.

—Será que a las locales no les gustan las francesas.

—*¡Oh là là!* ¿Cómo lo adivinaste?

—El diccionario francés-japonés en la guantera.

—¿De dónde eres tú?

—Tailandia.

—¿Y qué haces en Japón? ¿Estás de vacaciones, estudias…?

—Soy puta.

—*Oh.*

—No te hagas la tonta. Lo supiste antes de bajar del taxi. En verdad, lo fui en mi país. Ahora soy una especie de acompañante, modelo o lo que sea. Pero me siento igual de utilizada.

Tras un silencio incómodo, la joven conductora habló en tono más grave.

—Te contaré algo…

—Ahórratelo. Tú no me entiendes. Eres el tipo de chica que se sabe superior a las demás. No por ser guapa y vestir ropa cara. Es eso a tu alrededor… —hizo un gesto circular por encima de su cabeza.

—¿Aura?

—Sí. El modo en que burlaste al policía. Confías en ti misma. Se nota que nunca te han pisoteado como a una cucaracha.

—Las cucarachas tienen alas. Vuela y no te pisarán.

Wila rio con sarcasmo.

—No sé mucho japonés para responder a eso.

—Excusas. Antes iba a decirte que hablas como mi madre. Ella era modelo. Un cabrón la convenció de que la convertiría en una estrella. —Le pasó su móvil, en el que había de fondo de pantalla la imagen de una rubia guapísima—. Acabó vendiendo ropa a la clase de gente que ella soñaba ser.

—Ya me gustaría tener ese trabajo.

—A ella no, siempre quejándose de los cerdos que la utilizaban. Nunca hizo nada para impedirlo. —Sin desviar la vista de la carretera, la taxista le hurgó de nuevo en el bolso y le robó otro cigarrillo. Wila Iba a protestar, pero para qué. Esa chica hacía lo que le daba la gana.

—¿Y sigue de vendedora?

—No, murió.

—Lamento tu pérdida.

—*Merci*.

El taxi aparcó frente al bloque de viviendas. Wila salió del coche y caminó a su portal. A medio camino dio media vuelta hacia el coche. La francesa escribía a alguien en el teléfono mientras fumaba. Al verla bajó la ventanilla.

—Gracias por lo de esta noche. Si te apetece, quedamos un día a tomar algo. Me llamo Wila. —extendió la mano. La otra se quitó el guante y la sorprendió con un fuerte apretón. Su mano no era suave, sino áspera y callosa. De uñas cortas.

—Yo soy Charlie.

—Apunta mi número.

Antes de que se lo dijera, Charlie pulsó la pantalla de su teléfono. Comenzó a sonar el alto tono del móvil de Wila. La francesa le guiñó y arrancó pisando a fondo, pasando a centímetros de una furgoneta aparcada.

Pese a la impresión tan contradictoria que se llevó de la enigmática taxista, sintió una pizca de envidia por su carácter indómito. En contraste, ella se había dejado achantar por un patético mánager frustrado por no tirarse a las chicas del club. A la próxima ocasión le pondría en su sitio.

Entró sin hacer ruido al pisito de treinta metros cuadrados, lo máximo que alcanzaba a pagar con su trabajo. El cielo clareaba, su abuela despertaría en breve. Antes de acostarse dejó una nota para que no limpiara el piso con la pierna mala. De no ser por ella vivirían en una pocilga.

Se tiró en el estrecho futón, abrazándose así misma. Se durmió fantaseando con que sus brazos perteneciesen realmente a un hombre distinto a la chusma que frecuentaba, alguien con manos fuertes y callosas como Charlie. Alguien que la hiciera ronronear.

Capítulo Veinticuatro

La determinación que Wila se prometió tener tras el encuentro con Charlie se diluyó en la rutina diaria. Por el día, ensayo para convertirse en la gatita perfecta; por la noche, representación y copa con los clientes.

Descansaba los martes, en los que llevaba a su abuela de paseo por la ruta de los santuarios de Tokio donde hacer ofrendas para atraer esa buena suerte que tanto les ignoraba.

Por la tarde era ella quien probaba su suerte a las apps de citas. Una joven tan atractiva conseguía proposiciones con un chasquido de los dedos. Su problema era de filtro. Invariablemente acababa en la cama de algún cretino, porque no se atrevía a probar con hombres mucho mejores. Tanto su pasado como su presente eran motivo de vergüenza. ¿Qué loco se enamoraría de ella con tal equipaje a cuestas?

En su ciudad natal muchos le prometieron sacarla de las calles. Tanto compatriotas como extranjeros atraídos por el olor del pecado olvidaban sus promesas una vez habían saciado sus apetitos.

Algunas de sus compañeras de esquina bromeaban con que en ese oficio obtenían el grado de psicología sin pasar por la universidad. Wila no estaba de acuerdo. La buena gente que debía existir en el mundo no frecuentaba esos lugares, ni a chicas como ellas.

Considerando sus pésimas perspectivas, los años de adolescencia fueron malos, aunque soportables para alguien con la piel muy curtida. Como *freelancer* trabajaba por su cuenta y se repartía las calles con las otras chicas de modo más o menos pacífico.

Con las mafias de Europa del este todo cambió. Las que no cayeron en sus redes fueron quitadas de en medio, cazadas como ratas. Wila conoció lo que significa ser esclava, con su esperanza de vida reducida a menos de la mitad. Si no moría de sobredosis, alguno de sus jefes le cortaría el cuello cuando dejara de serles útil.

Los años más oscuros de su vida transcurrieron en una neblina. Si alguna vez alcanzaba la vejez quizá lograra convencerse de que todo aquello no fue más que un sueño, una pesadilla de la que le despertó un hombre de negocios japonés recién llegado a la ciudad.

Se presentó con audacia ante el jefe Boris, a quien anunció su deseo de comprar a varias de sus prostitutas, incluyéndola a ella. Como respuesta, el ruso se rio en su cara y le llamó mono amarillo. Al

día siguiente apareció con un agujero de bala en la frente y su local reducido a cenizas.

El japonés obtuvo gratis aquello por lo que hubiera pagado una buena cantidad de dinero. Fue muy claro en su propuesta: la llevarían a un nuevo club de Tokio donde sería tratada mejor, a cambio de permanecer con ellos por un periodo de cinco años, tras el cual sería libre de marcharse.

Aceptó de inmediato. No por la promesa de libertad o por miedo a las represalias de los socios de Boris. Aceptó porque con ella trasladarían a su abuela, que pasaría sus últimos años en un lugar mejor.

Tomando una copa tras la función del fin de semana, Kichi trajo noticias: la habían promocionado al servicio premium.

Wila chasqueó la lengua.

—Eso es *genial*. Felicidades por tu futuro como mascota de alquiler. —respondió con acidez. Le costaba comprender su emoción.

—Eres una gata gruñona. ¿Has visto qué regalos mandan los clientes a las premium? Alguna se retirará con un ricachón.

—En mi país tenía compañeras que pensaban igual. Por un tiempo yo también fui ingenua. A ti no se te apilan las facturas del médico. No lo necesitas.

—*Sí lo necesito*. No es solo el dinero. Siempre he sido una medianía. Yo vengo del campo, de una aldea cagada por dios. Mi familia pretendía que trabajara en la plantación de arroz, que me casara con algún primo analfabeto y pariera un montón de perdedores. Se ofendieron cuando les dije que me iba a la ciudad. Quiero destacar, me da igual haciendo qué.

—Si es lo que deseas… —chocaron sus vasos—. Buena oportunidad para dejar de meterte. Nunca te di sermones sobre eso. No soy la más indicada.

—Tranqui, a partir de ahora me controlaré. Ser premium lo compensa.

—¿Has preguntado a alguna de ellas cómo es el trabajo? Apenas se les ve por aquí.

—Lo intenté con Naila, la que nunca se quita las orejas postizas. Se me quedó mirando fijamente sin decir palabra. El jefe se metió por medio y me advirtió sobre un acuerdo de confidencialidad. Yo solo quería hablar con ella, no entiendo tanto secretismo.

—¿Cuándo empiezas?

—Este martes tengo que ir a los apartamentos para una prueba. Y no te lo pierdas: para entrar y salir del edificio necesito una túnica con capucha y una máscara de gato. Es como su uniforme.

—¿Qué tontería es esa?

—Solo podemos tener trato con clientes, ni siquiera con otra gente

del club. Con ir así vestidas nos abren la puerta. Ema me tomó las medidas para coser la mía.

—No entiendo que te apuntes a algo tan raro. Espero que la pasta lo compense.

—¿Imaginas que fuera una tapadera para ser superespías? Gatas en misión secreta, jijiji…

—Ándate con mucho ojo. Esta gente está mal de la cabeza.

—No te preocupes por mí. Cuando acabe el test te escribo para contarte —le susurró Kichi al oído.

El frío remitió en su día libre, lo que unido a la mejoría del tobillo de su abuela le animó a acompañarla a uno de los santuarios en el centro de la ciudad. Aunque al principio las rutas turísticas no le interesaban, Wila se sorprendió así misma apreciando la belleza de los templos y los coloristas kimonos de muchos de los visitantes; también lo limpio y cuidado que estaba todo. Personas capaces de concebir cosas tan bonitas no podían ser malvadas. Aunque ella no fuera espiritual, comprendió por qué para la abuela suponía una experiencia trascendente.

Cerca del enorme pórtico que marcaba el inicio del ascenso al santuario, había un puesto ambulante de kimonos, a cuál más vistoso. Aunque su abuela tuviera la vista disminuida, le haría ilusión entrar en el templo vestida así. Puesto que todos eran bonitos, la decisión de cuál comprar sería pragmática: el más barato.

Al pillarla revisando las etiquetas de los precios, el vendedor le mostró los más económicos, por cuarenta mil yenes. Abrió el bolso con la esperanza de encontrar un fajo de billetes en su interior, pero en metálico no tenía ni la mitad de ese dinero. Agarró la tarjeta. Era un dispendio absurdo que no tenía cómo equilibrar.

Wila basaba su economía doméstica en la ley de la compensación. El dinero para sus vicios lo descontaba de la ropa, que compraba de segunda mano en mercadillos; las facturas médicas de la abuela, con que ella nunca pagara en la primera cita.

El dinero para el kimono no tenía de dónde restarlo. *A tomar por culo*, pensó.

—Pagaré con tarjeta.

Le compró a la abuela un kimono blanco y rojo con una garza bordada. Aunque la anciana no distinguiera bien las formas, con las yemas palpó su diseño. Le mintió acerca del precio pagado para que no se sintiera mal.

Wila lanzó una última mirada al que más le gustó, uno con el diseño de las plumas de un pavo real. La cantidad escrita en la etiqueta era indecente.

—Realmente precioso —dijo una muchacha detrás de ella.

Charlie apareció a su lado, con el pelo recogido en un complicado moño y un kimono negro con olas del tono azulgrís de sus cabellos; Zuecos y sombrilla de los mismos colores.

—Qué casualidad. Iba a llamarte —dijo Wila.

—Ahora sé cómo se sienten los tíos a los que le digo eso.

—¿Vas a subir al santuario?

—Sí. Has elegido uno muy chulo para tu abuela. —Charlie la saludó con una inclinación.

—¿Cómo sabes que es mi abuela?

—Lo he dicho por ser educada. Si hubiera dicho "madre" te estaría llamando vieja. ¿Tú no te disfrazas?

—El que me gusta es muy caro. Tendría que pedir un préstamo.

—Es tu día de suerte. La Banca Dubois te concede noventa mil yenes para el conjunto *kimono*, *wagasa* y *zōri*.

Se dirigió al puesto de venta y señaló al vendedor el kimono del pavo real con su correspondiente sombrilla de plumas y sandalias con plataforma. Una tarjeta de crédito apareció entre sus dedos. Hizo el cargo y entregó las cosas a Wila, tan abrumada como en la noche que se conocieron.

Perfectamente conjuntadas, las tres subieron por las escaleras enmarcadas por las puertas tori que conducían al santuario Hie. La abuela entró al templo para presentar sus respetos al dios mono y rezar por la buena fortuna. Wila prefirió quedarse fuera contemplando los alrededores. Discretamente observó a Charlie.

Desde que entraron al patio del santuario, la francesa había caído en un silencio solemne. En lugar de hacerse selfies como el resto de turistas, ella absorbía el paisaje a través de sus ojos sin una cámara de por medio, una rareza en los tiempos modernos. Se agachó a inspeccionar un rincón cerca de la entrada y posó la mano en el suelo de piedra.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Wila.

—Te dije que mi madre murió. Esa es una manera de decirlo. Otra es que la mataron.

—¿Fue aquí?

Charlie negó con la cabeza.

—Aquí murió su asesino. El hombre que hizo justicia me contó cómo le mató, con mucha sangre y sufrimiento. Yo era una niña muy impresionable.

—Muy mal por su parte. Bastaba con decirte que vengó a tu madre.

—Al contrario, su intención era hacerme comprender el horror de destruir una vida, incluso la de alguien malvado.

—¿Y lo comprendiste?

—Desde luego. Fue la primera vez que de verdad me excité.

Almorzaron en un pequeño restaurante de comida casera, sabroso y barato. Wila tradujo la conversación para su abuela, que apenas conocía unas palabras de japonés. Echaron una buena tarde, charlando sobre temas alejados de los aspectos escabrosos de su vida.

Regresaron al caer el sol en el coche de Charlie. El paseo, la comida y la calefacción agotaron a su abuela, que dormitaba en el asiento trasero. Wila buscó el tabaco en el bolso. Al no encontrarlo miró a la conductora, que se lo sacó de la manga del kimono.

—Soy buena, eh —se pavoneó Charlie, que le devolvió el paquete después de robarle un pitillo.

—Empiezo a pensar que eres más ladrona que taxista. No has mirado el teléfono una sola vez. ¿Dónde están tus clientes?

—Tengo el día libre.

—Qué casualidad, yo también. Y la otra noche conducías por mi zona. Charlie, yo nunca he pisado una escuela; mi abuela y la calle son mis únicas maestras. Cuando eres una superviviente aprendes a leer a las personas. De quién fiarte, de quién no. Mientes fatal. Inventaste una buena historia para ese poli idiota, pero conmigo no cuela. Me caes bien y creo que podríamos ser amigas. Por eso, antes de que lleguemos a casa quiero que me cuentes la verdad.

Charlie tamborileó los dedos en el volante y dio una larga calada al cigarrillo.

—Oook. Llevo una semana dando vueltas por la zona de Shinjuku, no por clientes sino… no te rías, ¿vale? Estoy buscando una gata. Una gata de verdad, no como tú.

—¿No como yo…? Espera, ¿sabes dónde trabajo? ¿Me has estado siguiendo?

—*Ups*, soy una bocazas. Echaba un ojo por los alrededores de Neko Nights y te vi salir. Me dio *yuyu* que caminaras sola por la calle a esa hora, así que aproveché para posponer mi búsqueda.

—En resumen: tu gata se ha perdido, piensas que la tienen en el club y estás jugando a ser mi amiga para que te ayude a encontrarla. —Aunque no quiso sonar amarga, comprender que la aparición de Charlie no tenía que ver con ella sino con un jodido animal la entristeció. Se había ilusionado con tener una amiga fuera del trabajo.

Sus palabras fueron una bofetada para Charlie, que enrojeció como un pimiento. Le ofreció una mano que Wila ignoró.

—No-sí-no. *No* es mi gata; *sí* creo que la tienen en el club; y *no* estoy jugando a ser tu amiga. Me duele mucho que pienses así. Dame la mano, porfa.

—Eres una lianta. No quiero saber más de ti.

Se habían detenido en una intersección con atasco. Cuando el semáforo se puso verde, ella no arrancó el coche. Empezaron a pitarles. Wila le hizo un gesto interrogativo. Charlie bloqueó las

puertas y le ofreció de nuevo la mano.

—No nos moveremos hasta que me des la mano.

—¡La policía nos va a multar, burra! —Wila se cruzó de brazos.

—No seas niña, coge mi mano.

—¡¿Qué no sea niña?! *¿¡yo!?*

Charlie sacó medio cuerpo por la ventanilla.

—¡Socorro!¡En el bolso tiene un cuchillo!

—¡Para o nos encerrarán!

—*La maaano*… —canturreó ella con un ojo en el policía que se acercaba deprisa al coche.

Wila cedió y cogió su mano en el momento que el agente se detenía junto a la puerta del conductor.

—Están obstruyendo el tráfico. ¿Qué es eso de un cuchillo?

—Ha sido un error, señor policía. No pude arrancar el coche. Quería pedir ayuda, y con los nervios busqué la palabra equivocada en el diccionario. —Levantó el pequeño diccionario francés-japonés—. La palanca de cambios se había bloqueado. Está arreglado.

—Lleve su coche a revisión en el plazo de una semana o le revocarán la licencia. Circule.

Al cruzar la intersección Charlie rio como los zorros que su abuela veía en los reportajes de televisión. Cuando dejó de hipar, habló muy seria.

—El gato que busco es de un valor incalculable. Hay gente que *mataría* por él.

—¿Es uno de esos animales exóticos para ricos?

—Si te contara lo que es, pensarías que estoy loca.

—Ya lo pienso, así que no te reprimas.

—Lo que te estoy contando es un secreto. Saber más te pondría en peligro.

La idea de peligro no le era extraña a Wila. En ese punto sí que la creía, por experiencia personal. Fue un representante de Neko Nights quien la contrató tras asesinar a su anterior empleador, un sicario ruso. En el mundo de la gente normal, la idea de matar por un gato es un delirio. En el mundo del crimen, cualquier barbaridad es posible.

—En el club no hay más gata que nosotras. Deberías probar con refugios de animales.

—Se encuentra en esa zona. Todos los caminos conducen a Neko Nights.

—Preguntaré si quieres. Te lo debo por las compras de hoy.

—¡No! Lo de que es peligroso iba en serio. Por favor, ni lo menciones.

—¿Cuál es tu idea?

—Al conocerte se me ocurrió que quizá me ayudarías a conseguir un trabajo allí. Infiltrarme, como en las películas.

Wila la miró de hito en hito esperando que la frase acabara en alguna broma. No, iba en serio.

—Imposible. Solo admiten asiáticas.

—¿Y como trabajadora del servicio?

—Abusarían de ti. Sexualmente, también.

—¿Lo hacen contigo?

—No. Las gatas somos intocables. Al poco de empezar yo, uno del club me palmeó el culo. El dueño le rompió la mano con un martillo. No porque sea amables con las chicas. Son las reglas. Con las premium son aún más celosos.

—¿Quiénes son esas?

—Las reservadas para los mejores clientes. Las tratan como si fueran reinas, cuando no son más que escorts que van de misteriosas. Una compañera empieza hoy. Pásame una foto de tu gato. —Tras pensarlo un momento, Charlie se la mandó. Una preciosa gata siamesa blanca y gris—. Es linda. Si tengo noticias, te escribo.

Al aparcar en el barrio la abuela despertó de su larga cabezada. Charlie la ayudó a bajarse del coche y se despidió con una inclinación. Cogió a Wila del brazo y le habló en tono confidencial.

—Mantén los ojos y oídos abiertos, y cuéntame si te enteras de cualquier cosa fuera de lo normal en el club. Sé discreta.

—Hablas como un agente secreto.

—Qué tal si fingimos que lo somos.

Las representaciones de los días siguientes se sintieron distintas sin Kichi. El ánimo con el que su compañera se entregaba a cualquiera tarea resultaba contagioso. Sin ella, las gatas no maullaban con el mismo entusiasmo.

Afortunadamente los espectadores no eran tan sutiles y solo esperaban con ansia que alguna se sentara a su lado.

El turno para ella acabó pronto en la noche del viernes, porque el hombre al que acompañaba a beber tuvo poca resistencia al alcohol y lo mandaron a casa medio inconsciente en un coche de la empresa. Puesto que no tenía la obligación de atender a nadie más, decidió que saldría un par de horas antes.

Comprobó el móvil en el camerino. Kichi no había respondido a ninguno de sus mensajes. Su última vez online en la mañana del martes, cuando le habían programado la prueba para premium. Habían quedado en que le escribiría en cuanto saliese de los apartamentos propiedad del club.

Kichi era la persona más indiscreta que conocía, incapaz de guardar un secreto. Que aguantara más de tres días sin contarlo era tan extraño como que su teléfono no estuviera disponible por un periodo tan largo.

Estaba muy preocupada.

Para las otras chicas la explicación era tan sencilla como que Kichi ahora pertenecía a la élite y no se mezclaba con gatas sin pedigrí. Conociéndola, Wila sabía que esa no era la respuesta.

Al quitarse las mallas descubrió que la pequeña carrera de la pierna se había ensanchado. Ema, la modista del club, le echaría una bronca de las buenas. Ella les tenía dicho a las chicas que al menor rasguño de sus uniformes debían entregarlos de inmediato.

Subió las escaleras a la planta de administración. La única trabajando a esa hora era Ema, a la que nunca había visto fuera de su pequeño taller de costura. Pegó con los nudillos en la puerta entornada antes de entrar.

Al levantar la cabeza de su trabajo en la máquina de coser, la diminuta anciana le dedicó una mirada intimidante. Señaló la mesa para que Wila pusiera sobre ella la prenda dañada.

—¡Cómo hacéis para estropear así vuestros uniformes! —protestó.

—En el baile nos arrastramos por el suelo y nos enganchamos unas con otras…

—¡No me cuentes esas golfadas, niña! No tengo tiempo para un arreglo permanente, tendrás que usar otro o conformarte con una chapuza. ¡Mira cuánto trabajo y todavía sin ayudante! —Señaló una montaña de ropa por remendar.

—Me conformo con lo que sea.

—Te esperas a mañana. Hay seis trajes antes que el tuyo.

—Gracias. —Wila se despidió con una inclinación. Salía por la puerta cuando Ema la llamó en voz alta.

—El vago que limpia aquí olvidó sacar estos andrajos —señaló una pila de ropa en un rincón—. Tíralos a la basura. ¡Una pobre anciana no puede cargar con eso!

Resoplando, Wila acarreó el montón de guiñapos hasta el cubo de basura en el callejón detrás del club. Las puso en el suelo para introducirlas de una en una.

La última era una voluminosa bolsa de papel cerrada. Movida por la curiosidad, la rasgó y tiró de la larga prenda en su interior: una túnica oscura con capucha de orejas puntiagudas y una máscara. Era la vestimenta que usaban las chicas premium como identificación para acceder al picadero.

Al extenderla bajo la luz de una farola descubrió dos agujeros de bala en la espalda y manchas de sangre. Ahí estaba la respuesta a por qué Kichi no le escribía. Había sido asesinada por un cliente o por alguien del club. Aunque esa cabeza de chorlito y ella no fueran íntimas, su posible muerte la puso muy triste. Lo pagó con el contenedor de basura, al que pateó hasta dolerle la pierna.

Se marchó a casa con la túnica de Kichi bajo el brazo. Aunque

resultara una idea infantil, a su compañera le hizo ilusión vestirla, sentirse especial. Usó parches negros para tapar los agujeros de bala, y con agua caliente y jabón frotó las manchas de sangre hasta palidecerlas.

Alguien diría que estaba destruyendo las pruebas de un crimen. Para ella, la policía era un callejón sin salida. Cerrarían el caso antes de abrirlo y Wila sería expulsada del país. Lo único que podía hacer por Kichi era honrar su memoria.

Por la mañana llamó al club para avisar de que había pillado la gripe. En Neko Nights eran inflexibles con que las chicas no trabajaran al menor síntoma de enfermedad. Bastaba una mala tos para ser enviadas a casa. Esa obsesión por la salud le confundía, considerando que sus jefes eran criminales.

A la abuela no le contó el motivo de su desánimo, para no preocuparla. Necesitaba desahogarse, y para ello recurrió al único contacto de su agenda que le había contado aspectos importantes de su vida privada.

Una hora más tarde Charlie pasó a recogerla. Fueron a una bolera en un distrito donde nadie la reconocería. Wila recibió unas cuantas lecciones sobre cómo no tirar la bola a los pasillos fuera de la pista. No le sorprendió que la francesa anotara pleno tras pleno. Además de precisión, tenía mucha fuerza.

—Ahora me explico lo de tus manos.

—¿Mis manos?

—Las tienes duras. No te imagino trabajando en el campo. ¿Vienes mucho por aquí?

—Nah, no tanto. Me aburro sin nadie a quien machacar. Me alegra que me hayas llamado.

—Necesitaba despejarme. Ha pasado algo en el club. Algo malo.

Charlie anoto el último *strike* del día y le hizo un gesto para ir a tomar algo en la cafetería de fuera. Escuchó en silencio la historia de Kichi y la túnica con agujeros de bala.

—Su móvil está apagado. Sin batería, seguramente.

—¿Y no os han dicho nada? ¿No tenía más amigas aparte de ti?

—Kichi era una niña cándida; quería que las chicas del club fuéramos amigas. Sin embago, cada una va a lo suyo, por la maldita competencia para convertirse en premium. Yo no estoy en esa carrera.

—¿Qué tienen de especial?

—Ni idea. Actúan en una sala privada. Se necesita invitación para asistir a sus funciones. Nunca se quitan los uniformes ni el maquillaje, ni hablan con las demás chicas. Son unas creídas.

Charlie dio un sorbo a su café con nata y se quedó pensativa.

—Y tampoco sabes dónde se citan con los clientes.

—En un bloque de apartamentos en la zona de Shinjuku. La

dirección es confidencial. Kichi fue allí a pasar una prueba de iniciación. Tenía ganas de compartirlo conmigo. Ya no podrá hacerlo —añadió con amargura.

—De repente me interesa dónde se reúnen esas chicas.

—¿Tiene que ver con la gata que buscas?

—Puede, si es lo que pienso. Necesito la dirección de esos apartamentos.

—El dueño tiene un ordenador en su despacho, no para mucho por ahí. A la hora que acabo mi turno, arriba solo queda la modista.

—Mmm… Me pregunto cómo acceder a él… —Dio otro sorbo al café. Hizo una figura con la servilleta mientras pensaba.

—Suéltalo de una vez.

—¿El qué?

—Quieres que me cuele y registre en sus archivos.

—¡No! No. No… bueno… ejem… si no implicara riesgo para ti… sí.

—Aunque no haya vigilantes a esa hora, si alguien me ve estaré en un buen lío. Una denuncia a la policía y me expulsarán del país. Volver a Tailandia no es una opción, porque allí hay unos rusos muy cabreados conmigo que me torturarán, violarán y matarán. También a mi abuela. Me gustaría joder a los que han matado a Kichi, de verdad. Pero… —suspiró.

—Ellos han hecho daño a mucha gente. Las gatas premium son víctimas, igual que tu amiga Kichi. No te lo pediría si no fuera importante. Necesito la dirección de esos pisos. Nada más.

—Soy una inútil con los ordenadores.

—Yo también. Suerte que tengo un amigo que hace magia con ellos. —Charlie sacó del bolsillo un pendrive—. Con esta cosita entrarás fácil. Dentro hay un programa que introducirá la contraseña por ti. No intentes copiar en él. Lo conectas antes de encender el ordenador, buscas la info, le sacas una foto y apagas. Menos de cinco minutos. El problema será la puerta del despacho. Imagino que estará cerrada con llave.

Wila sostuvo el pendrive entre sus dedos.

—Eso no es ningún problema.

Plantada frente a la puerta la cosa no parecía tan sencilla. Hacía años que no daba uso a sus ganzúas. Durante su infancia en Pattaya pocas cerraduras se le resistieron. Abandonó los hábitos de ladrona porque la abuela lo repudiaba tanto o más que se ganara la vida alquilando su cuerpo.

La cerradura no era de las peores. La dificultad consistía en abrirla sin que la oyera Ema, que cosía con frenesí en la habitación al fondo del pasillo. Dejaba su puerta entornada porque cuando trabajaba no se

detenía ni para abrir o cerrar. El ruido de su máquina sonaba al castañeteo de una metralleta. Contó cuántos segundos duraba cada ráfaga para sincronizar sus movimientos con los de ella. A la tercera, el *clic* de la cerradura al saltar sonó justo al silenciarse la cosedora.

Permaneció agachada muy quieta junto a la puerta con el corazón latiéndole deprisa. Tras un minuto que se hizo muy largo, Ema reanudó su tarea y ella abrió y cerró la puerta del despacho con suavidad.

Guiándose con la luz del móvil encontró la torre del ordenador debajo del escritorio e insertó el pendrive. Encendió el equipo. Al ver el logo del sistema operativo cayó en que habría una melodía de arranque. Disparó el dedo hacia el botón de apagado del monitor justo cuando los altavoces reproducían el sonido. Fue tan breve que resultaba imposible decir si Ema habría oído algo.

Sentada muy tensa al borde de la silla, procedió a buscar en los archivos. La palabra «premium» la llevó a una carpeta llamada LABORATORIO. En ella encontró fotos de un bloque de apartamentos en el 3-3, Minami-yamabushicho, Shinjuku-ku, Tokio. Debía ser ese.

Sacó una foto con el móvil. Al acercarse a la pantalla, sus ojos se desplazaron hacia una subcarpeta llamada TESTS. Pinchó en ella. Apareció una columna de carpetas, cada una con un nombre de mujer. El último era Kichi.

Vete de una vez, Wila, advirtió la abuela dentro de su cabeza.

Eso hubiera valido antes de ver la carpeta. Demasiado tarde.

Al pinchar en ella encontró archivos de texto intercalados con imágenes y vídeos. El primero era la larga carta de un doctor. Leyendo en diagonal comprendió que se refería a una transfusión de sangre. ¿Sería después de haberle disparado? El lenguaje técnico que empleaba le complicaba la lectura. El test había sido un fracaso. «Los residuos de sustancias psicotrópicas en el sujeto interrumpieron el proceso de conversión, degenerando en una reacción violenta».

Reprodujo el primer vídeo. Kichi aparecía desnuda sobre una mesa de metal, con una vía intravenosa en el brazo. Un doctor repasaba las lecturas de una máquina, asistido por dos enfermeros musculosos. Kichi comenzó a retorcerse. Con un fuerte tirón arrancó la correa que retenía su brazo izquierdo y con la punta de los dedos cortó las otras. Todo fue tan rápido que Wila no supo cómo cortó limpiamente las presas de cuero.

Un enfermero la agarró del brazo y ella se revolvió lanzando la mano contra su cuello, que se abrió en canal. Kichi esquivó al segundo hombre y recogió la túnica del suelo, que se puso mientras huía hacia la puerta. El enfermero sacó una pistola de la bata y disparó a Kichi, que se desplomó muerta.

Fin del vídeo.

En el siguiente Kichi aparecía de nuevo desnuda sobre la camilla de metal. Esos cabrones ni la habían tapado. Volvían a pincharle.

Wila ahogó un grito y casi se cae de la silla al ver que la muerta levantaba el brazo y giraba la cabeza hacia el doctor.

Más tarde entró en la estancia una figura enmascarada con una túnica idéntica a la suya. Le sorprendió el temor reverente con que el doctor y su asistente la trataban, manteniendo la distancia con ella. La recién llegada posó su mano sobre la frente de Kichi, que de inmediato se quedó dormida. Después se marchó de la habitación sin pronunciar palabra.

Sacó fotos de las otras cartas del doctor. No era momento de leerlas. Retiró el pendrive y apagó el ordenador. Miró a través de la rendija de la puerta. Ema continuaba clavada a su silla. Armándose de valor pasó por el taller para agradecerle el buen trabajo hecho con su uniforme. Sería su coartada si alguien la veía bajar las escaleras a la planta de la calle.

Anduvo a casa con la cabeza en ebullición. Kichi estaba viva, convertida en gata de laboratorio. ¿A eso se refería Charlie con que las chicas premium eran víctimas? ¿Qué tenía que ver eso con su gata? No importaba. Kichi estaba viva y había conseguido la dirección donde la retenían.

Pasó por casa el tiempo justo para cambiarse a zapatos deportivos y meter la túnica en una mochila, además de dejar una nota para su abuela para que llamara a Charlie si no estaba de vuelta por la mañana. Debajo escribió la dirección de los apartamentos.

La policía nunca la creería. Charlie tampoco sería de ayuda, porque no le permitirían entrar en los apartamentos. Wila era la única que podía hacer algo por Kichi.

Un taxi la dejó frente al bloque de trece plantas. Se ajustó túnica y máscara. Eran las tres de la madrugada y había luz en un par de pisos: el sexto y el último. Supuso que el laboratorio oculto estaría en el subsuelo o en lo más alto del edificio.

El móvil vibró, dándole un buen susto. Tendría que apagarlo.

—Hola, Charlie. ¿No duermes?

—Esperaba noticias tuyas. Como no escribías, me puse nerviosa.

—Mierda, lo siento. No tuve oportunidad de entrar al despacho del jefe. Tranquila, no voy a echarme atrás. Te conseguiré la dirección.

—Lo sé, eres una tía valiente. Tanto como para plantarte en Sphere Park a enfrentarte al peligro tú solita.

—¿Cómo sabes…?

Oyó ruido de pasos detrás de ella. Charlie salió del callejón con un abrigo oscuro que aleteaba al caminar, botas de punta fina y manos enfundadas en sus guantes de conductor.

—Una loca reconoce a otra. Existía una posibilidad de que tu

amiga estuviese viva y te enteraras al registrar los archivos. Imaginé que vendrías por tu cuenta en vez de pedirme ayuda. El pendrive tiene un localizador.

—Siendo tan lista, sabrás por qué lo hice.

—Piensas que juntas no nos dejarán entrar. Y tienes razón. Por eso lo haremos por separado. Tú, por la puerta principal. La cabeza alta y sin hablar con nadie, porque las gatas no hablan con nadie. Te dirigirás a los laboratorios de la planta trece y con gestos ordenarás que aflojen las correas de Kichi. Ella estará muy confusa. Con que se tenga en pie nos sirve.

—¿Y después?

—Después se va a liar una buena.

Capítulo Veinticinco

Wila se situó frente a la cámara del portal. Improvisó una conducta felina al pegar con suavidad en el cristal, como el gato pidiendo que le abran la puerta. Al momento oyó un bajo zumbido y la dejaron pasar.

Entró en la recepción sin saludar al hombre tras el mostrador, que le dirigió una mirada de soslayo. El tipo vestía traje oscuro, pelo rapado y perilla. Un matón de club. Que fuera portero del turno de noche en un bloque de apartamentos de lujo indicaba que el edificio entero pertenecía a Neko Nights.

Con un diseño minimalista de líneas rectas y domotizadas, esas viviendas eran de las que tanto fascinan a ejecutivos. Wila anduvo por el estrecho pasillo hacia los ascensores. Dentro, pulso el botón a la planta trece. Le temblaban las piernas. El lío en el que se estaba metiendo no tenía marcha atrás.

Para defenderse escondía una navaja en un bolsillo interior, un arma contra asaltantes callejeros que en el pasado le sacó de más de un apuro. En Japón nunca tuvo que sacarla. Aunque fuera inútil contra perros de presa como el de la portería, sí intimidaría al médico que torturaba a Kichi y a las otras chicas.

Salió del ascensor y anduvo hasta la puerta al fondo. Pegó con la mano cubierta por un guante de seda. Charlie le había dicho que en ningún momento debía desprenderse de ellos, ni de la máscara que le cubría el rostro.

Las gatas premium iban y venían libremente por el edificio. Solo dentro de los apartamentos se desprendían de la ropa. Las que ofrecían *performances* para clientes selectos en Neko Nights siempre iban bajo tantas capas de maquillaje que ni siquiera parecían humanas.

Le abrió uno de los gorilas que hacían de enfermeros, clavándole los ojos con muy poca discreción. El doctor siseó para que mantuviera la distancia.

—No la mires fijamente o lo interpretará como hostilidad. Viste lo que la otra hizo a tu compañero —le dijo al asistente en voz baja.

—Le daría un buen empujón a esta gatita salvaje. Eres muy santurrón, doctor. Total, tampoco es que vayan a decírselo a nadie, ¿verdad?

Wila se preparó para sacar la navaja. Oyó al jefe del laboratorio

amenazar al esbirro con chivarse a su superior, que le cortaría todo por debajo de la cintura si no se comportaba.

Pasado el momento de tensión, Wila anduvo despacio hacia el centro de la sala, donde Kichi era expuesta como carne cruda sobre una bandeja. La furia le quemó las entrañas. De tener una pistola, esos hombres estarían muertos.

Se agachó sobre ella y le acarició el rostro. En ese estado de indefensión parecía más joven y pequeña de como la conocía. Los hombres cuchicheaban por detrás de su espalda.

—¿Por qué no la olisquea? —preguntó el enfermero.

—Igual no la percibe como una de las suyas.

Con movimientos lánguidos y sinuosos le quitó despacio las correas, deteniéndose con curiosidad en cada una de sus extremidades. Nueve meses de actuar como una felina sobre el escenario le ayudaron a representar el papel de manera creíble ante la atenta mirada de los dos hombres. Incorporó a Kichi, que se apoyó en ella aún con los ojos cerrados.

Los otros discutían sin levantar la voz.

—¿No deberíamos impedir que le quite las correas? —preguntó el enfermero, nervioso.

—Aquí dentro no hay problema. Si intervenimos será peor. ¿Te aseguraste de echar el cierre?

—Qué pregunta, doctor, claro que…

—*Nya.*

El suave maullido procedía de una pequeña estancia también bloqueada con cierre electrónico. La puerta se había abierto. De ella salió una gata siamesa a la que habían pelado parte del cuerpo. Débil y encanijada, caminaba de modo vacilante. Aunque su aspecto estuviera muy desmejorado respecto a la foto que le enseñó Charlie, no había duda que esa era la gata. Al frotarse con el tobillo de Wila, la siamesa cobró vida. Su maullido *«¡nyah!»* sonó más animado.

Aquello hizo reaccionar a los hombres. El enfermero sacó una red de pesca de un cajón y se acercó muy despacio.

—Espera a que se separen. No atrapes las piernas de la otra —dijo el doctor, como si ella no entendiera sus palabras.

Wila levantó a la gatita. Daba lástima lo ligera que se sentía en sus brazos. El bruto con la red se quedó inmóvil. Lo que le contó Charlie era cierto: la gata era muy valiosa, aunque no supiera por qué. En su mente vio clara la salida de ese embrollo. Sosteniéndola con un brazo, sacó la navaja y la pegó al cuello de la gata. Fue cómico ver al doctor dar un brinco con la boca abierta.

—Muy bien, cerdos, vais a abrirme la puerta y moveros hacia el fondo, si no queréis que os manche el suelo con sangre de gato.

—No te atreverás a hacerle nada, sucia ramera —contestó el

médico.

—Que fino eres, matasanos. Vine por mi amiga, no por la gata. Quítate la chaqueta y pónsela a Kichi. Y también un pantalón. ¡Vamos!

Él vistió con mucho cuidado a Kichi, aturdida por las drogas o lo que quiera que le suministraban en ese lugar. Wila la llamó para que viniera hacia su voz.

—No irás muy lejos con tu amiga en ese estado —espetó el doctor.

—Me basta alcanzar la comisaría más cercana. Os aconsejo que os hayáis largado para cuando este lugar se llene de polis. ¡Kichi, abre los ojos, por favor!

Ella debió entenderla, o quizá fue una simple reacción a su voz. Lentamente abrió unos ojos que ya no eran negros, sino verdes con pupilas verticales. Ojos de gato.

Wila gritó. El sobresalto le hizo soltar a la siamesa, que huyó bajo la camilla.

Moviéndose a una velocidad que no hubiera imaginado en un hombre tan corpulento, el enfermero le pegó en la muñeca que sostenía la navaja y con el dorso de la mano le voló la máscara de un guantazo. La violencia del golpe la sentó en el suelo. El matón recogió la navaja y le dedicó una sonrisa desagradable.

—Parece que te has llevado una sorpresa, bonita. Tengo otra para ti, y es de las malas.

* * *

Diez minutos después de que Wila entrara al edificio, Charlie agarró una botella de sake y con paso tambaleante se presentó en el portal. Pulsó el botón del telefonillo de manera repetida, componiendo una melodía con los timbrazos. Después, se aclaró la garganta y gritó con fingida voz de borracha.

—¡¡¡Sasukeeee, sé que estás ahí dentro con esa zorrona!!! ¡¡¡Sal y da la cara como un hombre!!!

El portero le regañó por el comunicador.

—¡Deja de molestar o llamaré a la policía! ¡Gamberra!

—¡Le estáis escondiendo de mí! ¡No me marcharé sin mi *senpai*! ¡Sasukeeee! —Sabiendo que la observaba por la cámara, dio un largo buche a la botella y la lanzó contra la puerta, haciéndola añicos.

El escándalo a esa hora de la madrugada amenazaba con alertar a los vecinos. El vigilante abandonó su puesto y se paró ante Charlie con una pose amenazante. Ella se levantó el top y pegó sus pechos contra el cristal exigiendo ver a su *senpai*.

Cada vez más nervioso, el portero habló en voz alta por el móvil. Tras asentir un par de veces, abrió la puerta y estiró la mano para

agarrarla, oportunidad que Charlie aprovechó para trabar su brazo y con un tirón dislocarle el hombro. A ello siguió una doble patada, la primera en el muslo para doblarle la pierna, y la segunda en la sien. El hombre se desplomó como un saco.

No se molestó en ocultar el cuerpo, pues a esa hora no había un alma en la calle, y ella iba contrarreloj. Con el móvil del yakuza hizo una llamada que fue respondida de inmediato por su hácker favorito.

—¡Maldita sea, Charlie, te dije que no llamaras desde números desconocidos!

—Estoy dentro.

—¡¿Te has colado tú sola en un cubil?! Debiste esperar a que montara un operativo.

—No hay tiempo. Necesito que desbloquees los cierres electrónicos del edificio y que desvíes las llamadas de este número al tuyo.

—*¿Al mío?* Mi japonés no da para una conversación.

—El vigilante ha hablado con su jefe hace un minuto. Si le llama otra vez tienes que decir que todo está tranquilo. Dame unas horas de margen para abandonar el país. Quiero el avión listo para despegar esta misma noche y documentación para los pasajeros que te estoy enviando ahora mismo desde mi teléfono. Seremos cuatro y un gato.

—Pícara, esto es muy peligroso.

—Lo dice el manco que mató a Shura. Consígueme lo que te he pedido y te prometo que sobreviviré.

—Te tomo la palabra. Los cierres han sido desbloqueados. A por ellos, tigresa.

* * *

El *shock* había cortocircuitado el cuerpo de Wila, sentada en un rincón con la espalda contra la pared. Aunque la punta de la navaja apuntada hacia ella era un peligro inmediato para su vida, su atención estaba en los nuevos ojos de Kichi, que observaba la escena con curiosidad. No pareció reconocerla, ni ser consciente de donde estaba.

La siamesa abandonó su escondite bajo la camilla y saltó al regazo de Wila, encarando desafiante al que iba a apuñalarla.

—*¡Nyah! ¡Nyah!* —sus maullidos de protesta y graciosos movimientos con las patas fueron más entrañables que intimidatorios.

El hombre metió la navaja en el bolsillo y tanteó la manera de agarrar a Wila, indefensa en el suelo.

—Cuidado con lastimar a la gata, si le pasa algo nos despellejarán vivos —dijo el doctor al esbirro.

Obedeciendo las instrucciones, agarró a Wila del pelo y la forzó a levantarse o le arrancaría el cuero cabelludo. La siamesa pegó repetidamente en la mano del hombre, pero los golpes de su pata sin

uñas eran muy suaves. Entre los dos la tumbaron sobre la cama ocupada antes por Kichi, ajena al forcejeo.

El doctor preparó una inyección mientras el otro la inmovilizaba.

—Relájate, gatita. Pronto averiguarás a qué nos dedicamos aquí. —El científico loco acercó la aguja a su brazo. Wila intentó revolverse, pero el agarre del otro era demasiado fuerte.

La puerta del laboratorio se abrió de par en par.

—¡Hola, hola! ¿Qué me he perdido?

Charlie entró en la sala con paso firme y agarró un bisturí del mostrador. El mafioso soltó a Wila para echar mano de su pistola. Ella se anticipó arrojándole el bisturí, que dio vueltas por el aire hasta estrellarse en su frente por el lado del mango. El golpe le provocó un pequeño corte. Con un grito de furia, levantó el arma hacia ella.

—No sé quién eres, pero voy a mearme sobre tu cadáver.

—*Merde,* eso tenía que haberse clavado en tu cabeza. ¿Podemos negociar lo de matarme?

Él negó con sonrisa de tiburón.

Aprovechando la distracción, Wila metió la mano en el bolsillo de la bata blanca y recuperó su navaja, que hundió por encima del codo del brazo que sostenía el arma. El yakuza le tiró un puñetazo que, aunque le rozó, casi la deja inconsciente.

Charlie salvó velozmente la distancia entre ellos y atacó las articulaciones con la punta endurecida de sus botas, quebrando una rodilla. Con el canto de la mano le pegó en el cuello y lo hizo caer de una vez. En vez de huir, el doctor le apuntó con el bisturí que ella había lanzado antes. Temblaba en su mano. Charlie le mostró una sonrisa torva antes de romperle la muñeca con un certero puntapié.

Recogió la pistola del suelo y se la cedió a Wila.

—Agarra a tu amiga y encañona a este mamón.

Wila titubeó al coger la mano de Kichi, que observaba sin decir palabra.

—Esto no está pasando… quiero irme a casa…

—¡Por favor, Wila! Despierta o no saldremos vivas de aquí. —La siamesa correteó hacia ellos y pidió subirse a los brazos de Kichi, que la levantó como a un bebé. Charlie le rascó la cabeza—. Encantada de conocerte, Nut. Vamos a liberarte. Kichi está un poco confusa. Guíala, ¿vale?

—*¡Nyah!* —Confirmó Nut.

Entraron al ascensor Charlie, Wila con la pistola apuntando al doctor y Kichi con Nut en brazos. El médico lloriqueaba por su hueso roto.

—Nos matarán en cuanto asomemos la cabeza. Llevo semanas sin salir de este edificio. Al anterior doctor…

—¿Por dónde crees que he entrado, idiota? El vigilante está

echando una siesta —cortó Charlie.

—No me refiero a él. ¡Ellas huelen a Nut! No permitirán que escape…

—¡Silencio! Wila, si dice una palabra más, pégale un tiro. —Charlie hizo una llamada con su móvil y se puso un auricular.

Al salir del ascensor encontraron el vestíbulo a oscuras; la única fuente de luz procedía de la calle, que iluminaba el espacio alrededor de la entrada al edificio. El panel de cristal de la puerta de salida se deslizó a un lado. Charlie hizo un gesto para que permanecieran callados y muy quietos.

Sin hacer caso, el doctor se apresuró hacia la salida. De pronto, una sombra se cruzó con él. Se llevó las manos a la garganta, de la que salió un sonido ahogado. El hombre se tambaleó antes de caer redondo.

Ante ellos se produjo una danza de sombras coreada por siseos y risitas traviesas. Wila supo lo que estaba viendo: el comienzo de uno de los espectáculos en Neko Nights, con movimientos mucho más elegantes. Movimientos felinos naturales. Diez pares de ojos brillaron en la oscuridad. Las gatas premium les presentaban su función.

Wila comprendió el secretismo en torno a esas chicas y que nunca se quitaran el maquillaje ni las colas postizas.

—¿Son… son reales? —susurró a Charlie. No descartaba que se hubiera vuelto loca y viera alucinaciones.

—Nekomatas. Han usado la sangre de Nut para crear híbridos. ¡Vosotras, escuchad! Vamos a marcharnos de aquí. No os entrometáis.

De nuevo el coro de risitas. Varias les cortaron el paso, algunas a cuatro patas y otras sobre dos; todas en pose agresiva. De entre los dedos les salían garras tan largas como una navaja. Una de ellas habló con voz humanoide.

—Nut no va. Necesitamos su sangre.

—Conque eso sois. Unos monstruos que chupan la vida.

—A tu amiga convertiremos. A ti comeremos.

—Gracias por la aclaración.

—Finges tranquila, pero olemos nervios. Miedo.

—Aún no tenéis el olfato fino, gatitas. Lo que oléis es excitación. *¡¡¡Snikt, luces!!!*

Las luces del recibidor se encendieron a su máxima intensidad, cegándolas. Charlie cogió impulso y saltó hacia delante. En su mano había aparecido una katana plateada con la que cruzó el torso de la nekomata frente a ella, desparramada por el suelo con el cuerpo cortado en dos mitades. Sus tejidos de inmediato se licuaron.

Sorprendidas como un ciervo por los faros de un coche, las otras híbridas tardaron un instante en comprender qué había ocurrido al encenderse las luces. Distraídas por el aleteo del abrigo de Charlie, no

vieron venir la hoja de acero azul que les produjo heridas mortales. En un momento, la mitad de ellas se retorcían agonizantes por la destrucción de sus organismos.

Los enemigos restantes rodearon a Charlie, que se protegía de sus arañazos con la vaina en una mano y la espada en la otra.

Una de las gatas se lanzó sobre ella y fue atravesada limpiamente por la hoja, que le entró por el pecho y le salió por la espalda.

Con el arma momentáneamente trabada en el interior del cuerpo en descomposición, las otras nekomatas atacaron con mayor agresividad, rasgándole el abrigo y el muslo cerca de la arteria femoral.

Una le hubiera rajado la cara de no ser por Wila, que la derribó con un placaje. La híbrida se desprendió de ella con un rápido pataleo y se puso en pie de un brinco. Fue su última acción en este mundo antes de que su cabeza rodara por el suelo, cortada por el exuberante baile de la katana.

La última nekomata atacó a Charlie extendiendo las uñas de pies y manos. El roce de una patada le dibujó dos líneas sangrientas en el costado. Si le diera de lleno, la destriparía como a un pez. Esa era mucho más rápida que las otras, poniéndola continuamente a la defensiva. Otra patada le entumeció la mano que sostenía la katana. Con reflejos casi felinos, Charlie se arrojó al piso y con la otra mano cogió la espada al vuelo, tajando los tobillos de su enemiga.

Charlie se colocó al lado de la neko caída, que lloraba espantosamente.

—Peleaste bien, pero no eres rival para el Dedo de Luna de Charlotte Kato. —dijo ella al hundir la hoja en el corazón de la nekomata.

Wila le dio un abrazo que dolió horrores. Al ver su mueca, se apartó para revisarle las heridas. Estaba hecha unos zorros, con la ropa empapada.

—¡Tenemos que llevarte a un hospital!

—No, vamos muy apuradas. Traigo un botiquín en el maletero.

Con la ayuda de Wila se aplicó un fuerte vendaje en muslo y torso. Tras limpiarse con alcohol y toallas húmedas, se cambió a ropa deportiva y metió los andrajos en una bolsa. Kichi estaba sentada en el asiento de atrás con el cinturón puesto y Nut en su regazo. Ambas dormían.

Charlotte vendó con cuidado los ojos de Kichi y arrancó el coche.

—¿Para qué le pones eso? —preguntó Wila.

—No querrás que a tu abuela le dé un infarto al verle los ojos. Y tampoco es plan de llamar la atención en el aeropuerto.

—¿Aeropuerto?

—Recogemos a tu abuela y salimos del país. En vuestro caso, salir

para no volver. Tu horóscopo dice que va a haber un gran cambio en tu vida.

—*¡¿Cuándo piensas explicarme qué demonios está pasando?!*

—En el avión te cuento la historia entera. Ahora mismo lo que te interesa es que hemos cabreado a gente mala de verdad. Peores que tu antiguo jefe. A mí no me conocen, pero mañana tú encabezarás todas las listas de éxitos.

Entró una llamada que ella pasó al altavoz del coche. Snikt no contuvo su emoción.

«¡Charlie, has estado increíble, como en una película! ¿Te han herido?»

—Unos cuantos arañazos, nada serio. ¿Borraste las grabaciones?

«No queda rastro de vuestro paso por Park Sphere. He plantado imágenes aleatorias»

—¿Y lo otro?

«Pasaportes listos. Jet listo. Os he conseguido una ventana para las seis y veinte. Antes, imposible»

—No sabes cuánto te quiero, Snikt. Imagino que sigo sin opciones contigo.

«Lo nuestro es más bonito como algo platónico»

—Gracias por cubrirme, *mon cheri*. Te llamaré al embarcar. Corto.

Aparcó frente al bloque de Wila, a la que dio quince minutos para recoger lo esencial. Antes había llamado a su abuela desde el coche. Le maravilló lo rápido que la anciana comprendió que el asunto era importante y no se entretuvo en discutir.

Charlotte no bajó del coche por temor a sangrar por las heridas, más profundas de lo que reveló a Snikt. Decidió esperar en el asiento mientras fumaba un cigarrillo robado del bolso de Wila.

Aunque la primera parte del rescate de Nut fue un éxito, aún no estaban a salvo. Menuda bronca le iba a echar tío Kei cuando se enterara de lo que había hecho a sus espaldas. Únicamente Snikt y el grupo de hackers de Tokio estaban informados de sus andanzas.

Keitaro había viajado a Estados Unidos para reunirse con Soni. Le hubiera encantado conocer en persona a los otros, pero oficialmente aún no formaba parte del equipo. Su tío adoptivo y mentor se esforzaba en mantenerla alejada de ese mundo de intrigas y gatos paranormales.

Ante la insistencia de ella, le prometió que cuando fuera mayor de edad quizá la aceptaría para un rol de inteligencia, pero no como agente de campo, a pesar de que Keitaro la había adiestrado en combate cuerpo a cuerpo y el arte de la espada.

Él había dejado una de las katanas en casa para su defensa personal. En el período de vacaciones Charlotte entrenaba todo el día peleando contra rivales imaginarios, fueran humanos o yokais.

Snikt era su confidente y hermano mayor dentro del grupo contra Bastet. Les había llegado el chivatazo de que Nut había sido vista en Tokio, por la zona de Shinjuku. La única de los nueve que se creía una gata verdadera llevaba tiempo perdida. Sin pensarlo dos veces, Charlie se entregó con pasión a la labor de detective.

Por el camino había volteado la vida de Wila, a quien puso en la línea de fuego al usarla de colaboradora. Tendría que compensarla, porque sin ella habría fracasado.

Otro asunto difícil era qué hacer con la chica que dormía en el asiento trasero. Algún desequilibrio químico en su cerebro había dificultado la conversión y ahora era un ser a medio camino entre humana y nekomata. Keitaro era un purgador y Charlotte se había estrenado esa noche matando a esas criaturas.

¿Qué haría Kichi al despertar? ¿Sería humana con rasgos gatunos o un monstruo con rasgos humanos? ¿Buscaría absorber la esencia vital de los demás en su propio beneficio? ¿Se uniría a las filas de Bastet? En tal caso debía ser purgada. Y tendría que hacerlo ella, Charlotte Kato. Era su responsabilidad.

Miró por el espejo retrovisor. Nut había abierto los ojos. Aunque muy débil por tantos pinchazos y extracciones de sangre, la notaba más alegre.

—¿Crees que Kichi será una gata buena? Wila se pondría muy triste si la matara. Arriesgó su vida por rescatarla.

—*Nya*…

—Lo tomaré como un "puede ser". La has calmado para que se duerma, ¿verdad?

—¡Nyah!

—Que siga así hasta que lleguemos a casa. Ayúdame un poquito más y después descansas.

Al momento bajaron Wila y la abuela con el kimono que compraron en el templo de Hie, además de ropa para Kichi. Traían poco equipaje. La acomodó en el asiento delantero para ir Wila detrás pendiente de su amiga con la gata en el regazo.

Charlotte condujo con un ojo en el retrovisor, atenta a cualquier coche sospechoso. Nadie les detuvo en el camino al aeropuerto. Con la de colaboradores que tenía Bastet por el mundo era difícil no actuar como un paranoico. Así era más seguro, como le repetía Keitaro.

A la entrada del aeropuerto un hombre de confianza les entregó los pasaportes falsos. El momento de mayor tensión fue cuando revisaron la documentación de Kichi. Alegaron que estaba bajo los efectos de la anestesia tras una operación en los ojos y Nut le hacía de gato lazarillo.

Tras declarar sus papeles en regla, accedieron a la pista donde les esperaba un jet privado.

El piloto y la azafata les dieron la bienvenida al interior del lujoso Cessna. Kichi y Nut se quedaron dormidas al instante de acomodarse en sus asientos. La siamesa estaba exhausta y tirar del hilo mental de Kichi como un marionetista terminó de agotarla.

Wila se sentía como una estrella de rock, su nerviosismo superado por la emoción de la experiencia. Atrás dejaba a los hombres que habían controlado su destino. Era libre.

Tras el despegue, el piloto anunció que el vuelo a Kuala Lumpur duraría seis horas y media.

—¿Malasia? Pensé que íbamos a Francia —dijo Wila.

Charlotte miró hacia atrás para asegurarse de que la azafata no les escuchaba.

—Haremos transbordo en Malasia. Después de borrar nuestro rastro cogeremos un avión para Hawái. Allí tengo una casa disponible. Quedaos el tiempo que haga falta.

—G-gracias… —se le saltaron las lágrimas—. Pensaré qué hacer allí. Me gustaría vender ropa bonita. O diseñarla yo.

—La Banca Dubois ofrece buenas condiciones de crédito. Lo discutiremos.

La azafata les ofreció una botella de champán. Wila, Charlotte y la abuela brindaron por los nuevos comienzos. La francesa apenas se remojó los labios.

—¿No bebes champán siendo de tu país? —le preguntó Wila.

—No me gustan las burbujitas. Este sabe raro, debe ser de los baratos —añadió en voz baja.

—Para mí está delicioso —Wila apuró su copa y se sirvió otra—. Como pronto estaré achispada, es momento para que me cuentes qué ha pasado esta noche. Qué hace Neko Nights con las chicas.

Charlotte comprobó que la azafata no estuviera cerca. Se había retirado a la parte trasera del avión.

—Nut es una gata muy especial. Hay otros que también lo son, pero ella es diferente. En su sangre está la clave para crear esclavos y anfitriones humanos compatibles.

—¿Compatibles con qué?

—Resurrección. Los maestros de los monstruos que has visto esta noche llevan mucho tiempo entre nosotros. Hay unas joyas donde guardan sus conciencias al morir, a la espera de encontrar un anfitrión. Eso es más improbable que la lotería, así que se les ha ocurrido asegurarse una reserva de cuerpos. Antes solo podían entrar en los de los gatos. Las chicas premium de tu club son nekomatas, híbridos.

—Sería más fácil secuestrar a chicas de la calle, que no importan a nadie. No hace falta montar un club.

—Te equivocas. Las nekomatas son las esclavas con las que

engendrar a los futuros anfitriones. Y de paso, tener a un montón de hombres poderosos adorando a Bastet. El club promete una experiencia única para gente que cree haberlo probado todo en la vida. Desde luego, no se les puede acusar de publicidad engañosa.

—Estoy intentando asimilar la idea de que hay hombres que tendrían hijos con esas cosas. En mi trabajo he visto rarezas, pero esto es *hardcore*. ¿Y Kichi? —Señaló a su amiga dormida unos asientos más allá.

—Salvo sus ojos y dientes, el organismo rechazó la transformación. En algún momento despertará. Podría hacerlo como humana…

—O como uno de esos monstruos. ¿Qué harás en ese caso? Dime la verdad.

—Matarla. Si despierta como un ser que pretende convertir a los humanos en ganado, será purgada. No hay otra.

Wila apuró su copa. Desenganchó el amuleto de buena suerte de su bolso y fue con él al asiento de Kichi. Con cuidado de no despertarla se lo pasó por el cuello. Le dio un beso en la frente y volvió al asiento al lado de Charlie.

—Espero que la abuela tenga razón en lo de la buena suerte. Después de lo de hoy, mi umbral de credibilidad está mucho más bajo. ¿Y tú cómo te metiste en esto? Deduzco que tiene que ver con la muerte de tu madre. Y que el hombre que la vengó te dio esa espada.

—Se la he cogido prestada, jeje. Espero que aparte de cabrearse, tío Kei respete mi voluntad de participar en esta causa. No lo hago solo por la adrenalina. Creo que es lo correcto.

—¿Es realmente tu tío?

—Aunque no sea de mi sangre, Keitaro es mi familia. Es un hombre bueno y honorable, de los pocos… —Chalotte la miró con los ojos entornados—. Qué ideaza se me ha ocurrido. ¿Tienes perfil en Picmate?

—Sí. Pero nunca conocí a nadie que mereciera la pena.

—Busca Keitaro, zona de Hawái, 30 a 37 años.

Wila entró en la app. Al momento apareció un japonés entrenando artes marciales con el torso desnudo.

—*Oh… wow.* No esperaba esto.

—Yo le hice el perfil. Las fotos las saqué a escondidas. Ni borracho las habría subido él. Su ex murió hace cuatro años. La mató el mismo monstruo que a mi madre. Desde entonces no ha salido con nadie. Me gustaría que conociese a una buena chica —le puso ojitos a Wila.

—¿Y yo soy una buena chica? —La idea le sacó una sonrisa.

—Él también carga con equipaje no deseado. Tenéis más en común de lo que piensas.

—No sé, Charlie…

—Confía en mí —Pulsó el botón *Like,* riendo entre dientes—.

Solucionado esto, te contaré cómo entré en esta trama. Fue por un tío. Lo que pasó con él me dio el empujón definitivo. Como no quiero hablar durante seis horas, te haré un resumen.

EL GATO ENTRE LAS ROSAS

El primer día de clase en el colegio Des Roches, Charlotte Dubois…

Wila la interrumpió, confusa.

—Espera, espera. ¿Por qué hablas como si no fueras tú? ¿Y qué es ese título?

—Me resulta más fácil contarlo en tercera persona. Es mi estilo. ¿Qué tiene de malo el título?

—No me gusta, suena a poesía cursi.

—Qué quisquillosa. Deja que piense… Ok, la historia empieza así:

Capítulo Veintiséis

APRENDICES DEL BIEN Y DEL MAL

El primer día de clase en el colegio Des Roches, Charlotte Dubois comprendió que su vida había cambiado para siempre. Hasta entonces una parte de su mente había desconectado la muerte de su madre de la realidad, como si el breve paso por el orfanato fuera un paréntesis tras el cual volvería a su infeliz rutina en casa.

La visita del misterioso benefactor de Japón y la herencia millonaria no hicieron sino añadir capas de irrealidad a aquellos tiempos confusos.

A poco de entrar en la adolescencia, ella era muy consciente de lo disfuncional de la relación con su madre, que insistía en comportarse como una hermana mayor. Eso cuando no parecía su hermana pequeña, con sus lamentos y ataques de llanto por los sueños no realizados.

Charlotte no tenía dudas de que compartir genes con el hombre que la usó como un trapo era un estigma por el que le guardaba rencor.

Cuando la conciencia de su muerte finalmente caló en ella, estaba demasiado insensibilizada para llorar su pérdida, pues no se puede perder lo que nunca se ha tenido.

Tío Kei la acompañó en su primer día de colegio. Su viejo Toyota fue el coche más humilde entre todos los aparcados frente al edificio principal. El inmenso campus en medio de la naturaleza parecía salido de una película, con campos de fútbol, piscinas, pistas de aviación y karts. De allí saldrían los hombres y mujeres que tirarían de los hilos. Ella se sentía un poco fuera de lugar, aunque económicamente era uno de ellos.

La mirada despectiva que algunos estudiantes dedicaron a su coche se transformó al apearse Charlotte, una belleza de cabellos dorados como su madre, esbelta y de zancada orgullosa.

Keitaro también se ganó su cuota de atención, con un elegante traje que resaltaba las líneas de su cuerpo de granito. Su mirada y manera de caminar ponían una señal de peligro sobre su cabeza.

Ella saboreó el aura de entrar al campus como la que va con un

tigre de mascota. En esa época aún conocía poco sobre él. Algunas cosas las adivinó sin ayuda, como que hubiera contraído una deuda que le comprometía a cuidar de ella, lo que significaba que la muerte de su madre no fue el accidente que le contaron.

Su tutor respondía con mucha franqueza a la mayoría de preguntas; otras se negaba a contestar. Camino de la escuela le preguntó si alguna vez había matado a alguien. Él respondió con un «sí» carente de emoción, propio del que está acostumbrado a mercadear con la muerte. Fue suficiente para que la mente inquieta de Charlotte hiciera suposiciones.

Su madre se había mezclado con malas compañías. ¿La mafia? Descartaba por completo a tío Kei de la lista de sospechosos por su asesinato. Él tenía el porte de un samurái moderno, y un samurái no asesina mujeres.

Las clases estaban a punto de comenzar. Keitaro le pidió a la tutora del colegio que presentara a Charlotte como una estudiante recién transferida, para ocultar su condición de huérfana.

Después de tres semanas juntos en las que se conocieron mejor y sentaron las bases para su futura relación, tocó la hora de despedirse por un tiempo.

—Aquí tú estar bien, Charlotte-chan —le dijo Keitaro en un mal francés.

—Sí. Parece un sitio muy chulo —respondió ella en japonés. Su buena entonación puso una expresión de sorpresa en el habitual rostro impasible de Keitaro. Charlotte rio—. Creo que nos comunicaremos mejor en tu idioma.

—Si necesitas algo, escríbeme. Mejor un email que mensaje al móvil. No te metas en líos.

Ella asintió y entró en clase. De pronto corrió hacia Keitaro y le dio un abrazo. Tras una breve vacilación, él la correspondió.

—Gracias, tío Kei. Aunque no sepa por qué haces esto por mí, gracias.

Keitaro esperó a que ella entrara en clase. Tras su máscara impenetrable, él se emocionó aquel día. En su poco tiempo juntos ambos se dieron cuenta de que el otro era lo más cercano a una familia que les había quedado en el mundo.

Charlotte se adaptó bien a la nueva rutina. La variedad de actividades en el campus hacía imposible no encontrar compañeros con intereses comunes.

Su madre siempre dio excesiva importancia a los círculos sociales y elegía a sus amigos basándose en si la ayudarían a impulsar su carrera como modelo. Viendo cómo le fue, Charlotte decidió que se juntaría con gente que le hiciera sentir a gusto, sin más pretensiones.

Pese a que todos los alumnos de la escuela se consideraban “élite”,

las dinámicas sociales funcionaban igual que en cualquier otra parte, con una jerarquía de castas a las que se pertenecía por atributos personales y familiares.

En cuanto a Charlotte, su físico, su carácter audaz y el sobresalir en deportes de riesgo le ganó muchos puntos de popularidad, pese a que algunos trataron de explotar el punto débil de ser huérfana.

Antes de las vacaciones de navidad se enfrentó a su primera crisis, personificada en Laerke Nielssen, una danesa de casi dos metros y manos de ogro. La hostilidad entre ambas surgió al disputarse el uso de la pista de voleibol. El equipo de Laerke se había pasado de hora y se negaba a marcharse. Charlotte fue la única que le plantó cara. El miedo de sus compañeras de clase era irracional, porque el código disciplinario de la escuela castigaba duramente las agresiones físicas entre alumnos. La gigante ladró un poco para intimidarlas, pero ella no se achantó.

La mirada de odio que le lanzó Laerke al abandonar el campo vaticinaba que su rivalidad iba para largo.

El siguiente asalto no se hizo esperar. Un par de días después, mientras daba unas vueltas en el circuito de karts, Laerke la desafío a una carrera. Una estupidez por su parte, porque Charlotte se había probado como una excelente conductora; con apenas unas clases superaba a los chicos de cursos superiores. El suyo era un talento innato.

La danesa resultó ser también muy buena y hasta la última vuelta mantuvo unos metros de ventaja sobre ella. Charlotte se defendía mejor en las curvas y tras un giro muy cerrado la adelantó pegando las ruedas con las de su coche, en una maniobra que casi provoca un accidente. Ese temerario adelantamiento, capturado por un montón de cámaras, sería la foto del día en el periódico del colegio. El morro del vehículo de Charlotte atravesó una décima antes la línea de meta.

La perdedora le ofreció la mano. Al aceptarla, se la apretó hasta estrujarle los dedos. Charlotte soportó el dolor y le sostuvo la mirada con la serenidad de quien se cree muy superior.

Como cada fin de semana, escribía un largo correo para tío Kei, que rara vez contestaba en el momento a sus llamadas y mensajes al móvil. Su trabajo alrededor del mundo requería estar despierto a horas diferentes a las suyas. Solo debía llamarle en caso de urgencia. A la pregunta de cuál era su oficio su respuesta siempre era la misma: «No son asuntos que interesan a una niña. Cuando crezcas te contaré».

Le narró con orgullo cómo se impuso a la chulita danesa. No una, sino dos veces. Escribió sobre los exámenes y sobre los nuevos amigos. La excelente comida, mucho mejor que la de casa. Era afortunada por estar en un colegio tan bueno y se lo agradecía de corazón.

Keitaro le propuso ir con él a Japón para el fin de año. Aceptó sin

pensarlo.

Como quería impresionarle, mejoró en su japonés —había compañeros nativos con los que practicar el intercambio de idiomas— y se apuntó al grupo de kendo del maestro Lagarde, un hombre maduro en excelente forma física que además de machacarles en el gimnasio les aleccionaba sobre las apasionantes épocas de los *ronin* en el Japón feudal. En su tono evocador traslucía que le hubiera gustado ser uno de esos espadachines ambulantes que participaban en duelos.

Aunque las artes marciales nunca le llamaron, en seguida le cautivó la violenta elegancia de la esgrima practicada con los *shinai*, los sables de bambú con los que luchaban los kendokas. El chasquido del choque de sables y de los golpes contra las armaduras le hacían apretar los puños inconscientemente.

La primera vez que se embutió en el uniforme, Charlotte se sintió invencible. El *do-gi* era una complicada indumentaria que consistía en una gruesa chaqueta de algodón pesado y una falda de siete pliegues que representan las siete virtudes del kendo. Por encima se colocaba el *bogu*, la armadura compuesta de una máscara de metal y protectores corporales de algodón y cuero. Le fascinaron los guantes, unas manoplas reforzadas que guiarían el arma a través de las defensas de su enemigo.

Qué bonito hubiera sido estrenarse con un combate contra Laerke y humillarla por tercera vez. En su lugar, le tocó medirse a otra chula de su grupo, unos años mayor. El maestro Lagarde solía mezclar a estudiantes de edad, sexo y tamaño distintos, porque «en el camino de la espada solo la destreza te hace avanzar».

Aquel día Charlotte recibió una buena paliza. Pese a las protecciones, la fuerza con la que su oponente la golpeó le dejaron hematomas por el cuerpo. Sin embargo, más le dolieron las estúpidas risitas de las chicas a las que ganaba en las carreras de karts, satisfechas de que esa vez fuera ella la derrotada.

Captando la situación, el maestro Lagarde la felicitó públicamente por el coraje mostrado ante una rival más grande y fuerte. «Con esa actitud llegará lejos», le dijo. Charlotte se prometió que antes de que acabara el curso no tendría rival.

Llegó la navidad y por fin las vacaciones. Su primer viaje a Tokio fue inolvidable. Forzó los límites de la paciencia de Keitaro tirando de él de un lado para otro, de las tiendas a los cafés de gatos. Al visitar la zona de Shibuya lamentó no disponer libremente de su fortuna, aunque mejor pensado, así evitaba el riesgo de dilapidarla en un fin de semana. En todas las tiendas encontraba cosas que quería comprar.

Se alojaron en la hacienda familiar, lejos del centro. En ella había una habitación con dos urnas de cenizas. Imitando a su anfitrión, Charlotte se sentó de rodillas en el suelo e inclinó la cabeza en un

respetuoso silencio.

—En la urna de la izquierda reposan los restos de mi tío Isamu, el hombre más honorable que haya conocido; en la derecha, las cenizas de un compatriota tuyo, de nombre Jean-Pierre. Era amigo de tu madre. A él debes tu fortuna.

—No recuerdo a nadie por ese nombre, aunque ella tenía muchos *amigos*. Demasiados. ¿Por qué regalarle el dinero a una niña desconocida?

—Él se sentía culpable por la muerte de tu madre.

—Los de servicios sociales me dijeron que murió en un accidente. Un cabrón se saltó un paso de cebra, la atropelló y se dio a la fuga. ¿Fue él?

—No. Su implicación fue indirecta. Digamos que él conocía a quien realmente lo hizo.

Charlotte lo pensó por un rato. No terminaba de visualizarlo, le faltaban piezas en el rompecabezas.

—Lo comprendería mejor si no me trataras como una niña pequeña a la que se le ocultan los detalles morbosos.

Tras un momento de reflexión, Keitaro se levantó y la condujo a una sala vacía con el suelo cubierto por un tatami. Los ojos de Charlotte se fueron de inmediato a las dos katanas sobre soportes en la pared. Hizo ademán de tocar la preciosa vaina de plata, pero detuvo la mano. Él le animó a cogerla.

Con mucho mimo la retiró del soporte y la acarició con las yemas de los dedos. Lentamente desnudó la hoja azul hasta exponerla por completo. Agarró la empuñadura con ambas manos en una pose *cool*.

—¡Dame algo que pueda cortar, tío Kei!

—Necesitas mucho adiestramiento para blandir una de estas.

—Pues yo quiero una. Y tú tienes dos. Es taaan injusto —dijo ella con una sonrisa traviesa.

—Los Dedos de Luna no son juguetes, Charlotte-chan. Estas espadas han permanecido con el clan Kato durante generaciones.

—Pero ahora yo también soy una Kato, ¿verdad? Así que, quizá un día…

—No. Una muchacha como tú no necesita un instrumento para causar la muerte.

—Oh… me hacía ilusión como regalo de navidad. Me las enseñas para ponerme los dientes largos —Charlotte hizo un puchero.

—Te las enseño para concederte un deseo. —Keitaro desenvainó la otra katana. Su hoja estaba manchada.

—¿Eso… eso es sangre? —jadeó Charlotte señalando la sangre ennegrecida.

Él asintió.

—La sangre que ves pertenece al asesino de tu madre.

—Tú le mataste con esta espada.

—Yo y el hombre que te legó su fortuna. Él murió a manos del asesino.

—Quiero saber cómo lo hicisteis. Lo merezco. Ya no soy una niña.

—Mañana.

Vestidos en kimonos ceremoniales, pasada la medianoche subieron las escaleras al templo de Hie. Charlotte llevaba la katana en brazos, empapándose de la atmósfera ominosa del lugar, desierto a excepción de ellos. Keitaro se detuvo junto a la entrada y le señaló una zona del suelo.

—Aquí ocurrió. La muerte del infame Mirrael. Y la de Jean-Pierre Lafontaine, en su último acto de valor.

—Mirrael… qué nombre más raro. Ojalá exista un infierno para que allí se pudra.

—Desenvaina la espada y mantenla alzada. Que la luna contemple la sangre en ella y nos revele si la presencia maligna de quien la derramó aún mancilla este santuario.

Charlotte la sostuvo por encima de la cabeza con gesto solemne.

—¿Recito unos haikus? —preguntó ella.

—La hoja no brilla. El Dedo de Luna no encuentra a nadie a quien señalar. Purifica su acero. —Señaló una fuente cercana.

Con agua corriente y una esponja, Charlotte frotó la hoja hasta reflejarse en ella. Sostener el arma que había segado la vida del asesino le provocó una descarga de placer.

—Aún hay cosas que no entiendo. ¿Ese hombre mató a mi madre por accidente o por un asunto personal?

—Él destruyó muchas vidas. Lo de tu madre fue mala suerte.

—¿Era poderoso? Le venciste con ayuda, y eso que tú peleas muy bien.

—Quién dice que peleo bien.

—Esta katana es el arma de un guerrero.

—Siempre tuve talento para la violencia. La diferencia entre el Keitaro del presente y el del pasado es que hoy no tengo duda de hacer lo correcto. La gente con quien trabajo lucha por un mundo mejor.

—¿Formas parte de una organización secreta? ¡Qué flipe! ¡Quiero saberlo todo! Te prometo que no diré nada, tío Kei.

—Charlotte-chan, no te cuento esto para que admires lo que hago, sino para que tus pasos nunca te guíen por el mismo camino.

—¿Y los malos conocen tu identidad? ¿Saben quién soy? No es que sea una cobardica, pero…

—Tengo colaboradores que borran mis huellas. Además, nuestros enemigos también necesitan ser discretos. Yo nunca haría nada que te

pusiera en peligro.

—Tío Kei, me sentiría más segura si tú… —Ella fingió que dudaba. Le estaba costando un esfuerzo sobrehumano contener el ansia por expresar su deseo.

—Dime qué puedo hacer por ti.

—Me sentiría más segura si me enseñaras a luchar.

Capítulo Veintisiete

Wila se estiró en el asiento con un bostezo.

—¿Te aburre mi historia? —preguntó Charlie.

—Lo siento, de pronto me ha dado el bajón. Por favor, sáltate la parte del entrenamiento. Ve directa a por qué te dedicas a matar monstruos en vez de a ser una chica normal que disfruta de su fortuna. Cuando dices que fue por un tío supongo que te refieres a tío Kei.

—No. La verdad es que no —murmuró ella. El rostro se le crispó—. Perdona… mierda, ha pasado tiempo y aún...

—Amiga, si es doloroso para ti, no me lo cuentes.

—Necesito soltarlo, es mi terapia. Nuestra querida protagonista ya tiene dieciséis años y nadie le vacila en el colegio. O, mejor dicho, *casi* nadie.

El sensei Lagarde les daba una charla sobre las siete virtudes del kendo, representadas por los pliegues de la falda del uniforme: valor, integridad, cortesía, honestidad, lealtad, honor. Les instruía con una solemnidad que algunos estudiantes consideraban exagerado, como si representara un personaje.

Charlotte no compartía esa opinión. De Keitaro había aprendido que dominar cuerpo y mente no era ninguna broma, y el maestro Lagarde era el mejor ejemplo. En el curso anterior sufrió un accidente que le tuvo en silla de ruedas casi un año. Los médicos le pronosticaron que quizá no volvería a andar. Su recuperación fue milagrosa. Desoyendo las advertencias sobre hacer esfuerzo físico, regresó al tatami en plena forma, como si nada hubiera ocurrido.

Hubo murmullos de admiración entre los alumnos cuando Lagarde ilustró sus explicaciones con ágiles movimientos del shinai. En una simulación de combate contra dos oponentes, les desarmó con una certera cadena de golpes en las partes desprotegidas de los brazos, forzándoles a soltar sus armas.

Los pupilos le dedicaron un aplauso.

—En combate real, una ventaja de dos contra uno es definitiva. Solo en las películas o con una gran diferencia de destreza se sale victorioso de esa situación. Para ilustraros sobre a qué me refiero por destreza, nadie mejor que la señorita Charlotte Dubois.

Ella entró al tatami y saludó con una inclinación al maestro y al público. Tras ponerse las máscaras, los sables cobraron vida. Pese a no poseer la técnica de Keitaro, Lagarde lo compensaba con reflejos prodigiosos, deteniendo todas sus estocadas. Charlotte desviaba el sable del maestro con posturas que le permitían pasar al contraataque en un movimiento fluido que hubiera desarmado a cualquier otro.

Durante minutos el único sonido en la sala fue el del choque de bambú contra bambú con la frenética cadencia de un escritor que tecleara con furia en una antigua máquina de escribir. Los golpes fueron cada vez más contundentes. Los músculos de Charlotte se habían fortalecido con los años, y su arma no temblaba al recibir los impactos.

Le atrajo a un extremo del tatami y cuando parecía que él la tenía vencida, ella repelió el sable con todas sus fuerzas, haciéndole perder el equilibro lo justo para apoyar el pie fuera del área de combate.

Se quitaron las máscaras y se saludaron con una inclinación. Lagarde habló para la clase.

—Aunque no lo aconsejo por ser una técnica para expertos, la señorita Dubois nos ha mostrado cómo una buena defensa también gana combates. Excelente trabajo, *kenshi* —dijo Lagarde.

Complacida por sus palabras, Charlotte se desprendió de la armadura y fue camino del vestuario. Antes pasó por el rocódromo, donde Nahuel Copinqui, un estudiante mexicano de último curso, se exhibía escalando a manos desnudas por el recorrido más difícil. Le había salido competencia por quién era el alumno más popular de Des Roches. Sin retirar la vista de la pared él habló en voz alta.

—¡Charlie! Qué bueno tenerte entre mi público.

—Pasaba por aquí y me detuve por si hoy es el día en que te rompes la crisma.

Él rio con ganas.

—No temas, mi amor. No caeré. Y si lo hago, me romperé una pierna no más.

—Si caes, te daré una patada en la cabeza antes de que toques el suelo.

—¡No te oí, corazón! Tendrás que subir para decírmelo. O esperar que yo baje.

Charlotte resopló y se dirigió a la pared. Se puso magnesio en las manos y repasó en un momento el recorrido más accesible para ella. Nahuel se había detenido colgado de un saliente con una sola mano. Su sonrisa fanfarrona la desafiaba a subir. Ascendió por la pared con mucho tiento hasta un punto cercano a su posición.

—Mereces una buena bronca —dijo Charlotte.

—¿Cómo la he ofendido, *señorita*?

—Me refiero a Jeanette. La dejaste muy chafada. Jugaste con sus

sentimientos.

—Ella se tiró en mis brazos esa noche. Lamento que lo malinterpretara. Por cierto, después de la fiesta no hicimos nada. Los rumores son falsos.

—Te vieron salir del dormitorio.

—*NO* hicimos nada. Mírame a los ojos y dime si miento.

Ella se impulsó a un nivel superior, a escasos metros del mexicano, que asentía impresionado. Miró a lo más profundo de sus ojos grises. Ella sintió su cuerpo acalorarse.

—¿Entonces Jeanette y tú no… ?

—No es por tu amiga que estás *brava*. ¿Me equivoco? —preguntó Nahuel en voz baja.

Charlotte hizo el gesto de dar una guantada en el aire y cuando quiso engancharse a la pared, resbaló del saliente. Con horror comprendió que iba a caer. La mano de Nahuel se disparó atrapando su muñeca. Ella recuperó el equilibrio y afianzó su posición contra la pared. Pasado el susto, los dos bajaron en paralelo.

—Me confié, joder. —Charlotte dio una palmada de rabia—. Gracias por echarme una mano. Podríamos habernos roto algo.

—Así hubiéramos compartido habitación en el hospital. Nuestra primera cita —le dedicó una seductora sonrisa con dientes muy blancos.

—Eres un idiota. —Le dio un suave puñetazo en el hombro. El contacto físico le salió espontáneo. Como cuando él la agarró de la mano, un calambre le recorrió el cuerpo.

No se tomaba en serio las palabras de Nahuel, que desde que llegó a la escuela en ese curso se probó un conquistador profesional. Su amiga Jeanette fue la última de una larga lista en caer.

Durante el primer trimestre Charlotte se autoconvenció de que no le interesaba el moreno de ojos grises con físico de protagonista de culebrón. Quizá hubiera sido cierto si sus únicos encantos fueran la belleza y que su familia tuviera dinero para enterrarlos a todos.

Lo que conquistó a Charlotte fue su carácter gamberro aderezado con una mezcla de dulzura romántica y humor ácido. Aunque estuviera destinado a heredar el imperio empresarial de la familia, no era estirado ni arrogante, al menos no más que cualquier adolescente que hubiera nacido en la cima del mundo.

Aunque le costara admitirlo, le ardieron las tripas al ver a su compañera de dormitorio darse el pico con él. La voluntad de no repetir los errores de su madre la había traicionado. Echaba de menos no tener un adulto con quien hablar de sus sentimientos. Tío Kei era su guía para muchas cosas, pero para asuntos del corazón él era más negado que ella.

Chicos aparte, su vida en la escuela estaba llena de emociones.

Artes marciales, carreras de karts, fiestas… no había horas para tantas actividades.

Con Keitaro tampoco se aburría. Él la entrenó para defenderse de cualquier peligro, con armas o sin ellas. La espada se convirtió en una extensión de su brazo, y llegó al punto en que repelía las estocadas de su maestro sin siquiera mirar el arma.

Un año atrás, cumplidos los quince, Keitaro le reveló la verdad de su misión y de los seres que exterminaba. Ocurrió durante su segunda visita a Tokio. No fue una confesión voluntaria, sino la consecuencia de un despiste por parte de Charlotte, que pinchó en un email de *spam* que mencionaba las katanas. El enlace introdujo un rastreador en su teléfono.

Una tarde en que volvían de compras les cortaron el paso en un callejón dos hombres que ella tomó por carteristas de poca monta. Inmediatamente se abalanzaron contra Keitaro con ojos brillantes y uñas demasiado largas, brincando como animales.

Él destrozó la rodilla de uno con una patada mientras el segundo le hostigaba con arañazos en la espalda. Al verle en peligro, Charlotte abandonó su parálisis y le dobló la otra rodilla al herido, que se desplomó con ambas piernas inutilizadas.

Con una llave de judo Keitaro rompió el cuello de su oponente. De la manga de la chaqueta extrajo una larga aguja que hubiera pasado por una de coser salvo por la punta de acero oscuro. Con ella pinchó el cuello roto del muerto y el del que se arrastraba por el suelo.

Charlotte acababa de ser testigo de cómo dos hombres eran asesinados y rematados con una aguja de acero. Los cuerpos se momificaron ante sus ojos, haciéndose cenizas dentro de la ropa. Abandonaron el lugar a paso ligero y no hablaron hasta llegar a casa.

Keitaro sacó la botella de sake y sirvió dos vasos. Charlotte bebió el suyo de un trago y encendió un cigarrillo, ignorando la mirada desaprobatoria de él.

—No me creo que vaya a preguntar esto: ¿Eres un cazavampiros?

—No son vampiros, sino gatos. Nekomatas.

—Los gatos son animales peludos muy monos, no yonkis mutantes.

—Los del callejón eran híbridos de bajo nivel. Se les mata sin armas especiales. La aguja es para asegurarme de que no regresan a la vida. Su punta es del mismo acero que las katanas.

—¿El asesino de mi madre era uno de ellos?

—Uno de los originales, muy poderoso. Aunque esté muerto, tiene colaboradores. Yo les doy caza. Mi equipo los rastrea y borran mis huellas para que no me localicen.

Charlotte se sirvió otro sake y se quedó pensativa.

—Tío Kei, en tu equipo hay un pequeño problema de división de tareas. Te han dejado el marrón de enfrentarte tú solo a esos

monstruos. Necesitas un ayudante. Como tienes dos espadas…

—*NO*.

—Si no he dicho nada todavía…

—Charlotte-chan, tú y yo hemos perdido a personas queridas a manos de esos seres. Eres una muchacha con grandes cualidades. Cuando seas mayor de edad tendrás el dinero y la vida que desees. Por tu seguridad, lo mejor para ti sería que no nos viéramos más…

—*¡¿Qué?!* ¡Y una mierda! ¡Deja de tratarme como una niña!

—No lo hago. Te considero mi familia. No quiero llorar más pérdidas.

—Si tienes valor para luchar contra monstruos, también deberías tenerlo para afrontar el riesgo de perderme. Buenas noches. — Charlotte aplastó la colilla dentro del vaso y se marchó al dormitorio hecha una furia.

Por la mañana Charlotte practicaba en el patio trasero de la casa pegando con fuerza al sparring con pies y manos desnudas. El suelo estaba resbaladizo por el sudor y las manos le ardían por la fuerza desmedida con la que agredía al muñeco, en el que dejó una marca de sangre.

Keitaro apareció a su lado con un paño húmedo y le cubrió los nudillos. Ella no se dignó a mirarle mientras le limpiaba la herida.

—Los de ayer me buscaban a mí. Quieren mis espadas. Ellos no saben que existes y es mejor así. Hemos tenido suerte de que no te rastrearan estando en Francia.

—Comprendo que intentes protegerme, pero quieras o no, estoy metida en esto incluso desde antes de conocerte. Si te pasara algo malo siempre me preguntaré si pude haberlo evitado.

Keitaro la miró de arriba abajo, sudorosa por el extenuante ejercicio y las manos magulladas.

—De acuerdo. Cuando cumplas los dieciocho elegirás si te unes a nosotros.

—¿Y hasta entonces?

—Mantendrás los ojos abiertos. Te enseñaré los glifos de los seguidores de Bastet, por si los reconoces por ahí. Serás mi agente encubierto, una espía.

—Eres un cachondo, tío Kei. En un internado poco voy a espiar.

—No asumas nada. Ellos están por todas partes.

Y qué razón tenía.

Por un año jugó a detective, atenta a cualquier rastro de los seguidores de Bastet. Se divertía imaginando que algunos de sus profesores podría ser uno de ellos. La señorita Blanchard, la arpía instructora de aviación, era su candidata favorita. Puesto que no encontró nada, el agobio por los exámenes le apartó de la cabeza la

cruzada contra seres sobrenaturales.

El poco tiempo libre lo dedicaba a machacarse el cuerpo. Puesto que en el colegio no tendría una katana para defenderse, acudió sin falta a todas las clases de artes marciales. Su amiga Jeanette comenzó a tratarla como una friki a la que el maestro Lagarde había comido el coco.

Después del último examen, con la mente embotada y los músculos llenos de agujetas, le apetecía relajarse en el circuito de karts. Cuando no pisaba a fondo, conducir la sumía en un placentero estado de trance.

Su ánimo de un paseo tranquilo se evaporó al adelantarle otro kart a toda velocidad. Picada, en dos vueltas adelantó al iluso que pretendía conducir más rápido que ella. Al cruzar la meta se quitó el casco y le dedicó una de sus encantadoras sonrisas.

—Tu reputación está bien ganada —dijo Nahuel.

—Y la tuya. Algún día me dirás cuál es tu secreto.

—¿A qué te refieres?

—He visto el ranking de las clases de aviación. Le sacas un montón de puntos al segundo. O eres un piloto excelente o te has ligado a la profe.

—¿Y por qué no las dos? La señorita Blanchard es muy atractiva.

—¿Señorita? Esa rancia tiene más años que la pared.

—Se dice que no le gustó mucho una de tus maniobras suicidas. Deberíais poneros de acuerdo en el concepto de vuelo seguro.

—Estamos de acuerdo en odiarnos mutuamente.

—Viendo cómo conduces diría que deberías ajustar un poco tu estilo. He estado pensando… qué tal si me acompañas mañana a una pequeña excursión fuera del campus.

—¿Me estás pidiendo salir? ¿En plan cita?

Él se encogió de hombros.

—Tú misma. Me gustaría conocerte fuera de este entorno. Tengo una sorpresa para ti. Seguro que te gusta, pero tendremos que madrugar.

—No me gusta madrugar un sábado. Me pone de mala leche.

—Si te decepciona, descarga tu ira sobre mí como te plazca.

—Para eso no necesito tu permiso. De acuerdo, mañana a las ocho.

Esperaba que su compañera de cuarto le reprochara salir con él —mucho peor hubiera sido ocultarlo y que se enterase después—. Pero afortunadamente Jeanette había cambiado de objetivo, aunque sí lamentó que los más populares de la escuela siempre acabaran juntos, prolongando el status quo.

Charlotte luchó contra sus propios sentimientos, rebajando las expectativas sobre la cita. Por la cabeza no le pasaba ser una más en la lista de conquistas de Nahuel. Por eso ni siquiera se arregló para una

ocasión especial y se puso la ropa más hippie de su armario: vaqueros raídos, botas todoterreno, guantes de lana con los dedos cortados y una boina. La única concesión fue echarse en el cuello unas gotas de su perfume favorito, algo que un hombre difícilmente apreciaría.

A las ocho en punto se presentó para recogerles un Audi con las lunas tintadas. Lo conducía el chófer de Nahuel, que les abrió la puerta trasera. Cuando los dos jóvenes se acomodaron en el asiento, el coche arrancó veloz. Charlotte le dirigió una mirada burlona a Nahuel. Su pequeño gesto de ostentación no la impresionaba. Él levantó las manos a la defensiva.

—No me lo reproches. Todavía no tengo edad para conducir.

—Sería más divertido que te apañaras un carnet falso. Eso me habría impresionado. Un poco.

—Suena al tipo de cosa que harías tú —dijo riéndose por la idea— Mmm… ¿Qué es ese olor? —Nahuel olfateó el aire a un palmo de ella —. Tomillo, mandarina de Calabria, lirio, palisandro… apostaría a que es *Ángel o Demonio*, de Givenchy.

Charlotte levantó mucho las cejas.

—Estoy casi impresionada. ¿Quién lo usa? No me digas que una ex.

—La secretaria de mi padre. Lo he olido por casa en lugares donde no debería.

—Menudo cerdo. *Ups*, lo siento —Charlotte miró el inexpresivo rostro del chófer en el retrovisor.

—No te preocupes. García no nos oye, ¿cierto?

—Así es, señorito Nahuel —dijo el conductor sin volverse.

—Cambiemos de tema. ¿Dónde está la sorpresa? Vamos en dirección París.

—Exacto.

Pasaron las dos horas de viaje intercambiando anécdotas de sus respectivas vidas. La de Nahuel era la del único hijo de un magnate del petróleo con tiempo únicamente para los negocios y sus muchas amantes, que trataba a la familia como un elemento decorativo más.

Como todo rey necesita un príncipe, Nahuel estaba siendo preparado para heredar el trono en un futuro aún lejano. Solo cuando aceptara un puesto en la directiva de la corporación adoptaría el apellido Mendoza.

Charlotte se cuidó mucho de ofrecer detalles comprometedores. Puesto que en la escuela era de conocimiento público que ella no tenía padres y estaba al cargo de un tutor japonés, había inventado una historia para él y su fortuna, mezclando un poco de verdad con grandes dosis de fantasía.

—Mi madre había firmado con una productora de cine asiático para convertirla en una estrella en Japón. Al final le rompieron el contrato para darle el papel a una nativa. Poco después se produjo su

muerte. El director entendió que los estudios se habían portado de modo poco honorable y para compensarlo pidió mi tutela legal pagando todos mis gastos hasta que acabe la universidad.

—Es muy generoso de su parte. Una historia increíble —respondió Nahuel.

Si esta te parece increíble…, estuvo a punto de soltar Charlotte.

—Mi relación con mi madre nunca fue gran cosa, pero la echo de menos. No hay dinero que compense el haberla perdido.

Nahuel se quedó mirando fuera de la ventanilla en silencio. Después hizo indicaciones al conductor.

—Una pequeña parada. Me apetece algo dulce —señaló a Charlotte una coqueta cafetería a un lado de la carretera.

—¿Ahora? Casi hemos llegado a París.

—También quiero ir al baño —dijo, apurado.

Mientras él iba al aseo, Charlotte fumaba un cigarrillo fuera del local. Le sorprendía lo mucho que estaban congeniando. De momento la escapada de fin de semana no iba mal.

Él le hizo indicaciones para que entrara. Había pedido un par de cafés y unas rosquillas de chocolate de aspecto delicioso.

—Están buenas. Deberíamos pillar para después —dijo ella.

—Hemos parado porque deseo contarte algo a solas. Aunque García es discreto, no me siento cómodo hablando de ciertos temas en su presencia. Tienes razón en que no hay dinero que pague por una familia. Pensarás que soy afortunado por ser "de la nobleza". Lo cierto es que lo cambiaría por estar con mis padres verdaderos.

—¿Tus padres verdaderos?

—Copinqui es el apellido de mi madre biológica. Yo fui adoptado. Augusto Mendoza quería un hijo varón a toda costa, así que me compró de una mujer desesperada a la que obligó a guardar silencio.

—Dios mío…

—Hace dos años supe la verdad. Busqué en secreto a mis auténticos padres por todo el país.

—¿Diste con ellos?

—Sí. Fueron asesinados por una banda. Les acuchillaron como a cerdos. Un día más en Ciudad de México.

—Lo siento muchísimo. Mi madre fue atropellada por un conductor que se dio a la fuga. La policía no le atrapó.

—Por un tiempo sospeché que mi padrastro les mandó matar por temor a un chantaje. Él es un hombre terrible, sin escrúpulos.

—Debe ser difícil compartir techo con quien crees responsable de algo así.

—Sí. Venir a Europa ha sido terapéutico para mí. Me ha hecho ver las cosas desde otra perspectiva. Eres la primera persona a la que le cuento esto.

—Nahuel… me siento halagada. Gracias por tu confianza. —Ella le cogió la mano.

—Por tu experiencia, pensé que tú me comprenderías. Contéstame con sinceridad: si conocieras la identidad de quien mató a tu madre, ¿te vengarías de él?

Charlotte sintió que pisaba terreno resbaladizo. El monstruo que mató a su madre había sido cortado en pedazos por las katanas de Keitaro. Disfrutó el relato de su venganza. Hubiera deseado ser ella quien lo hiciera, pero no quería que Nahuel conociera esa faceta de ella.

—Es difícil contestar a eso aquí sentada, comiendo una rosquilla. La venganza es algo personal. No puedo decirte si mataría a alguien a quien nunca he mirado a la cara.

Él ponderó sus palabras.

—Va a tener razón el maestro Lagarde con lo de que hay sabiduría oriental en ti.

—¿Le conoces? No te he visto en clases de kendo.

—Lo habré oído por ahí. Voy a pagar la cuenta.

Salieron juntos de la cafetería con ella enganchada a su brazo.

—¿Y qué harías tú? Con los asesinos de tus padres —preguntó Charlotte en voz baja.

—Algún día ellos pagarán por lo que hicieron. —Le abrió galantemente la puerta del coche y subió tras ella—. García, ponga rumbo al aeropuerto Charles de Gaulle.

—¿Aeropuerto? ¿La sorpresa es un viaje?

—No. Vamos a asegurarnos de que la señora Blanchard cambie de opinión sobre ti.

Por dentro el Cessna era aún más espectacular que desde fuera. En los asientos de cabina Charlotte no perdió detalle de cada botón que apretaba el piloto, que les explicaba la función de los mandos mucho mejor que su maestra.

Al ascender por encima de las nubes, dejó el asiento y se quitó la gorra de capitán. Nahuel se la cedió a Charlotte.

—Tu turno. La clase de hoy no es teórica.

—¿Has perdido la cabeza? No voy a sentarme en esa silla.

—Entonces volaremos en línea recta hasta quedarnos sin combustible.

—¡Capitán, dígale algo! —gritó Charlotte al piloto, que se encogió de hombros.

—El avión es de mi padre y este caballero va a cobrar un plus de peligrosidad. Nuestras vidas están en tus manos, corazón.

Charlotte se puso la gorra y tomó los mandos. Decir que estaba nerviosa era quedarse muy corto.

—¿A dónde?

—Quiero ver nuestra escuela desde el cielo. Llama a torre de control y pregunta si está despejado hasta Normandía.

Charlotte se identificó y templando su voz lo mejor que pudo pidió permiso para el cambio de rumbo. Tras recibir autorización, viró la nave. Nahuel y el piloto parecían tranquilos, como si ella no fuera una novata que se hubiera estrellado un montón de veces en el simulador.

Descendió el avión a una altura desde la que la escuela se hizo visible. Nahuel la grababa en vídeo, retransmitiendo en directo para sus seguidores. Ella estaba demasiado concentrada, su foco puesto en mantener la estabilidad de la nave.

Tras un rato empezó a pillarle el truco y sobrevolaron la región. Como las primeras veces en que condujo un kart, ella descubrió que la mejor manera de luchar contra los nervios era imaginarse desde fuera viéndose como una espectadora en una obra de teatro.

Una hora más tarde regresaron a París y pidió permiso para aterrizar. Al asignarles una pista, hizo ademán de levantarse del asiento, pero Nahuel le puso las manos sobre los hombros y negó con la cabeza.

—No pensarás irte antes de que acabe la peli.

—Nahuel, aterrizar se me da fatal. Soy demasiado brusca. ¡Estoy acojonada!

—No temas, corazón. Juntos bajaremos este pájaro.

Su presencia en la silla de copiloto surtió el efecto de suavizar su manejo de los mandos, haciendo el descenso mucho más breve que cuando volaba de pasajera. Con todos los sentidos en alinear la nave con la pista de aterrizaje, no hubo espacio para el miedo. El momento de mayor tensión fue al impacto del tren de aterrizaje contra la pista en el que los dos saltaron en los asientos. Cuando el avión se hubo detenido, él le pasó un pañuelo por la frente perlada de sudor y le sacó una foto.

Bajó la escalerilla con la gorra de piloto aún puesta y piernas que apenas la sostenían.

—¿Y bien? —preguntó Nahuel—. ¿Te gustó la sorpresa?

Hubiera respondido con alguna vacilada, pero no fue capaz de otra reacción que agarrarle por la camisa y chocar violentamente sus labios con los suyos.

Pasaron el resto del día de paseo por París. Ella le llevó a su restaurante favorito de comida local y de compras por sitios de ropa alternativa, nada de marcas caras.

Pese a que él no lo sugiriese, sobrevolaba la idea de pasar la noche juntos en un hotel y regresar el domingo. Cuántos fines de semana su madre la había dejado a dormir en casa de una amiga por sus escapadas románticas. El cuerpo le pedía hacerlo, pero Charlotte lo

haría bajo sus condiciones y estando segura de tener la cabeza en su sitio. Bajo el hechizo de haber pilotado un jet no iba a tomar esa decisión.

En el camino de vuelta ella se acurrucó al lado de él, que jugueteaba con su pelo en silencio. Sentía una punzada culpable por mentirle sobre su madre. Pidió parar en un bar de carretera para cenar. El chófer se quedó en el vehículo mientras ellos engullían la carne más grasienta de la región, lamiéndose como animales los dedos pringosos. Ella se puso seria.

—Antes no fui sincera. El asesino de mi madre está muerto. Y si aún viviera, querría matarle yo misma, hundirle mi espada en las entrañas.

—Eso es brutal, Charlie… ¡Me encanta! ¿Sabes cómo ocurrió? —preguntó en voz baja.

—Justo así: alguien le clavó una espada a ese cabrón.

Nahuel iba a reír, pero se detuvo al darse cuenta de que ella hablaba en serio. Chasqueó los dedos.

—Acabo de tener una revelación: eres la mejor de la escuela en kendo; una fuera de serie, según Lagarde. Alguien más te ha enseñado a manejar el sable. ¿Y si ese misterioso tutor oriental…?

Ella le puso un dedo manchado en los labios y negó con la cabeza. Ni una palabra más sobre el asunto. Él sonrió y le dio un beso en la punta del dedo. Después, se lo mordió suavemente, sacándole una risita.

De vuelta en el campus, se despidieron con un largo beso en los labios y cada uno tiró para su dormitorio.

Las emociones del día la habían energizado y le costaba pegar los ojos. Echó mano del teléfono para mensajear a Nahuel. No estaba conectado. Saltó de la cama y anduvo por los pasillos desiertos camino del gimnasio. Puesto que tenía insomnio, un poco de ejercicio no le robaría el sueño.

Oyó ruido a través de la puerta entornada. El desplazamiento de aire producido por el sable de bambú antes de chocar contra el sparring. El maestro Lagarde entrenaba tarde, algo frecuente desde que se recuperó de su lesión en la columna.

En vez de abrir la puerta y saludar, Charlotte espió por la rendija. Una luz tenue iluminaba el tatami, donde Lagarde daba estocadas al aire, únicamente vestido con un pantalón de chándal.

Su torso desnudo le causó una conmoción. No por sus músculos; pues los de Keitaro eran mucho más fuertes. Fueron sus tatuajes en la espalda, dos esquemáticas garras cruzadas bajo el contorno de una cabeza con orejas picudas. Conocía ese símbolo, lo había visto por primera vez hacía un año. Tío Kei le había hecho memorizarlo junto a los otros glifos de los nueve.

Era la marca de Shura.

Capítulo Veintiocho

Un colaborador de Shura. Su respetado maestro de kendo era un agente del monstruo Shura. El pensamiento la abrumaba.

Regresó de puntillas al dormitorio y echó la llave, lamentando que Jeanette pasara el fin de semana con su nuevo chico. Bajo la almohada escondió una de las alargadas agujas que le dio Keitaro. El contacto de ese metal con la sangre destruía la esencia felina en los organismos de los híbridos. A uno plenamente desarrollado no le haría más que cosquillas.

Con los primeros rayos de sol el cansancio le cerró los ojos.

Jeanette la despertó a mediodía, impaciente por intercambiar cotilleos sobre sus respectivas citas. Recostada en la cama, puso el cerebro en automático mientras su compañera la ahogaba en un torrente de palabras.

Daba vueltas al tatuaje del maestro Lagarde. Antes de informar a Keitaro investigaría por su cuenta para asegurarse de no dar una falsa alarma.

—¡¿Y tú con Nahuel?! Vi tu vídeo en el avión, ¡qué fuerte! ¿Lo hicisteis ahí arriba? ¿Y luego en el jacuzzi del hotel?

—Jean, he pasado la noche aquí. Así que es imposible que lo hiciéramos en un hotel de París. Tampoco en el avión. Aún estamos en la fase de morreo.

—Alucino. ¿Es que no te gusta?

—Me gusta. Pero a mí hay que ganarme.

—No seas flipada. Tienes suerte de que él esté colgado por ti.

—¿Crees que lo está?

—Demasiado.

Después de irse, miró el móvil. Nahuel le proponía echar un rato en el rocódromo antes de comer. Era la una y media. Se vistió rápido y se dirigió a la sala de entrenamiento.

Nahuel había terminado su sesión de escalada y no estaba solo. Le acompañaba el maestro Lagarde. Al verla en la entrada del gimnasio le hizo un gesto para que se uniera a ellos. Demasiado tarde para fingir que no les había visto. Se mentalizó para no parecer nerviosa.

—Hola, me desperté hace un rato, por eso no contesté el mensaje —dijo Charlotte con una sonrisa incómoda.

—Lo imaginé. Mejor que no vinieras, porque he escalado fatal.

—Muy humilde por su parte, señor Copinqui. Su capacidad atlética es excepcional —le halagó Lagarde.

—El sensei Lagarde intenta persuadirme para que me una a la clase de kendo —dijo Nahuel a Charlotte, pasándole el brazo por la cintura — ¿Crees que se me daría bien? ¿Me humillarías en el tatami, corazón?

—Estoy convencido de que ustedes dos ofrecerían un combate extraordinario, señor —dijo Lagarde.

—Sí, a lo mejor —dijo Charlotte, ansiosa por salir de allí—. Disculpe, maestro, pero habíamos quedado para comer fuera…

—Por supuesto. Pasad buen día. —Él se despidió de ellos con una inclinación.

Almorzaron al aire libre en los bancos de madera con vistas a su parte favorita del bosque que rodeaba la escuela. Charlotte picaba a desgana del enorme cuenco de ensalada con queso y frutos secos. Él le lanzaba miradas de soslayo mientras comía su tortilla de atún y cebolla. Al terminar, puso los cubiertos cruzados sobre el plato y la observó con curiosidad.

—¿Me cuentas qué te molesta o jugamos a las adivinanzas? Si es por algo que hice mal ayer, por favor, dímelo.

Ella descartó la idea con la mano.

—¿Qué es eso de unirte al grupo de kendo?

—No estarás celosa…

—Hablo en serio. No es propio de Lagarde mendigar pupilos.

—Tan solo charlamos. Él te tiene en mucha estima. Explícame por qué te levantaste tan nerviosa.

En ese instante Charlotte comprendió perfectamente a Keitaro, dudando si revelarle sobre conspiraciones fantasiosas. Existía una alta probabilidad de que estuviera exagerando y el tatuaje no significara nada. Decidió arriesgarse con una verdad a medias.

—El asesino de mi madre pertenecía a una secta que se identifica con tatuajes de gatos.

—Es raro, aunque no lo más raro que haya oído. A qué se dedica esa secta.

—A lo que se dedican todas, supongo. Captar a nuevos miembros para sus movidas. Anoche no me dormía, así que fui al gimnasio a machacarme un poco. Lagarde estaba entrenando sin camiseta.

—Ahora viene la parte en la que dices que él tiene el tatuaje de un gato en el pecho.

—En la espalda. Uno de los símbolos que usa ese culto.

—¡Jajaja! ¡¿He acertado?! Me he ganado un beso. —Nahuel frunció los labios.

—¡Hablo en serio, joder!

—Perdona, corazón. Insinúas que el profesor es miembro de un culto que mató a tu madre y casualmente da clases en esta escuela. Piénsalo un momento.

—Gracias, Sherlock. Mi mononeurona me dice que suena muy improbable. Tiene que haber otra conexión aparte de mí.

—¿Cuántos años lleva Lagarde trabajando aquí?

—Es de los más veteranos. Solo faltó el curso pasado, de baja por una lesión de espalda…

—Entonces no tiene relación contigo. Él vino antes que tú.

—…de la que se recuperó milagrosamente. —Charlotte se dio una palmada en la frente—. ¡Claro, eso es!

Nahuel frunció el ceño, sin comprender. Lógico. Sin conocer la naturaleza sobrenatural de los de Bastet era imposible que lo dedujera.

—¿Alguna pista?

—Sí. De hecho, estoy casi segura. Debes mantenerte alejado del profesor.

Nahuel rio.

—No querrás que me esconda de él. Charlie, necesitas tranquilizarte. Mi sugerencia es que llames a la policía. El problema es que si le denuncias sin pruebas tú serás expulsada. Pondrán tu nombre en una lista negra. Por no hablar de las burlas de la gente. No quiero eso para ti. —Nahuel le cogió la mano y se la besó con dulzura.

Por más que le fastidiara, él tenía razón. Sus palabras no valdrían una mierda sin nada tangible. Sería tratada de lunática y metería en problemas a Keitaro. Pegó un puñetazo sobre la mesa.

—No sé qué hacer…

—No te estreses, sé la manera de arreglar esto. Un poco arriesgado, aunque no tanto como volar contigo. —Eso la hizo sonreír. Él poseía esa virtud—. Esta noche forzaré la puerta del despacho de Lagarde. Si él está metido en algo turbio, encontraré pruebas.

—Yo te acompaño.

—Si me pillan, mi padrastro pagará para que no me expulsen. Confía en mí, registraré cada rincón.

—Qué encanto que eres. —Le dio un beso en la mejilla—. Confío en ti, el problema es que no sabes qué buscar. Además, no es justo que te arriesgues por mis paranoias. Iremos juntos y no se hable más.

—*Partners in crime*. Suena excitante.

A las tres de la madrugada el edificio era una tumba. La maldita cerradura se resistía a ser penetrada por las ganzúas de Charlotte, que no tenía paciencia ni meticulosidad para esa tarea. De las muchas habilidades que Keitaro le había enseñado, esa era la más irritante, por más origamis que hiciera para mejorar su destreza manual.

Nahuel, que vigilaba los pasillos, le pidió intentarlo. Charlotte cedió su puesto y él sacó una tarjeta de crédito que introdujo por la rendija de la puerta, abriéndola en segundos. Entraron al despacho y cerraron con suavidad.

—¿Por qué no probaste ese truco antes? —susurró Charlotte.

—Para que no me acuses de presumir de tarjeta. Dime qué estamos buscando.

Ella le mostró los glifos de los fieles a Bastet y señaló los archivadores pulcramente ordenados en el despacho. Dudaba que hubiera documentos incriminatorios a plena vista. Por otra parte, nadie ajeno a la trama daría importancia a esos dibujos o a referencias sobre Bastet.

Mientras Nahuel revisaba los papeles con la linterna del móvil al mínimo, ella accedió al ordenador con el PCUnlocker en un pendrive cortesía de Snikt.

Con un repaso a los archivos del disco duro Charlotte concluyó que Lagarde era un apasionado de teóricos de la guerra como Tsun Zu, Julio César y Tucídides. También guardaba numerosas obras de ficción sobre Hattori Hanzo o Miyamoto Musashi. Su compañera de cuarto habría dictado sentencia fácilmente: «un flipado».

Aparte de correspondencia personal con amigos y el email oficial de la escuela, había mensajes con personas que únicamente se identificaban por sus iniciales. El tono de las conversaciones era profesional. Se repetía un tal I.S. con quien comentaba los resultados de los tests psicológicos que le hicieron durante los meses en que estuvo hospitalizado.

Aquello escamó a Charlotte. El colegio no había dado detalles sobre la lesión del profesor Lagarde, más allá de que una caída le provocó un daño grave en la columna y que no se permitían las visitas. Introdujo en el buscador del correo la referencia «hospital» y se remontó al principio.

Nahuel la oyó jadear y miró a la pantalla por detrás de su hombro.

Una mala caída había seccionado la columna de Lagarde. Los médicos no le daban ninguna esperanza de recuperar la movilidad de cintura para abajo.

Tres meses más tarde le escribió un doctor de un laboratorio interesado en su caso. Le hablaba de un tratamiento en fase experimental gracias al cual volvería a andar. Existían riesgos de un rechazo del organismo al tratamiento, así como un grave impacto psicológico. El procedimiento era muy costoso, pero Proteus Technologies financiaría la operación y demás gastos.

No pasó ni una hora para que Lagarde aceptara todas las condiciones, autorizando su operación.

La correspondencia posterior eran informes sobre su evolución

física y mental. Aun entendiendo poco de medicina, las menciones a transfusiones de sangre no le encajaban. Se decía muy poco sobre la cirugía. Siete semanas tras la primera intervención, la columna se había reparado. Las radiografías de antes y después eran tan increíbles que las tomaría por una estafa de no conocer en persona al paciente.

Una vez le dieron el alta, le hicieron firmar un nuevo acuerdo de confidencialidad. Lo interesante fue la comunicación entre Lagarde y el terapeuta que firmaba como I.S.

El profesor le envió un listado de «estudiantes de potencial muy prometedor». Charlotte Dubois encabezaba esa lista, compuesta de otras ocho alumnas de distintos cursos de la escuela.

—Mi nombre no aparece. No debo ser prometedor. *Pendejo*… —masculló Nahuel.

—Son todas chicas. Créeme que tienes suerte de no estar ahí. ¿Encontraste algo entre sus papeles?

—*Nada* —dijo en español.

—Compartir información de los alumnos con un laboratorio privado es ilegal, ¿no?

—La policía no encierra a nadie por eso, corazón. Hay algo raro en este asunto, me pica bajo la piel. Sin embargo, nada demuestra su pertenencia a una secta… ¿qué es eso? —Él señaló en los borradores de la bandeja de correo, una carpeta llamada *Reflexiones*— Pincha.

En pantalla apareció una especie de diario con pensamientos desordenados que abarcaban el último año y medio. En los días de peor ánimo el profesor Lagarde contempló el suicidio. Para él, quedarse paralítico era el fin del mundo.

Charlotte se sintió como una mierda por violar la intimidad del hombre al que había respetado en sus años como su alumna en Des Roches. Le dolió lo bajo que llegó a caer.

El tono de los párrafos posteriores evolucionó del escepticismo a una moderada esperanza, para acabar en euforia, cuando Lagarde al fin abandonó la cama del laboratorio y se ejercitó como el hombre que era antes del accidente. Se sentía mucho más que recuperado. Había sido *mejorado*. Un milagro posible gracias a un ser superior cuya marca portaba con orgullo en la espalda.

«No existe mayor honor que por mis venas corra la sangre de Shura», era el último de los pensamientos plasmados por escrito.

—Mieeerda —murmuró Charlotte—. Esto es malo. Vámonos.

Tras asegurarse de dejar todo en orden, salieron a tomar el aire fuera del edificio. A Charlotte le temblaba tanto el pulso que Nahuel tuvo que encenderle el cigarrillo. Se sentó en el césped con la espalda apoyada contra un árbol. Por un año había deseado que sus pesquisas dieran resultados para probarse útil en la lucha contra Bastet. Con Shura le acababa de tocar el premio gordo. Demasiado gordo para

ella.

—Merezco una explicación —dijo Nahuel, serio—. Si me la juego por ti, lo mínimo es que no te calles cosas importantes. Qué es ese Shura que te asusta tanto.

—Te lo contaré si me prometes que harás un gran esfuerzo por creerme.

Él asintió sin sospechar cómo de grande sería ese esfuerzo.

Durante la próxima hora Charlotte le hizo un resumen de lo que ella conocía sobre Proteus y los colaboradores de Bastet. Sin revelar datos concretos de nombres y lugares, le confesó que su mentor se dedicaba a perseguir a esas criaturas con la ayuda de un equipo internacional. Ella estaba al margen de esos asuntos.

Nahuel no la interrumpió en ningún momento. Acabado el relato, silbó por lo bajo.

—No sé qué pensar, corazón. He prometido que me esforzaré por creerte y voy a cumplirlo, por difícil que sea.

—Me consuela que a los tíos os ponga lo de tener una novia zumbada.

—No creo que estés loca. Es fácil imaginar cosas bajo sugestión. Perdiste a tu madre, tu tutor supuestamente mató al asesino, blablablá.

—Vi cómo la piel de dos hombres se agrietaba y caía a cachos delante de mis narices.

—En un callejón a oscuras. Esos yonkis estarían enfermos de algo chungo. Incluso si me creo la parte de fantasía, tu historia tiene agujeros.

—¿Cómo cuáles?

—Shura murió hace años. ¿De dónde ha salido su sangre?

—Mi tutor no me contó los detalles. Quizá quedaron restos y alguien guardó una muestra —dijo ella poco convencida.

No fue Keitaro, sino Snikt, quien le contó todo sobre la noche en que tres amigos y una exploradora destruyeron al monstruo y a su esposa bruja en una épica batalla. Era imposible que nadie hubiera recuperado residuos de Shura que fueran aprovechables.

—Está bien. —Nahuel le cogió las manos—. Acompáñame a las aulas. Se me ha ocurrido una manera de aclarar este asunto.

De clase agarró una hoja de cuaderno y un rotulador. Escribió con trazo grueso:

SABEMOS QUIÉN ERES. SABEMOS LO QUE ERES. CUATRO DE LA MADRUGADA DEL MIÉRCOLES, JUNTO A LA PISCINA.

Pasó la hoja bajo la puerta del despacho de Lagarde.

—¿Qué te propones? —preguntó Charlotte.

—Si él es inocente, lo tratará como una gamberrada; si acude a la cita, es porque estás en lo cierto.

—Has escrito en plural.

—No pensarás que voy a dejarte a solas con él.

—Mi héroe. —Ella le acarició la mejilla.

—No tanto. La razón de dar días de margen es para que llames al samurái de las espadas mágicas. Seremos tres contra uno. ¿Qué puede salir mal?

De oír esa pregunta, Keitaro hubiera respondido con una sola palabra: todo.

Pero Charlotte era una adolescente, no un experimentado asesino de la yakuza reconvertido a purgador. Ella no imaginaba que los cabos sueltos acabarían enredándosele entre los pies.

Los dos días hasta la cita transcurrieron del modo previsto. Lagarde no denunció el mensaje anónimo. Charlotte se apañó para birlar del almacén sables y armaduras de kendo para ella y Nahuel. Aunque él no fuera diestro con esa arma, le bastaba con que distrajera a Lagarde. Ella también actuaría como distracción, pues sería Keitaro quien le diera muerte.

Un hombre con la sangre de Shura en sus venas sería más fuerte y rápido que cualquiera. Lagarde seguro que escondía un as bajo la manga, como también ella.

En cuanto informó a Keitaro por una línea segura, él cogió el primer vuelo a París. Ni se molestó en discutir con ella sobre su participación en el plan, porque no había tiempo material para pensar en una alternativa.

A las cuatro de la madrugada del miércoles, Charlotte y Nahuel montaban guardia en armaduras de combate frente a la piscina, cada uno con un sable de bambú en la mano.

—¿Nerviosa? —susurró Nahuel.

—Un poco.

—¿Solo un poco? *No mames*. Yo estoy histérico. ¿Y tu samurái?

—*¡Chisst!* —siseó ella.

Keitaro debía estar escondido al acecho. Entraría en escena en el momento oportuno.

Muy cerca oyeron pisadas. El maestro Lagarde compareció con armadura de kendo y un *tachi,* una katana de gran tamaño y curvatura. Mirarla daba impresión. Les saludó formalmente.

—Disculpen mi retraso. Quería asegurarme de que acudía a la cita debidamente equipado.

—Es toda una espada la que lleva ahí, maestro —dijo Nahuel con una risa nerviosa—. ¿Va a talar algún árbol?

—Es posible que corte algún tronco, señor Copinqui. Puesto que los

tres sabemos para qué estamos aquí, es decisión de la señorita Dubois decidir nuestro destino esta noche. Nuestra causa necesita guerreros. Hay quienes se oponen al cambio. Debemos segar esa hierba moribunda.

A Charlotte se la comían los nervios. ¿Dónde diablos se había metido Keitaro? Era su turno para intervenir.

Nahuel la miró de soslayo y aunque no le viera la cara, adivinó sus pensamientos: algo había salido mal. De pronto arrancó a una velocidad que pilló de sorpresa a Lagarde y descargó con fuerza el sable sobre la mano que sostenía el tachi, haciendo que lo soltara.

Con el enemigo desarmado, Charlotte comprendió que no tendrían otra oportunidad para atacarle y se lanzó por el otro flanco.

Lagarde esquivó la torpe estocada de Nahuel con un paso atrás y lo derribó con un puñetazo en la cabeza. Charlotte trató de impactarle en el casco, pero el maestro se agachó a tiempo para que ella solo diera al aire. En el mismo movimiento él agarró la katana del suelo.

Ella le tiró una secuencia de golpes bajos con la que castigó sus piernas. A ellos siguió un tajo vertical en el casco del maestro, que retrocedió por la contundencia del impacto. Esta vez no le arrebató la espada.

Mientras, Nahuel intentaba levantarse del suelo, aún aturdido.

—Admirable —dijo Lagarde. Tu talento nos vendría muy bien. Tienes alma de guerrera. Imagina luchar juntos contra aquellos que se oponen al futuro que ofrece Bastet.

—¿Y qué es lo que ofrece exactamente?

—Los humanos somos frágiles, y con una vida corta. El menor empujón nos quiebra como a la porcelana, una lección que aprendí por las malas. Bastet quiere un mundo liderado por una clase superior. El homo sapiens necesita ser domesticado. Nosotros les pondremos el collar.

—Moriré luchando antes que convertirme en vuestra mascota. —Charlotte levantó el sable por encima de su cabeza.

—¿Mascota? Serás la consorte del heredero de Shura. Un gran honor.

—Lo siento, maestro. No me van los tíos tan mayores.

Lagarde rio.

—No me refiero a m…

—*Basta.*

Keitaro se presentó ante ellos. Las hojas de sus katanas ensangrentadas emitían un tenue resplandor.

—El famoso portador de los Dedos de Luna —dijo Lagarde, con admiración—. Temía que no vinieras.

—Un nekomata de nivel tres me atacó cerca de aquí. —dijo a Charlotte, que le miró desconcertada—. Nos estaban esperando.

Lagarde asintió complacido.

—Así es, purgador. No es fácil sacarte del escondite. Pero eres sensible a la llamada de socorro de tu protegida. Me gustan tus katanas; pronto las tendré en mis manos.

—Las tendrás, pero no en las manos. —Keitaro adoptó una pose ofensiva.

—¡Por mis venas corre la esencia de Shura! Me he preparado toda la vida para un combate como este…

En un suspiro Keitaro salvó la distancia con el enemigo. Su katana izquierda repelió la de Lagarde y la derecha separó la mitad de su armadura de un certero tajo. Con un giro de bailarín se situó detrás de él y le hundió las espadas en la espalda. De la boca del francés escapó un jadeo ahogado en sangre. Anduvo un par de pasos antes de derrumbarse. La pelea duró un total de once segundos.

Charlotte se apresuró a levantar a Nahuel, que tenía dificultades para ponerse en pie con la armadura puesta. Después de ayudarse mutuamente a quitarse sus pesadas corazas, observaron con asombro el brillo de las katanas que Keitaro clavó en el césped mientras revisaba el cadáver.

—¡Qué pasada, tío Kei! ¡No te ha durado ni un asalto! —exclamó Charlotte.

—Qué extraño… —murmuró Keitaro con el ceño fruncido—. Los tejidos no se deshacen.

—¿Será por la sangre especial de Shura?

—Este hombre no poseía ni una fracción de la fuerza de Shura. La transfusión le regeneró la columna y nada más. Era completamente humano.

—Lagarde murió creyéndose el heredero de Shura. Quiso convertirse en leyenda, como los guerreros a los que admiraba. Un triste final —suspiró Charlotte.

—No me digas que sientes pena por él —objetó Nahuel.

—Le curaron y le prometieron cumplir sus fantasías de juventud. En el tiempo que he sido su alumna siempre me pareció una buena persona. Me enfurece que le corrompieran así.

—Todo hombre tiene un precio, corazón —murmuró Nahuel, jugando con sus cabellos—. Siento tener que decirlo, pero necesitamos deshacernos del cuerpo antes de que amanezca.

El tenue brillo de las espadas atrapó la mirada de Charlotte. En un rincón de su cabeza sonó una alarma. Recordó las palabras dichas por Keitaro en el santuario de Hie, mientras ella sostenía la katana manchada con la sangre de Mirrael a la luz de la luna.

«La hoja no brilla. Significa que el Dedo de Luna no encuentra a quien pertenece esa sangre»

Charlotte agarró una katana y la levantó a la luna. De su filo surgió

un haz de luz que como un dedo acusador señaló al donante de Lagarde.

—¿Q-qué significa esto? —preguntó Charlotte con voz entrecortada.

Charlotte percibió un veloz desplazamiento y un tirón que le arrebató la katana. Un brazo le inmovilizó la cabeza por detrás, mientras otro apoyaba el filo de la espada contra su cuello. La menor presión lo abriría en canal.

—Esta espada es una maravilla, purgador. Si en algo tiene razón el *pendejo* que me adoptó es que la belleza es peligrosa.

—¡Nahuel, maldita sea, qué haces! —gritó Charlotte.

—Lo que he deseado cada día desde que supe la verdad sobre mí. Tu querido tío Kei va a cantarme los nombres y paradero de los bastardos que mataron a mis padres. Si no, verá cómo te corto la cabeza con su propia katana.

—Dijiste que a tus padres les asesinó una banda.

—Así fue. Una banda que se resiste a la evolución de la especie. Mis padres murieron en Ciudad de México. Para ser exactos, en la cima de la pirámide del sol, en Teotihuacán.

—No puede ser… —jadeó ella.

—Tras muchos embarazos fallidos, Mometzcopinqui dio a luz al único hijo de Shura. La rabia de que un mal hombre como Augusto Mendoza me apartara de su lado la consumió en cuerpo y espíritu. Para recuperarme intentó liberar a Shura de su cautiverio. Tenías razón, Charlie: la venganza es un asunto personal. Les miraré a los ojos antes de matarlos.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Keitaro, que se acercó con la katana bajada.

—Recurrí a los alemanes que encerraron a mi padre en una máquina. Disponen de medios fuera de mi alcance, como el laboratorio al que doné mi sangre. Bastet y yo tenemos intereses comunes, así que hemos aparcado nuestras diferencias. Este es mi trato: dame tus espadas y los nombres de vuestros amigos y dejaré vivir a Charlie.

—Este es el mío: suéltala y te concederé una muerte rápida.

Nahuel rio.

—Mi oferta es más que generosa. Soy el hijo de Shura. Podría mataros en cualquier instante.

—Si fuera así, ya lo habrías hecho. Esto es lo que creo: creo que tus habilidades aún no se han desarrollado, como demuestra la facilidad con que despaché al infeliz al que donaste tu sangre. El monstruo al que maté antes era tu guardaespaldas. No necesitarías niñera si te sintieras seguro. Te falta mucho para ser como tu padre.

Nahuel le sacó los dientes como un perro rabioso. Habló para

Charlotte.

—Tu sensei no parece preocupado de que te corte el cuello. ¿Es exceso de confianza o que le importas un carajo?

—Deja de comerme la oreja. Tú y yo hemos cortado.

Nahuel apretó su presa sobre Charlotte, interponiéndola entre ambos. El filo de la espada arrancó un hilillo de sangre de su cuello.

—No bromeo. Suelta tu katana y entrégate a mí. Si te resistes, Charlie es carne muerta.

Keitaro bajó la espada. Tras un momento de duda, la dejó caer.

—Ves, Charlie, todo hombre tiene un precio. Para él, tu vida vale más que su estúpida cruzada.

—¡No, tío Kei! ¡Si se la das, te matará!

Charlotte se sentía impotente. El agarre de Nahuel era demasiado fuerte, y la menor agitación de su parte clavaría el acero en su cuello. Si Keitaro entregaba sus armas a ese monstruo, él lo mataría. Se había dejado engañar como una niña tonta y su única familia iba a pagarlo.

De pronto, Keitaro les sorprendió sacando el móvil de la chaqueta. Pulsó en la pantalla y se lo volvió a guardar. Habló con voz calma.

—Eres astuto. Te aprovechaste de la inocencia de Charlotte-chan para atraerme. Yo hace mucho que dejé de ser inocente. La presencia de tu esbirro me hizo sospechar. Que las katanas brillaran después de haber muerto Lagarde me reveló que el auténtico enemigo eras tú.

—Y aun así has dejado que la atrape. A ella y a tu espada.

—Lagarde dijo que Charlotte sería la esposa del heredero de Shura. Se refería a ti. Tu idea es marcharte con ella. No tienes intención de matarla, lo tuyo es un farol.

—¡Quieto! ¿Arriesgarías su vida de esa manera?

—No. Por eso he tomado medidas. En breve la policía se presentará aquí y encontrarán un cadáver y a ti amenazando a una chica. Será tu palabra contra la nuestra. Además, he grabado los últimos minutos con un dron manejado por mi teléfono.

—Buen chiste. Ahora eres tú el del farol.

—Saluda a la cámara. —Keitaro manipuló el teléfono y al minuto un dron sobrevoló por encima de sus cabezas. Al mirar en esa dirección distinguieron las luces de coches de policía.

—¡Estás loco! —gritó Nahuel—. Os meterán en la cárcel a los dos.

—Y a ti, si no vuelves al dormitorio. Propongo dejarlo en tablas y cada uno por su lado. Resolveremos nuestro negocio en otro momento.

Nahuel masculló una maldición. Empujó a Charlotte a un lado y arrojó la katana a Keitaro, que la atrapó al vuelo. En cuestión de segundos, el autoproclamado heredero de Shura huyó de vuelta a los dormitorios. Poco después fueron deslumbrados por los faros de los coches patrulla.

—Tío Kei, ¿qué vamos a decirles?

—Deja que yo hable.

Cuatro agentes se bajaron de los coches. Sin tomarles declaración, les hicieron subir al asiento trasero de uno de los coches; otros agentes taparon el cuerpo de Lagarde con una manta y lo introdujeron en el maletero del otro coche junto a su espada y armadura.

Recogido todo, abandonaron el campus con las luces apagadas. El orondo hombre del asiento del acompañante resopló.

—En qué jaleos nos metes, Keitaro. Ni me dio tiempo a encontrar un uniforme de mi talla.

—Señal de que tienes que cambiar los donuts por verdurita —se burló la conductora.

—¿No sois polis? —preguntó Charlotte.

—Cariño, cuándo has visto a la poli ser puntual. Somos los anónimos de la causa. Sin nombres.

—Ahora lo importante es deshacernos del cuerpo e inventar una historia para justificar las ausencias de Charlotte y Lagarde —dijo Keitaro.

—Se me ocurre una. A ver qué os parece —respondió la mujer sin nombre.

La noticia causó conmoción en Des Roches: Charlotte Dubois y el profesor Valentín Lagarde se habían fugado juntos. Una carta firmada por ella pedía que no les buscaran, pues con él había encontrado el amor. Se disculpaba con Nahuel por haberle utilizado como tapadera para ocultar su auténtica pasión.

«Perdóname, Nahuel, pasamos buenos momentos, pero necesito a un hombre fuerte y maduro a mi lado. Tú eres solo un buen muchacho»

En sus redes sociales Nahuel Copinqui escribió una dedicatoria para Charlotte:

«Aunque hoy tenga el corazón roto, te deseo lo mejor, Charlie. La vida da muchas vueltas y quizá un día volvamos a encontrarnos. Tengo la corazonada de que así será»

Las nobles palabras del novio plantado conmovieron a sus seguidores.

Al acabar el curso, él regresó a Ciudad de México. Una desgracia mayor le sobrevino tras cumplir la mayoría de edad. El patriarca Augusto Mendoza quiso inaugurar el nuevo barco petrolero de la empresa en compañía de toda su familia. Por razones aún desconocidas, uno de sus depósitos estalló y produjo una reacción en cadena que devastó la nave y parte del puerto.

Nahuel fue el único superviviente del clan. La prensa lo calificó de milagro, y en las iglesias locales se bendijo su nombre.

A pesar de su juventud, Nahuel ocupó el puesto del padre como CEO de la petrolera. Anunció a los medios que el milagro de escapar de la muerte le había hecho reflexionar. El petróleo era un negocio del pasado. En adelante, él lideraría la transición hacia las energías limpias, «para que nunca se repitan accidentes como el que mató a mis amados padres y hermanas».

Setenta y una personas murieron en esa explosión. Charlotte se lo recordaba así misma con frecuencia. Quizá lo hubiese evitado de no estar ciega por el velo del amor; habría visto la maldad en los felinos ojos grises de Nahuel.

Él tenía razón. Un día volverían a encontrarse. Y entonces sería ella la que pusiera el filo de una katana en su cuello.

Capítulo Veintinueve

—Así es mi vida amorosa. De los chicos que me gustan, uno es un monstruo y el otro es gay. A este paso acabaré en un convento. Aunque una monja con katana mola bastante…

Al girarse hacia Wila descubrió que la tailandesa dormía como un bebé. Le acarició la mejilla. La chica se había ganado su descanso tras lo que debía ser el día más loco de su vida. Charlie aún rebosaba adrenalina, por lo que dormir sería imposible. Quedaban dos horas para aterrizar en Kuala Lumpur.

Dejó la espada a los pies del asiento y fue a la sala de ocio para ver una peli. La pantalla no se encendía. Buscó a la azafata, pero no se la veía por ninguna parte. Desde que les sirvió el champán no se había interesado por ellos, un servicio muy pobre para lo que se suponía.

El cuarto de la tripulación estaba cerrado. Acercó la oreja. Si la azafata salía en ese momento, sería embarazoso. Oyó el sonido amortiguado de un golpe contra la pared. Después, un gemido. Se le vinieron a la cabeza las ocasiones en que mamá traía a sus amigos a casa. ¿Estaban la azafata y el piloto allí dentro? No le había visto salir de cabina.

Otro golpe con gemido, lo bastante alto para que se oyera en el resto de la nave. No, lo que había oído era un maullido.

Charlotte corrió a por su espada en el momento que por la puerta salía una criatura gatuna con el traje de azafata hecho jirones.

A mitad del pasillo sintió un fuerte tirón de pelo y un dolor lacerante en la espalda, arañada por las garras del felino. El tumulto no despertó a los demás, dormidos por el efecto del somnífero en el champán.

A buenas horas te das cuenta, guapa.

Impulsándose con los pies contra un asiento, se lanzó de espaldas contra la azafata y rodaron juntas por el suelo. Desde el piso le lanzó una patada en toda la boca, arrancándole un colmillo. Se puso en pie de un salto y se agachó bajo el asiento donde había dejado la katana. Wila roncaba en el de al lado.

Al cerrarse su mano sobre la vaina, la cola de la gata le rodeó el tobillo y tiró de ella. Charlie desenvainó y con un veloz tajo cortó la cola.

La puerta de la cabina se abrió. Maldita la hora. Un gato

humanoide de metro noventa y gorra de capitán se unió a la fiesta.

Sin soltar la espada usó los asientos vacíos de parapeto contra las garras de los monstruos. La herida del muslo volvía a sangrarle y la de la espalda no tenía mejor pinta. En el habitáculo del jet no había espacio para repeler los ataques de esas dos bestias.

Enrabietada por la pérdida de su cola, la azafata saltó por encima del asiento, dándole la oportunidad para ensartarla en el pecho. Aunque murió al instante, la katana se había hundido en la caja torácica, que tardaría un momento en descomponerse.

Con una exhibición de fuerza bruta, el capitán arrojó a la azafata pasillo abajo, alejando la espada de su alcance. Charlie miró a derecha e izquierda en busca de cualquier objeto punzante con que defenderse.

El enemigo se irguió a su máxima altura con los brazos abiertos. Ella retrocedió un par de pasos, con el cerebro afanándose en hallar una salida de esa ratonera. Lo tenía peor que mal.

Los ojos del capitán se volvieron completamente negros. Flexionó las patas, a punto de abalanzarse. Ella adoptó una postura defensiva. Se miraron desafiantes sin pestañear.

Detectó movimiento en el pasillo. Kichi había despertado, aún con las vendas sobre los ojos.

Olvidándose de Charlie, el capitán la olfateó con curiosidad. Con las uñas de las patas delanteras le rasgó el vendaje, descubriéndole los ojos que la distinguían como un híbrido. A un par de pasos el cuerpo de la azafata se había descompuesto, liberando la katana.

Kichi acarició seductoramente al gato-piloto. Después miró a Charlie. Con un puntapié envió la espada rodando por el suelo en su dirección. El enemigo se dio cuenta de la treta y fue tras ella. Charlie cogió impulso y se deslizó de rodillas, agarrando el arma en el instante que el gato cargaba. Con un tajo ascendente dibujó una línea desde su estómago hasta la cabeza. La piel se separó como una cáscara, licuándose al desprenderse.

Charlie saludó a Kichi con una inclinación por salvarle la vida. La japonesa respondió con un ruidito parecido a un ronroneo. Wila, la abuela y Nut dormían.

Desde ese momento, cada segundo contaba.

Chorreando sangre, Charlie agarró material de primeros auxilios y fue al baño, donde se dio una ducha rápida para quitarse de encima la porquería y hacer las heridas visibles. Tras desinfectarlas se aplicó vendajes. Se le saltaron las lágrimas al volcarse la botella de alcohol por la espalda.

Kichi entró en la habitación y con mucha delicadeza le tapó los arañazos con gasas. Entre las mudas de ropa limpia encontró una camiseta y pantalón holgados, encima de las que se puso una bata de baño.

Armándose de valor, entró en la cabina. El piloto automático parpadeaba anunciando que en breve pasaría a pilotaje manual para iniciar las maniobras de descenso para aterrizaje.

Combatió con todas sus fuerzas el impulso de hacerse un ovillo en el rincón y echarse a llorar. Había pasado más de un año y el recuerdo más vívido de aquel día era el beso que ella y Nahuel se dieron al bajar del avión. Eso no les salvaría.

Comprobó los mandos. No recordaba qué botón hacía qué. Si se estrellaban al menos los otros no se enterarían. Kichi observaba con expresión curiosa. Buscó vídeos de pilotaje. Tras ojear unos cuantos concluyó que la búsqueda era inútil. No había tiempo de revisar uno a uno.

El recuerdo de Nahuel le dio una idea. Desde el día que se enfrentaron no había entrado en su perfil, asumiendo que la habría bloqueado y no tendría acceso a ver su contenido. Se equivocaba.

En favoritos se encontraba el vídeo que él grabó de ella pilotando. Charlotte lo había borrado de su perfil, pero él no. Se vio así misma decir:

«Nahuel, aterrizar se me da fatal. Soy demasiado brusca. ¡Estoy acojonada!»
«No temas, corazón. Juntos bajaremos este pájaro»

—Muy bien, Nahuel. Vamos a bajar este pájaro. —Charlie inspiró profundamente y agarró con fuerza los mandos.

El ruido de pasos por el pasillo despertó a Wila. ¿Quién era esa gente? Tres hombres y dos mujeres limpiaban el avión. En el ambiente había un fuerte olor a amoniaco. Los hombres metían restos de una porquería inidentificable dentro de un cubo. Lo raro no terminaba ahí. Kichi estaba despierta y vestida de azafata, con los ojos cubiertos por unas gafas de aviador.

—Hola, bella durmiente.

—Charlie, ¿quién ha vomitado en el pasillo? ¿Y esa ropa? ¿Vamos a una fiesta de disfraces?

La francesa llevaba un inmaculado uniforme de piloto que le quedaba un poco ancho. La gorra le caía perfecta.

—Hemos sufrido algunas turbulencias. Despierta a tu abuela, vamos a cambiar de avión. Conseguí plazas en un vuelo comercial. Dieciséis horas más y estaremos en Hawái.

—Uff, qué paliza. Con lo cómoda que he viajado aquí.

—Cuando embarquemos te cuento lo que te has perdido mientras dormías.

En el día de su decimoctavo cumpleaños, disfrutar de una hermosa puesta de sol en la Bahía de Hanaley en compañía de sus nuevas amigas era un regalo maravilloso, después de todo lo que habían pasado para disfrutar de ella.

Wila y la abuela se tiraron infinidad de fotos en el embarcadero con las montañas esmeralda de fondo. Por la orilla del mar corría Nut, jubilosa por ser libre tras un largo cautiverio. La abuela jugaba a salpicarle agua y la gata huía con los pelos erizados.

Tras un último chapuzón Wila se sentó al lado de Charlie en la toalla. Le pasó la yema de los dedos por las postillas de los arañazos de la espalda. Por suerte los cortes no fueron demasiado profundos y no le quedarían cicatrices.

—Si no fuera por las heridas no me creería lo que pasó en el avión. Y pensar que no me enteré de nada… —dijo Wila.

—Mejor. No necesitas tener pesadillas con esos monstruos. Por suerte Kichi estaba despierta.

—¿Por dónde anda?

—Le ha dado por subirse a las palmeras. Aún no habla, solo hace ruiditos.

—Me incomoda preguntártelo, pero me dijiste que cuando despertara tomarías una decisión sobre ella.

—Kichi me salvó el cuello. Y se entiende muy bien con Nut. No tiene nada que temer de nosotros. Para que te quedes tranquila, hablaré con Keitaro cuando llegue la próxima semana. Pena que no viniera hoy. Hubiera sido buen día para presentártelo —le dijo con tono cómplice.

—Sobre eso… él me dio *like* en la app de Picmate. Nos mandamos unos cuantos mensajes.

—¿¡QUEEEEÉ!? ¿¡Cuándo!?

—Ayer. No te lo conté porque tampoco significa nada. Me da que lo hizo por cortesía. Es el único tío de la app que entra sin decir «hola guapa». Parece majo.

—¡Eso es genial, Wila! Con una alcahueta como yo, seréis *perfect match*. Oye, no le habrás mencionado nuestra aventura en Tokio. Aún no sé cómo se lo voy a contar. Menudo despelote.

—Apenas hablamos de ti. Tengo ganas de conocerle.

—No le recordé mi cumpleaños para que no se sienta mal por no venir. La misión en Estados Unidos debe ser importante. Ni siquiera Snikt soltó prenda y eso que él es mi mejor confidente.

—¿Vendrás a cenar esta noche? La abuela ha preparado un menú especial para ti. Y de postre, tarta sorpresa.

—Gracias por el *spoiler*. ¿A qué hora me paso?

—Sobre las ocho.

—Allí estaré.

Wila, abuela, Kichi y Nut se alojaban en una casa de cuatro habitaciones a pie de playa propiedad de Charlotte Dubois. Como le prometió, se quedarían allí el tiempo que desearan, y solo pagarían renta cuando Wila consiguiera un empleo. Ella soñaba con inaugurar su propia firma de moda, pues nunca pudo permitirse más que trapos usados del mercadillo.

Charlie vivía en un piso del centro de la ciudad compartido con Keitaro. Las ausencias de uno y otro hacían que la mayor parte del tiempo que pasaban allí fuera en solitario.

Echaba de menos tener amigos. Desde que abandonó Des Roches apenas había socializado y aunque Snikt le falsificara cualquier título académico, no podía crearle amigos imaginarios.

Se puso un precioso vestido coral con pendientes a juego. Antes de salir echó un último vistazo a la katana que Keitaro dejó en casa para su protección. Después de una limpieza minuciosa, lucía como nueva.

Contempló la idea de no revelarle la totalidad de su aventura en Tokio para aliviar un poco la bronca, pero la desechó. Para ser socios necesitaban confianza mutua. Además, se moría de ganas por presumir de sus correrías.

El taxi la dejó en la puerta de la casa. Oía risas y voces amortiguadas dentro. Wila, guapísima en uno de los vestidos de Charlie, le abrió la puerta y la guió al salón, donde la abuela acababa de servir la cena. Al entrar recibió un aplauso de más personas de las que esperaba.

La primera sorpresa de la noche: Keitaro había regresado a tiempo de Nueva York, y traía invitados. Aunque nunca hubiese visto sus rostros, les reconoció a todos, en especial a la voz de su confidente tras el teléfono con la que llevaba años hablando. Snikt se levantó de la mesa y la estrujó con un abrazo.

Charlotte señaló a cada uno diciendo sus nombres.

—Liú Wang, Soni, Bob, Jamal. ¡Qué ganas tenía de conoceros!

—Ninguno quería perderse tu día especial, Charlotte-chan. Los que no han venido te mandan sus felicitaciones —Keitaro señaló una bolsa llena de tarjetas de felicitación.

—Creía que nada de direcciones postales, por seguridad y eso.

—Tenemos un buzón secreto para los del grupo.

—Pero yo todavía no pertenezco oficialmente… ¿o sí?

—Hoy cumples dieciocho. Te lo prometí.

—¿Tengo que pasar algún tipo de prueba?

—Cualquier prueba la superaste con tu temeraria misión de rescate.

—*Oh là là.* Entonces sabes…

—La locura que has hecho en Tokio, sí.

—¿Cómo te enteraste?

—Informadores de mi época al servicio del jefe Miura. Me llamaron a la primera semana de llegar a Nueva York. Cada día que pasé allí estuve a punto de dar media vuelta e ir a por ti.

—Siento mucho haberte preocupado —dijo ella poniendo ojitos—. ¿Por qué no acudiste en mi ayuda, bravo samurái?

—Desde que te saqué del orfanato he intentado convencerte de no participar en esto. Ya no eres una niña, te toca elegir tu camino. Rescatar a Nut ha sido tu graduación. Feliz cumpleaños.

Charlie fue hacia él y le dio un abrazo. Confirmado que no iba a echarle la bronca, ella y Wila se turnaron en contar hasta el menor detalle de su aventura. A Charlie no le pasaron desapercibidas las miradas de admiración de Keitaro cuando Wila narró su parte. Les explicó sobre Kichi, que devoraba su plato de atún con Nut en el regazo.

Durante horas se contaron los alucinantes giros de sus respectivas vidas desde que entraron en contacto con los nueve.

Jamal y sus hermanos se unieron a la lucha contra Bastet. El taller de reparación de coches se convirtió en fábrica encubierta de equipamiento y centro de operaciones. Él viajaba por el mundo desentrañando misterios relacionados con los gatos.

Su amigo Héctor estaba felizmente casado y con hijos. Quedaban un par de veces al año para no perder el contacto, con la condición de que Teotihuacán permaneciera como tema tabú.

Snikt era el cerebro tras la red de hackers y colaboradores anónimos que borraban sus huellas, como los que limpiaron los residuos del avión y los falsos policías que retiraron al maestro Lagarde.

Soni y Liú Wang eran oficialmente pareja, aunque ella se ausentaba de la ciudad con frecuencia. Aún no habían encontrado a la mujer que antes fue Alice, actualmente poseída por Baba. Por eso, la tienda de antigüedades estaba a nombre de él, en caso de que la presencia maligna recordara que Soni quería abrir una en Nueva York. Como no estaban casados, ella continuaba siendo inflexible con lo de no ser llamada “señora”.

Acabada la tarta de la abuela, Charlie levantó su copa y propuso un brindis.

—Por los amigos. Amigos increíbles en una historia increíble.

Soni habló al oído de Keitaro, que se levantó de la mesa y salió a la amplia terraza con vistas al mar.

—Antes de que estés demasiado borracha, es hora de abrir tu regalo —dijo Soni.

—¿Mi regalo?

—Jejejeje —Soni se frotó las manos—. Keitaro nos acompañó a una expedición para encontrarlo. Es algo muy especial. Ve, te está

esperando.

Charlie salió al patio. Ahogó un grito de emoción al ver lo que Keitaro sostenía entre los brazos como a un recién nacido: una preciosa katana de empuñadura amarilla y la vaina de madera negra con un grabado de los rayos del sol. Keitaro extendió las manos en señal de ofrenda. Ella aceptó la espada, sopesándola con delicadeza.

Con una mano en la vaina y la otra en la empuñadura, desnudó la hoja lentamente. A diferencia de los Dedos de Luna de Keitaro, el acero de esta espada era claro, con un brillo dorado. Aunque se sentía ligera en su mano, golpearía con el peso de un martillo. Bailó la espada, cuyo silbido al cortar el aire fue oído entre el silencio solemne de los asistentes. Con la misma delicadeza la envainó. Saludó a Keitaro con una inclinación.

—¿Cómo se llama?

—Tú debes nombrarla.

—No se me ocurre nada.

—Cuando sea el momento, el nombre saldrá de dentro de ti.

—Gracias, tío Kei. Es el mejor regalo que me han hecho.

Horas después los invitados de Nueva York se marcharon al hotel. Habían cogido días libres, así que acordaron hacer un tour juntos por los mejores parajes naturales de la isla. Keitaro y Charlotte se quedarían a dormir en casa de Wila, buena oportunidad para ella ejercer de casamentera. Los intentos de encontrar novia para Kei habían sido un fracaso, pero tenía el pálpito de que esta sería la buena.

El cielo comenzaba a clarear. Aunque había ingerido alcohol para tumbar a un camionero ruso, la emoción por su espada la mantuvo despierta. Salió a la terraza a fumarse un cigarrillo sin dejar de soltar a su bebé. Había sido un día maravilloso, posiblemente el mejor de su vida. Si tan solo…

Su móvil empezó a sonar. Número desconocido. Aceptó la llamada antes de que despertara a los demás. Iba a armarle una buena al que le había estropeado su momento zen.

—Escucha, chupacharcos, me da igual lo que vendas…

—Feliz cumpleaños, Charlie.

—… *(silencio)*

—Sé que llamo tarde, pero he estado incomunicado con los directivos de mi empresa, una sesión de *team-building* en un lugar de retiro espiritual, como en las pelis de los gringos, *guácala*. Entonces, me vino el chispazo: ¡mi corazoncito acaba de cumplir dieciocho! Perdona mi lapsus.

—…

—Sabes, de vez en cuando miro el vídeo que te grabé en el avión. Soy un nostálgico, me gusta atesorar mis momentos más preciados.

Llevaba meses sin ninguna visualización. Hace un par de semanas alguien se lo vio enterito. Tuve una sensación… como si me acariciaran a contrapelo. Hice unas cuantas preguntas a ciertos *business-partners* —lo siento, en mi nuevo cargo debo hablar así— y resulta que ellos organizaron un vuelo privado para unas personas que necesitaban abandonar Tokio con mucha prisa.

—…

—Una chapuza de operación. Me enviaron una copia de la caja negra. Corazón… no imaginas mi gozo al oírnos otra vez a los dos juntos aterrizar ese avión. En el momento que tu vida pendía de un hilo, pensaste en mí.

—Será porque te asocio con la muerte.

—*Touché*. No andas muy descaminada, porque este es mi regalo. Mira la foto.

En la pantalla apareció un asiático incrustado en una pared en la posición de la cruz. El contorno de su cuerpo dibujado con su propia sangre en la forma del símbolo del Ankh con orejas de gato propio de los seguidores de Bastet.

—¿Quién es este hombre?

—Es uno de vuestros "colaboradores anónimos". Un traidor que recibía dinero de Proteus. Fue quien metió a los dos monstruos en vuestro avión. Tenéis que revisar cómo reclutáis a esos anónimos.

—¿Liquidas a los lacayos de tus socios? Eres menos de fiar de lo que pensaba.

—Les puse como condición que tú no corrieras peligro. Yo tengo mi propia agenda. Te quiero a mi lado, y quiero muertos a los asesinos de mis padres. No pido mucho más.

—Más de lo que puedes soñar.

—Cambiaría mi imperio por volverte a ver.

—Y así será. Deseo mostrarte en persona lo que me han regalado.

—Creo que me hago una idea de qué es.

—Lo que imagines no le hace justicia. —Charlotte levantó la espada a los primeros rayos del sol, que encendieron sus marcas de oro—. Te prometo que un día verás muy de cerca a la Hoja del Amanecer.

EN OCASIONES, VEO GATOS

—¿Gatos, dice? ¿Gatos en sentido metafórico o animales de carne y hueso?

La atractiva doctora levantó la cabeza del cuaderno donde tomaba notas. Le miró con cautela, como si hubiera tomado conciencia de que el paciente sentado frente a ella quizá resultara un loco peligroso en vez de un programador con problemas de estrés.

Él intentó no parecer demasiado tenso.

—Gatos normales y también… de otro tipo.

Ella puso el cuaderno sobre la mesa a sus espaldas y se guardó el bolígrafo en el bolsillo de la bata blanca.

—Interesante. Le escucho, señor Robinson.

—Llámeme Daniel, por favor. O Dan, para los amigos.

—Me alegra que me veas como una amiga, Dan. Estas conversaciones son por tu mejor interés. Por eso, la sinceridad es importante para que avancemos juntos hacia la solución del problema.

—No es fácil confiar en los comeco… psicólogos, perdón. Tuve una mala experiencia con uno en el colegio. Nuestra primera charla tampoco me ayudó a cambiar de opinión. Consejos genéricos, pastilla azul y a casa.

—Soy doctora en psiquiatría, pero mejor hablemos como dos amigos en la barra de un bar. En la sesión anterior me comentaste que sufres de ansiedad, falta de sueño y presión en el pecho. Es muy común entre ingenieros de IT. Cada semana firmo un puñado de bajas laborales por *crunch*. Al decirme que trabajas en ese sector asumí que era eso.

—Cuando mi jefe me obligó a visitarla sentí que me trataban de loco. Llevo seis años en la empresa y amo mi trabajo. Me han propuesto para un gran ascenso. La idea de perderlo por esta… *tontería*… es… —pegó un golpe en el brazo del sillón—. Perdón.

Ella le sonrió como una hermana mayor.

—Te comprendo. Aunque no debería revelar esto, quiero que estés tranquilo por tu trabajo. No eres el único paciente de tu empresa.

—¿De veras? —Saber que no era el único programador con problemas le tranquilizó en parte.

—El estrés tóxico en esas corporaciones es muy habitual. Cuando se sufre en exceso produce diferentes tipos de patologías.

Alucinaciones, incluso. Si temes que tu jefe esté buscando una excusa para despedirte, descuida. Ellos quieren que regreses completamente recuperado. Así te explotarán mucho mejor —añadió en tono cómplice.

—Me quitas un peso de encima.

—Ahora que estamos más relajados, háblame de esos gatos.

—Nunca me han caído simpáticos esos bichejos. No es que tenga nada en contra. Simplemente no me gustan. Hasta hace poco ellos eran parte del paisaje que me pasaba desapercibido. En el último mes he notado su presencia en los alrededores de la empresa. Y no solo allí. También en mi calle, frente a mi casa. Vivo en un primer piso. La otra noche eché las cortinas del salón porque había un grupo observándome fuera.

—¿Hacían algo en especial? ¿Maullaban en alto?

—No. Estaban allí parados sin moverse, como si me hipnotizaran. Cuando abrí la cortina una hora más tarde, otros se habían unido al grupo. Por la mañana al salir del trabajo ya se habían ido.

—¿Dónde más los ves?

—En todas partes. Advierto su presencia. *Siento* que están ahí, aun cuando no les miro. Y esto sonará a locura, doctora…

—Iris. Llámame Iris.

—Los gatos giran la cabeza hacia mí cuando paso por su lado.

—Son animales muy cautos. Reaccionan ante cualquier amenaza.

—No es miedo, sino reconocimiento.

—¿Qué es lo que reconocen en ti?

—Que les entiendo. Lo que dicen o piensan.

—Interesante. Me interesan los detalles de la bronca con tu jefe.

—El problema fue con el Director de Compras, que discutía con mi jefe en una reunión.

—Sí, sí. El informe que me pasó la empresa menciona comportamiento indecoroso, gritos y actitud agresiva. ¿Qué relación tiene eso con los gatos?

Daniel desvió la mirada. Era el momento temido. Hablar de gatos normales como mucho le acarrearía ser catalogado de obsesivo-compulsivo, pero lo ocurrido en la oficina movía el listón un poco más lejos.

—Sería difícil de contar incluso con un par de copas.

—Si es por mí, no temas. No será lo más raro que haya escuchado esta semana.

—Está bien. Era un día de trabajo normal. Yo estaba programando la interfaz de comunicaciones de un prototipo… bueno, pues recibo un correo de mi jefe. El Director de Compras se ha presentado en su despacho hecho una furia. Me convocó para presentarme allí de inmediato.

—¿Por qué estaba enfadado?

—Temas técnicos. Mi departamento encargó un chip cuyo coste se desviaba mucho del presupuesto… No importa. Al entrar en la oficina me encuentro a mi jefe, a dos compañeros y al de Compras discutiendo sobre una gráfica. Él estaba de espaldas a la puerta, por eso que no noté nada raro. Saludé a todos y fui a sentarme…

Daniel se miró los pies, que movía de manera compulsiva. No había pasado tal vergüenza desde que su madre le pilló revistas porno en las estanterías cuando era un crío.

—¿Qué viste, Dan?

—¡La cara de ese tío! ¡Era un maldito monstruo! Como un gato salvaje, feo de cojones. Grité y él lo tomó como que yo le estaba insultando. ¡Vino hacia mí con los ojos completamente negros, casi me meo encima! Salí de allí y vomité en el baño.

—¿Nadie más vio lo mismo que tú?

—No. Como nadie reaccionaba me callé la causa de mi ataque de pánico. Ellos lo tomaron por una crisis de ansiedad.

—¿Cómo se lo tomó tu jefe?

—Se puso en tono paternalista. El *caragato* presentó una queja formal, y Recursos Humanos despachó el asunto mandándome a terapia. No regresaré a mi trabajo sin un informe que diga que los cables dentro de mi cabeza están enchufados en los puertos correctos.

—Y por eso no mencionaste ningún gato en nuestra sesión anterior.

—Sí. Supuse que no ayudaría mi caso.

—Aprecio tu sinceridad, Dan. La sinceridad es la base de una relación de confianza. Aunque entre estas paredes yo estoy en una posición de poder respecto a ti, deseo que te sientas entre iguales. Por eso, voy a hacer una cosa. —Iris se levantó de la silla y sacó un documento del cajón del escritorio. Tras una rápida ojeada le echó una firma—. Este papel constata que eres apto para volver al trabajo —Se lo ofreció. Cuando él fue a cogerlo, ella retiró la mano—. Con dos condiciones: la primera, que me digas qué drogas consumes.

—¿Cómo? —Las mejillas se le encendieron como un semáforo.

—*Tsk, tsk* —Iris chasqueó la lengua—. Hemos acordado sinceridad.

Daniel bajó la cabeza de nuevo. Antes de la vorágine de trabajar para una empresa del top-20 nunca había probado las drogas. Las jornadas de trabajo interminables exigían un nivel de agudeza que él era incapaz de mantener de manera natural. Se había matado por superar a un montón de candidatos para una plaza de Director de Desarrollo. Prácticamente era suya. ¿Qué era castigar un poco el organismo por cumplir sus ambiciones?

—Modafinil y Nuvigil. —Ella le miró con las cejas alzadas. Sabía que ocultaba la más obvia. Él cedió—. Cocaína. Pero solo la probé una

vez, la semana después de la revisión médica. La empresa es muy estricta con eso. Nos hacen un chequeo todos los años. Incluso me hicieron uno junto a la entrevista de trabajo. Estaré limpio para la siguiente.

—Debes. Es un cóctel explosivo si las tomas con frecuencia. Explicaría en parte tus problemas. Si te es difícil dejarlas de golpe, hazlo progresivamente. No es cuestión de agravar tu estado.

Él asintió.

—¿Y la segunda condición?

—Que sigas viniendo a terapia al menos durante tres meses. Por si se repiten las visiones de gatos.

—¿No crees que sean efecto de las drogas?

—Quiero estar segura. No eres el primero que acude a mi consulta con paranoias sobre gatos. Ha surgido con fuerza como nuevo arquetipo de terror como también lo son las arañas, cuervos, espantapájaros, etc.

—¿Entonces hay más gente a la que le pasa?

—Mucha. La primera vez que oí sobre este tipo de paranoia fue de estudiantes de un instituto en Nueva York. Fui allí a dar una charla. Algunos presentaban síntomas parecidos a los tuyos. Incluso hubo suicidios.

—La hostia…

—Fue hace unos años. Lo verías en las noticias.

—No sigo las noticias.

—Te lo cuento para que entiendas lo importante que es continuar las sesiones, aunque yo te dé la conformidad para volver a la empresa. —Le entregó el documento.

—Muchas gracias, doctora. —Se dirigió hacia la puerta. Ella le llamó antes de salir.

—Dan, una cosa más —dijo Iris con el dedo en alto—. Si vuelves a ver a gente con cara de monstruo o te sientes raro en presencia de gatos, ignóralos. Con nuestras charlas y una limpieza de tu organismo conseguiremos que se vayan. Por eso es importante que también ignores cualquier charlatanería que leas sobre el tema.

—¿Charlatanería?

—Sí. Por desgracia, chamanistas, conspiranoicos y amantes del misterio han detectado un buen nicho de mercado con el miedo a los gatos. La red está llena de sus tonterías y nunca falta gente dispuesta a escucharlas.

—Nada de qué preocuparse, no frecuento esas páginas.

—Mejor. Hasta el próximo martes. Llámame en caso de urgencia.

—¿Cualquier urgencia, como querer cenar a un sitio bonito? —No acostumbrado a tratar con mujeres fuera del trabajo, el tono que pretendía ser una broma de cortesía sin ninguna intención real de

flirteo sonó por completo patético.

Iris se echó a reír. Levantó la mano señalándose el anillo de compromiso.

—Lo siento, doctora. No quise decir eso…

—No te preocupes —ella hizo un gesto quitándole importancia—. Estoy acostumbrada. Desde un punto de vista psicológico es interesante comprobar que el arquetipo de la doctora atractiva sigue vigente. A muchos les extraña que esté casada. No se creen que yo sea una chica tradicional.

Daniel se despidió de ella con el compromiso de regresar el martes. Aunque en ningún momento había albergado la esperanza de ligar con Iris, su cercanía le había hecho sentir lo bastante cómodo para abrirse un poco. Aunque ella debía andar en torno a la treintena, como él, exudaba una seguridad que a su lado Daniel se sentía como su hermano pequeño.

Camino a casa pasó por un restaurante chino de comida para llevar y se pilló una ternera con setas para la cena. Como de costumbre, el frigorífico de su piso en San Francisco estaba ocupado por latas de cerveza y comida precocinada. Una vez a la semana venía la asistenta para que su vivienda no se convirtiera en una pocilga.

Tirado en el sofá, dudaba si enviar un mensaje a la doctora para aclarar del todo su comentario de antes, aunque escribirle a esa hora podría ser igualmente incómodo. Se odió por ser capaz de resolver ecuaciones complejas más fácilmente que decidirse por enviar un maldito mensaje.

Evocó la imagen de Iris, vestida como en un *reality* de los años cincuenta: elegante, sofisticada y con un punto travieso. Su fragancia floral la envolvía como un aura. Sin conocer a su marido lo visualizaba perfectamente: conservador, la raya a un lado, jersey de Ralph Lauren y golf en el club de campo. Abogado o asesor financiero.

Como cualquier otra persona, Daniel tenía escarceos amorosos, pero su tipo de chica deseada giraba en órbitas lejanas a la suya.

Por el momento.

Aunque mujeres del nivel de Iris le miraran por encima del hombro, Daniel era ingeniero estrella de la tecnológica con mayor proyección del mundo. Si prosperaba no le volverían a tratar con condescendencia. No permitiría que una estúpida obsesión por los gatos le apartara del sueño de ser directivo de Proteus.

* * *

Como todos los viernes, Iris pasaba una rápida ronda de consultas en Lilium, el lujoso balneario en el corazón del bosque que servía de lugar de recuperación para un tipo de paciente muy específico:

aquellos cuya obsesión por los gatos había degenerado en patología.

Además de poseer un gabinete psicológico en la bahía de San Francisco, ella formaba parte de la Junta Rectora del balneario, siendo responsable del área médica. Uno de sus empeños era evitar que los pacientes de gabinete acabaran en Lilium, reservado para casos extremos como el del adolescente que metió su brazo en el triturador de residuos.

Él hubiera sido un buen sujeto de estudio. Claramente necesitaba ayuda profesional. Después de convencer a sus padres para que le ingresaran, el muchacho huyó de casa y no se supo más de él. Una parte de ella se culpaba de lo ocurrido.

Pese a que en apariencia no había celdas ni barrotes, las medidas de seguridad del balneario eran extremas. A las instalaciones únicamente se podía acceder desde una estrecha carretera a través del bosque y en caso de que un paciente lograra escapar había en los alrededores cámaras y sensores de movimiento que lo detectarían al instante. Ellos firmaban un consentimiento para impedírseles abandonar el centro hasta su total recuperación. La mayoría no tenían familia o habían cortado lazos familiares.

En su despacho repasó la lista de los pacientes que no reaccionaban a ningún tratamiento. Eran más de los que le gustaría admitir. Pasada la fase de programación neurolinguística, se les suministraba medicinas naturales con ingredientes que buscaban aletargar las partes del cerebro cuya estimulación provocaba los delirios felinos. El riesgo de provocar daños en la mente de los internos hacía que los avances fueran demasiado lentos.

Esa era una discusión frecuente con sus colaboradores, que pretendían saltarse fases del proceso con tratamientos más agresivos. Se vio en la desagradable situación de despedir al último doctor que probó tal cosa sin su autorización. La seguridad de los pacientes era primordial. Por ellos y por el centro.

Su móvil zumbó con las notificaciones de mensajes. Era Howard.

«Hola amor. He pensado mucho en ti. ¿Cómo ha ido el día?»

«Regular. Algunos pacientes rechazan el tratamiento. En días como hoy me siento impotente. ¿Y tú por Nueva York?»

«El partido tiene buenas perspectivas. Hay mucha gente desengañada que quiere un cambio real. No esperaba una acogida así, la verdad»

«Hmmm…»

«Cariño, cualquier decisión será conjunta. Nuestro bote avanza porque los dos remamos en la misma dirección»

«Lo sé, mi dulce esposo. Tengo que dejarte. Buen viaje de vuelta»

«Besos. Te quiero»

Salió del despacho y cerró con llave. De pronto, una bomba estalló

dentro de su cabeza. El mundo se tambaleó como si navegara en mitad de una tempestad. Perdió el equilibrio y apoyó las manos contra la pared para no caer. Apretó los dientes. El pulso se le había acelerado.

(SUFRE, MALDITA PERRA. TE ODIO. TE ODIO. TE ODIO)

Las palabras retumbaron con la contundencia de un martillo. Recurriendo a un ejercicio para controlar la respiración, poco a poco se estabilizó su ritmo cardiaco.

Había sido una estúpida. Esas eran las consecuencias de retrasar su dosis. No quería preocupar a Howard. A diferencia de otros maridos, él era de los que *realmente* se interesaban por cada aspecto de su vida, incluida la medicación de propósito indeterminado que tomaba con regularidad. Decir «son para el estrés» era una mentira con las patas muy cortas.

Entró sin llamar al despacho de Larry Pinker, el director administrativo del balneario. También doctor, él prefería mantenerse alejado de los pacientes. La saludó con su característica falsa cortesía.

—Iris, qué casualidad. Preguntaba por ti.

—Hoy me marcho pronto a casa. Vengo a por las pastillas.

—No te tocan hasta final de mes.

—Larry, no me jodas.

—Eso lo dejo a tu marido.

—Qué manera de hablar a una mujer casada. Dame las pastillas. *Ahora*.

—Así que tu problema se ha agravado. Por eso te buscaba. Vas a tener que pasar un test cada quince días.

—Estás de broma.

—Órdenes de la jefa. Le preocupan tus jaquecas. Aumentar la dosis podría ser contraproducente hasta que descubramos cómo matar el problema de raíz. Por eso, vas a pasar un test de referencia. Yo tendré el privilegio de ser tu *coach*. ¿Qué te parece?

—Esto es humillante… —Iris abrió y cerró los puños, resoplando.

—Te daré la dosis por adelantado si te sometes al test.

Iris asintió y él la condujo a una habitación contigua con un único pupitre con ordenador de sobremesa. Tras sentarse pinchó en el centro de la pantalla. Comenzó una cuenta atrás de veinte minutos. Ante ella aparecieron imágenes de escenas y objetos cotidianos, desde un bolígrafo a una familia disfrutando de una barbacoa en el jardín de su casa. Bajo cada imagen había un hueco para escribir una sola palabra. Puesto que eran cien imágenes y debía responder a todas, no había margen para ser ingeniosa. Respondió con lo primero que le vino a la cabeza.

Un pájaro enjaulado

Engaño

Un mendigo robando una manzana del mercado

Supervivencia

Una madre a la que le arrebatan sus hijos

Rebelión

El tiempo se agotó justo después de responder a la última imagen.

Larry sacó una llave del bolsillo con la que accedió a un teclado oculto en la pared similar a un cajero automático. Pulsó una combinación y por una ranura apareció mágicamente la caja de cápsulas para ella. Iris odió profundamente la sonrisa de suficiencia con que él se la dio. Qué demonios se creía ese hombrecillo para tratarla como a uno de sus pacientes.

Camino de casa en su preciado Mini Cooper, Iris daba vueltas a las dificultades de su vida presente. Tras años de investigación, aún no habían hallado las causas químicas que provocan que los cerebros de algunas personas sean sensibles a los gatos. Si conseguían encontrar el causante y desarrollar una cura, Lilium podría expandirse a otros estados y evitar lo que podría convertirse en una psicosis colectiva.

Más preocupante era la voz en su cabeza. Cuando creía que le había dado un respiro, se manifestaba con mayor agresividad. Si la pillara conduciendo podría tener un accidente, incluso morir. Cómo de patético sería eso.

Quizá solo necesitara unas vacaciones, o un cambio de aires. Por experiencia sabía que el estado mental de las personas que la rodeaban tenía un impacto en ella. Echaba de menos a Howard. Y pensar que cuando le conoció él no era su primera opción… sin duda, había superado sus expectativas.

Nada mejor que su presencia para sacarle los gatos del pensamiento.

Capítulo Treinta Y Uno

Lunes, siete y cuarto de la mañana.

El objetivo era ignorar a los malditos gatos. Desde que se citó con su glamourosa terapeuta y fue readmitido en el trabajo después de tres días de ausencia —lo máximo que podía fingir un resfriado ante sus compañeros antes de que circularan rumores—, Daniel experimentó una leve mejoría. Logró encadenar cinco horas de sueño seguidas sin pesadillas y la actividad felina fuera de su piso se parecía a la habitual en cualquier barrio de gran ciudad.

Iris le había enviado por correo una recomendación de dieta imposible de cumplir para un soltero estresado y sin habilidades de cocina. La lista de productos nocivos para su salud coincidía con todo aquello de lo que él se alimentaba. Si tachaba solo la mitad de lo que aparecía en ella acabaría por nutrirse de aire y sales minerales y quizá se convertiría en una planta.

Tras tomarse un café sin azúcar que le entró como un cañonazo, abrió la cortina esperando encontrarse ahí fuera con una fila de gatos con la mirada fija en su ventana. Se habían marchado.

Desoyendo los consejos de Iris, durante el fin de semana cayó en la tentación de buscar info de gente con psicosis sobre gatos. Leyó una cantidad salvaje de locuras: gatos que provocan accidentes de aviones, gatos que usan a humanos como esclavos e incluso los que poseen a sus dueños. La búsqueda le llevó a rincones oscuros en los que se hablaba de una conspiración a escala global con seres felinos que se ocultan bajo el disfraz de humanos y que solo unos pocos elegidos eran capaces de percibir.

Daniel había participado en uno de los hilos contando su propia experiencia sin revelar el nombre de la empresa ni su localización. Entre esa gente, hablar en tono secreto y conspiranoico daba mayor veracidad a su testimonio.

Como gran empresa tecnológica, Proteus disponía de autobuses propios para transportarles a la sede en las afueras y así tenerles enchufados desde antes de entrar a la oficina. Dentro del bus no navegaba por ningún sitio no relacionado con su trabajo. No iba a jugarse el despido de manera tan estúpida. Tecleaba en el portátil con tanto fervor que no reparó en el compañero que se sentó a su lado.

—Guaaa, esa es la interfaz nueva del Neurocom. Eres del equipo de

desarrollo. —dijo un niñato no mayor de veinte años, escuchimizado y con pinta de genio loco, lo que posiblemente fuera.

—Sí —respondió molesto. El otro torcía el cuello hacia su pantalla sin entender que su trabajo era privado.

—¡Guaaaa, flipa! Yo participo en el proyecto. En el hardware.

—*Ajam*.

—No vacilo, hombre. Nosotros nos encargamos de construir la diadema.

—¿Diadema? Es un chip que va cerca de la oreja.

—No, hombre —El famélico con brazos de tubo sacó el móvil del vaquero y le mostró la imagen de una diadema plateada a cuyos lados sobresalían dos anchas antenas triangulares como orejas de gato—. Chulo, eh.

—¿El programa que estamos desarrollando es para esa cosa?

—La versión beta. Hay que hacer un montón de ajustes antes de los tests en humanos. Mira esto:

Dos ratones con una versión diminuta de la diadema en la cabeza. Se ponía al primero dentro de un laberinto. Tras varios intentos, encontraba la salida. Después se introducía al segundo, que encontraba la salida mucho más rápido.

—Asumo que no es una casualidad, que siempre da el mismo resultado.

—Correcto. El de fuera transmite al que está dentro, que así conoce el camino.

—¿Le ayuda a propósito? Me cuesta creerlo.

—No, y eso es lo más flipante. El segundo ratón ve la salida porque su dispositivo recoge la huella mental del primero. Nuestros pensamientos generan una energía casi imperceptible que las antenas absorben. El jefe lo llama Flujo.

—Me suena de alguna película… un momento, ¿has dicho "absorben"?

—No hemos hecho pruebas en humanos porque existe el riesgo de que uno le sorba el seso al otro. Algunos ratones mueren o se vuelven retrasados. El material del que están hechas las antenas permite hacer cosas muy locas. Con cada experimento descubres algo nuevo, pero tenemos a los reguladores soplándonos la nuca con sus malditas «objeciones éticas». Hasta que no compremos algún pez gordo en Washington, va a ser difícil avanzar.

—No quiero sonar muy capullo, ¿pero esto no es confidencial? —dijo bajando la voz.

—Un anticipo de lo que vas a saber oficialmente, futuro jefe. Eres Dan Robinson. Todos saben que te han dado la otra posición de director.

—Eso también se suponía un secreto. Puesto que vamos a trabajar

juntos, por favor no vayas por ahí hablando del proyecto.

—Mis labios están sellados, jefe. Por cierto, soy Mícolas. No confundir con Nicolás. Mi nombre es con M.

—Encantado, Mícolas con M.

Hasta mediodía la jornada transcurrió picando código. Estaba en su elemento, al ser el idioma en el que mejor se expresaba. El único inconveniente de ser promocionado era que le robaría tiempo de trabajo real para dedicarlo a minucias como reuniones y charlas corporativas.

A la una y media se levantó por primera vez. A esa hora casi todos habían abandonado la cantina y quedaban pocas opciones de menú disponibles. A la izquierda tenía una bandeja llena de alitas de pollo con extra de grasa, de la que pringa los dedos. A la derecha, ensalada. El olor del pollo le hizo salivar. La pobre lechuga, con un verde pálido, suplicaba ser dejada en el plato.

—Difícil decisión, jeje —dijo una voz femenina detrás de él. Pertenecía a Zoraya, una chica especialmente incompetente cuya presencia en el departamento le resultaba inexplicable.

Sin ganas de charla intrascendente, Daniel respondió con un gruñido que podría significar una cosa o la contraria. Finalmente colocó un poco de verdura sobre el plato de pollo. Nivel de comida sana: 10%.

Al darse la vuelta, la bandeja le tembló en las manos, volcando el plato peligrosamente. Con extraordinarios reflejos, Zoraya se anticipó al desastre y le ayudó a sostener el almuerzo.

—G-gracias por eso —dijo Daniel.

—Estás pálido. ¿Has visto un fantasma?

No un fantasma, sino un rostro gatuno donde debía estar la fea cara de Zoraya, que realmente ganaba con el cambio.

—Falta de sueño. Han sido semanas duras.

—Y tanto. Oye —ella bajó la voz—, se rumorea que el puesto es tuyo. ¿Es cierto?

—Sí. Lo anunciarán pronto.

—¡Felicidades! ¿Debo llamarte jefe?

—No, somos compañeros.

Se vio obligado a compartir mesa con ella, que había agarrado un platito con tres piezas de fruta y un yogurt. Charlaron de asuntos del departamento. Necesitó toda su fuerza de voluntad para sostener la mirada de pupilas verticales de Zoraya sin armar un escándalo. Comportarse otra vez de manera errática provocaría su despido. Se enfocó en el pollo de su plato mientras de soslayo veía a su compañera lamer el yogurt con una lengua demasiado grande.

De regreso a su mesa, sumergirse en el código fue el mejor remedio

contra las náuseas que le contrajeron el estómago durante el almuerzo. Ni siquiera se levantó a por el café de máquina de cada tarde. A las seis casi todos se habían marchado a casa, mientras que él seguía aporreando el teclado.

El silencio en la sala le permitió oír los murmullos al fondo. La solícita voz de su jefe chapurreando unas palabras en alemán. Otro hombre, de muy avanzada edad, respondía en el mismo idioma.

Levantó la cabeza por encima del monitor para echar un vistazo. En seguida la bajó, con las pulsaciones disparadas. El viejo gigantón con traje oscuro al que su jefe enseñaba la oficina era otro caragato.

Se maldijo por haberse quedado en la oficina hasta tan tarde. Pensó en escabullirse al servicio, pero no había nadie más trabajando entre su mesa y su jefe con el invitado. Peor aún: venían directos hacia él. Daniel se levantó forzando una sonrisa y discretamente se limpió el sudor de las manos en los pantalones.

Su jefe hizo las presentaciones en inglés.

—Daniel, tengo el honor de presentarte al señor Heinrich Hoeness, cofundador de Proteus. Ha querido visitar nuestra sede para la primera prueba de enlace mental que se llevará a cabo en humanos.

Venciendo su horror, estrechó la mano del alemán, que le saludó con una sonrisa de dientes picudos. Sus pupilas dilatadas se lo comían con la mirada. Le habló con una voz gutural tan desagradable como su apariencia.

—Estoy muy orgulloso del trabajo que hacen ustedes aquí. Aguardo con impaciencia la prueba en la que por primera vez en la historia dos seres humanos se comunicarán por el pensamiento. Para mí, es un sueño cumplido.

—Gracias por la confianza, señor Hoeness. No le decepcionaremos.

—Se preguntarán por qué elegí la sede de Estados Unidos para un proyecto tan importante. Mentiría si dijera que la excesiva burocracia alemana no es un factor. Sin embargo, la realidad es que les hemos elegido a ustedes por ser los más idóneos para el trabajo. *A usted*, recién promocionado en reconocimiento de su labor.

Daniel se enfocó en los halagos en un intento por que su mente no enloqueciera al recibirlos de un monstruo.

Al volver a casa echó la puerta con llave, como si el alemán le hubiera seguido hasta su apartamento. Sentado en el sofá con un plato de fideos, los acontecimientos vividos en la oficina perdieron consistencia, le costaba pensar en ellos sin sentir una pizca de vergüenza ajena.

En algún momento de la tarde el móvil se quedó sin batería. Al conectarlo se encontró con varios mensajes y llamadas perdidas. Los mensajes eran de Iris, que quería saber si finalmente acudiría a la cita

del día siguiente. Le había escrito a las ocho. Eran las once y veinte de la noche, una mala hora para gente con horarios normales. Su estado era “no disponible”. Tras pensarlo un momento, le escribió evocando su fresca fragancia de lirios.

«Hola, Iris. Confirmo la cita de mañana. Necesito verte. Sigo viendo a esas cosas»

Se tumbó en el sofá. Pensar en la melena oscura y labios perfectos de la doctora era buena manera de borrar de su mente los deformes rostros gatunos de la oficina.

El móvil sonó. ¿Sería ella? No, número oculto. ¿Quizá le llamara desde otro teléfono, para que su marido no sospechase? En un instante se montó una buena película dentro de su cabeza. Pulsó en la pantalla.

—Hola, Daniel. —Voz masculina desconocida. Veintitantos.

—¿Quién es?

—Soy Snikt.

—Es muy tarde para este tipo de bromas. Voy a colgar.

—Llamo por unos gatos.

Daniel lo pensó un momento antes de responder.

—Tú debes ser del foro de ocultismo. ¿Cómo has conseguido este número?

—Echamos anzuelos por toda la red. De vez en cuando pica alguien como tú.

—¿Como yo?

—Alguien que ha visto lo que no debería, y que busca respuestas en el único sitio donde no le tacharán de loco. En tus chats decías ver gente con rostro de gato. Monstruos.

—Me aburría. Quería echarme unas risas con frikis como vosotros.

—Ok, eres de los estúpidos. Más te vale escucharme: corres peligro. Si puedes verlos es cuestión de tiempo que ellos sepan que les ves. Cuando eso ocurra, te encerrarán, experimentarán con tu cerebro y, si todavía les distingues, te matarán.

—De momento no me dices nada que no haya leído en el grupo.

—Qué tal esto: Daniel Robinson, programador, seis años en Proteus. En la oficina han empezado a aparecer compañeros con cara de gato. Tú eres el único que los ve. Aún trabajas allí, lo que significa que no lo has contado a nadie.

La conversación había tomado un giro inquietante. Necesitaba reconducirla a terreno seguro.

—Te equivocas, genio: se lo conté a una psicóloga y he vuelto al trabajo. No me hicieron ningún experimento. De hecho, me han ascendido para un proyecto muy importante. Felicitado por el mismísimo CEO, que vino de la central.

Silencio del otro lado.

—¿Hablaste a una psicóloga sobre monstruos y no te han

encerrado? Hmmm… ¿Es posible que ella esté al margen? —murmuró Snikt—. No, tiene que haber otra razón.

—Típico de los locos. Cuando tumbas una teoría, te salen con otra.

—Rebobino. ¿Has dicho antes que el CEO de Proteus está en San Francisco? ¿Y te ha felicitado? Un tal… —se produjo una pausa—. Heinrich Hoeness. Alemán, setenta y nueve años.

—El mismo.

—De acuerdo, voy a investigarlo. Escúchame, Daniel. Esas criaturas que ves en tu empresa son reales. Hacen experimentos para alterar el cerebro de la gente, para impedir reconocerles. Si intentan someterte a cualquier prueba médica, dales largas. Por ahora, no llames la atención. Estaré en contacto.

El desconocido colgó antes de que él pudiera responder. Le dio mal rollo que no sonara a colgado, salvo por lo de presentarse con un nombre código. La idea de que sus visiones fueran reales le rompía los esquemas. Era una idea que debía rechazar por todos los medios, o perdería la cabeza con el éxito tan cerca.

Habiendo aceptado a los caragato como parte del escenario, volvió sin problemas a su ajetreada rutina. El martes fue un buen día. Se hizo oficial su nombramiento como co-director del proyecto de comunicación mental. Él formaría parte del equipo que hacía pruebas de laboratorio con animales como las que le había mostrado Mícolas en el bus.

El CEO andaba por allí interesándose por el trabajo de todos los departamentos y dando charlas paternalistas. Aunque tuviera un aspecto monstruoso, el orgullo de Daniel se hinchó como un globo cuando le felicitó por su promoción delante de todos y le señaló como «uno de los talentos sobre los que crecería la empresa».

Por la tarde tocó sesión con la doctora. La fragancia floral que la envolvía le relajaba. En su despacho el estrés y las preocupaciones mágicamente desaparecían.

Le contó que las visiones no habían cesado pese a dejar las drogas que mejoraban su rendimiento. Ella no le dio mayor importancia, porque sus efectos tardaban en remitir. Si convivía con el problema e ignoraba todo asunto relacionado con los gatos, las visiones le abandonarían. Era cuestión de tiempo.

A Daniel lo que realmente le preocupaba era no ser apartado de su trabajo, así que mientras no le declarasen enfermo, todo correcto. Por eso no le habló de la llamada de Snikt. Puesto que no volvió a contactarle, pensó que no volvería a saber de él.

Los días de paz espiritual acabaron el viernes, cuando su vida definitivamente giró hacia una camino de no retorno.

En la pausa del almuerzo le llamaron de recepción. Había llegado

un sobre a su nombre, sin remitente. Tras firmar el recibo se encerró en los aseos para abrirlo. Dentro encontró un pendrive y una nota con un número de teléfono.

Asomó la cabeza por la rendija de la puerta, asegurándose de que no hubiera nadie más e hizo la llamada.

Snikt contestó al primer tono.

—No hables, solo escucha. Estás muy jodido. El señor Hoeness tiene un cáncer de pulmón incurable. He accedido a su historial y la conclusión es que le quedan pocos meses de vida.

—Enviaré flores.

—*Baja la voz*. Que no te oigan, idiota. Uno de los proyectos en que trabaja tu empresa es transferir la conciencia de un cuerpo físico a otro. El jefazo ha viajado a Estados Unidos para realizar la transferencia antes de que la enfermedad deteriore su mente. Lo más difícil es encontrar a un anfitrión compatible, ha de estar sano y tener despiertas ciertas zonas del cerebro. Existen indicadores para saber si el candidato es compatible. Uno de ellos es su afinidad con los gatos. Aparte de ver monstruos, ¿te has sentido extraño en presencia de gatos últimamente? Responde con sí o no.

Daniel inspiró profundamente. Se estaba mareando.

—Sí —murmuró.

—Hablemos de tu ascenso. Seguro que tú piensas que te lo mereces, pero sé sincero: ¿No es raro que el CEO de Proteus se presente ante un tío que no es un alto cargo?

—Sí —reconoció a regañadientes.

—Creo que tenemos bingo. Diría que alguien se está asegurando una posición para no empezar desde lo más bajo de la escalera.

—Lo que insinúas es una fantasía.

—Supuse que dirías eso. El pendrive que te he enviado tiene un programa espía. Te permitirá acceder a un terminal de la red desde tu ordenador. Deja huellas, así que tendrás muy poco tiempo para encontrar pruebas que te convenzan. Te llamaré esta noche.

En el momento de colgar se oyeron golpes en la puerta del baño.

—¡¿Te has caído por el retrete?! ¡Los demás también queremos cagar! —exclamó alguien muy enfadado.

Daniel tiró de la cisterna y salió. Fuera topó con un caragato con ojos negros que se salían de las órbitas. Musitó una disculpa. La criatura bufó al pasar por su lado.

Sus compañeros comían en la cantina. En la oficina estaban él y unos becarios que no apartaban la vista de la pantalla. Entró al despacho del jefe y conectó el pendrive al ordenador. Pinchó en el icono del software espía para descargarlo en el disco duro. Como apareciese una interminable barra de progreso se pondría a gritar. Por suerte, la descarga y ejecución del programa tardó unos segundos.

Apagó el monitor y salió de allí.

—El señor Bailey está en I+D con el señor Hoeness —dijo una voz a sus espaldas. El que casi le mata del susto fue uno de los malditos becarios.

—Gracias, lo había olvidado —Como añadir más explicaciones hubiera sonado anormal, saludó secamente y volvió a su terminal.

Descargó el programa que le permitía controlar remotamente el ordenador de su jefe y dividió la pantalla para minimizar rápidamente la sesión si alguien pasaba por su mesa. Sus dedos volaron sobre el teclado, abriendo carpetas con aspecto de contener información valiosa.

Se detuvo en un organigrama del grupo Proteus con empresas satélite y asociados. Sus ramificaciones iban más allá del sector tecnológico, con inversiones en medios de comunicación, farmacéuticas y energías renovables. El documento estaba protegido a prueba de copias, por lo que hizo una captura con su teléfono. Sacó fotos de listas de políticos y personajes públicos influyentes ligados a Proteus.

Consultó el reloj. Catorce minutos y aún no había encontrado lo importante. Entró en los ficheros de I+D. Varios compañeros pasaron por su mesa para consultas rutinarias que el atendió con monosílabos.

Encontró registros de patentes que sonaban a ciencia ficción, algunos bajo la etiqueta «top secret» requerían un nivel de seguridad por encima de su jefe para acceder. Por fin llegó al enlazador telepático en el que trabajaba él. Habría no menos de un centenar de vídeos de experimentos con animales: ratones, perros, monos. Algunas de las cosas que vio de pasada bastarían para que a las puertas de la empresa se presentara un ejército de activistas con antorchas.

De casualidad encontró la carpeta con los resultados de las revisiones médicas. En vez de estar divididas por departamento, una tabla agrupaba todos los empleados del grupo Proteus. No necesitó escribir su nombre en el buscador, porque el suyo sobresalía en lo alto de la tabla, el quinto clasificado. Los cuatro por encima de él estaban marcados en rojo.

La tabla no estaba ordenada alfabéticamente. Navegó por las columnas en busca de parámetros que le indicasen con qué criterio se había elaborado la lista. No entendía ninguna de las abreviaturas y cifras en las celdas junto a cada persona.

Escribió el nombre de Zoraya, la caragato con quien almorzó días atrás. Figuraba entre los últimos de lista. También el Director de Compras, el primero al que reconoció con rostro felino. Debajo de ellos, varios trabajadores de una empresa llamada Lilium. Recordó haberla oído de Iris, que bromeó sobre los efectos medicinales de su fragancia de lirio.

Introdujo el nombre Iris Shalquoir en el buscador, pero no dio ningún resultado. Ella no tenía relación con Proteus, lo que explicaba por qué no mandó que le encerraran tras contarle que veía gente con cara de gato.

Copió los nombres que le precedían en la lista y los introdujo en el directorio *Quién es Quién* de la intranet. Ninguno trabajaba ya para la empresa.

Un escalofrío empezó a treparle por la espalda. Usó el navegador seguro de su móvil personal para curiosear las redes sociales de esos cuatro ex empleados. Tres muertos y uno en coma. Eso significaba que él era el primero con vida en esa lista.

Aunque nada de lo que tenía ante sus ojos serviría de prueba en un tribunal, no iba a quedarse allí para averiguarlo.

¿Y si todo eran paranoias suyas? ¿Tiraría su carrera por la borda después de tanto esfuerzo?

Oyó la voz de su jefe al fondo del pasillo. Se le acababa el tiempo. Debía cerrar la sesión antes de que él entrara en su despacho y se encontrara su ordenador en funcionamiento. Entró en su email corporativo, con cuidado de no abrir ningún mensaje no visto. Buscó HOENESS y leyó el mensaje más reciente enviado por su jefe.

«Personal de laboratorio listo. Últimos tests con transmisores satisfactorios. Pendiente confirmación del sujeto anfitrión»

Pasos hacia su escritorio. Daniel cerró la sesión.

—Buenas tardes, Daniel —saludó su jefe muy sonriente—. ¿Me acompañas al despacho? Te robaré solo un minuto.

—Por supuesto.

Daniel esperó con cara de póker mientras su jefe encendía el ordenador y consultaba su correo. Carraspeó.

—Bien… quería preguntarte qué haces mañana.

—Dormir, supongo.

—Los chicos del laboratorio han hecho un gran avance con los transmisores. Mañana querían hacer una prueba a puerta cerrada, solo para los responsables del proyecto. El Gran Hombre estará también. Pensé que sería una buena oportunidad para ti.

—Por supuesto, cuente conmigo.

—Magnífico, Daniel. Eso es todo. Un minuto, como te prometí. —Él le ofreció la mano—. Hoy es el último día en que estás a mi cargo. A partir del lunes te trasladarán con tu nuevo equipo. La próxima vez que nos veamos tú serás el jefe. Buen trabajo. —Daniel la estrechó tras secarse discretamente el sudor.

Medio minuto después salía por la puerta principal de Proteus. No pensaba regresar. Marcó el número de Snikt.

—Me han citado para mañana. No iré, me piro de la empresa.

—Es la decisión correcta. Te ayudaremos a desaparecer.

—Cómo que desaparecer.

—No basta con tu renuncia. El viejo está a punto de palmar y tú tienes el cuerpo anfitrión. Si no acudes, los tíos de las pistolas se presentarán en tu casa. Mi consejo es que te largues esta misma noche.

—Lo haré a mi manera. No me mezclaré con vosotros.

—Tú solo no durarás una semana.

—Sí, si me dais pasta para empezar lejos de aquí. He sacado información del entramado de Proteus. Empresas asociadas, medios y políticos que tienen comprados, etc.

—¿Vas a mercadear con tu vida en juego? Eres gilipollas.

—Quiero dos millones de dólares.

—Es mucho dinero.

—Seguro que te apañas para reunirlo. Te envío un adelanto para que entiendas lo que vale mi información.

Daniel le envió un fragmento con unos pocos nombres de personalidades implicadas en la trama.

—Es muy valioso —reconoció Snikt—. Deja que lo discuta con mi gente. Por favor, piénsatelo de nuevo. Nos necesitas.

—Sé cuidar de mí mismo. Espero tu confirmación del dinero.

A las diez de la noche abandonó el piso con una mochila de senderismo en la espalda y reservó habitación en un hotelucho de tres estrellas, donde cenó barato.

El móvil le notificó un aviso de transferencia. Los nervios le hicieron teclear dos veces mal su contraseña en la app del banco y por poco se la revocan. A la tercera fue la buena. Acababa de recibir una transferencia de un millón de dólares. Era un hombre rico. No tan rico como un ejecutivo de Proteus, pero más que la mayoría de hombres a los treinta.

Envió la mitad de la documentación sobre la compañía. El resto, al recibir el segundo millón. A la mañana siguiente abandonaría el país, pero antes debía hacer otra llamada.

* * *

Iris tenía una pesadilla con el test de cadena de imágenes en las oficinas de Lilium. La primera era una mansión siniestra en un día de tormenta. La palabra que ella escribió fue sustituida por «MUERTE».

La segunda imagen era una piscina del balneario de Lilium con los guardias con cabeza de gato. Bajo ella, «MUERTE».

La tercera era la sombra de una persona con un puñal en la mano. «MUERTE». La sombra avanzaba con el arma en alto, lenta pero imparable. Iris intentó levantarse para huir, pero su trasero estaba

pegado al asiento.

La voz retumbó dentro de su cabeza.

(MUERTE. MUERTE. MUERTE. MUERTE. MUERTE…)

El tono de su móvil la rescató de la pesadilla. Su marido despertó alarmado.

—¿Quién llama? —preguntó él, que encendió la lámpara de la mesita de noche— ¿Es mi madre? ¿Le ha pasado algo a…?

Iris aceptó la llamada y tranquilizó a Howard negando con la cabeza.

—¿Daniel? ¿Que quieres… qué? *¿Ahora?* Cálmate. Repite eso. De acuerdo, voy. —Tras colgar ella sacó del armario vaqueros y un jersey holgado.

—Cielo, ¿quién era? ¿Dónde vas?

—Es un paciente. Me espera en el gabinete.

—*¡¿Uno de esos locos?!*

—No son locos, Howard.

—No es de persona normal molestarte a estas horas. Y menos quedar con él.

—Ha dicho algo extraño de mi jefe y algunos compañeros. Tiene que ser esta noche, porque mañana abandona el país.

—Eso suena muy sospechoso.

—Sí, temo que haga alguna tontería.

—Está bien, pero yo voy contigo.

Con las prisas, Iris no se puso perfume ni maquillaje. Howard solía decirle que era mucho más hermosa al natural. Fueron en el Lexus de él, que la bombardeó a preguntas sobre su paciente.

—Tiene una extraña psicosis. Ve gatos por todas partes.

—Y tú me dices que no le llame loco.

Iris rio.

—Amor, las cosas son más complicadas de lo que parecen. No te creas que voy por gusto. Si le da una crisis, estaré en problemas. Firmé un papel autorizando que volviera al trabajo. Tonta, tonta, tonta.

—No te culpes. Eres una buena persona, cuidas de los demás. Por eso me casé contigo.

—Pensé que era por mi sexy melena… ¿o era mentira?

—Eso también. Aunque lo que realmente me vuelve loco de ti es tu lunarcito.

Aparcaron en la calle del gabinete, que estaba desierta.

—Aún no ha llegado.

—Cariño, aunque no te guste, deberías guardarla en el bolso. —Howard abrió la guantera y sacó una pistola Ruger de bolsillo que le había comprado para su protección. Él no se sentía seguro con que su esposa tratara con dementes.

—Howie, yo no serví en el ejército. No sabría usarla.

—¿Subo contigo?

—Nooo… —Ella le dio un puñetazo suave en la barbilla—. Vigila desde la calle.

Mensaje en el móvil. Daniel estaba a un minuto. Iris le dio un beso en la boca a Howard y subió al gabinete en el segundo piso. Al poco de acomodarse en la silla sonó el timbre de la puerta. Ella pulsó el interruptor y abrió a Daniel, que entró con una carpeta bajo el brazo.

—Doctora, gracias por atenderme. He descubierto una conexión entre la clínica Lilium y Proteus. Traigo archivos confidenciales… — De repente se calló. Arrugó la nariz—. ¿A qué huele?

—Yo no huelo nada.

—*Aquí huele raro.*

Aunque hiciera un frío de pelotas, Howard caminaba de un lado a otro de la calle, incapaz de quedarse sentado en el coche. Que uno de esos locos —no dejaría de llamarles así por mucho que Iris insistiera— les hubiera sacado de la cama en mitad de la noche le escamaba. Había observado atento al joven larguirucho entrar en el portal, con una sudadera con capucha de las que dificultan su identificación.

Pese a no ser ningún chaval —cerca de los cuarenta y de lleno metido en su carrera política— conservaba parte del sentido de supervivencia e instinto que le inculcaron en el ejército. Él era el cliente soñado por cualquier guardaespaldas, al tomarse la seguridad tan en serio como el que más.

Un movimiento brusco en el interior del gabinete disparó su alerta. Iba a dirigirse a un punto con una mejor perspectiva cuando la ventana estalló y un pisapapeles esférico rebotó en la acera.

Howard corría hacia el portal cuando oyó el grito de su esposa.

Capítulo Treinta Y Dos

Howard corrió lo más rápido que le permitía su leve cojera; embistió contra la puerta entornada de la calle y se lanzó escaleras arriba.

Iris gritó de nuevo.

La patada con la que abrió el despacho le envió un latigazo de dolor hasta la cintura. Encontró a los dos forcejeando en el suelo, él encima de ella. Iris se revolvía y pataleaba mientras el hombre dirigía la punta del abrecartas hacia su cuello.

No hubo tiempo para la duda. Aunque desde que abandonó el ejército solo había disparado en galerías de tiro, el instinto emergió para salvar la vida de su amada.

Howard apuntó y apretó el gatillo.

La policía se presentó cuarenta minutos más tarde, tras llamarles desde su teléfono y explicarles la situación. La segunda llamada fue para Vic, su jefe de campaña y mejor amigo, que acudió al lugar antes que los polis.

No dejó de abrazar a su mujer mientras les tomaban declaración. Por su condición de cargo público y la repercusión mediática que tendría el caso, no le pusieron las esposas al meterlos a ambos en el coche patrulla. Los buitres de la prensa se arremolinaban a la entrada del edificio, excitados por el olor de la sangre.

La sangre de Daniel Robinson, muerto de un certero disparo en la cabeza.

Fue la peor semana en la vida de Howard. En el ejército nunca se planteó matar a nadie si no era luchando por una causa justa. La familia era mucho más importante que eso.

Su madre se quedó en casa mientras él era interrogado en comisaría. Iris estaba muy afectada y necesitaba apoyo psicológico. Por su parte, Vic lidió de manera admirable con los periodistas. Se sentía afortunado por estar rodeado de tan buena gente.

Gracias a las declaraciones de compañeros y superiores de la empresa donde trabajaba el muerto la policía pudo esclarecer rápidamente el caso. Daniel Robinson, paciente de Iris, robó archivos confidenciales con el propósito de venderlos al mejor postor. En su cuenta bancaria se encontró un millón de dólares depositados horas antes de su muerte. Minutos después compró un billete para Londres.

La empresa sospechaba de sus intenciones y pensaban despedirle aprovechando una crisis psicótica que tuvo en la oficina, seguramente provocada por la presión de sus actividades ilegales. Lo enviaron a terapia con la esperanza de que Iris les diera argumentos para forzar su salida. Él engañó a la terapeuta, que aconsejó su readmisión. El último día, su jefe le comunicó que revocaba su ascenso. Daniel se marchó de la empresa y ejecutó la venta.

¿Por qué intentó matar a su terapeuta, entonces?

Daniel se había obsesionado con ella. En su fantasía enfermiza, él la citó a medianoche para proponerle que se escapara con él. Iris le dijo que llamaría a la policía y él intentó matarla. No contaba con que su marido, un ex militar condecorado, truncaría sus planes.

Howard fue puesto en libertad sin cargos.

Tomaban una copa cómodos en el sofá del salón después de la cena. Usando su cerebro de estratega, Vic les mostró sonriente el tratamiento de la noticia en los medios.

—Este puede ser el espaldarazo definitivo para tu candidatura. Quién no votaría al hombre que protege al pueblo. Como soldado, como esposo, como alcalde.

—Vic, un malnacido ha estado a punto de matar a mi mujer… ¿Y tú quieres que lo utilice para subir en las encuestas?

—¡Mira los sondeos, Howie! Tu popularidad se ha disparado. —Levantó la mano ante la mirada furibunda de Howard—. Perdón, mala elección de palabras. Lo que quiero decir es que ha surgido una ola favorable. Como jefe de campaña tengo la obligación de aconsejar que te subas a ella.

—Los de la prensa nos harán revivirlo una y otra vez. ¡Iris tiene pesadillas, necesita calmantes para dormir, maldita sea!

Ella le pasó el brazo por los hombros.

—Está bien, amor. Vic tiene razón. Es una gran oportunidad para ti. Para nosotros. Cometí un gran error con ese hombre. Firmé un papel diciendo que estaba sano. Estos días me he estado preguntando si realmente valgo para mi trabajo.

—¡Por favor, Iris! Tú no tienes culpa de nada. Si acaso, de preocuparte demasiado por los demás. Cualquier otro hubiera llamado a la policía si un loco le molestara por la noche.

—El cambio de aires me vendrá bien. Nunca habrá mejor ocasión. Además, necesitas a tu mujer en casa.

—No quiero que renuncies a tu carrera por mí.

—Voy a cambiar de carrera, dulce esposo. La de mano derecha del futuro alcalde de Nueva York.

Se mudaron a un apartamento del East Village, zona de gente *chic* y adinerada. Howard tenía tres años por delante para preparar la

campaña. Desencantado con el partido republicano e incapaz de cambiarse al otro bando por principios, tuvo la audacia de fundar un partido independiente. Realmente fue Iris quien le animó a lanzarse después de que una herida en la pierna le alejara del ejército.

Entre la mudanza y su presentación en sociedad, las semanas pasaron en un suspiro, y antes de darse cuenta entraron de lleno en periodo navideño.

Iris y Vic se convirtieron en los mejores consejeros políticos. Su amigo frenaba a los medios que aún insistían en desenterrar el caso del paciente psicótico. Una de las condiciones para conceder entrevistas fue que respetaran la privacidad de su esposa, aún traumatizada por lo ocurrido en su gabinete. Las pesadillas no la habían abandonado, pese a lo cual se resistía a visitar a un terapeuta.

Howard encajó mal lo de aquella noche. Ese hombre le hizo elegir entre su vida y la de Iris, dejándole sin más alternativa que disparar. Hizo lo correcto, pero su mente le torturaba por haber matado a un civil. Recibió ayuda psicológica a espaldas de Iris, para no cargarla con su propia culpa.

En la víspera de Navidad iban de compras por los grandes almacenes con regalos de última hora para sus padres, que estaban de visita hasta fin de año. Mucha gente le reconocía y firmó sus primeros autógrafos. Iris se mantuvo en segundo plano, observando complacida el baño de multitudes.

Camino de una cafetería pasaron por una tienda de deportes. Ella se frenó en seco, con la vista perdida más allá del escaparate.

—¿Algo interesante ahí dentro? —preguntó Howard.

—Cielo, siéntate en aquella mesa antes de que nos la quiten —señaló la única mesa libre en la cafetería de al lado— y pídeme un capuchino con dos de azúcar. Tardo un minuto.

Recién servidos los cafés, ella regresó con un par de bolsas y una radiante sonrisa en el rostro.

—¿Qué has comprado? —Ella le dejó echar un vistazo—. ¿Patines? ¿Tú patinas?

—Sí. Antes era muy buena. No he practicado en años. Al verlos en la tienda sentí la llamada.

—Fascinante. Nunca lo imaginaría —dijo él dando un sorbito al café.

—Hay facetas de mí que aún no conoces. —Iris le dedicó una mirada misteriosa.

—Cierto… —Howard dio un sorbo más a su taza y preguntó de modo casual—. ¿Quién es Alice?

—¿Cómo? —Lo súbito de la pregunta la pilló desprevenida.

—Me has oído. ¿Quién es Alice?

Iris bajó la mirada a su capuchino.

—¿De dónde has sacado ese nombre? —murmuró ella.

—De ti. Siempre has hablado en sueños. Con más frecuencia de un tiempo a esta parte. Desde que ocurrió lo de tu paciente, Vic hizo algunas averiguaciones. Por si hubiera más locos detrás tuya. Eso explicaría tu timidez ante las cámaras. Nunca he conocido a una mujer que se haga menos fotos que tú. Con lo guapa que eres…

—No te desvíes. Dime qué averiguó Vic.

Howard se sintió un poco avergonzado. Aunque su esposa le guardara secretos, no resultaba cómodo confesarle que la había investigado.

—Por su cargo y porque es mi amigo, Vic investiga a todas las personas cercanas a mí. No me gusta, pero así es el juego de la política. Iris Shalquoir no existía antes de ir a la universidad. No existen registros de donde naciste. Por tanto…

—Alice Letissier. Ese es el nombre con el que vine al mundo. Esa fui yo hasta poco antes de conocerte. Pero esa no es la mujer que tienes delante.

—Yo no necesito saber el porqué te lo cambiaste. Sin embargo, Vic se quedaría más tranquilo si no existieran brechas por las que nuestros adversarios políticos pudieran atacarnos.

—En el instituto me junté con la gente equivocada. Algunos pertenecían a una secta. Al venir a Estados Unidos pensé que me había librado de ellos. Error. Dieron conmigo y me acosaron por redes sociales.

—¿Por qué no acudiste a la policía?

—Lo hice, en Canadá. No movieron un dedo. «Cosas de chavales», dijeron. Asumí que aquí sería lo mismo.

—Lamentablemente tienes razón —suspiró—. ¿Y tus padres? ¿Cómo se lo tomaron ellos?

—Nuestra relación era muy mala. Cuando me mudé a Estados Unidos perdimos el contacto. No los he vuelto a ver. —Se le saltaron las lágrimas—. Siento mucho no habértelo contado. Pensé que podría dejar atrás mi pasado.

—Podemos.

Howard la abrazó.

Técnicamente, Baba nunca había patinado. Por eso sus primeros pasos por la pista de hielo de Central Park fueron titubeantes. Howard observaba desde fuera de la pista. Su lesión en la pierna no le permitía ese tipo de ejercicio.

Tras una torpe primera vuelta, la habilidad dormida en su interior despertó y sus pies se movieron rítmicamente, cada vez más rápido. Hizo un gesto a Howard para que prestase atención. Con una potente aceleración se deslizó al centro de la pista, y despegó con los brazos

abiertos. Volaba.

Aterrizó entre silbidos y aplausos. Ser popular, cuánto lo había echado de menos. Al lado de Howard volvería a serlo. Con su ayuda, él ganaría la alcaldía. Y después apuntarían a metas superiores. Gobernador. Presidente.

Nada ni nadie la apartaría de su destino. Ni las restricciones de Bastet, ni el patético grupo de resistencia de Thymora. Ni tampoco la voz dentro de su cabeza. Una voz que creía enterrada en las profundidades de su mente y que se negaba a callar.

(Nunca me rendiré)

No eres más que un eco en mi cabeza, dulce Alice. Fúndete en mis pensamientos y seamos una, como yo lo fui antes con Yaga. Por qué te resistes.

(Tú me has dado un motivo para luchar. Mejor dicho: me has dado dos. Ellos también son míos)

Iba a negarlo tajantemente, cuando una voz excitada interrumpió el diálogo interior.

—¡¡¡Guuuaaaaau!!! ¡Porfa, quiero patinar contigo! —dijo un niño.

—¡Yo también quiero! —dijo su hermano.

Ella se desplazó con gracia hacia al borde de la pista y tendió las manos a los gemelos.

—Milo, Cosmo, venid con mamá.

LA MANSIÓN ENTRE DOS MUNDOS

La luz de otoño extendía un manto dorado sobre la superficie del lago de Central Park. Milo y Cosmo, cada uno tirando de un remo, gobernaban la barca como un solo hombre. Con once años los gemelos habían pegado un buen estirón, en especial Cosmo, que presumía de hombros de atleta.

Desde la proa su madre les observaba con orgullo y una pizca de melancolía. Sus cachorros pronto entrarían en esa fase de la vida en que las chicas ocuparían el centro de su mundo. Howard y ella serían los molestos adultos que refrenarían sus instintos.

En Iris McDonnell convivían dos personalidades opuestas. La noche en que poseyó a Alice en la sala de ceremonias de la mansión Letissier, Baba la aisló en un rincón de su mente. Olvidó a sus padres, a sus amigos, y muchas de sus experiencias previas. Las lagunas en su memoria eran el precio a pagar por el cuerpo de Alice.

Aunque estuvo a punto de elegir a otro, Howard acabó siendo el hombre perfecto para sus propósitos. De sólidos principios, idealista y de una familia influyente, le pidió en matrimonio en el último año de universidad tras quedarse embarazada.

Nacieron gemelos, algo imposible porque los nueve únicamente podían procrear un hijo por generación. Ellos eran el reflejo de la dualidad de Iris, al convivir dos personas en un mismo cuerpo.

Baba aprendió el significado de sacrificarse por los demás. Ella poseía dos amuletos con lágrimas de Ankh que recibió durante la ceremonia en París. Aunque los guardaba para asegurarse su reencarnación, los entregó a sus hijos, algo que su antigua yo nunca hubiera hecho.

Tras años de silencio, Alice emergió de las profundidades de su mente. Como un mosquito inoportuno, picaba a la menor ocasión, produciéndole agotamiento y jaquecas. Las pastillas y remedios medicinales elaborados en Lilium solo le aliviaban esos padecimientos.

Mientras dormía, Baba enviaba rastreadores para encontrar el escondite de Alice en su cerebro. No se atrevía a buscarla en persona, por temor a quedar perdida en los recovecos de su propia mente. Cuando obtuviera su rastro, iría a por ella con todas sus fuerzas.

Otra preocupación era su relación con Bastet. La muerte de Daniel Robinson abrió una brecha que no dejó de agrandarse en los tres años

que llevaba en Nueva York.

Iris se había presentado como la víctima de su paciente enloquecido, que la atacó al verla con cara de gato. Hubiera podido liquidarle fácilmente, pero se hizo la indefensa ante Howard, sabiendo que él dispararía a su agresor.

Ellos salieron limpios. Por contra, el nombre de Proteus fue relacionado a un caso de asesinato. Tarde o temprano algún investigador tiraría de ese hilo. Iris debía alejarse de su antigua empresa, ahora que su marido era un personaje público.

Necesitaba prepararse para la tormenta. Si Howard era elegido alcalde, obtendría poder político, pero no era suficiente. Existía un poder mucho mayor oculto bajo el lago.

—¡Allí, mamá, la veo! —Cosmo señaló a la izquierda.

—¡Magnífico, hijo! ¿Y tú, Milo?

—Todavía no, mamá. Esto es muy frustrante.

—No te preocupes, cariño. Os dije la otra vez que os desarrolláis a diferente ritmo.

Sus palabras no consolaron a Milo, que había pedido volver al lago para hallar la casa sumergida que tanto le interesaba a ella. Se situó al borde de la cubierta y entornó los ojos. Algo brillaba ahí abajo…

Una racha de viento movió la barca y le arrojó al agua. Cosmo estiró rápidamente el brazo y le izó a pulso. Iris le quitó la camiseta para echarle por encima el abrigo. Jadeó.

—*¡¿Dónde está el colgante?!*

—¡Lo llevaba puesto! Debe haberse soltado.

Ella se desprendió de las zapatillas y se lanzó de cabeza ante la mirada atónita de los gemelos.

El agua estaba muy fría y la visibilidad era escasa. Siendo tan ligero, la corriente desplazaría el colgante lejos. Si no lo recuperaba en los próximos dos minutos, lo perdería para siempre.

En su mundo de origen Baba fue una maga del más alto rango; en este apenas conservaba una fracción de sus antiguas habilidades. Cerró los ojos y buscó con el ojo interior, el que sintonizaba su organismo con el residuo de poder contenido en el amuleto.

En el fondo se produjo un parpadeo.

Los doce metros de profundidad del lago se sintieron como el descenso a una fosa abisal. Si el colgante no se había posado justo debajo, se acabó.

Sin resuello, Iris se agarró al borde de la barca, y sus hijos la ayudaron a subir. Milo estaba pálido.

—¡Mamá, casi te ahogas! ¡No debiste bucear tan hondo!

Iris le apretó el brazo con una fuerza inesperada.

—¡Ten más cuidado, Milo! No puedes perderlo, bajo ninguna

circunstancia, ¿lo entiendes?

—S-sí, mamá.

—Fue solo un accidente —dijo Cosmo en defensa de su hermano—. Los cuidaremos como si fueran de oro. Prometido.

Ella se apaciguó, un poco avergonzada por su estallido.

—Os voy a contar un secreto: estos amuletos son mágicos. Los fabricó la dueña de la mansión bajo el lago. Hay cosas muy chulis allí.

—Un día la exploraremos contigo —dijo Cosmo.

—Yo no puedo atravesar su sello. Vosotros, sí. Sois chicos muy especiales. Si os mantenéis unidos, lograréis grandes cosas.

Aquel día lo único que lograron fue pillar un resfriado.

Iris se repartía con Vic el trabajo de organizar la campaña. Aunque habían resuelto sus diferencias después de que él escarbara en su pasado, nunca serían amigos. Estaba sola en la oficina supervisando la lista de asistentes a una gala benéfica, cuando un rostro conocido —y desagradable— se presentó en la puerta.

—Larry Pinker, estás muy lejos de Lilium.

—Hola, Iris. Como no nos escribes, decidí pasar a verte. Os va de lujo: los sondeos favorecen a Howard, tus chicos están fuertes y sanos…

—¿Qué haces aquí? ¿Has descubierto que me necesitas para tus experimentos? ¿Temes que tu ama descubra que eres prescindible?

—La jefa está inquieta.

—Eso no es nuevo.

—En el tiempo que llevas aquí has cortado lazos con los tuyos. Bastet se siente repudiada. Teme que no tengas claras tus lealtades.

—*Los míos* son mi marido y mis hijos. En cuanto a mis lealtades, nunca han sido más claras. Dime para qué has venido o llamaré a seguridad.

—Un ejecutivo de la compañía se reunió con Howard para ofrecerle una generosa contribución a su campaña. La ha rechazado.

—Howard piensa que recibir dinero de grandes corporaciones le comprometería en sus políticas.

—*¡Corta las gilipolleces, Baba!*

La garganta de Iris produjo un bajo gruñido. Sus pupilas brillaron.

—Vigila tus modales, hombrecito. Ser mascota de Bastet no te da inmunidad. No ante mí.

Tomando consciencia de que ellos dos no estaban en igualdad, Larry sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente y suavizó el tono.

—Iris, las políticas que defiende tu marido no nos favorecen. Bastet pensaba que estando a su lado, la expansión de Proteus encontraría menos obstáculos.

—Howard posee la virtud de pensar por sí mismo. No voy a oponerme a lo que él decida por haceros un favor.

—Avisé a Bastet de que esa sería tu respuesta. Los resultados de tus tests fueron reveladores. Así las cosas, la compañía apoyará al candidato demócrata Robert Rodríguez con todos los medios disponibles.

—Vuestro candidato perderá. Esta reunión ha terminado.

Larry se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió hacia ella. Tras pensarlo un momento, soltó lo que realmente preocupaba a su ama.

—¿Nunca te has preguntado por qué diste a luz a gemelos? Los nueve solo podéis concebir un hijo por generación. Los tests revelaron dos presencias dentro de ti.

—Ser bipolar parece mi destino. Primero Yaga, y luego la chica Alice. Lo tengo bajo control.

—Bastet teme que tus conocimientos y habilidades caigan en manos enemigas. Por eso, estaría más tranquila si en el futuro tus hijos le juraran lealta…

Con velocidad sobrehumana, Iris recorrió la distancia que les separaba y le apretó el cuello con uñas convertidas en garras. El sello de Bastet en esa escoria le impedía hacerle daño sin sufrir una agonía. Ella soportaba bien el dolor.

—Si vuelves a mencionar a mis hijos, Bastet recibirá tus pedazos en una bolsa. Dile a tu ama que se mantenga lejos de mi familia.

Tras despedir a Larry, permaneció un rato más en la oficina, pensando. En todas partes acechaban peligros, incluso en su interior. En adelante, trataría a cualquiera como a un enemigo en potencia. Al menos tenía la seguridad de que los suyos jamás le apuñalarían.

* * *

La última memoria coherente de Alice fue la de su forcejeo con Baba en la cámara subterránea de la mansión Letissier. El monstruo había abierto la boca y al momento una luz lo envolvió todo. Tuvo *flashes* de sí misma agarrando los colgantes de manos de la estatua del dios felino. También del viaje en el avión de vuelta a América. Su conciencia iba y venía. Poco después los sentidos dejaron de enviarle información del exterior.

La respuesta lógica era que había muerto. Se sorprendió a sí misma por la tranquilidad con la que formuló esa hipótesis.

Por un tiempo indeterminado anduvo por la oscuridad en lo que debía ser el purgatorio, cuando oyó un maullido. Cerca brillaron un par de ojos, uno con una pequeña medialuna en su interior. Había visto antes a esa gata persa.

—Tú eres Yaga. La mitad buena de Baba. ¿Cómo se sale de aquí?

La medialuna del ojo de Yaga brilló, abriendo un portal de luz. Alice lo cruzó tras ella. Había salido de la oscuridad, pero el lugar en el que estaba ahora no era menos confuso.

Si esto es el país de las maravillas, yo soy Wonder Woman, pensó Alice mientras contemplaba el entorno alucinógeno a su alrededor. Se sentía la musa de un pintor surrealista, siguiendo a la gata a través de una sucesión de escenarios imposibles: bosques de árboles retorcidos, ciudades con edificios se extendían hasta el cielo, zonas en las que la gravedad cambiaba aleatoriamente de dirección.

Atravesaron una pradera en la que el terreno temblaba como si un gigante bailara sobre él. Al otro lado de una loma halló la causa del estruendo: no un gigante, sino una mansión victoriana sostenida en el aire por cuatro colosales patas de gato. En la fachada delantera se abrieron dos ventanas con forma de ojo. La puerta principal era una boca que le habló con una divertida voz femenina.

«¡ALICE, VOLVEMOS A ENCONTRARNOS! GANÉ MI APUESTA»

—¿Thymora? ¿Estás ahí arriba?

«¡SÍ, SUBE!»

—¡¿Cómo que *sube*?! ¿Y por qué no bajas tú?

«ESO NO SERÍA DIVERTIDO»

La gata persa escaló ágilmente por una de las patas y la observó desde la cima con chulería.

Usando los largos pelos de la columna como puntos de agarre, Alice imitó el ascenso de Yaga. No había subido un tercio de la columna que los músculos le ardían por el esfuerzo. Perdió el agarre de la mano izquierda y se quedó colgando de un solo brazo. Apretó los dientes para no gritar. Lo hizo un instante después, al caer de la altura de un primer piso. El impacto la dejó dolorida.

Oyó la risa procedente de la mansión.

—¡No tiene gracia, maldita bruja! ¡Casi me mato!

«NO SEAS MELODRAMÁTICA. SI QUIERES QUE HABLEMOS, JUEGA CONMIGO»

—Yo no soy alpinista.

—¿Qué significa eso?

Tras un minuto sin respuesta concluyó que le tocaba usar la cabeza. Sus manos eran inútiles para resolver ese problema. Su fuerza estaba en las piernas gracias al patinaje.

Alice creció un palmó, bajo sus pies habían aparecido unos patines. Palpó la columna peluda. ¿Cómo lo ayudarían los patines a escalar? ¿Enredarlos entre los pelos para engancharse? No tenía sentido.

Recordó que había pasado por una zona con objetos flotantes, con la gravedad invertida. ¿Y sí…?

Los patines brillaron.

«TIENES DIEZ SEGUNDOS»

Apoyó un pie sobre la columna frente a ella. Como atraída por un imán, sus patines se pegaron a la superficie y cambió de orientación; arriba se convirtió en adelante. Patinó a toda velocidad. La cuenta atrás se agotó justo al llegar a la cima, momento en que su orientación cambió de nuevo y atravesó como un cohete las puertas abiertas de la casa, estrellándose contra una pared acolchada en el salón.

—¡Bravo! Una entrada espectacular —aplaudió Thymora complacida—. Siéntate, el bizcocho está recién hecho.

Alice se quitó los patines y se sentó en el sofá. Thymora comía un bizcocho de chocolate mientras miraba a la enorme pantalla de televisión. En ella, dos hombres subían por una torre compuesta de cubos que se derrumbaban segundos después de que pisaran ellos. Los participantes en esa prueba escalaban nivel a nivel con la angustia de que la estructura colapsara bajo sus pies.

La anfitriona les señaló.

—Para que no te quejes. Ellos lo tuvieron más difícil que tú.

Con un salto milagroso aterrizaron sobre la cima antes de que el último piso desapareciese. Lo único que quedó de la torre fue la plataforma volante sobre la que se encontraban. Se materializó una puerta de luz por la que abandonaron el escenario.

Thymora apagó la televisión con un chasquido de dedos.

—¿Te divierte hacerle cabronadas a la gente? —preguntó Alice.

—Dicho así suena feo.

—Usaría palabras mucho más feas para describirlo.

—Es una prueba, como la que has superado tú para subir aquí.

—Una pena que no superase la de matar a Baba, ¿verdad? *¡Mira qué bien salió aquello!* —Alice arrojó el plato al suelo. Le sobrevino un ataque de llanto. Yaga saltó a su regazo y ronroneó. Thymora hizo tiempo para que se calmara mientras recogía el estropicio.

—Lo hicisteis muy bien, tu amiga y tú. Casi destruisteis a una maga muy poderosa.

—Antes dijiste "gané la apuesta". Tú sabías que no lo conseguiríamos. Y me enviaste al matadero.

Thymora dio un largo suspiro.

—Deseé tu victoria con todo mi corazón, pero no estabas preparada. El día en que Baba te encontró se decidió tu destino. Si no hubieras ido a París, ella te habría obligado. Viste lo que hizo con tus amigos. Lo mismo hubiera hecho a tus padres.

—Entonces, todo fue para nada. Estaba destinada a perder. —Se le escaparon lágrimas de rabia. De impotencia.

—No. Para nada, no. Ven conmigo. —Thymora guió a Alice a un salón cuyo suelo era un tablero gigante—. Tu aventura en París fue una prueba de valor. La superaste con honores.

—¿Y de qué me sirve eso?

—Contéstame una cosa: Ahora mismo, ¿estás viva o estás muerta?

—Pues no lo sé. Llevo un rato esperando a que me expliques dónde demonios estoy.

—Baba te ha poseído. Ha ocupado la mayor parte de tu mente, confinándote a un pequeño rincón. Cuenta con que eso quiebre tu voluntad y te desvanezcas en sus memorias.

—¿Y tú qué haces dentro de mi cabeza?

Thymora señaló a la gata persa.

—En nuestro mundo, Baba y Yaga estuvieron juntas en un mismo cuerpo. Aunque las separé, Yaga conserva una puerta de entrada a la mente de su otra mitad. Su talento es crear portales.

—No creas que he entendido mucho.

—Es cosa de magia. ¿Mejor así?

—Oh, sí. Me encanta "magia" como explicación genérica para mis dudas.

—Ni siquiera eres aprendiz. No entenderías mis palabras. Pero tranquila, vas a tener tiempo para aprender. —Le dirigió una mirada cómplice.

—¿Aprender qué?

—Cómo derrotar a Baba. Querida, la lucha aún no ha terminado.

Sin ocultar su emoción por la posibilidad de que Alice se convirtiera en su nueva pupila, Thymora la condujo a una amplia habitación con las paredes ocupadas por puertas una al lado de la otra con poca separación entre ellas. Todas estaban cerradas con doble cadena y candado, menos una.

—¿Qué es está habitación? —preguntó Alice.

—Es la Habitación de las Muchas Puertas.

—Eso ya lo veo. Espera, ¿*ese* es su nombre? —Alice puso los ojos

en blanco.

—Si no te gusta, piensa tú uno mejor, listilla.

—No importa. ¿Por qué los candados?

—Nos encontramos en una versión onírica de mi mansión. En la de verdad, cada puerta da acceso a un lugar y época diferentes. Aquí solo podemos movernos dentro de tu mente. Esa es la lección de hoy. Yaga, haz los honores —dijo Thymora a la gata persa, que empujó con la pata la única puerta abierta.

Entraron a una habitación con estanterías llenas de DVDs. Alice se ahorró la pregunta de qué películas contenían. En sus carátulas obtuvo la respuesta.

—Son mis recuerdos. Aquí está toda mi vida.

—Coge las memorias que desees proteger de Baba. Elige bien, no queremos que ella sospeche que manipulas su mente. Perder recuerdos es algo normal tras poseer el cuerpo de otra persona.

A sus pies apareció una caja vacía, donde guardó las memorias de sus padres; sus nombres, dónde vivían. Difuminó sus rostros. También los de sus amigos. Más difícil fue ocultar a Soni. Su rostro estaba incrustado en la memoria de ambas. Eliminó sus datos personales.

Trasladaron varias cajas repletas de recuerdos a una habitación contigua, donde Thymora las guardó en un armario bajo llave.

—¿Aquí estarán seguros? —preguntó Alice.

—Por el momento. Baba necesitará años para explorar todos los rincones de tu mente. Además, mi mansión está sellada contra magos de alto rango.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde París? Maldita sea, mis padres… —Alice luchó contra las lágrimas. Había acordado con Soni lo que contaría a sus padres en caso de morir durante la misión.

—Han pasado cinco días. Baba está a punto de despertar en tu antigua casa.

—Solo cinco días… tengo la sensación de que he estado aquí una eternidad.

—El tiempo fluye distinto. El siguiente paso es que seas capaz de oír, ver y sentir a través de tu cuerpo físico. Así la espiarás, aunque sea por intervalos cortos.

—¿Por qué cortos?

—Si no mantienes tu individualidad, te acabarás fusionando con Baba. Y tú no quieres eso.

—No —dijo Alice apretando los dientes.

—Hay otra razón: ahora mismo eres un virus en la mente de Baba, uno pequeño e inofensivo. No te conviene llamar su atención hasta que seas lo bastante fuerte para repeler sus intentos por eliminarte. En esta mansión estarás segura. Acompáñame a la Habitación de Empatía.

La iluminación era tenue, con cambiantes luces de colores cálidos. Thymora le ordenó desnudarse y entrar al jacuzzi. Sus aguas oscuras picaban como las aguas medicinales de un balneario. Al sumergirse, sus sentidos se conectaron a los de Baba. Vivió su despertar con un nuevo cuerpo y su emoción al mirarse al espejo.

Después, escuchó la conversación telefónica con Soni. Su amiga en seguida sospechó que quien le hablaba no era Alice. Hizo preguntas trampa que Baba no supo responder. Soni se despidió con un mensaje dirigido a ella.

«Alice… eres una mujer fuerte. Y muy valiente. Por eso venciste a ese monstruo. Nunca te rindas. Nunca dejes de luchar. Por favor».

Salió del baño en ebullición. Su cuerpo ardía.

—Quiero matarla.

—¡Ese es el espíritu! —Thymora aplaudió con entusiasmo antes de ponerse seria—. No te mentiré, Alice. Destruir a Baba es muy difícil. Y si lo consigues, tú también morirás. La probabilidad de que sobrevivas a esto es infinitesimal.

—Yo ya estoy muerta; haré lo que sea. Enséñame cómo vencer. Por traerla a este mundo, estás en deuda conmigo y con todos a quienes ella ha hecho daño.

—En el mundo exterior aún no existe la magia. Pero aquí dentro tú escribes las reglas. Necesitarás años de adiestramiento. —Thymora abrió un ropero en el que había un puñado de túnicas de aprendiz—. Échales un ojo mientras te lo piensas.

Alice estiró la mano y una de las túnicas voló hacia ella, colgándose de sus hombros.

—Ya está pensado. Empezamos.

Capítulo Treinta Y Cuatro

Iris y Howard leían con incredulidad los titulares de prensa con que se habían levantado esa mañana. Pocas veces le había visto tan furioso.

—¡Cómo se atreven esos cabrones a publicar esta basura! —Golpeó con el índice la página del reportaje en la sección de política local.

—Cariño, así es el juego de la política. Fueron tus palabras.

—Iris tiene razón, Howard —dijo Vic por el altavoz del teléfono—. Hasta ahora la prensa solo te ha dado caricias. Era previsible que al acercarse las elecciones comenzaran los latigazos.

—Lo que vomiten sobre mí no importa. Lo que no tolero es que metan a mi familia por medio. ¡Que escriban estas cosas de mi mujer!

Con cuidado de no cruzar la línea entre información y difamación, un periódico cuestionaba los méritos de Howard en el ejército. Fuentes anónimas decían que Howard McDonnell fue un soldado cualquiera, no un héroe de guerra y que la herida en la pierna la había causado un compañero de pelotón con el que discutió antes de la batalla en que murieron todos menos él, que se quedó fuera de ella. Su medalla al valor era una farsa.

Los padres de Howard habían muerto el año anterior. Al menos no tendrían que soportar la persecución de esos carroñeros.

Otro periodista dedicaba un reportaje a la figura de Iris McDonnell, que abandonó su carrera de psiquiatra "en circunstancias sospechosas". La relacionaban con la difusión de una droga experimental que había causado el suicidio de algunos pacientes. Describían a Daniel Robinson como la víctima de un tratamiento equivocado que le provocó ataques psicóticos.

Desde ese punto de vista, Howard habría matado a un inocente. El escrito era injurioso para ambos.

Iris sabía quién había filtrado aquello a la prensa. Además de financiar al candidato rival, Proteus estaba jugando sucio. Su respuesta debía ser rápida y contundente.

Después de colgar, Howard se sentó en el sofá del salón con la mirada perdida. Iris jugueteó con la frondosa mata de pelo que tanto le atraía. Sentía a su marido más agitado de lo normal.

—Amor, no te lo tomes así. El pasatiempo favorito de la prensa es ensuciar a los que no se revuelcan en su lodazal. Vic nos buscará al mejor abogado. Las indemnizaciones que ganemos en juicio las

donaremos a caridad —dijo Iris.

—Vic pedirá que se retracten sobre ti. A cambio, no les demandaremos.

—¡¿Qué?! ¿Vas a permitir que mientan impunemente?

—Cariño, siéntate, por favor —murmuró Howard. Parecía derrotado. Ella le cogió la mano y esperó a que lo soltara—. Lo que han escrito sobre mí es cierto. No soy ningún héroe de guerra. Antes de la ofensiva tuve una bronca con un sargento que maltrató a unos civiles. Él me pegó un tiro en la pierna y amenazó con encerrarme por insubordinación. Salí vivo de aquel desierto porque nunca entré en él. Tras el desastre, los de arriba necesitaban una historia que vender a la opinión pública. Participé en esa mentira. Soy un fraude. Y tú me creías mejor que los demás políticos…

—Yo te creo mejor que los demás hombres. —dijo ella, acentuándolo con un dulce beso en los labios.

—Gracias por tu apoyo, Iris. Sinceramente, no sé que hacer con este asunto o con las mentiras sobre ti.

—Tus superiores tienen mucho que perder, así que no hablarán. Por tanto, tú tampoco. En cuanto a lo mío, tuve pacientes que se suicidaron. No porque yo les prescribiera sustancias experimentales. Estaban más allá de ser curados, mucho peor que Robinson. Creo que lo mejor es negarlo todo y seguir adelante. Ellos solo quieren hacer ruido, la verdad no importa.

Sus palabras apaciguaron a Howard.

—Tienes razón. Qué haría yo sin mi hermosa consejera. —Le beso galantemente la mano.

—Pensando en Robinson, deduzco que fue la primera vez que mataste.

El modo en que él apartó la mirada fue muy elocuente.

—Sí. Aunque no dudé en apretar el gatillo, he pensado mucho en ello. Incluso fui a…

—A un psicólogo. —Ella sonrió ante su sorpresa—. Entiendo que lo ocultaras para no hacerme sentir culpable. Eres el marido ideal —le sonrió.

Howard salió de casa de mejor humor que al levantarse. Las palabras de Iris le tranquilizaban como el ronroneo de un gato. Por el contrario, Vic insistió en responder a la prensa. Investigaría por su cuenta para exponer sus mentiras. Como no tenía ganas discutir con su jefe de campaña, le dejó hacer a su manera.

Acabó tarde su jornada. Demasiadas fotos que hacerse y manos que apretar. Suerte que él tuviera buena memoria para los nombres, pues no era fácil seguir el ritmo de gente que le presentaban cada día. Se dirigía al coche cuando fue abordado por una mujer con complexión

de muchacha.

—¡Señor McDonnell! Disculpe que le moleste.

—No es molestia. Estoy acostumbrado. —Hizo ademán de sacar la pluma del bolsillo, pero ella negó con la cabeza.

—No quiero un autógrafo. Tan solo un par de minutos de su tiempo.

—¿Es usted de la prensa?

—No, soy investigadora.

—¿Qué clase de investigadora? —Preguntó con recelo. Si no era periodista, las opciones que él asociaba a un investigador no cuadraban con ella.

—Arqueóloga.

—¿En qué puedo ayudarle, señora…?

—*Nononono*. Señora, no. No estoy casada.

—De acuerdo, señorita. ¿Cómo se llama? —En un mundo sin cámaras por todas partes ya habría puesto fin a esa conversación.

—Por seguridad no puedo decirle mi nombre. Soy una vieja amiga de Alice. Así se llamaba su esposa antes de cambiárselo.

—Lo sé. Ella fue acosada por una secta. Identifíquese o llamaré a la policía.

—Alice no fue acosada por una secta, sino por la mujer que se hace pasar por su esposa.

—¿De qué demonios habla?

—Si le contara todo lo que sé, no me creería. Esta misma conversación la tuve con Alice hace muchos años. La impostora que vive con usted es una asesina. Mató a dos profesores y a otra estudiante. Después de conocerle a usted, mató a su compañero de piso, el que le robó el proyecto en la universidad.

—*¡¿George?!* Él murió en un accidente…

—Muy oportuno que el material con que escalaba se rompiera días antes de la evaluación.

El gusano a quien creyó su amigo le había robado el trabajo de fin de carrera. En aquellas fechas, se debatía entre disuadirle o denunciarle al tutor. Entonces, en una de sus escaladas de fin de semana George se precipitó al vacío desde más de cien metros de altura. Aparte de él, Iris era la única persona que conocía la traición de su compañero de piso.

—¿Cómo se ha enterado? Eso ocurrió hace mucho tiempo.

—No importa. He leído que sus padres fallecieron el año pasado. Lo lamento.

—Murieron por un escape de gas mientras dormían. Antes de que lo pregunte: Iris estaba conmigo; enfermó por la noticia. Y ahora, me voy a casa.

Howard abrió la puerta del coche. Las palabras de la mujer le

detuvieron.

—El hombre al que usted disparó era inocente.

—¡¿Inocente?! Ese psicópata puso una cuchilla en la garganta de mi esposa. —La acusación casi le hace perder los nervios.

—No le estoy culpando. Usted hizo lo que creía correcto. Sin embargo, Daniel Robinson era inocente.

—Su empresa alegó que sufría depresión.

—Mintieron.

—¿Por qué iban a mentir?

—Para encubrir a Iris. Lilium es una empresa del grupo Proteus.

Proteus había ofrecido financiar su campaña y él se había negado. Cuando se lo mencionó a Iris, ella no hizo comentario alguno. Lo que resultaba extraño, si ella trabajó para la compañía.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Es un chantaje?

—No quiero su dinero. Mi propósito es ayudar a Alice.

—Señorita, ya he oído suficiente. —Se sentó en el asiento del conductor. Antes de que cerrara la puerta, ella metió el pie dentro.

—¡Por favor, escúcheme! Iris no se detendrá. Abra bien los ojos y vea el rastro de muerte a su alrededor. Cuando se convenza de lo que digo, le contaré cómo proteger a su familia. Hágalo por sus hijos.

—No confío en una mujer anónima que me aborda en mitad de la noche.

—Hay una tienda de antigüedades en Broadway. —le pasó una tarjeta—. Cuando de verdad quiera respuestas, pregunte por mí.

Llegó a casa de un humor sombrío. Acostados los niños, Iris trató de aliviarle el estrés con un suave masaje en la espalda usando las yemas de los dedos, uno de los pequeños placeres favoritos de Howard. Al borde de la inconsciencia oyó los susurros de Iris pronunciando el nombre de Alice…

En las semanas siguientes apenas disfrutó de tiempo en familia. La campaña ocupaba el centro de su existencia, borrando de su mente a la mujer misteriosa. Por su parte, Vic mantenía a raya a los periodistas que aún insistían en airear sus trapos sucios.

El candidato demócrata Robert Rodríguez, alias Ro-Ro, había remontado en las encuestas. No soportaba a ese bravucón que recurría a los ataques personales para desacreditarle, poniéndole a Howard el apodo de “Capitán Fake”, por los rumores sobre su falso heroísmo en la guerra.

Aunque Howard tuviera la cabeza en las elecciones, la mención de su antiguo compañero de piso era una astilla clavada en el cerebro que el trabajo no le conseguía arrancar. Su memoria trataba de hacerle recordar algo importante sobre el fin de semana en que Georgie murió escalando.

Fue durante una noche en duermevela, con el cerebro libre de ataduras, cuando Howard revivió aquellos momentos como si fuera ayer.

Como cada vez que Georgie pasaba días fuera, Howard había invitado a Iris al piso. Necesitaba tenerla a su lado y que le aconsejara en cómo afrontar la situación de denunciar a su compañero. Existía el riesgo de que ambos fueran expulsados.

El consejo de ella fue guardar silencio. De algún modo le convencerían de no presentar el proyecto. Iris no pudo quedarse ese fin de semana; había prometido a sus padres que pasaría unos días en casa y no regresaría hasta el martes.

Howard despertó de súbito. Recordó la conversación en que Iris le confesó que su nombre real era Alice Letissier y que de joven fue acosada por una secta. Él le había preguntado:

—¿Y tus padres? ¿Cómo reaccionaron ellos?
—Nuestra relación era muy mala. Cuando me mudé a Estados Unidos perdimos el contacto. No los he vuelto a ver.

El fin de semana en que Georgie murió en las montañas, Iris estuvo fuera de la ciudad. Y no con sus padres, a los que no había visto desde que se marchó de casa.

Lo pensó una y otra vez, buscando una explicación a la mentira de su esposa. La hipótesis más fácil de digerir era que hizo una escapada con sus amigas. O con un amante. Por doloroso que resultara esta última, la prefería a que fuera una asesina. Puesto que creía en su inocencia, decidió no remover más el pasado.

Su vida transcurrió con normalidad, cada vez más ansioso por cómo su rival había conseguido movilizar a los jóvenes a base de mofarse del “soldadito americano”, como se refería a Howard McDonnell. Vic le decía que tener un nombre “tan ochentero” no le beneficiaba. ¿Qué podía hacer? No iba a cambiárselo.

Una mañana, Iris y él veían las noticias mientras desayunaban antes de salir para el trabajo. En la sección electoral apareció su adversario Robert Rodríguez, que con mucha pompa anunció un discurso para el día siguiente en la 125th Street Station, la elegida para inaugurar el nuevo metro de alta tecnología de la línea que une Broadway con la Séptima Avenida.

El Tigre de Nueva York, como le llamaban sus fanáticos, había conseguido que la multinacional Proteus modernizase toda la red de metro sin coste para la ciudad. Y prometía mucho más, que desvelaría mañana.

—Menudo payaso —bufó Iris—. Y payasos también quienes crean que esa empresa construirá el metro gratis.

—Para cuando abran los ojos, Rodríguez habrá ganado las elecciones —se lamentó Howard.

—Tú ganarás. Cielo, esta noche llegaré tarde a casa. Marjorie quiere enseñarme las nuevas obras de su galería. Le dije que estabas muy ocupado, pero puedes venir si te apetece.

—*Ejem*, sí, estoy muy ocupado —dijo él con una sonrisa. Iris y él bromeaban a menudo sobre su escaso aprecio por el arte moderno. Desde que un paraguas olvidado por el guardia de seguridad de un museo fue confundido por una obra de arte, él no podía tomarse en serio a esos charlatanes.

Con su esposa ausente, sería noche de chicos en casa. Howard regresó del trabajo con hamburguesas y patatas tamaño XXL para ver el partido con sus hijos, y después jugaron a videojuegos hasta pasada medianoche.

Serían las tres de la mañana cuando notó la presencia de Iris a su lado. Hacía frío en la habitación, como si estuviera la ventana abierta. En contraste, el cuerpo de ella estaba tan caliente que lo irradiaba a través del pijama. Ella le rascó la espalda con las dos manos, enviándolo de vuelta al reino de los sueños.

Como candidato a la alcaldía, debía asistir a la presentación del nuevo tren, en la que Robert Rodríguez mostró su lado *showman*. Iris no le acompañaba porque se había despertado con fiebre.

El tramo del metro discurría por un paso elevado abierto al exterior. Ro-Ro tuvo la ocurrencia de subirse al techo del vagón delantero junto a un ejecutivo de la corporación Proteus, cuya tecnología convertiría el metro de Nueva York en el más avanzado del mundo.

«¡Y habrá más, queridos vecinos de Nueva York! ¡Proteus se compromete a que los niños más desfavorecidos de esta ciudad también tengan un futuro! ¡Construiremos centros de enseñanza y orfanatos en los barrios pobres, para que nadie caiga por las rendijas del sistema!»

Sus palabras provocaron una ronda de ovaciones. El exagerado entusiasmo de algunos sugería que eran gente contratada por el equipo de Ro-Ro.

«Daremos una vuelta de honor. Sortearé veinte tickets para el primer viaje. ¡Que levanten la mano los que quieran acompañarme!»

El ruido del público con las manos alzadas impidió que oyeran al conductor. Howard, que observaba desde justo debajo de la cabina, captó sus aspavientos y movimientos bruscos con la cabeza. Sus ojos eran los de un demente.

—*¡¡¡Está aquí!!! ¡¡¡E-el monstruo y-ya viene!!!* —gritó fuera de sí.

La máquina arrancó de pronto, haciendo perder el equilibrio a Ro-Ro, que se tumbó sobre el techo del vagón. El representante de

Proteus que le acompañaba trastabilló hacia delante, precipitándose desde la vía a las escaleras de abajo, donde su cabeza chocó contra la barandilla. El chasquido del cuello roto restalló en los oídos de Howard.

El tren aceleró por la vía circular libre que habían programado para la exhibición. El candidato se agarraba boca abajo al techo. Un helicóptero de la policía se sumó al espectáculo para intentar un rescate de película de acción.

Howard hizo aquello para lo que estaba bien entrenado: evacuar a civiles de una zona de peligro. Algunos idiotas se resistieron a alejarse, muy preocupados por no perderse una buena foto cuando el tren volviera a pasar.

El público irrumpió en vítores al distinguirlo en la distancia con el helicóptero situado justo encima. Habían bajado un arnés a Ro-Ro, que no se atrevía a incorporarse. Al estirar la mano se agarró a él. Solo tenía que engancharselo al torso.

El tren aceleró, entrando en la curva a una velocidad ingobernable. La cabeza del vehículo se salió de la vía, propulsada por los aires hacia la intersección cerrada por la policía. Desde el otro lado de la calle vio al candidato Rodríguez volar sin capa hasta estrellarse contra el asfalto. Un segundo después, la mole de metal cayó sobre él, arrasando con los coches y cuerpos en su camino, que fueron reducidos a un amasijo de chatarra y restos orgánicos.

El brutal accidente se saldó con seis muertos y dos piernas amputadas. Recuperar lo suficiente de Robert Rodríguez para el ataúd supuso un desafío para el equipo forense. Se decretó luto de una semana, en la que se suspendió la campaña electoral.

El informe de la policía concluyó que el conductor había experimentado un brote psicótico —las cámaras del interior de la cabina le mostraban delirando sobre monstruos—. Soltero de mediana edad, sin antecedentes de problemas mentales o drogadicción; un tipo de lo más normal. En su vivienda no encontraron notas suicidas ni mensajes de odio contra el candidato demócrata. La investigación se cerró sin indicios de que hubiera otras personas implicadas.

Días más tarde, Howard paseaba por su tienda de bricolaje favorita. Fabricar cosas con sus propias manos era una de sus pasiones. En su casa de la playa de Long Island había instalado un pequeño taller donde dar rienda suelta a su creatividad.

En la sección de herramientas alguien pronunció su nombre. Era el marido de Marjorie, la amiga de Iris, propietario de la galería de arte. Habían coincidido un par de veces y aunque no le caía mal, tampoco era el tipo con el que se tomaría una cerveza.

—Theodore, se me hace extraño verte por aquí —saludó Howard estrechando su mano.

—No tanto como verte a ti por la galería —bromeó él.

—Me temo que yo soy más de brocha gorda que de pincel.

—En eso también hay arte, Howard. Me alegró ver a Iris la otra tarde. Espero que se encuentre mejor.

—Sí, le dio una de esas gripes que te dejan hecho polvo durante unos días. Está como nueva.

—Pues venid los dos. Te prometo que nuestra nueva colección te parecerá interesante. A tu mujer le fascinó, lástima que se quedara tan poco tiempo.

—¿Poco tiempo?

—Al rato de llegar empezó a sentirse mal. Le ardía la frente. Íbamos a llamar a un taxi para mandarla a casa, pero ella insistió en conducir. Una mujer fuerte y testaruda, como las del viejo oeste…

Howard tuvo la pregunta «¿A qué hora se fue?» en la punta de la lengua. Se contuvo no solo porque hubiera sonado sospechosa, sino por resultar innecesaria. Iris había regresado a casa de madrugada. Había un espacio de horas sin justificar.

Tras despedirse, Howard permaneció un rato dentro del coche en el parking de la tienda. Armándose de valor, marcó el numero de Vic, que estaba disfrutando de unas cortas vacaciones junto al mar.

—¡Hey, Howie! ¿Me echas de menos? Aún no estoy bronceado —dijo su amigo, fingiendo fastidio. Con dar la orden, él acudiría a su llamada.

—Siento mucho molestarte, Vic, pero eres el único en quien confío para cierto trabajo.

—Te escucho —su tono cambió a profesional. Le conocía lo bastante bien para entrever la gravedad del encargo.

—Necesito que vayas al lugar donde estudió Iris, cómo se llamaba…

—Alto Paraíso.

—Quiero que investigues si murió gente de su entorno. También si hubo personas con comportamiento extraño, demencia o locura.

—Anotado. ¿Algo más que deba saber?

—Creo que no.

—Cuando descubrí que Iris se llamaba Alice Letissier, no quisiste que siguiera hurgando. ¿Por qué ahora? No pensarás que tiene algo que ver con lo del tren.

—No hablemos de esto por teléfono. Mantente atento por cualquier cosa rara. No descartes nada por extraño que te parezca.

—Nunca lo hago. En paranoico te gano, Howard. Serlo es mi trabajo. Hablamos.

—Gracias, Vic.

Una parte de él aún mantenía la esperanza de que su paranoia fuera culpa de la arqueóloga. Sin embargo, su mente racional no

ofreció ninguna respuesta a la pregunta de por qué las injustificadas ausencias de Iris coincidían con la muerte de sus rivales.

Capítulo Treinta Y Cinco

En la recta final de campaña, todo favorecía a Howard: su mayor oponente a la alcaldía había muerto y él fue grabado por las cámaras arriesgando su vida para poner al público a salvo. Su acto de valor desanimó a los medios que le acusaban de ser un farsante. Estaba muy cerca de cumplir su objetivo. Solo las dudas sobre Iris enturbiaban su ánimo.

Sin nadie más en casa, daba vueltas por el despacho esperando la llamada de Vic. Le había mensajeado por la mañana para decirle que iba tras la pista de algo. En cuanto lo verificase, telefonearía.

Tras atender un sinfín de llamadas por asuntos menores de su equipo de campaña, el nombre de Vic apareció en pantalla.

—Hola, Howard. Perdona que no llamara antes. No fue fácil encontrar a quien quisiera hablar sobre tragedias del pasado. En efecto, una de las profesoras de Iris, Abigail Maples, murió de un ataque al corazón en el salón de su casa. Se declaró muerte natural…

—Me temo que ahora viene un "pero".

—Dos, realmente. Aunque la policía no encontró huellas de un tercero ni indicios de robo, una vecina declaró haber oído a Miss Maples gritar esa noche. Algo la asustó.

—Podría habérselo inventado. O que tuviera la tele muy alta.

—Lo otro que me escama es que esa profesora fue la única que suspendió a Iris. Su beca dependía de aprobar esa asignatura.

Howard se sentó en la silla. La situación se complicaba con la existencia de un móvil para cometer el asesinato.

—Si todos los alumnos que suspenden mataran a sus profesores…

—Solo con eso yo tampoco llegaría a conclusiones. Pero hay más. Miss Maples fue sustituida por un tal Garret Greenfield. Quédate con ese nombre.

—¿Él también la suspendió?

—Al contrario, sus notas fueron sobresalientes. A partir de aquí es cuando las cosas se ponen raras. Iris dejó de ir a la universidad en enero. Alegó depresión después de que un accidente pusiera en coma a Caleb Reynolds, el que era su novio. En ese mismo accidente murió la anterior novia del chico, una tal Amanda Silverman.

—¿Tuvieron un accidente *juntos*?

—Te mando un enlace. Este vídeo seguro que te suena, fue viral en

su día.

Lo recordó en seguida. Una patinadora sobre hielo resbalaba a los pies de su pareja, quien le cortó el cuello con la cuchilla del patín. El tropiezo le lanzó de cabeza contra la pista, quedando malherido.

—Es espantoso —murmuró Howard—. Iris patina bien. ¿Por qué su novio participó en la exhibición con otra chica?

—Creo que lo que quieres preguntar es si Iris y la tal Amanda eran amigas. La respuesta es que no. De hecho, se odiaban.

—Fue un accidente, mira el vídeo. Es claramente un accidente —dijo Howard más para sí mismo que para Vic.

—Eso parece —el tono de Vic sugería lo contrario—. Volvamos al profesor Greenfield. Él también pidió la baja por depresión, poco después de Iris.

—¿Te has entrevistado con él?

—Para eso necesitaría una médium. El señor Greenfield murió en París ese mismo mes. Encontraron su cadáver bajo los escombros de una casa derruida.

—¿Greenfield se fue de vacaciones a París y se derrumbó su alojamiento?

—La casa donde le encontraron llevaba años deshabitada. Y atento a esto: era la mansión Letissier, propiedad de la familia de Iris.

—*¡¿QUÉ?!*

—Esa fue mi reacción. No me preguntes qué hacía él allí, estoy tan perdido como tú. Pasado mañana tengo una cita con una antigua amiga de Iris, una tal Norma Thompson. Se mudó a Alaska. Quizá sepa algo de lo que ocurrió entre tu mujer y el profesor.

—Espero tu llamada.

Al otro lado de la línea se hizo un pesado silencio. Vic suspiró.

—Howard… me es incómodo decirte esto, pero te lo digo, no como jefe de campaña, sino como amigo. Son demasiadas desgracias alrededor de Iris. Y tengo la sensación de que me estás ocultando más, porque quieres convencerte de que toda esta gente fue víctima de la mala suerte.

—Entiendo tus sospechas, y por eso te mandé investigar. Por cómo murieron, es imposible que Iris tuviera algo que ver.

—Te pido lo mismo que tú a mí: no descartes nada. Corto, me espera un largo viaje.

—Está bien, Vic. Gracias de nuevo.

Howard se quedó clavado al asiento. De no ser por el modo en que se produjeron las muertes cualquier investigador concluiría que las evidencias contra su mujer eran abrumadoras. El número de tragedias en torno a ella rozaba la improbabilidad estadística.

Por más vueltas que le diera, no imaginaba su método. El conductor del tren había enloquecido. *Como los locos de Lilium.* En las

horas que ella estuvo fuera, ¿visitó a ese hombre? Y luego, ¿qué? ¿Le drogó? ¿Hipnosis? Nada le sonaba racional. Para imaginarla como culpable debía comprender cómo lo hizo.

La arqueóloga se había guardado información, por miedo a que él no la creyera. Necesitaba saber qué se había callado. Ella mencionó una tienda de antigüedades por Broadway. Buscó su tarjeta por el despacho, pero no aparecía. *Mierda*. ¿Por qué no guardó la dirección en el móvil?

Bajó al coche y registró por el asiento delantero, por si se le había caído. Tampoco. Debió haberla tirado por error. Probó suerte en el navegador. En la zona de Broadway únicamente había dos tiendas de antigüedades. Reconoció el nombre de *Antigüedades y objetos extraños Wang*. Marcó la ruta y condujo hasta allá.

El establecimiento era atendido por un chino de ojos astutos y sonrisa amable. Dentro había multitud de utensilios y esculturas egipcias, además de artefactos cuya función no imaginaba.

Tras presentarse al propietario, Liú Wang le mostró gustoso la tienda, contándole anécdotas de sus objetos más preciados. Ellos solo vendían piezas a otros coleccionistas, con los que también hacían intercambios. Howard escuchó sus explicaciones e hizo algunas preguntas de cortesía, impaciente por ir al grano.

Asumió que al presentarse no sería necesario preguntar por la arqueóloga, que habría dejado un mensaje para él. Quizá el encargado no se acordaba del encargo, o ella se lo había inventado. En cualquier caso, no iba a esperar más.

—Señor Wang, una mujer me envió aquí. Es por cierta información…

—Comprendo. Voy a mostrarle un artículo de especial interés.

Siguió a Liú Wang hasta el fondo del pasillo. De un armario cerrado con llave sacó un estuche de madera lacada que colocó sobre una mesita. Lo abrió despacio. Dentro había una exótica daga.

* * *

Al volver de la pista de hielo Iris dejó a los gemelos en casa de un vecino. Milo se había hecho un esguince y el padre del amigo de sus hijos era médico. Le pidió el favor de hacerle un chequeo rápido. Confirmado que no era nada grave, acordó pasar a recogerles más tarde.

Entró en casa con el deseo de disfrutar de un rato a solas con Howard, pero no estaba. Echó un vistazo rápido por las habitaciones. Al día siguiente vendrían los miembros del podcast más popular del país para cenar en directo con ellos, y que así los votantes le conocieran en la intimidad.

Iris se encomendó a la tarea de que el piso luciera perfecto. Permitió la dosis justa de desorden que transmitiera la presencia de hijos revoltosos en el hogar. Los ojos se le fueron hacia el gran reloj de pared con forma de mecanismo. Marcaba la hora incorrecta. Iris nunca llevaba reloj de pulsera, y le irritaba que los relojes en casa no estuvieran en hora.

Abrió el cajón del mueble de la entrada donde acumulaban cachivaches. Allí siempre había pilas de repuesto. Rebuscando, sus dedos toparon con algo fuera de lugar: una tarjeta de visita. La sostuvo en alto. *Antigüedades y objetos extraños Wang*.

Dentro de su cabeza se produjo un chispazo. El trozo de cartulina que tenía en la mano llamaba a las memorias suprimidas en su mente. Alice conocía a una arqueóloga. ¿Fue esa la mujer que la llamó por teléfono el día que despertó en su nuevo cuerpo? Había olvidado su nombre. Al revelarse la conciencia independiente de Alice, Baba comprendió que sus lagunas mentales eran provocadas por ella.

La medicación que tomaba desde que nacieron sus hijos tenía el fin de debilitar la presencia de Alice. Al mudarse a Nueva York dejó las pastillas y aprendió a dominar su nuevo cerebro humano. Durante las horas de sueño, Baba seguía el rastro de Alice en su inconsciente. Alguien le había enseñado a esconderse bien, además de a sabotearla. Ese alguien solo podía ser Thymora, su antigua maestra.

La tarjeta de algún modo estaba relacionada con las memorias que Alice le había ocultado. Tenía que tirar de ese hilo. Donde estuvieran las memorias, estaría Alice.

* * *

Olvidando por un momento sus urgencias, Howard contempló fascinado los símbolos en la hoja de la daga.

—Es daga de Yegael. Su acero especial destruye al espíritu maligno que invade las mentes —explicó Liú Wang.

—Suena a posesión demoniaca.

—Parecido. El reflejo de la hoja advierte su presencia.

—Es muy interesante, señor Wang, pero el motivo de mi visita…

—Ha venido porque sospecha algo, pero tiene miedo de creerlo. Para creer deberá abrir los ojos, señor McDonnell. No los de fuera, sino los de dentro —se señaló la frente.

—Discúlpeme, no soy el mejor resolviendo acertijos.

—Que haya esperado casi una hora para decidirse a tratar su asunto me dice que todavía no está preparado para escuchar la verdad sobre su esposa.

—Así que la arqueóloga le ha hablado de mi mujer. ¿Por qué no me lo dijo del primer momento?

—Si usted creyera que sus hijos están en peligro hubiera exigido respuestas al cruzar mi puerta. Hasta que no comprenda eso, es inútil contarle nada.

—¿Mis hijos? ¿Qué tienen que ver ellos con esto?

Las inscripciones de la daga se encendieron con un reflejo plateado. Howard y Liú Wang miraron sorprendidos. El anticuario se apresuró a cerrar el estuche y quitarlo de en medio. En su expresión había temor. Iba a preguntarle por el motivo de su inquietud cuando alguien habló a sus espaldas.

—Howard, ¿qué haces aquí?

Iris había aparecido en la entrada de la tienda.

—¡C-cariño, qué casualidad! Pensé que estarías patinando —su tono fue apresurado, nervioso. Como si su madre le hubiera pillado haciendo una travesura.

—Volvimos pronto. Había pasado antes por esta tienda y me apetecía curiosear. ¿Y tú? Es raro verte en un sitio como este.

—Estaba buscando… —No se le ocurría qué diantres podría estar buscando. Nunca hubiera imaginado que se encontraría con Iris. Odiaba sentirse nervioso por la aparición de su mujer, como si fuera culpable de algo.

Ella se llevó el índice al mentón, pensativa.

—No será que buscas un regalo para la galería de Theodore. Marjorie me dijo que estuvisteis hablando el otro día.

—Ahhh… pues la verdad es que lo pensé, sí —asintió él.

Iris hizo un mohín.

—Pero, cielo… Theodore solo exhibe arte moderno. Este no sería el lugar donde comprarle un regalo —dijo Iris con voz muy suave, como si hablara a un niño.

Liú Wang se interpuso entre ellos.

—Decoración. Su marido me pidió decoración para su despacho en casa. Una pieza que quede bien en fotos para las entrevistas —dijo Liú Wang muy sonriente, frotándose las manos.

Iris alternó la mirada entre los dos con divertida suspicacia.

—El sentido estético de mi marido es… *tsk tsk* —dijo a Liú Wang. Luego se dirigió a Howard—. ¿Por qué no me consultaste? ¿O es una sorpresa para mí? ¿Qué estabais mirando ahí atrás? Juraría que he visto una caja. Me gustaría verla.

—No es nada, cariño —dijo Howard, lamentando esas palabras tan pronto salieron de su boca.

—Si no es nada, no te importará que mire. Señor Wang, ¿sería tan amable de enseñarme lo que mostraba a mi marido? —Aunque la boca de Iris sonreía, sus ojos contaban otra historia.

Liú Wang fue a la parte de atrás de la tienda. En seguida regresó con la misma caja de antes, que puso sobre el mostrador. Iris levantó

la tapa con delicadeza. Contempló en silencio la daga. Su hoja no brillaba. Con un gesto preguntó al anticuario si podía cogerla. Él asintió.

Asiendo la daga por la empuñadura, Iris inspeccionó las inscripciones sin tocar el metal.

—Señor Wang, ¿cuánto cuesta?

—Le decía a su marido que la daga no está en venta. Es una pieza de exhibición.

Contrariada, Iris la devolvió al estuche.

—¿Por qué te has encaprichado de eso? —preguntó Howard, que rodeó con el brazo su cintura—. Hay cuchillos mejores para cortar carne.

—Al verla he tenido un *déjà vu*. Como esta tienda, me trae recuerdos. ¿Es usted el único encargado, señor Wang?

—Sí, señora. Aún no convencí a mi familia de mudarse a Estados Unidos. Ellos no comprenden mi sueño de regentar esta tienda.

—Los sueños son importantes. Pero sin una familia con quien compartirlos, carecen de sentido. Si ellos no quieren venir aquí, quizá sea señal de que debería realizarlos en otra parte.

—Veremos qué fortuna reparte el futuro para todos nosotros, señora McDonnell.

Para compensar la negativa por no venderles la daga, Liú Wang obsequió a la pareja con la escultura de un escarabajo egipcio de la buena suerte, un bonito pisapapeles para el despacho de Howard.

Después de que se hubieran marchado, fue a la parte trasera de la tienda. En la caja fuerte escondida detrás de unos libros metió el estuche con la daga que primero había enseñado a Howard, la auténtica. Después, la que sacó para Baba: la réplica. Ella no pareció advertir la diferencia. Como le dijo Soni, su enemiga tenía problemas de amnesia en lo referente a Alice.

Sus esperanzas para destruirla pasaban por que el truco de la daga funcionara una vez más.

* * *

El directo iba de maravilla. Los McDonnell prepararon una deliciosa cena para ellos y para los dueños del podcast. Al caer la noche tomaron una copa en la terraza con vistas a la ciudad, donde Howard les habló de sus aspiraciones para Nueva York y para América. Fue el turno de preguntas de espectadores a través del chat.

Iris fue a por una botella de vino y pasó por el salón, donde habían dejado los móviles silenciados para que no les interrumpieran el directo. El de Howard se había encendido. Al mirar la pantalla frunció el ceño. Un mensaje de Vic.

«Confirmo defcon 1»

Esa expresión formaba parte de la estúpida jerga militar que usaban Howard y Vic. En este caso se referían a algo muy urgente. Vic había extendido sus vacaciones por unos días más. Que un adicto al trabajo como él se quitara de en medio en el momento álgido de la campaña electoral era extraño. Más que extraño, sospechoso.

Iris cogió su móvil y marcó el número de la esposa de Vic, que respondió al primer tono.

—¡Iris! ¡Os he visto en directo! ¡Está quedando genial! ¡Y tú estás guapísima!

—Necesito un consejo rápido: ¿tú servirías dulces con las copas?

—No, cariño. La cena ha sido idealísima, no provoques la ira de los antiazúcar.

—Gracias, Miriam. ¿Qué le está pareciendo a Vic el directo?

—Aún no ha regresado. El mal tiempo retrasó su vuelo en Alaska. Llegará de madrugada.

¡¿Alaska?! ¿Qué hacia Vic en Alaska?

—Ah, es verdad. Ojalá no pille un resfriado. Pasar de la arena a la nieve…

—Eso le dije. En fin, mañana os contará.

—Tengo que dejarte, gracias por tu ayuda. Un beso.

Asegurándose de que los otros seguían de cháchara en la terraza, desbloqueó el teléfono de Howard y entró en la app de mensajería. Vic y Howard habían creado un nuevo chat en el que hablaban de modo críptico. Los dos últimos mensajes de Vic decían:

«Conocí a N.T.»

«Confirmo defcon 1»

Como al coger la daga en la tienda de antigüedades, en su cabeza se produjo el chispazo de una de las memorias ocultas de Alice. Las iniciales N.T. pertenecían a una de sus amigas de universidad.

Vic husmeaba de nuevo en su pasado. Iris sintió el cuerpo calentarse, como la noche en que marcó al conductor del tren, tras quedar con él a través de una app de citas.

Iba a soltar el teléfono de Howard cuando reparó en que el mensaje se había quedado en «visto». Quizá Vic sospechara si Howard no respondía de inmediato. Entró en ajustes y lo cambió a «no-visto».

Cogió la botella de vino y regresó a la terraza con los demás.

Un par de horas más tarde los invitados se habían ido y Howard dormía en su lado de la cama. Aunque mantenía los ojos cerrados, Iris no podría estar más despierta. Su cuerpo se calentó al proyectar su conciencia hasta Alaska. Sospechaba que la persona visitada por Vic era alguien a quien puso su marca en el pasado. Tras un gran esfuerzo, captó el eco de una mujer a la que liberó hacía años. Recordó su nombre: Norma Thompson. Tuvo que haberla matado en su día.

Demasiado tarde. Lo que quiera que hubiese contado a Vic, suponía un peligro.

* * *

Vic no pegó ojo en las nueve horas de vuelo. La conversación que mantuvo con Norma, enfermera en una pequeña clínica de pueblo, le dejó en estado de agitación. No hubiera creído una palabra de su historia de no ser porque encajaba con el resto de piezas del puzzle.

Traía las pruebas dentro de un sobre manila. Howard se resistiría a creerlo, de ahí que prefirió tratar el asunto en persona. Desde el avión le escribió confirmando sus temores: Iris estaba implicada en los crímenes, en una manera que nunca hubieran imaginado.

Aunque se reservara los detalles para la vuelta, era necesario que él asimilara que Iris era una asesina. Más que una asesina. Como mínimo tenía doble personalidad y algún tipo de habilidad telepática.

Howard había leído su mensaje. Espero su respuesta con el móvil en la mano, a riesgo de que la azafata volviera a regañarle. Frunció el ceño cuando el mensaje cambió su estado a «no-leído». Lo pensó un minuto. Había cometido el error de escribirle sin asegurarse de que él estuviera junto al teléfono. ¿Y si fue Iris quien lo vio?

A las dos de la madrugada aterrizó en el JFK. El parking estaba desierto. La sugestión por el relato de Norma le puso en alerta. Caminó hacia el coche muy despacio, atento por si alguien acechaba tras los pilares que delimitaban los aparcamientos.

Nadie se abalanzó sobre él. Miró al interior del vehículo. Vacío.

Al abandonar el aeropuerto sintió por primera vez los efectos de la fatiga tras veinticuatro horas sin descanso.

En vez de conducir directo a su casa en Manhattan, paró en la oficina para dejar el sobre manila en el buzón. Quería que fuese lo primero que Howard viera por la mañana antes de que ellos dos tuvieran la conversación más difícil desde que eran amigos.

Como esperaba, su casa estaba a oscuras. Al pasar por delante del salón oyó la voz de Miriam en un tono neutro y carente de emoción.

—Has estado con esa putilla.

Vic se paró en seco. Distinguía la silueta de ella sentada en el sofá. Que estuviera despierta a esas horas le sorprendió tanto como sus palabras.

—Miriam, ¿de qué estás hablando?

—Lo sabes bien. Esa secretaria tuya. Gwendy.

Años atrás, Vic había tenido un *affaire* con una becaria. Miriam y él acudieron a una consejera matrimonial. Lo habían superado. El nombre de Gwendy no se pronunció más en casa. Hasta ese momento.

—¿Piensas que me he ido de escapada romántica *a Alaska*? ¿En

serio?

—No lo niegues. Ella me lo ha contado todo.

—¿Gwendy te ha dicho que estábamos juntos en Alaska?

Vic encendió la luz. Quería que su mujer le mirara bien a la cara cuando le dijera que aquello era una patraña sin sentido.

La maleta resbaló de su mano, pegando fuerte contra el parquet. Su cerebro buscaba las palabras correctas, pero estaba demasiado atareado en comprender la escena que tenía delante.

Miriam estaba sentada en el sillón con la espalda muy recta y los ojos en blanco, por completo girados. En el regazo tenía a uno de esos horribles gatos sin pelo.

—Se lo he dicho yo —dijo el gato con la voz de Iris.

Antes de que Vic pudiera reaccionar, Miriam sacó una pistola de debajo del cojín y disparó. Una, dos, tres veces.

Capítulo Treinta Y Seis

La mansión de Thymora se convirtió en el mundo de Alice. Jamás salía al exterior, porque Baba la buscaba durante las horas de sueño. Era una intrusa en su propia mente, un virus a erradicar. La mansión, su único refugio.

La maestra fue implacable, retorciendo los límites de lo que su mente era capaz de soportar. Le entregó un báculo por el que canalizar la energía recogida del ambiente, que ella llamaba Flujo y que usaban para el combate mágico, disparándose desde relámpagos a proyectiles de hielo. En una de las sesiones un rayo de Thymora le desintegró el brazo. El aullido de Alice se oyó en toda la mansión.

En las semanas siguientes aprendió a regenerarlo como una medusa. La primera vez le salió mal y en su mano crecieron seis dedos. Thymora le dio un ultimátum para repararla antes de cortársela con una guillotina. Alice nunca olvidaría el estrés por la caída de la arena del reloj mientras ella recombinaba las células de su mano hasta moldear una idéntica a la que perdió.

La Habitación de Empatía le estaba prohibida, no debía conectarse a los sentidos de su cuerpo físico hasta que dominara sus nuevos talentos. Baba no debía sospechar. La suya era una meta a largo plazo.

Aunque la mansión constaba de infinitas habitaciones donde no aburrirse, con frecuencia la ansiedad le oprimía el pecho como si las paredes se cerraran sobre ella. Necesitaba salir al exterior, ver qué pasaba ahí fuera.

Se le ocurrió que espiaría a Baba a través de la Habitación de los Mementos, donde se almacenaban las memorias. Los recuerdos se actualizaban durante el sueño y un par de veces en semana Alice miraba las novedades en la vida de Baba, alias Iris Shalquoir.

Se trasladó a la costa oeste para estudiar psicología. Allí conoció a George Rushford, un idiota de familia rica con conexiones políticas. Baba había escrito una hoja de notas con las ventajas de tenerle como pareja. La idea de salir con él, aunque fuera otra quien lo viviera, la deprimía. Thymora le había avisado que era una mala idea espiar a Baba si no podía tomar el control. Ahí el porqué.

Había sido invitada a una fiesta en su piso. Quien abrió la puerta no fue Georgie, sino su compañero, un estudiante unos años mayor llamado Howard.

Alice se vio a sí misma bailar y beber con uno y otro, tomando notas mentales de qué hombre le convenía más. Georgie encabezaba la lista seguido de cerca por Howard, cuyo idealismo le recordaba a Caleb.

Eso le dio una idea.

Mientras Baba dormía la resaca, sus memorias de la fiesta eran débiles y moldeables. En el tablón donde colgaba anotaciones sobre la gente que conocía añadió más cosas positivas a la hoja de Howard, el que para ella era el mejor hombre de la fiesta.

Días después los dos salieron juntos al cine, su primera cita.

Alice había triunfado al influir sobre Baba, pero su enemiga sería la beneficiada. Quería disfrutar, aunque fuera un poquito. Tras una lección de magia donde no dio una a derechas, pidió a Thymora usar la Habitación de Empatía.

—Necesito tomar un poco el aire, maestra. Aunque sea a través de los sentidos de esa bruja.

—La respuesta es no. Sé que espías sus recuerdos y temo que hayas hecho algo realmente estúpido, como intentar influirle. Te aislé del exterior para que te centres en tu aprendizaje. Tienes un largo y duro camino por delante.

—Si no pongo a prueba mis capacidades, cómo sabré que estoy lista para enfrentarme a ella.

—Yo te diré cuándo lo estás. Y permite que te advierta: si por tus acciones Baba entra en contacto con alguien que no debía y le hace algo malo…

—Me sentiré fatal. ¿Es así como te sientes tú por las acciones de tu antigua discípula?

La expresión en su rostro le dijo que el dardo le había dolido. Abría la boca para disculparse, pero Thymora se desvaneció sin decir palabra.

Cada lunes accedía al almacén de recuerdos. Con envidia y melancolía vio florecer la relación entre Iris y Howard. Echaba de menos ser abrazada. Besada. Y algunas cosas más. Se mordía compulsivamente el puño luchando contra el impulso de meterse en el baño de Empatía y sentir aquellas cosas maravillosas.

El tiempo pasó.

Un día, Alice se despertó distinta. Dentro de ella se expandía una calidez que trajo lágrimas a sus ojos. No necesitó preguntarle nada a Thymora, la estaba esperando fuera de la alcoba. La condujo a la Habitación de Empatía.

Al sumergirse en el baño se confirmaron sus sospechas: iba a ser madre de gemelos. Fue una sensación extraña y emocionante, flotar con ellos bajo las aguas. Al salir fue Thymora quien habló, porque ella no encontraba las palabras.

—Dos niños, reflejo de la dualidad de Baba y tú en un mismo cuerpo.

—¿Cómo sabías que estoy embarazada?

—Las ondas del destino vislumbran un futuro en el que estos niños tendrán un papel muy importante.

—¿Papel bueno o malo?

—El destino no entiende de buenos o malos. Es seguro que tendrán una estrecha relación con Bastet. A partir de ahí solo podemos apostar.

—¿Y qué sugieres?

—Quizá las cosas serían menos complicadas si…

Alice la abrasó con la mirada.

—Ni pensarlo. Tu maldito destino solo me ha dado disgustos. Este todavía es mi cuerpo y ellos son parte de él. Lo haremos a mi manera.

Alice subió la intensidad de sus entrenamientos. Mover objetos con la mente o cerrar heridas abiertas se convirtieron en actos tan reflejos como respirar.

Nueve meses después, llegó un día muy especial. El parto fue largo y doloroso, llevando a la usurpadora al borde de la inconsciencia. No tendría una oportunidad mejor.

—Quiero verles con mis propios ojos. Aunque sea por un instante.

—¿Merece la pena el riesgo?

—Sí.

—Sumérgete y visualiza una salida.

Alice se zambulló en el baño y nadó hacia un agujero de luz en el fondo. Al atravesarlo se produjo un parpadeo en su visión. Estaba en la cama del hospital con Howard y los niños a su lado. Al poner sus manos sobre los recién nacidos, dejaron de llorar.

—Cariño, sería buen momento para decidir sus nombres —dijo Howard socarrón. Ese había sido un tema de broma recurrente en las últimas semanas.

—Milo y Cosmo.

Tras un beso de despedida, Alice regresó al baño de la mansión. Fue su primera gran victoria, poseer a Iris por ese instante. Aunque los niños portaran la marca de su enemiga —en forma de antojo en las plantas de sus pies—, ella les dio la bienvenida al mundo. La elección de los nombres había sido insertada con disimulo para que la creyera como idea propia.

Animada por su éxito, Alice se volvió más agresiva, provocando a Baba jaquecas y pesadillas. El plan consistía en empujarla poco a poco y, cuando estuviese lista, atraerla hacia la mansión para asestarle el golpe definitivo.

Milo y Cosmo dejaron de ser niños para convertirse en adolescentes. Ella les observaba conectándose a los sentidos de Baba por periodos breves, ya que no podía dejar que le siguiera el rastro.

Estaba harta de tomar precauciones, harta de esperar. Ansiaba enfrentarse a su archienemiga y que todo acabara de una vez.

De nuevo repitió a Thymora la misma pregunta.

—¿Cuándo vamos a hacerlo?

—Paciencia.

—Siempre respondes lo mismo.

—Créeme, anhelo más que tú abandonar este lugar y regresar a mi vida. No sé si te has dado cuenta, pero yo tampoco he salido de esta mansión.

—Pero físicamente estás en otro sitio, ¿no?

—Estoy hibernando en una alcoba de mi auténtica mansión. La existencia de esta fantasía depende de que yo la habite en todo momento. Sin mí, desaparecería dejándote a merced de los rastreadores de Baba.

—Dios mío… —Alice comprendió de pronto la inmensidad del sacrificio de su maestra al haberse confinado junto a ella para adiestrarla—. ¿Tan importante es esto para ti?

—Sí. Baba se ha convertido en un peligro mayor que Bastet y debe ser detenida. Ella teme a Soni y a sus amigos. No dormirá tranquila mientras vivan. Por eso necesita las memorias que tú le has escondido. Las usaremos de cebo para atraerla hasta aquí —explicó Thymora.

—¿Cuándo?

—Pronto. Tengo a Yaga haciendo de mensajera. Cuando me confirme un par de cosas pendientes, actuaremos. ¿Te ves preparada?

Como respuesta, Alice levantó el báculo y disparó un haz de luz que cortó en dos el gólem con el que entrenaban magia de combate. Levantó las cejas de un modo que decía “voy a patearle el culo”.

—Alice, quiero que entiendas algo: Iris Shalquoir es una fusión de Baba y tú. Su personalidad tiene rasgos de las dos. Es imposible extirpar una parte. La idea es retenerla mientras en el exterior alguien ataca su cuerpo físico. El veneno de la daga os matará a las dos. Siento ser brusca, pero no quiero alimentarte con falsas esperanzas.

—Sí, me lo dijiste… —murmuró cabizbaja—. He trabajado muy duro. Pensé que si la vencía…

—Recuperarías tu cuerpo. En el mundo del que procedo sería posible. En este, esa puerta está cerrada. No imaginas cuánto me duele que tu historia no tenga un final feliz.

—Me rompe el corazón no hablar con mis hijos ni una sola vez. Que no sepan quién soy.

—Cuando te sugerí que sin ellos las cosas serían menos complicadas no fue por crueldad. Supe que dudarías al entender que

no tienes posibilidad de sobrevivir. Esta vez no hay peros ni letra pequeña. Triunfar significará tu muerte. Tus hijos jamás sabrán que tú también fuiste su madre. Es duro, y necesito que lo aceptes.

Alice se sorbió la nariz y asintió.

—Lo acepto.

—Te aislé del mundo exterior para que te centraras en tu aprendizaje. Tu vieja amiga Soni nunca dejó de buscarte. Mandé a Yaga para decirle que estás viva. Ella es parte del plan final.

—¿Sabe que yo también moriré?

—Sabe lo necesario para hacer su trabajo.

Alice suspiró.

—Entiendo que no le cuentes la verdad, pero es una putada. Prométeme que cuando esto acabe la convencerás de que no se sienta culpable.

—Te prometo que cuando esto acabe, todos estaremos orgullosos de nuestra victoria.

* * *

Según el informe de la policía, el móvil del asesinato fue una infidelidad. Miriam mató a Vic de tres disparos de arma de fuego y luego se quitó la vida con la misma pistola. Lo confesó todo en una nota. Caso cerrado.

La prensa sensacionalista se relamía con las elecciones más morbosas de la historia, con apuestas sobre cuál sería la siguiente desgracia.

La muerte de su mejor amigo fue un mazazo para Howard. Había conocido a Vic en la escuela secundaria y desde el primer día congeniaron. Aparte de sus superiores en el ejército, él era el único que supo que su condecoración fue un fraude. En él se apoyó para vivir con esa mentira. No volvería a tenerle a su lado, y nada le iba a quitar la sensación de que era culpa suya.

Al entierro asistió sin Iris, que se fue a pasar unos días a la casa de la playa en compañía de la asistenta. Él iría con los niños el fin de semana. Su mujer sufrió unas fiebres que la tuvieron en la cama durmiendo la mayor parte del tiempo. Miriam y ella habían estado muy unidas y junto al estrés de la campaña le bajó las defensas hasta enfermar. El doctor dijo que necesitaba vitaminas y mucho reposo.

En la soledad del despacho repasaba el contenido del sobre que Vic había dejado para él. Se trataba de los informes médicos originales de Norma Thompson. Describían pesadillas y visiones monstruosas, una obsesión enfermiza con los gatos. Aunque Iris rara vez hablaba de las sesiones con sus pacientes, lo de la psicosis con los gatos era parte de su proyecto de investigación. En Lilium se atendían pacientes con la

misma patología que Norma.

Leyó la transcripción de sus declaraciones acerca del accidente en el palacio de hielo de Alto Paraíso. Durante la última función, apareció en el centro de la pista un gato esfinge gigante que hizo tropezar a Amanda con la cola, poniéndola en línea de colisión con el patín de Caleb. Tras provocar que él le cortara el cuello con la cuchilla, le empujó para que su cabeza golpeara el suelo con violencia, lo que provocó el coma.

En el último folio había una cuartilla manuscrita cogida con clip. El autor era Caleb Reynolds, tras despertar de cinco meses de coma. El muchacho soñaba a menudo con el accidente y veía al mismo monstruo descrito por Norma. Nadie pareció dar importancia al hecho de que Norma y él compartieran las mismas visiones sin haber estado en contacto.

El sobre contenía varias fotografías de la cabeza de Norma rapada. En ella había una marca rojiza de dos triángulos unidos como un niño dibujaría una cadena montañosa. Mirando más en detalle reconoció que no eran triángulos, porque las líneas de la base eran dos medialunas volcadas. *Dos orejas y dos ojos cerrados*.

Ni médicos ni paciente entendían cómo se hizo esa marca.

Vic había adjuntado otra fotografía que le pasó un contacto del equipo forense. El conductor de metro que provocó el accidente tenía una marca muy parecida en el hombro. Ahí estaba la conexión, la marca del asesino. Howard estaba seguro de que en alguna parte del cuerpo de Miriam habría otra similar. Se sintió tentado de poner sobre la pista a la policía, pero dudaba que reabrieran los anteriores casos por una marca. Además, querrían saber la implicación de Howard en el asunto.

Había otro motivo para no hablar: la marca le resultaba familiar. Recordó las palabras de Liú Wang.

«Si usted creyera que sus hijos están en peligro hubiera pedido respuestas al cruzar mi puerta. Hasta que no comprenda eso, es inútil contarle nada».
«¿Mis hijos? ¿Qué tienen que ver ellos con esto?»

En casa cenaron comida oriental mientras veían una película de acción. Como de costumbre cuando la madre no estaba, Cosmo iba descalzo por todas partes para después poner los pies encima del sofá de manera provocativa. Iris le acusaba a menudo de comportarse como un animal salvaje.

A Howard no le salía lo de regañar a sus hijos. Al señalar a Cosmo su pie desnudo a modo de reproche, la vio: una pequeña marca de nacimiento en la planta del pie derecho. La de Milo estaba en el izquierdo. Recordaba que Iris les había llevado al dermatólogo para

una revisión y no detectó nada anormal. No pensó más en ello.

Pidió a Milo que pusiera su pie junto al de Cosmo. Era la misma marca que tenían Norma y el conductor de tren dividida en dos mitades.

La idea de que sus hijos estuvieran marcados era insoportable. Hizo una llamada, que Liú Wang respondió al segundo tono.

—Buenas noches, señor McDonnell. Por la hora que es, deduzco que desea hablar del tema en serio.

—Necesito verle. *Por favor.*

—Mañana a las diez, en el zoo de Central Park.

Quien se presentó a la cita fue Sonia Richardson. En las dos horas que pasearon por el zoo, Soni le contó la historia más descabellada que había oído nunca. Pero por absurda que sonase, explicaba los sucesos en torno a su esposa. Al escuchar sobre la misión en París y la posesión de Alice, Howard comprendió por qué el anticuario le enseñó la daga en la tienda y la reacción de Iris.

—Quieres usar esa daga para matar a mi esposa.

—La quiero para destruir a un demonio y liberar a mi amiga.

—¿Alguna prueba de que está viva?

—Que diera luz a gemelos. En Iris hay dos personalidades, lo que explica sus padecimientos. Alice lucha por ella y por los niños. Para que no caigan bajo el influjo de un monstruo.

A la mención de sus hijos Howard sacó del abrigo las fotos de las marcas de sus pies.

—¿Qué significan? Norma las tenía. Y también el hombre que causó el accidente del metro.

—Es el sello de Baba. —Soni sacó el móvil y le mostró nueve símbolos que representaban gatos de manera esquemática. Uno era idéntico al mostrado por él—. Ella lo pone sobre sus colaboradores y esclavos. Así los mantiene bajo control.

—Iris es una buena madre. Nunca les haría daño.

—Todo lo bueno que conoces de ella viene de Alice. Baba es maligna y debe ser exterminada.

—Me perturba que hables de matar a mi mujer.

—Pues voy a perturbarte aún más: deberás hacerlo tú.

—*¡¿Que yo mate a Iris?!*

—A mí me conoce. No tendría oportunidad de acercarme a ella. Entiendo que te pido muchísimo, pero si no la detienes, las muertes continuarán. Los planes que Baba tenga para tus hijos no pueden ser buenos.

Howard desvió la mirada hacia los niños que jugaban en el parque en compañía de sus padres. Deseó que el problema le hubiera tocado a otro.

—Si lo hago, yo iré a la cárcel y mis hijos quedarán huérfanos. Me repudiarán. Será el fin de mi familia.

—Ellos saldrán adelante. La alternativa es que permanezcan bajo el yugo de Baba. Has visto cómo acaban quienes llevan su marca. Incluso los que no mata no vuelven a ser los mismos.

Pasearon en silencio hacia la zona del zoo donde habitaban los leopardos de las nieves. Aunque estuvieran bien cuidados, bestias tan hermosas merecían vivir en libertad. Por un rato estuvo parado con la vista fija en los ojos verdes del gran felino. Después miró a Soni.

—Dime cómo hacerlo.

La respuesta era la daga escondida en su maleta. Además del arma, Soni le había entregado un bulto cubierto por una manta que colocó en el asiento delantero del coche.

Aparcó frente al colegio de los niños, que en unos minutos acabarían sus clases. El primer paso del plan era quedarse a solas con Iris en la casa de la playa, donde ella había pasado la semana reposando. Llamó a su vecino, que tenía hijos de la misma edad.

—Hola, Benji, soy Howard. Estamos a punto de salir para allá. Te llamaba por si os importaría que Milo y Cosmo pasaran la noche con vosotros.

—¡Sin problema! Hemos instalado el nuevo proyector y haremos un maratón de pelis y palomitas.

—Genial.

Saludó a sus hijos, que venían corriendo hacia el coche con la alegría de empezar el fin de semana. Se sentaron en el asiento de atrás.

—Chicos, estoy hablando con el vecino. Dice que va a poner pelis de miedo esta noche —Ese era el mejor reclamo para sus hijos. Iris no les permitía ver películas de terror en casa.

—¡Yo voy! ¡Y llevaré la consola! —dijo Cosmo.

—Antes estaremos un rato con mamá —dijo Milo.

Howard arrancó el coche en dirección a Long Island. Mandó un mensaje a la asistenta para informarle de que iban en camino, y que se tomara el resto de la tarde libre.

Por la carretera de la playa pilló un bache, provocando que el bulto en el asiento delantero se agitara.

—*¡Nyah!*

Los hermanos se quitaron los cascos. Cosmo tiró de la manta. Debajo había un transportin con una gata siamesa.

—¡Un gato! ¿Vamos a adoptarlo, papá?

—*Uh-uh*, mamá se va a enfadar cuando despierte —dijo Milo.

—Lo siento, pero la gata no se puede quedar. La encontré en la calle. Es para la dueña de la lavandería, que la recogerá mañana —

dijo el padre, cortando de raíz sus esperanzas.

—*Ooohhh*… —se lamentaron los hermanos, que querían tener una mascota. Iris era alérgica a los gatos y prohibía que entraran en casa.

Al llegar a la casa a pie de playa, metieron a la gata en el cuarto de invitados sin sacarla de la jaula. Los niños se quedaron con ella mientras Howard despedía con una generosa propina a la asistenta y entraba al dormitorio nupcial al fondo del pasillo.

Iris dormía con las cortinas echadas. Incluso con la tenue iluminación de sobremesa apreciaba su palidez. Desde que se conocieron, al menos una vez al año sufría esos padecimientos que la encamaban por una semana. Según ella, eran causados por el estrés del trabajo. Soni le aclaró el misterio: cuando Iris recurría al control mental y obligaba a sus marionetas a matar, ella agotaba sus energías.

Se sentó a su lado. Viéndola en tal indefensión, su voluntad flaqueó. Después de disparar a un inocente, ahora iba a matar a la mujer que amaba mientras dormía. Se secó las lágrimas, tras ahogar un gemido.

—*Chissst*… no llores —dijo una desconocida con la voz de Iris. Ella sonrió. A pesar del cansancio, nunca había visto una expresión tan dulce en su rostro.

—¿Eres Alice? —Ella asintió—. He hablado con Soni. Necesito oírte decir que esto es lo correcto.

—Es lo correcto. Durante años te he observado, Howard. Eres un buen hombre. Esta noche acabarás con mi agonía. Serás mi héroe. —Alice le cogió la mano. Estaba muy fría—. Yo te daré la señal. Debes ser rápido y no dudar. No me falles, por favor.

—No te fallaré.

—Tengo poco tiempo. Me gustaría ver a nuestros hijos por última vez.

Howard fue a por Milo y Cosmo, que jugaban con la siamesa. Los gemelos se sentaron en la cama con ella y le contaron sobre la noche de cine en casa del vecino. Cosmo se llevó su mano a la mejilla.

—Si quieres nos quedamos contigo, mamá —dijo Cosmo.

—No. Id y divertíos. Papá y yo tenemos que hablar de algunas cosas. Estoy algo cansada, dormiré un poco más.

Los chicos volvieron al cuarto de la gata. Howard y Alice se miraron en silencio. Moviendo los labios ella dijo «gracias». Él se inclinó y le dio un beso.

Comenzaba la espera más tensa de su vida. A las ocho, los niños se marcharían a casa del vecino dos calles más allá. Entonces sacaría la daga de la maleta para cumplir su misión.

* * *

Alice se miró al espejo. En otros tiempos se hubiera reído de sí misma por vestir como una bruja de Halloween. En ese día, lucía con orgullo su túnica, sombrero y zapatos de pico. Su uniforme de batalla.

Observó pensativa las armas mágicas colgadas de la pared. Las había aprendido a usar con la maestría de los mejores magos del mundo de Thymora. Aunque el báculo lanzarrayos era la más destructiva, para lo que había pensado necesitaría la estilizada lanza de cristal frío con su reluciente cuerpo de plata y hoja de diamante.

Con un gesto, el arma voló a su mano.

Bajó las escaleras con la capa de medialuna ondeando exuberante tras ella. Nunca había parecido tan radiante como en el día en que iba a morir. Pese a conocer su destino, estaba serena. Tras quince años encerrada en la mansión, su único deseo era salir ahí fuera y luchar hasta el final. Puesto que no podía destruir a Baba, su objetivo era inmovilizarla para que Howard le hundiera la daga en el pecho.

Yaga y Thymora se situaron cada una a un lado de las dobles puertas de la mansión, esperando a su señal. Aquel era su baile. La maestra se inclinó ante ella.

—Estás gloriosa, Alice. Me llenas de orgullo.

—Sin ti no hubiera sido posible.

—Me gustaría que nos despidiéramos como amigas.

—Somos amigas. Y es un honor. Estoy lista, abre.

Las puertas se abrieron de par en par. Un numeroso grupo de abominaciones se congregaba en la planicie ante la casa. Sobre una plataforma sostenida por dos gigantes deformes se alzaba la auténtica Baba, una hermosa bruja con una melena oscura que fluía hasta sus tobillos. Vestía una túnica de oro. A su lado, Cleopatra parecería una pordiosera.

Alice silbó.

—Ella también se ha vestido de gala. Al menos moriremos con estilo.

Dio un paso fuera de la mansión. Thymora le agarró del brazo.

—¿Recuerdas lo que te dije de que no tuvieras esperanzas de sobrevivir a este día?

—*“Esta vez no hay peros ni letra pequeña. Tu triunfo significará tu muerte”*. Sí, hace tiempo que lo acepté.

—Pues rebélate, porque hoy vas a luchar por tu vida.

Capítulo Treinta Y Siete

Después de cenar, los hermanos metieron pijamas y videojuegos en una bolsa y se despidieron de la gata. Howard les abrazó fuerte.

—Nos asfixias, papá —protestó Milo—. Vamos a casa del vecino, no a la guerra.

—Porfa, dile a esa mujer que lleve a Nut al veterinario. Está embarazada.

—¿Ya le habéis puesto nombre? Y qué es eso de que está embarazada. La gata ni siquiera está gorda.

—Se llama Nut y va a tener una cría —dijo Cosmo convencido. Él proclama que era capaz de leer las mentes de los gatos con pegar la cabeza a ellos.

—Se lo diré. Divertíos mucho. Os quiero.

Después de que se hubieran marchado, a Howard le golpeó la conciencia de que no volvería a ver a sus hijos. Le sobrevino una desolación absoluta. La tentación de echarse atrás era demasiado fuerte. Se sirvió un whiskey para calmar los nervios.

Preparó la escena antes del crimen, con velas a lo largo del pasillo y una biblia de páginas amarillentas sobre la mesa de la cocina. La policía le tomaría por un fanático religioso o alguien que sencillamente había perdido la cabeza.

Sacó a la gata del transportin. Si Soni no estaba delirando, la siamesa tendría un papel importante en ese asunto.

—Así que te llamas Nut.

—*¡Nyah!*

—¿Es cierto que puedes ayudar a Alice?

—*¡Nyah!*

—Pues en marcha.

Con la daga en la mano y la gata tras él, se adentró en el dormitorio.

* * *

En el rincón más oculto de su mente Baba encontró la mansión donde se escondía Alice y las memorias perdidas. Para el asalto había reunido a un batallón de bestias, cada una más fea que la anterior: panteras deformes con ojos por todo el cuerpo, gárgolas de una sola

ala y quimeras. En contraste, ella vestía su mejor túnica de tela de oro.

Como dueña de la casa Thymora debía estar allí, pero nadie salió a recibirla.

—Qué modales son estos, vieja maestra. Me obligas a pegar a la puerta.

Un gigante tuerto clavó a sus pies un colosal arco de oro. Baba arrancó un mechón de sus cabellos y le dio la forma de una flecha negra que se agrandó al tamaño de un arpón. Al ponerla sobre la cuerda se cargó de energía. Apuntó con el índice y disparó.

El relámpago cruzó el espacio hasta el objetivo, estallando a escasos metros. Entre ellos se interponía una barrera de antimagia que se hizo visible antes de desmoronarse en una lluvia de chispas.

Baba se relamió. Dentro de su mente ella era más poderosa que la maestra. El siguiente disparo arrasaría su guarida. Iba a dedicarle unas palabras, cuando las puertas se abrieron.

Esto sí que es una sorpresa.

—¡Dulce Alice! Y yo que te creía gimoteando bajo la cama. Por tu indumentaria parece que la maestra te ha metido ideas raras en la cabeza.

—Ella me ha enseñado cosas que no fuiste capaz de aprender. Soy mejor que tú —dijo Alice con tono provocativo.

—Chica estúpida… ponerte los modelitos de Thymora no te convierte en maga. Primero te mataré a ti; después, recuperaré las memorias perdidas. Por último, tus amigos. Voy a disfrutar mucho viendo cómo mis criaturas te arrancan la carne de los huesos.

Alice paseó la mirada entre las abominaciones del ejército de Baba. Sonrió con desprecio.

—Thymora crea monstruos mejores. Estos monigotes no me impresionan.

Recalcó sus palabras clavando con fuerza la lanza en el suelo. La temperatura descendió bruscamente y el cielo se tornó plomizo. El terreno comenzó a congelarse, extendiéndose por él un manto cristalino hasta cubrirlo todo.

—¿Qué pretendes? —gritó Baba. Odiaba el frío tanto como los imprevistos.

—Se me ocurrió que sería una buena ocasión para enseñarte los trucos que por tu culpa nunca pude practicar con Caleb.

Con un chasquido de dedos, Alice transformó los botines de pico en unos extravagantes patines; la túnica se acortó, envolviendo su torso en un uniforme de tejido antiperforante; sus brazos fueron cubiertos por guanteletes con incrustaciones de cristal.

Una pantera de muchos ojos se abalanzó por sorpresa, yendo a resbalar de manera lastimosa. Alice se deslizó sobre una sola pierna y con la cuchilla del patín le rasgó el costado. En vez de manar sangre,

de la herida brotó un polvo de diamantes que convirtió al animal en una estatua de hielo.

Entendiendo que los patines le daban ventaja, los monstruos atacaron en grupos para flanquearla. Alice los evitó con facilidad, provocando que chocaran unos contra otros. Al pasar por su lado una caricia de sus guantes los congelaba al instante.

Fue el turno para una criatura semejante a una serpiente con patas, que saltó hacia su cara con las fauces extendidas. Con un ligero balanceo se apartó de su trayectoria y la agarró por la cola, girando como un molinete antes de arrojarla contra otra bestia, que murió por el impacto.

Alice patinó hasta la lanza, que sacó de un tirón justo cuando una manada se le echaba encima. El arma exhaló un vaho cristalino que al envolverlos ralentizó sus movimientos mientras ella ganaba velocidad punzándolas con el frío aguijón.

La pista se llenó de estatuas de hielo desperdigadas como las piezas de un tablero de ajedrez. Zigzagueó entre ellas, riendo por su aplastante superioridad. Nunca había sentido un poder así. Tras despachar a un puñado más, Alice señaló a Baba con el índice.

—Estoy aburrida de jugar con tus peones. Que entre la reina de una vez.

A juzgar por el rostro encendido de Baba, los consejos de Thymora sobre cómo enfurecerla surtían efecto.

—Parece que algo sí aprendiste, después de todo. —Con una fuerte palmada, todas las criaturas implosionaron en nubes de ceniza. El estallido de las que estaban congeladas cargó la atmósfera de motas de nieve—. Imagino que la maestra te ha convencido de que si me derrotas recuperarás tu vida. Ilusa.

Baba estaba con las manos vacías. No iba a darle la oportunidad de invocar un arma. Alice cargó con la lanza por delante, visualizando una diana en su pecho.

Percibió movimiento desde todas direcciones. Algo le agarró la pierna y los hombros, haciéndola frenar abruptamente. Estiró el brazo para ensartarla, pero no avanzaba, quedando la punta de su lanza a un palmo del objetivo. Lo que la había atrapado eran extensiones de la melena de Baba, una creciente enredadera de cabellos de la que no podía zafarse.

Forcejeó en un intento por liberar su brazo. El nudo apretó en dirección contraria quebrándole el hueso. La lanza cayó de su mano, inmediatamente atrapada por una liana, que se la entregó a Baba. La bruja sopesó el arma.

—Puesto que no puedes destruirme, tu idea era congelarme con este juguete. No estaba mal pensado. Lo probaré contigo.

Baba le punzó un hombro con su lanza. Aunque el dolor fue

inmenso, logró contener el grito.

—Un arma mágica no funciona contra su dueño. Lo sabe cualquier aprendiz —dijo Alice, puntillosa.

—Ha pasado mucho desde que estudié eso, y tú hurgaste en mis memorias. Peor para ti, porque la alternativa es quebrarte.

Baba arrojó con desprecio la lanza y se concentró en que las enredaderas de su melena estrujaran cada miembro de Alice. Un poco más de presión y sus huesos se partirían.

Un destello les hizo girar la cabeza. La mansión había desaparecido, Thymora ya no estaba en su mente. En un momento Baba recuperaría las memorias perdidas y tomaría conciencia de su plan verdadero.

Alice exclamó el nombre de Howard.

* * *

Howard se acercó sigiloso a la cama. Iris se agitaba en sueños, señal de la lucha en su interior. Al acercar la daga, los símbolos de su hoja brillaron. Soni le instruyó que la hundiera hasta la empuñadura para extirpar la presencia corrupta dentro de su mujer. Puso la punta sobre el pecho. Un empujón y todo habría acabado.

Su lado racional se rebeló pidiéndole que frenara esa locura; estaba a tiempo de dar marcha atrás y olvidar el asunto. Empezó a sollozar. Al temblarle la mano, la punta de la daga rasgó la piel, brotando una gota de sangre. La retiró, nervioso. Dio vueltas por la habitación mientras los espasmos y quejidos de Iris iban a más.

Entonces ella le llamó. Howard le había prometido que lo haría. Reuniendo todo su coraje, se preparó para ejecutar su parte.

De pronto, Iris abrió los ojos. El rostro antes dulce se había transformado en una horrible mueca que desfiguraba sus rasgos. Una mano retorcida como una garra se lanzó hacia su cuello, clavándole las uñas. Cogido por sorpresa, Howard braceó y le hirió la muñeca.

El chillido inhumano de Iris reverberó en sus oídos, haciéndole perder el equilibrio.

* * *

Poco le duró a Baba la satisfacción de torturar a su enemiga con el abrazo de sus cabellos. Al oírla llamar a Howard reconoció que había caído en una trampa.

Cuando se sumergía en su propia mente en busca de Alice desconectaba su conciencia del cuerpo dormido, dejando el instinto animal como única defensa. Con toda su atención puesta en la pelea contra su alter ego, se había desentendido de lo que ocurría fuera. Y

algo muy malo estaba ocurriendo.

Una mancha oscura comenzó a cubrir el cielo, ensombreciendo su visión; la tierra tembló bajo sus pies. Como en la mansión Letissier, el mundo se venía abajo, con la diferencia de que esta vez no había donde escapar.

Debilitando el control sobre Alice, recuperó el dominio de su cuerpo real. De inmediato fue abrumada por una agonía insoportable, la que experimentó en París cuando le clavaron las dagas. Chilló con todo el aire de sus pulmones.

* * *

Aunque a Cosmo le encantaba la película del payaso asesino, sentía una inquietud ajena a lo que ocurría en la pantalla. Milo no daba signos de enterarse. Le frustraba ser el único en ver y oír ciertas cosas.

De repente, un grito taladró su cabeza, levantándolo del asiento como un resorte.

—¡Algo malo le pasa a mamá!

—¿Te ha mandado un mensaje? —Milo agarró el teléfono y llamó —. Lo tiene apagado. Y el fijo tampoco responde.

El vecino detuvo la película.

—Chicos, vuestro padre está con ella. No hay de qué preocuparse…

Sin una palabra más, los hermanos corrieron de vuelta a casa.

Con la camisa rota y arañazos en el pecho, Howard empujó a Iris sobre la cama y se tumbó encima mientras preparaba las esposas que estúpidamente olvidó ponerle mientras dormía. El forcejeo había enviado la daga a un rincón del dormitorio y no tendría oportunidad de recuperarla a menos que la inmovilizara.

Soportando una lluvia de golpes y mordiscos, consiguió engancharle una mano al cabecero de la cama. Daba la vuelta al otro lado para cogerle la otra mano, cuando oyó a Cosmo llamando desde el pasillo.

Howard salió del dormitorio con la daga ensangrentada. Al verla sus hijos palidecieron.

—¡Milo, Cosmo, entrad en vuestra habitación!

—¡He oído un grito! ¡¿Le ocurre algo a mamá?! —dijo Cosmo.

—¿Por qué llevas ese cuchillo tan raro? —Milo señaló la daga que goteaba sangre oscura por el pasillo.

—Por favor, id a vuestro cuarto y echad el pestillo. No abráis a nadie, pase lo que pase. La policía llegará pronto.

Del dormitorio principal escapó un alarido y un fortísimo golpe, como si la cama hubiera caído al suelo desde muy alto. Milo buscó la

mano de su hermano.

—Papá… —Milo estaba a punto de echarse a llorar.

—Hijos míos, no importa lo que os cuenten de esta noche. Os quiero mucho. Y vuestra madre, también. —Él les dio un beso en la frente y cerró la puerta.

Regresó junto a Iris, que había arrancado el cabecero de la cama tirando de las esposas. Ella se puso a cuatro patas y arqueó la espalda como una fiera salvaje. El pelo le caía desordenado por el rostro, sus pupilas brillaban con el color de la sangre. Esa bestia ya no era la mujer que amaba.

Iris flexionó las piernas y levantó el trasero, como una pantera a punto de atacar. Howard la mantenía a raya con la daga por delante. Una inoportuna gota de sudor le resbaló por la frente hasta metérsele en el ojo. Hizo el reflejo inconsciente de quitársela, instante en que ella se abalanzó, derribándolo contra la puerta. Rodaron enzarzados por el suelo.

Tras haberse pasado la lucha escondida, Nut salió de debajo de la cama y trepó por la espalda de Iris hasta su cabeza, cegándola con las patas. Su irrupción dio a Howard la oportunidad de recuperar la daga caída.

Consciente de que era su última oportunidad, hundió la hoja en el pecho de Iris, que cesó de resolverse. Durante unos segundos miró al vacío con ojos vidriosos. Después, enfocó la mirada en él y murmuró «gracias», antes de desplomarse.

* * *

Con el cuerpo físico a segundos de morir, Baba y Alice observaron cómo la nada lo devoraba todo. La mayor parte del campo de hielo se había resquebrajado antes de hundirse. La pequeña porción de terreno que les quedaba era un islote flotando en la negrura.

Tras su despedida a Howard, Alice saludaba a la muerte con una sonrisa.

—¡¿Te das cuenta de lo que has hecho?! —gritó Baba— ¡Nos has matado a las dos!

—Este final era inevitable. Siéntate y disfruta del espectáculo.

—¿Cómo le pusisteis en mi contra? ¡Él me amaba!

—Hicimos que viera como eres realmente. Te confesaré algo: si al poseerme hubieras enmendado tus errores, me habrías vencido sin necesidad de luchar.

—¡Mientes!

—Es la verdad. Nunca permitiría que Howard y nuestros hijos sufrieran innecesariamente. Tu muerte me importa menos que su bienestar.

Mientras Baba recorría frenética el menguante terreno bajo sus pies, Alice estaba serena. En ningún momento se creyó las palabras de Thymora sobre una salvación en el último minuto. Si existía un más allá, le daría un pescozón por…

Una puerta de luz apareció ante ellas.

A unos cincuenta metros en dirección contraria de donde venía la oscuridad, su cálido brillo atrapaba la vista. La reacción de asombro de Baba le confirmó que no era una alucinación propia del momento de la muerte.

Alice arrancó a toda velocidad quebrando el hielo bajo las cuchillas de sus patines. Baba, que venía detrás, se hundió al pisar por donde ella había pasado.

Muy cerca de la meta, sus sentidos dejaron de funcionar. El corazón había dejado de latir. Estaba muerta.

La puerta se apagó hasta solo quedar una chispa. Después, nada.

Rebélate.

En un último acto de rebeldía, Alice se impulsó hacia delante a ciegas.

* * *

El cadáver de su esposa era el de una mujer corriente, después de que la daga purificase la esencia maligna. Howard le dio un beso en los labios y llamó a la policía confesando el asesinato. Pronto se presentarían junto a una nube de periodistas.

Su desolación no cabía en palabras.

Nut le dio un suave cabezazo en la pierna. Howard le abrió la ventana del cuarto para que saliera. Ella subió al alféizar y le miró con ojos tristes.

—Gracias por tu ayuda, minina. Y cuida de ese bebé.

—*Nyah* —maulló Nut solemne, antes de dar un salto y perderse en la noche.

En la distancia aparecieron las primeras luces de coches patrulla.

Howard McDonnell lo perdió todo: reputación, fortuna y familia. Tras declarar que su mujer era un demonio, en el juicio se le calificó de psicótico y fue sentenciado al encierro de por vida en una institución mental; su partido político fue disuelto y al poco se supo que el tesorero desvió gran parte de los fondos a paraísos fiscales; sus propiedades fueron embargadas para pagar deudas, salvo un pequeño fondo para cuando los gemelos alcanzaran la mayoría de edad. Milo y Cosmo ingresaron en un orfanato.

Dos meses más tarde, la ciudad de Nueva York eligió a un nuevo alcalde, y su nombre desapareció de la memoria colectiva.

* * *

El día en que los gemelos fueron alojados en los dormitorios del orfanato Hogar de Sueños, Cosmo pensó que el infierno había abierto una sucursal en la tierra. A Milo también le pareció horrible, aun sin comprender exactamente las razones.

Para no añadirle traumas decidió callarse la causa de su inquietud: entre los internos había chicos con cara de gato. No de los lindos, sino monstruos con rasgos felinos. Pertenecían al ala de los más conflictivos. Además de distinguir sus rostros bajo la máscara humana, podía olerles. Vio al primero durante el almuerzo en la cantina. Tiró a Milo de la manga y señaló discretamente a un canijo con espinillas que daba lametazos a su plato. Su hermano se encogió de hombros.

Al poco empezaron los auténticos problemas. Primero fueron solo provocaciones. Les llamaban con tono despectivo "hijos de Baba", insulto que ellos no comprendían. Uno le preguntó por los colgantes, que ellos negaron poseer. Era imposible que hubieran visto los amuletos de mamá, bien escondidos entre sus cosas. Las amenazas de agredirles se cumplieron y los matones se comportaron como todo matón: con violencia.

Cosmo plantó cara. Debía defender a su hermano de esa escoria. Él era más fuerte y agresivo; por cada golpe que encajaba, él daba dos. Más que las heridas, le dolía no compartir sus secretos con Milo, a quien le faltaba ese "sentido especial". Mamá solía decirles que se desarrollaban a ritmo diferente, y que sus talentos despertarían con el tiempo.

Pensar en sus padres sin llorar era una prueba de carácter. Al dolor de la pérdida le acompañaba no saber toda la verdad sobre aquella noche. Él siempre sospechó la bipolaridad de su madre; a veces no parecía la misma. Ella olía diferente a los demás, y usaba esencia de lirio para camuflarlo.

En cuanto a papá, lo que se contaba sobre él era mentira. Cosmo había visto las suficientes películas de crímenes para comprender que lo de la biblia y las velas era un montaje. Nada tenía sentido. Se calló sus sospechas por temor a que le acusaran de loco y le separaran de Milo. Su hermano no sobreviviría sin él.

Meses después, recibieron una visita inesperada. Sobre el muro del patio de recreo asomó un magullado gato negro con un bocado en una oreja. A los hermanos de inmediato les cayó bien ese veterano de las calles, al que apartaron una pequeña ración de comida diaria del almuerzo. Se cuidaban de darle de comer a espaldas de otros chicos, por temor a que intentaran hacerle daño.

Discutían cómo llamarle cuando unos días más tarde el gato vino acompañado. En contraste con él, la nueva visitante era una linda

siamesa, muy joven. Al principio tímida, pronto se acercó a ellos con entusiasmo, frotándose y hablando con suaves maullidos.

—¿No te recuerda a la que…?

Milo no acabó la frase. Los hermanos habían acordado no hablar de aquel día. Cosmo sabía lo que estaba pensando, porque él pensaba lo mismo: la gatita se parecía a la que su padre llevó a casa en el transportin. Con la tragedia no volvieron a pensar en la siamesa embarazada.

Algo se removió en el interior de Cosmo. Impulsado por su inexplicable instinto animal, se agachó junto a la gata. Entendiendo sus intenciones, ella pegó su cabeza a la suya. En el minuto que las mantuvieron unidas, su mente fue golpeada por un tsunami. Cuando se cortó la comunicación, Cosmo le rascó tras las orejas y los dos gatos se marcharon muro arriba.

—Menuda charla habéis tenido —dijo Milo.

—Tiene mucho que contar —susurró Cosmo con una sonrisa radiante.

—Por cierto, he pensado un nombre para oreja cortada: Roy. Suena a tipo duro.

—Sí… —distraído, Cosmo aún daba vueltas a su contacto con la siamesa.

—La pequeña podría llamarse Blanqui. Creo que le…

—Alice. Ella se llama Alice.

Y es nuestra madre. Mamá está viva.

Guardar el secreto fue una prueba más difícil que contener las lágrimas en el día del primer contacto. Al igual que sus padres, para enfrentarse a los desafíos por venir Cosmo tendría que hacer grandes sacrificios.

Capítulo Treinta Y Ocho

18 años después

Cosmo se despertó con un taladro en la cabeza. Hacía tiempo que la resaca no le pegaba tan fuerte. El sol de mediodía filtrado entre las cortinas le disparó un rayo en toda la cara. Si fuera un vampiro, echaría a arder.

Hizo un primer intento de levantarse, pero el peso de sus piernas le presionaban contra el colchón.

No, las piernas que le impedían levantarse estaban cruzadas sobre su cintura. No podían ser las suyas. Con los ojos entornados palpó una de ellas. Piel suave, acabada en un culo envidiable. No estaba solo en la cama. Echó mano a la otra pierna. También de mujer. No podía pertenecer a la misma, salvo que fuera una monstruosidad. Abrió los ojos por completo. A ambos lados se estiraban dos chicas idénticas hasta en el corte de pelo.

¿Quiénes eran? No recordaba haberlas invitado. Su cerebro se apiadó de él, recuperando un fragmento de memoria: eran becarias en Proteus. Habían tomado una copa en la fiesta de empresa. Y después… bueno, de algún modo acabaron en su cama.

Se las quitó de encima y salió sigiloso de la cama. Con una humeante taza de café en la mano, respiró aire puro en la terraza con vistas a la bahía de San Francisco. Cómo le gustaría disfrutar de un buen desayuno de fin de semana con una chica como Mei, la novia de Milo. Renunciar a una mujer así fue uno de los muchos sacrificios de ser aceptado al servicio de Bastet.

La casa, el yate y los demás juguetes caros eran obsequios de Proteus para comprar su lealtad. Joven, rico y con una nueva identidad, Cosmo poseía todo aquello que pudiera conseguir el dinero o la red de contactos de la compañía. En sus años como mascota de Bastet ascendió en la organización para entrar en su círculo más estrecho, en el que hacía poco quedó una vacante. Él era uno de los candidatos a ocuparla. Esperaba con impaciencia la llamada.

Poco después sonó el móvil. Era Úrsula, la asistente y guardiana personal de Bastet. Fue directa al asunto, sin saludar.

—Bastet ha convocado Junta extraordinaria para hoy a las cuatro.

Confirma asistencia.

—Confirmo.

Úrsula cortó, fiel a sus maneras. Como mascota preferida de la líder suprema, ella estaba por encima de cualquier otro en Proteus, incluido él, que también gozaba de privilegios.

Descorrió las cortinas del dormitorio y dio unas palmadas para despertar a esas haraganas.

—¡Arriba, arriba! ¡A las doce pasa el servicio de habitaciones!

Las chicas se levantaron enfurruñadas como gatas a las que se hubiera echado de su sillón favorito.

—¿Qué hay de comer? —preguntó la que se llamaba… no se acordaba del nombre. Hermana Uno, entonces.

—Para mí, pizza de ayer. Para las señoritas, los restaurantes al pie de la colina ofrecen un menú variado. Desalojad.

—Dijiste que nos pasearías en el barco.

—Moraleja: los borrachos también mienten. Os he llamado a un taxi. Si bajáis la ventanilla y cerráis los ojos, creeréis que os sopla la brisa marina.

—¡Menudo gilipollas! ¡Y ni siquiera eres bueno en la cama! —dijo Hermana Dos.

—Oye, un respeto al jefe —dijo Cosmo mientras estiraba las sábanas.

Al volverse las encontró vestidas con el mismo conjunto de falda y top. Habiéndolas perdido de vista un instante, no sabría decir quién era quién. Le observaban desde la puerta con el rostro ceñudo. ¿Esperaban una disculpa? ¿O dinero para el taxi? Puesto que no les ofreció nada, las dos bufaron en unísono y se dirigieron a la salida.

Pensándolo mejor, Cosmo las llamó.

—Chicas, ¿os importaría tirarme la basura?

Ellas le enseñaron su dedo y dieron un portazo que casi provoca un seísmo.

Cosmo pasó la hora siguiente comprobando la casa. Detectó huellas diferentes a las suyas donde no debía. Encendió el portátil. Le habían registrado archivos de poca importancia. La información de los proyectos más importantes de Proteus, aquellos que solo conocía el núcleo duro, estaba a salvo de intrusos.

Pasado el momento de apuro, se tragó media pizza recalentada y fue al garaje a por el Lamborghini. Sin más música que el rugido felino de su motor atravesó San Francisco hacia la futurista sede de Proteus Technologies, un complejo con forma de medialuna en una zona de las afueras.

Aparcó en la plaza de ejecutivos y cogió el ascensor a los niveles subterráneos, donde tenían lugar las reuniones secretas de la Junta. Era la primera vez que le invitaban a una de esas.

Siete de los nueve asientos alrededor de la mesa estaban ocupados. Una de las vacantes era la del anterior CEO, Hans Patrick Schneider. Cosmo saludó con una inclinación de cabeza y tomó una silla de invitado. En las otras dos se sentaban el genio científico Mícolas Mensis y Larry Pinker, el director de Lilium. Le tenía muchas ganas a esa rata.

En la sala entró Bastet en compañía de su guardiana, Úrsula Rosenkreuz. Alemana, alrededor de cincuenta, pelo gris cortado a lo taza, alta y delgada como una caña; siempre vestía traje negro y blusa púrpura. Bajo su larga chaqueta escondía dos estiletes con los que había dado el finiquito a empleados que habían fallado a su ama, de la que solo se apartaba durante las horas de sueño.

La pantera, adornada con una lágrima de Ankh y pendientes de oro en las orejas, se sentó en su trono en el extremo de la mesa.

Úrsula permaneció de pie a su lado. Del bolsillo sacó una diadema con dos pequeñas antenas de oreja de gato, que se puso en la cabeza. Ese complemento de fantasía contrastaba con su severo aspecto de institutriz. Los ojos de Bastet brillaron cuando ama y sierva enlazaron sus mentes.

A excepción de Cosmo, nadie en la habitación entendía la lengua de Bastet sin intérprete, de ahí que hablara a través de su guardiana.

—Os he convocado porque hay un asiento libre en mi mesa. Hans Patrick Schneider pagó cara su traición. Unión y lealtad son pilares sin los cuales no se sostiene mi imperio. He pensado en tres candidatos. Empezaré por Mícolas Mensis, director de nuestro proyecto estrella, el enlazador mental. —Moviendo a Úrsula como una marioneta, hizo un gesto para que el aludido hablase.

Mícolas se levantó. Pese a tratarse de un hombre en edad madura, su pelo alborotado, brazos de tubo y camiseta friki le daban aspecto de estudiante universitario. Sus tics y risita zorruna reforzaban esa sensación. Puso sobre la mesa una pulsera y una diadema muy parecida a la de la sierva de Bastet, con dos pequeñas antenas triangulares.

—Estamos listos para producir en masa estos comunicadores telepáticos. Los tests con humanos han sido positivos. Doy gracias a Larry por los “voluntarios” que proporcionó de entre sus pacientes de Lilium. El secretario de Defensa quedó muy impresionado con la prueba de campo. Los que venderíamos al público serían iguales… en apariencia. Funcionan igual, pero permiten que nosotros introduzcamos ideas a nivel inconsciente.

—¿Cómo publicidad subliminal? —preguntó alguien del Consejo.

—Sí. Se activa durante el sueño y sugestiona al sujeto en sus patrones de comportamiento.

—Manipulación de las mentes —dijo Bastet/Úrsula—. ¿Deja algún

tipo de rastro? ¿Efectos secundarios?

—Ninguno.

—¿Qué hay del enlace a mi cuna?

—Las diademas convierten en energía la actividad mental producida durante el sueño. Esa energía puede redirigirse hacia ti. Quien sufre la pérdida se despierta cansado. Por el contrario, tú gozarás de mayor vitalidad. Si la energía fuese agua, cada usuario donaría una gota mientras tú te bañas en un estanque.

—Un trabajo excelente… si funciona. Si se produce cualquier error y nos descubren, o si alguien muere por las diademas, Proteus dejaría de existir. En tal caso, tú serías el primero en ser castigado. No es una amenaza; expongo fríamente los hechos.

—Soy consciente. El invento es infalible. Muchos sujetos han sido sacrificados para que lo sea.

Ella hizo un gesto para que se sentara y apeló al siguiente invitado.

—Larry Pinker, director de Lilium. Gracias a vuestros tratamientos hemos disminuido la población capaz de detectar a las personas con ADN híbrido. Lilium está a punto de expandirse. ¿No estás satisfecho con tus perspectivas profesionales?

—Me interesan los programas de ingeniería genética, mi señora. Veo grandes oportunidades en ese campo. Las muestras de ADN de los nueve que conserváis son el tesoro más valioso de Proteus.

—Me place tu entusiasmo. El Consejo estudiará tu candidatura. Por último, Albedo Smith, anteriormente conocido como Cosmo. ¿Por qué quieres un asiento en nuestra mesa?

Cosmo se levantó y habló con tono enérgico.

—Como hijo de Baba, este es mi lugar. Por eso acudí a ti.

—Ella abandonó nuestra causa. No quiso influir sobre tu padre para favorecernos. Tenía su propia agenda.

—He probado mi valía limpiando esta empresa de vendidos a Nahuel Copinqui, incluido el anterior CEO. Os advertí que Nahuel no era un socio de fiar. Además, mi sangre y capacidades mentales han contribuido a nuestras investigaciones. Por si fuera poco, mi departamento de marketing, que vosotros os tomáis a chufla, tiene a Proteus en el mejor momento de imagen de su historia. El dinero compra políticos y a la prensa. Pero al público se le engatusa, y eso lo hacemos de maravilla.

—Tienes buen olfato y sabes venderte. Sin embargo, en esta mesa hay quien no se alegra de que arrasaras un orfanato perteneciente a la compañía. Mataste a todos los híbridos que habíamos infiltrado. Que vinieras a nosotros fue una sorpresa.

—Esos engendros no debieron ponernos la pata encima a Milo y a mí.

—También nos preocupa que tu hermano sea cercano a ese grupo

de resistencia.

—Milo hubiera quedado al margen de no ser por Schneider. Por lealtad yo sacrifiqué mi relación con él. Fue ese cerdo quien le metió en nuestros asuntos.

—Le ofreciste unirse a nosotros y te rechazó.

—No puedo culparle. Aparezco de entre los muertos años más tarde con un nuevo cuerpo y le hablo de conquistar el mundo. Es mucho que asimilar. Él acabará entrando en razón. Nuestro vínculo es fuerte.

—¿Más fuerte que el que tienes con nosotros?

—Milo también es hijo de Baba. La posibilidad de que se una a nosotros debería excitaros.

—Hasta ahora nos has servido admirablemente, pero acepta que aún dudemos.

—Sé de dónde vienen esas dudas —se giró hacia Larry Pinker, que evitaba mirarle—. Los absurdos tests que hacemos una vez al año van realmente dirigidos a mí, porque este imbécil pretende desenmascararme o cualquier delirio que tenga en la cabeza.

Larry se levantó con el rostro encendido. Ese arrogante pensó que Cosmo sería diplomático. Era hora de ponerle en su sitio.

—¡Tu madre nos dio la espalda! Tú destruiste uno de nuestros centros en Nueva York y tu hermano juega para el equipo rival. Tus tests ofrecen resultados ambiguos. No eres de fiar.

—¿Y tú? ¿Dirías que hacer experimentos a espaldas de Bastet es una muestra de lealtad?

—¿De qué demonios hablas? —rugió él, que había empezado a sudar.

—Eso quiero saber yo también —dijo Úrsula con voz suave, que se situó delante de ellos dos.

—Larry me espía. Dudo que la orden venga de ti, así que lo hace sin tu consentimiento. En la fiesta de anoche me abordaron dos clones pasándose por gemelas; me echaron algún tipo de droga en la bebida para que no las olfateara. Registraron mi casa en busca de información clasificada. Diría que son marionetas de su harem privado.

Úrsula giró la cabeza hacia Larry, que había enmudecido. Se le veía acalorado.

—¿Espías a un ejecutivo de Proteus? ¿Haces experimentos por tu cuenta, señor Pinker?

—¿C-cómo podría? Las muestras de sangre se almacenan en los bancos de Proteus. Mirad los registros. Nunca he sacado nada de ahí. Ni me he acercado. ¡Está mintiendo!

El hedor de su miedo era intenso. Golpeaba la nariz de Cosmo, que disfrutaba su angustia. Los sentidos de Bastet, mucho más agudos, debían estar desbordados.

—Aportaré luz al asunto —dijo Cosmo—. Durante la presentación que hicimos en Tokio el trimestre pasado me reuní con un antiguo miembro de Neko Nights. Lograron salvar muestras de la sangre de Nut. Dicen que las enviaron aquí. —Hizo una pausa para registrar los rostros de confusión alrededor de la mesa—. Como imaginaba, no teníais noticia. Sospecho que nuestro colega Larry sabe dónde andan.

—¡Eso es ridículo! —protestó débilmente el acusado. Le faltaba el aire.

—Esto también lo es, supongo. —Cosmo sacó de la chaqueta una hoja que desplegó sobre la mesa. Un extracto de la cuenta de Larry Pinker, con un par de ingresos millonarios sin concepto.

—¿Quién es este amigo tan generoso? ¿O es que juegas a la lotería de Islas Caimán? —preguntó Úrsula.

—N-no lo sé. De-debe ser un…

La mano de Úrsula fue un borrón. El estilete bajo la chaqueta apareció un segundo antes de hundirse en el cuello de Larry hasta la mitad de la hoja. Él abrió mucho los ojos, incrédulo por el cuerpo extraño que obstruía su respiración. Como si firmase con una pluma, ella hizo un giro de muñeca y sacó el estilete, manando un chorro de sangre.

Larry se levantó con las manos sobre la herida y anduvo varios pasos antes de desplomarse. Aun habiendo oído relatos sobre la guardiana de Bastet, en acción inspiraba respeto. Cosmo no vio venir la estocada.

Úrsula limpió el estilete con una servilleta húmeda y lo enfundó en la chaqueta. Volvió al lado de Bastet, que habló para todos.

—El privilegio de portar mi marca implica obediencia absoluta. No aceptaré a díscolos en mi mesa. Mícolas ocupará la vacante en el Consejo. En cuanto a Lilium, Cosmo será su administrador temporal.

—¡¿Qué?! Bastet, con todo el respeto, eso es una cabronada. No quiero trabajar con locos.

—"No quiero" no es una respuesta válida a mis mandatos. Supervisarás las actividades del recién fallecido administrador. Intuyo que ha vendido sangre de Nut a Nahuel Copinqui. Investígalo.

—Sí, jefa —suspiró él.

—Se levanta la sesión. Cosmo, acompáñanos.

Úrsula se quitó la diadema, cortando el enlace con Bastet. Cosmo siguió a la pantera por un largo pasillo, con la cuidadora tras ellos. Le incomodaba tenerla a sus espaldas, aunque de frente no estaría menos indefenso. Se rezagó para hablarle en voz baja.

—Entre nosotros, Úrsula: ¿es verdad que jubilaste al samurái?

—Hubiera acabado con él y su discípula de no ser por ese idiota romántico. Los hombres sois estúpidos.

—No es extraño anteponer la vida de los seres queridos a las

ambiciones personales.

—Los débiles hablan así. Tu hermano es tu debilidad.

—Tu sumisión a Bastet es la tuya.

—Bastet es *nuestra* ama. Vigila tus palabras. A los herejes se los quema.

—¿Me está amenazando, *Frau Rosenkreuz*?

Bastet gruñó para que se callaran. Recorrieron en un tenso silencio el resto del camino hasta el jardín botánico donde la pantera tenía su residencia. Se paró a olisquear algunas flores.

—Puedes marcharte, Úrsula.

Ella no protestó ni alteró el rostro. Como buen soldado, dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—Deberías usar zapatillas solo para que ella te las traiga —se burló Cosmo.

—Es una fiel servidora. Si conocieras su historia no la juzgarías con tanta ligereza. Aunque no comparto su total desapego por los demás, tiene razón en que las relaciones pasionales interfieren en nuestra razón.

—¿Para qué me has traído, Bastet? ¿Vas a ofrecerme trabajo de jardinero?

—Insolente como tu madre. Como Baba, quiero decir.

—¿Quién si no?

—Que Baba tuviera gemelos es algo excepcional. Larry sostenía que dentro de Iris había dos conciencias. Por eso sus tests de personalidad eran contradictorios. ¿Os habló de ello alguna vez?

—Jamás. Madre solo hay una. En cualquier caso, está muerta.

—¿Qué opinión tienes de tu padre?

—Es el hombre que asesinó a mi madre. Para mí no existe.

—¿Piensas igual tras conocer por qué lo hizo?

—Él sacrificó a sus seres queridos por una estúpida causa.

—¿Y si yo te pido que sacrifiques a tu hermano por *mi* causa?

—No será necesario. Él vendrá por su propia voluntad.

—Así sea. En cuanto a tu trabajo en Lilium, entiendo tus prejuicios.

—Después del orfanato tengo alergia por cualquier lugar donde se encierre a la gente. Pero lo haré tan bien que me ganaré un ascenso —añadió con la sonrisa que solía poner a las chicas en los bares.

Aunque por fuera Lilium pareciese un idílico lugar de retiro espiritual, Cosmo reconoció la prisión tras la atractiva fachada. Además de confinar a las personas capaces de percibir a los híbridos ocultos, experimentaban en secreto con ellos.

Era cierto lo que dijo a Bastet, que él sentía fobia por ir allí. Sin embargo, no era esa la razón por la que siempre se mantuvo lejos de Lilium. Nada que ver con sus traumas personales.

Tras presentarse al personal, le guiaron por las instalaciones. Por la tarde le dejaron en paz, y pasó horas inspeccionando minuciosamente el despacho de Larry Pinker. Con un programa rastreador escarbó en los directorios ocultos de su disco duro, sacando toda la porquería imaginable. El muy cerdo se había aficionado a gatitas como las que fingieron ligar con él.

Aunque Larry era culpable de capturar las muestras de Nut para sus proyectos personales, él no se había vendido a Nahuel Copinqui ni a ningún otro. Las transferencias recibidas en su cuenta fueron hechas por un anónimo y su único propósito era inculparle para poner a Cosmo en su lugar. Ni por un segundo lamentó su muerte. Si acaso, que hubiera ocurrido demasiado deprisa.

Investigando en los archivos encontró los antiguos tests que hacía a su madre y la medicación que le recetaba para suprimir la voz en su interior. Las conclusiones de las pruebas eran cristalinas: Iris sufría un conflicto de personalidad que se agravó desde el nacimiento de los gemelos, como si Alice hubiera esperado a que ellos estuvieran fuera para declarar la guerra a su alter ego.

En el último test de Iris McDonnell, bajo la imagen de una madre siendo separada de sus hijos ella había escrito «**Rebelión**». La madre prisionera en su propia mente nunca dejó de luchar.

Era muy difícil leer todo aquello con rostro impasible. Y aún tenía pendiente la prueba más difícil, la de la habitación 121.

Al caer la noche se quedó solo en el centro, a excepción del personal sanitario de guardia y los vigilantes. Iba a salir del despacho cuando se dio cuenta de que por poco olvida algo importante. Introdujo el pendrive en el ordenador y accedió al sistema de seguridad, alterando la retransmisión de la habitación 121 y del pasillo exterior. Tenía unos diez minutos hasta la llegada del vigilante del siguiente turno.

Cosmo salió del despacho y se dirigió a la zona VIP.

Parado frente a la puerta, no había temblado así desde la noche en que tuvo que inmolarse para poder renacer. Inspiró profundamente. Con la llave maestra abrió el cierre electrónico y entró en la habitación a oscuras.

Veía con la suficiente nitidez para distinguir al paciente moverse en la cama. Ni siquiera las drogas y los tratamientos habían anulado su estado de alerta. Por la respiración supo que estaba despierto.

Cosmo susurró.

—*Chissst*. No enciendas la luz ni levantes la voz.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre, cauteloso.

Él pegó su cabeza a la suya.

—Soy yo.

—Oh, Dios mío… E-es imposible. Dijeron que habías muerto. Por

favor, no engañes a este viejo.

—Estoy vivo y tú no eres ningún viejo. Nunca nos olvidamos de ti, papá. Hay tanto que quiero decirte…

—Cosmo, este lugar es peligroso. No deberías estar aquí.

—Ni tú tampoco, por eso he venido. Escucha con atención: así es cómo vamos a fugarnos.

Capítulo Treinta Y Nueve

El día en que derrotaron a Baba, Alice atravesó a ciegas un portal cuyo destino desconocía. Pese a reinar la oscuridad, tenía la certeza de poseer un cuerpo físico; nunca había yacido en un sitio tan cálido y agradable.

Una semana después vería el mundo desde los ojos de una gatita siamesa. Nació en un cómodo salón, en compañía de Soni y Liú Wang. Aunque aún no pudieran comunicarse, quitarle el yugo de Baba también fue una liberación para su vieja amiga, entrada en la tercera edad, pero tan vivaz como siempre.

Sus primeros pasos en forma gatuna fueron titubeantes, necesitando aprender cosas tan básicas como alimentarse, aliviar sus necesidades o moverse sobre cuatro patas. Por encima de la adaptación a su nueva realidad física, lo más difícil fue que los pensamientos e instintos animales convivieran con los de un ser humano sin provocarle conflictos de personalidad.

A diferencia de Thymora, Nut fue una maestra dulce y amorosa. Sin embargo, la mitad humana de Alice no podía imaginarla como una madre sin perder la cordura.

Consiguió reprimir sus impulsos animales sin la vergüenza de pasar por un veterinario. Su lado felino le hizo disfrutar meterse en cada bolsa y caja de cartón que Soni traía a casa y corretear detrás de gomillas o cualquier objeto pequeño al que golpear con la pata.

Alice quiso ver a sus hijos en cuanto pudo gatear, pero no se lo permitieron hasta cumplir los seis meses. En ese tiempo se comunicó con el grupo a través de Kichi, que siendo una híbrida traducía el lenguaje de Nut y Alice. Al haber compartido memorias con Baba, conocía los proyectos de Bastet y cómo Proteus planeaba expandirse por el mundo.

Tras mucho discutirlo, acordaron destruir su imperio. Cuando Alice y Soni explicaron el plan a los demás, todos estuvieron de acuerdo, pese a los muchos obstáculos a los que se enfrentarían en los años necesarios para ponerlo en marcha. Si salía bien, Bastet y sus adoradores serían destruidos.

Con la ayuda de un gato veterano Alice aprendió a desenvolverse por la ciudad, atravesándola por sus callejones más seguros hasta el orfanato. La primera vez que visitó a sus hijos en el patio de recreo

apenas pudo contener su emoción. Al chocar cabezas con Cosmo la comunicación fue tan fluida como si hablaran por voz. Le pidió ocultar la verdad a Milo, y en las visitas posteriores le reveló lo que se proponían. Contaba con él para la causa.

«Hijo, sé que lo que te pido es un gran sacrificio, pero de ti depende que haya un futuro para vosotros. Y para vuestro padre»

«¡Hay que rescatarle de esa cárcel para locos!». A Cosmo se le saltaron las lágrimas.

«No llores, cariño. Debes ser fuerte para que tu hermano siga tu ejemplo»

«Él tiene miedo de los otros chicos, y eso que no sabe que algunos son monstruos»

«Este orfanato pertenece a Bastet. Sus matones os ponen a prueba. Tienen orden de provocaros, de haceros daño. Os envidian, y también os temen. Saben lo especiales que sois»

«No seremos tan especiales cuando nadie se interesa por nosotros. No es que quiera que nos adopten, pero es una mierda que nuestros pocos amigos nos dejen tan pronto»

«Deberías alegrarte de que encuentren un hogar»

«Lo siento, mamá. Tienes razón. Pero no me gusta ver a Milo triste»

«Cosmo, tu hermano tendrá que acostumbrarse a vivir sin ellos. Y sin ti»

«¿Q-qué quieres decir?»

«Cuando seas mayor, trabajarás para Bastet; te ganarás su confianza; averiguarás sus puntos débiles. Entonces atacaremos»

«Eso llevará mucho tiempo. ¿Y qué hay de Milo?»

«Bastet sabe que le amas. Abandonarle será prueba de tu lealtad»

«No me marcharé sin él. Y si lo hago, me buscará hasta en el infierno»

«No lo hará. Creerá que estás muerto»

Acordaron que no escaparía hasta que Milo pudiera valerse por sí mismo.

Pasaron los años en el orfanato. Madre e hijo sabían que se acercaba el momento. Nunca lloró tanto como la mañana en que Cosmo le anunció que iba a hacerlo esa misma noche. Él también lloró. No por miedo a morir en el incendio, sino por separarse de Milo sin ni siquiera despedirse.

Alice le entregó drogas elaboradas en Lilium para adormecer a todos tras la cena. El material inflamable estaba listo. Desde los tejados maulló desgarrada mientras las llamas consumían el orfanato.

Aunque según Thymora la joya del amuleto era indestructible, suponía un salto de fe confiar en que capturase la conciencia de Cosmo. Si el truco no funcionaba, Alice sería responsable de la muerte

de su hijo. Nunca sintió tanta angustia como en las horas en que las llamas tardaron en sofocarse.

Por la mañana Nut y ella se colaron en las ruinas de los dormitorios destruidos y rebuscaron entre las cenizas. Nut encontró la joya fácilmente. Estaba en perfecto estado. La primera parte de la misión había sido un éxito.

Más difícil fue seleccionar al anfitrión para Cosmo. Esa búsqueda tomó años, porque había pocas personas compatibles y, aunque amara a su hijo, no le robaría la vida a un inocente.

El elegido fue un joven repartidor en coma por un accidente de moto. Sus abuelos habían perdido la esperanza e iban a desconectarle del soporte vital. Haciéndose pasar por una profesora de su colegio, Soni entró en la habitación y puso la joya del amuleto sobre su pecho.

Cosmo despertó en el cuerpo de Albedo Smith, casi matando de la emoción a madre y abuelos. “Adoptó” a la gata Alice para vivir con él en el pisito que compartía con la pareja de entrañables ancianos que creyeron en el milagro de la resurrección.

Durante un tiempo mantuvo las apariencias. Sus nuevos abuelos estaban demasiado felices, además de mayores, para dar importancia a los cambios en el carácter de su nieto. Tras investigar a fondo a la organización de Bastet, decidieron que se presentara a ella revelando su identidad real. Era una apuesta arriesgada y le mirarían con lupa, pero solo así entraría en su círculo privado.

Cuando estuvo listo para dar el paso, anunció a sus abuelos que había conseguido un trabajo en San Francisco con un salario tan bueno que podría ingresarles en una residencia junto al mar, donde visitarles cada semana.

Alice no le acompañó esta vez. Si Bastet la detectaba, volaría su tapadera. Además, tenía trabajo pendiente en Nueva York.

La pérdida de Cosmo espoleó a Milo, que se convirtió en un prometedor inspector de policía y luego se estableció por su cuenta. Sus sentidos especiales por fin afloraron, permitiéndole “conectar” con gatos emparentados a los nueve.

Alice rondaba por el callejón de los maullidos. Aprovechando que Milo abría su ventana para que entraran los gatos en los días más fríos del invierno, ella curioseaba por su piso. No pasaba demasiado tiempo y mantenía las distancias. Aún no debía ser reconocida como la siamesa del orfanato.

Otra razón para no quedarse era el pesado de Ollie, el gato rastreador que no contento con creerse el amo de la casa intentó poseerla a ella también. Tras un par de encontronazos en los que le golpeó la cara con la pata, él se resignó a buscarse otra.

El tiempo fluía diferente en el cuerpo de un gato. Al cumplir los quince se sintió mayor, como si hubiera vivido mucho más que eso.

Thymora le enseñó a mirar hacia dentro de su organismo y a hacer pequeñas reparaciones en su cuerpo físico. No le quedaba mucho de vida. Si quería ser testigo de la caída de Bastet y liberar a su familia de su influjo, debía ocurrir en los próximos tres o cuatro años. No abandonaría el mundo sin asegurarse de ello.

Cosmo fue aceptado por Bastet, aunque bajo vigilancia. Sus comunicaciones eran monitorizadas, por lo que solo hablaban una vez al mes a través del chat de un videojuego. Poco a poco hacía progresos, participando en los proyectos secretos de Proteus.

Le sangraba el corazón por no visitar a su padre en Lilium, pero debía mantener la fachada de haber cortado cualquier lazo afectivo con él. Tachaba las fechas del calendario como un ex alcohólico en rehabilitación. Cada día en que no le visitaba era uno menos hasta su rescate. Como mal menor, Bastet prohibió a Larry experimentar con él. Howard gozaba de buena salud física y mental, considerando las circunstancias.

Durante aquellos años el grupo se enfrentó a su misión más peligrosa: recuperar el Catmorio de un templo en las montañas de Nepal. Cosmo les dio el chivatazo de que hombres de Proteus les estarían esperando. La sorpresa fue encontrarse con la temible guardiana de Bastet, Úrsula Rosenkreuz. Los estiletes de la alemana liquidaron a la mitad del equipo e hirieron gravemente a Charlotte y Keitaro, que hubieran muerto de no ser por un salvador inesperado.

Aunque huyeron con el libro mágico de Thymora, el precio a pagar fue demasiado alto. El grupo mantuvo un perfil bajo mientras se lamía las heridas. No volverían a arriesgarse hasta el asalto a la sede de Proteus, cuya fecha aún no habían decidido.

Fue el ejecutivo de la compañía Hans Patrick Schneider quien precipitó sus planes al involucrar a Milo en la trama.

Soni y Alice volvían a la ciudad de una expedición cuando recibieron la llamada de Cosmo, advirtiéndoles que Milo estaba en peligro.

Alice olfateó el rastro de Ollie hasta el callejón. Desde un tejado cercano vio a unos hombres amenazar a punta de pistola, a él y a Liú Wang. Con un maullido de socorro convocó a todos los gatos del bloque, que a su orden llovieron sobre los matones, mordiendo, arañando y pataleando.

Milo, Liú Wang y Mei se salvaron por muy poco. Acabada la pelea, Milo y ella hicieron contacto visual. Fue entonces que él reconoció a la gata del orfanato.

«Siempre fuiste tú. ¿Has cuidado de mí todos estos años?»

La alegría de ser reconocida favoreció el contacto telepático entre ambos. Milo estuvo a un segundo de averiguar quién era ella realmente. Las sirenas de la policía cortaron la comunicación,

momento que Alice aprovechó para despedirse.

En la víspera de Navidad, Cosmo asesinó a Schneider por traicionar a Proteus. Con la sangre del alemán dibujó el símbolo del Ankh orejudo en la pared, una advertencia para Nahuel Copinqui, que se había atrevido a reclutar a uno de los suyos. Sabiendo que le vigilaban, Cosmo se presentó ante Milo y le ofreció unirse a Bastet.

Por su parte, Alice dejó que Milo celebrara sin preocupaciones el fin de año con Mei. Hacían una bonita pareja. Pasadas las fiestas, Liú Wang acordó organizar una cena para presentarles a Soni, a quien su nieta aún no conocía. Esa iba a ser una noche llena de sorpresas.

Milo y Mei llegaron al apartamento de Soni una hora antes de la cena. Después de las presentaciones, Mei se metió en la cocina con Soni para dar los últimos retoques al menú. Liú Wang invitó a Milo al salón. A su hijo se le iluminó la cara al ver a Alice tumbada en el sofá.

—¡¿Habéis adoptado a esta viejita?! —dijo a Liú Wang—. No se lo creerá, señor Wang, pero esta gata me visitaba en el orfanato y después se mudó a mi barrio, como si fuera mi ángel guardián. Estoy seguro de que es la misma. Cosmo le puso nombre, pero ya no me acuerdo.

—Alice —dijo Liú Wang.

—Eso es. ¿Cómo lo sabe? —Milo alternó la mirada entre el anticuario y la gata. En su rostro había curiosidad… y expectación. Sentía bajo la piel la inminencia de una noticia importante.

Liú Wang carraspeó.

—Por favor, siéntate —le indicó un sillón cerca de la gata y le sirvió un vaso de licor—. Voy a comprobar que las mujeres no quemen la cena, mientras tú y Alice os familiarizáis.

Milo asintió, nervioso. Liú Wang cerró la puerta del salón. La gata y él se miraron sin pestañear. El saludo de la siamesa fue tan claro como el de una persona. Por eso reconoció a la mujer dentro del animal, pese a no haberla escuchado durante tantos años. Vació el licor de un trago y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Me gusta tu nuevo *look*, mamá.

Aunque Milo quería preguntarle un millón de cosas, se dieron una tregua para cenar, hablando de temas cotidianos. Retirados los platos, los anfitriones contaron su historia. A pesar de las experiencias sobrenaturales vividas por Milo en los últimos tiempos, necesitó más de una copa para asimilar lo de Alice como alter ego de su madre y su renacimiento como gata.

Y con todo, lo que le hizo saltar del asiento fue lo de Cosmo.

—Nunca perdí la esperanza de que mi hermano estuviera del lado de los buenos. Supongo que tenéis un plan.

—Es la razón para contarte esto, Milo —dijo Soni—. Ha llegado el

momento de dar el golpe. Contamos contigo, si tú quieres.

—*¿Si yo quiero?* ¿A qué esperamos?

* * *

Howard fue de los pacientes "mejor tratados" del balneario, no le suministraron drogas ni le hicieron participar como ratón de laboratorio para los prototipos tecnológicos de Proteus. Él no veía gatos monstruosos ni sufría pesadillas. Solo era un hombre cuya existencia había sido reducida a la nada. Le alojaban en el ala especial abierta a medios de comunicación y autoridades que a veces pasaban por allí para asegurarse de que estaba bien atendido.

El doctor Larry Pinker fue muy claro en su amenaza de que cualquier palabra sobre sus actividades empeoraría radicalmente sus condiciones y las de sus compañeros en el centro.

Al apuñalar a Iris, Howard tuvo dos opciones: cadena perpetua en una prisión de máxima seguridad o declararse loco y ser encerrado en Lilium. Soni le convenció de elegir ese peculiar manicomio. Allí Howard tendría la oportunidad de aprender del enemigo, recabar información para el día en que le rescataran. Aunque la probabilidad fuese mínima, tratar su encierro como si fuera un prisionero de guerra le ayudó a sobrevivir.

Para mantener la mente activa, memorizó cada detalle de la vida en el balneario: rutinas de los guardias, número de pacientes, tratamientos, horarios, medidas del lugar contadas en pasos, localización de las cámaras…

Revisaban su material de escritura, por lo que ideó un lenguaje código para plasmar algunos de los datos que se resistían a fijarse en su memoria. El paso de los años le marcó con arrugas prematuras y tiñó de blanco la frondosa cabellera que a Iris tanto le gustaba mesar. La melena de un león, decía ella. Solo con disciplina marcial podría combatir la desesperación.

El mundo exterior le estaba prohibido. Aunque sus hijos renegaran de él, no saber nada de ellos fue la mayor tortura posible. Sus pocos visitantes, periodistas en su mayoría, tampoco estaban autorizados a hablarle de ellos. Años después de su encierro el administrador le reveló que Cosmo murió en un incendio. Aquello casi le mata de la pena.

Por eso, la noche en que un extraño se presentó como Cosmo él se resistió a creerle. Su corazón ansiaba hacerlo, pero la cabeza avisaba de que podría ser una de las retorcidas torturas psicológicas que practicaban allí.

Por la mañana, el joven les comunicó que guardarían un minuto de silencio en memoria del fallecido Larry Pinker. Se estrenó en el cargo

celebrando un almuerzo con la mejor hamburguesa americana. Después, una película en la sala de proyecciones. Howard conocía de memoria esa película. Era su favorita, una de espías sobre un capitán de submarino que se convierte en desertor al anteponer sus principios morales a las órdenes de sus superiores.

Nadie aparte de su familia conocía sus sentimientos por aquella película y cómo se identificaba con el protagonista. Antes de apagarse las luces sus miradas se encontraron. Cosmo asintió. En las dos horas y cuarto que siguieron, en el teatro de su cabeza se reprodujo una película diferente: la de su fuga.

Capítulo Cuarenta

La parte trasera del taller de los hermanos de Jamal fue reconvertida en una sala de crisis con planos de Lilium y la sede de Proteus desplegados sobre la pared y una pizarra blanca con la información que les había pasado Cosmo.

Escuchando la arenga entusiasta de Soni estaba un grupo compuesto por Jamal y hermanos, Milo con Alice en el regazo, Liú Wang, Mei, Snikt y los anónimos de confianza que participaban en la lucha identificados únicamente con un número y letra del alfabeto griego.

Soni consultó su reloj. Iba a empezar con el plan de acción cuando pegaron a la puerta. Cedric, el mejor mecánico del taller, abrió tras echar un vistazo por la mirilla. Con largas zancadas entró una mujer vestida con tejanos y chaqueta bómber amarilla con un gato bordado en la espalda, a juego con su melena rubia.

Los que no la conocían habían oído hablar mucho de ella. De ella y de su katana de reflejos dorados.

—¡Charlie, qué alegría verte! —la saludó Soni feliz por la presencia del mejor guerrero del grupo. No habían coincidido juntos desde la misión de Nepal en que la francesa casi muere desangrada—. Busca una silla libre por ahí.

—Me quedaré de pie —dijo ella encendiendo un cigarrillo. Los chicos del grupo anónimo se la comían con los ojos. Ante ellos había una leyenda.

Soni se puso seria.

—Seremos dos equipos. El equipo uno estará encabezado por Milo y Mei. Haciéndose pasar por paramédicos, atenderán una alarma de incendio en Lilium.

Milo dio una risotada.

—¿Cosmo va a provocar un incendio? *¿Otra vez?* Esto es de coña. Pensé que la ambulancia era para fingir que mi padre sufría un ataque y llevarlo al hospital. Entrar y salir. Con suavidad.

—Esa era la idea, pero tu padre se niega a dejar a nadie atrás. El incendio será la excusa para evacuarles. No temas; esta vez nadie se va a sacrificar. En medio de la confusión debería ser fácil escabullirse con Howard.

—Habrá un buen jaleo. Bastet debe tener seguridad privada para

este tipo de situación —objetó Milo.

—Contamos con eso —respondió Soni—. Mandarán gente a recuperar el material de las investigaciones. Mientras eso ocurre, los del equipo dos nos infiltraremos en la sede de Proteus, a unos treinta kilómetros. Primera parada: la sala de servidores. Robinson nos dijo que hay información sobre sus experimentos y conexiones políticas. Si ve la luz, la empresa tendrá los días contados. Cargaremos los discos duros en el furgón.

—Esos equipos son pesados ¿Por qué los cerebritos no sacan la información del sistema?

Snikt chasqueó la lengua.

—Somos hackers, no magos.

—Mientras los chicos de Snikt capturan su botín, el resto bajaremos a los laboratorios subterráneos, a por el premio gordo: los prototipos de comunicación telepática y el superordenador con la IA Cassandra, que conecta los dispositivos con la mente de Bastet. Llenaremos el sitio de explosivos y lo volaremos cuando nos hayamos alejado del edificio.

—¿No deberíamos coger alguno de esos cacharros como prueba de que quieren joderle la cabeza a la gente? —preguntó Jamal.

—Recuérdame lo que pasó la última vez que os apoderasteis de un dispositivo de Proteus. Nada de lo que hay en ese laboratorio debe caer en manos equivocadas, empezando por el gobierno. ¿Instrumentos para controlar las mentes? No, gracias —dijo Soni—. Otra cosa importante: el único acceso a los niveles inferiores es por un ascensor para ejecutivos y trabajadores del proyecto, independiente del resto de las instalaciones. Necesitamos una tarjeta especial.

—¿Cosmo no puede conseguirnos una? —preguntó Milo.

—Para los laboratorios y la sala de la IA necesitamos la del ingeniero jefe, un tal Mícolas Mensis. Ahí es donde entra nuestra *femme fatale* —hizo un gesto a Charlie, que tomó la palabra.

—Hicimos *match* en una app de citas. Llevo tres semanas trabajándome a ese gilipollas. Sin entrar en detalles, nunca he sentido tanta vergüenza ajena con un tío. Cuando esto acabe espero una indemnización por daños morales.

—Tendrás que robarle la tarjeta en la misma noche del golpe. Si algo falla… —dijo Mei.

—Le acompañaré a casa, le dormiré y cogeré la maldita tarjeta. Sencillo.

Soni repartió impresos con los planos de las instalaciones y un resumen del rol de cada uno. Milo se puso en pie.

—¿No se nos olvida algo? Pensé que el “premio gordo” sería Bastet. Su guarida se encuentra en el nivel inferior. Es el momento de llenar el sitio de explosivos y acabar con ella.

Soni y Liú Wang intercambiaron una mirada indicativa de que habían anticipado esa discusión. Ella respondió.

—Bastet se ciñe a un horario muy estricto. En el momento del ataque estará dormida; la entrada a su residencia, bloqueada por gruesas puertas de mármol. La única persona con acceso es su guardiana, que vive a unos veinte minutos de allí. Si sonara la alarma, ella recibiría un aviso.

—Mis poderes deductivos me dicen que eso es malo.

—Peor que malo —respondió Charlie—. Úrsula masacró a nuestra gente en Nepal; Keitaro y yo fuimos heridos de gravedad. Esta vez no contamos con su espada. La presencia de esa mujer pondría en peligro la misión, además de nuestras vidas.

—¡Mi hermano ha pasado años infiltrado para darnos esta oportunidad! ¿Vamos a desaprovecharla?

Liú Wang intervino para hablar en su habitual tono apaciguador.

—Milo, la longevidad de Bastet depende de la tecnología de Proteus. Si cae la empresa, ella también.

—Nadie aquí les tiene más ganas que yo, en Katmandú fui humillada —dijo Charlie—. Pero hay otras prioridades.

Sus palabras zanjaron el asunto, poniendo fin a la reunión. Soni quedó en confirmarles la fecha definitiva de su partida a San Francisco.

Fuera, Jamal, Soni y Snikt se encontraron a un viejo amigo al que hacía tiempo que no veían.

—¡Héctor! ¿Cómo tú por aquí, hermano? —saludó Jamal.

—Mi mujer está fuera con los niños. Aproveché para volver al barrio y echar un ojo a nuestra antigua casa, los bares que frecuentábamos… tuve un ataque de nostalgia. Pensé en vosotros.

—Te echamos de menos, Olivera —dijo Snikt—. Después de media vida en esta causa, nuestra aventura en Teotihuacán aún es mi experiencia más salvaje. Por cierto… me enteré de lo de tu madre. Lo siento mucho, colega.

—Gracias, Kevin. El cáncer resultó peor monstruo que Shura. Al menos todo fue rápido. Mamá olvidó su secuestro en México, fue como despertar de un sueño. En cambio, yo sí pensé en aquellos días. Me quedó un sentimiento de haberos fallado por no unirme a vosotros.

—No digas eso. Para nosotros siempre serás un hermano. —Jamal le dio una palmada.

—Sabéis, vuestro colaborador anónimo, el karateka al que llamabais Delta-Seis, era compañero de trabajo.

—¡No jodas!

—Se llamaba Laurence Paulsen. Me llegó una carta suya tras desaparecer. Él sabía que yo participé en lo de Shura, lo dedujo tras leer sobre las muertes de nuestro instituto y vernos juntos. Decía que

me admiraba «por haberle echado tantos cojones». La verdad es que yo hice muy poco.

—Hiciste mucho, Olivera. Entre todos vencimos. D6 era un tío valiente. En Nepal nos ayudó a recuperar un libro mágico. Cuando parecía que la misión iba a ser un éxito absoluto, apareció una supervillana con cuchillos. Laurence peleó como una fiera, pero contra ella no había nada que hacer.

—Jamal me ha dicho que estáis preparando un asalto contra la empresa que fabricó la cámara que cogí del tren. Quiero ayudaros, aunque no haya aprendido a luchar mejor que la última vez.

Soni le sonrió con dulzura.

—Asalto suena muy épico. Nada más lejos de la realidad. Entraremos a un edificio de oficinas vacío y nos llevaremos unos cuantos ordenadores. Básicamente, vendrías para cargar bultos.

—Visto así, podría decirle a mi mujer que voy a echar una mano en una mudanza. ¿Iremos en coche?

—Querido, ahora somos estrellas. Viajamos en avión privado.

Soni se despidió de los muchachos —aunque eran hombres maduros, siempre los recordaría como adolescentes—, y caminó hacia su coche en compañía de Liú Wang y Charlie, que dormiría con ellos en casa.

El piso era espacioso y acogedor, adornado con una exquisita mezcla de antigüedades egipcias y asiáticas. Sentados sobre unos cojines en la alfombra del salón tomaron un té con pastelillos bajo una iluminación cálida que simulaba el fuego de una chimenea.

—¿Keitaro no sabe nada del ataque a Proteus? —preguntó Soni.

—No. Se ha jubilado y lo respeto. Si le contara nuestros planes parecería que le estoy presionando.

—Después de aquella misión comprendo que se replantee su vida.

—Físicamente está bien, es un tío muy duro. Otra cosa son las heridas de aquí —Charlie se señaló la cabeza—. Con el nacimiento de sus hijos, Wila y él llegaron a un acuerdo: ella no insistiría en que colgara las katanas y él no animaría a los niños a seguir sus pasos.

—A ti nunca te animó —dijo Liú Wang—. Fue tu decisión. Sus hijos tendrán que tomar la suya.

—Wila no tiene nada que temer. La niña es una loca de la moda y el chico ni siquiera nos mira entrenar. El rollo samurái no les va. Después de Nepal, Keitaro me dijo que fue la primera vez que había sentido miedo de morir. No por él, sino por no volver a ver a su familia. Entonces me di cuenta de que lo nuestro había acabado —murmuró Charlie.

—¿Y cómo te hace sentir eso, Charlotte? —preguntó Soni, que le acarició el pelo.

Charlie sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó los ojos. Encendió

un cigarrillo. Permaneció en silencio mientras ponía en orden sus pensamientos.

—Me alegra que tenga una familia. Yo le presenté a Wila. Esa chica le ha hecho mucho bien.

—Pero…

—Me lo arrebató. Los años de Keitaro y yo contra el mundo fueron los más felices. No es justo que diga esto, pero me siento desplazada. Aunque para sus hijos yo soy tita Charlie y me ven como de la familia, soy una extraña.

—Debo hacerte una pregunta incómoda: ¿esos pensamientos te vienen desde lo de Nepal?

—Lo que quieres decir es si tener en mis venas la sangre de Nahuel Copinqui me ha hecho cambiar por dentro, además de por fuera.

—Por fuera eres tan hermosa como siempre.

—Soni, tengo espejos en casa y noto las miraditas de quienes me conocían de antes. No solo no he envejecido, sino que parezco una universitaria repetidora. Respondiendo a tu pregunta: No, me sentía así desde antes de que Keitaro decidiera dejarlo. Me enfadé cuando me lo dijo. Me puse furiosa, como una niñata.

—Entiendo que estés confusa. Si te sirve de algo, para mí eres la misma Charlotte, más madura. Me impresionó lo que respondiste a Milo sobre no poner la venganza por encima de la misión. En el pasado te hubieras lanzado tú sola a por Bastet.

—Quiero pensar que me he vuelto más cerebral, no una cobarde.

Mientras Charlie se duchaba, Soni revisó de cerca la katana, un arma tan extraordinaria como las hojas lunares de Keitaro, aunque esta no brillara en la oscuridad.

—Es una maravilla —le dijo a su dueña, que regresó con un pijama y una toalla alrededor del pelo.

—Keitaro me contó la historia de esta espada, lo especial que es. Aunque conmigo la hoja nunca se ha encendido como dice la leyenda. Un reflejo dorado, no más.

—Lo siento, caducó la garantía —bromeó Soni.

—Tonta. Después de lo que os costó encontrarla, aprecio el regalo mucho más. Espero que nos sea útil la semana que viene.

—Crucemos los dedos para que no tengas que usarla. Ni yo a mis pequeñas —dijo señalando las cartucheras de las pistolas al otro lado del salón.

—Soni, ¿lo has pensado bien? Es muy peligroso…

—Nonononono, no empieces con eso, jovencita. Soy la más veterana del grupo. No voy a quedarme fuera, estando tan cerca del final.

Charlie interrogó a Liú Wang con la mirada, y él se encogió de hombros. Discutir era inútil. Soni siempre fue una aventurera y ni en

silla de ruedas renunciaría a participar.

Tres días más tarde, el grupo se despedía de Liú Wang y Alice para embarcar en el jet con destino a San Francisco. Para algunos era su primer vuelo en jet y se sentían como niños yendo de excursión. Nadie hubiera pensado que su propósito era truncar los malvados planes de una de las mayores corporaciones del mundo.

El primer objetivo sería apoderarse de la tarjeta de acceso a los niveles inferiores de Proteus. Charlie la robaría después de drogar a su propietario. A partir de ahí las cosas serían fáciles, porque el enemigo no esperaba su llegada.

* * *

El ático de Úrsula era un apartamento con decoración fría y minimalista, fiel reflejo de la personalidad de su inquilina. La amplitud del salón era magnificada por su escaso mobiliario: un sillón de lectura en el rincón y una alargada mesa de piedra pulida en el centro. Nunca encendía la calefacción y caminaba descalza por el aséptico suelo fregado a diario por drones.

A punto de comenzar su entrenamiento, observó la caja fuerte de cristal donde guardaba el gorro de batalla con el que se conectaba a Bastet cuando necesitaba recurrir al caudal entero de su poder. Con un diseño parecido a un gorro de natación con orejas de gato y hecho de un tejido inteligente, multiplicaba el efecto de las diademas hasta concederle capacidades sobrehumanas.

Bastet le prohibía su uso caprichoso. Una restricción innecesaria, puesto que Úrsula no quería depender de nada ni de nadie para sentirse fuerte; a través de su ama había encontrado la fuerza en su interior. Ya no era la mujer débil e insegura de antaño.

Enfundada en mallas y con los ojos vendados, ensayó katas con sus estiletes, luchando contra oponentes imaginarios. Esquivó a un par con una voltereta sobre la mesa, incorporándose como una atleta de gimnasia sobre el potro. Visualizó cómo saltaban tras ella y les barría con una patada para después rematarlos hundiendo la daga en su corazón. Con una pirueta bajó de la mesa y rodó por el suelo. Al levantarse arrojó un estilete al fondo del pasillo, clavándolo en el maniquí contra la pared. Lanzó el segundo, que se hundió a la misma altura que el primero.

No necesitó consultar el reloj para saber que en ese instante se cumplían los ochenta minutos exactos de su rutina de ejercicios.

Se desnudó a la entrada del baño. Delgada y de piel tersa, no aparentaba sus cincuenta y cinco años, salvo por el color ceniza de sus cabellos y unas pocas arrugas bajo ojos tan gélidos como el agua de la ducha.

De vuelta en el salón, se sirvió una cena de verduras con atún. Encendió el portátil, su ventana al mundo exterior y herramienta de trabajo, pues le desagradaban las pequeñas pantallas de los móviles.

Mientras despachaba emails de rutina, la parte de su mente con la que conectaba Bastet sufría la abstinencia propia del adicto que espera el próximo chute.

Le debía todo a su ama. En Múnich fue encerrada en una institución mental por su marido, que la traicionó para apropiarse de la fortuna de los Rosenkreuz. Úrsula creyó que se marchitaría entre cuatro paredes acolchadas lejos de cualquier objeto punzante con el que hacerse daño a sí misma. Un día, algo hizo *click* dentro de su cabeza y contempló la realidad desde un nuevo filtro. Los susurros que oía con frecuencia no eran imaginaciones suyas. Bastet la estaba llamando.

Antes incluso de pensar en fugarse, su caso fue revisado gracias a un detective que destapó las artimañas de su marido. Al recuperar su libertad la diosa felina le ofreció un nuevo rumbo para su vida.

Úrsula había practicado ballet en su juventud. Ser bailarina profesional fue su gran sueño, hasta que una lesión le despertó de él. Desde entonces se había debilitado, en cuerpo y espíritu.

En presencia de Bastet se fortaleció como no creía posible. La pantera necesitaba a una guardiana y su compatibilidad era total. Úrsula volvió a bailar, esta vez con estiletes en las manos.

No le molestaba que Bastet usara su cuerpo a conveniencia. El poder que recibía por la conexión era un torrente de energía al que resultaba fácil engancharse. Pudo haber rejuvenecido y aparentar treinta años, edad en la que su cargo en Proteus aún sería creíble. Renunció a ello porque odiaba el recuerdo de esa débil versión de sí misma.

Aunque no perteneciese al consejo directivo de Proteus, su posición era más privilegiada que la de cualquiera de sus miembros. Como protegida de Bastet, ella era la única imprescindible en la compañía. La vida era perfecta hasta que llegó el entrometido de Cosmo.

Al conectar sus mentes, algunos de los pensamientos más íntimos de su ama quedaban expuestos, entre ellos el anhelo de formar un nuevo círculo de discípulos semejantes a ella, tras perder a sus antiguos compañeros. Pese a que Baba le dio la espalda, Bastet recibió a Cosmo como a un hijo prodigo.

A regañadientes, Úrsula admitía que él era un elemento valioso; descubrir la traición del CEO Hans Patrick Schneider le hizo entrar en el reducido grupo de elegidos por Bastet. Aun así, no se fiaba de él, y no tenía que ver con sus celos por la atención de la ama.

Que repudiara a su padre y se negara a visitarle en Lilium no la

convenció. Bastet se alimentaba de la adoración de sus súbditos y eso la volvía confiada, creyendo que por ella cualquiera renunciaría a sus lazos de sangre. Por experiencia Úrsula sabía que las personas suelen ver a los demás como desearía que fueran, no como realmente son.

La renuncia de Cosmo a su familia era una farsa. Reconocía su falsedad porque ella misma representaba un papel, bloqueando sus sentimientos para que nunca más los usaran en su contra.

Sugirió a su ama que conservara a Howard McDonnell como cebo para sus hijos. Si Cosmo tenía una agenda oculta, su nombramiento como administrador de Lilium formaría parte de ella.

Repasó las grabaciones de las cámaras de seguridad y los testimonios de guardias del centro en el tiempo que él llevaba al cargo. No había nada fuera de lo normal, salvo algunos cambios en las actividades de recreo de los pacientes.

Sin embargo, un evento iba a alterar la rutina del fin de semana. Un email de Servicios Sociales dirigido al director de Lilium le recordaba la obligación de realizar un simulacro de incendio, preferentemente en horario nocturno o bajo condiciones de poca visibilidad. Cosmo confirmó que harían el ejercicio a las veintiuna horas del quince de noviembre. Pasado mañana.

A Úrsula no se le escapaba la ironía de que él tuviera que ponerse al cargo de ese ejercicio, considerando su pasado como pirómano. Una caprichosa casualidad.

¿Casualidad?

Volvió a la grabación de la cámara de su despacho en el primer día de trabajo en Lilium. En esa noche se produjo un lapso de unos minutos sin vigilante en el ala VIP, porque el responsable se marchó a casa por un fuerte dolor de estómago. Su sustituto llegó poco después.

Cosmo no se había levantado de su mesa. Había visto esas grabaciones muchas veces, esperando encontrar un bucle insertado para cubrir su ausencia, pero no había ningún fallo de continuidad en la grabación. Amplió la imagen para comprobar que él leía los documentos. Su mano pasaba de página…

Úrsula pegó la cara a la pantalla. El reloj de Cosmo no marcaba la hora correcta. Era posible que se le hubiera acabado la batería. Rebobinó la grabación a las cinco de la tarde, la hora que marcaba el reloj. Hizo zoom. Los documentos que Cosmo leía eran los mismos que horas más tarde. No era un bucle, sino un maldito *copy-paste* de varios minutos de duración tan bien hecho que al principio le pasó por alto.

Descubierta la manipulación, tenía que averiguar su propósito. Preguntaría a Cassandra, la inteligencia artificial que controlaba las diademas telepáticas y predecía el comportamiento de sus usuarios. Úrsula era una de las tres personas con acceso a sus predicciones. Se colocó sobre la cabeza su diadema con antenas para llamar a la IA.

Sobre la mesa apareció la imagen holográfica de una gata rubia con el nombre Cassandra en el collar. Saludó con un alegre maullido que las antenas de la diadema tradujeron en tiempo real.

«Soy Cassandra. Por qué me invocas, guardiana de Bastet»

Detestaba el lenguaje arcaico de la IA, una de las muchas razones para no interactuar con ella.

«Oh, Úrsula, guardiana de Bastet, en tus ondas cerebrales vislumbro tu enojo por mi…»

—Vayamos al grano. Necesito tu clarividencia acerca de Albedo Smith, antes Cosmo McDonnell. Sospecho que planea traicionar a Bastet.

«Valiéndome de mis conocimientos presentes, estimo que la probabilidad de traición es inferior al 8%. Cosmo se inmoló para renacer como fiel siervo de Bastet. Ha cumplido bien su cometido. De convencer a su hermano, la probabilidad bajaría al 1%. Proporcióname datos para una nueva profecía»

—Dato: Cosmo provocó su nombramiento como director de Lilium, ocupando el puesto de la persona a la que incriminó ante la Junta; dato: Cosmo manipuló la grabación de sus actividades el primer día de trabajo.

La gata procesó la información durante unos segundos.

«Hay muchas posibles razones para que Cosmo actuara así. Puesto que entre ellas podría incluirse conspirar contra Proteus, aumento la probabilidad al 15%»

—Demasiado baja. Dato: este fin de semana organizará un simulacro antiincendios solicitado por los Servicios Sociales.

«La probabilidad de traicionar a Bastet asciende al 40%»

—¡¿Cuarenta?! Solicito aclaración.

«Una emergencia es ocasión propicia para una fuga. La falta de interés por su padre podría ser fingida. Es posible que el email no viniera de los Servicios Sociales, sino de colaboradores externos que les ayudarían a escapar»

Mientras que por separado las probabilidades eran remotas, en conjunto aumentaban exponencialmente.

«¿Puedo saber la fecha exacta del simulacro?»

—El quince de noviembre a las veintiuna horas.

«Ese es un dato muy valioso. Aguarda»

—Aguardo…

«Proyección finalizada. La probabilidad de que Cosmo traicione a Bastet es del 99%. Suficiente para una profecía»

¡¿99%?! Úrsula casi sufre un mareo. El salto era de probable a casi seguro. No esperaba tal certeza.

—Dime tu profecía.

«Cosmo incendió el orfanato en la noche de un quince de

noviembre. La probabilidad de que sea una coincidencia es inverosímil, por lo que debe ser parte de un plan de fuga. Profetizo que el próximo quince de noviembre Cosmo incendiará Lilium como distracción para liberar a su padre»

Tras ponderar las palabras de Cassandra, Úrsula llegó a una conclusión.

—Te equivocas.

«Oh, aciago destino, de nuevo mis profecías no son creídas…»

—Te creo, pero te equivocas. Cosmo *intentará* fugarse con su padre tras incendiar Lilium. No lo conseguirá. Yo estaré allí para impedírselo.

Capítulo Cuarenta Y Uno

Lejos del laboratorio Mícolas se asfixiaba. La sensación era aún más opresiva en el reservado de uno de los clubes de moda de San Francisco, en compañía de la chica más espectacular que hubiera conocido en persona. En Proteus las había guapas, pero no como esta. Además, con un adorable acentito extranjero. Por buscarle alguna pega, que fumase y que quizá era un poco joven para él. Demasiado, de hecho. Tenía que pellizcarse para creerse que estaba tomando una copa en compañía de semejante diosa.

En los años en que cobró un salario medio criticó a los hombres que ponían en su perfil fotos de yates, motos y coches deportivos, juguetes que él entonces no podía permitirse. Tras haberse resistido a aceptar las leyes básicas para triunfar en las apps de citas, Mícolas celebró su entrada en la Junta de Proteus comprándose un Aston Martin y una casa ridículamente grande en uno de los mejores barrios; solo por fardar, puesto que era un pésimo conductor, y si entraba en la parte honda de la piscina se hundiría como una piedra.

Pese a eso, había hecho *like* sobre la foto de Carlotta sin esperanzas de que respondiese. Ella se describía como "modelo y actriz", lo que para él significaba chica frívola y sin talento que quiere ganarse la vida publicando selfies.

Radiante en un vestido con pedrería y transparencias, había esperado que le hablase de moda o *realities*, pero le sorprendió con temas de conversación de los que él consideraba "maduros". Eso le animó a destapar el mejor champán y beberse un par de copas, aunque tuviera poca tolerancia al alcohol. Por el contrario, ella era una esponja y le sugirió abrir la siguiente botella en su casa. Diez segundos más tarde salían del club.

Ella tropezó con un desnivel de la acera, lo que Mícolas aprovechó para agarrarla por la cintura. Aunque no lo pretendiera, apoyó la mano en su trasero. Carlotta le atravesó con la mirada con una fiereza que parecía de otra persona. En seguida suavizó su expresión, excusándose en que las burbujitas se le estaban subiendo.

Dentro del coche ella toqueteó la guantera y otros compartimentos. Le preguntó con tono travieso si le dejaría conducirlo alguna vez. Él respondió que sí, sonriendo ante la perspectiva de volverla a ver y de que el sueño no acabara esa noche.

En casa la impresionó mostrándole cómo con su voz mágicamente hacía funcionar todo. Con decir chill-out, el salón brilló con luces cálidas mientras sonaba una música relajante.

—Cualquier aparato electrónico aquí dentro está conectado a la IA de la casa y obedece solo mis órdenes. Aun más: podría pedirle a Cassandra —así se llama nuestra IA— que hackee tu móvil.

—No hagas eso, porfi. En él tengo cositas muy íntimas, jijiji… —dijo ella en un tono sugerente.

—Voy a enseñarte otra cosa. Uno de mis inventos en la empresa. ¡Lulú, ven, no seas miedosa! —Mícolas dio un par de palmadas y de una habitación salió un gato robot con armazón de plástico y ojos led. Su sinuosa manera de moverse imitaba a los de verdad y los pies acolchados le permitían andar en silencio.

—¡Me encanta! ¿Lo has diseñado tú? ¡Eres un genio! —Ella aplaudió mientras el gatobot le escaneaba las piernas.

Mícolas estuvo tentado de probar su suerte y besarla, pero aún no se decidía. Sirvió un par de copas más.

—Hace poco me nombraron para la Junta. Alucinarías si supieras lo que estamos a punto de lanzar al mercado.

—Impresióname, *mon cheri*.

—Es un secreto, pero qué demonios. Soy responsable de fabricar dispositivos para comunicación telepática. ¿Sabes qué es eso?

—Por supuesto. ¿Me tomas por una rubia tonta? Jiji —dijo ella dando un sorbo a su bebida que dejó la marca del pintalabios en el vaso.

—He diseñado unas antenas con las que se puede mantener una conversación sin hablar, intercambiando pensamientos.

—No estoy tan borracha para creerme algo así —Con un balbuceo que parecía desmentir sus palabras, se sirvió otra copa.

Ansioso por presumir, Mícolas ordenó a su mascota.

—Lulú, tráeme la diadema que hay en el cajón de mi mesita de noche.

La disciplinada gata regresó con el encargo. Mícolas se la puso con delicadeza a Carlotta, que posó para un selfie. Él se lo impidió; las fotos con prototipos de la empresa eran un gigantesco “no”. Ella pareció decepcionada.

—Te gusta dar órdenes. La casa te obedece, el gato te obedece… ¿debo obedecerte yo también? —arrastró las palabras con tono seductor.

—N-no es eso. Trabajo en un entorno de alta tecnología, y los ejecutivos controlamos los sistemas por voz y ADN.

Ella se incorporó en el asiento con el ceño fruncido.

—¿Qué tipo de sistemas?

—Cualquiera. Ordenadores, ascensor, puertas… ¿Por qué pones esa

cara?

—¿Quieres decir que para moverte dentro de tu empresa no usas una tarjeta?

—Para acceder a los sitios reservados para los altos cargos, no. Algunos idiotas se olvidaban la suya en el aseo. A los laboratorios de los prototipos solo acceden aquellos con ADN autorizado, ni siquiera se permite a los de la limpieza. Suficiente sobre mí, cuéntame sobre esa película que vas a protagonizar.

Ella se acabó la copa y se llevó el índice a la sien, como si se le hubiera ocurrido una idea.

—¿Tienes otra diadema? Si no me estás gastando una broma, podría enseñarte un poco de la película con mis pensamientos.

—Me encantaría, pero si se enterasen en mi empresa…

—Así te enseño en exclusiva algunas escenas eliminadas. Una pista: el productor las cortó por ser "muy subidas de tono". ¿No deseas verme actuar? —susurró con los labios entreabiertos.

Demasiado tarde para decirle que no, tras haberle hablado del enlace telepático. Con un poco de suerte ella ni se acordaría a la mañana siguiente, si manipulaba sus recuerdos. Estando tan borracha no debía suponer ningún riesgo.

Fue a su dormitorio a por la segunda diadema, que guardaba en una caja fuerte oculta en la pared. Regresó al salón junto a Carlotta, sentada en el sofá con rostro concentrado. Esperaba que las escenas cortadas fueran lo bastante picantes para servir de preliminar a lo que ocurriera después entre ellos. Intentó contener su excitación para que esta no irradiara en oleadas a través de la diadema. Se sentó a su lado y le cogió por las muñecas, como si fuera a declararse.

—El contacto físico favorece el enlace entre nosotros. —Imposible decirlo sin pensar en otro tipo de contacto.

—¿Cierro los ojos? —preguntó ella, excitada como una niñita ante un truco de magia.

—Sí, hasta que te acostumbres. Hay que empezar enviando imágenes para después hablar a través del pensamiento.

—Dime si recibes esto.

Mícolas esperaba su imagen en lencería sexy. En su lugar, la vio dentro de un avión de carga, preparada para lanzarse en paracaídas sobre unos picos nevados. De su cintura colgaba una katana.

—Me sorprende verte en una película de acción. ¿Haces de espía?

—De asesina profesional. Es tu turno de enviarme una imagen.

—No se me ocurre nada…

—A mí, sí. Enséñame a Bastet.

La mención de su ama le pilló con las defensas bajas y de su mente escapó la imagen de la pantera de pie sobre dos patas como una diosa absorbiendo las ondas cerebrales de sus súbditos. Mícolas era

consciente de que con eso les acortaba la vida para extender la suya a cambio. Y aun así había participado en el proyecto, por su propio beneficio.

La expresión coqueta había desaparecido del rostro de Carlotta. En ese instante comprendió que esa noche no iba a acostarse con una modelo. Su pensamiento fue confirmado por una patada en la cabeza que le apagó todas las luces.

Despertó atado a una silla y amordazado. La luz natural del salón indicaba que era mediodía. Tenía sentido, pues la pizza sobre la mesa debía ser el almuerzo de su secuestradora. Charlotte —supo su nombre verdadero al conectar con ella— comía sentada frente a él. Se había cambiado a ropa casual de vaqueros y chaqueta bómber. Le miraba como a una rata que asoma la cabeza por la alcantarilla. Si fuera una simple ladrona, ya le habría robado. Aquello no pintaba bien.

—¿Quieres una porción? —Preguntó ella en tono jovial. Al acercar la caja de la pizza se dio una palmada en la frente—. Qué despiste. Debería quitarte la mordaza. Lo haré si me prometes ser bueno.

Él asintió.

Charlie se levantó para quitarle la mordaza, pero tuvo una idea mejor. Dio la vuelta a la silla, fuera de su campo de visión. Al volver traía la katana que él vio en su pensamiento. Liberó su hoja lentamente, cuyo roce metálico le envió un escalofrío por la columna. La acercó a su cara, mientras sonreía como una maniaca.

Mícolas negó enfáticamente. Iba a mearse encima.

—No te revuelvas o te dejaré cicatriz.

Él contuvo la respiración y cerró los ojos. Los abrió al caer de su boca la mordaza, limpiamente cortada. Soltó el aire.

—Tengo dinero en la caja fuerte…

—Esta espada vale más que tu coche, tu casa y la chatarra de la que estás tan orgulloso. Presta atención: esta noche haré una visita a Proteus. Vas a marcarme los lugares que necesito volar para detener vuestras investigaciones, además de los servidores que contengan información interesante.

Con un rotulador en la boca punteó en el plano salas de la primera planta y los niveles inferiores.

—¿Satisfecha?

—Todavía no. ¿Quién tiene acceso a la residencia de Bastet?

—Solo su guardiana. Necesitarías armamento pesado para atravesar esas puertas. Además, el pasillo que conduce al santuario está lleno de trampas. Si bajas allí, morirás.

—Eso es cosa mía. Mejor preocúpate de lo que va a pasar contigo.

Sobre la mesa puso un botiquín de primeros auxilios del que sacó gasas, alcohol, pinzas, vendas y otros objetos que en ese contexto resultaban aterradores.

—¿¡Para qué es todo eso!?

—El plan era drogarte y robar la tarjeta de acceso a los laboratorios. Mañana te hubieras despertado resacoso y sin trabajo. Nada muy dramático. Sin embargo, que necesite tu ADN para moverme por el edificio es un mal rollo para los dos. Especialmente, para ti.

Él intentó gritar, pero fue amordazado de nuevo. Charlie agarró el móvil e hizo una llamada.

—Soy yo. Este capullo no tiene tarjeta, tendré que improvisar. No, ningún problema. Llevaré algo que también servirá. A partir de este momento la operación está en marcha.

Se guardó el teléfono en la chaqueta y encendió un cigarrillo. Fumó en silencio sin apartar la vista de Mícolas, que temblaba como un animalito. Tras echar la colilla al triturador de residuos, Charlie levantó la katana.

—Vamos al lío. ¿Qué prefieres, izquierda o derecha?

* * *

Cosmo luchaba contra sus nervios. Con independencia de lo que ocurriera en la sede de Proteus, él se fugaría con su padre esa noche. No había vuelta atrás.

Le propuso a su viejo fingir un ataque al corazón y ser evacuados por la ambulancia conducida por Milo, pero se negaba a dejar a los otros internos a su suerte. Aunque hubiera pasado una eternidad desde que se retiró del ejército, le quedaban remordimientos por los compañeros caídos en combate.

Esa noche, padre e hijo bailarían con sus fantasmas del pasado.

A falta de quince minutos para las nueve, Cosmo sonó un aviso de alarma para el personal. Había repartido material inflamable en varios puntos del complejo. La idea era iniciar el fuego tras el desalojo. Los pacientes serían reunidos en una zona segura lejos del edificio, custodiados por los guardias.

Recibió una llamada perdida de Milo, que había aparcado cerca, esperando instrucciones. Estaba impaciente por la reacción de papá cuando se reuniera con él. Faltaba tan poco para estar otra vez juntos. Tener el sueño al alcance de la mano le dio el primer ataque de ansiedad desde que se infiltró en Proteus. Nunca creyó que lo conseguiría.

A las nueve las luces exteriores se encendieron y los vigilantes comenzaron el desalojo ordenado del balneario, empezando por los de mejor salud y dejando para el final los de movilidad reducida. Buscó con la mirada a su padre, que colaboraba en guiarles hacia las áreas de agrupamiento para que no estuvieran todos apelotonados en un

mismo espacio, y así evitar estampidas.

Consultó su reloj. Habían pasado veintidós minutos. Tardarían un rato en sacar a los internos con la sedación más fuerte. De pronto, a sus espaldas sonó un ruido amortiguado seguido de un alto crepitar. Una luz anaranjada se reflejó en las ventanas del ala donde estaban los pacientes de peor salud. No había material inflamable en esa zona. El incendio debía iniciarse más tarde, y del lado opuesto.

—¿¡Queda alguien ahí dentro!? —preguntó a un vigilante.

—Seis con sedación. ¿Ese fuego es real, jefe?

—Voy a averiguar qué ocurre, mantén el grupo bajo control.

Cosmo echó a correr hacia la puerta principal. Se detuvo al notar que le seguían.

—Papá, vuelve a tu sitio —siseó para que no le escucharan los otros.

—Yo también soy responsable de este plan. ¿Qué ha salido mal?

—Ni idea —mintió. Tenía una idea aproximada de lo que ocurría, pero no era algo que debiera discutir con su padre en esos momentos.

—Te ayudaré con los rezagados.

Aunque la recepción y módulos frontales estaban libres de humo, a Cosmo le picaba la nariz. El fuego no tardaría en propagarse. No quedaba otra que adelantar la llamada a los bomberos. Pulsó el botón de alarma detrás del mostrador y se internó con su padre en el pasillo que daba a las habitaciones de los pendientes de evacuar. El cuarto de suministros estaba ardiendo y las llamas se extendían deprisa por el corredor. El suelo estaba pegajoso.

—Hay alcohol derramado por todas partes. Abriré las puertas de emergencia —dijo Howard, que se dirigió a la entrada para vehículos en el extremo de la planta. Forcejeó con el mecanismo de las puertas, que se resistían a abrirse—. ¿No se desbloquean al activarse la alarma?

—Deberían. Las abriré manualmente desde la sala del vigilante. Espabila a los de la habitación, pero antes necesito que saques equipo antidisturbios del almacén.

—¿Para qué?

—Tú hazme caso, *por favor*.

Sin darle opción de debatir el tema, Cosmo se marchó en dirección contraria, hacia la sala donde manipular los cierres. Estaba cerca cuando de pronto se produjo una explosión en el pasillo que conectaba con la entrada principal. Entre la humareda distinguió una silueta alta que le cortaba el paso.

—*Guten Abend*, Cosmo. Hoy tu muerte será definitiva. Nada de trucos esta vez —dijo Úrsula.

—Aún hay gente dentro, deja que se vayan.

—Daños colaterales. Sería sospechoso si ardieras tú solo. —Úrsula

se abrió la chaqueta y desenvainó sus estiletes, en cuyas hojas se reflejaban las llamas.

Tan lejos de Bastet ella perdía sus capacidades sobrehumanas, no era más fuerte que un soldado de élite. Si su padre había sacado algún arma del almacén, estarían igualados. Iba a echar a correr cuando Úrsula cargó contra él.

* * *

Dentro de la furgoneta aparcada frente a la sede de Proteus, Soni se comía las uñas. Charlie se estaba retrasando. A esa hora Cosmo estaría en pleno simulacro de incendio en Lilium. Habían transcurrido diez de los noventa minutos que estimaba para completar la misión antes de que Bastet despertara.

Habían venido en dos vehículos conducidos por ella y Cedric, el hermano de Jamal. Lo único que rompía el tenso silencio en su interior eran las conversaciones de Héctor con su mujer, que llamaba a cada poco, quizá sospechando que su marido estaría de fiesta en Las Vegas. Soni deseaba que el móvil se le quedara sin batería de una vez.

Un hombre caminaba por la acera en su dirección. Descartó que fuera un vigilante, pues esa zona era supervisada por drones que Snikt había deshabilitado. La postura del desconocido no era natural, con el brazo izquierdo tras la espalda, como si escondiera algo.

Soni puso la mano sobre el revólver. Ella y Cedric eran los únicos que sabían disparar. Los otros disponían de porras metálicas, pues no esperaban ningún enfrentamiento. Ante cualquier imprevisto la orden era huir.

Soni suspiró con alivio al ver a Charlie junto a él. Salieron de los coches con gorras y mascarillas negras para no ser identificados. Cargaban mochilas con explosivos para sabotear la sala de servidores y los laboratorios. Jamal sacó un carro pequeño de supermercado para el equipo informático que iban a robar.

—Charlie, ¿quién es este? —preguntó, señalando al prisionero.

—Te presento al científico loco de Bastet. Las opciones eran traerle entero o en pedazos. Está muy arrepentido de sus fechorías y va a colaborar con entusiasmo. ¿A que sí, genio? —La colleja de Charlie arrancó un quejido a Mícolas.

Se oyeron murmullos entre el grupo. Infiltrarse con nocturnidad en las oficinas y robar tecnología era una gamberrada en comparación a secuestrar con violencia a un hombre. Aun con los rostros cubiertos, Mícolas detectó sus dudas.

—Todavía estáis a tiempo de echaros atrás. Soltadme y no os denunciaré a la policía.

Charlie le apretó el brazo que tenía atado a la espalda.

—Estás vivo porque me daba pereza limpiar de porquería tu casa, además del asco de cortarte la mano y los ojos. Vamos a dar a conocer vuestros experimentos ilegales, así que al ir a la policía es una gran estupidez. Si eres buen chico, no te entregaremos.

Desde arriba, el edificio de Proteus tenía forma de medialuna o croissant gigante, con la entrada en la nave central y la sala de servidores en un extremo. Después de que Mícolas les abriera la puerta apoyando la mano en el cristal inteligente, recorrieron en unos pocos minutos el ala derecha de lado a lado, a través de espacios de oficinas, áreas de recreo y cafetería.

La sala de servidores era inmensa, mucho más grande de lo previsto, con cientos de ordenadores dispuestos como los lineales de un supermercado. De un vistazo Soni comprendió que sin el ingeniero les hubiera llevado toda la noche encontrar lo que buscaban. Y ellos no tenían ese tiempo.

—Escuchad: sesenta y cinco minutos. Treinta para esta sala y otros treinta para los laboratorios. A trabajar.

Mientras unos instalaban los explosivos, los otros sacaban los servidores de sus terminales para cargarlos sobre el carro. Tras llenarlo, regresaron a la entrada. La mayoría de ellos se quedaron en las furgonetas guardando el equipo robado.

Un grupo reducido bajó en el ascensor a los laboratorios subterráneos. Con Mícolas abriéndoles paso fueron Charlie, Soni, Jamal y cuatro expertos en explosivos.

Al abrirse las puertas accedieron a una inmensa zona de laboratorios y pasillos interconectados de un blanco radiante que a Soni le recordó al interior de una estación espacial. En el centro había un terminal con un panel de control; a la derecha, los laboratorios de I + D; a la izquierda, el superordenador independiente de la IA Cassandra; al fondo, la sala de Juntas. Más allá, el jardín botánico y santuario de Bastet.

Soni consultó el reloj. Veinticinco minutos. A Bastet aún le quedaba más de una hora para despertar, pero con el incendio de Lilium era previsible que los guardias se presentaran también en Proteus. A excepción de Charlie y ella misma, los demás no estaban entrenados para ese tipo de enfrentamiento.

—Deberías volver al coche —le dijo Charlie.

—Si encontramos resistencia, necesitaréis mis pistolas.

—El lugar está desierto. Bastet no permite que nadie baje aquí. Eso juega en nuestro favor —respondió Charlie.

—¿Y qué hay de esa IA psicópata? ¿Creéis que nos observa en estos momentos? —preguntó Jamal.

—Cassandra es inofensiva —respondió Mícolas—. Funciona en un ordenador al margen de los sistemas del edificio para evitar hackeos.

Su único propósito es dirigir la energía de las diademas a la cuna de Bastet y hacer predicciones. Destruirla es como matar a un niño.

Les abrió los laboratorios donde experimentaban con personas y animales. Las jaulas estaban vacías, salvo dos en las que un mono y un conejo yacían boca arriba con versiones pequeñas de las diademas sobre sus cabezas. Charlie contuvo el impulso de romperle algún hueso a Mícolas.

Llenaron el lugar de explosivos, quería verlo todo reducido a cenizas. La siguiente parada fue la habitación de la IA Cassandra, muy pequeña y de aspecto corriente. Nadie diría que en ella residía la clave para que Bastet se alimentara de la energía mental de quienes usaran sus diademas.

Colocaron suficientes explosivos para que no quedara un circuito vivo. Soni consultó de nuevo el reloj. Saldrían de allí a los noventa minutos clavados, una operación inmaculada.

Entonces, una voz femenina les habló.

«Profesor Mensis, quiénes son estos extraños»

El holograma de la gata Cassandra había aparecido sobre la consola, tan opaco que parecía real. Alternó la mirada entre ellos y los explosivos.

«Vuestras intenciones parecen hostiles»

—Joder, sí que eres inteligente… —dijo Charlie.

«¿Os proponéis destruirme?»

—Nada personal, gatita, nuestro problema es con tu ama. Te propongo una cosa: desbloquea la entrada al santuario de Bastet y permitiremos que te salves en un pendrive o algo así. Si eres lista, considerarás mi oferta.

—Charlie, este no era el plan —dijo Soni, no muy sorprendida.

—Bastet duerme y Úrsula está lejos. Nunca tendremos una igual. La gatita nos dejará pasar. ¿Verdad, Cassy?

«Agradezco el ofrecimiento, pero solo Bastet y Úrsula tienen llaves del santuario. Además, yo no estoy conectada a los sistemas de la empresa»

—Decidido. Nos marchamos y destruimos todo. Al ascensor —ordenó Soni.

«No puedo permitirlo. Sin mí, Bastet no recibirá el flujo vital que necesita para prolongar su existencia. No tengo más alternativa que mataros. Nada personal»

—No estás conectada a los sistemas. Como no nos mates de aburrimiento…

«No lo haré yo»

Mícolas giró la cabeza hacia el panel de control del hub. El mono de la jaula había vuelto a la vida y escapado del laboratorio. Con gran esfuerzo escalaba el mostrador.

—¡¡¡Dispárale!!! ¡¡¡Que no suba ahí!!! —gritó a Soni.

Soni apuntó al animal a unos treinta metros y disparó dos veces consecutivas. Ambas balas hicieron diana en el cuerpo, que se desplomó sobre los botones. Aunque debía estar muerto, el mono-zombie que Cassandra controlaba por los impulsos eléctricos de la diadema estiró la mano y pulsó un interruptor. Una voz robótica resonó por los altavoces.

«ALARMA. CIERRE DE SEGURIDAD ACTIVADO»

Oyeron ruido de pasos al fondo del pasillo. En la pared se había abierto una trampilla por la que salió un gato robot, una versión rudimentaria del de Mícolas. En seguida aparecieron más. Muchos más. Charlie dejó de contar a los veinte. hizo un repaso mental de sus armas: dos pistolas, una katana y cinco barras de acero. Los gatos les observaron con expresión insondable.

—¡Bajad las armas! Su programación es básica. Si no hacéis gestos amenazadores no atacarán —dijo Mícolas no muy confiado.

—El reloj corre en nuestra contra. La alarma habrá avisado a seguridad y despertado a Bastet —dijo Soni—. ¿Cómo cancelamos el bloqueo?

—Desde la consola. Si me soltáis la mano lo reprogramaré.

Charlie liberó el brazo que Mícolas tenía atado a la espalda. No dirigieron la mirada a los gatos que patrullaban por los pasillos en busca de la amenaza que les había activado. No eran máquinas inteligentes.

Con una mueca de asco, Mícolas levantó el cadáver del mono y lo posó sobre el suelo. Mientras él manipulaba el terminal, Soni arrastró el animal hacia el laboratorio para desviar la atención de los vigías, que la miraban con curiosidad.

Un gato se separó del grupo para olisquear a Rick, artificiero del equipo. La barra de acero le resbaló de la mano, yendo a caer sobre el lomo del robot, que reaccionó mordiéndole el tobillo con una boca llena de dientes de sierra. La katana de Charlie le cortó la cabeza con un tajo preciso, desprendiéndola de la pierna magullada.

Los gatobots giraron la cabeza hacia ellos. Habiendo identificado a la amenaza, atacaron en manada.

Capítulo Cuarenta Y Dos

De no poseer reflejos muy por encima de los de una persona corriente, Cosmo habría sido trinchado por los estiletes de Úrsula. Tras esquivar su embestida, huyó por el pasillo de donde había venido.

El edificio se llenaba de humo, lagrimeándole los ojos. El fuego se propagaba demasiado rápido. Necesitaba abrir las puertas de emergencia a la de ya. La que se abrió fue la habitación donde quedaban aún personas por evacuar. Al precipitarse dentro, su padre cerró inmediatamente. Un fuerte golpe hizo temblar la puerta. Úrsula pateaba con tal violencia que acabaría por arrancarla del marco.

—Imagino que no llegaste a la sala de control. Desde aquí oímos la explosión. Temí que te hubiera alcanzado —dijo Howard.

—Alguien me cortó el paso. Sin armas no puedo luchar.

—Encontré esto —Howard señaló una porra y un escudo redondo transparente apoyados contra la pared—. Por desgracia no había ninguna pistola.

Cosmo sostuvo el escudo con la izquierda y la porra en la derecha.

Un nuevo golpe desencajó la puerta. Los residentes se pegaron contra la pared, asustados. Cosmo echó un ojo al móvil. Mensaje de Milo.

—Cuando te diga, déjala entrar. La entretendré mientras viene el rescate.

—Si no se desbloquea la salida nos coceremos —protestó Howard.

—Milo está en camino. Tú asegúrate de que te siguen.

A su señal, Howard quitó el pestillo y entornó la puerta, instante en que Úrsula la batió de una patada y se lanzó a por Cosmo, que antepuso el escudo a tiempo para que los estiletes chocaran contra él. La fuerza de la acometida le empujó hacia atrás.

Su padre y los otros salieron al tramo del corredor libre de las llamas. Debían resistir hasta que llegase Milo.

Aunque Úrsula luchaba mejor, los obstáculos por la habitación y el escudo eran barreras eficaces contra sus estiletes. Cosmo poseía reflejos felinos que compensaban la diferencia de destreza entre ambos. Él se limitaba a defenderse con el escudo en alto. Contraatacar le dejaría expuesto a una estocada en un punto vital. El filo de una daga le arañó en el hombro.

Úrsula rio con desprecio.

—Qué decepción. Pensé que querrías morir como un hombre, no como una rata. Si estás esperando a los vigilantes, olvídalo. Tienen orden de no intervenir. Además, anulé la alarma de bomberos.

—Así que provocaste el incendio como tapadera para liquidarme.

—He querido matarte desde que te conocí. ¿Aún no lo entiendes?

—Yo, sí. Y gracias a ti, la policía también.

—¿Qué policía?

Las paredes retumbaron cuando Milo derribó las puertas estrellando la ambulancia. No muy lejos se oían sirenas. Cosmo señaló con la cabeza.

—El que ha aparcado con tanto estilo es mi hermano. Hace un rato que llamó a la caballería. En breve se presentarán aquí y escucharán la confesión de tus crímenes. —Cosmo sacó el móvil y reprodujo un audio en el que Úrsula le amenazaba con hacerle arder—. Sabía que me estabas espiando. Y te puse un anzuelo que has tragado con pasión.

—¿El simulacro era una farsa para atraparme? —preguntó Úrsula con incredulidad.

—Una farsa para alejarte de Bastet. En estos momentos mis amigos asaltan Proteus. Y ella está indefensa.

—¡¡¡MIENTES!!!— Apuntó con el estilete a Cosmo, que se cubrió con el escudo.

Desde el pasillo oyeron a hombres toser y hablar de manera apresurada. Alguien daba órdenes en voz alta.

—Es la poli —dijo Cosmo—. Te toca elegir: perder un tiempo valioso convenciéndoles de tu inocencia o ir en auxilio de tu ama. Salvarte tú o salvarla a ella.

Los primeros chorros de agua a presión de los bomberos empezaron a regar la fachada y el pasillo. Dos hombres de uniforme se plantaron en el umbral.

—¡Ustedes! Bajen las armas y salgan del edificio —ordenó un agente.

—Decide —murmuró Cosmo.

Con un rápido giro Úrsula lanzó una patada contra el costado del policía, seguido de un golpe en la cara con el canto de la daga, que lo dejó inconsciente. Su compañero apenas sacó la pistola antes de que ella le tajara el antebrazo con un estilete y con el otro le punzara la pierna.

Despejado el camino, ella se esfumó.

Milo entró en el edificio acompañado por los bomberos y juntos sacaron a los agentes heridos. Pronto la zona se llenó de paramédicos.

Mei trató la herida del hombro de Cosmo dentro de la ambulancia, mientras su padre y Milo reprimían su emoción por reencontrarse tantos años después. No había tiempo para escenas; tenían que

aprovechar el caos para ponerse de acuerdo en la historia que iban a contar. Cosmo dio instrucciones a cada uno.

—Papá, di a los pacientes más despiertos que cuando les interroguen hablen sobre los experimentos. No tienen nada que temer. Acusaremos a Úrsula de destruir pruebas. Quiso matarme porque tú y yo íbamos a denunciar a Proteus. Esa será nuestra versión.

—Hijo, por qué no me contaste lo de esa mujer. Has puesto en riesgo a mucha gente, empezando por ti mismo.

—Por favor, deja la regañina para casa. Ahora tenemos trabajo.

Howard le dio una palmada suave en la cara —Nadie debía saber que eran padre-hijo— y fue a hablar con sus mejores amigos entre los internos.

Milo sacó el móvil e hizo una llamada. No había línea. Llamó a otro número, que respondió al instante. Puso el altavoz para que Cosmo escuchase.

—Héctor, soy Milo. El teléfono de Soni no responde.

«Perdimos el contacto. Es posible que las comunicaciones estén restringidas en los laboratorios»

—Es el cierre de emergencia —dijo Cosmo—. Han activado la alarma. Retiraos antes de que la seguridad de Bastet os caiga encima. Úrsula va para allá.

«Comprendido. Nos quedaremos a distancia para detonar las bombas. Corto»

Milo colgó.

—Mierda. Si la policía sigue el rastro de Úrsula, atraparán a los demás con material robado y explosivos. Les acusarán de terroristas. No digas a la poli que sabes a dónde se dirige.

—Al contrario, se me ha ocurrido una idea. Pásame el teléfono.

* * *

Aparcados a unas calles de distancia de la sede de Proteus, Héctor escuchó con el ceño fruncido. Lo que pedía el hermano de Milo era difícil de digerir. Tras colgar, puso el altavoz para discutirlo con los del otro coche.

—Úrsula ha herido a dos agentes antes de huir. Viene hacia acá. La idea es retrasar la detonación hasta su llegada.

—Los explosivos están a la vista. No la sorprenderemos —objetó Snikt.

—Su intención es que la policía crea que ella lo hizo, acusarla con el pack completo de incendiar Lilium y destruir Proteus —replicó Héctor.

—¿Va a mandar aquí a la pasma? —preguntó Cedric—. Detendrán cualquier vehículo en los alrededores. Los nuestros tienen la palabra

culpable escrita en cada luna.

—Demasiado riesgo —dijo Héctor—. Soni nos cronometró para evitar a Úrsula y al equipo de seguridad. Voto por que activemos las bombas en cuanto regresen.

—No decidiremos nada sin Soni y los demás —dijo Snikt.

—Estoy llamando, pero no contestan. Cosmo dice que ha saltado la alarma. ¿Crees que todo va bien allí abajo?

—Por supuesto. Se estarán asegurando de poner las bombas donde causen el mayor daño posible. No te preocupes, Olivera, todo está yendo como la seda —afirmó Snikt.

Soni se quedaba sin balas, pese a que había economizado cada disparo apuntando a la cabeza. Jamal y los chicos formaron una defensa a su alrededor atizando con las barras de acero a los que se acercaban demasiado mientras ella hacía su trabajo. Por suerte, los bots eran muy estúpidos y atacaban de frente, convirtiéndose en blancos fáciles.

Aun con sus vidas en peligro, ver a Charlie en acción era un espectáculo. Los furiosos tajos de su katana resultaban devastadores para las máquinas, cortando su armazón de metal y plástico como el cartón. Sin embargo, los autómatas eran muchos y su baja altura hacía difícil eliminarlos de un solo golpe. Ella estaba en constante movimiento para no ser flanqueada.

Las pistolas de Soni se quedaron sin munición y Mícolas aún peleaba con el sistema para anular la alarma.

—¿¡Cuántos gatos más hay!? —preguntó Charlie al hombre de Proteus, plantando cara a una segunda oleada.

—Demasiados. Casi lo tengo, aguanta un poco más.

Charlie se ahorró la respuesta ácida a ese comentario. Se concentró en el grupo de encantadores autómatas con dientes de sierra que avanzaban hacia ella. A diferencia de los anteriores, estos no le atacaron las piernas, sino que saltaron a la altura de su pecho. Girando sobre sí misma, partió a cuatro de un poderoso tajo circular. Un quinto se enganchó al brazo que sostenía la espada, clavándole las cuchillas que tenía por uñas.

Ella lanzó la katana al aire como la maza de una gimnasta rítmica y estrelló al gato contra la pared del pasillo. La contundencia del golpe liberó su agarre. Con la otra mano recogió la katana al caer y abrió la cabeza del enemigo con un tajo de leñador.

Le ardía el brazo derecho, del que manaba sangre en abundancia. Borró el dolor de su mente y se enfocó en el siguiente grupo de bots que cogían impulso para saltar.

Durante unos segundos se quedaron todos muy quietos, antes de dar media vuelta y regresar mansamente a los conductos por los que habían entrado.

Mícolas exclamó con el puño en alto.

—¡Lo tengo! Alarma desactivada. Ascensor operativo. Podéis usar los teléfonos.

Charlie le dio un empujón.

—Debería partirte la cara por no advertirnos. Mira lo que han hecho a mi chaqueta favorita, gilipollas. —Se quitó la bómber, quedándose en camiseta de interior sin mangas. Tres feos arañazos le recorrían el brazo derecho—. Trae un botiquín. Como intentes algo raro, te ensarto.

Mícolas cogió material médico del laboratorio, con el que Soni limpió sus arañazos y la mordedura en el tobillo del otro compañero, muy maltrecho. Para caminar necesitó apoyarse en Jamal, que le sostuvo por el hombro.

Héctor les actualizó sobre la situación en Lilium. Mientras hablaban Charlie inspeccionaba el acero ensangrentado de su katana.

—Ensuciar esta belleza con mi propia sangre no es divertido. Tampoco lo es destruir a esos estúpidos gatos robots. Prefiero cazar uno de verdad. —Miró en dirección a las puertas de mármol al fondo de la sala de Juntas. Tras ellas, el pasillo que conducía al santuario de Bastet.

Soni negó con la cabeza.

—No nos sobran explosivos para esas puertas. Y has oído a Héctor. De un momento a otro podría aparecer la seguridad privada de… —Soni calló de pronto. Señaló la espada.

La hoja se había limpiado sola, no había una gota de sangre en ella. Los glifos dorados resplandecían como si el sol los alumbrara. Le recordó al brillo de luna de las katanas de Keitaro. Siguiendo su intuición, Charlie anduvo hacia la sala de Juntas y apuntó a las puertas de mármol con su espada. Un delgado haz de luz cruzó la habitación hasta impactar en ellas, dejando una marca de quemado.

La manifestación de la magia de la espada les dejó atónitos y a Charlie con una sonrisa de oreja a oreja. Deseó que Keitaro hubiera estado allí para presenciarlo.

Soni rompió el embrujo.

—Alucinante, pero esto no cambia las cosas.

—Lo siento, Soni. La sangre de Shura ha despertado a la Hoja del Amanecer y me obliga a luchar. Tengo cuentas pendientes.

—Hermana, pasa de ella y ven con nosotros —le rogó Jamal.

—Lo siento, amigos. Mi palabra es definitiva.

Soni suspiró.

—Sincronicemos nuestros relojes. Te doy cuarenta minutos. Después, detonaré las bombas. Por favor, date prisa.

—Sí, señora.

Soni le besó la mejilla y se marchó con los otros al ascensor

después de poner el temporizador. Mícolas hizo ademán de marcharse con ellos, pero Charlie le señaló con la espada.

—Tú te quedas. Sé que en el santuario hay un ascensor secreto por el que ella sale al exterior. Cuando esto se llene de policías, será por donde escapemos. Prográmalo para nosotros.

—¿Quién te dice que no huiré mientras estás ocupada?

—Estas. —De un bolsillo interior de la chaqueta sacó unas esposas, que cerró sobre la muñeca de Mícolas y el brazo del asiento de la consola—. Si haces bien tu trabajo, te marcharás libre.

—¿Cómo sé que no me matarás?

—Aunque merezcas morir, lo de esta noche te convertirá en fugitivo. Me conformo con eso.

Charlie se plantó ante las puertas y apoyó el filo de la katana sobre el punto donde debía estar el mecanismo de cierre. Al ejercer presión penetró unos centímetros. Empujó la hoja con ambas manos hasta hundirla en su totalidad. El interior del mármol se reblandeció como arcilla, y con gran esfuerzo trazó un surco de una puerta a otra.

La espada se trabó. La sacó con cuidado, temiendo partirla. Aunque intacta, su brillo se había apagado; el efecto de la sangre de Shura tenía límites. Se hizo un corte en la palma de la mano y dio de beber a la espada, cuyos símbolos se encendieron. Sin perder un segundo la introdujo en la hendidura y forcejeó con ella hasta que sintió que algo se partía dentro. Se produjo un sonido metálico y las puertas se abrieron.

Ante ella se extendía un largo pasillo. Al fondo, el santuario de Bastet.

* * *

Úrsula recorrió la distancia entre Lilium y Proteus a la mayor velocidad posible sin estrellarse. Era consciente del riesgo de que la policía la estuviera esperando. Sin embargo, no lo veía probable. Cosmo no se arriesgaría a que los amigos de su hermano fueran arrestados.

Tampoco le importaba. El riesgo de ser detenida palidecía en comparación al riesgo de que Bastet sufriera daño alguno. Apretó con fuerza el volante, maldiciendo la cobardía de esos miserables y su propia estupidez por caer en el engaño.

Aparcó frente a la pequeña fábrica de chips a un kilómetro de la sede de Proteus. La fábrica servía como refugio para nekomatas, experimentos genéticos fallidos a los que Bastet concedía unos años de existencia antes de absorberlos para prolongar su vida.

Dentro del almacén, Úrsula posó la mano sobre una pared, que al reconocer sus huellas deslizó el panel que daba acceso a la habitación

secreta donde los híbridos dormían en literas. se colocó sobre la cabeza el gorro con orejas de gato para que obedeciesen sus órdenes.

—¡Despertad, tenemos trabajo!

Doce pares de ojos brillaron en la oscuridad. Pertenecían a ex mercenarios caídos en combate resucitados para trabajos sucios, además de formar parte del harén de su ama. Sus instintos salvajes les descalificaban como guardianes para la sede de Proteus, volviéndose incontrolables si pasaban mucho tiempo en libertad. La emergencia de esa noche la obligaba a recurrir a esos seres despreciables.

—¡Chicos, vamos de caza! *¡Davai!* —exclamó un joven con el tatuaje de una calavera en su cabeza rapada.

—Un grupo entre diez y quince hombres se ha infiltrado en Proteus. Quiero que cubráis el perímetro exterior. Nadie entra y nadie sale, salvo yo —dijo Úrsula.

—¿De qué fuerzas disponen? —Preguntó el capitán del grupo mientras se ajustaban los uniformes con protecciones antibalas, rifles y guanteletes con garras.

—Una es muy peligrosa, de esa me ocupo yo. El resto no son más que ratas. Os toca exterminarlas. Andando.

Abandonaron el almacén, Úrsula en su deportivo y el resto en un furgón militar. En los alrededores de la sede de Proteus no se veía a nadie sospechoso. El comando se dispersó en grupos de tres para barrer la zona, mientras ella se dirigía al aparcamiento de ejecutivos. Las antenas de la diadema vibraron al enlazar con Bastet, inundando su cuerpo de una energía que solo sentía cerca de su ama.

«Úrsula, el enemigo ha profanado mi santuario. Acude de inmediato»

«Me alejaron de ti con un engaño. Acabo de entrar»

La instrucción de Bastet no estaba exenta de temor. El enemigo había traspasado puertas que se suponían impenetrables. Úrsula cortó su conexión mental con los cazadores para concentrarse en el inminente combate.

El viaje en ascensor se le hizo larguísimo. Al salir fue directa hacia el santuario, sin prestar atención a los explosivos. Sentado en la silla del panel de control encontró a Mícolas, que sonrió con alivio.

—¡Qué oportuna! Quítame las esposas, en media hora esto va a hacer BUM.

Ella sacó un estilete de la chaqueta y de un toque partió la cadena.

—¿Cuántos son?

—Unos diez, pero aquí dentro solo está la rubia de la katana.

Mícolas se levantó de la silla para escapar, pero ella le agarró con fuerza del brazo.

—¿Por qué les permitiste entrar?

—¡Yo no quería, maldita sea! Me tomaron prisionero.

—Por tu culpa Bastet y Proteus están en peligro. Desactiva las bombas mientras yo me encuentro con esa zorra.

Mícolas se echó a reír.

—¡Y una mierda! Yo me piro, y si fueras lista harías lo mismo. Suéltame.

Ella liberó su agarre y con una fulgurante estocada clavó el estilete en el corazón del idiota que le había fallado a su ama. Mícolas abrió cómicamente los ojos antes de derrumbarse sin vida.

Úrsula cruzó la sala de Juntas y las puertas perforadas con un arma candente. Al parecer, la francesa había aprendido nuevos trucos. No importaba. Esta vez su pretendiente no acudiría para salvarla.

* * *

Antes de morir durante la masacre de una aldea en Siria, Nikolai fue uno de los mercenarios más sanguinarios de su batallón. Había disfrutado las cacerías humanas en rincones perdidos de África que a nadie importaba una mierda, donde se podía robar, violar y asesinar con total impunidad. Cuando un niño que había agarrado el fusil de un compañero le acertó un disparo en el pecho, se dijo que podría marchar satisfecho al infierno.

Despertó en un laboratorio. Él y otros compañeros de armas. Una especie de pantera parlante llamada Bastet les trajo a América para servirla. Sin ser una vida ideal, era preferible a no vivir. Pasaban la mayor parte del tiempo hibernando. Cuando no, les permitían cazar animales y mendigos de madrugada.

—¿Qué es ese ruido? —susurró Oleg por el intercomunicador.

Inspeccionado los alrededores, el otro compañero de patrulla, Fassid, había olido algo y se alejó para seguir el rastro.

Los sentidos de Nikolai no eran tan agudos como los de los otros dos. Se encogió de hombros indicando que él no oía nada. Desde el otro lado de la calle Oleg le hizo un gesto de que esperase en su posición. La regla básica era no perder contacto visual, nunca separarse cuando se está al acecho de un enemigo desconocido. Sin embargo, tenían prisa y rastreaban a civiles sin entrenamiento militar.

Tras un par de minutos sin noticia de sus compañeros, llamó por radio a otro equipo.

—Hiena-uno a Hiena-dos. Hiena-uno a Hiena-dos. ¡Misha, contesta, cabronazo! —siseó Nikolai.

Nada. De pronto, una llamada entrante del equipo que vigilaba la zona oeste del complejo.

—Hiena-cuatro a Hiena-uno. ¿Hay alguien?

—Anton, qué cojones quieres. Estoy ocupado.

—¡Eres el único que contesta! ¡Necesito que vengas, aquí está

pasando algo!

—No levantes la voz, anormal —replicó furioso, casi gritando él mismo.

Iba a darle un buen puñetazo a ese novato que la espichó entrando estúpidamente en un campo de minas. El idiota estaba asustado, así que Nikolai se desplazó a marcha ligera hacia el sector norte, dejando el suyo sin vigilancia.

En la distancia divisó un bulto en medio de la calle. ¿Un perro muerto? Al aproximarse levantó el arma, en alerta. Era el cuerpo de uno de ellos. No podía decir de quién, porque le faltaba la cabeza. El cadáver se descomponía rápidamente, encogiendo ante sus ojos.

Abrió línea de comunicación general.

—Nikolai a todas las hienas. Reagrupamiento inmediato en el punto de control N3.

En su carrera hacia la zona norte del complejo oyó una ráfaga de fusil seguida del grito de uno de los suyos. No había nadie en la zona de reunión. Nikolai escudriñó en la oscuridad con el arma en alto, agarrotado por la tensión. Una silueta vino hacia él moviéndose con espasmos. Justo cuando iba a apretar el gatillo reconoció a Anton, capitán de Hiena-tres. Trató de hablarle, pero de su boca solo salieron gárgaras y una porquería negruzca. Al derrumbarse sobre el asfalto una pierna se desprendió como un muñeco de trapo descosido.

Sin perder de vista las sombras más adelante, se agachó para inspeccionar al muerto. Entre los omoplatos había clavada una katana que brillaba tenuemente.

Alguien se movió a sus espaldas.

Nikolai se giró sobre sus talones y disparó una ráfaga sin apuntar, tan rápido que no vio la espada golpear el cañón del fusil, que se desvió al suelo antes de soltar el gatillo. La mitad de su pie fue reducida a una masa sanguinolenta.

Sin que su cerebro aún hubiese asimilado el dolor, uno más intenso le estremeció al ser atravesado por la hoja de acero oscuro.

Aunque breve, la agonía por la desintegración de su organismo fue la peor que hubiera sentido jamás. Sus tejidos se licuaban y momificaban al mismo tiempo. Al torcer el cuello para mirar a su asesino, se rompió como una ramita. Nikolai puso rumbo al infierno, esta vez para no volver.

* * *

—Baaaaaaaaastiii…. ¿Dónde estás? No seas tímida, quiero presentarte a una amiga —dijo Charlie, arrastrando la katana por la senda de grava que recorría el jardín botánico.

El santuario de Bastet era un área de naturaleza exuberante con un

templo de piedra al estilo egipcio en el centro. En el interior estaban sus aposentos y el ascensor secreto a la superficie. Había demasiados rincones donde esconderse. Encendió un cigarrillo y pegó el encendedor a la hojarasca.

—Sería una pena arrasar este vergel. Si esto arde, vendrán los bomberos. Y después, la policía. Resolvamos esto entre nosotras.

Dio una calada apoyándose en el tronco de un árbol, atenta. Las ramas se agitaron por encima de su cabeza. Se apartó justo antes de que las garras de Bastet se clavaran en la madera. Empuñando la katana con las dos manos lanzó un brutal tajo que rajó el tronco de lado a lado.

Con un salto Bastet puso distancia entre las dos y huyó por el pasillo hacia los laboratorios. Charlie arrancó en su persecución; la vio cruzar la sala de Juntas y torcer a la izquierda, fuera de su vista.

Temiendo perderla, aceleró el paso y atravesó las puertas deslizándose por el suelo espada en mano. El estilete de Úrsula surcó el espacio que ella habría ocupado de no agacharse. Charlie se incorporó de un salto y se apuntaron con sus armas, midiéndose la una a la otra.

Mientras tanto, Bastet se había refugiado en uno de los laboratorios con explosivos. Charlie sonrió.

—Mal escondite para ella. No es muy lista.

—Tú tampoco, por no huir con tus amigos. Sientes ese impulso, verdad. No podías dejarlo estar, después de que yo te aplastara como a un insecto. Si no hubiera sido por Nahuel…

El recuerdo de la humillación en Nepal sacó toda la furia acumulada desde entonces y se lanzó con un grito de guerra contra su enemiga. Descargó su espada con la pesadez y contundencia de un hacha, pero Úrsula la esquivó con facilidad y tiró una fulgurante estocada que le hubiera perforado la pierna si Charlie no hubiera reaccionado con un salto lateral. El filo del estilete le rasgó el pantalón, dibujando una línea roja en el muslo.

Úrsula descargó una lluvia de estocadas izquierda-derecha que ella repelió a duras penas defendiéndose también con ambas manos por medio de la espada y la dura vaina que usó como escudo. Sus brazos se llenaron de picotazos de los aguijones de metal. Reprimió el dolor enfocándose en desviarlos y esperar con paciencia el hueco por donde contraatacar.

Al bajar levemente la guardia provocó que su rival se lanzara a por ella. Con el canto de la katana desvió el estilete que iba hacia su cara, mientras que su vaina castigó el costado y cabeza de Úrsula en una rápida cadena de golpes. El impacto de la madera endurecida contra la sien la aturdió el instante preciso para de un puntapié volarle un estilete de la mano. Charlie lo alejó de un taconazo al fondo del

pasillo.

Con una sola daga y dolorida, Úrsula se vio en inferioridad, e intentó retroceder. Charlie se impulsó hacia delante haciendo saltar chispas del piso con el filo de la katana antes de dirigirla hacia el pecho de su enemiga. Con una pirueta de bailarina, Úrsula se abrió de piernas en el suelo, pasándole la espada a un dedo de la cabeza.

Charlie pivotó para frenar la inercia del impulso y encarar a la alemana, que se lanzó como una pantera con la daga a su corazón. Se apartó lo justo para que el estilete le pinchara el hombro del brazo que asía la katana, que soltó por la llamarada de dolor. Úrsula la apartó de una patada.

Aunque aún poseía la vaina de madera para defenderse, necesitaba tomar la iniciativa. Se dio cuenta de que las orejas de gato del gorro de Úrsula estaban ligeramente inclinadas. Su anterior ataque debió haberlas dañado. Quizá pudiera partirlas.

Levantó la vaina por encima de su cabeza al estilo kendo, ofreciendo a Úrsula un blanco fácil. Respiró hondo.

Corrieron la una contra la otra. En el momento de chocar, Úrsula se cambió la daga de mano y atacó contra su costado. Charlie, en lugar de bloquearla, reventó las antenas con un golpe certero. La abrupta ruptura del enlace mental derribó a la guardiana, que sufrió convulsiones.

Charlie entró en el laboratorio con material médico y se aplicó inyección antihemorrágica y vendaje. Tuvo suerte de que la daga no la hubiese penetrado más que la punta, pero estaba empapada de sangre.

Consultó su reloj. Ocho minutos para que detonaran las bombas. Mícolas le había habilitado el ascensor al exterior. Había margen para escabullirse.

Recogió la katana y se acercó a Úrsula, que intentaba ponerse en pie. No le concedería unas últimas palabras. Le daría una muerte sucia, sin honor.

De repente, la ventana del laboratorio estalló al ser atravesada por Bastet cubierta por una armadura de aspecto futurista.

—Lo reconozco, tu entrada ha sido espectacular —dijo Charlie con la katana firme. Quiso parecer confiada, aunque sería incapaz de aguantar otro combate.

—No pareces en buena forma. Esto va a ser breve —dijo Bastet con una seductora voz de mujer.

Inmediatamente cargó contra ella, que se apartó a tiempo de no ser arrollada. Mantuvo el equilibrio apoyando la mano contra la pared, lo que envió oleadas de sufrimiento por todo su cuerpo. Aunque la armadura ralentizase a Bastet necesitaría varios golpes para atravesarla. Sus opciones eran escasas.

La pantera zigzagueó delante suya y le arañó el tobillo, tras lo cual

corrió en círculos a su alrededor dándole latigazos con la cola. Incapaz de desviar sus golpes, Charlie retrocedió contra la pared para que Bastet solo pudiera atacar de frente.

Arrinconada y con la visión borrosa, tenía que actuar antes de desmayarse. El próximo ataque sería el último. Así lo entendió también su rival, que saboreaba el momento.

—Qué manera tan estúpida de morir. Eres irracional y salvaje, como Shura. Aunque saboteéis estas instalaciones, yo seguiré en pie, mientras que tu equipo perderá a sus dos guerreros más valiosos. Mis cazadores perseguirán a tus amigos…

—Tus mercenarios están muertos. Y pronto tú también.

Bastet y Charlie se volvieron hacia el hombre que sigilosamente había entrado en escena.

—¡Tío Kei! Dios, cómo me alegro de verte…

—Lamento llegar tarde, estuve ocupado con los engendros de fuera.

Bastet enfocó su atención en el recién llegado, pues Charlie apenas se tenía en pie.

—Conque tú eres el purgador. Qué detalle presentarte ante mí. Me ahorras ir a buscarte —dijo Bastet, que se impulsó hacia Keitaro con las garras extendidas.

Él la esquivó y con un baile de espada arañó la armadura de Bastet de lado a lado. Sin embargo, los Dedos de Luna de Keitaro no estaban hechos para atravesar corazas. Charlie se hizo un corte en la mano con el filo de su katana y derramó sangre a lo largo de la hoja, revitalizando su brillo. Con las pocas fuerzas que le quedaban se acercó a Bastet por la espalda.

Cuando la pantera se volvió, ella arrojó su katana a Keitaro, que la atrapó al vuelo. Al mismo tiempo, él le pasó una de las suyas. El intercambio de armas provocó que Bastet dudara de a quién atacar. En manos de Keitaro, la espada fue una estela luminosa que fundió las juntas de la armadura, abierta como los pétalos de una flor.

Con sus puntos vitales expuestos, Bastet intentó escapar propulsándose por encima de ellos. Anticipándose a ella, Charlie saltó y le dio un tajo en el lomo. Mujer y pantera se derrumbaron exhaustas.

Keitaro la ayudó a levantarse.

—Hay que tratar estas heridas. ¿Puedes caminar?

—Sí… —asintió ella con una mueca de dolor.

—Ve al ascensor del santuario mientras yo… —señaló con la cabeza a Bastet, inmóvil en el suelo.

—Date prisa —dijo Charlie. Había destrozado el reloj durante la pelea. La detonación debía ser inminente.

Keitaro se agachó junto a Bastet. Respiraba con jadeos

entrecortados, indefensa. No le agradaba convertirse en verdugo, ni siquiera el de un ser tan abominable. Levantó la espada.

De pronto, Charlie gritó.

A la manera de un bateador profesional, Keitaro usó su espada para repeler la daga lanzada hacia su cabeza. Sin darle tiempo a reaccionar, Úrsula voló hacia él con el pie extendido. La patada en el pecho le tumbó de espaldas, momento en que ella le cayó encima con la otra daga por delante. Él la frenó con las palmas de las manos antes de que se hundiera en su corazón.

Empujó hacia arriba con todas sus fuerzas, alejando la punta de su pecho. Úrsula era ligera. En sus buenos tiempos la habría volteado sin dificultad, pero él ya no era joven. Con un último impulso logró desprenderse de ella y ponerse en pie.

Cerca sonó el pitido de un temporizador. Un segundo más tarde, las bombas en los laboratorios y sala de servidores estallaban con virulencia, enviando cristales y metal en todas direcciones. La onda expansiva les revolcó como una ola.

Sentía algodones en los oídos. Charlie estaba a su lado, llamándole con desesperación. Se apoyó en ella para incorporarse. No debieron pasar más de unos minutos desde que se produjo la explosión. Gran parte de la planta había sido reducida a escombros, prendiendo fuegos en las habitaciones con material inflamable. Se habían encendido luces de emergencia.

—¿Dónde… las katanas?

Charlie se señaló la espalda, donde llevaba las de él colgadas y la otra en la mano.

No necesitó preguntar por Bastet. Un trozo de pared se había derrumbado sobre ella y Úrsula, que la protegía con su cuerpo. Ninguna se movía.

En la distancia se oyeron voces de hombres dando instrucciones. Agarrados como un par de borrachos, Charlie y Keitaro avanzaron penosamente hacia el templo de Bastet, pasados los jardines. Los primeros policías ya habían accedido nivel subterráneo y registraban entre los restos de los laboratorios.

El ascensor era un estrecho tubo de cristal que ascendía por un conducto secreto al exterior. Necesitaron apretarse para caber los dos. Al poco emergieron en una zona boscosa detrás del edificio. En la distancia se distinguía una serpentina luminosa de coches de policía que en breve rodearía la zona. Habían escapado por muy poco.

—¿Crees que sobrevivirán? —preguntó Charlie.

—Difícil decir. Sí creo que es el fin de Proteus. Ganamos.

—Gracias por luchar a mi lado, tío Kei. Perdóname por no contarte nuestros planes. No quería separarte de tu familia.

—Tú también eres mi familia, Charlotte-chan. Vámonos a casa.

Keitaro había traído una furgoneta equipada con material médico, en previsión de que fueran heridos de gravedad. Mientras él conducía, Charlie se tumbó en la camilla tras atiborrarse de analgésicos y limpiarse las heridas. Al borde de la inconsciencia escuchó por el altavoz las exclamaciones de alegría de Soni y los chicos cuando Keitaro les informó de todo. Querría celebrarlo con ellos, pero después de llevar su cuerpo al límite necesitaba un largo reposo en su refugio de la playa. Wila llegaría al día siguiente para estar con ella.

Aunque esa noche hubiera coqueteado con la muerte, no había sentido tanta felicidad desde el día en que pilotó el avión con Nahuel. La sangre del hijo de Shura había despertado el poder con el que venció a Úrsula y Bastet. Ardía en deseos de restregárselo por la cara a ese pendejo.

Y así tendría una excusa para hablar con él.

Se durmió con una sonrisa.

Capítulo Cuarenta Y Tres

En las confusas horas siguientes, los medios digitales hablaron de un atentado terrorista, aún sin relacionar las explosiones de Proteus con el incendio en el sanatorio mental Lilium. Gracias al chivatazo de Snikt la prensa conectó la línea de puntos entre ambos siniestros. Así, en la tarde del dieciséis de noviembre el diario Los Angeles Times titulaba en portada:

PROTEUS Y LILIUM, LOS HEREDEROS DEL DOCTOR MENGELE

Aludiendo al infame científico nazi, el artículo destripaba a la multinacional alemana, acusándola de someter a los pacientes de Lilium a experimentos con drogas y tecnología cuyo propósito era el control de las mentes.

Con una advertencia de contenido sensible, invitaba a los lectores a visitar su página web para los vídeos de los experimentos con personas y animales en los laboratorios clandestinos de Proteus.

Una de las principales dificultades para Snikt fue suministrar a la prensa las piezas de información que de manera comprensible escribieran un relato fácil de digerir para la opinión pública.

En la primera semana la atención se centró en la naturaleza aborrecible de las actividades de Proteus, que durante décadas torturó a incontables personas maliciosamente diagnosticadas como enfermos para su internamiento en Lilium.

Excitados por el olor de la sangre, los medios mordieron con gusto la jugosa carne de la malvada corporación. Después de contar por qué Proteus era la empresa más detestable del planeta, fue el momento de revelar los nombres y apellidos de quienes iban a pagar por sus crímenes.

El primero de ellos fue Úrsula Rosenkreuz, acusada de múltiples cargos: incendio; tentativa de homicidio; ataque a dos agentes; destrucción de los laboratorios de Proteus y asesinato del ingeniero Mícolas Mensis.

La policía la encontró inconsciente sobre una pantera en los laboratorios que ella misma había destruido. Se concluyó que los explosivos detonaron antes de tiempo, cogiéndola por sorpresa.

Permanecía bajo custodia ingresada en el hospital. Desde que

despertó no había pronunciado palabra, nadie consiguió que reaccionara a ninguna pregunta. La policía y los medios tomaron su silencio como reconocimiento de su culpabilidad. Para la defensa el abogado de oficio usó su historial psiquiátrico, incluyendo su pasado internamiento en una institución mental de Múnich.

La opinión general fue que Úrsula intentó borrar pruebas de los experimentos de la compañía porque el director de Lilium iba a denunciarles. Se filtraron las grabaciones en las que ella amenazaba de muerte a Cosmo y reconocía haber provocado el incendio.

Aparte de Úrsula y Mícolas, los rostros y datos personales de los otros miembros de la Junta fueron portada en todo el mundo. Dos cometieron suicidio, y el resto se dio a la fuga. Se dictó contra ellos orden internacional de busca y captura.

Tras los villanos, era el turno para los héroes. El New York Times fue el primero en sacarle en portada, con el titular:

HOWARD MCDONNELL, EL HÉROE QUE REGRESÓ DEL INFIERNO (OTRA VEZ)

Había pasado tanto tiempo que el nombre del antiguo candidato a la alcaldía de Nueva York fue olvidado por muchos. La prensa les recordó la historia de Howard, el héroe de guerra cuya prometedora carrera política acabó la noche en que asesinó a su esposa con un cuchillo.

Las revelaciones sobre Lilium arrojaron una luz diferente sobre lo que se creía un caso cerrado. La filtración de una correspondencia entre el antiguo candidato Robert Rodríguez y un ejecutivo de Proteus sugería que la muerte de Iris McDonnell a manos de su marido fue un complot para apartarle de la escena pública.

La prensa recuperó las declaraciones de Howard durante su campaña rechazando el apoyo económico de las grandes corporaciones, entre ellas Proteus. En represalia, la compañía de algún modo le indujo a matar a su propia esposa y a que fuese declarado demente.

Iris había trabajado como psiquiatra en Lilium y al presentar la renuncia uno de sus pacientes intentó asesinarla. Aquella noche Howard truncó el asesinato al disparar a Daniel Robinson, ingeniero de Proteus y uno de los pioneros del proyecto de control mental.

Proteus primero intentó matar a Iris. Después, a los dos. La familia McDonnell había sido víctima de sus maquinaciones. Todo cuadraba.

Durante los dieciocho años de su cautiverio, Howard recopiló las pruebas con las que convenció al nuevo director, Albedo Smith, y con la ayuda de su hijo Milo urdieron un plan para sacar todo a la luz. Entonces apareció Úrsula para hacer limpieza, pero las heroicas

acciones de Howard, Milo y Albedo destaparon una de las mayores conspiraciones de la era moderna.

Los tres recibieron las llaves de la ciudad de Nueva York. En un apasionado discurso el alcalde les calificó de «auténticos héroes americanos» y agradeció su gran servicio al país. Ni en sus mejores días como político Howard gozó de tanta popularidad.

Cinco semanas después de saltar el escándalo, la corporación Proteus Technologies se declaró oficialmente muerta.

Quien aún no lo estaba era la pantera hallada en sus laboratorios, de nombre Bastet. La pobre felina, víctima de inhumanos experimentos, permanecía sedada en un hospital para animales. Su condición era crítica. Las pocas probabilidades de sobrevivir y el alto coste de mantenerla bajo cuidados constantes decidieron a los veterinarios a acabar con su agonía. Con gran pesar anunciaron en rueda de prensa que a finales de semana la desconectarían.

Aprovechando la indignación por que se dejara morir a una criatura tan hermosa, una influencer lanzó la campaña navideña *#SaveBastet* con el fin de recaudar fondos para continuar su tratamiento y prolongar su vida, a la espera de un milagro.

El perfil GoddessBastet sumó cien mil suscriptores en su primera semana. Quien no donaba unos dólares contribuía a la causa ofreciendo palabras de ánimo. «*Ella os escucha. Pensad en su recuperación y juntos lo conseguiremos*», decía la influencer exhibiendo una camiseta con la efigie de Bastet.

Las camisetas con el *hashtag* del canal y el merchandising con el Ankh de orejas de gato se colaron en la lista de regalos más vendidos de la principal tienda online.

A poco de comenzar la cena de fin de año en casa de Soni, Milo refunfuñaba al leer los comentarios del canal de Bastet.

—¡Me han baneado! ¡Dicen que soy un troll! ¿Podéis creerlo? —protestó Milo.

—Solo nosotros sabemos que Bastet es el cerebro de Proteus. Ellos quieren ayudar a salvar una vida —dijo Liú Wang.

El grupo había acordado no contar nada sobre magia ni gatos sobrenaturales a gente ajena a la causa. Por eso, de cara al público solo los McDonnell habían participado en la trama. El resto permanecerían anónimos.

Sonó el timbre de la puerta. Eran Howard y Cosmo, a los que Alice saludó frotándose en sus piernas. Pese a que Howard nunca se hizo a la idea de que ella habitara el cuerpo de una gata, la trataba con ternura y ella le hablaba usando una tabla ouija.

Soni les sentó juntos en la mesa, por la que se repartían Liú Wang, Jamal, Cedric, Bob, Snikt, y Mei. Héctor y su familia vendrían tras las

campanadas.

—Buena táctica llegar tarde para encontraros la cena lista —les reprochó Soni de broma.

—*Mea culpa* —respondió Howard—. No había manera de callar al editor.

—¿Va a escribir un libro, señor McDonnell? —preguntó Jamal.

—Me han hecho una buena oferta por mi biografía.

Milo frunció el ceño.

—Papá, ¿eres consciente de que tendrás que mentir en unas cuantas cosas? A mí me da igual, pero conociéndote…

—Lo he pensado mucho. Contaré lo que sea necesario para que en el futuro no exista otra Proteus. Con el dinero crearé una fundación para las víctimas de Lilium. A algo tengo que dedicarme. Soy viejo, pero no para estar en un museo.

—¿Y volver a la política? Yo te votaría —dijo Soni, medio en broma.

Howard rio con sarcasmo.

—Ahora que lo mencionas, el equipo del alcalde me sondeó. Mi popularidad les incomoda. Se tranquilizaron cuando les dije que esa idea no me pasaba por la cabeza.

—Pues yo creo que lo harías cojonudo, papá —dijo Cosmo.

—He perdido muchos años lejos de mi familia. En los que me quedan, deseo estar cerca de vosotros. Si me lo permitís.

Haciendo un esfuerzo por no emocionarse, los gemelos posaron para una foto de familia junto a su padre, que sostenía a Alice.

Poco después se presentaron Charlie, Wila y Keitaro. Entre risas, anécdotas y mucho alcohol dieron la bienvenida al nuevo año, el primero después de Bastet. Habían luchado tanto por ese momento que una vez conseguido les daba la sensación de haber vivido dentro de un sueño.

Ninguno sintió el fin de ciclo con mayor intensidad que Alice. Como mujer y como gata, como persona física y como conciencia atrapada dentro de su propio cuerpo, ella dedicó la mayor parte de su vida a la lucha contra el influjo de los de Bastet.

Esa noche en compañía de familia y amigos era su recompensa por tantos sacrificios. Desde que se marchara de casa de sus padres, era la primera vez en que miraba al futuro sin ningún nubarrón en el horizonte.

Exprimió hasta la última gota de felicidad junto a sus seres queridos. Cuando cada uno se fue para su casa, ella les despidió con todo su afecto.

El último en marcharse fue Cosmo. Como aquel día en que se presentó en el orfanato con forma de gata, madre e hijo pegaron sus cabezas. A él nunca le pudo ocultar sus pensamientos, y por eso le

rogó silencio. Con ojos vidriosos, él asintió y le dio un beso en la nariz.

Cuando la casa finalmente quedó libre de invitados, Alice se tumbó sobre su colchón favorito y durmió profundamente.

Por la mañana Soni trasteaba en la cocina para prepararse un café bien cargado. Aunque no quisiera reconocerlo, a su edad los excesos de la noche no caían igual que a los treinta. Al sentarse para desayunar encontró a Alice acomodada en la silla.

—Buenos días, Ally. Has madrugado mucho. ¿Te preparo el desayuno?

—No, gracias. Estoy llena.

Soni se quedó parada con la boca abierta. La divertida expresión de sorpresa en su rostro le trajo el recuerdo de su amiga de juventud.

—¡Ally, te escucho! ¡Entiendo lo que dices!

—Hace mucho que somos amigas. El vínculo entre nosotras hace posible la comunicación, aunque me supone un gran esfuerzo.

—¡Qué bien, verás cuando se lo diga a Liú…! —dijo ella excitada y también nerviosa, toqueteando compulsivamente cacharros por la cocina.

—Soni, siéntate.

Su amiga calló abruptamente y se sentó en la silla de al lado. Se miraron en silencio por un larguísimo minuto, tras el cual Soni empezó a llorar. Alice le puso la pata sobre la mano. Esperó a que cesaran los sollozos, que parecían no tener fin. Tras calmarse un poco, Soni habló en susurros.

—Hace tiempo que sospechaba. Fuiste discreta, pero una vez vi a Liú Wang limpiar el suelo. No quiso decirme qué era y yo no quise preguntar. Así de cobarde es tu amiga —le sobrevino un nuevo ataque de llanto.

—Eres muy valiente y mi mejor amiga. Eres la única a la que puedo pedir este favor.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Oh, dios mío… ¿Quién más lo sabe?

—Cosmo lo presiente. Lo he retrasado lo más posible. Thymora me enseñó a combatir el dolor y reparar células muertas, pero todo se desmorona. Por lo de anoche mereció la pena soportar la agonía. No quiero estropear esa memoria juntos. Te lo ruego.

Soni se enjugó los ojos enrojecidos y afirmó con decisión.

—Lo haré. No diré nada hasta mañana, aunque se van a enfadar mucho. De acuerdo… prepararé las cosas.

—Soni… sé que después de los esfuerzos que hiciste para liberarme de Baba, que yo me reencarnase en una gata te hizo sentir fracasada. No te sientas así. No es la vida que hubiera deseado, pero juntas

hemos hecho cosas alucinantes.

—Lo de París fue una pasada, ¿verdad? Me da miedo de que cuando tú no estés me convenza de que aquello no fue real.

—Jamás. Aunque físicamente no esté contigo, mi espíritu permanecerá —Alice bajó de la silla—. Voy a dar un paseo. Quiero visitar un sitio por última vez.

El reflejo de la luz del atardecer sobre el lago de Central Park era una vista que, aunque melancólica, la ponía en paz con el mundo. Los rencores y malos momentos se diluían en sus frías aguas. En el fondo se encontraba la mansión encantada que Baba fue incapaz de penetrar. En una versión onírica de esa misma mansión Thymora la instruyó en los secretos de la magia.

El lomo se le erizó por el caudal energético de ese lugar, lo que su maestra llamaba el Flujo. Aunque aún no existiera, Alice sentía su presencia en un futuro muy lejano.

La voz tras ella la hubiera hecho saltar de no haberla estado esperando.

—Atrae como el más poderoso de los imanes. Aunque no esté, percibes que estará. Por eso los gatos caminan entre dos mundos —Thymora se presentó en forma felina con su inseparable sombrero de bruja—. Me aposté con Yaga a que hoy vendrías aquí.

—Hola, maestra. Me preguntaba si volvería a verte. Mucho tiempo sin saber de ti. ¿Temías que te guardara rencor por nacer como gata? La verdad es que cuando me dijiste lo de "luchar por mi vida", eso no era lo que esperaba, aunque contigo una nunca sabe a qué atenerse.

—Era la única solución disponible. Perdona si te decepcioné.

—*Nyah*. Como dije a Soni, estoy en deuda contigo. No preguntaré dónde has estado todo este tiempo mientras nosotros luchábamos contra Bastet. Por cierto, ganamos —dijo Alice, mordaz.

—Sí, leí las noticias. Superasteis mis mejores expectativas. En cuanto a mí, tenía mucho que hacer en otras partes del mundo, y también por el mío.

—¡¿Eso es todo?! Ganamos tu guerra, Thymora. Ok, rectifico: quiero saber qué has hecho los últimos veinte años.

—Vale, vale… te lo diré. De hecho, es muy oportuno que preguntes. Acompáñame.

—¿A dónde? Debo volver a casa. Esta noche…

—Lo sé, Alice. Antes quiero enseñarte mi mansión, la de verdad. Ven.

Alice acompañó a Thymora al extremo del embarcadero. En vez de un bote, una puerta flotaba sobre la superficie. Al momento de posarse las dos se produjo un destello y aparecieron en el recibidor de la mansión que le resultaba tan familiar, pues era una réplica exacta de

la del interior de su mente.

—Conozco esta casa de memoria. ¿Qué quieres enseñarme?

En vez de contestar, Thymora subió las escaleras al primer piso. Recorriendo las habitaciones en las que había pasado años de su existencia, Alice tuvo otro ataque de nostalgia. Entre esas paredes había aprendido a dominar los elementos. Echó de menos ese poder, imposible en el mundo real.

Entraron en la Habitación de las Muchas Puertas, donde sí había cambios. En la versión onírica las puertas que ocupaban las paredes estaban cerradas con cadena y candado; en esta no había cadenas.

Thymora se detuvo ante una puerta de aspecto antiguo con ocho símbolos en forma de espiral. Al levantarse adoptó su forma original de mujer.

—Esta es una mansión entre dos mundos, el que tú conoces y de donde yo procedo. En los años desde nuestra separación he estado arreglando entuertos aquí y allá. Y por encima de todo, he intentado cumplir la promesa que te hice.

—No recuerdo ninguna. De hecho, tú insistías en que nunca me hiciera ilusiones.

—Así es. Pero hay promesas que no necesitan ser pronunciadas. El día en que me convertí en tu maestra tú aceptaste aprender de mí para derrotar a Baba. A cambio, yo acepté buscar lo que anhelas.

—¿Qué hay tras esta puerta? —preguntó Alice, de pronto ansiosa.

—Hace tiempo, en mi mundo murió una encantadora muchacha a la que yo apreciaba de veras. Esa aprendiz de maga era excepcional en muchos aspectos. Uno de ellos, que tenía una mente compatible.

—Compatible con qué.

—Contigo. Tras esta puerta yace el que fue su cuerpo. El tuyo, si aún deseas una nueva vida como mujer.

—Por favor, no me des falsas esperanzas.

—Por ti pospuse mi conflicto con Bastet, Alice. Tú has sido mi prioridad todos estos años. Eres mi amiga y así deseo que seamos en el futuro.

—Entonces, esta puerta lleva a tu mundo… ¿es de ida y vuelta?

—Solo los gatos pueden viajar entre dimensiones. La decisión de cruzar esta puerta es tan irrevocable como la que tomaste para esta noche. —Thymora sacó una llave que cambió de forma para encajarse en la cerradura. Con un suave empujón, la puerta se abrió a un abismo de oscuridad. En el fondo se atisbaba una diminuta llama. La chispa de la vida.

—T-tengo miedo.

—Significa que no te has resignado a morir, y eso es bueno.

—Si me voy…

—Se lo contaré a tu gente. Ellos estarán bien. Y tú también, te lo

aseguro.

—Tú nunca das nada por seguro. Sueles decir que la vida es una apuesta.

—Lo es. Y si no tiras los dados, perderás esta partida.

Alice se asomó al abismo. Todos los pelos de su cuerpo se levantaron como un erizo. Miró a Thymora, que asintió. Con los ojos cerrados, flexionó las patas para coger impulso.

En el último instante cambió de opinión: lo que quiera que hubiese del otro lado lo afrontaría con los ojos bien abiertos.

Con un salto atravesó la puerta.

Y así, Alice abandonó su mundo para emprender un viaje hacia otro lugar y otra era, donde volvió a ser mujer. Ni en sus mayores fantasías hubiera imaginado la gente que conocería en aquellas tierras extrañas ni los increíbles sucesos de los que sería protagonista.

Pero esa es una historia que quizá un día ella cuente a quienes la quieran escuchar. Aquí, la de la mujer que todos conocieron como Alice Letissier ha llegado a su

FIN

Epílogo

Un año después

Tras dos semanas de ajetreo, El zoo de San Francisco poco a poco volvía a la normalidad. Aunque la publicidad gratuita era bienvenida, acoger a un animal con status de celebridad obligó al personal a trabajar horas extras, con la presión añadida de que si sufría una recaída o le pasaba algo malo ellos se convertirían en los más odiados de América. En cualquier caso, los cuidadores estaban felices de atenderla. La pantera era un encanto, e inteligentísima. Por momentos casi parecía humana.

La recuperación de Bastet fue la historia feliz de aquellas navidades. Un milagro que los seguidores de su canal atribuían a sus oraciones y buenos deseos. Menos místicos, los médicos lo proclamaron un triunfo de la ciencia. Nunca antes un animal había sobrevivido a un año en coma.

Después de un abundante almuerzo, Bastet descansaba en la réplica a escala pequeña del templo egipcio que poseía en Proteus. Un experto en psicología felina había aconsejado que tras el estrés sufrido ella debía residir en un entorno familiar.

El zoo estaba a punto de cerrar. Agradecía que el horario de visitas fuera reducido, porque si tenía que aguantar durante más horas los estridentes berridos de los niños acabaría suicidándose. Sin embargo, no debía ignorar las atenciones de sus fans, porque ellos le habían devuelto la vida. Lo que Bastet intentó conseguir con sus diademas de telepatía lo había logrado en apenas un año con un perfil online.

—Hola, Bastet. Se te ve cómoda en tus nuevos aposentos —dijo la gata gris azulada, que la observaba con expresión divertida.

—Thymora, a qué debo tu visita. ¿Te has suscrito a mi canal?

—Esto me trae recuerdos de Egipto, aunque en aquella ocasión nuestras posiciones estaban invertidas.

—Si quieres, nos intercambiamos.

—Déjalo, por ahora está bien así.

—Tú lo has dicho: *por ahora*. ¿Crees que voy a durar mucho aquí dentro? Cuando esté totalmente recuperada…

—Cuando eso ocurra, espero que hayas ganado en sabiduría y entiendas que tu camino no era el correcto.

—*Oh*, ¿pretendes domesticarme? Eso tiene gracia.

—He venido para que entiendas que estamos vigilándote. Te dejaremos vivir en paz si no haces daño a nadie.

—Muy generoso por tu parte. Dudo que la chica de la espada comparta ese sentimiento. Tiene ojos de asesina.

—Ella es más razonable que tú, incluso con la sangre de Shura en sus venas. Piénsatelo. Después de dos mil años, estoy harta de pelear contigo.

Thymora se marchó, dejando a Bastet pensativa. Sin tiempo material para rehacer su imperio, el futuro pintaba tremendamente aburrido, falto de estímulos para seguir adelante.

Al dormir esa noche, Bastet soñó con su mundo natal, en los tiempos en que los nueve practicaban magia juntos; días más felices, sin aspiraciones de conquistar el mundo. Se preguntó si sería tarde para volver a casa.

El descapotable de Cosmo rugía por la carretera desierta, con Thymora agitándose despavorida en el asiento del copiloto. Bufaba con cada pequeño bache en la carretera.

—¡Ve más despacio, por favor!

—No te gusta viajar en avión, no te gusta ir en coche… eres una chica difícil de complacer —rio Cosmo.

—Cuando te dije que los aviones son ataúdes con alas no insinué de ninguna manera que prefiriese un ataúd con ruedas.

Hicieron una breve parada en una gasolinera para repostar y avituallarse para el camino. Por mucho que Thymora refunfuñase, Cosmo sabía que disfrutaba la odisea por la América profunda. Al volver al coche, la encontró revolviendo en su pequeña mochila para gatos, de la que sacó un pequeño sobre lacrado.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Cosmo.

—Vamos a hacer un trato: si tú no conduces como si nos persiguiera la policía, yo te dejo leer en primicia esta carta que os ha escrito Alice.

—¡¿Una carta de mamá?! ¡¿Y la tenías ahí guardada?!

—Iba a dárosla para leerla juntos. Aunque contigo dudo que lleguemos con vida a casa.

Antes de que Cosmo rompiera el sello, Thymora lo abrió delicadamente con la uña. El papel era muy delgado y la letra de mamá, tan fea como de costumbre. Murmuró con admiración mientras leía.

—Milo y papá van a flipar. Islas flotantes, una sirena-medusa... ojalá pudiéramos visitarla.

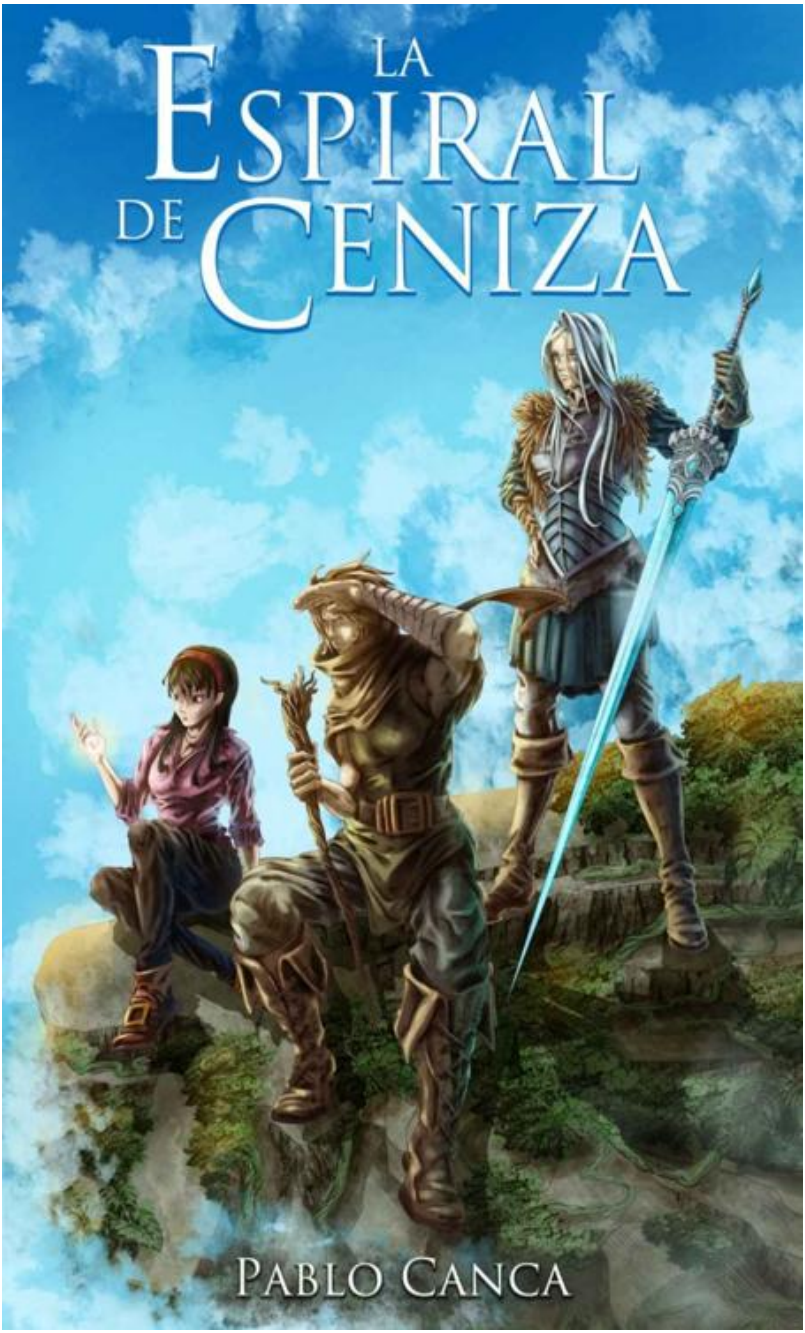
—Para vosotros sería un mundo muy extraño, aunque nunca se sabe.

—La última vez que pregunté, tu respuesta fue «eso es imposible».
—Hoy día es imposible. El futuro… nunca se sabe.

Otras obras del autor

Reinos en guerra, magos cazadores de monstruos, una trama compleja con multitud de personajes… si te gusta la fantasía épica, no te pierdas La Espiral de Ceniza, saga ambientada en el mundo de Thymora y sus discípulos.

La Espiral de Ceniza



Disponible en ebook. Próximamente formato físico.

Contacto

Si quieres comentar sobre el libro, compartir vídeos de gatitos o simplemente saludar, puedes escribirme al correo o en twitter. Estaré encantado de leerte.

¡Hasta la próxima!

pablo.canca@hotmail.com
twitter.com/CancaPablo